TESIS DOCTORAL

Doctorando: Jorge Antonio Montesdeoca Pérez

Título de la Tesis:

La concepción política del archipiélago en islas atlánticas bajo la era del nacionalismo

PROGRAMA DE DOCTORADO EN ISLAS ATLÁNTICAS: HISTORIA, PATRIMONIO Y MARCO JURÍDICO INSTITUCIONAL

* Tutor y director de la tesis: Víctor Manuel Cuesta López (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Departamento de Derecho Público)

* Director de la tesis: Joan Vergés Gifra (Universitat de Girona, Departament de Filosofia)

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, abril del 2021

Programa de Doctorado en Islas Atlánticas: Historia, Patrimonio y Marco Jurídico Institucional

ESCUELA DE DOCTORADO

La concepción política del archipiélago en islas atlánticas bajo la era del nacionalismo

El Doctorando
Jorge A. Montesdeoca Pérez

El Codirector
Víctor M. Cuesta López

El Codirector
Joan Vergés Gifra

Las Palmas de Gran Canaria, abril del 2021

AGRADECIMIENTOS:

Me gustaría agradecer a aquellas personas cuya contribución y ayuda ha sido fundamental tanto para el desarrollo en sí de la tesis como para mi experiencia y formación como estudiante de doctorado:

Gracias a mi tutor y director Víctor Cuesta por su apoyo y entusiasmo con el proyecto desde el minuto uno. Sus directrices, guía, consejos, empatía con mis circunstancias personales y calma transmitida en todo momento, han sido para mí de un valor extraordinario.

Gracias a mi director Joan Vergés por haber aceptado sumarse al proyecto con la tesis «en marcha». Creo que su incorporación ha beneficiado mucho el resultado final. Debo agradecerle su esfuerzo por mantener un equilibrio entre su vertiente académica dotada de un fuerte espíritu crítico y la necesidad de adaptarse a una investigación que estaba en estado avanzado y en donde mis circunstancias personales tenían también mucho peso.

Gracias al profesor Jonathan Hearn de la Universidad de Edimburgo por su inestimable ayuda y colaboración antes y durante mi estancia en la capital escocesa. Gracias por compartir conmigo parte de sus enormes conocimientos y haber contribuido a mi formación como investigador. Eternamente agradecido.

Gracias a los profesores de la Universidad de las islas Feroe, Hans Andrias Sølvará y Bárður Larsen por toda la ayuda y asesoramiento que me prestaron y por todo el tiempo que, de una forma desinteresada, dedicaron a resolver mis dudas y trasmitirme la realidad de las Feroe sobre aquellos aspectos de interés para la investigación.

Gracias a Filipe Tavares por haber hecho el esfuerzo de hacerme llegar su formidable proyecto audiovisual y literario acerca del movimiento autonomista de las Azores. Creo que es un documento de enorme valía para las futuras generaciones de azorianos e isleños en general. Espero que la obra y el autor hayan tenido el reconocimiento que se merecen en aquel archipiélago.

Gracias a Don Pedro Pires, por haber contestado de una forma tan rápida y diligente el cuestionario que le envié y haber compartido conmigo sus experiencias y su interesante visión teórica.

Gracias al profesor Soren Dosenrode por haberme contestado muy amablemente al cuestionario que le hice llegar.

Gracias a mi madre, a mi padre y mi hermano por la ayuda, apoyo y aliento que he recibido siempre de ellos, especialmente, durante todo el tiempo que he pasado en Canarias a lo largo de los últimos cuatro años trabajando de forma intensa en la tesis.

Gracias a mi padre por inculcarme desde muy pequeñito el interés, curiosidad y cierta visión crítica sobre el archipiélago en el que nací y me criaron.

Gracias sobre todo a Maria-Elvira por la comprensión, apoyo y grandes sacrificios que ha realizado para que yo pudiera cumplir este sueño de realizar una tesis doctoral. No hay palabras para expresar todo el agradecimiento que siento hacia ella.

Dedicado a la memoria de mis abuelos Pepe, Natalia, Carmen y Juan

Dedicado también a quienes son gran parte de mi presente y futuro: mis hijos Elvira e Himar y mi sobrino Pablo David

0. INTRODUCCIÓN 1
a. Un nuevo paradigma bajo el dominio de la nación y el nacionalismo. 1
b. Objeto de estudio: los archipiélagos constituidos por islas de pequeñas dimensiones en los estudios sobre el nacionalismo. 5
c. Los archipiélagos calificados como «Archipiélagos de circunstancias Naturales Fuertemente Aunadoras». 6
d. Una tendencia a conformar un ente de naturaleza política. 8
e. El océano Atlántico como delimitación espacial de la tesis. 13
f. Metodología. 17
g. Hipótesis a contrastar. 20
h. Contribuciones de la tesis. 22

1. MARCO TEÓRICO 24

1.1 PRINCIPALES CORRIENTES EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL NACIONALISMO 24

1.2 LA TEORÍA DE LIAH GREENFELD FRENTE AL ETNOSIMBOLISMO DE ANTHONY D. SMITH 25

1.3 EL NACIONALISMO SEGÚN LIAH GREENFELD 32
a. Aspectos generales del trabajo teórico de Greenfeld. 32
b. El protagonismo de determinados estratos de la sociedad en el surgimiento del nacionalismo. 37
c. Clases de nacionalismo según Greenfeld. 39
d. Modernidad, crecimiento económico y «carrera» de dignidades. 44

2. CANARIAS Y ESPAÑA 47

2.1 LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA 48
a. La identidad nacional española: aparición y factores particulares. 48
b. La influencia de la Iglesia Católica en la caracterización de la identidad nacional española. 50
c. El escaso apoyo popular a la empresa nacionalista en los orígenes de la identidad nacional española. 56
d. La emancipación americana y su influencia en la caracterización de la identidad nacional española. 58
e. El desarrollo de la identidad nacional española durante el siglo XX. 67

2.2 LAS ISLAS CANARIAS COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR 73
a. Introducción. 73
b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político. 74
c. El «pleito insular» como principal factor en erosionar la posible articulación del archipiélago canario como cuerpo político. 83

2.3 LA RECPECIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA EN LAS ISLAS CANARIAS 89

2.4 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN LAS CANARIAS U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO 97
a. La no cristalización de una identidad nacional canaria en la mayoría de la población isleña a lo largo de la historia. 97
b. Las diversas manifestaciones de un nacionalismo canario. 98

2.5 LA INDEFINICIÓN POLÍTICA DE CANARIAS EN EL ESTATUTO DE AUTONOMÍA DE 1982 108

3. FEROE Y DINAMARCA 122

3.1 LA IDENTIDAD NACIONAL DANESA..... 124
a. Aparición y factores que la impulsaron..... 124
b. Principales elementos que contribuyeron a la caracterización de la identidad nacional danesa. 131
c. El desastre de 1864: La consolidación de la clase campesina y del legado de Grundtvig al frente de la era nacional de Dinamarca..... 138
d. Características y rasgos definidores de la identidad nacional danesa..... 140

3.2 LAS ISLAS FEROE COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR..... 146
a. Introducción..... 146
b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político. 147

3.3 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL DANESA EN LAS ISLAS FEROE 157

3.4 SURGIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE UN MOVIMIENTO NACIONALISTA FEROÉS..... 165

3.5 LA DENOMINACIÓN DE LAS ISLAS FEROE COMO *FOLKESAMFUND* EN SU LEY DE AUTOGOBIERNO . 170
a. La raíz económica de la discordia y los «fantasmas» secesionistas del Partido Unionista. 170
b. El referéndum de 1946 y la aprobación de la Ley de Autogobierno..... 175

4. PORTUGAL, AZORES Y CABO VERDE 181

4.1 LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA..... 182
a. Un territorio vulnerable y limitado, la tensa coexistencia con España y la exploración oceánica como factores determinantes de la Portugal pre nacional..... 183
b. El surgimiento de la nación portuguesa y las características del nacionalismo portugués. 190
c. La fuerte correlación entre el primer factor pre nacional y el tercer factor pre nacional como principal rasgo originario del nacionalismo portugués..... 198
d. La consolidación del nacionalismo portugués como un fenómeno de masas en el último cuarto del siglo XIX. 201
e. El nacionalismo portugués durante el Estado Novo. 212

4.2 LAS ISLAS AZORES COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR 217
a. Introducción..... 217
b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político. 218

4.3 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA EN LAS ISLAS AZORES..... 228

4.4 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN LAS ISLAS AZORES U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO..... 233

4.5 LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LAS AZORES COMO REGIÓN AUTÓNOMA EN SU ESTATUTO POLÍTICO-ADMINISTRATIVO 239
b. El primer movimiento autonomista de las Azores..... 239
c. El segundo movimiento autonomista de las Azores. 247
d. La aprobación del estatuto político-administrativo de las Azores tras la revolución del 25 de abril. 250

4.6 LAS ISLAS DE CABO VERDE COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR..... 257
a. Introducción..... 257
b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político. 260

4.7 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA EN CABO VERDE..... 266

4.8 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN EL ARCHIPIÉLAGO U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO 271
a. El surgimiento de identidades colectivas propias entre las élites caboverdianas desde los inicios del siglo XX. 271
b. La figura capital de Amílcar Cabral en el primer nacionalismo caboverdiano. 277
c. De un nacionalismo minoritario al surgimiento de un Estado independiente. 279
d. Una identidad multi-subjetivizada frente al proyecto de unión política con Guinea-Bisáu. 283

4.9 LA DEFINICIÓN DE LAS ISLAS COMO REPÚBLICA EN LA *PROCLAMAÇAO DA INDEPENDENCIA* Y EN LA *LEI SOBRE A ORGANIZAÇAO POLÍTICA DO ESTADO* DEL 5 DE JULIO DE 1975 288

5. APORTACIONES AL OBJETO DE ESTUDIO PRODUCTOS DEL TRABAJO COMPARATIVO 295

5.1 DINÁMICAS DE ESPECIAL INTERÉS EN LA RELACIÓN DE LOS ANFA CON EL NACIONALISMO 295
a. El nacionalismo en los ANFA como un fenómeno a rebufo del surgimiento de los nacionalismos continentales. 295
b. La apariencia nacional de los ANFA. 297
c. La persistencia de manifestaciones nacionalistas propias. 301
d. Los archipiélagos como uniones desnaturalizadas durante gran parte de la historia. 303
e. Ventana de oportunidades. 312

5.2 LA ERA NACIONAL COMO INSTIGADORA DE UNA CONCEPCIÓN POLÍTICA PROPIA 323
a. El sustrato etnocultural como fundamento principal sobre el que girará la concepción política 324
b. El mínimo denominador común: un ente unitario y autónomo. 334
c. Factores que inducen una variabilidad en las concepciones políticas de los ANFA. 337
d. La cultura política del Estado continental en la plasmación de una designación oficial para los ANFA. 344

6. CONCLUSIONES 350

7. CONCLUSION 364

LEGISLACIÓN UTILIZADA 378

BIBLIOGRAFÍA 379

BIBLIOGRAFÍA MARCO TEÓRICO 379

BIBLIOGRAFÍA CANARIAS Y ESPAÑA 381

BIBLIOGRAFÍA FEROE Y DINAMARCA 387

BIBLIOGRAFÍA AZORES, CABO VERDE Y PORTUGAL 392

Anexo 1: Mapa de Canarias y evolución en su número de habitantes 398

Anexo 2: Mapa de las Feroe y evolución en su número de habitantes 399

Anexo 3: Mapa de Azores y evolución en su número de habitantes 400

Anexo 4: Mapa de Cabo Verde y evolución en su número de habitantes .. 401

Anexo 5. Referéndum sobre la independencia de las Feroe (14/09/1946) 402

Anexo 6: Himno popular a la autonomía de las Azores..... 403

Anexo 7: Cuestionario respondido por el Excmo. Sr. Pedro Pires, primer ministro del primer gobierno de la República de Cabo Verde 404

Glosario de Siglas

AGI	Agrupación Gomera Independiente
ANFA	Archipiélago de circunstancias naturales fuertemente aunadoras
AP	Alianza Popular
API	Agrupación Palmera Independiente
ATI	Agrupación Tinerfeña de Independientes
CDS	Centro Democrático y Social
FLA	Frente do Libertação dos Açores
MFA	Movimento das Forças Armadas
MPAIAC	Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario
PAIGC	Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
UCD	Unión de Centro Democrático
UDCV o UDC	União Democrática de Cabo Verde
UPC	Unión del Pueblo Canario
UPICV	União das Populações das Ilhas de Cabo Verde

0. INTRODUCCIÓN

a. Un nuevo paradigma bajo el dominio de la nación y el nacionalismo.

El nacionalismo sigue ocupando grandes espacios dentro de la actualidad que nos llega cada día a través de las noticias, pero más allá de los medios, actualidad y artículos de opinión que genera, su presencia sigue siendo muy penetrante, aunque a veces casi imperceptible, en la realidad de las múltiples y variadas comunidades políticas que habitan el planeta. Hoy en día se trata de un fenómeno que presenta tal cantidad de vertientes e implicaciones, que resulta extraordinariamente complicado de acotar en una sola definición.

El nacionalismo posee una preponderancia global que afecta a una imaginaria intersección de los planos político, social e institucional. Esta preponderancia se corresponde con un hecho irrefutable y relativamente reciente en la historia, consistente en la unánime elevación del *Estado nación* a la cúspide dentro de la pirámide jerárquica constituida por las diferentes formas que puede adoptar una unidad política o *polity*. Se trata de la forma de unidad política o *polity* que proporciona una mayor autoridad, soberanía interna, visibilidad y reconocimiento a la comunidad envestida con tal atribución. Otra importante consecuencia de aquella elevación, derivada a su vez de la unánime consagración de aquella forma de *polity*, es la legitimidad que concede a la comunidad para poder constituirse en miembro integrante de la comunidad internacional y hasta en ocasiones, participar en aquella en un plano de igualdad con independencia del poder y capacidad de la misma, como son los casos de las Naciones Unidas o de la Organización Mundial del Comercio[1].

Trasladado a la realidad, dentro de la dualidad del concepto *Estado nación*, el *Estado* viene a representar el entramado de estructuras e instituciones materiales que gobiernan el día a día de los miembros de aquella comunidad. Se trataría de la fachada visible al exterior, así como de la estructuración y planificación interna de la que devendrían,

[1] En su página web consultada en fecha 14 de julio del 2020 la OMC se presentaba como: "...The World Trade Organization (WTO) is the only global international organization dealing with the rules of trade between nations…"

entre otras cosas, la forma en que se organiza y provee a la comunidad o las actuaciones que conforman una acción exterior. Por su parte, la *nación* representaría una idea más abstracta pero que sin embrago se ha erigido en fundamento principal de la cohesión política interna de aquella comunidad. Se trata de un elemento esencial ligado y que a su vez liga a la comunidad, actuando, por tanto, casi como sustento del aparato estatal. A lo largo de la historia reciente es fácil encontrar casos donde la nación tan sólo existía en la conciencia de una mayoría de miembros de la comunidad (Eslovenia, Escocia, Quebec…) y no era posible encontrar instituciones o señales materiales que reflejaran una realidad estatal. Tiene por lo tanto la palabra nación dentro de aquel concepto una importancia trascendental. De hecho, la consolidación a nivel global del *Estado nación* surge a raíz del protagonismo inusitado que comienza a alcanzar la nación y el fenómeno nacionalista a lo largo del siglo XIX y que acabará confirmándose tras el shock de la Primera Guerra Mundial y el despiece de alguno de los grandes imperios que hasta entonces controlaban parte de la escena internacional.

La mayor relevancia del término nación dentro de aquel binomio puede constatarse en tres hechos indiscutibles. (1) En primer lugar, la aparición de la *Sociedad de Naciones* en 1919 como primer organismo que, con una ambición de alcance global, trató de organizar la desestructurada comunidad internacional bajo el objetivo de mantener la paz mundial. Semejante empresa se planificaría sobre la base de la unidad política nacional tal y como así se refería su nombre. El fracaso de aquella institución precipitará posteriormente el surgimiento de las *Naciones Unidas* en 1945, que en este caso con mayor éxito trata de proseguir con la tarea y ambiciones de la primera. (2) El segundo hecho se refiere a cómo, tras la consolidación de la nueva era planetaria regida por el Estado nación desde mediados del siglo XX, todos los Estados, y en especial aquellos recientemente formados, tratarán de desarrollar, implementar o incluso crear prácticamente de la nada, una identidad nacional propia o en el caso que ésta ya existiera fortalecerla y hacerla más ubicua como así ocurrió con la gran mayoría de Estados surgidos de los procesos de descolonización en África y Asia. Por aquel entonces, se considera la identidad nacional como el principal elemento cohesionador de la comunidad al servicio del aparato estatal. La identidad nacional compartida por todos los súbditos del Estado deviene en el más eficaz y popular instrumento ideológico en la legitimación de la propia razón de ser del Estado y su comportamiento, de cara a sus propios súbditos. Sin embargo, mientras que esta propensión del Estado hacia la nación

se ha generalizado desde mediados del siglo XX lo mismo no puede decirse en sentido contrario y no se ha producido una generalizada inclinación hacia una construcción estatal propia entre aquellas naciones que carecían de aquella condición. Siendo cierto que muchas naciones ya desde principios del siglo XX se han movilizado activamente por la obtención de un Estado propio, también lo es que muchas otras no han buscado conformar un Estado que se solapara con su realidad nacional o al menos no se ha expresado tal voluntad de una forma mayoritaria y continua entre los miembros de aquella nación (País de Gales, Puerto Rico, Flandes, Tahití, Bermuda…). (3) Por último, cabría reseñar que es el ideal de nación junto con el fenómeno nacionalista quienes en su momento fijaron los parámetros que rigen la pirámide jerárquica de la cual el Estado nación ocupa su posición más alta. Son la nación y el nacionalismo, entendidos también como portadores de un nuevo paradigma cultural que, como tal, proporciona a los sujetos nacionales una nueva representación de la realidad, los que en base a la magnificación de una serie de principios y valores establecieron los parámetros que determinan qué forma de constituirse políticamente la comunidad es la más cercana o más lejana a los estándares máximos y mínimos derivados de aquella magnificación.

Principios como el de la soberanía popular, la igualdad, la inclusividad o la dignidad compartida, se presentan ahora como los elementos esenciales sobre los que debiera sustentarse cualquier comunidad política que se considere moderna. El fenómeno nacionalista presenta tal fuerza y ubicuidad que es como si su irrupción en la historia de la humanidad nos hubiera proveído con nuevas lentes con las que mirar y percibir la realidad que nos rodea. Tal y como establece Demulling, para poder comprender el alcance global del nacionalismo, es necesario entender que el nacionalismo se constituye como la base cultural de la sociedad moderna y, por lo tanto, se constituye también como la base cultural de la política moderna (2005, p. 24).

La nación representa la norma fundamental e imperativo que marca, desde la primera mitad del siglo XX, la realidad política, social e institucional de toda población organizada bajo una autoridad política. La multiplicidad de formas que han adoptado las *polities* a lo largo de la historia como fueron los imperios, reinos, sultanatos, federaciones o ciudades-estados dieron paso en el siglo XX al dominio en solitario de la forma nacional. La nación se erige en el modelo base de *unidad política* sobre el que debía concebirse ahora la división política del planeta y a partir del cual normalmente se

proyectaba una *polity* con un carácter más instrumental e institucional representada por el Estado nación, designado a su vez como único interlocutor válido en la escena internacional y referencia base para la disgregación política de los distintos territorios. Convertida la nación en piedra angular del sistema político y cultural, se puede observar desde la implantación de su hegemonía global, una generalizada «aspiración nacional» por todo tipo de *polity* que desde entonces ha coexistido con aquella. Los imperios que subsistieron a la Segunda Guerra Mundial trataron de nacionalizarse como los casos de Portugal o la propia Unión Soviética, los nuevos Estados, como muchos surgidos de la descolonización africana, también trataron de completarse mediante la adopción de una identidad nacional y también son innumerables los casos de regiones o entes autónomos que aspiraban a adquirir un estatus nacional. Unos para legitimarse de cara al exterior como fue el el caso de Portugal, otros porque buscaban una cohesión interna de comunidades muy amplias y heterogéneas y otros porque ambicionaban ocupar la posición más elevada dentro de la pirámide clasificatoria, la forma nacional en todos los casos era la respuesta.

Es por tanto la nación y el fenómeno nacionalista aparejado a aquella el elemento esencial detrás de la exitosa consolidación a nivel global de la forma de *polity* representada por el Estado nación. Sin la propagación previa a nivel global del ideario nacional y su consagración como unidad política base en la nueva forma de legitimación interna y externa de las comunidades políticas, aquel orden global basado en el Estado nación nunca hubiese llegado a existir. Es por ello que la existencia del actual orden global organizado bajo el canon Estado nación es la mejor prueba de la difusión planetaria del ideal nacional y su exitosa capacidad de penetración. La irrupción y consolidación global de la nación y con ella del nacionalismo, han desencadenado la aparición de numerosas *polities,* así como de cambios en el estatus político de muchas de éstas y todo ello, hablando en términos históricos, en un reducido periodo temporal que comprendería los siglos XIX y XX, concentrándose la mayor producción y cambios de estatus a partir de la segunda mitad del siglo XX. Este enorme caudal de nuevas *polities* y de cambios en el estatus político*,* son producto de una primacía de los principios y lógica de carácter nacional, lo que se entiende que ha generado o debiera haber generado una gran presión sobre aquellas *polities* asentadas en el tiempo cuya existencia antecedía con creces la era de la consolidación global de la nación. El nuevo escenario global ponía a los entes de naturaleza política en general y a las *polities*

prenacionales en particular ante una necesidad de adaptarse o evolucionar en base a la nueva realidad dominada por las ideas de nación y nacionalismo.

b. Objeto de estudio: los archipiélagos constituidos por islas de pequeñas dimensiones en los estudios sobre el nacionalismo.

La tesis ha pretendido de una forma novedosa situar a un tipo específico de archipiélago en el centro del debate que versa sobre el fenómeno nacionalista. Se desviará así el foco de atención, tradicionalmente proyectado por los estudiosos del nacionalismo sobre la masa continental y sus poblaciones, para ahora redirigirlo hacia las superficies oceánicas.

El estudio no tiene pues como objeto principal el estudio del nacionalismo, sino que, a través de éste se aborda e investiga un fenómeno más específico relacionado con la naturaleza política de un tipo de archipiélago. El nacionalismo se convierte aquí en un instrumento al servicio del objeto último de la investigación.

La problemática tratada se refiere al impacto de la irrupción del nacionalismo sobre la esfera política de un tipo específico de archipiélago. Para ello se ha considerado de gran interés mesurar el peso del fenómeno nacionalista en el proceso de concebirse políticamente a sí mismos los archipiélagos a examen y ello teniendo en cuenta que el estudio parte de la afirmación que las singularidades geográficas, espaciales y territoriales de aquellos archipiélagos hacían que entre sus habitantes inexorablemente se entretejiera un conglomerado de relaciones, interacciones e intereses compartidos tan denso y constante que de una forma inevitable surgía la necesidad de concretar un ente común que actuase como referente, catalizador y soporte de semejante amalgama -ente común que sólo podría erigirse sobre la base de planificaciones y actuaciones de naturaleza política de encuentro, emanadas de las diversas islas o en su caso proyectadas desde el exterior sobre aquellas-

El estudio pretende así corregir una carencia dentro del mundo académico dedicado al estudio del nacionalismo que apunta a la nula o escasa atención prestada a aquella vertiente de la realidad moldeada por el fenómeno nacionalista referida a un contexto particular compartido por los archipiélagos a examen.

c. Los archipiélagos calificados como «Archipiélagos de circunstancias Naturales Fuertemente Aunadoras».

La tesis pone en el centro de atención un tipo específico de archipiélago el cual pasará a denominarse *archipiélago de circunstancias naturales fuertemente aunadoras* (ANFA). Por circunstancias naturales se alude básicamente a los elementos geográfico, territorial y espacial que conforman al ente archipelágico. Esta clase de archipiélago se constituye en el principal sujeto de estudio de la tesis y en general, su adaptación dentro del nuevo esquema nacional se presenta como el ámbito que mayor interés investigativo despierta.

Para los propósitos de la investigación, los archipiélagos miembros de esta tipología propuesta se caracterizan esencialmente por poder describirse todos como un archipiélago que, quedando su contorno definido de una forma inequívoca sobre una relativamente extensa superficie oceánica claramente separada de otros territorios, sus habitantes coexisten en un grupo de islas de semejantes dimensiones reducidas, siendo a su vez la población del archipiélago la única dentro del contexto geográfico que le rodea que experimenta tales características en soledad y de una forma aislada.

Estos archipiélagos ocupan un área de la superficie oceánica perfectamente individualizada y aislada de otros territorios continentales e insulares. A su vez esta área comprende un territorio fragmentado, pero relativamente uniforme y compacto.

La combinación del elemento geográfico con la singularidad territorial compartida por cada isla miembro dentro de un espacio acotado y separado frente a terceros territorios, hace de cada uno de estos archipiélagos un escenario natural inmutable donde se suceden incesantes interacciones entre sus habitantes y territorios. Estas circunstancias naturales propician un espacio de permanentes interrelaciones de carácter político, social y económico entre los elementos insulares del archipiélago.

El planeamiento del ente archipelágico constituye de por sí un factor condicionante de primera magnitud que afecta el desenvolvimiento de sus poblaciones en todos los ámbitos de la vida en sociedad.

El presente estudio fija su atención en la perspectiva política en cuanto que las islas que se integran dentro de este tipo de archipiélago forman parte de un medio político

singular. En base a ello, el área de los ANFA se constituye en un *ecosistema político* que involucra a todos sus habitantes ya sea en la acción como en la inacción. La investigación pretende así resaltar la vertiente del territorio como un espacio de organización sociopolítica [Antonsich (2009) citado en Williams (2013, p. 24)].

Las instituciones y actores políticos del ANFA, independientemente del diseño político sobre el que se articule y del posible trazo de fronteras internas, se encuentran integrados al formar parte de un mismo ecosistema, aislado además en la inmensidad oceánica.

Surge así la perspectiva de un ANFA como un ecosistema político singular en tanto que tal conceptualización hace alusión al conglomerado de las instituciones, actores, manifestaciones, actos y procesos políticos que, al ocurrir dentro de una realidad comprimida y aislada, sus dinámicas y desempeños se relacionan entre sí y se desarrollan condicionados en una parte importante por los factores físicos de un mismo ambiente.

Este hecho supone una realidad objetiva imperecedera que coexistirá junto con otras realidades, quizás perdurables, pero difícilmente perpetuas, asociadas a dinámicas históricas, políticas, sociales o económicas frutos de la agencia humana que, en algunos casos, podrían conllevar severas fracturas internas en el seno de las sociedades archipelágicas pero nunca la desaparición o modificación radical de aquellas circunstancias naturales que en gran parte definen y determinan al ente archipelágico.

Se propone así una tipología de archipiélago cuya definición resulta más acorde con el fenómeno geológico aislado que muchas veces representan aquellos, para así poder interpretar que repercusiones de carácter político tiene aquella realidad aislada y compactada sobre las poblaciones que habitan el mismo en la era de la consolidación planetaria del nacionalismo.

Se ha pretendido así ofrecer una definición más objetiva que no sea fruto de intereses políticos ni que intente englobar la enorme complejidad de formas y morfología de los distintos archipiélagos que pueblan el planeta. Bajo esta perspectiva tipológica se resalta la trascendencia de los elementos naturales sobre los de otra índole, en tanto que no son interdependientes de otros elementos ni transitorios, y en tanto que dibujan un intenso trasfondo de variables singulares que afecta a los archipiélagos incluidos en la tipología

ANFA y que hasta ahora no ha sido tenido en cuenta dentro del campo de las ciencias sociales.

d. Una tendencia a conformar un ente de naturaleza política.

Las realidades geográfica, territorial y espacial presentes en los ANFA fuerzan, entre otros, un permanente diálogo político dentro del archipiélago que sobrepasaría posibles fracturas internas, involucrando en aquel diálogo a cada una de las islas así como a todos los actores insulares ya fueran de la esfera pública o privada, institucionales, sectores de la economía, grupos de interés, estratos sociales…Estos archipiélagos se presentan pues como entidades geográficas con un universo político relacional propio. A raíz de esta naturaleza distintiva de los archipiélagos se dan muchas posibilidades de que operen en ellos fuerzas meramente internas guiadas por una empatía y solidaridad entre sus habitantes reproducidas estas últimas, como natural proyección a una escala superior, entre las islas integrantes del mismo y que abarcaría, entre otros, el ámbito de la política y sus múltiples manifestaciones. Del mismo modo es de esperar que a causa de la proximidad e inamovilidad de la plataforma sobre la que se reproducen aquellas relaciones, operen igualmente fuerzas orientadas a tejer cierta organización y colaboracionismo interno que probablemente tampoco escaparían de la esfera propiamente política ni en cuanto a los medios a emplear ni en cuanto al propio fondo de las cuestiones que subyacerían.

De esta conjunción de fuerzas internas se puede desprender una tendencia intrínseca a una materialización de aquel espacio político mediante la cual las diversas islas y sus habitantes acabarían erigiéndose, como mínimo, en copartícipes de cierta estructura política común. Son archipiélagos con un sustrato político inherente que vincula inexorablemente a sus habitantes y territorios y en los que las condiciones de aislamiento junto con el resto de factores naturales, apuntan igualmente a una atemporal propensión por canalizar aquel sustrato abstracto en la forma de un ente de naturaleza política que se concretara a través de su solapamiento con el cuerpo archipelágico.

De una forma más detallada, esta tendencia quedaría expuesta a raíz de una doble dimensión política siempre susceptible de emerger en este tipo de archipiélago.

(1) Una primera interna que subyacería ante cualquier tipo de organización, estructuración o regulación común que acaeciera dentro del cuerpo archipelágico ante la ineludible y perseverante interacción entre sus componentes, ocupando aquí un papel fundamental la interrelación entre las diversas islas que componen el archipiélago debido a su proximidad física, necesidad de complementación y aislamiento compartido frente a terceros territorios.

(2) Una segunda dimensión externa estaría basada en la excepcionalidad, aparte de carácter determinante, del componente natural (geográfico, espacial y territorial) del archipiélago. Excepcionalidad que sería manifiesta, de forma física y empírica, por el hecho de constituir el archipiélago un caso único dentro del entorno geográfico que le rodea. Asimismo, esta excepcionalidad y el carácter determinante de la misma, quedaría también patente en lo concerniente a cuestiones de operatividad, funcionalidad o posibilidades de encaje, a partir del momento en que desde cualquier isla del archipiélago se entablaran relaciones de cualquier naturaleza con las otras poblaciones que pudieran integrar su ámbito geográfico o con la gran mayoría de poblaciones para el supuesto de que se traspasara espacialmente aquel ámbito más cercano.

Dimensión interna (máximo beneficio para cada isla por una planificación y acción política conjunta dentro de los confines del archipiélago): la surgida de la ineludible interrelación (poblacional, comercial, cultural, económica, infraestructural, climática…) entre sus habitantes por el hecho de ser los únicos en compartir un mismo espacio geográfico.

Dimensión externa (máximo beneficio para cada isla por una planificación y acción política conjunta de cara al exterior): la surgida a causa de la singularidad determinante de aquel espacio geográfico y territorial compartido por sus habitantes. El hecho de compartir los habitantes de cada una de las islas las mismas condiciones geográficas, espaciales y territoriales definitorias, vincula inexorablemente a todas ellas en una conversación/dialogo multidisciplinar (del que la política no es ajena) entre su mundo insular y un mundo exterior mayoritariamente continental y por lo tanto que le es extraño. Al contrario que la dimensión anterior, para que opere esta dimensión política externa es necesario que los habitantes del archipiélago adquieran conciencia de la

misma, hecho que no siempre se ha producido a lo largo de la historia. Esta dimensión externa presenta a su vez dos factores fundamentales: el ser minoría y la exclusividad.

Cada isla tomada individualmente es miembro de una minoría de la que también forman parte el resto de islas del archipiélago ANFA. Se trata, a su vez, de una minoría desde una doble vertiente: una minoría a nivel global y una minoría dentro del Estado del que forman parte. La membresía dentro de una misma minoría y su agrupación natural en torno a un espacio geográfico tan aislado, implicarían de una forma racional una voluntad en pro de acciones colaborativas entre todas las islas del archipiélago con el objeto de lidiar con aquella realidad común.

Si se parte del hecho contrastado que la concentración o agrupación de varios miembros de una misma minoría normalmente conlleva una promoción y defensa común organizada de los intereses de aquella, tal relación de causalidad apunta a la existencia de un sustrato *corporativista* interno subyacente al cuerpo archipelágico.

Igualmente debe reseñarse la exclusividad de los habitantes del archipiélago, dentro del contexto geográfico que les envuelve, de experimentar en una soledad compartida, a causa de una disposición fragmentada del territorio archipelágico pero a su vez próxima y acotada, las particularidades de la forma de vida en una isla de pequeñas dimensiones situada en el seno de grandes superficies oceánicas. Partiendo de aquella exclusividad compartida por todos los miembros del archipiélago, es fácilmente recurrente el pensar en una empatía y solidaridad interna, así como en propuestas encaminadas a cierta acción común proyectada al exterior.

La *Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar* aprobada en 1982, ya se refiere a una condición de entidad política intrínseca a los archipiélagos en general. Así lo disponía el artículo 46 de aquel tratado:

> Por «archipiélago» se entiende un grupo de islas, incluidas partes de islas, las aguas que las conectan y otros elementos naturales, que estén tan estrechamente relacionados entre sí que tales islas, aguas y elementos naturales formen una entidad geográfica, económica y

política intrínseca o que históricamente hayan sido considerados como tal.

Para el caso de los ANFA sería la combinación de los factores geográfico, territorial y espacial los que antes que nada y de una forma sustancial hacen que las islas, las aguas que las conectan y otros elementos naturales acaben tan estrechamente relacionados entre sí que la forma de un ente de naturaleza política para el archipiélago no resulte extraña.

A este respecto, serían clarificadoras las palabras pronunciadas en su día por el político y poeta canario Nicolás Estévanez. Durante un homenaje de la comunidad canaria en Madrid al escritor Benito Pérez Galdós celebrado en 1900, Estévanez se refirió a la realidad de las islas Canarias en los siguientes términos: "Si algún día desaparecieran las fronteras y las nacionalidades, sólo entonces dejaríamos de ser españoles, pero ni aún entonces dejaríamos de ser canarios" (Hernández 2016, p. 9). De estas palabras se deduce una realidad irremediable como consecuencia de la naturaleza archipelágica del territorio canario combinada con su localización en la inmensidad oceánica. Canarias como una realidad irremediable atemporal más allá de la era de las naciones, de lo cual se desprende una condición identitaria inalienable y la potencial necesidad de un cuerpo político que trascendiera el esquema nacional. La misma afirmación se entiende igualmente aplicable a archipiélagos como las Azores, Hawái o las Galápagos, pero sustituyendo la palabra *españoles* por las palabras *portugueses*, *norteamericanos* o *ecuatorianos* para cada uno de los casos.

En un ejercicio mental consistente en retrotraernos en el tiempo de forma gradual hasta miles de años atrás a la vez que observamos los distintos mapas políticos que se irían sucediendo, notaríamos como poco a poco se desvanecería toda división política que separa hoy en día las diversas *polities*, ya fueran naciones o Estados nación. En el ejercicio opuesto de hacer una proyección imaginaria hacia un futuro lejano, nada nos garantiza el no obtener un resultado similar al primer ejercicio y pudiera ser que las divisiones políticas apenas se corresponderían con las del presente. Sin embargo, si los mismos ejercicios tuvieran por objeto aquellos archipiélagos denominados ANFA, los territorios de éstos se mantendrían inalterables a pesar de los vaivenes en la «máquina

del tiempo», y de su ubicación y planeamiento seguiría subyaciendo un sustrato político común potencialmente encauzable en un cuerpo político o con tendencias a ello.

Desde el punto de vista de los elementos naturales, del territorio o de su ubicación geográfica, estos archipiélagos se constituyen en potenciales entidades políticas[2], mientras que subjetivamente, desde el punto de vista de sus habitantes, de las comunidades y poblaciones que los habitan, la coordinación y organización sociopolítica interna se constituyen en elementos de intrínseca necesidad.

En relación a las islas cuyo territorio es compartido por dos Estados, casos de *La Española* o *Chipre*, Frank Jacobs (2012) afirmaba en un artículo del *New York Times*:

> But an island is a naturally enclosed entity. Its shoreline is the boundary of the bubble separating it from the rest of the world. And then impose a human-made barrier on the island? What is the meaning of isolation – a word derived, in fact, from the Latin for «island» - if you have to share it with someone else?

Para la categoría de archipiélago oceánico propuesta por la tesis, tal afirmación podría encajar y resultar muy ilustrativa, añadiendo eso sí una serie de variaciones:

Pero un ANFA es una entidad cerrada naturalmente. La combinación de la línea de costa de sus islas es el límite de la burbuja que separa ésta del resto del mundo. ¿Y entonces la imposición de una barrera fruto de la acción humana dentro del ANFA? ¿Qué sentido tiene aislarse en el aislamiento? ¿Qué sentido tiene no compartir tu existencia singular con tus iguales más cercanos?

---

[2] El autor Richard A. Lobban, Jr. concreta aún más esta idea refiriéndose a un federalismo que emana de la propia geografía del archipiélago: "…. The geography of the archipelago has an inherent federalism with its insularity and self-reliance…." (1995, p. 149)

En el mismo sentido, pero aplicado al caso concreto de las Azores, Rogers señala la naturaleza federal dimanante de este archipiélago: "…The analogy is valid, for the Azores, like the United States, Australia, and Brazil, is a federation. It is a commonwealth of nine entities…." (1979, p. 101)

e. El océano Atlántico como delimitación espacial de la tesis.

Los sujetos de estudio de la actual tesis serán archipiélagos catalogados como ANFA, localizados en aguas del Atlántico. A diferencia de lo que ocurre con las innumerables islas desperdigadas a lo largo del océano Pacífico sobre grandes extensiones no «compartimentadas», en el Atlántico es fácil distinguir archipiélagos encuadrados dentro del tipo de los ANFA, esto es, varias pequeñas islas de similar tamaño que, agrupadas sobre una misma área geográfica aislada, constituyen un archipiélago finito.

Es bajo la ya comentada preponderancia de la forma nacional y la ideología del nacionalismo que la presente investigación se interesará por el impacto de aquella irrupción y posterior consolidación global en una serie de archipiélagos atlánticos. En general, el interés por el ámbito Atlántico responde a la conjunción de tres factores que envuelven aquel océano y que relacionan indefectiblemente al fenómeno nacionalista con sus archipiélagos:

- La temprana exposición de los archipiélagos atlánticos al fenómeno nacionalista.
- La pertenencia de la mayoría de archipiélagos atlánticos a la categoría de los ANFA, incluyéndose entre ellos los de mayor población.
- La prolongada integración de estos archipiélagos bajo el dominio de una misma entidad política en expansión que acabaría experimentando una transición de la forma imperial a una forma nacional.

En relación al primer punto, los archipiélagos atlánticos se sitúan dentro de la órbita del epicentro en el que fueron concebidos las ideas de nación y nacionalismo y debido a ello, su posición geoestratégica los convertía en un «blanco perfecto» durante la propagación de aquellos dos fenómenos interconectados. A este respecto, autores de gran influencia dentro de los estudios del nacionalismo como Hearn (2009), Greenfeld (1992) o Anderson (1991) conceden un protagonismo capital al espacio atlántico en el proceso de alumbramiento del fenómeno nacional.

Los tres autores vinculan el nacimiento del nacionalismo y su posterior difusión exitosa con un proceso de interacción entre ambas orillas del Atlántico, quedando por tanto los archipiélagos de aquel océano literalmente rodeados por manifestaciones e influjos asociados con el nacionalismo y la idea nacional. Así, por ejemplo, en Canarias se dejaban ver las influencias del romanticismo asociado al nacionalismo alemán cuando

desde sectores culturales comenzó a idealizarse la imagen del *guanche*[3] en la segunda mitad del siglo XIX, mientras que más adelante la lucha de Cuba por su independencia ejercerá una gran influencia sobre los primeros autonomistas y nacionalistas canarios. En las islas Feroe, mientras en Copenhague los estudiantes isleños asimilaban la nueva cultura nacional, por otra parte, el movimiento nacional islandés inspiraría la creación de un movimiento similar en las Feroe.

Concebidos la mayoría de los archipiélagos atlánticos como ANFA se entiende que a los archipiélagos que se les atribuye tal cualidad, debido a su tendencia intrínseca a experimentar cierto grado de asociacionismo político interno, han experimentado de alguna manera los efectos de la entronización global de la forma nacional y su consecuente expansión como la forma más popular y «perseguida» por las unidades políticas de todo el mundo desde el primer cuarto del siglo XX. La nación y el nacionalismo crearon *polities* allí donde antes no habían existido comunidades estructuradas políticamente, resucitaron antiguas *polities* que habían quedado olvidadas en el tiempo, levantaron nuevas *polities* mediante la unión o fusión de antiguas o convirtieron *polities* «artificiales», diseñadas con escuadra y cartabón en base a intereses extranjeros, en unidades políticas perfectamente legitimadas de cara a la comunidad internacional. La capacidad de cambio y alteración derivada de la irrupción del ideal nacional ha sido de una intensidad inusitada sobre las unidades políticas que habitaban el planeta. A este respecto, estando los archipiélagos atlánticos estrechamente ligados a la órbita de los Estados europeos occidentales en los que el ideario nacional se encontraba presente de una forma generalizada al menos desde el primer cuarto del siglo XIX, y teniendo muchos de aquellos archipiélagos la consideración de ANFA, entre otras cosas, precisamente por su vinculación política con aquellos Estados europeos desde al menos el siglo XVI, se puede concluir que la forma nacional y la ideología nacionalista han estado «merodeando» muchos de los archipiélagos atlánticos al menos desde las primeras décadas del siglo XIX. Ello constituye un amplísimo período temporal hasta que la aprobación de las normas institucionales básicas que rigen

[3] Los guanches eran los antiguos pobladores de Canarias que vivieron durante siglos en las diferentes islas del archipiélago (con la excepción de La Graciosa) antes de la conquista y anexión del archipiélago atlántico por la Corona de Castilla a finales del siglo XV. Aunque en un principio la palabra guanche se refería sólo a los indígenas que habitaban la isla de Tenerife, con el tiempo el nombre se generalizó integrando al resto de tribus que habitaban cada una de las islas. Los guanches procedían originariamente del norte de África y formaban parte de la cultura bereber. Hoy en día continúa siendo un misterio tanto el lugar preciso del que procedían en el norte de África como las causas que llevaron a aquellas tribus norteafricanas a colonizar las distintas islas del archipiélago. El mundo académico e intelectual en Canarias ha dedicado y sigue dedicando muchos recursos a tratar de resolver aquellas cuestiones.

hoy en día en los distintos archipiélagos atlánticos calificados ANFA, se significara para cada caso en punto culminante de la aludida tendencia intrínseca.

A lo largo de la tesis se ha considerado de sumo interés estudiar y analizar la interacción de dos fenómenos que van en paralelo: por un lado, una evolución firme y constante de la comunidad internacional, desde finales del siglo XIX, encaminada de forma unánime hacia la hegemonía política de la forma nacional y, por otro lado, la inevitable evolución entre la mayoría de archipiélagos atlánticos hacia la adopción de una forma de *polity* que canalizara de alguna manera la necesidad de representación y expresión política que subyacían de una realidad y espacio singulares que ligaban a las islas del archipiélago en cuestión.

El tercer punto se centraría en la condición que ostentaron estos archipiélagos durante gran parte de su historia, de posesiones de ultramar dentro del entramado de grandes entidades imperiales que acabaron deviniendo en naciones. Los archipiélagos atlánticos, por lo general, sólo han estado bajo el dominio de una única entidad imperial que con el tiempo acabaría adoptando la forma nacional. Todos los imperios transoceánicos que han operado activamente en el espacio geográfico representado por el Atlántico subsistieron a la desaparición de la era de los imperios, transformándose en Estados nación «apuntalados» por sus respectivas identidades nacionales. Estos archipiélagos, debido a su ubicación, se encontraron en el ojo del huracán de una particular transición de la era imperial a la era nacional, particular por constituirse el océano Atlántico desde hacía siglos en un escenario de continua cohabitación entre diversos imperios transoceánicos que acabarían mutando en Estados nación. En este contexto, ha resultado de gran utilidad para los fines de la investigación examinar la mutación nacional de aquellos imperios y las consecuencias de aquella mutación sobre sus posesiones de ultramar. Se muestra así un recorrido común a todos los archipiélagos atlánticos que transcurría desde su rol como adquisiciones de ultramar al servicio de entes imperiales, hasta su posterior integración en un Estado nación rediseñado como producto de una evolución hacia la forma nacional experimentado por el antiguo ente imperial.

Ha sido de gran interés la interconexión entre dos procesos cuyos desarrollos discurren casi en paralelo, encontrándose ambos íntimamente ligados al fenómeno nacionalista: por un lado, la transición del Estado imperial al Estado nacional, que en el caso del Atlántico es particularmente sugestiva debido al importante «tráfico» de entes imperiales que han establecido parte de sus intereses en aquel océano y que subsistieron

el cambio de era adaptándose a la nueva realidad nacional; y por otro lado, el proceso evolutivo por el que los archipiélagos del Atlántico pasarían de ser posesiones de ultramar a convertirse en partes integrantes de un Estado nación.

f. Metodología.

La presente investigación se ha guiado intuitivamente por el trabajo teórico acerca del fenómeno nacionalista desarrollado por Liah Greenfeld sin previamente aceptar que se trate de un cuerpo teórico cuyos postulados son ciertos e indiscutibles o capaces de descifrar por completo la enorme complejidad de aquel fenómeno.

Considerada una de las autoras más influyentes y originales dentro del mundo académico, su propuesta y teoría sobre el nacionalismo han generado un enorme impacto en el campo de las ciencias sociales a lo largo de las últimas décadas. Prueba de la importancia de esta autora en la rama de los estudios sobre el nacionalismo, es su participación en varias obras corales de gran relevancia para este campo como *Nationalism* editada por Hutchinson y Anthony D. Smith (1994), *Encyclopedia of Nationalism* editada por Alexander J. Motyl (2001) o la obra *The Fate of the Nation State* editada por Michel Seymour (2004)

El método escogido para llevar a cabo la investigación ha sido el comparativo en base a cuatro casos de estudio. Cada uno de los casos de estudio representa un archipiélago que entra dentro de la categoría de los ANFA y cuya ubicación se encuentra en el océano Atlántico. El método comparativo se corresponde con el método de diferencia expuesto por John Stuart Mill en su obra *Un sistema de lógica* de mediados del siglo XIX. Los cuatro archipiélagos seleccionados son Azores, Cabo Verde, Canarias y Feroe. La elección de los cuatro casos de estudio, responde en primer lugar al alto grado de representación de los cuatro tomados en conjunto, ya que todos ellos se encuentran entre los cinco archipiélagos más poblados del Atlántico independientemente de la tipología de que se trate. No obstante, el principal factor que ha guiado la selección de casos lo constituye el hecho llamativo de que cada uno de los archipiélagos, a pesar de acabar coincidiendo en concebir al conjunto de islas como un ente político, se definiera políticamente de una manera distinta a la denominación adoptada por el resto. Las definiciones que adoptaron en la redacción de sus primeras normas institucionales básicas fueron las siguientes: Canarias en la primera versión de su *Estatuto de Autonomía* optó por una indefinición política; Azores en su *Estatuto Político-Administrativo* se definiría como una región autónoma; las islas Feroe en su *Ley de Autogobierno* aparecían definidas como una comunidad autónoma en su versión en

lengua danesa y como una nación autónoma en su versión en lengua feroesa y finalmente, Cabo Verde en su *promulgación de independencia* y *Ley sobre la Organización Política del Estado* escogió el término de república.

Otro factor que explica la elección de los cuatro casos de estudio, sería que la puesta en común de todos los casos comporta el análisis de hasta tres Estados diferentes de la Europa occidental con los que los archipiélagos se encontraron atados políticamente durante un prolongado periodo de tiempo dentro de un contexto imperial. El hecho de incluir tres Estados que experimentaron una transición de la era imperial a la era nacional mientras seguían en posesión de alguno de los archipiélagos a examen, se entiende como un elemento que enriquece el trabajo comparativo dentro de una dinámica singular del Atlántico considerada de especial interés ya que pudiera conllevar importantes repercusiones en la forma de relacionarse los archipiélagos a estudio con el fenómeno nacionalista.

Teniendo en cuenta que los archipiélagos a examen son considerados ANFA, de lo que se desprende que en cada archipiélago un sustrato común derivado de un ecosistema político singular conectaría a todas las islas en base a unos factores naturales determinantes, se ha estimado de gran interés tratar de averiguar cómo han afectado la irrupción de la nación y la ideología nacionalista a la esfera política de este tipo de archipiélago dentro de un contexto atlántico. La vía diseñada para poder calibrar aquel impacto de la nación y el nacionalismo consistirá en un estudio comparativo entre los cuatro archipiélagos en los que se examinará la forma en que los habitantes de aquellos pasan a concebir políticamente sus respectivos entes archipelágicos una vez la nación y el nacionalismo ya se habían consolidado a nivel global.

Para ello la investigación focalizará su atención en un momento decisivo en la historia de aquellos archipiélagos y que se irá materializando para cada uno desde, aproximadamente, la segunda mitad del siglo XX cuando el afianzamiento del ideal nacional a nivel planetario era ya una realidad. Se trata del momento histórico en que aquellos archipiélagos constituyeron sus primeras *normas institucionales básicas* en gran parte elaboradas desde las propias islas y en las que, por vez primera, se plasmaba de una forma solemne una definición política referida al archipiélago. Se prestará especial atención pues al papel desempeñado por el nacionalismo y otras variables

íntimamente ligadas a aquel, durante los procesos que condujeron a la elaboración de aquellas normas icónicas para los archipiélagos.

Este periodo concreto de la historia sirve como acotación temporal de la investigación que se extenderá así desde la aparición del nacionalismo en los Estados continentales en los que se integraban los archipiélagos hasta la aprobación de las primeras normas institucionales básicas a favor de estos últimos. El texto de aquellas normas, a ojos de la presente investigación, se presenta como una instantánea o foto fija que reflejaría la concepción política que los habitantes de los archipiélagos examinados tenían de sus respectivos cuerpos archipelágicos en un periodo que coincidía con el de máximo apogeo a nivel mundial del nacionalismo. Aquella primigenia concepción política, institucionalizada tras un supuesto consenso en el seno de los archipiélagos único en sus respectivas historias, se entiende de enorme relevancia para mesurar el impacto del nacionalismo en la esfera política de los ANFA al significarse en el punto de partida sobre el que arrancaría el posterior desarrollo de estos archipiélagos como entidades políticas plenamente reconocidas por primera vez en la historia.

La investigación también se propone averiguar en qué grado la irrupción de la nación y el nacionalismo han propiciado que la concepción política asumida por cada uno de los ANFA se fundamentara en sus elementos naturales determinantes y excepcionales. Una concepción política del archipiélago basada en las circunstancias naturales que posibilitan el encuentro de sus habitantes bajo un contexto físico excepcional es una de entre las varias vías que pueden abrirse a estos archipiélagos al embarcarse en un proceso determinativo de su condición política. La tesis identifica de especial interés está posible vía a adoptar por los ANFA debido al extraordinario desafío que fenómenos como la emergencia climática/desastres naturales, el desarrollo sostenible, la globalización o la explotación de aguas y fondos marinos oceánicos planteaban a este tipo archipelágico ya desde finales del siglo XX, esto es, tan sólo unas décadas después de que los cuatro archipiélagos a examen hubieran consagrado en sus normas institucionales básicas una concepción política auto atribuida.

En definitiva, la presente investigación entiende que la identificación de los archipiélagos a examen como miembros de un tipo particular de archipiélago determinado por enmarcarse en el contexto de un ecosistema político singular que crea

una tendencia hacia la armonización de sus habitantes y territorios, su temprana exposición al fenómeno nacional así como un trasfondo imperial común a todos ellos ligado al mismo espacio geográfico y a una generalizada «desescalada» hacia lo nacional (el núcleo del ente imperial pasa a ser núcleo del ente nacional) implican que sea oportuno y de gran interés contrastar el desarrollo político e institucional de aquellos archipiélagos con el fenómeno global y cambio de paradigma que supuso la irrupción de la nación y la ideología nacionalista.

g. Hipótesis a contrastar.

La presente investigación se ha fijado como cometido la verificación o refutación de tres hipótesis generales durante su elaboración.

Primera hipótesis: La era del nacionalismo ha propiciado dentro de aquellos archipiélagos calificados como ANFA y situados en el Atlántico, el desarrollo de una concepción política de alcance popular referida al conjunto archipelágico.

Esta hipótesis se sustenta sobre la previa observación por la cual hasta la era marcada por la consagración global del nacionalismo y el sistema de naciones, no se puede encontrar una definición política de ninguno de los archipiélagos plasmada oficialmente a través de un proceso por el que se consensuara la materialización por escrito de una forma de concebir políticamente al ente geográfico entre una mayoría de sus habitantes. En todos los casos coincide que la plasmación de aquella concepción popular tiene lugar por primera vez a partir de mediados del siglo XX. A esas alturas del pasado siglo el fenómeno nacionalista ya se había consolidado completamente a una escala planetaria. Es más, seguía en plena efervescencia provocando en alianza con los procesos de descolonización una radical reestructuración de algunos órdenes continentales, concretamente alterando la composición y número de unidades políticas legítimas que a partir de entonces pasarían a conformar el mapa político de África y Asia.

Segunda hipótesis: La diversidad de definiciones políticas adoptadas por los archipiélagos a examen obedece en gran parte a la naturaleza y desarrollos particulares

que, de una forma diferente, caracterizan a las identidades nacionales de los Estados continentales en los que históricamente han estado integrados.

En tanto que estas primigenias definiciones políticas de los ANFA se «cuecen» bajo el contexto general de una hegemonía global de las ideas de nación y nacionalismo en la esfera de las comunidades políticas, a la vez que, bajo un contexto particular caracterizado por una secular posición de estos archipiélagos bajo el dominio político de Estados continentales, la identidad nacional de estos últimos se presume con un rol decisivo durante aquel proceso popular encaminado a una conceptualización política. Se entiende que la identidad nacional como principal expresión colectiva de la nación que impera en el Estado continental, difícilmente permanecerá inmutable ante un proceso que amenaza con alterar la relación política entre partes integrantes del cuerpo estatal. Partiendo de la concepción que cada identidad nacional es una expresión única diferente del resto, no es nada extraño preconcebir que cada una de aquellas reaccionará de una forma distinta ante tales expresiones populares desatadas en los ANFA. Se entiende que tal reacción en gran parte estará condicionada por la naturaleza y rasgos propios que han venido definiendo a la identidad nacional desde su formación, así como por la forma particular en que una mayoría de miembros de la nación conciben a la misma. Esta potencialmente acusada variabilidad entre las distintas identidades nacionales sería responsable en mucho de la disparidad de concepciones políticas asumidas por los archipiélagos a examen.

Tercera hipótesis: En el proceso de concebir políticamente al archipiélago de forma popular, el propio contexto global fijado por el nacionalismo favoreció que ninguna de las poblaciones de los archipiélagos examinados tomara en consideración durante aquel proceso a sus circunstancias naturales excepcionales y determinantes.

Esta hipótesis se desprende del examen previo de las definiciones políticas finalmente adoptadas por los archipiélagos a estudio en el momento de promulgarse sus primeras normas institucionales básicas. A este respecto, ninguna de las definiciones hace mención expresa o se relaciona, ya sea directa o indirectamente, con alguno de los elementos naturales comunes a todos los ANFA que además se constituyen para aquellos en variables determinantes y excepcionales. Igualmente, durante los procesos que desembocaron en la promulgación de las referidas normas y que, por tanto,

conllevaron una consagración oficial de las definiciones políticas, tampoco se ha podido detectar entre las fuentes de inspiración ninguna politización o movilización en el ámbito de lo popular que giraran en torno a cuestiones ligadas con los mencionados elementos naturales. A priori, los característicos elementos naturales de los ANFA ocuparon un protagonismo residual en la etapa final de concreción de aquellos archipiélagos como unos entes políticos determinados, no formando parte o teniendo un papel muy secundario dentro del conglomerado sobre el que se fundamentarían las concepciones políticas auto atribuidas en cada archipiélago.

h. Contribuciones de la tesis.

Dada la potencial conexión o interacción existente entre estos archipiélagos atlánticos y los fenómenos de la nación y el nacionalismo, la tesis se presenta como una importante contribución en la identificación de tendencias políticas comunes a estos archipiélagos que florecerían a raíz de la eclosión de la era nacional.

De una forma más específica, se pretende contribuir a la adquisición de un entendimiento más profundo de:

- dinámicas políticas internas a los archipiélagos, muchas de ellas aún vigentes en la actualidad.
- la cultura política propia presente en cada uno de los archipiélagos, así como su evolución y plasmación en las diversas instituciones isleñas.
- cómo afectó la irrupción del nacionalismo a los dos apartados anteriores.

Se entiende que repercute positivamente en tales contribuciones el estudio comparado de estos archipiélagos dentro de una tipología propuesta (los ANFA) que de una forma más fiel refleja la realidad tan excepcional a la que han de hacer frente los habitantes de aquellos archipiélagos y en donde la esfera de las identidades políticas de masas, como el resto de esferas que vinculan a las sociedades, no puede ser ajena ni inmune a aquellos condicionantes naturales que afectan a los archipiélagos de tal clase. En este sentido el resultado de la investigación arroja patrones comunes presentes en los archipiélagos pertenecientes a la tipología propuesta, justificando así tanto el que se

haya señalado como factores decisivos para la constitución de tal tipología la peculiaridad y determinación de unas circunstancias naturales como el hecho de haber circunscrito el estudio al marco atlántico.

En relación con el método de investigación escogido, en el que el alumbramiento de las primeras normas institucionales básicas para aquellos archipiélagos ocupa una posición fundamental dentro del esquema metodológico (aparte de actuar como necesaria acotación temporal), se entiende de gran interés la contribución que apunta a cierta conexión entre los sistemas legales de los Estados y la caracterización de sus respectivas identidades nacionales. A lo largo del estudio el análisis de los archipiélagos aporta ejemplos prácticos que dejan entrever una vertiente del fenómeno nacionalista por la cual las identidades nacionales actuarían también como elementos moldeadores del cuerpo legislativo del Estado nación en donde aquellas identidades ocupan una posición hegemónica.

Por último, la investigación pretende constituirse en un viaje de ida y vuelta por el que aparte de servirse exhaustivamente durante su desarrollo de la variable nacionalista, encapsulada ésta en la inspiración que confiere la teoría ideada por Liah Greenfeld, a su vez la tesis también se presenta como un estudio crítico en el que testar los predicamentos teóricos de aquella autora. El escenario que representan cada uno de los archipiélagos se postula como un contexto original y abarcable sobre el que hasta el momento ninguna de las teorías más influyentes sobre el nacionalismo ha sido contrastada. En esta línea Baldacchino defiende la utilización de las islas pequeñas en los trabajos académicos:

> as somewhat closed (read manageable) systems… in order to test and explore conceptual schemes and specific hypothesis emerging from academic and policy debates at mainland, regional or global level [Baldacchino 2006, citado en Williams (2013, p. 20)]

1. MARCO TEÓRICO

1.1 PRINCIPALES CORRIENTES EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL NACIONALISMO

En líneas generales dentro del área de estudio centrado en el fenómeno del nacionalismo existen dos grandes corrientes opuestas. Esta contraposición vendría a estar representada por aquellos autores denominados *primordialistas* frente a los que se designan como *modernistas*. En medio de estas dos posturas se encuentra una tercera corriente denominada *etnosimbolista* cuyos postulados se sitúan a caballo de los defendidos por las dos anteriores.

Los primordialistas defienden que la nación encuentra sus orígenes en un pasado remoto. Para Özkirimli el primordialismo es un término que describe la creencia de que la nacionalidad es una parte natural de los seres humanos, tan natural como podría ser el habla, la vista o el olfato (2010, p. 49). Según Hearn, los primordialistas tienden a hacer central en sus argumentos la etnicidad y por ello en un sentido causal también la etnicidad ocupa una posición prominente en su forma de entender el nacionalismo (2006, p. 20). De esta manera el nacionalismo es entendido como un desarrollo posterior de procesos muchos más antiguos ligados con la etnicidad (Hearn 2006, p. 20). Por contra, los autores modernistas sostienen que nación y nacionalismo son dos fenómenos que han surgido a raíz de la modernidad, no siendo posible concebir su existencia sin la previa aparición de aquel contexto histórico. Según Özkirimli, para los modernistas la nación y el nacionalismo aparecieron en los dos últimos siglos y ambos serían el producto de procesos específicamente vinculados a la modernidad como el capitalismo, la industrialización, el secularismo o el surgimiento del Estado moderno burocrático (2010, p. 72). En medio de estas visiones opuestas los *etnosimbolistas* postulan un rechazo a la rigurosa continuidad en el tiempo que sugieren los axiomas del primordialismo a la vez que una necesidad de asignar el peso debido a las transformaciones que ha implicado la modernidad.

La presente investigación se sirve de un marco teórico integrado dentro de las corrientes modernistas. Siguiendo el modelo propuesto por Demulling (2015, p. 3), dentro del

espectro modernista se pueden diferenciar a su vez de dos grandes posiciones: una que representa un *estructuralismo* o *funcionalismo* en la que se hace un especial hincapié en la nación como un producto directo de procesos relativos a la modernidad (Estado moderno, capitalismo, industrialización…) y una segunda posición denominada *mentalista*, mediante la cual, fenómenos culturales, como el nacionalismo y las naciones, son vistos como productos simbólicos de la mente (Demulling 2015, p. 3). A este respecto, la teoría mentalista se centra en el fenómeno nacionalista como una forma de conciencia.

Será esta corriente mentalista la que se inserta como trasfondo teórico durante la elaboración de la tesis. La más importante e influyente autora de esta corriente es Liah Greenfeld. La tesis pues se inspira críticamente en el pensamiento teórico de Greenfeld.

1.2 LA TEORÍA DE LIAH GREENFELD FRENTE AL ETNOSIMBOLISMO DE ANTHONY D. SMITH

Frente a los postulados teóricos defendidos por Greenfeld quizás la posición más encontrada sería la representada por el autor Anthony D. Smith, máximo exponente de la corriente *etnosimbolista*. Los miembros de esta corriente buscan dar una explicación a los fenómenos de la nación y el nacionalismo recurriendo a una vía intermedia entre los primordialistas y los modernistas.

Smith defiende la existencia de raíces y fundamentos étnicos en las naciones modernas (1986, p. 15). En su explicación teórica, Smith propone el concepto de *ethnie* como aquellas unidades culturales colectivas que preceden en el tiempo a las unidades nacionales modernas, estableciendo por tanto una continuidad que las corrientes modernistas se apresuran en negar (1986, p. 13). No obstante, el etnosimbolismo también se opone a una absoluta continuidad en el tiempo de la forma nacional, pero establece que, aunque la ruptura sí que fue radical en algunos aspectos en la esfera de la cultura no fue tan amplia y penetrante como se suponía (Smith 1986, p. 13).

Smith da una importancia capital a las formas culturales relativas a los sentimientos, actitudes y percepciones que son a su vez expresadas y codificadas en mitos, memorias, valores y símbolos, en tanto que este conglomerado se constituye en núcleo de la etnicidad (1986, p. 15). Es en este núcleo de la etnicidad en donde habría que fijarse para comprender las cualidades especiales y durabilidad de una *ethnie*.

El estudio de Smith defiende la amplia gama y durabilidad de la *ethnie* histórica en la era premoderna y como consecuencia de ello, el impacto de este fenómeno en la forma y contenido de las naciones modernas y nacionalismo. De una forma más concreta, el autor sugiere que existen raíces étnicas que determinan en un considerable grado la naturaleza y límites de las naciones y nacionalismos modernos, y que las élites deben respetar aquellos para el supuesto que quieran alcanzar sus objetivos (Smith 1986, p. 18)

La explicación teórica de Smith y de los etnosimbolistas choca frontalmente contra una realidad contrastada, perceptible desde el surgimiento de las primeras naciones y presente globalmente desde que la entidad nación pasó a convertirse en unidad básica sobre la que se acabaría articulando el orden político planetario. Puede admitirse que en toda nación se dan dos rasgos fundamentales que en gran parte caracterizan esta forma de integrarse políticamente las comunidades de individuos. El primer rasgo viene referido a la equivalencia entre soberanía nacional y soberanía popular, esto es, al hecho de que la soberanía pasa a residir en el conjunto de individuos que forman parte de la nación por el sólo hecho de ser miembros de la misma. Mientras, el otro rasgo alude a la igualdad entre los individuos que conforman la nación. La pertenencia a una nación pasó a ser el principal atributo político de todo individuo, a parte del único innato, y en tanto que los miembros de una misma nación compartían aquel atributo fundamental, se generaba la percepción de una igualdad aparente entre los miembros de la misma. Por el sólo hecho de formar parte de una nación se desplegaban unas consecuencias políticas formales de gran magnitud sobre cualquiera de sus miembros, mientras que por formar parte de una *ethnie* el individuo todavía quedaba muy lejos de disponer de una dimensión política de tal envergadura.

Nada dice Smith acerca de porqué es precisamente en estas comunidades étnicas (*ethnies*) donde surgen, ni cuáles son, las condiciones propicias para que sus miembros

pasaran a entender, a través de su transformación en nación, que en el conjunto de ellos residía ahora la soberanía y como el formar parte de aquella entidad pasaba a considerarse el principal atributo político para todos sus miembros por igual. La explicación de Smith no responde a la pregunta clave de porqué surgieron las naciones y el porqué de su increíble propagación planetaria. Más bien parece responder al interrogante de sobre qué comunidades de individuos tendieron a surgir las naciones y en base a la respuesta, promover un análisis acerca de la influencia y peso que ejercerían fuerzas del pasado en el desarrollo de la nueva realidad nacional. La teoría etnosimbolista más que centrarse en el fondo de la cuestión, se limita a entrar en la forma. Para Demulling la teoría propuesta por Smith acerca de la naturaleza étnica de las naciones no equivale a una explicación causal del surgimiento del nacionalismo, ni es capaz de explicar la persistencia de aquel fenómeno ni su dimensión global (2015, p. 7).

En relación a esta aportación centrada en la forma, el etnosimbolismo tampoco parece ofrecer una explicación integral de aquella vertiente del fenómeno nacionalista. En este sentido, tal y como afirma Breuilly, los complejos de mitos y símbolos que Smith establece como centrales en su concepción de las *ethnies* y naciones, resultan ser predictores poco fiables del nacionalismo. Así, el autor sostiene que muchas naciones se han formado con independencia de lo bien desarrolladas que estuvieran las precondiciones ideológicas citadas por Smith (Breuilly 1996, citado en Hearn 2006, p. 46). Del mismo modo, la teoría de Smith sitúa la causa final de la adopción del estadio nacional como el producto de una evolución natural interna de las sociedades designadas por él como *ethnies*. El componente étnico se establece por sí mismo en imprescindible motor generador de la forma nacional, no teniendo en cuenta y desechándose el relato empírico de la historia que apunta a la formación de naciones por causas externas a las mismas, constituyéndose aquella dimensión exógena en elemento imprescindible en el alumbramiento de naciones como así lo atestiguan los casos de Liberia y Moldavia, donde los equilibrios de poder entre las grandes potencias y sus propios intereses jugaron un papel trascendental.

Otra crítica al etnosimbolismo que la presente investigación pretende remarcar es la efectuada por Özkirimli (2003, p. 350) en relación a la pluralidad de herencias étnicas. En base a la afirmación de Hutchinson, uno de los autores referentes del

etnosimbolismo, mediante la cual señala que las formaciones étnicas a menudo contienen muchos pasados, herencias culturales y por tanto varios modelos de identidad individual y colectiva (Hutchinson 2003, citado en Özkirimli 2003, p. 350), Özkirimli se apresura en sentenciar que tal afirmación socava todo el proyecto etnosimbolista. Ante una diversidad de pasados y herencias culturales diferentes, de mitos fundacionales contrapuestos y memorias alternativas, ante la existencia de proyectos simbólicos y políticos que rivalizan entre sí, surgen entonces preguntas como cuál de entre ellos es el auténtico y cómo se puede llegar a adquirir tal conocimiento de una forma objetiva (Özkirimli 2003, p. 351) sin que en aquel proceso se produzca la intervención de las élites tal y como manifiesta Smith.

Más complicado sería el escenario en aquellas sociedades que dan muestras de semejante pluralidad y que se han encontrado sometidas durante un prolongado período de su historia a otras sociedades foráneas ya fuera por la fuerza o por otras constricciones de naturaleza económica, geopolítica o demográfica. Algunos de los archipiélagos que serán objeto de examen en la actual tesis entran en el presente escenario y ante una diversidad de herencias étnicas, pasados, mitos fundacionales o memorias, las originarias poblaciones isleñas en el marco de la nueva sociedad surgida de la fusión entre sometidos y dominadores, pueden encontrar muchos obstáculos para que su selección de mitos, pasados, herencia étnica y memorias sea la prevalente en el conjunto de la sociedad.

En base a lo expuesto, la postura etnosimbolista liderada por Smith no puede servir a los propósitos de esta tesis. Su pretendida primacía predicada implícitamente respecto de los postulados de Greenfeld se entiende neutralizada a la vez que se sigue percibiendo de gran conveniencia la producción teórica de aquella y de otros autores encuadrables en la corriente mentalista.

El estudio partirá del trabajo teórico de Greenfeld al entenderse que será de utilidad entre otras cosas debido a su claridad conceptual, su detallada explicación referente tanto al origen de la nación como a su exitosa propagación global, así como por el peso que concede la autora a la historiografía como pieza clave para tener una visión global y, por ende, un mayor entendimiento del fenómeno nacionalista. Este elemento historiográfico se ha tenido muy en cuenta a la hora de planificar la investigación y

diseñar la metodología, concibiéndose la vertiente histórica de cada una de las sociedades como punto de partida para el análisis de los casos.

Greenfeld explica las causas concretas que propiciaron el alumbramiento de la primera nación de la historia y establece para ello una cronología. Para ella el surgimiento de la primera nación tiene lugar en la Inglaterra del siglo XVI y a partir de aquí es capaz de fijar un recorrido cronológico de su expansión geográfica. La primera sociedad en importar el concepto de nación de Inglaterra fue Francia durante el siglo XVIII y a continuación vendrían Rusia y Alemania. Para Greenfeld estas cuatro sociedades fueron las primeras en desarrollar un nacionalismo y ser definidas como naciones; según la autora pasaron a significarse como las que mayor impacto e influencia ejercieron en el desarrollo del nacionalismo en otras partes (2016, p. 35). Finalmente, el nacionalismo se extendería por primera vez más allá de las fronteras europeas con su llegada a los Estados Unidos.

Estas cinco naciones reflejan cinco vías distintas por las cuales sus sociedades acceden de forma diferente a la modernidad. Estas vías irían en paralelo con la diversidad de caracteres y desarrollos atribuibles a cada una de las identidades nacionales. De esta forma el relato de la autora apunta directamente al desarrollo y caracterización específica de cada identidad nacional como un factor decisivo para entender la ubicación de la colectividad, cohesionada política y socialmente en base a aquella identidad, dentro del contexto global abierto tras la exitosa propagación del nacionalismo por todos los continentes. En tanto que los archipiélagos examinados históricamente han formado parte de diferentes Estados que poseen sus respectivas identidades nacionales, la caracterización y comprensión más profunda de éstas últimas se considera una herramienta analítica fundamental para el buen progreso de la investigación.

A su vez, el recorrido geográfico que propone Greenfeld de la difusión del nacionalismo alude implícitamente a los constantes procesos de interacción que ha desencadenado el fenómeno nacionalista y su expansión global. Estos procesos, como se verá, han ido surgiendo a lo largo de toda la tesis, convirtiéndose en un elemento imprescindible para el desarrollo de la misma y significándose como uno de los fenómenos asociados con el

nacionalismo que más han afectado el desarrollo político e institucional en los archipiélagos a estudio.

En base a los planteamientos teóricos de Greenfeld y otros autores como Hechter (2000) y Hroch (1993) se ha concedido gran relevancia al análisis de los estratos sociales influyentes que componen las diferentes sociedades estudiadas. Su composición y posicionamiento dentro de la sociedad, así como su actitud y reacción frente al fenómeno nacionalista se consideran una parte fundamental de la tesis, así como punto clave dentro del trabajo comparativo. Ello obedece a la peculiaridad que presentan los archipiélagos a estudio con unas élites y grupos influyentes que durante gran parte de la historia mantuvieron una relación colonial con las metrópolis continentales y en tanto que presentan también una predisposición a cierto grado de fragmentación a causa de la dispersión territorial y, por tanto, poblacional de los archipiélagos.

Dentro de las razones que ofrece Greenfeld para explicar la exitosa propagación y perdurabilidad del nacionalismo, aparte de mencionar la enorme influencia que ejerció Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII como principal poder europeo, la autora propone el nuevo sentido que en términos colectivos adquiere el concepto de dignidad al desatarse la era global de las naciones. Esta investigación presupone de gran utilidad el concepto de dignidad, así como la búsqueda de la misma y su carácter adictivo, que son vinculados estrechamente por Greenfeld a las ideas de nación y nacionalismo.

Esta aportación teórica se considera de gran interés para la presente investigación ya que los archipiélagos a examen se han encontrado integrados durante siglos en Estados continentales que en su día fueron importantes imperios transoceánicos con dominios territoriales repartidos en varios continentes. En todos estos Estados continentales tiene lugar un desmoronamiento imperial a través de un proceso constante y prolongado en el tiempo, en el que de la misma forma el peso e influencia política del que gozaron durante su apogeo igualmente se va desvaneciendo. Esta experiencia compartida, de forma inevitable repercutirá la dignidad colectiva de sus poblaciones una vez aquellos antiguos imperios acaben adoptando la forma nacional durante el siglo XIX. Es de sumo interés analizar la interacción entre aquel fenómeno de la dignidad vinculada a los miembros de una nación que, entre otras cosas, comporta una competitividad incesante en el plano internacional, y los procesos de desmembración imperial acompañados

normalmente de una constante erosión en el estatus de potencia global en los campos político y militar.

Finalmente, la tesis se ha inspirado en el alcance penetrante que Greenfeld y otros autores como Özkirimli (2010) o Billig (1995) conceden al fenómeno nacionalista más allá de su vinculación con las naciones y las formas en que éstas, o las comunidades que persiguen aquella forma, se manifiestan. El nacionalismo es entendido como una ideología ubicua que adopta la forma de un nuevo sistema cultural que ha acabado alterando nuestra percepción de la realidad; representa una forma de organización cognitiva y moral de la realidad. Bajo esta nueva realidad condicionada por la idea nacional, el nacionalismo adquiere el estatus de fundamento cultural de la sociedad moderna y, por tanto, se constituye también en fundamento cultural de la política moderna (Demulling 2015, p. 24). Este carácter prevalente de la idea de nacionalismo permite exponer y contrastar aquel fenómeno con otras realidades políticas más abstractas o no convencionales como sería el caso representado por los archipiélagos tratados en la presente tesis. Tal y como establece Özkirimli:

> Nationalism not only forms the horizon of international and domestic political discourse, and the natural framework for all political interaction, but it also structures our daily lives (2010, p. 2)

1.3 EL NACIONALISMO SEGÚN LIAH GREENFELD

a. Aspectos generales del trabajo teórico de Greenfeld.

Tal y como se ha mencionado, en el análisis que hace Greenfeld del fenómeno nacionalista, aparte de las imprescindibles consideraciones generales relativas al surgimiento, causas, consecuencias y posterior extensión del fenómeno, queda señalado con cierta precisión el momento temporal en el que surge dicho fenómeno en cada uno de los cinco países que son sometidos a análisis (Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania y EEUU). Igualmente ofrece una explicación muy detallada de todos los factores que juegan e intervienen en cada país y que provocan la aparición de las respectivas naciones.

Nos encontramos pues con una visión del nacionalismo muy particular que tiene su máxima manifestación en la obra publicada por Greenfeld en el año 1992, *Nationalism: Five Roads to Modernity.* Una de las premisas fundamentales de la definición del nacionalismo propuesta por la autora es la íntima relación que se genera entre el término nacionalismo y modernidad, pero al contrario que muchos autores modernistas como el caso de Gellner (1983), Anderson (1991), y Hechter (2000), que sostenían que el fenómeno del nacionalismo era una consecuencia necesaria de la modernidad, Greenfeld voltea la relación causa-efecto y sostiene que es *el nacionalismo el que da paso a la modernidad.* De esta forma la modernidad no sería posible sin el nacionalismo e incluso es entendida como un producto del sistema cultural erigido por el paradigma nacionalista:

> Modernity is not possible without nationalism. If defined meaningfully, modernity – with its distinguishing social, political and economic features – is a product of the cultural system of nationalism and owes to it its character (Greenfeld, 2004, p. 45)

Para Greenfeld, el nacimiento del nacionalismo puede ser rastreado hasta sus orígenes y de esta forma, ser situado con exactitud en la sociedad inglesa del siglo XVI. Es en este

momento y en el escenario particular de la Inglaterra de aquel siglo cuando tiene lugar la aparición del nacionalismo como una respuesta útil y efectiva para un determinado estrato de la sociedad inglesa que hasta ese momento no había sido capaz de superar la nueva realidad en la que se envolvía y que la había situado en un estado de *anomia*.

Más concretamente, el nacionalismo fue el resultado de la necesidad de la aristocracia inglesa de finales del siglo XV y principios del XVI de justificar su intensa experiencia de ascenso en la movilidad social, lo cual era inconcebible bajo el esquema cultural de una rígida sociedad estamental, pero que sin embargo estaba ocurriendo de una forma continua y a gran escala debido a las contingencias de la situación política resultante tras la *Guerra de las Rosas* (Greenfeld 2016, p. 15).

En este punto encontramos otra de las características más importantes de la teoría de Greenfeld que es el carácter contingente del nacionalismo, esto es, la aparición del nacionalismo no era ineludible y es que según la autora otras posibilidades se podían haber intentado, las cuales incluso pudieran haber dado también respuestas satisfactorias para aquellos estratos de la sociedad. En este sentido, sentencia Greenfeld, la opción del nacionalismo no era inevitable.

Esta respuesta que alivia las fuertes inquietudes de aquella parte de la población inglesa adopta la forma de una ideología[4]. El nacionalismo, según Greenfeld, se trata de una ideología que en su nacimiento estableció la fuente originaria de la identidad de la persona en un conjunto de individuos que es percibido como portador de la soberanía en un sentido horizontal, como objeto central de la lealtad colectiva y como base para la solidaridad política[5].

---

[4] Otros autores se refieren también al nacionalismo como una ideología: Peckham (2003, p. 511), Penrose (2002, p. 284), Billig (1995, p. 15), Smith (1995, p. viii).

[5] Esta lealtad incluida en el concepto de nacionalismo, no se refiere a la lealtad a un sistema político o a una forma de gobierno sino a la lealtad a una comunidad de individuos; esto es, el sistema político o forma de gobierno serían percibidos como instrumentos al servicio de aquella comunidad. Aquella lealtad colectiva implica entonces la persecución del bienestar grupal de aquella comunidad, así como el mantenimiento y continuidad en el tiempo de la misma. Este elemento dentro de la definición de nacionalismo propuesta por Greenfeld se entiende que origina dos derivadas decisivas: compromiso y lealtad en la búsqueda del bienestar de la comunidad entendida como una realidad grupal y compromiso y lealtad en la lucha por la supervivencia del grupo como tal.
Un ejemplo ilustrativo sería el caso de Secundino Delgado, considerado como el padre del nacionalismo canario, y su histórico cambio de opinión tras el desastre del 98 cuando dejó de abogar abiertamente por la independencia del archipiélago canario pasando entonces a defender una autonomía en favor de las

Remarca Greenfeld como el surgimiento de esta ideología está estrechamente relacionado con la mutación que tiene lugar en Inglaterra de la misma palabra nación a partir del siglo XVI. Cuando anteriormente, el término «nación» había sido utilizado para definir a los grupos de estudiantes que procedían de tierras extranjeras en las universidades medievales o posteriormente había servido para definir a los representantes de las iglesias de diversos territorios durante la época de los concilios de la Iglesia (esta última con una clara connotación de élite), ahora en Inglaterra, la palabra «nación» que ostentaba en aquel momento el significado conciliar comienza a ser aplicada a la población de un país convirtiéndose en un sinónimo de la palabra pueblo. Según Greenfeld, esta transformación semántica supuso el nacimiento de la primera nación del mundo, en el sentido que entendemos hoy en día, y a su vez desató la era del nacionalismo. La equiparación de los dos conceptos (*élite* proveniente de la época conciliar y *pueblo* como nueva aplicación dada ahora en Inglaterra en el siglo XVI) supuso la elevación del pueblo a la posición de una élite. De esta forma, el pueblo perdió el carácter peyorativo («populacho», «plebe») que anteriormente presentaba y ahora adquiriría un valor esencialmente positivo, como portador de la soberanía, base de la solidaridad política y supremo objeto de lealtad.

En la Inglaterra donde surge el nacionalismo, uno de los efectos más importantes que tiene lugar tras la implantación de la nueva ideología, es la aparición de la movilidad social, que sin duda se convertirá en el factor más notorio y visible dentro del sistema cultural que impondrá el nacionalismo. Este sin duda es uno de los productos más evidentes que llevará a cabo la instauración de esta nueva idea, y sin duda, refleja a su vez la materialización de la elevación de las masas a la condición de élite.

Según sigue explicando Greenfeld en su obra fundamental, la ideología del nacionalismo nos presenta una perspectiva singular que tiene en su núcleo duro la idea de la nación. La identidad nacional en su visión moderna, se concibe como una identidad derivada de la pertenencia a un pueblo, el cual a su vez presenta como

---

islas dentro de España. Detrás de aquel cambio de parecer, se encontraban los sucesos acaecidos durante el desenlace de la guerra de independencia de Cuba y la intervención armada de Estados Unidos. El miedo de Secundino de que Canarias, debido a su vulnerabilidad, acabase también bajo la influencia política del gigante imperialista norteamericano o víctima de cualquier otra «anexión infame», hizo que el nacionalista canario dejara de lado sus postulados secesionistas (Hernández 2014, p. 108).

característica fundamental que es definido como una nación. De esta forma, cada miembro del pueblo, mediante esta ideología accede a un estatus superior, y adquiere la *cualidad de élite*. Este es el núcleo fundamental de la idea originaria del nacionalismo y que después se expandirá por otras partes del planeta. Cabe destacar a su vez, que aunque la idea del nacionalismo en una visión más global se irá modificando, moldeando y adaptando debido a las características y contextos propios de cada lugar y a los diferentes momentos histórico en que se irá fraguando (pues según Greenfeld, por ejemplo, el nacionalismo aparece en otros territorios como Alemania casi dos siglos después) no obstante, la idea de la elevación a élite política del conjunto de la población no variará y será el núcleo vital inmutable de esta ideología a partir de entonces. Se puede por ello establecer que la caracterización de la identidad de la persona dentro del conjunto de un pueblo, que a su vez se define como una nación, y en el que cada uno de sus miembros adquiere la cualidad de élite política descansando sobre ellos la soberanía, es el mínimo denominador común de entre todas las versiones del nacionalismo que han ido surgiendo posteriormente a la originaria nación inglesa del siglo XVI.

Pero aún más importante es el hecho que mientras que en el caso de Inglaterra (recordemos el lugar donde surge el nacionalismo, considerado por Greenfeld como la primera nación) esta transformación del concepto nación tiene lugar bajo un contexto estructural muy determinado que la precedía, esto es, el pueblo actuando de alguna forma como una élite política y ejerciendo la soberanía, en los posteriores casos surgidos consecuencia de la expansión de la nueva ideología más allá de las fronteras inglesas, la secuencia fue la inversa: la importación de la idea de la soberanía popular, como parte y parcela de la nación, inició la transformación de la estructura política y social.

Greenfeld señala que es posible distinguir analíticamente tres fases en la formación de los diversos nacionalismos: estructural, cultural y psicológica (1992, p. 16). En general, la caracterización de los nacionalismos se corresponde con el impacto relativo que cada una de estas fases tiene en el desarrollo de un determinado nacionalismo. La fase estructural se refiere a la situación de inconsistencia de estatus padecida por el grupo social influyente. La segunda está relacionada con la forma en que las ideas de nación y nacionalismo son reinterpretadas de acuerdo con las condiciones culturales indígenas.

Por último, una vez existe una nación en formación, todavía podría darse una última fase que consistiría en el desarrollo del resentimiento (Eastwood 2006, p. 16)

Aparte de aquel mínimo denominador común, los diferentes nacionalismos comparten más bien poco. De esta afirmación se deriva un principio fundamental el cual establece que el nacionalismo no es necesariamente una forma de particularismo. Estamos ante una ideología política que predica la elevación de las masas a la cualidad de élite política y de ello se deduce que en ningún caso se trata de una ideología que predica la elevación de los particularismos de la nación como base legitimadora.

El nacionalismo tal y como surge, según la explicación de Greenfeld, no es una ideología que hubiera surgido con el objetivo de proporcionar unas instrucciones o criterios claros para determinar cómo deben conformarse las distintas naciones, ni tampoco el nacionalismo disponía de herramientas que permitieran dilucidar qué territorio, en qué forma y en qué extensión, correspondía a cada nueva nación o unidad política. De hecho, este argumento es respaldado por importantes pensadores del campo nacionalista (Billig 1995, p. 24; Smith 1995, p. 150; Kedourie 1993, p. 74; Nodia 1992, p. 7). De acuerdo con Greenfeld, el nacionalismo no nos dota de una fórmula mágica para la configuración de las naciones o entes políticos, esto es, no establece por ejemplo que una nación o unidad política haya de contener un número mínimo de habitantes, con un mínimo de terreno físico, con al menos una cadena montañosa y un río suficientemente caudaloso, o que debiera estar compuesta por una serie de razas o por el contrario por el predominio de una sola. Al contrario, según Greenfeld, no hay nada que pudiera haber evitado, si se hubiesen dado las circunstancia, la aparición de una nación global, constituyendo de esta forma el planeta Tierra una única frontera frente al espacio exterior.

La aparición del nacionalismo de acuerdo con Greenfeld precisamente en el contexto de la Inglaterra del siglo XVI supondrá por sí misma, otra contingencia que será decisiva para el posterior desarrollo de aquel fenómeno ya que aquel país se convertirá durante los siguientes siglos en la potencia dominante no sólo de Europa sino de gran parte del mundo y este hecho supondrá que el nacionalismo se verá espoleado y su exportación a otros lugares, debido el dominio preponderante inglés, se producirá con mayor

facilidad. Según el relato de Greenfeld el siguiente lugar donde se implantará y desarrollará la idea del nacionalismo será en la vecina Francia que también acogerá la nueva ideología, pero adaptándola y haciéndola suya, a causa de sus propias especificidades.

Igualmente, según la autora, el hecho de que el nacionalismo surgiera en aquel contexto histórico particular inglés también conllevó una importante consecuencia. Se refiere Greenfeld a la estrecha relación entre nacionalismo y democracia en el momento originario de aquel. En este sentido hay que destacar la estrecha relación que existe entre ambos conceptos de acuerdo con la autora. Conviene remarcar como ambos conceptos comparten un mismo núcleo. De esta forma, el hecho de situar la soberanía como emanada del pueblo al tiempo de reconocer la igualdad fundamental entre sus varios estratos constituye no solamente la esencia de la idea de la nación moderna, sino que a su vez estas premisas conforman los principios básicos de la democracia. Para Greenfeld la democracia nació con un sentido de nacionalidad[6]. Allí donde las condiciones de ese desarrollo originario persistieron, la igualdad entre los dos conceptos se mantuvo. Sin embargo, en la medida en que el nacionalismo se expandía en diferentes condiciones y contextos y por tanto el énfasis de la idea de nación se fue paulatinamente moviendo desde su carácter soberano hasta la singularidad de un pueblo, la equivalencia entre ambos conceptos se fue desvaneciendo.

b. El protagonismo de determinados estratos de la sociedad en el surgimiento del nacionalismo.

Para Greenfeld, la aparición del nacionalismo está íntimamente relacionada con los deseos, frustraciones, inquietudes experimentadas por grupos sociales influyentes a raíz de una situación de inconsistencia en su estatus (Eastwood 2006, p. 15; Greenfeld 1992, p. 16) más que con factores estructurales. A este respecto, la irrupción de sentimientos como el deseo, el anhelo, la frustración o el desconcierto actuando como catalizadores

[6] En otras palabras el teórico David Miller viene a expresar la misma idea de relación entre nacionalismo y democracia: "…Nationality one might say is the appropriate form of solidarity for societies that are mobile- so that clan and village can no longer serve as the primary forms of community-and egalitarian- so that people are no longer bound together by vertical ties to overlords and dependants…" (1995, p. 184)

de la voluntad y agencia de determinados estratos de la sociedad, se considera una premisa imprescindible para la aparición, consolidación y expansión de aquella ideología. Durante la detallada explicación que Greenfeld lleva a cabo por los diferentes nacionalismos, siempre aparecen como actores claves, determinados segmentos de la población en forma de estratos sociales los cuales experimentan tales sensaciones ante un nuevo orden establecido.

Esta situación de frustración, de ansiedad, que Greenfeld viene a denominar como «anomia» no era percibida por la sociedad en su conjunto, sin embargo, afectaba directamente a aquellos agentes relevantes de la sociedad que finalmente participarían en la creación o importación de la identidad nacional.

De acuerdo con Greenfeld en *The Awakening of Muslim Democracy* (2015, 38:20) en todas partes el nacionalismo llega primero a pequeños grupos de élites que después serán capaces de ejercer su influencia sobre el resto de sus poblaciones nativas con una disparidad de resultados. Estos grupos deben además tener cierta influencia ya fuera de estatus, poder, riqueza o control de la comunicación, que les permitiera expandir la nueva identidad sobre el resto de la sociedad (Demulling 2015, p. 20; Eastwood 2006, p. 20)

Al tratarse de agentes muy diversos (desde nuevos intelectuales hasta la vieja nobleza), dentro de contextos muy particulares, experimentando a su vez limitaciones y coacciones que variaban mucho en relación al alcance, objeto y grado de las mismas, cada una de las nuevas identidades nacionales será influida y moldeada por numerosos factores prácticamente imposible de repetirse en dos sociedades diferentes. Igualmente, durante todo este procedimiento de creación o importación, entraban en juego reinterpretaciones de acuerdo a tradiciones indígenas y locales que posiblemente habían estado arraigadas durante largo tiempo en aquellos sistemas dominantes que ahora se intentaban dejar atrás, de esta forma particularizando y haciendo más genuino el resultado final de cada proceso.

En aquellos supuestos en que la sociedad importaba la idea de nación del exterior, inevitablemente aquella sociedad acababa centrándose en la fuente de importación y

normalmente reaccionando contra ella. Tal es el caso por ejemplo de la reacción de Francia contra el nacionalismo inglés.

Conviene igualmente ligar aquí esta reacción de determinados estratos de la sociedad con la metodología individualista defendida por Greenfeld para el estudio de los nacionalismos.

Para Greenfeld, ni el estructuralismo ni el idealismo (entendido como el motor de cambio producido por las ideas) reconocen la extrema importancia de la voluntad humana, mediante la cual cultura y estructura son puestas en común, constituyendo un mismo escenario. Igualmente, los actos y agencia humana modifican y recrean diariamente la cultura y estructura, e incluso es gracias a aquella agencia/voluntad humana que tanto cultura como estructura son dotadas con la facultad de poder influir. En definitiva, en dicha metodología, el comportamiento de los individuos es destacado sobre el resto de factores debido al potencial creativo e imprevisible que comporta.

c. Clases de nacionalismo según Greenfeld.

Nos encontramos aquí con un punto decisivo dentro del desarrollo teórico de Greenfeld. Se trata de la forma en que estos nacionalismos aparecen y se desarrollan en los diferentes pueblos, así como la fórmula empleada por cada uno de ellos para determinar la pertenencia a aquella nación. Será importante examinar cómo las clases de nacionalismos ejercerán una influencia capital en futuras sociedades, y no solo en aquellas sociedades donde hubieran surgido originariamente, sino que al igual que la propia idea del nacionalismo, las diferentes clases de nacionalismos, en muchos casos también se importarán a futuras identidades nacionales. De esta forma desde el primer nacionalismo desarrollado en Inglaterra hasta los desarrollados a posteriori en Francia, Rusia, Alemania y por último EEUU, cada uno tendrá sus propias especificidades, de tal forma que los propios contextos y realidades de caca lugar moldearán y harán surgir un nacionalismo propio que a su vez condicionará de una manera extraordinaria el futuro de aquellas naciones.

Aunque Greenfeld habla de la existencia de otras posibles clases, se destacan dos grandes diferenciaciones, que por su marcada importancia serán trascendentales en el devenir de aquellas naciones y también de otras muchas que quedarán influidas por la hegemonía e influencia de aquellos casos tratados por Greenfeld. La primera división y quizás la más decisiva sería aquella que distingue entre el nacionalismo individualista y el colectivista.

En el nacionalismo individualista, el individuo adquiere la importancia suprema, esto es, el individuo es el que viene a crear la nación y como consecuencia el propio individuo se convierte a su vez en la fuente originaria de legitimidad. En este tipo, desde el principio la nación fue definida como una asociación de individuos. De esta forma, cada individuo consiente con cada uno del resto de individuos para así constituir un ente superior que adoptará la forma de nación siguiendo los postulados de la ideología nacionalista. Greenfeld habla de este nacionalismo como el propio de Inglaterra y por lo tanto el primero que surge en la historia.

De acuerdo con esta concepción del nacionalismo individualista, no existe una voluntad propia de la nación fuera de una voluntad común de los individuos que conforman aquella nación. La fuente de autoridad en este nacionalismo se encuentra en el individuo, que es un ser humano racional. Según Greenfeld en el año 1600 en Inglaterra ya existía una identidad y conciencia nacional. La nación era percibida como una comunidad de individuos libres e iguales. De entre todas las premisas, la más importante era la creencia en el individuo como un ser activo, como un ser esencialmente racional. La posesión de esta racionalidad permitía al individuo discernir qué era lo mejor para uno mismo y que era aquello que debía constituir la base para el reconocimiento de la autonomía del individuo racional y el principio de libertad cívica. De esta forma, ya que los seres humanos eran considerados iguales en este aspecto crucial, igualmente se consideraba que tenían el mismo derecho de participar en decisiones colectivas. En definitiva, esta concepción individualista de la nación presuponía proyectar enorme respeto hacia el individuo, un énfasis en la dignidad del ser humano.

Frente a este nacionalismo individualista y cívico, por otra parte, nos encontramos con el nacionalismo colectivista que según Greenfeld es el que se desarrolla en la segunda nación surgida después de Inglaterra, esto es, en Francia.

En Francia tiene lugar el mismo contexto de Inglaterra donde un estrato influyente de la sociedad recurre al nacionalismo como forma de lidiar con una situación de inconsistencia en su estatus. De acuerdo con Greenfeld la principal razón detrás de la importación de la conciencia nacional a Francia, fue la posición amenazada que ocupaba la aristocracia de nacimiento bajo la monarquía absolutista (2016, p. 26). Ya a finales del siglo XVII la nobleza francesa al ver como decrecía su influencia comenzó a fijarse en Inglaterra y en la prosperidad de su aristocracia. Las élites francesas se vieron entonces en apuros y adoptaron la idea de nación como solución. Según Demulling (2015, p. 67) sobre el año 1750 la idea de nación se arraigó en Francia y pasó a convertirse en parte integral, si no central, del discurso de las élites. Sin embargo, el nacionalismo, como en todos los casos, fue interpretado en relación a los rasgos culturales indígenas. Para el caso francés el más relevante de aquellos rasgos era una preexistente concepción del Estado francés como una unidad indivisible, originariamente unido por el Rey e inseparable de la figura del soberano (Eastwood 2006, 19). Esto hizo que los nuevos nacionalistas franceses identificaran la nación con el Estado y por tanto la nación adquirió la dimensión colectivista e indivisible que el Estado unitario había poseído (Eastwood 2006, p. 19; Greenfeld 1992, p. 111).

En Francia la nación pasó a ser una persona colectiva y no como en Inglaterra el nombre para una asociación de individuos libres e iguales (Demulling 2015, p. 67). La nación es entendida como un ente orgánico, con voluntad propia y cuyos deseos y anhelos están por encima de los de los individuos. Mientras que en el anterior tipo nos encontramos con una asociación de individuos libres y racionales, en el caso del nacionalismo colectivista nos encontramos con una especie de colectividad supra humana. En el caso del primer nacionalismo, es la libertad de cada uno de los individuos que lo conforman lo que hace que la nación sea libre, mientras que en el segundo caso es la libertad de la nación la que constituía la libertad de los individuos.

Según Greenfeld, la obra de Rousseau *El Contrato Social* suponía la expresión definitiva de la identidad nacional francesa ya en las vísperas de la Revolución

Francesa. Para Rousseau el sujeto del contrato social es la sociedad en sí misma. De esta forma, el contrato es concluido entre los hombres cuando ya no es factible preservar el estado de naturaleza y la sociedad o el estado civil es su producto. Así pues, al diluirse las diversas personalidades de los individuos contratantes en un solo ente, en lugar de exhibirse la personalidad individual de cada parte contratante, este acto de asociación finalmente conlleva la creación un cuerpo colectivo y moral, recibiendo ese cuerpo de aquel acto su unidad, su identidad común, su vida y su voluntad.

La idea de nación llegó a Francia en una forma todavía abstracta. Los promotores del nacionalismo en Francia imaginaban la nación como un pueblo soberano nativo de un territorio, con su propia lengua única, tradiciones únicas y leyes únicas (Greenfeld 2016, p. 28). La naturaleza distintiva del pueblo era la razón última de la soberanía de la nación. Greenfeld habla entonces del surgimiento del *nacionalismo particularista* en donde el significado de nación se relacionaba con una élite que se fusionaba con características geopolíticas o étnicas de poblaciones particulares. Este giro se produjo pues en el siglo XVIII en la Europa continental desde donde el fenómeno nacionalista comenzaría a expandirse por todo el mundo (Greenfeld 1992, p. 14).

En relación a este tipo de nacionalismo es importante destacar que estas naciones colectivistas suelen presentar una predisposición a políticas autoritarias y como resultado de esto, son proclives a desarrollar una pronunciada desigualdad social, al menos en la relación entre los gobernantes y los gobernados. Explica Greenfeld que este autoritarismo es una lógica consecuencia, fruto de percibir a la comunidad como un individuo (moralmente superior a los humanos) con sus propios intereses, propósitos y voluntad y que tiene prioridad e independencia sobre los deseos de los humanos.

La siguiente distinción que la profesora Greenfeld coloca como fundamental es la distinción entre el nacionalismo étnico y el nacionalismo cívico. Para Greenfeld el nacionalismo individualista siempre viene aparejado con un nacionalismo cívico. Este nacionalismo cívico busca su legitimidad en instituciones políticas mientras que el nacionalismo étnico sustenta su legitimidad en una descendencia común que, si bien no se trata de una descendencia que es real, si es una que la mayor parte de la población percibe como auténtica.

El surgimiento del primer nacionalismo étnico tiene lugar en Rusia. El nacionalismo ruso y su fundamento étnico se encuentran íntimamente relacionados con el *resentimiento*, un factor psicológico colectivo que también entrará en juego en la formación de otros nacionalismos.

Los pioneros del nacionalismo ruso se dieron cuenta que era prácticamente imposible igualarse con los modelos occidentales (Inglaterra y Francia) que habían escogido, siendo Rusia inferior a aquellos modelos en todo. Aquel sentimiento de inferioridad se convirtió pues en el principal desencadenante de la conciencia nacional rusa.

Las figuras de dos soberanos rusos ocupan un papel fundamental en todo el proceso que precedió el alumbramiento nacional. Tanto Pedro el Grande como Catalina II se sintieron cautivados y fascinados por occidente y llevaron a cabo numerosas reformas con las cuales trataban de imitar esos referentes. Entre otras cosas, también introdujeron conceptos políticos de contenido crucial como los de «nación», «estado» o «bien general» importados por Pedro el Grande. Pero el papel de los monarcas también es fundamental debido a que su fuerte posición autócrata se constituye en fuente de una inconsistencia de estatus de la nobleza rusa. Esta nobleza no descendía de una élite feudal, sino que era una nobleza a la que se le concedían propiedades por el servicio prestado al Zar. Tanto el estatus como el bienestar material del noble dependían de lo satisfecho que estuviera el Zar con el servicio prestado. Esta situación de máxima dependencia ocasionó una sensación de permanente inseguridad y ansiedad entre la nobleza.

La nobleza rusa, infeliz con su identidad tradicional, se encontraba preparada para adoptar una nueva identidad que fuera proporcional con su sentido de dignidad. El esquema para tal identidad había sido ya proveído por Pedro el Grande y sus intentos por occidentalizar Rusia. No obstante, las reformas políticas proyectadas con el deseo de equiparase al modelo occidental fueron mal implementadas y resultaron ser un fracaso, no trayendo consigo los cambios radicales que se esperaban (Demulling 2015, p. 70). Entonces la idea de un relativismo cultural tuvo un poder atrayente y pareció apaciguar el sentido de inferioridad de los rusos con respecto a sus referentes. Finalmente, el descontento que también acabaría produciendo el relativismo cultural condujo a un rechazo de los valores y estándares occidentales y a una transvaloración

(de los valores occidentales) llevada a cabo por la intelectualidad rusa no noble (Demulling 2015, p. 70). Estos intelectuales entonces encontraron la forma de definir la cualidad de ser ruso de tal modo que resultara convincente para los dos grupos y que a su vez resolvía los problemas de identidad de ambos. La etnicidad como único rasgo compartido por nobles e intelectuales se convierte así en el factor decisivo para sostener el argumento de que no hay diferencia entre la nobleza y los plebeyos de Rusia (Demulling 2015, p. 70).

La admiración por aquello modelos que los nacionalistas rusos quisieron imitar dio lugar a un profundo resentimiento en contra de ellos, una envidia existencial que hacía de la superioridad de aquellos modelos y su propia existencia algo insoportable. Para Greenfeld (2016, p. 31) este compuesto psicológico resultó ser extremadamente creativo llevando a cabo una transvaloración de los valores de los modelos escogidos los cuales fueron transformados en anti modelos.

d. Modernidad, crecimiento económico y «carrera» de dignidades.

Una de las principales consecuencias de la irrupción del nacionalismo fue la consiguiente aparición de la modernidad, de tal manera que juntos, ambos fenómenos moldearán nuestro mundo de una forma trascendental. Sin embargo, dentro de la modernidad hay un elemento fundamental de esta, por lo tanto, consecuencia también de la aparición del nacionalismo, y que hoy en día ocupa un papel privilegiado dentro del desarrollo de nuestras sociedades. Se trata de la inauguración de la era de la actividad económica orientada hacia el crecimiento. De acuerdo con Greenfeld la aparición de esta nueva concepción de la actividad económica respondía fundamentalmente a un importante sentimiento de competitividad que era inherente a las propias naciones. Así pues, la dignidad que implicaba el nacionalismo, específicamente en lo relativo a los principios de soberanía popular y de igualdad de sus miembros, hacía que los miembros de aquellas naciones invirtieran fuertemente en su identidad nacional, en la dignidad o prestigio de la nación.

Al ser el prestigio un valor relativo, esta dedicación y compromiso situaba a aquella población inmersa en una carrera con una meta movible. De esta forma en aquellas naciones que incluían la economía entre las áreas de competición internacional (señala Greenfeld que esto no ocurre en todas las naciones) surgía una actitud económica, calificada por la autora de peculiarmente irracional, que convertía el incremento de la riqueza en un fin en sí mismo, en vez de ser un medio para satisfacer las necesidades humanas. En virtud a este nuevo dogma, la tasa de crecimiento (productividad, competitividad) se convertiría en la máxima preocupación de los miembros de aquella nación y no así la satisfacción de demandas que pudieran existir, salvo la demanda del prestigio colectivo.

Para Greenfeld el crecimiento económico supone uno de los tres pilares básicos de toda sociedad que hoy en día pudiera ser considera como moderna. Los otros dos pilares vendrían a estar conformados por la sociedad de clases y por el Estado. Cabe señalar que, si bien Greenfeld habla de aquel dogma económico como propio únicamente de aquellas naciones que habían situado este crecimiento como uno de los elementos básicos dentro de la competencia internacional, así como un recurso primordial para saciar las ansias de prestigio inherente en todas las naciones, lo cierto es que aquella perspectiva pasó a ser generalizada. Llegó a constituirse en un elemento intrínseco de toda nación, si bien es verdad que no ha sido asumida de la misma forma por las diferentes identidades nacionales, pudiéndose dar el caso de identidades nacionales que se encuentran más cómodas dentro de aquel paradigma del crecimiento y otras que no tanto. Nuevamente la enorme influencia y excelencia de aquellas naciones, empezando por Inglaterra y siguiendo con los Estados Unidos u Holanda, donde aquella concepción económica había triunfado de una forma abrumadora facilitaron la consolidación a nivel global de aquel modelo.

De esta forma con el surgimiento del nacionalismo y la posterior irrupción de la modernidad, la orientación hacia el crecimiento económico de las naciones en el marco de una interminable competencia de egos nacionales deviene en un elemento básico para entender el sistema internacional, así como numerosas dinámicas internas de los Estados nacionales. El crecimiento económico se nos presenta como imprescindible para que cualquier sociedad pueda obtener el acceso a la modernidad junto a los dos elementos ya citados de la estructura de clases (siendo su principal manifestación la

movilidad social) y la consagración del Estado[7] como principal forma de expresión política de las naciones.

Igualmente sirva este apartado a su vez para señalar, como un factor fundamental dentro de la teoría de Greenfeld, el empeño interminable en la búsqueda de prestigio y dignidad desatado por la nueva era nacional entre las naciones. La ideología nacionalista implicaba en su esencia una idea de dignidad asociada ahora a una comunidad política todo ello en el marco de una exitosa expansión planetaria de aquella ideología. Esta carrera de dignidades pronto abarcaría otros campos más allá del prestigio ligado al crecimiento económico experimentado por las naciones.

A este respecto, Eastwood (2006, p. 16) afirma que el orden internacional en parte está constituido por una superposición de jerarquías de prestigio, señalando algunas de las posibles jerarquías internacionales de prestigio: aquella basada en el nivel tecnológico o económico desarrollado en las sociedades, la basada en el valor del poder militar y político o la basada en la producción cultural de las naciones (música, literatura, cine…). Demulling sostiene que las posibles esferas de competitividad entre las naciones podrían aumentar de una forma exponencial, como sucede hoy en día con el deporte, especialmente en eventos de gran eco internacional como las olimpiadas o el mundial de fútbol (2015, p. 75). Por último, es conveniente reseñar que, si una nación acaba desarrollando una sensación de inferioridad en las esferas de competitividad seleccionadas, ello podría dar origen al resentimiento (Demulling 2015, p. 75)

[7] A pesar de la indudable preeminencia e importancia alcanzada por el Estado en la modernidad, en su desarrollo teórico limitado a la pura esencia del nacionalismo, Greenfeld sostiene que la naturaleza política del nacionalismo no necesita del Estado (*statehood*) ni como realidad ni como aspiración. Ello tiene que ver con la definición de la última fuente de autoridad la cual no tiene por qué pertenecer al Estado. Termina Greenfeld afirmando "… As a result, nations without states of their own are in no way abnormal or incomplete…" (Greenfeld 1992, p. 7)

2. CANARIAS Y ESPAÑA

El primero de los casos de estudio a examinar será el representado por el archipiélago canario. De entrada, cabe indicar que, dado que durante toda la historia moderna de este archipiélago se ha vivido bajo la soberanía del Estado español, resulta del todo imprescindible el estudio en primer lugar de la identidad nacional desarrollada en la península ibérica, esto es, la identidad nacional española.

Se estudiará pues su gestación, desarrollo, así como el papel que pudiera haber jugado esta identidad a la hora de desarrollarse una concepción política de las islas y más específicamente, de acuerdo con la metodología propuesta, su posible influencia en la selección de la expresión escogida por la población canaria para definir políticamente al archipiélago. Se tratará igualmente de identificar las principales características de aquella identidad nacional y de analizar cómo estas configuran y moldean la percepción que se tiene de la propia nación española por los portadores de tal identidad. Interesa sobre todo estudiar cómo se proyecta la identidad nacional española en la cultura política del Estado, especialmente en el momento histórico en el que se elabora la norma institucional básica que regiría políticamente para el archipiélago canario.

Más adelante, se dedicarán unos apartados al fenómeno del nacionalismo dentro del archipiélago canario. Interesa estudiar la acogida y recepción de la identidad nacional española en el archipiélago, así como el posible surgimiento de identidades alternativas o competidoras con aquella en las islas. Igualmente interesa, una vez realizado un detallado esbozo de aquellas identidades, estudiar detenidamente la posible interacción, relación de fuerzas y coexistencia que pudiera haber existido entre la identidad nacional española y las desarrolladas en las islas, poniendo el foco a su vez en la influencia que pudieran haber ejercido tales dinámicas en la elaboración del Estatuto de Autonomía canario y más concretamente, en la elección de la definición política de Canarias que quedaría reflejada en aquel.

2.1 LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA

a. La identidad nacional española: aparición y factores particulares.

Como punto fundamental de partida, se debe situar cronológicamente el nacimiento de un nacionalismo español durante la ocupación napoleónica de la península ibérica que tuvo lugar a principios del siglo XIX. Es en este lugar y momento exacto de la historia cuando parecen darse las condiciones necesarias para que tenga lugar la apropiación de una identidad nacional por parte de sectores muy influyentes de la sociedad española y, por lo tanto, dar lugar a lo que sería el nacimiento de la nación española, si bien es cierto que aquella identidad venía fraguándose ya desde el último cuarto del siglo XVIII (Eastwood 2006, p. 23).

Sin duda, será la Constitución promulgada en Cádiz en el año 1812, la prueba más evidente de que la idea del nacionalismo comenzaba a consagrarse en España (Álvarez Junco 2013, p. 308; Eastwood 2006, p. 23; Jacobson 2006, p. 214). Siguiendo pues con el razonamiento de Greenfeld en el que se alinea Eastwood (2006, p. 23), en el momento en que Carlos IV y Fernando VII abdicaron en favor del poder francés, la subsiguiente lucha de rebelión interna conlleva una difusión amplia de los ideales nacionalistas como así queda expresado explícitamente en los escritos anti Napoleónicos y la propia Constitución de 1812. Para Eastwood la sociedad española de aquella época evidenciaba unas condiciones estructurales proclives para el desarrollo del nacionalismo, predisponiéndola para la posible aceptación de la idea nacional. Así de esta manera, el autor señala como un sector de la sociedad española experimentaba una situación de angustia ante una aguda inconsistencia en su estatus, sobre todo por parte de la nobleza y algunos sectores de la clase media y la burocracia letrada. Es en este marco donde se dan los orígenes del alumbramiento de una nación española.

Uno de los hechos más importantes derivados de esta narración, es que la identidad nacional española se desarrolla a partir de su entrada en contacto con el nacionalismo

francés, por lo tanto, y volviendo con ello al esquema teórico de Greenfeld, el nacionalismo español se manifiesta en sus inicios con los mismos rasgos que definían al nacionalismo de sus vecinos del norte, esto es, con un carácter cívico (Jacobson 2006, p. 213) y colectivista.

Aparte de estos dos rasgos intrínsecos a la dinámica constitutiva de cualquier identidad nacional y que nos remiten al esquema clasificatorio de los tipos de nacionalismos según Greenfeld, de acuerdo con el contenido de esta investigación la identidad nacional española estará marcada en su nacimiento por tres factores decisivos que merecen especial atención. Estos tres factores serían: **1)** la emancipación de las colonias americanas, **2)** el peso del catolicismo y **3)** el débil componente popular del nacionalismo en sus orígenes.

De estos tres factores reivindicados por esta tesis, dos responden a la dinámica y engranajes internos presentes en cualquier identidad nacional que exista o que está por existir. Tanto las consecuencias derivadas de la emancipación de América como el escaso componente popular en los orígenes de la germinación de aquella identidad acabarán afectando directamente a la plasmación definitiva de la identidad nacional, en el sentido en que ambos casos apuntan a factores inherentes e inseparables ya sea al nacimiento de una identidad nacional como a su posterior desarrollo. De esta forma, el primer caso vendría a estar ligado íntimamente con la idea de *dignidad colectiva* intrínseca a cualquier nación la cual, una vez constituida, se verá inmersa en una vorágine de incesantes competiciones entre identidades nacionales que acabará por definir parte de sus fines, fijándose de esta forma, el objetivo de la elevación de la gloria nacional como una de sus más urgentes prioridades. Mientras en el segundo caso, dado el imprescindible protagonismo otorgado por esta investigación al papel de determinados sectores de la sociedad en la cristalización de las identidades nacionales, el hecho de la escasa participación popular y que, por tanto, al menos en sus orígenes fueran patrocinadores de aquellos ideales nacionales un sector muy reducido de cuasi aristócratas (Eastwood 2006, p. 33) también supondrá un factor determinante a la hora de percibir en última instancia la nueva nación. De ello parece también hacerse eco Ortega y Gasset en su obra capital *España Invertebrada* cuando subraya como uno de los defectos más graves y permanentes de la raza (española), la ausencia de una minoría selecta, suficiente en número y calidad (1922, p. 85).

Finalmente, el tercer factor supone un elemento cultural ajeno a cualquier dinámica interna que se considere imprescindible en la formación de una identidad nacional, pero que una vez conformada esta última, en el caso español terminará convirtiéndose sin embargo en un elemento trascendental y de gran influencia para la nueva identidad nacional. Este elemento cultural viene caracterizado por el enorme peso que todavía jugaba la Iglesia Católica en la España de aquella época aparte del no menos importante bagaje que traía consigo a causa del preponderante papel que había jugado en el pasado en todos los estratos de la sociedad española (piénsese por ejemplo el caso de la Reconquista).

De esta manera, aquel componente cultural basado en el protagonismo de la Iglesia hubiese seguido influyendo a la sociedad española independientemente de si ésta se hubiese constituido en nación o no, es decir, para el supuesto que aquella sociedad no se hubiera reconfigurado en la forma nacional y continuara su vida en común bajo una *polity* articulada como un Estado plurinacional o una región dentro de un Estado, aquel elemento cultural seguiría influyendo determinantemente el devenir de aquella comunidad política.

b. La influencia de la Iglesia Católica en la caracterización de la identidad nacional española.

Sin duda, de entre los elementos culturales que cohabitaban en el seno de la sociedad de lo que en un futuro sería la nación española, hay que destacar especialmente el rol que jugaría el peso de la Iglesia Católica en la definición final de aquella identidad. Para esta investigación, aparte de otras consecuencias que se pudieran derivar de aquella influencia, son dos los aspectos que interesan sobremanera.

<u>El primero de los aspectos</u> a tener en cuenta, derivados del enorme peso que jugaba la Iglesia Católica, tiene que ver con las limitaciones que supuso para el desarrollo de importantes campos en el seno de la sociedad española. Nos estamos refiriendo a campos como el de la ciencia, la tecnología, la filosofía o también el desarrollo de las

finanzas y la economía. Ello merece remarcarse ya que, desde la propia perspectiva de la dinámica interna de los nacionalismos, el hegemónico peso jugado por la Iglesia Católica se convierte en uno de los factores más importantes que explican el freno en el desarrollo de otros ámbitos que hubiesen permitido a la nación española competir en mejores condiciones en la carrera de dignidades nacionales que había promovido la era del nacionalismo. Así, el enorme protagonismo que había jugado la Iglesia Católica durante todo el período pre-nacional de España acabaría moldeando sustancialmente a la propia identidad nacional todavía por surgir, y esto debido a que de una forma directa, aquella institución religiosa se había erigido como un obstáculo casi insalvable para el desarrollo y consolidación de aquellas disciplinas que estaban concediendo una importante ventaja en la competición de prestigios nacionales a las naciones que sobresalían y destacaban en las mismas. Así, un importante jurista e historiador como Gumersindo de Azcárate en 1876, reviviendo a su vez la tesis de Masson de Morvilliers en la Enciclopedia, sostenía que la decadencia de España en el plano cultural, filosófico y científico fue consecuencia del cierre religioso impuesto por la Inquisición (Fox 1997, p. 187). Igualmente, Renan (1858), citado en Blas Guerrero (1987, p. 33) nos habla como en España tiene lugar una parálisis del espíritu científico, fenómeno que era coherente con la persecución teológica que se vivía en aquella nación.

Frente al incuestionable peso de la Iglesia Católica, también nos encontramos con otros factores presentes durante gran parte de la era pre-nacional de la sociedad española que igualmente habrían influido en el nulo desarrollo de aquellos otros campos. Para ello es también importante remarcar que nos encontramos en este caso con una sociedad caracterizada por vivir en un permanente estado de guerra y que pronto desarrollará un fuerte espíritu colonizador. Armstrong va más allá en su análisis y concluye que la identidad fronteriza desarrollada por los castellanos durante la época de la Reconquista había transformado su mentalidad e identidad en una forma no antes vista en la Europa Occidental (1982, p. 71). Según Armstrong se desarrollaron características en aquellos hombres no muy alejadas de las propias de sujetos nómadas, esto es, ardientes, inclinados al misticismo, belicosos, anárquicos y siempre hambrientos de conquista y botines.

Se trata pues de una sociedad administrada por unos gobernantes que basan sus acciones de gobierno en la consecución de objetivos inmediatos, acciones regidas por el

cortoplacismo. Nos encontramos con unos gobernantes incapaces de desarrollar políticas que fueran más allá de intentar imponerse en los combates; todo gira pues alrededor de conseguir el triunfo en el campo de batalla o el control sobre un nuevo territorio. De esta forma, este estado permanente de guerra y conquista conlleva el descuido de otros importantes ámbitos como el comercio, la ciencia o la economía, que únicamente podrían ser tenidos en cuenta dentro de este esquema en el momento en que pudieran producir una superioridad notable en el terreno bélico o expansionista. Además y entrelazándose con el enunciado de este apartado, para el supuesto específico de la sociedad española, sólo la religión (y no otros ámbitos como los que por esta investigación se sostiene fueron descuidados) aparece claramente relacionada desde sus orígenes con esta actitud belicosa y colonialista[8], primero en la Reconquista y su lucha contra los musulmanes y después en América con su misión evangelizadora. Trazando una línea cronológica que abarcara gran parte de la existencia de aquella sociedad pre-nacional, se observa como el final de la Reconquista de la península empalma inmediatamente con la conquista de Canarias que a su vez coincide temporalmente con el descubrimiento y posterior colonización de América. Es por ello que se quiere remarcar también este factor constituido por un estado en permanente actitud de conquista, un estado por así decirlo fuera de rutinas y carente de toda estabilidad, que experimenta continuos cambios con la absorción de nuevos territorios y nuevas poblaciones. Se descuida el desarrollo del comercio, de la ciencia, de la filosofía, de las finanzas porque no eran una prioridad en ese estado de guerra y colonización permanente.

Por otro lado, igualmente resulta trascendente el hecho de que, durante gran parte de ese denominado período pre-nacional de la futura nación española, se vivieran efectivamente importantes victorias en los campos de batalla, así como una expansión del territorio en una forma superlativa. Así, Azorín en *Un discurso de la Cierva* habla como la conquista de América había dejado desamparadas la agricultura y la industria (Fox 1997, p. 135). Esto supondrá, entre otras cosas, que se generarán importantes ganancias materiales al servicio del disfrute o contemplación de aquella sociedad. Tal y como describe Andrien refiriéndose al conjunto de territorios de ultramar que ya poseía

[8] Quiroga y Muro exponen como durante la segunda mitad del siglo XIX los historiadores tradicionalistas explicaban la cúspide del poder español en los siglos XVI y XVII como una consecuencia de la lucha contra la «herejía extranjera» en Europa y la evangelización de las Américas (2005, p. 14).

España en 1600, se trataba de un dominio enorme que proporcionó una riqueza inimaginable para los reinos de España durante trescientos años (2009, p. 55). Son riquezas pues que vienen directamente asociadas con los éxitos expansionistas de España y, por lo tanto, se generará una gran fortuna que no ha exigido ni una transformación dinámica de la población ni tampoco la aparición casual o diseñada premeditadamente de factores estructurales internos que hubieran posibilitado aquella gestación en el seno de la sociedad. Es evidente que todas esas riquezas repercutían claramente en la gloria y poder de aquella sociedad española pre-nacional, pero lo cierto es que no habían sido generadas por ella, no respondían a una acción directa de aquella, y por tanto se puede hablar de un «gigante con pies de barros» a la par que se consolidaba una percepción en la sociedad que relacionaba grandes cuotas de poder y riqueza con una proyección agresiva hacía el exterior. Riquezas que se habían generado por ejemplo **1)** como resultado de la expulsión de los judíos y moriscos, **2)** de la adición de nuevas y extensas tierras por conquistas bélicas contra poblaciones muy desiguales y desaventajadas en todos los planos incluyendo el concerniente a las técnicas y equipamiento de combate o **3)** adiciones mediante enlaces matrimoniales, **4)** de la trata de esclavos y sobre todo, **5)** de la comercialización y explotación del oro, metales preciosos y demás productos provenientes de la colonización de América bajo una política monopolística que desconsideraba a los territorios americanos:

> Madrid's commercial policies had the effect of turning administrative units into separate economic zones. All competition with the mother country was forbidden the Americans, and even the individual parts of the continent could not trade with each other…. And Spanish navigation had a monopoly on trade with the colonies (Anderson, 1991, p. 52)

Por último, Ortega y Gasset aporta un original factor que habría que añadir para intentar explicar el estancamiento de España en sectores tan relevantes (1922, p. 74). Alega el filósofo la endémica escasez en la sociedad española de hombres de vigorosa inteligencia que sirvieran de diapasón y norma para los demás. Para Ortega, la personalidad autónoma, que adopta ante la vida una actitud individual y consciente, ha sido rarísima en España. Así según este argumento, en España todo lo ha hecho el pueblo, y lo que el pueblo no ha podido hacer se ha quedado sin hacer, pero el pueblo,

según Ortega no puede hacer ciencia, ni arte superior, ni crear una civilización pertrechada de complejas técnicas, ni tampoco organizar un Estado de prolongada consistencia.

El segundo de los aspectos a tener en cuenta, derivados del enorme peso que jugaba la Iglesia Católica, vendría a estar representado por el hecho de significar un importante lastre para la completa asimilación y acomodación del concepto nacionalista, que como ya se ha tratado, en definitiva implicaba un fuerte componente democrático derivado de su premisa última de la elevación simbólica de todos los miembros de la nación (sin ninguna diferencia aparente entre ellos) y en donde la misma es vista ahora como el objeto central de lealtad y solidaridad política. Sin duda todo ello se oponía a valores tradicionalmente defendidos por la Iglesia Católica, paradigma de institución jerarquizada, en donde se definía a los seres humanos como súbditos de un Dios todopoderoso al cual evidentemente se le debía lealtad suprema por encima de todo. Por tanto, el fuerte componente ideológico que comportaba la nueva era nacional entrará en un choque frontal con los postulados de la Iglesia, la cual intentará hacer prevalecer su visión más conservadora.

Para el supuesto español, además se debe tener en cuenta que la Iglesia Católica era la institución encargada de llevar a cabo la educación de la sociedad desde los niveles más elementales (Álvarez Junco 2013, p. 313) y ello le daba gran ventaja a la hora de hacer prevalecer valores más tradicionalistas. Se producía pues esta contención a los nuevos valores democráticos inherentes al nacionalismo con una gran efectividad, ya que la Iglesia Católica seguía ocupando una posición de preeminencia en la jerarquía de la sociedad española y eso le permitía mantener en lo alto de la escala social una relación muy estrecha con el *establishment*, mientras que paralelamente desde abajo, desde el control que ostentaba del instrumento básico de la educación de las masas, podía seguir defendiendo eficazmente la valía de su dogma frente al empuje democrático que suponía la adopción de la nueva identidad nacional española.

Al menos, desde esa posición de privilegio, se entiende que la Iglesia pudo conseguir moldear «a su antojo» la acogida de aquella nueva realidad nacionalista, de tal forma que se promocionó la versión que más interesaba a la Iglesia y que por tanto era vista como la menos dañina para sus intereses dogmáticos, así como para la influencia que

estos ejercían sobre el conjunto de la sociedad española. Así, Eastwood (2006, p. 57) llega a afirmar que los vínculos entre el catolicismo y la identidad nacional española serán muy estrechos durante mucho tiempo, mientras que Gellner sentencia que el español fue un caso particular al haber retenido hasta una época remarcablemente tardía un nacionalismo que incorporaba un refrendo de las demandas absolutistas del catolicismo en su imagen de la nación (2008, p. 76).

En última instancia, y como factor de gran trascendencia para el futuro de la identidad nacional española, en su nacimiento aquella identidad sitúa su compromiso y lealtad con el cristianismo como uno de los estandartes más visibles a la hora de elevar el prestigio y dignidad nacional de sus miembros. Ello respondía a dos hechos irrefutables que habían marcado de una forma extraordinaria la historia de la población española pre-nacional:

- El haber actuado como muro de contención de la Europa occidental ante la amenaza que significó para la raíz cristiana europea el avance del islam desde el sur de la península ibérica.
- Su descomunal éxito a la hora de exportar el cristianismo y su dogma a amplios y lejanos territorios del planeta hasta entonces extraños al mismo.

No obstante, con aquella sublimación del cristianismo dentro del esquema nacional se producía una paradoja ya que el advenimiento de la era del nacionalismo condenaría a la religión a un gradual ostracismo. De esta forma ya en el siglo del surgimiento de la identidad nacional española comienzan a observarse importantes tensiones de enorme calado político entre aquellos que defienden el papel destacado del cristianismo dentro de las estructuras de poder y aquellos que se afanan por debilitarlo. Se puede decir que el rol del cristianismo y su relación con la identidad nacional española constituyen uno de los más tempranos y visibles factores que apuntaban al *cisma* que comenzaba a vislumbrarse entre los portadores de la identidad nacional española a lo largo del siglo XIX.

Por último, la rápida expansión y consolidación del nacionalismo en el mundo occidental, sobre todo a partir del siglo XIX, relegaría a un modesto segundo plano uno de los pilares básicos de origen pre-nacional sobre los que se sustentaba el orgullo y prestigio de la nación española. Así, la elevación moral y cuasi espiritual de España

como guardiana heroica y difusora global de las raíces cristianas occidentales, rápidamente pasó a vaciarse de contenido y misticismo debido al progresivo debilitamiento de la influencia y poder político de la religión en las sociedades tras el triunfo del nacionalismo, al menos en el mundo occidental. Se comenzaba a dibujar uno de los grandes obstáculos a los que habría de hacer frente el nacionalismo español en la forma de una dignidad nacional «herida» en su posición vis a vis con otras naciones ahora preponderantes.

c. El escaso apoyo popular a la empresa nacionalista en los orígenes de la identidad nacional española.

Este factor sí que supone un elemento inherente a los procesos internos que se viven en todas aquellas sociedades que acaban por dar a luz una identidad nacional propia, y además obedece directamente a la clasificación básica de los tipos de nacionalismos efectuada por Greenfeld. Sin necesidad de alargarse extensamente en este factor, ya se ha dicho que el nacionalismo español bebe directamente del nacionalismo francés al cual se comienza a mirar con admiración desde determinados estamentos de la sociedad española ya a finales del siglo XVIII (Eastwood 2006, p. 35; Jacobson 2006, p. 213). Como consecuencia de ello, el nacionalismo español presentará las dos características básicas que ya recogía el nacionalismo francés, esto es, su carácter cívico y por tanto alejado de posiciones etnicistas y su carácter colectivista, que dibuja a la nación como un órgano supremo[9] con voluntad propia ajena a las voluntades de los individuos que la conforman los cuales, a su vez, son considerados moralmente inferiores a aquella (Greenfeld 2004, p. 47).

[9] Este importante factor para la presente investigación puede observarse incluso en las reflexiones efectuadas por el propio Manuel Azaña acerca de su proyecto de nación española. En aquel proyecto se remite explícitamente al pacto social de Rousseau que habla de la patria como una entidad moral superior cuyas leyes aseguran las libertades y la felicidad de sus miembros (Marco 2011, p. 46). Cánovas del Castillo por su parte, directamente defendía que las naciones eran el producto de Dios (Jacobson 2006, p. 226).

También, de acuerdo con Quiroga y Muro durante los 25 años siguientes al desastre de Cuba, tanto miembros de la Generación de 1898 como miembros de la Generación de 1914, se embarcaron en una búsqueda de la esencia del carácter nacional español. Quiroga y Muro sostienen que, a pesar de la diversidad de análisis y conclusiones, se podían encontrar algunos rasgos comunes y el primero que sobresalía era una concepción de la nación como un todo orgánico que debía entenderse como un proceso evolutivo (2005, p. 16).

Esta percepción de la nación supone, como una de sus principales consecuencias, un obstáculo cognitivo a la hora de afrontar la concesión de autonomía a los distintos entes o territorios que pudieran conformar aquella, frente al nacionalismo individualista mucho más dado a reconocer la libertad y autonomía a entidades dentro de su territorio como una medida acorde con la forma de entender la nación. Subráyese una vez más, que este carácter individualista percibe a la nación como una comunidad constituida por una asociación de individuos en donde la libertad de la nación se deriva de la libertad básica de los individuos que la conforman (Greenfeld 2004, p. 46) y por tanto acaba interiorizándose un esquema mucho más benigno y transigente a la hora de aceptar ciertas formas de libertad o autonomía atribuidas al gobierno de determinadas comunidades, territorios o pueblos que formaban parte de aquella nación. Así el carácter colectivista del nacionalismo desarrollado en España, que en un principio le vendría de su influencia francesa, se verá reforzado además por el hecho de tratarse de una identidad nacional postulada en sus orígenes por un sustrato aristocrático muy reducido de la sociedad que además se encontraba alejado del conjunto de la población y de los intereses que ésta pudiera representar.

Por lo tanto, en sus orígenes aquella identidad se encontraba patrocinada por un número muy reducido de «cuasi aristócratas», según las palabras de Eastwood (2006, p. 33), y este factor apunta directamente a una baja participación de sectores amplios de la sociedad española durante los orígenes de aquella identidad nacional, es decir, esta identidad no nace precisamente fruto de un impulso popular. Esto se traduce nuevamente en un déficit democrático durante el proceso de gestación de aquella identidad nacional prolongado como mínimo durante sus primeros años de vida y etapas de desarrollo. Así, al tratarse de una identidad que germina en un núcleo muy determinado y reducido del espectro de la sociedad se puede entrever una finalidad última más encaminada hacia un corporativismo que al propio interés general, restándole de esta forma la ambición democrática que subyace de la esencia nacionalista. Según Eastwood el nacionalismo español en sus orígenes, durante el último cuarto del siglo XVIII, tenía un tono profundamente aristocrático y muchos de sus proponentes parecían ciegos frente a las implicaciones igualitarias que conllevaba (2006, p. 33).

> The initial definition of the nation in every particular case (whether it is defined in individualistic or in unitary terms) depends on the nature of the groups actively involved in the articulation of the new ideology, and the situations they face…. The collectivistic type is to be expected if originally the social basis of nationalism is limited and it is adopted by and serves the interests of a narrow traditional elite intent on preserving its status (Greenfeld 2006, p. 77)

d. La emancipación americana y su influencia en la caracterización de la identidad nacional española.

Como se ha manifestado, uno de los factores más importantes que dibujarán la nueva identidad nacional, obedece a la influencia que tuvo sobre ésta la realidad desencadenada tras la emancipación de las colonias americanas, desde las que acontecen en el primer cuarto del siglo XIX hasta las últimas más dolorosas en las postrimerías de aquel siglo. Ese factor decisivo y trascendental vendría a estar representado por la coincidencia temporal de la formación y consolidación de aquella identidad con la pérdida del imperio americano. No se trata aquí de llevar a cabo una relación causa-efecto entre la pérdida de las colonias americanas y el surgimiento como reacción, de una identidad nacional española y por ello no se defiende el situar la aparición de aquella identidad nacional tras el impacto que supuso aquella pérdida, momento temporal en el que algunos autores establecen el acontecimiento como es el caso del historiador Borja de Riquer citado en Sánchez González (1999, p. 176).

Lo que realmente se quiere resaltar es que durante los años en que se va consolidando esta nueva identidad nacional tiene lugar un hecho decisivo, un hecho en un principio independiente y exógeno a los varios escenarios por los que transita la sociedad española hasta su confluencia final en forma de identidad nacional, pero que, así y todo, acabaría por influir decisivamente la forma de concebir la propia nación por los portadores de la identidad. Así, este factor nace exógeno a la propia gestación de la identidad, pero una vez surge y se va consolidando la identidad nacional española, automáticamente pasa a convertirse en un elemento intrínseco y determinante en cuanto

a la propia forma de entender a la nación española. Hay que destacar, igualmente, que está emancipación de América tiene una doble vertiente:

1) En primer lugar, la emancipación supone un «shock» desestabilizador para la recién constituida identidad nacional española ya que este progresivo desgarramiento viene a golpear directamente al núcleo básico del elemento erigido como buque insignia del prestigio y pedigrí de la comunidad nacional. Como consecuencia de este impacto, la identidad se verá postergada a posiciones cada vez más bajas dentro de aquella competición de dignidades que había desatado la nueva era del nacionalismo.

2) Las primeras emancipaciones acaecidas en las colonias americanas supusieron el desarrollo de un fenómeno que irá de la mano de aquella identidad hasta nuestros días, fenómeno que quedaría reflejado en un incesante cuestionamiento interno de esta identidad nacional. Fue cuestionada ya por las primeras naciones que consiguieron su independencia en el primer cuarto del siglo XIX, a continuación, fue cuestionada por sus posesiones caribeñas y de Asia y finalmente aquel cuestionamiento interno acabó trasladándose a la propia península ibérica, cuestionamiento que prosigue hoy en día.

En relación con la primera de las vertientes, la emancipación de las colonias americanas como nuevo factor capaz de redefinir la identidad nacional española, apunta directamente al desafortunado hecho de que aquella identidad consagrara como principal fuente de su prestigio la condición de ser una nación de gran peso político en la escena internacional, al ser rica en posesiones y dominios de ultramar. En definitiva, se apuntaba al incuestionable pedigrí histórico como potencia imperial y colonizadora de la nación española[10] y de una forma más general y tangible, al poderío militar y político de la misma.

[10] Muy ilustrativo de esta constante histórica por parte de la identidad nacional española vendría a ser la designación del 12 de octubre como día de la Fiesta Nacional de España. Así, mientras la mayor parte de países occidentales han fijado su día nacional en función a un hito histórico relacionado con la autorrealización plena nacional de acuerdo con el esquema teórico propuesto por Greenfeld (Estados Unidos, Francia, Alemania, Noruega, Canadá…), en el caso de España la consagración legal del 12 de octubre en el año 1987 apuntaba a una nostalgia por aquel talante imperial, explorador y dominador de siglos atrás. De esta forma la exposición de motivos de la Ley 18/1987, que instauró aquella fecha como día nacional declara: "…la fecha elegida, el 12 de octubre, simboliza la efeméride histórica en la que España……inicia un periodo de proyección lingüística y cultural más allá de los límites europeos…"

Para España la pérdida de Cuba en el año 98 supone un auténtico trauma. Así, mientras que a finales del siglo XIX otras potencias colonizadoras comienzan a ofrecer autonomía a sus colonias o en ellas se sucede un debate ideológico y moral, en el caso español, esta pérdida de las colonias se considera una debacle. El primer punto de análisis nos lleva una vez más a la clasificación efectuada por Greenfeld y seguida por Eastwood, mediante la cual el nacionalismo español adoptaría un carácter colectivista en contraposición al individualista. De esta forma con este tipo de nacionalismo que percibe a la comunidad y, por ende, a la nación como un individuo en su propio derecho y que además es superior moralmente a los individuos humanos, la pérdida de cualquier parte de la nación sería equiparable al hecho de perder, por ejemplo, una mano del cuerpo humano y esa es la representación que se tiene, como una amputación, como algo antinatural que supone un grave perjuicio y hándicap para el organismo que aparte comporta una irremediable deterioración del mismo.

Este carácter orgánico de la forma de percibir a la nación que comportaba una fisonomía unitaria e indisoluble de la misma, juntamente con el hecho de haber situado como fuente primordial de su orgullo nacional un poderío militar y político ligados a un talante expansionista y dominador dentro de la escena global, automáticamente convertían cualquier desmembramiento de la nación, en un trauma insoportable para los portadores de aquella identidad nacional.

Cabe pues destacar que mientras otras naciones en el contexto de la competición de dignidades nacionales que representaba el nacionalismo, se habían volcado en sobresalir en otros campos, ya fueran la ciencia, el desarrollo tecnológico, el conocimiento o proclamándose como adalides de los valores democráticos y liberales como es el caso de los Estados Unidos (Huntington 1991, p. 30), la nación española apostó la mayor parte de su prestigio a escala global a la única carta de reconocerse como gran potencia militar y política, desatendiendo de forma alarmante los nuevos campos que desde hacía tiempo hacían sobresalir a determinadas naciones, como eran el caso del comercio o las finanzas en Holanda y Reino Unido o el cultivo del pensamiento intelectual y filosófico en los casos de Francia y Alemania. La idea de que el engrandecimiento y gloria nacional tendrían que venir del exterior había quedado incrustada en la conciencia colectiva de la nueva nación permaneciendo muy viva durante el siglo XIX y gran parte

del siglo XX[11]. Las consecuencias fueron que la competición de dignidades nacionales reflejaba ahora una España mediocre, alejando a la nación española de las primeras posiciones que ocupaba a principios del siglo XIX, y situándola ahora en una posición de casi abandono de la misma tras los desastres vividos en Cuba y Puerto Rico. Pero se debe reincidir en una idea capital, no sólo se trataba de la derrota o el escarnio sufrido en el campo de las dignidades exaltado por el nacionalismo español, sino que el resto de los campos como la tecnología, la ilustración, el comercio o las finanzas habían sido descuidados acentuando aún más la crisis de la identidad nacional española. De esta forma, en ocasiones se llega al punto del rechazo y menosprecio de aquel progreso material basado en la tecnología y la economía mercantil como hecho relevante para el destino del hombre, como fue el caso de Ángel Ganivet, pensador que acabaría consiguiendo una notable reputación en la España de la década de 1920 (Fox 1997, p. 124).

Como consecuencia de todo ello, esta primera vertiente de la emancipación americana presentaba a su vez un doble reflejo: uno interno y otro externo. El reflejo interno apuntaba directamente a un deterioro significativo en la autoestima de todos aquellos que habían abrazado la nueva identidad nacional, mientras que externamente quedaba reflejado en la pérdida de capacidad de influencia y atracción que experimentaba la identidad nacional para todos aquellos elementos externos a la misma.

> The loss of the colonies revealed an essential failure of the national soul, as used to be said, a lack of fitness of Spaniards for modernity, and a suddenly discovered falsehood of all established political myths. It all led to a general mistrust of patriotic appeals,

[11] Así, para Pro Ruiz las escaramuzas españolas acaecidas en Marruecos durante mediados del siglo XIX llevadas a cabo con el objetivo de implantar un dominio colonial en el norte de África, obedecían al hecho de que para Cánovas del Castillo aquel era el designio histórico al que debían haberse consagrado las energías de España desde que terminó la Reconquista (2004, p. 331).

Por su parte Langa señala como tras el Bienio Progresista, ya en mitad del siglo XIX, son típicas las experiencias exteriores que se acometen sobre todo por prestigio, pues España había perdido su puesto de primera potencia. Según la autora, la conquista de la plaza de Tetuán en 1860 originó una auténtica fiebre nacionalista presentándose la campaña como una continuación de la «Santa Cruzada» contra el infiel (1990, p. 33).

Finalmente, de acuerdo con Moreno el nacionalismo fascista que se impuso durante la primera década de la dictadura franquista entendía a la nación española a través de la necesidad de regeneración mediante una revolución nacional de efectos palingenésicos que devolviera al pueblo español sus valores originarios, entre los cuales destacarían los valores imperiales, agresivos y conquistadores (2014, p. 9).

> doubts about the historic glories – notably the imperial ones – of the Spanish nation and problems of identification with the very idea of Spain (Álvarez Junco, 2013, p. 322)

En cuanto a la segunda vertiente, este hecho representado por la emancipación de América inaugura lo que podría denominarse como fenómeno del *eterno cuestionamiento* de la identidad nacional española. No sólo se trata de un cuestionamiento permanente, sino que también se trata de un cuestionamiento interno promovido en muchas ocasiones por sujetos adscritos o que habían estado adscritos a aquella identidad nacional. Se forja así, como particularidad que interesa resaltar a este estudio, una identidad caracterizada por experimentar un continuo cuestionamiento y contestación internos, que en última instancia lo que venían a suponer, era poner en entredicho la propia existencia de la nación. Se nos dibuja así una identidad nacional a la defensiva, vigilante y que en definitiva se percibía en permanente amenaza, que hace que se manifieste recelosa frente a propuestas que pudieran producir la más mínima alteración de la gran España imaginada, convertida en percepción colectiva dominante a raíz de la consolidación de la nación española.

Por otra parte la incesante contestación interna de la propia identidad nacional española le alejaban de los principios básico constitutivos de cualquier identidad nacional ya que, como decía Renan (1882) en su famoso discurso, la existencia de la nación es un plebiscito cotidiano *("... el deseo claramente expresado de continuar la vida en común...")* y frente a esta afirmación que apunta a un esencial contenido subjetivo, refrendada también por esta investigación como un principio de mínimos, se puede observar objetivamente como la nación española desde casi sus inicios no cumplía con esa prerrogativa básica, ya que durante la mayor parte del siglo XIX se dedicó a perder muchos de estos plebiscitos en forma de independencias ganadas por las excolonias en los campos de batalla, hasta que finalmente ese cuestionamiento del plebiscito diario se trasladó a la propia península ibérica desde principios del siglo XX con la fuerte irrupción de los nacionalismos vascos y catalanes.

Por tanto, lo que más interesa resaltar del caso de la nación española es que ni tan siquiera se pudo partir del mínimo representado por el hecho de adscribirse la mayoría de los ciudadanos a la recién consagrada identidad nacional y así, dentro del territorio

físico que comprendía originariamente la nación española, pronto surgieron varias identidades nacionales que colisionaban con aquella. Además, muchas de estas identidades que se erigieron como firme competencia acabarían robando a la identidad española muchas «lealtades» nacionales, poniéndose así en entredicho la legitimidad y superioridad de la identidad nacional española.

Pero finalmente, es la suma de padecer este cuestionamiento constante más la anterior vertiente de colocar como núcleo capital del prestigio nacional su condición de potencia militar y política en función de un legado vivo expansionista e imperial, lo que hace que esa permanente percepción de un riesgo real y amenaza se eleve a una condición cuasi patológica expresada a través de unos síntomas muy similares a los propios de un cuadro de paranoia colectiva. Este sin duda supone uno de los rasgos más importantes de la identidad nacional española y se puede rastrear en escritos tales como la obra *Nuevo descubrimiento de Canarias* por García Sanchiz (periodista y escritor que llegó a ser miembro de la *Real Academia Española*), donde el autor al referirse al problema canario de principios del siglo XX acaba desligándolo del *pleito insular*[12] para finalmente colocar el foco de atención en el desamor que según el autor aquellas islas sienten por España, con lo que concluye advirtiendo que el peligro del horroroso fantasma del separatismo una vez más amenazaba el horizonte de los hispanos mares (García Sanchiz 1910, p. 193).

También en la obra de Hernández sobre la figura de Secundino Delgado[13], continuamente se describen reacciones excesivamente desmesuradas por parte de importantes figuras institucionales y del mundo del periodismo español ante la puesta en circulación de revistas que abogaban a principios del siglo XX por la autonomía de Canarias o, por ejemplo, el caso concreto de la publicación de la propia biografía de Secundino (2014, p. 129). La realidad era que todas estas publicaciones tenían una

[12] El *pleito insular* se refiere a una denominación exclusiva del archipiélago canario que alude a un intenso enfrentamiento durante los últimos siglos entre las islas de Tenerife y Gran Canaria, especialmente en el ámbito político y entre sus clases dominantes. (GEVIC. Natura y Cultura, Gran Enciclopedia Virtual Islas Canarias)
http://www.gevic.net/info/contenidos/mostrar_contenidos.php?idcat=1&idcap=197&idcon=588
Accedido el 25/03/2021

[13] Secundino Delgado (1867-1912) fue un periodista e ideólogo del nacionalismo canario que desempeñó su activismo político en pro de la causa nacional canaria entre América latina y las islas Canarias. Algunos lo consideran como el padre del nacionalismo canario.

repercusión escasísima en las islas como así se apunta en el libro del profesor Hernández.

Igualmente, y en un tiempo más reciente, el acceso por sorpresa al gobierno del ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria de la fuerza nacionalista UPC en las primeras elecciones municipales de la democracia, levantó una gran alarma entre los militares en Madrid ante la posibilidad que este movimiento pudiese llevar a Canarias a la independencia. Mientras los propios militantes de la coalición nacionalista estaban plenamente convencidos de que para que se diera un escenario de ruptura habría que caminar mucho, según recuerda uno de aquellos militantes nacionalistas: "… los militares estaban todo el día diciendo en Madrid: esto no puede ser, la principal capital del archipiélago canario en manos de los independentistas… esto es el principio de la ruptura de España…" (Monteiro 2018, p. 409)

Así pues, tras el duro golpe provocado por las primeras pérdidas o «amputaciones» sufridas por la nación española, se llega a un estado de conciencia colectiva en el que la percepción de la más mínima posibilidad de que pudiera acontecer un cuestionamiento que más adelante pudiera desembocar en una amputación, haría sonar de inmediato todas las alarmas, conformándose poco a poco una identidad definida por vivir en un permanente estado de alerta ante un riesgo que, en definitiva, resulta extraordinariamente complicado de clasificar, predecir y acotar de forma objetiva. Este hecho de que se trate de un riesgo indeterminado, difícil de predecir, que crea una incerteza constante, es lo que apunta a que florezcan en el seno de aquella identidad errores en la percepción, percepciones guiadas más por el miedo y la amenaza que por la realidad, que finalmente irán dibujando anomalías en el proceso de discernimiento colectivo que se materializan en un estado muy parecido al paranoico. De esta forma, siguiendo la definición facilitada por la Real Academia Española, la paranoia es *una perturbación mental fijada en una idea o en un orden de ideas*, refiriéndose en nuestro caso esta idea a la amenaza del desmembramiento de la nación.

Así, únicamente se puede entender la dimensión real del miedo y amenaza constante percibidos por aquella identidad (frutos del cuestionamiento del que son víctimas los adscritos a aquella identidad nacional española) y que acabará desembocando en una percepción común alterada, cuando se relaciona directamente con 1) el hecho de haber

situado los nacionalistas españoles durante el siglo XIX como principal variable definitoria de su dignidad nacional el carácter de España como potencia política y dominadora en la escena global y 2) con la dimensión colectivista del nacionalismo español que entendía como algo contra natura y devastador para el conjunto nacional cualquier desmembración de la nación, al concebirse esta como un ente orgánico. Desde el momento en que la conciencia y recuerdo colectivo ligaban el caché y prestigio histórico de la nación española a la extraordinaria expansión territorial de los dominios de España más allá de los confines europeos, la mínima amenaza a una nueva mengua territorial producía aversión y una rápida movilización en contra entre las élites nacionalistas españolas con independencia del trasfondo ideológico de aquellas.

Será la suma de estas dos vertientes, puestas en común por los escenarios que se irán sucediendo, juntamente con el hecho de tratarse de un riesgo que no acaba de ser definido, ni reglado ni casi reconocible objetivamente, todo junto en la forma de una «tormenta perfecta», lo que configurará uno de los rasgos más característicos de la identidad nacional española.

A modo de conclusión de este apartado, se puede aseverar que el hecho de tratarse de una identidad nacional permanentemente cuestionada desde dentro, ha supuesto el desarrollo de importantes características que hacen de la identidad nacional española una identidad peculiar tal y como se ha descrito previamente. Pero no sólo la particularidad de aquella identidad nos interesa, sino también su interacción con otros elementos culturales consolidados desde mucho tiempo atrás en aquella sociedad que ahora se encuentra en una fase de transición hacia la era nacional. Dicho de otro modo, el hecho de que los individuos que se definen, en todo o en parte, mediante la adscripción a esa identidad nacional se hayan sentido cuestionados desde casi los orígenes de la misma y que además, aquella contestación no sólo amenazara la propia existencia de la identidad nacional, sino que en el menos malo de los casos de producirse el éxito de un cuestionamiento, supondría un daño irreparable para el engrandecimiento y gloria de la nación y por tanto un menoscabo de la identidad nacional en la escena global, ha propiciado que los individuos adscritos a aquella identidad desarrollen una forma característica de vivir su identidad nacional, que en todo caso, obviamente tendrá también como uno de sus principales rasgos la necesidad de superar aquel cuestionamiento permanente.

Pero dado que en la emergente nación española no se daban las mejores condiciones para un asentamiento firme de los valores democráticos[14], que en un principio resultan indisolubles de la idea de la elevación simbólica de todos los ciudadanos propuesta también por el nacionalismo español, en última instancia significó que los individuos adscritos a la nueva identidad, a la hora de hacer frente a aquellas contestaciones, no dispusieran a su alcance de instrumentos con un profundo calado democrático. De esta forma, esta argumentación no solamente ayuda a explicar en gran parte las dos dictaduras acaecidas en España durante el siglo XX como medio para hacer frente la amenaza a la unidad nacional expuesta por Cataluña[15] (Álvarez Junco 2013, p. 326; Muro y Quiroga 2005, p. 17), sino también el hecho descrito por Fox (1997, p. 130) y Pro Ruiz (2004, p. 339), en términos más generales, donde se alude a que algunos intelectuales españoles de peso, en los años siguientes a 1898 preconizarían la forma de gobierno dictatorial como solución para los problemas del país.

Todo junto sumado ayuda a entender el talante, en ciertas ocasiones con tendencias antidemocráticas, mostrado históricamente por gran parte de la población adscrita a la identidad nacional española a la hora de hacer frente aquellos escenarios en los que esta identidad percibía, ya fuera sustentada o no aquella percepción en elementos objetivos, que existía un cuestionamiento potencialmente incontrolable de la nación española.

Aparte del cuestionamiento constante de la realidad nacional española que tiene su origen en América, otro de los rasgos más importantes que presenta el nacionalismo español durante su larga etapa de consolidación a lo largo del siglo XIX, es la profunda división interna que se empezaba a dibujar. Muro y Quiroga se refieren a dos versiones del nacionalismo español presentes a lo largo del siglo XIX, una liberal y otra

[14] Aspectos ya tratados como 1) la enorme influencia que aún jugaba la Iglesia Católica y sus reticencias a que su dogma fuera relevado por el «dogma nacional», 2) el escaso bagaje popular en la conformación originaria de la identidad nacional española, 3) el hecho de que instituciones tan profundamente jerarquizadas como la iglesia y el ejército siguieran teniendo tanto peso en la vida pública y política de la sociedad española así como 4) la dimensión colectivista que parecía consolidarse dentro del nacionalismo español, que según el esquema teórico de Greenfeld, favorecía la erección de un autoritarismo capaz de interpretar la voluntad del ente supremo representado por la nación, minaban el desarrollo de la democracia y la consolidación de sus valores en el seno de la población española.

[15] "…. In 1923, General Primo de Rivera took advantage of the alleged threat to the unity of the patria by Catalan nationalism to overthrow the 1876 constitution…… And General Franco rebelled in 1936 under the same premises…" (Álvarez Junco 2013, p. 326)

tradicionalista, que a su vez se encontrarían divididas internamente en diferentes grupos (2005, p.15). Las dos corrientes en disputa, aunque coincidían en la afirmación de una identidad nacional común para todos los españoles, producían una honda fragmentación dentro de aquella nueva comunidad política definida ahora en términos nacionales.

e. El desarrollo de la identidad nacional española durante el siglo XX.

Gran parte de los rasgos manifestados por el nacionalismo español en sus orígenes continuarán vigentes durante todo el siglo XX, eso sí, con diferentes intensidades y tonalidades según los diversos contextos en que aquel quedaba encuadrado. Sin duda será en la primera mitad del siglo donde las características de la identidad nacional antes descritas alcanzarían su máxima expresión, entre otras cosas, ocasionado por el hecho de trasladarse aquel cuestionamiento constante de la ya consolidada identidad nacional española a la propia península ibérica, todo ello, además, en el contexto histórico del denominado *desastre del 98*[16].

En su vertiente nacionalista, el desastre del 98 supuso una verdadera crisis de la conciencia nacional española (Jacobson 2006, p. 217), humillada tras las últimas mermas coloniales que habían acabado por hundir el prestigio y orgullo de la nación[17]. La nación española, a través de sus portavoces más representativos, expresaba sentimientos de anhelo y desolación (Azorín, Ortega y Gasset, Ganivet, Unamuno…) los cuales, a su vez, a menudo quedaban reflejados en la apreciación de verse desahuciados de la carrera de dignidades impulsada por la era nacionalista. La realidad

[16] El desastre del 98 se refiere a la contienda bélica entre España y los Estados Unidos con la guerra de independencia cubana de fondo. La derrota española frente a la emergente potencia norteamericana conllevaría para España la pérdida de sus últimas colonias americanas, Cuba y Puerto Rico, así como la pérdida también del importante enclave asiático de Filipinas.

[17] En relación con el impacto brutal que supusieron aquellas últimas pérdidas en la sociedad española, Álvarez Junco se pregunta por qué supusieron un lamento tan importante cuando en realidad representaban tan sólo un 10 % de lo que había sido el imperio español mientras que la emancipación de gran parte de los dominios de aquel imperio acaecida setenta años antes, casi no había causado ningún fervor (2013, p. 322). Para el autor, la causa probablemente se encuentra en el surgimiento de una conciencia nacional en España durante esos setenta años lo cual entronca perfectamente con la referencia cronológica defendida por esta investigación para el nacimiento de aquella identidad nacional. También el presente estudio defiende que el impacto se agravaría aún más si cabe por la definitiva constatación del desvanecimiento del pedigrí imperial que había dominado hasta entonces el discurso nacional español y el prestigio apegado a este.

era que España había dejado de ser un poder colonial justo cuando el resto del mundo se encontraba en el apogeo de un nuevo espíritu imperial (Jacobsen 2006, p. 217). Nos encontramos pues con una identidad nacional herida y desubicada, que trataba de encontrar un sentido o rumbo a su propia razón de ser.

Paralelamente, a ojos de los nacionalistas españoles, el cuestionamiento interno amenazaba con recrudecerse en el propio seno de la península ibérica pudiendo llegar a producir un mayor encogimiento del núcleo imperial originario de la península cuya unión, hasta entonces, se consideraba solidificada a través de los siglos y de las gestas históricas compartidas. Este posible encogimiento amenazaba no sólo con seguir reduciendo el peso e influencia política de España a nivel global, sino que además podía poner en grave peligro la tradicional hegemonía política de España dentro de la península ibérica como consecuencia de una hipotética dispersión territorial del poder.

El desastre del 98 aparte de constituir una crisis en la conciencia nacional de los españoles, también se significó como un punto de inflexión y motor que provoca una frágil unificación del nacionalismo español y de sus visiones enfrentadas en torno a dos componentes de amplio consenso: el primero de ellos apuntaba al legado de potencia global hegemónica e influyente como un elemento consustancial a la naturaleza de la nación española, mientras que el segundo se relacionaba con una obsesión con la unidad física de la nación, reflejada en una defensa a ultranza de la integridad del territorio español que había sobrevivido al desastre del 98.

Este último componente respondía a una posición común que, por una parte, encarnaba una intensa solidaridad interna del nacionalismo español entretejida a raíz del desgaste y *estrés existencial* acumulado entre sus miembros por haber tenido que lidiar desde los principios de su era nacional con el fenómeno del cuestionamiento interno incesante, amplificados a su vez, por la amenaza, siempre al acecho, de un cada vez mayor deterioro del prestigio nacional. Por otra parte, igualmente encarnaba el temor mayoritario entre los nacionalistas españoles a que una posible consolidación del cuestionamiento interno en la península ibérica pudiera suponer, más bien a corto plazo (alimentada esta sensación de inmediatez por la percepción colectiva alterada ya mencionada), el «golpe de gracia» para la nación española o para alguno de sus tradicionales elementos articuladores, en el sentido de que muy probablemente podría

conllevar una alteración del equilibrio de poderes territoriales que durante siglos había permitido a las élites y grupo de influencia castellanos disponer de la hegemonía en el contexto ibérico.

Aparte de estos dos elementos, pocas cosas en común tenían las dos facciones de la identidad nacional española. Uno de los pocos elementos comunes, la perspectiva colectivista en su visión nacional, acabaría teniendo un peso decisivo durante las primeras décadas del siglo XX. No es casual en estos momentos la aparición de figuras tan destacadas y que se impusieran con un liderazgo enérgico, si se tiene en cuenta el importante contenido colectivista de aquella identidad nacional de acuerdo a los parámetros de Greenfeld (1992, p. 11). Así, los casos de Primo de Rivera y de Francisco Franco son perfectos ejemplos de personajes que se sintieron en la obligación de tomar las riendas de la nación, entendida ésta por los sujetos que habían abrazado la identidad nacional española, como un superagente en su propio derecho, moralmente superior a los individuos humanos de que se compone. De acuerdo con Greenfeld, este autoritarismo que se propicia en aquellas naciones colectivistas, es una lógica implicación de concebir a la comunidad como un individuo colectivo con su propia voluntad, interés y fines, siendo éstos independientes y prioritarios sobre los deseos y aspiraciones de sus miembros (2016, p. 28; 2004, p. 47).

Igualmente, en relación a la beligerancia que ya se comenzaba a acentuar entre las ideologías de izquierdas y derechas a escala global a principios del siglo XX, en España aquella confrontación alcanzaría una dimensión extraordinaria e incontrolable. Quedaba así en grave riesgo la comunión supuestamente alcanzada por las versiones contrapuestas del nacionalismo español tras el desastre del 98. Bajo el empuje global alimentado por la aparición de los primeros regímenes de izquierda, los movimientos más progresistas en España se presentaban en general como un elemento nuevo a desconfiar al chocar frontalmente muchos de los postulados defendidos por éstos con rasgos imprescindibles a la hora de definir a la nación española. En primer lugar estas ideologías de izquierdas se oponían con vehemencia al poder e influencia que la Iglesia Católica seguía ostentando sobre la sociedad española, y en segundo lugar, estos partidos de izquierdas con una visión radicalmente democratizadora de la sociedad, eran retratados como aliados del separatismo, ya que aquella agenda de democratización extrema que traían consigo era lo suficientemente amplía como para avalar y defender,

por ejemplo, las reivindicaciones autonomistas de algunos territorios periféricos. Este último punto desataba el componente popular relacionado con la aversión compartida frente a un posible desglose nacional, lo cual permitía sumar fácilmente mayores rechazos hacia aquellas corrientes, así como ensanchar aún más la zanja que dividía ambas posiciones al ser vistos también los nuevos movimientos progresistas como una clara amenaza contra el núcleo básico sobre el que se seguía sustentando gran parte de la gloria nacional. Básicamente los movimientos de izquierda eran representados de una forma sencilla, antes que nada, como una seria amenaza a la identidad nacional española.

Finalmente, el estallido de la guerra civil española en 1936, marca el punto álgido de un cisma que se venía fraguando lenta, pero sólidamente, durante el transcurso del siglo XIX entre dos formas contrapuestas de expresar la conciencia nacional española. Este cisma interno acontece entre una corriente progresista, ahora más madura, con sectores más radicalizados y con un mayor empuje global y, por otra parte, una corriente conservadora abrazada a los dogmas clásicos de un nacionalismo cívico, colectivista y cuya dignidad y prestigio se sustentaban en una estirpe imperial, dominadora, con maneras de *adelantado* y para mayor gloria, promotora y salvadora del cristianismo.

Aquel cisma interno junto con la consolidación de los nacionalismos periféricos, abocarían al Estado español a la cualidad de fallido desde su vertiente nacional, que es la forma en que describe Greenfeld al Estado español contemporáneo tras su específico proceso de inclusión dentro de la era de las naciones (2016, p. 48).
La victoria en la Guerra Civil del bando de los *nacionales* acabó por consagrar la identidad nacional más conservadora. Los intentos desde sectores más progresistas por matizar o provocar una evolución en aquellos dogmas clásicos vinculados con la originaria identidad nacional española habían fracasado y con la instauración de la dictadura militar aún saldrían reforzados esos dogmas.

Igualmente importante, Greenfeld establece que con el régimen fascista de Franco, por primera vez en España el nacionalismo era abrazado por un gobierno como la ideología estatal (2016, p. 49). No obstante, la ruptura interna de la identidad nacional española que tras la guerra se había polarizado, junto con la presencia de determinadas regiones en las que una identidad nacional propia había ya enraizado hacían imposible la simetría

entre el cuerpo nacional y el cuerpo estatal. Finalmente es sobre todo el punto referido a la identidad nacional surgida con fuerza en algunas regiones, el que impidió de una forma más visible que triunfase el esfuerzo del Régimen por hacer que la idea de la nación se afianzara uniformemente en la totalidad del territorio físico estatal. Es por ello que Greenfeld habla de un Estado fallido, se entiende, desde el punto de vista de su solapamiento nacional.

Con la dictadura de Franco se inaugura una etapa de negacionismo institucional de toda realidad nacional dentro de la península ibérica que no fuera la española o portuguesa. Esta negación presenta un carácter transversal y atemporal en la mayor parte de la población española con lo que está vigente hoy en día, cuarenta años después de la *transición democrática*.

Aquel negacionismo se entiende que constituye una materialización o expresión directa, en este caso actualizada, de la percepción disfuncional enraizada entre los portadores de la identidad nacional española ante una continua y muchas veces injustificada sensación de riesgo del desmembramiento del cuerpo nacional. El tradicional carácter colectivista del nacionalismo español también ha jugado un papel decisivo en el mantenimiento de aquel negacionismo. Estos dos rasgos han demostrado una gran resiliencia dentro del núcleo ideológico del nacionalismo español, hasta tal punto que, tras la transición democrática y el consiguiente despliegue de una agenda democratizadora muy ambiciosa, amplios sectores de la izquierda (sobre todo la más moderada y cercana al *establishment*) han asumido e interiorizado aquel contenido nuclear.

La caída de la dictadura franquista enseguida vuelve a reactivar aquel acuerdo tácito entre las dos corrientes mayoritarias que concebían la identidad nacional española de una forma contrapuesta. A pesar de que tras la guerra civil los puentes entre ambas habían quedado del todo destruidos, dos factores fundamentales consecuencia de los años de dictadura, empujaron nuevamente a una reunificación del nacionalismo español bajo el acuerdo de mínimos representado por la defensa a ultranza de la unidad territorial de la nación española y el rescate de la dignidad nacional a través del reconocimiento del protagonismo e influencia ejercidos históricamente a nivel global por España. Estos dos factores aluden al grave deterioro generado sobre la imagen de España de cara a las potencias occidentales debido a las cuatro décadas ininterrumpidas

de gobierno antidemocrático y a la propia legitimización que a la larga supuso el régimen franquista sobre las aspiraciones nacionales en Cataluña y el País Vasco, regiones donde además había aparecido un secesionismo.

Ante los decisivos años de la *Transición* de finales de los 70, se distingue un nacionalismo español profundamente dividido en su interior por razones ideológicas, pero a su vez con una imagen de gran cohesión de cara al exterior como nunca se había alcanzado. Aquella sensación de cohesión externa se había fraguado sobre la base de unos rasgos estructurales que habían caracterizado la identidad nacional española desde sus orígenes (colectivista y cívico) junto con una reunificación sobre dos pilares fundamentales convertidos, como sucedió tras el desastre del 98, en polos aglutinadores de extraordinaria transversalidad que una vez más giraban en torno a los anhelos por restaurar a nivel mundial la imagen histórica de España como actor político de peso y a la salvaguarda obsesiva de la integridad territorial frente a desafíos contra natura que ponían en riesgo los anteriores anhelos y en general la realización plena del ente orgánico representado por la nación.

En paralelo, la cohesión externa se iría reforzando a medida que se iba consolidando el nuevo Estado democrático y paulatinamente vaya siendo aceptada su inclusión en los principales organismos supraestatales.

2.2 LAS ISLAS CANARIAS COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR

a. Introducción[18].

Las Islas Canarias son un archipiélago de origen volcánico situado en el océano Atlántico frente a la costa noroccidental africana. Se trata de un archipiélago conformado por ocho islas que de entrada presentan una peculiaridad con respecto al resto de islas seleccionadas para el presente estudio. Esta peculiaridad tiene que ver con un poblamiento de todas las islas previo en el tiempo a la llegada de los primeros europeos. Así, antes de la llegada de los europeos las islas habían estado habitadas durante siglos por poblaciones indígenas que encontraban sus raíces en tribus bereberes del norte del continente africano. El progresivo desembarco de los europeos en las Canarias supuso así un choque frontal entre la civilización compartida por los nativos de todas las islas y una civilización europea completamente diferente y mucho más avanzada en algunos campos como es el caso de los instrumentos de guerra.

El punto de partida para el estudio político social que se pretende realizar presenta esta singularidad para el caso canario. Una vez las islas pasaron a formar parte de los planes de expansión de las grandes potencias europeas, las Canarias se vieron envueltas durante el siglo XV en una disputa entre la corona portuguesa y la castellana en aras de dirimir quien las debía poseer. Finalmente será la corona de Castilla la que acabará integrando las islas a sus dominios. Mientras en la península ibérica se cerraba el importante capítulo de la Reconquista que durante siglos había supuesto la movilización de la casi totalidad de recursos a semejante empresa, en las Canarias durante el siglo XV se fue consolidando el germen de una nueva sociedad isleña fruto de la interacción entre europeos e indígenas a través de las armas y la sumisión, pero también a través de la mezcla entre ellos y de la asimilación de los nativos supervivientes a los que pronto se le sumaron nuevos contingentes llegados de Europa y de la costa occidental africana. En este doble escenario paralelo vivido en la península y en las islas pronto se adivinará un

[18] **Anexo 1**: Mapa de Canarias y evolución histórica de su número de habitantes.

punto de confluencia que significará a su vez un punto de inflexión trascendental para el devenir político y social tanto de la península como de las Canarias.

Ese punto de confluencia lo representa el descubrimiento de América en 1492, que a la postre supondrá el despegue definitivo de la Corona de Castilla como potencia imperial a escala global, mientras que para la nueva sociedad canaria representará un escenario alternativo a las propias islas en donde experimentar una realidad continental alejada de las limitaciones isleñas, escenario que con el tiempo se irá alejando del mando y autoridad de la península ibérica.

Desde su conquista las islas han estado bajo el dominio soberano de la península, con un devenir político claramente marcado por los desarrollos políticos y sociales acaecidos en la península en donde a su vez las fuerzas y élites isleñas siempre han jugado un papel secundario. Por su parte el desarrollo político e institucional interno de las islas ha estado condicionado (de una forma evidente desde principios del siglo XIX) por las luchas fratricidas entre las dos islas centrales y más pobladas, Tenerife y Gran Canarias, en su intento por obtener la supremacía dentro del archipiélago.

En lo que concierne a la economía, desde principios de la colonización europea, el desarrollo comercial en la forma de un librecambismo se erigió como el principal motor económico de las islas. De esta forma las élites isleñas a lo largo de la historia han dedicado sus mayores esfuerzos a la obtención de ventajas y avances en este campo. El monocultivo ha sido una de las principales expresiones históricas de aquel desarrollo económico ligado a un sector comercial ambicioso, conllevando entre otras cosas la condena de amplios sectores de la sociedad isleña cuando el monocultivo vigente «entraba en barrena».

b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político.

Se tratarán a continuación los principales factores ligados a la realidad canaria que a priori se entiende pueden haber afectado de una manera u otra la tendencia hacia la conformación de un ente de naturaleza política para todo el archipiélago.

Para el caso de las Canarias se puede observar una serie de factores que arrancan desde los años de la conquista castellana que, en principio, pareciera que han minado aquella tendencia intrínseca para todo ANFA.

Como rasgos más importantes y decisivos concernientes a la sociedad y política de las islas Canarias antes de la posible irrupción del sistema nacional en el esquema mental de la mayor parte de la población isleña, cabe destacar cuatro importantes factores que tendrán una suma relevancia para el devenir de aquellas islas. Estos cuatro factores han ido socavando la potencial articulación del archipiélago como un cuerpo político desde el momento en que éste quedó incluido dentro del contexto político europeo.

Los dos primeros factores se remontan a la conquista e inicio de la colonización del archipiélago. El primero de ellos estaría relacionado con la propia forma en la cual se abordó la conquista, mientras que el segundo de los factores responde a la estructura y composición del elemento colonizador en sí. En general estos dos primeros factores suponen, a pesar de lo remoto en el tiempo, importantes variables configuradoras de la génesis de la sociedad canaria que ha llegado hasta nuestros días. El tercer factor responde a una incesante movilidad geográfica de carácter estructural que afectará de forma mayoritaria y transversal a los sectores más humildes y desfavorecidos de la población isleña. Un tercer factor que derivaría de un desarrollo económico particular producto de la geografía y geología del territorio isleño y de la posición geoestratégica de las islas entre el poder central instaurado en la península ibérica y el continente americano. Finalmente, el último factor nos habla de las graves carencias educativas y culturales que han afectado a la mayor parte de la población isleña a lo largo de su historia.

(1).- En cuanto al primer punto, concerniente a la forma de abordar la conquista de las islas, el hecho de existir una clara dicotomía entre islas de *Realengo* y de *Señorío* se entiende ha marcado sobremanera el futuro de aquellas, al menos la consolidación de una perspectiva integradora que de forma natural pudiera haber concebido cada isla individualmente según su condición de miembro de un mismo archipiélago y por ende de un mismo espacio geográfico a gobernar o administrar conjuntamente (como piezas de un solo engranaje). De esta forma las islas de *Señorío* (Fuerteventura, Lanzarote,

Gomera y Hierro) eran administradas directamente por los Señores, mientras que las islas que habían quedado bajo el control Real (Tenerife, La Palma y Gran Canaria), tras la finalización de la conquista, comenzarían a desplegar toda la parafernalia y burocracia propia de la administración del Reino a la par que atraían a muchos más colonos pues se percibían mayores oportunidades en aquellas y, como sostiene Lobo (1998, p. 16), se valoraba el hecho de que quedaran fuera de un sistema señorial.

Las islas de *Señorío* se constituían como verdaderos terrenos en explotación en manos de unos Señores, descansando el poder máximo sobre aquel, que hacía y deshacía a su antojo, prevaleciendo los intereses del Señor y su familia sobre los propios de la isla. En el caso de las islas de *Realengo,* único destino del poder Real delegado, pronto se empiezan a adivinar las luchas de poder entre aquellas islas por acaparar una mayor representación de dicho poder junto con el religioso, sobre todo entre Tenerife y Gran Canaria; luchas de poder que acabarán por estallar abiertamente cuando con el tiempo en ambas islas se consolidarán unas clases privilegiadas ya perfectamente identificadas y arraigadas dentro su respectivo ámbito insular.

Ahondaría aún más en aquella disposición fragmentada del archipiélago, la instauración en cada una de las islas de un modelo municipal único. De esta forma, desde los principios de la nueva era postconquista, Canarias estaría constituida por siete municipios, uno por cada isla que conformaba el archipiélago (sólo en el 2018 se reconoció a la Graciosa como octava isla canaria). Según Suárez Grimón el modelo municipal único concedía un protagonismo exclusivo al Cabildo o Consejo en tanto que dotado de la jurisdicción política y económica sobre todo el territorio insular (1996, p. 32). También Lobo apunta al enorme poder de estas instituciones, haciendo referencia al primer intento de centralización y unificación del mando del archipiélago a través de la figura del Capitán General en 1589, y como la protesta de los Cabildos hizo que se suprimiera aquella figura tan sólo cinco años después (1998, p. 21). Este régimen municipal único se mantendría hasta 1835 y para entonces ya habría dejado una profunda huella en la forma de concebir el desarrollo institucional y orgánico de las islas[19].

[19] "…El gobierno y administración de cada una de las islas Canarias corrió a cargo de los Cabildos históricos durante el Antiguo Régimen.... Los Cabildos alentaron en ocasiones la solidaridad regional en

De este primer factor, también se desprende una dinámica que impregnaría la forma de concebir a las islas individualmente y de forma derivada, al archipiélago en su conjunto. Así pues, una vez tomada la posesión de las islas por los Señores y la Corona, se hacía necesario testar inmediatamente la rentabilidad económica de las mismas, sobre todo en el caso de las de *Señorío*. De la nada más absoluta que representaban los diversos territorios insulares antes del proceso de colonización, se pasa a una imperiosa necesidad por la consecución de ingresos rápidos que pudieran justificar su ocupación, así como amortizar las inversiones realizadas para sufragar el aparato conquistador y colonizador. De esta forma, las islas pasan de unas sociedades indígenas situadas al margen de los sistemas económicos europeos vigentes, dotadas a su vez de un régimen de organización tribal, a unas sociedades económicas y comerciales que tienen por principal objetivo la obtención de rendimientos y ganancias a corto plazo dentro de un sistema competitivo que desbordaba el ámbito regional canario.

Como consecuencia de ello, durante las primeras décadas de la nueva era del archipiélago, la economía pasaría por delante de la política. Así, se consolidarían con más antelación estructuras y actores propios de un sistema meramente económico que estructuras propiamente políticas. Las primeras instituciones políticas son casi anecdóticas y únicamente comenzarán a tener relevancia en las islas, cuando unos siglos más tarde empiezan a percibirse como eficaces instrumentos muy útiles en la obtención de ganancias y en el resalte económico de los actores implicados. Los principios básicos sujetos al rendimiento y viabilidad económica gobernarán de forma exclusiva, en un mayor o menor grado, los designios de la práctica totalidad de habitantes de la nueva era isleña. Este hecho resultará fundamental a la postre para el futuro desarrollo institucional del archipiélago. Según Macías, la primera élite surgida en las islas tras el proceso de colonización era de carácter económico y además con un marcado talante librecambista (1996, p. 10). Esta doctrina librecambista dentro del marco del contexto atlántico pronto permitió un lucrativo tráfico con Europa, África y América durante el siglo XVI del que se benefició una clase mercantil foránea y autóctona.

---

asuntos que afectaban a todo el archipiélago, pero la mayoría de las veces trataron de obtener privilegios para una isla en detrimento de las demás…" (Agustín Millares 2011, p. 132)

Las primeras élites isleñas de la nueva era, veían a las instituciones con recelo ya que desde la península el poder regio abanderaba un espíritu mercantilista-proteccionista. Esta primera experiencia de las élites canarias con el mundo institucional político-administrativo genera rechazo y comienza a percibirse aquel mundo como un obstáculo a sus pretensiones librecambistas. En última instancia, si a estas élites les había ido bien, habiendo conseguido florecer y progresar de la nada, es lógico pensar que en su seno no surgieran iniciativas en pro de un desarrollo institucional de las esferas política y administrativa, pues se entendía que las propias instituciones económicas y del librecambismo ya gobernaban y administraban conforme a sus intereses y empresas.

(2).- El segundo factor referente al proceso de colonización acentúa todavía más las concepciones y realidades fragmentadas que inciden en apuntalar una gran heterogeneidad en el nuevo período abierto en Canarias. No sólo el gobierno y administración de las diferentes islas, concebidas como posesiones a explotar en beneficio de poderes extraños entre sí, también la nueva sociedad que poblaría aquellas se encontraba enormemente dividida y fragmentada. Resulta indiscutible que en las islas de *Señorío* las divisiones de estatus social y de poder eran evidentes entre el núcleo constituido por los Señores más su séquito y el resto de la población, mientras que en el caso de las islas realengas, las divisiones también eran notables, ya que poco a poco se fueron posicionando unas pocas familias privilegiadas acumuladoras de riqueza mediante el acaparamiento de propiedades y tierras, familias que acabarían fusionándose con los elementos que ya habían salido beneficiados del reparto de tierras efectuado tras la conquista. Frente a esta poderosa minoría se encontraba el grueso de la población ubicada en unos ámbitos, por lo general, mucho más desfavorecidos. Esta mayoría la conformaba el contingente de colonos de procedencia humilde llegados básicamente de Castilla y Portugal (con gran protagonismo de las islas de Madeira y Azores) junto al contingente indígena que había sobrevivido a las campañas militares. Por lo tanto, a las diferencias económicas y de poder, se le debe añadir una gran diversidad en cuanto al origen de la nueva población isleña y ello nuevamente incidía en la heterogeneidad como norma de los nuevos tiempos.

Con el paso de los siglos se produjo una asimilación común de los distintos contingentes dentro de la cultura dominante castellana que era la que apuntalaba las instituciones de gobierno y poder, que poco a poco se fueron estableciendo en las islas

durante los años de colonización. La asimilación constituyó un éxito y finalmente la sociedad canaria esbozaría cierta homogeneidad casi imposible de imaginar si se atiende a lo diverso de sus contingentes fundacionales. Sin embargo, convendría de una forma más precisa, hablar de una auto asimilación desde abajo protagonizada por los contingentes más alejados de la cultura castellana, con especial protagonismo del contingente indígena y en una menor medida del contingente portugués. Auto-asimilación que para el caso de los indígenas significaba: poder acceder a derechos que le eran negados en la nueva sociedad, escapar de la esclavitud que, aunque prohibida por la Corona de Castilla, se seguía practicando de forma ilegal, poder progresar en la nueva sociedad o evitar los juicios por *pureza de sangre* una vez instalada la Inquisición en las islas. De esta forma, según Baucells:

> En el camino de la asimilación como resultado aculturativo, los descendientes de los supervivientes guanches comprenderán a lo largo del siglo XVI que ser identificado bajo esa acepción étnica no les proporcionaba ninguna ventaja (2014, p. 146)

Así, no se puede hablar aquí de un proceso de asimilación estructurado desde las instituciones Reales que siguiera un esquema de arriba-abajo. Igualmente, los diversos grupos inmersos en aquel proceso también fueron introduciendo elementos propios que a priori no obstaculizaban el proceso de asimilación, con lo que al mismo tiempo se fue fraguando una cierta diversidad y diferencia con respecto a la cultura dominante en la península. A partir de aquí la nueva sociedad canaria iría constituyendo una cultura propia que encuentra sus raíces en los distintos contingentes presentes tras la conquista y posterior colonización.

Por tanto, de este segundo factor se derivan dos fenómenos que marcarán el devenir de la población isleña y que a la larga debilitarían la cohesión y estructuración de la sociedad canaria. (a) En primer lugar, hay que remarcar las grandes diferencias de poder y riqueza que se experimentarán desde un principio entre diversos estratos de la población, dibujándose una sociedad de enormes contrastes, pues las riquezas se acumulaban en muy pocas manos mientras gran parte de la población apenas subsistía. (b) En segundo lugar, la diversidad en el origen de la nueva sociedad isleña también representará un importante reto para el futuro de las islas y en última instancia, aquella

diversidad tendrá una derivada de contenido político, tras la instauración de la era nacionalista, que colaborará en el desenfoque del estudio y percepción de la nueva sociedad canaria surgida tras la colonización. Así, con el paso del tiempo el legado de los indígenas canarios acabaría convirtiéndose en un instrumento al servicio de fines políticos, mientras que el portugués simplemente terminaría por desvanecerse.

Como consecuencia de lo manido que acabará siendo el tema a raíz de las primeras y posteriores expresiones de un nacionalismo canario, el elemento indigenista pasará a evaporarse poco a poco de la vida pública de las islas, recluyéndose de este modo una parte muy importante de la historia del archipiélago en museos y en el mundo académico. La primitiva heterogeneidad y complejidad de los diversos contingentes humanos que formarían la nueva sociedad tras la conquista se fue tornando cada vez más borrosa con lo que pronto la homogeneidad presente en la actualidad, se fue percibiendo como la única realidad posible que había imperado a lo largo de la historia de las islas. De esta forma, con el paso del tiempo, se fue perdiendo la facultad cognitiva para poder identificar y comprender aquellas problemáticas y tensiones que encontraban su raíz en un punto de partida extraordinariamente heterogéneo en cuanto al elemento antropológico-cultural.

(3).- El tercer factor hace referencia a las diversas olas migratorias que de forma recurrente afectarían a los sectores más desfavorecidos y necesitados de la población isleña. Se trata de un factor determinante que condicionará el normal desarrollo de aquellos estratos de la sociedad. Ligado a este factor, la realidad económica isleña jugará un papel decisivo. Tanto las clases privilegiadas como las más desfavorecidas se verán influenciadas y moldeadas por un desarrollo económico particular condicionado por el carácter geográfico, físico y territorial de las islas, así como por la instauración de una ideología basada casi exclusivamente en la técnica del monocultivo que, entre otras cosas, producirá una falta de diversificación de la economía de carácter crónico junto a una vital dependencia al éxito exportador del monocultivo en cuestión. Una de las principales consecuencias que arrojará esta ideología son las numerosas olas migratorias que se producirán entre los diversos intervalos de monocultivos.

De nuevo como hecho a destacar y de gran relevancia para el desarrollo consistente de la ya asentada nueva sociedad canaria, en el contexto de esas olas migratorias acaecidas

con carácter cíclico, normalmente será el mismo sector de la población el que se verá afectado, esto es, aquellas clases más desfavorecidas y humildes que en su génesis fueron engordadas por los contingentes indígenas y de colonos llegados desde Castilla y Portugal. Autores como Hernández Bravo de Laguna llegan a hablar de una emigración de gran magnitud en casi todas las épocas hasta el punto de alcanzar un carácter estructural (1992, p. 51). Díaz Hernández literalmente sostiene que "…la emigración a ultramar tuvo un alcance central y multisecular que distingue, más que cualquier otra cuestión, a la historia económica y social de Canarias…" (2011, p. 39). Macías en su caso, sostiene que la emigración a Indias adquirió dimensiones de verdadera diáspora entre 1830 y 1850 (1996, p. 10). A este fenómeno capital en la historia canaria se le deben añadir otros elementos, también particulares de la realidad de aquellas islas, que igualmente fomentaron la incesante movilidad geográfica dentro de esas capas de la población excluidas de las riquezas y poder, como fueron 1) la continua emigración interna entre islas, unas veces en la forma de medidas forzosas como las adoptadas tras la conquista con el contingente indígena y otras de forma voluntaria, como la acontecida de las islas más pequeñas y áridas a las islas centrales en búsqueda de mejores oportunidades, 2) el fenómeno de los *bergantes* que se dio entre aquellos colonos «de paso» por las islas, inmersos en un estilo de vida ávido por la exploración constante de nuevas riquezas y aventuras o las 3) propias medidas que se patrocinaron desde la Corona para en unos casos, adelantarse en la colonización de territorios en suelo americano disputados con otras potencias, en otros como fórmula de aliviar la presión demográfica sufrida por las islas en determinados períodos (*Tributo de Sangre*[20]) o también para engrosar la filas de los ejércitos españoles (levas) en sus diversos frentes.

[20] Obligación establecida por los gobernantes españoles en la península ibérica al territorio canario en el marco de unas ya restrictivas relaciones comerciales de las islas Canarias con América "...En la Real Cédula de 1678, popularmente conocida entre los historiadores como el *Tributo de Sangre*, se establece que por cada 100 toneladas de mercancía había que llevar a cinco familias canarias a poblar América. Esto se debe a que Canarias había sufrido un fuerte crecimiento poblacional, y además servía como una estrategia de la Corona Española para que las tierras que no estuviesen pobladas en América no cayesen en manos de Inglaterra, Portugal o Francia. A las Islas se les impone este compromiso, un compromiso que por lo visto no tuvo el resultado que se esperaba, por lo que en el Reglamento de 1718 se añade que por cada familia que no embarcase, el dueño del navío estaba obligado a pagar una sanción de 1.000 reales. Este Tributo llegaría a su fin en 1778..."
Extracto literal recogido de la versión online del diario de *La Provincia*, publicado por Alejandro Luengo Torrejón el 29/03/2019. Link:
https://www.laprovincia.es/canarias/2019/03/29/tributo-sangre-9342524.html (accedido el 06/04/2021)

Todo ello unido apunta a un fenómeno de movilidad humana de gran magnitud a lo largo de toda la historia del archipiélago y que sin duda repercutirá en el desarrollo de la sociedad isleña. Resulta incuestionable la profunda huella dejada en todo el archipiélago y muy especialmente en aquellos sectores más desfavorecidos tal y como relata el personero Antonio Vizcaíno en enero de 1769, citado en Arbelo (2004, p. 91), cuando se refiere a las consecuencias dramáticas de la intensa emigración en el ámbito tinerfeño, apuntando como una de las principales el abandono familiar, sufriendo de esta forma mujeres e hijos la ausencia del padre y marido, abocándolos en numerosos casos a la miseria. Además, se debe añadir que el caso canario presentaba una peculiaridad con respecto a la península y es que en numerosas ocasiones era toda la unidad familiar la que se veía involucrada en las dinámicas de movilidad hacía América (Macías 1992, p. 418), como así se desprende de los envíos de contingentes de familias canarias con el fin de colonizar territorios estratégicos o la propia medida del *Tributo de Sangre* impulsada por la Corona.

(4).- El último factor se referiría a las graves carencias educativas a las que desde un principio se vio sometida la mayor parte de la población isleña. Múltiples son las causas esgrimidas por los académicos, tales como la lejanía respecto de la capital del Estado o que éste desplegaba una administración excesivamente centralizada o también son alegadas causas internas como el caciquismo y las crisis cíclicas de subsistencia (Negrín 2005, p. 339), pero en todo caso, lo que interesa destacarse es que durante mucho tiempo el desarrollo cultural y educativo de las islas estuvo fuertemente lastrado. No obstante, el elemento más decisivo de este factor lo representan las inmensas desigualdades históricas a la hora de acceder a la educación entre unas élites privilegiadas con plenas posibilidades, frente a una mayor parte de la población sistemáticamente restringida en su acceso a cualquier forma de educación o formación reglada. De esta forma, tal y como sentencia Negrín, se puede decir que hasta los años sesenta del siglo XX, en Canarias la enseñanza secundaria y sobre todo la superior universitaria estaba pensada solo para un reducido grupo de nobles y para las minorías burguesas (2005, p. 369).

Los dos primeros factores nos hablan de una realidad heterogénea y fragmentada reflejada en una incapacidad por concebir al archipiélago como cuerpo suprainsular y en la aparición de una nueva sociedad radicalmente dividida en cuanto a su riqueza y

procedencia. Igualmente, estos factores apuntaban hacia una originaria concepción económica de las islas, irrumpiendo bruscamente aquella concepción incluso antes de que se consolidaran los distintos elementos de la nueva sociedad o que pudieran pensarse las formas de gobierno u organización que debían regir para las mismas. Por otro lado, los dos últimos factores apuntan indirectamente a una dinámica de gran interés para el apartado que nos ocupa. Se trata de dos factores entendidos como frutos de una extraordinaria falta de cohesión entre las gentes y territorios que conformaban el ente archipelágico y que se traducía en un abandono y descuido sistemático de los estratos más poblados de la sociedad isleña, que a su vez eran los más vulnerables.

c. El «pleito insular» como principal factor en erosionar la posible articulación del archipiélago canario como cuerpo político.

Las islas pues son protagonistas de una cada vez mayor consolidación de un pequeño grupo de privilegiados acaparador de la cuasi totalidad de riquezas, dominadores absolutos de los distintos ámbitos de poder en cada una de las islas, consolidación que a su vez irá en paralelo a una constante desestructuración de las clases más desfavorecidas y humildes integradas éstas por la mayor parte de la población. Si estos últimos sectores ya habían nacido desestructurados en el momento de iniciarse el proceso de colonización, debido a lo extraordinariamente complejo y extraño de sus diversos elementos, el accidentado desarrollo económico junto con el ensañamiento del que fueron víctimas tanto en lo referente a la *incesante movilidad geográfica* como en la *extrema deficiencia educativa y cultural*, imposibilitaba el simple hecho de consolidarse y reivindicarse como estrato social menos favorecido de las islas, a la par que fortalecía la posición de las pequeñas élites al mando. Ocupados en sobrevivir, la cruda realidad experimentada por el amplio contingente conformado por los más desfavorecidos, destruía la habilidad de estos para ver más allá de sus propias circunstancias.

Así, gran parte de la nueva sociedad canaria vivía dentro de los esquemas de una economía de subsistencia mientras que un grupo reducido de privilegiados disfrutaban de las riquezas proporcionadas por las islas, mayormente de su comercio y agricultura. Durante varios siglos la fotografía tomada de la sociedad que conformaba cada una de

las islas, dejaba ver un grupo reducido de poderosos al mando de aquellas, un grupo compuesto por las mismas caras y apellidos que se iban repitiendo con el paso del tiempo mientras que junto a éste, quedaba retratado el resto de la sociedad en la forma de un grupo mucho más numeroso e inclasificable si no fuera por lo común de su situación humilde.

La mayor parte de la población isleña se presentaba como un conglomerado heterogéneo en cuanto a la procedencia, intereses, identidad, cultura, lealtades y destino final de sus miembros, pero homogéneo en cuanto a la situación paupérrima que padecían. Al contrario que el grupo de poderosos, las caras y apellidos de este grupo populoso mutaban, se mezclaban, se transformaban, desaparecían, apenas se repetían…. De todo ello se deriva una gran dificultad para que pudieran darse manifestaciones de cohesión grupal, comunitaria o social entre los más desfavorecidos que representaban el conjunto poblacional más numeroso de las islas. Se trata de un amplio sector de la sociedad desafecto políticamente y volcado en su esfera privada. Bajo estas condiciones las posibilidades de florecer cierto asociacionismo eran casi nulas. Evidentemente se perdía también toda habilidad para desarrollar objetivos y propósitos comunes. Desaparecía el rastro y con ello se desvanecía la posibilidad de que cuajara un grupo clasificable, que se forjara una conciencia o identidad grupal o un mínimo sentimiento comunitario del cual pudiera desprenderse un legado común. En última instancia se debilitaba enormemente entre aquellos estratos la opción de fortalecer los vínculos con el territorio y de engendrar un sentimiento de propiedad moral, esto es, de poseer al menos emocional o moralmente un territorio ocupado y trabajado durante varias generaciones, así como de tener la capacidad de poder concebir una descendencia arraigada y en constante compromiso con el territorio.

Algunos autores confieren al fenómeno de la periódica migración, como el vivido en Canarias hacía América, una labor social como *válvula de escape* en situaciones de gran presión sobre el territorio archipelágico, añadiendo que, en última instancia, aquellas oleadas permitían perpetuar un sistema viciado por claros conflictos estructurales (Portes 2009, p. 25; Bergasa y González 1995). En efecto, mediante el arraigo en aquellos sectores de dinámicas migratorias de carácter coyuntural se evitaba, entre otras cosas, el estallido de tensiones sociales. No obstante el taxativo descarte de instrumentos como la revuelta o estallido social en el marco de unas realidades

asfixiantes para una gran mayoría de la población, tan indeseados como pudieran serlo ante nuestros ojos, desterraba a su vez del seno de aquellas capas de la sociedad la posibilidad de cultivar una solidaridad identitaria, grupal o de clase o también la opción de abrazar (cuando vinieran de fuera) o desarrollar de forma autónoma ideas o planteamientos teóricos cuya plasmación pudiera ser percibida como un medio viable de transformación de una realidad que les era cruel.

Las clases más favorecidas por el contrario se articulaban alrededor de pequeños grupos cuya cohesión a medida que pasaba el tiempo se iba fortaleciendo, entre otras cosas, a través de las crecientes y cada vez más enconadas disputas entre los diferentes grupos de interés, sobre todo entre aquellos que habitaban las dos islas con mayores cuotas de poder, Gran Canaria y Tenerife. De esta forma las pequeñas élites dominantes no encontraron en las islas durante un muy prolongado período de tiempo sectores de población mínimamente cohesionados y estructurados como para poder erigirse ya sea en una alternativa factible o en interlocutores válidos que pudieran alterar o desafiar tanto el diálogo entre élites, como los hábitos que poco a poco se iban afianzando entre aquellas.

Esta dinámica tendrá lugar en todas las islas, pero como ya se ha declarado, en las islas centrales (Tenerife y Gran Canaria) alcanzará una mayor dimensión pues el poder Real y el religioso de la mano de aquel, acabarán concentrándose en las dos islas centrales, convirtiéndose así en los principales polos de poder y autoridad muy por encima del resto de ínsulas del archipiélago. Junto a las figuras bien favorecidas tras la conquista y posterior reparto, y la progresiva acumulación de tierras y privilegios que comenzaba a perfilar un grupo reducido de familias al frente de las élites sociales y políticas en las islas de Tenerife y Gran Canaria, se debe añadir una importante camarilla de burócratas del reino que se irán poco a poco asentando en compañía de los mandos religiosos más importantes, a los que en última instancia se les deben añadir comerciantes foráneos, que según el grado de éxito en los negocios, también irán incorporándose a aquella clase privilegiada de las dos islas mayores realengas.

De esta forma la historia de la nueva sociedad canaria, consagrada tras la conquista y las primeras décadas de colonización, presenta una línea de crecimiento constante y uniforme. Ello se reflejaba en un crecimiento constante y uniforme del poder en manos

de unas pequeñas élites económicas y sociales asentadas en las dos islas centrales ligado a un crecimiento constante de los factores desestabilizadores que afectaban a la mayor parte de la población isleña.

Es en este escenario donde se irá erigiendo de la nada una estructura política e institucional para las islas en particular y para el propio archipiélago en general. Poco a poco se irán montando los diversos andamiajes institucionales que acabarían en la conformación de una estructura orgánica para el archipiélago. A la sombra de esta pausada construcción ejecutada durante siglos, acompañada como cualquier otra de parones, defectos a corregir, nuevas adiciones, alteraciones imprevisibles… siempre estarán unas clases dominantes muy reducidas, concentradas en las islas de Tenerife y Gran Canaria. El resto de la nueva sociedad isleña, inmersa en una economía de subsistencia y en una desestructuración crónica, tuvo el papel de «convidado de piedra» en todo aquel proceso de edificación.

Como principal consecuencia que se deriva del dibujo anteriormente trazado, primero que nada, se debe reincidir en la aparición de una sociedad ampliamente deslavazada, condenada a un ostracismo de la vida política e institucional pública. La cuestión además se complicaba ya que no sólo eran las sociedades que constituían cada una de las islas las que se encontraban desestructuradas, también en determinados contingentes de gran importancia para las nuevas sociedades, se presentaban retos aún mayores; piénsese en el contingente indígena inmerso en el gigantesco desafío de adaptarse a una nueva civilización o piénsese también en los colonos provenientes de la península ibérica o de las islas portuguesas, que llegan a un nuevo territorio absolutamente desconocido para ellos con el fin de comenzar una nueva vida. En este escenario, por el que debían pasar de entrada aquellos sectores tan amplios de la sociedad, es normal que aparezca la amenaza tangible de la desestructuración. Igualmente parece razonable que los grupos de poder que comenzaban a florecer en las islas al amparo de la explotación económica de las mismas, dentro de un proceso de construcción erigido sobre unas islas que constituían un solar desierto carente incluso de cimientos, se disputasen entre si las cuotas de poder por asignar y que incluso llegaran a dar prioridad y concentraran sus mayores esfuerzos en aquella pugna antes que en otras vicisitudes de orden social, político o administrativo.

La edificación de aquella estructura política sobre la cual se articularían elementos tan importantes como el social o económico, seguía su lento proceder caracterizada por las rifas de cuotas de poder entre pequeñas élites, por el imperio de una perspectiva económica y por una significativa desestructuración dentro del grupo de los desfavorecidos que constituía el grueso de la población isleña. Aquella construcción se dirigía y planificaba desde Madrid mientras que los encargados de llevarla a la práctica eran los grupos de poder presentes en Tenerife y Gran Canaria. La forma de erigirse aquel sistema consistía propiamente en un reparto de asignaciones, privilegios y sobre todo instituciones entre las dos islas realengas mayores. Reparto que se efectuará a través de un proceso dilatado en el tiempo y en donde poco a poco y a medida que pasaban las centurias unas veces unos grupos comenzaron a verse como vencedores de aquella repartición mientras que otras, los mimos grupos se sentían frustrados y agraviados. Estos vencedores y vencidos eran las clases privilegiadas de Gran Canaria y Tenerife que, favorecidas por aquellos repartos y asignaciones, levantaban el recelo entre sus oponentes que experimentaban situaciones de ansiedad por la no obtención de tal cuota de poder.

Paralelamente la consolidación de aquellos sectores privilegiados fortalecía la concepción material y económica de las islas, comportando una movilización absoluta de todos los recursos disponibles en las islas y poniéndolos al servicio del enriquecimiento de aquellos grupos de poder. En definitiva, la hegemonía de aquellas pequeñas élites en cada uno de los ámbitos de poder del archipiélago, prácticamente «por incomparecencia del rival», fue fraguando seis tendencias muy marcadas que acabarían constituyendo un legado infranqueable para el devenir del archipiélago, condicionando una futura cultura política del mismo para el momento histórico en que éste finalmente adoptara la forma de un cuerpo político determinado: -**1)** Asentó las bases y fundamentos sobre los cuales se desarrollaría el futuro *pleito insular* como forma de concebir las relaciones entre las dos islas más poderosas del archipiélago, trasladándose a posteriori aquella pugna durante todo el proceso de articulación del archipiélago como una unidad política -**2)** Fue desdibujando y minando el potencial dinamismo social y político así como el talante emprendedor y activista de las élites y elementos burgueses (prácticamente indisolubles los unos de los otros) que poco a poco se fueron acomodando en una zona de confort moldeada de acuerdo a unas no cuestionadas dinámicas de poder entretejidas entre las propias élites isleñas y entre éstas

y poderes exógenos -.**3)** Se fue consolidando la isla como único espacio reservado para la movilización política efectiva, consideración que poco a poco fue trascendiendo a las propias élites para radicarse en la conciencia de la mayor parte de la población del archipiélago -.**4)** A raíz de la prolongada preeminencia de aquellas élites y grupos de poder en el contexto de un enfrentamiento continuo que diferenciaba con claridad a unos de otros, se hará muy complicado encontrarse una estructura de clases que junto a sus dinámicas (por ejemplo, posible irrupción de nuevas élites o grupos de poder) no opere circunscrita exclusivamente al ámbito de una isla determinada -.**5)** Se acentuaban los procesos de subdesarrollo e inconexión entre la mayor parte de la población isleña atrapada en un bucle conformado por ingredientes básicos como la subsistencia, el aislamiento, la vulnerabilidad, el analfabetismo y la emigración -.**6)** La superposición del debate económico como único debate legítimo. El imperio de la perspectiva económica; con lo que quedaban sometidas a tal primacía el resto de las realidades que pudieran acontecer en las islas.

Para Luis León la mayor prueba de que la articulación de las islas como un todo ha sido tradicionalmente endeble vendría a estar representada por el *pleito insular* entre las islas de Tenerife y Gran Canaria, enfrascadas en una lucha incesante por conseguir la hegemonía en Canarias (2018, p. 347).

2.3 LA RECPECIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA EN LAS ISLAS CANARIAS

Como ya se ha señalado, la identidad nacional española surge a principios del siglo XIX, cristalizándose en dos momentos claves como fueron la guerra de independencia contra los franceses y la promulgación de la Constitución de 1812 emanada de las Cortes de Cádiz. Este supone el contexto idóneo y decisivo para la conformación de la identidad nacional española, pero a su vez la ventana abierta por aquel contexto acabará extrapolándose más allá de la península de tal forma que se desencadenarán procesos semejantes en las tierras americanas colonizadas por los españoles. Así, la ocupación napoleónica de la España peninsular y el consiguiente vacío de poder que conllevó en aquellos territorios distantes de la península, supondrá uno de los elementos imprescindibles que explican las revoluciones nacionales que comenzaban a fraguarse en los dominios americanos (Andrein 2009, p. 70).

Bajo un contexto muy similar, en las islas Canarias no se observa la más mínima señal que dejara entrever la irrupción de una identidad nacional *endémica* a abrazar por gran parte de la población isleña. El importante vacío de poder y consecuente crisis de autoridad experimentados también en las islas tras la ocupación napoleónica de la península, pronto reflejará de una forma más cruda si cabe las dinámicas sociales y políticas que arrastraba el archipiélago canario desde la conformación de la nueva sociedad durante las primeras décadas del siglo XVI. Las luchas de poder que hasta entonces se habían venido cocinando a fuego lento entre las élites de las dos islas realengas mayores, en este escenario de crisis y desconcierto, finalmente explotan de una forma abierta, evidenciándose la supremacía absoluta de aquel conflicto en la realidad política de las islas así como una incapacidad de la sociedad canaria en general, no sólo para superarlo, sino también para señalar otras problemáticas que pudieran estar sufriendo sectores mucho más amplios de la población.

A partir de entonces las rivalidades regionales quedan del todo patentes[21] y se visualizarán en su forma más nítida con la crisis de la *Junta Suprema de Canarias*, desencadenándose una encarnizada disputa entre la *Junta Suprema* constituida en Tenerife y el *Cabildo Permanente* de Gran Canaria. Este episodio, para muchos autores constituye el germen del futuro *pleito insular*, mientras que para este trabajo, más que el germen, constituiría un punto de inflexión dentro de las dinámicas propias de las élites isleñas. De esta forma, el proceso de construcción y articulación política-institucional de Canarias que hasta entonces se había llevado a cabo a través del reparto que desde la España peninsular se hacía de las distintas cuotas de poder, ahora de una forma visible y descarnada, al quedar el conflicto insular al desnudo y habiendo alcanzado las distintas élites isleñas cierta madurez, no sólo quedará afianzado, sino que ahora las élites de poder isleñas intentarán intervenir directamente en aquel reparto y para ello poder influir de forma activa cuando se llevaran a efecto importantes asignaciones de poder desde la península. La crisis de la Junta Suprema de Canarias marca la aparición por fin de una actitud proactiva y deliberada desde sectores ya arraigados en las islas, los cuales operarían sin distracciones ni competencias ante una mayoría de la población desestructurada e inmersa en una realidad absorbente de la que era difícil escapar.

La enorme rivalidad y desconfianza entre los grupos de poder de Tenerife y Gran Canaria había quedado al descubierto. Así, de la crisis de la Junta Suprema de Canarias se desprende la consolidación del *pleito insular* como motor político y social que condicionará desde entonces el devenir de las islas. También aquella crisis dejará otra importante consecuencia que, si bien ya podía presumirse entre las élites y otros sectores del archipiélago, ahora ante el escenario de vacío de poder y crisis de legitimidad dibujado por la ocupación francesa, resultaba aún más evidente. Nos referimos a la generalizada asunción de una dependencia del exterior por parte de las islas, hecho considerado como indiscutible y arropado principalmente desde las élites isleñas. Esta dependencia se cristalizaba en la imperiosa necesidad de que las islas estuvieran ligadas de alguna forma con algún poder continental como así se desprende de la documentación emanada de los debates vividos en el seno de la Junta Suprema de

[21] Para entender la gravedad de aquella confrontación se recurre al estudio del historiador Agustín Millares Cantero, el cual enumera hasta cuatro casos en los que el conflicto político estuvo a punto de desbordarse y acabar en ataques armados entre las dos islas. El historiador sitúa estos tensos episodios en septiembre y octubre de 1808, en noviembre de 1840, en julio de 1843 y en agosto de 1854 (Millares 2011, p. 136)

Canarias[22]. De esta determinación, compartida sin fisuras por la totalidad de grupos de poder en el archipiélago en los momentos de la Junta Suprema, se derivaban implícitamente importantes consecuencias en relación a la soberanía de las islas, pues en todos los posibles escenarios planteados durante las sesiones por aquellos grupos de poder como fórmulas de superar la crisis, se llegaba a un mismo punto coincidente en el que la soberanía absoluta del archipiélago quedaba condicionada por una necesidad de cultivar vínculos estrechos con alguna potencia continental como elemento innegociable para la futura viabilidad del archipiélago (Hernández González 2005, p. 14)

De esta forma, mientras que en la España ibérica irrumpía con fuerza una identidad nacional que proporcionaría los cimientos imprescindibles para lo que sería el actual Estado nación español, en Canarias aquel punto de inflexión había traído consigo una consagración de la lucha de poderes entre las élites grancanarias y tinerfeñas junto con el convencimiento generalizado de la necesidad de estar ligados a un poder continental como única fórmula eficaz de salvaguardar los intereses de aquellos mismos grupos de poder[23].

Bajo el esquema teórico de la profesora Greenfeld, el punto de inflexión representado por la crisis de la Junta Suprema de Canarias arroja hechos definitivos que irían en contra de la definición de nación y nacionalismo propuesta por aquella autora. El hecho más notorio a todas luces vendría a estar representado por la existencia de una brecha insalvable dentro del único grupo cohesionable y dotado de cierta conciencia colectiva del archipiélago. Este estrato, constituido por las élites económicas y grupos de poder, evidenciaba en esta crisis un profundo enfrentamiento abierto difícil de reconciliar. El segundo hecho que alejaría a Canarias durante la ocupación Napoleónica de la teoría de

[22] A este respecto Manuel González en su obra *La Junta Suprema. Canarias y la Emancipación Americana*, desvela informes y correspondencias de uno de los miembros más importantes de la Junta canaria, el Marqués del Sauzal, en donde se estudiaban una gran variedad de opciones para el futuro político de las islas ante la incertidumbre de los acontecimientos que se estaban viviendo en la península. Entre aquellos escenarios analizados aparece la integración en Estados Unidos o Brasil o incluso la opción de la independencia bajo un protectorado británico.

[23] De hecho, de cara al exterior tan sólo existirá unanimidad entre las élites y grupos de poder isleños en relación a este punto. Tal y como razona Hechter en su obra *Containing Nationalism* al respecto de estados pequeños y por tanto perfectamente extrapolable a los archipiélagos atlánticos aquí estudiados: "…. Incorporation in a large, economically dynamic state can convey important economic and political benefits to peripherals nationalities. Large markets are generally more efficient than small ones…. Large size can also convey major political advantages to a state. Consider defense, which is high on the list of any government's obligations…. In a world of Trident submarines, however, an adequate defense lies beyond the capacity of small states…." (2000, p. 116)

Greenfeld, lo constituiría asimismo la no necesidad por parte de aquellas élites de elevar al resto de la población isleña a la cualidad de élite política, ya que ello bajo aquel contexto no produciría ningún beneficio para aquellas élites ni resolvería una situación de anomia que les afectara. Al contrario, la situación de desestructuración y ausencia de armonía que caracterizaba aquella población excluida de las élites, en última instancia consolidaban aún más el poder y autoridad de aquellas clases dominantes que se alimentaban sobre todo de unas relaciones comerciales apoyadas en el exterior. Es por ello que los debates suscitados en la Junta Suprema tuvieron mucho más en cuenta a las potencias exteriores que a los propios conciudadanos.

Con el triunfo final de los españoles y posterior expulsión de las tropas francesas se resolvía el debate que giraba en torno a la relación de soberanía entre la península y Canarias, quedando la población canaria destinada a abrazar la identidad nacional española recién surgida. Mientras tanto, al seguir experimentándose en Canarias un proceso de construcción política e institucional que no sólo no estaba culminado sino que a raíz del advenimiento de la era nacional, habría de recibir mayores impulsos a la vez que abordarse importantes reformas de lo hasta ahora asentado, la dinámica de confrontación entre las élites de las islas más poderosas se acentuaría aún más si cabe, dominando el discurso público y no tan público de los isleños integrados ya en la recién constituida nación española.

Esta lucha encarnizada era protagonizada por una minoría, pues la mayor parte de la población del archipiélago quedaba al margen de aquellas problemáticas (al menos en los inicios del siglo XIX) al situarse éstas últimas muy lejos de una realidad tiránica plena de dificultades con las que se debía lidiar continuamente: analfabetismo, olas migratorias, hambrunas, crisis de los monocultivos, aislamiento…. Por lo tanto, se debe tener en cuenta que estas disputas de poder se llevaban a cabo por grupos muy reducidos sin un apoyo social importante. Ante esta carencia de respaldo y músculo social que pudiera aguantar o legitimar sus aspiraciones ante las máximas autoridades de la península, se fue desarrollando entre aquellas élites de Tenerife y Gran Canaria un modo de proceder para la consecución de aquellas cuotas de poder mucho más próximo a actitudes contemporizadoras que a técnicas asociadas con la negociación, reivindicación o emprendimiento.

De entrada, no cabe duda que la mejor medida con la que se podía contar para la obtención de un poder o privilegio en detrimento de la otra parte, era mediante el instrumento de la influencia directa en el poder central, y dado que las islas canarias representaban una mínima porción de territorio dentro de la nueva nación española que todavía en el siglo XIX mantenía importantes posesiones de ultramar, es lógico pensar que la capacidad de influencia de aquellas élites de Gran Canaria y Tenerife sobre los más altos estamentos de la nación era irrisoria. No existía una pujanza real y de suficiente peso capaz de ejercer tal influencia, por ello bajo este contexto los grupos de poder insulares se ven abocados a desplegar la fórmula de los *personalismos* o *conseguidores* como herramienta trascendental para el desarrollo de aquellas élites contrapuestas y en última instancia para el propio desarrollo de las islas cuyos intereses representaban.

Posiblemente la figura del conseguidor, descrito como el posicionamiento estratégico dentro de los más exclusivos círculos decisorios de la nación española de figuras proactivas que actuaban como representantes de las élites isleñas enfrentadas, ha significado uno de los *modus operandi* más importantes de la historia política de Canarias. El conseguidor quizás constituye la herramienta más eficaz para el acceso directo a cuotas de poder en detrimento del competidor y de paso uno de los mecanismos más obvios que han perpetuado el pleito insular durante siglos. La fórmula del personalismo o conseguidor arroja nombres de importantes figuras como las del arzobispo Cristóbal Bencomo (Millares 2011, p. 133) y el diputado Feliciano Pérez Zamora (Millares 2011, p. 142) en Tenerife, alcanzando su punto álgido con la figura de Fernando León y Castillo en Gran Canaria y toda su labor en pro de aquella isla emprendida durante el último cuarto del siglo XIX.

Esta lucha de poder entre las dos élites isleñas, aparte de servirse de la herramienta de los personalismos, de forma paralela fue implantando otra dinámica decisiva que igualmente acabaría repercutiendo en el posterior desarrollo de la política e institucionalismo canario. Se trata de otro importante matiz que ha ceñido el *pleito insular* a un esquema de códigos cerrados que ha subsistido hasta nuestros días. Se presenta entonces una dinámica que quedaba circunscrita exclusivamente al escenario canario que ahora se abría. Este nuevo escenario, particular de las islas, podría decirse que surge tras la fallida experiencia de la Junta Suprema de Canarias, y es fruto de la

nueva era nacional reflejada en las Cortes de Cádiz, dirigiéndose ahora todos los focos y atención a la disputa sobre cuál debía ser la ciudad con el rango de capital de la Provincia de Canarias constituida en el año 1833. De esta disputa se desprendía por primera vez en la historia de las islas una confirmación tangible del potencial carácter de aquellas como ente o unidad política a la cual de forma natural le correspondería un gobierno o al menos una organización propia y singular. Así para algunos autores la Junta Suprema de Canarias había significado la primera experiencia de autogobierno del archipiélago y, por tanto, la primera experiencia de una articulación política y orgánica que englobaba al conjunto de las islas, y que a su vez de forma tácita apuntaba a una tendencia inevitable en el devenir de Canarias.

Mientras que en el escenario peninsular el personalismo o figura del conseguidor seguía constituyendo la principal forma de construir política y orgánicamente las islas, ahora con la apertura del nuevo escenario canario se presentaba una dinámica alternativa. Esta dinámica es de gran importancia para el contenido de esta tesis pues acabará difuminándose con elementos teóricos desarrollados de forma innovadora por este propio trabajo. De esta manera, el recién conformado escenario canario nos muestra un nuevo tablero donde inevitablemente se reubican las luchas por la hegemonía isleña desde unas posiciones de salida muy marcadas; por un lado los elementos burgueses de Tenerife se muestran en una continua búsqueda de apoyos dentro del propio archipiélago, reuniendo fuerzas y aliados para desnivelar aquellas pujas de poder con Gran Canaria desde el propio ámbito archipelágico, mientras que desde las élites grancanarias todos los esfuerzos encaminados a obtener esa pujanza se siguen centrando en la vía exterior, focalizándose ahora en la vía peninsular y con ello recurriendo a las instituciones centrales de Madrid como elemento desestabilizador que pudiera inclinar el equilibrio de poderes en su favor.

Estas posiciones tan marcadas, acabarían convirtiéndose en una práctica casi interiorizada extendida hasta nuestros días. Las élites tinerfeñas miran hacia el archipiélago con el fin de obtener ventajas, conseguir la supremacía y en definitiva amasar un mayor poder con respecto a Gran Canaria, mientras que, desde esta isla, las élites recurren principalmente al poder central con tal de contener aquella pujanza de la burguesía tinerfeña. El episodio de la Junta Suprema de Canarias refleja de forma prematura aquella futura tendencia, al reconocer todas las islas la legitimidad de la

misma (erigida en Tenerife) con la excepción de Gran Canaria que únicamente reconoció la legitimidad de su Cabildo Permanente. Requeriría un estudio más a fondo, pero posiblemente el contexto geopolítico e institucional interno del archipiélago, en donde desde hacía tiempo la capital del *facto* como sede ininterrumpida de la Capitanía General de Canarias desde 1723 se situaba en la isla de Tenerife, acabó definiendo las *posiciones de salida* en las que se situarían las élites isleñas una vez la nueva coyuntura sociopolítica arribada desde la península consumó la aparición del nuevo escenario canario.

Responde este nuevo escenario y la dinámica en él desarrollada a la irrupción del nacionalismo y nación española, así como a su posterior consolidación. El nuevo sistema cultural, con su inherente carga transformadora de la realidad en términos de igualdad y soberanía, al emanar ahora ésta última de cada uno de los miembros de la nación igualados en función de su condición de nacionales, precipitó un nuevo escenario en el archipiélago inexistente hasta entonces, un nuevo escenario en el que acabarían reproduciéndose las eternas luchas de poder entre Tenerife y Gran Canaria. A la fórmula de los personalismos se le unió, a medida que evolucionaba la recién constituida nación española, un mayor acercamiento de las élites tinerfeñas a posiciones que promulgaban un autogobierno[24] para Canarias como estrategia para la consecución de un mayor poder a la vez, que una cada vez mayor identificación de la burguesía de Gran Canaria con un centralismo acérrimo a la hora de articularse la estructura nacional española con el fin de hacer palanca y conseguir mayores cuotas de poder.

Esta filiación entre las élites grancanarias a una concepción centralista del Estado, en el fondo respondía primeramente a un rechazo sobre cualquier tipo de descentralización que en última instancia conllevaría reforzar la posición ya de por si dominante en el archipiélago de Tenerife y su capital Santa Cruz. Se trataba pues de una postura puramente estratégica a la que los representantes de Gran Canaria se vieron obligados a recurrir en función de las posiciones de salida asignadas y consolidadas al momento de abrirse el escenario canario. En este contexto se explica entre otras cosas la oposición

[24] A modo de ejemplo representativo, cabe mencionar la figura del político conservador de Tenerife Andrés de Arroyo, el cual tuvo un gran protagonismo en Canarias y a nivel estatal como parlamentario durante las primeras décadas del siglo XX y que se significó como una de las piezas claves dentro de las disputas insulares. Junto a sus fuertes convicciones conservadoras siempre defendió un regionalismo y el carácter particular de Canarias dentro del Estado Español y que por tanto merecía un trato diferenciado (Heredero 2006, p. 113)

frontal de León y Castillo al proyecto de Constitución Federal de 1873 o la reivindicación divisionista del archipiélago efectuada por una figura vinculada al republicanismo federal como Luis Morote que, tal y como sostiene Pérez Garzón (1978, p. 246), pasaba por delante de la cuestión de la autonomía para todo el archipiélago que quedaba aplazada *sine die* por el político valenciano.

Desde que la tendencia natural de los nuevos tiempos apuntaba hacia un autogobierno de las islas Canarias y paralelamente el cariz de la identidad nacional española que acabó por imponerse históricamente ha venido de forma consistente promocionando un centralismo frente a procesos de descentralización, ambas élites han podido encajar y adaptar su propio enfrentamiento dentro de aquel nuevo escenario sin que pueda adivinarse un claro vencedor. A resultas se reforzó la dinámica de choque y confrontación como motor de la política, economía e institucionalismo de las islas. Las disputas y competencias entre las élites de las dos grandes islas realengas ahora quedaban camufladas bajo un proceso político que afectará a la mayor parte de territorios o regiones periféricas de la recién constituida nación española, sobre todo, este proceso se acentuaría a raíz de la irrupción de identidades nacionales que comenzaron a hacer una seria competencia a la identidad nacional española, como fueron los casos de la vasca y la catalana. De esta forma mientras que amplios sectores de la sociedad isleña sí que podrían sentirse obligados, vinculados y comprometidos con alguna de las dos tendencias, las élites y grupos de poder de las dos islas realengas mayores, cuando fue posible y las dos vías quedaron definitivamente ya del todo abiertas tras la caída de la dictadura franquista, se apresuraron en ocupar aquellos espacios políticos[25]. Las élites insulares adaptaron sus intereses percibidos en continua amenaza, a un contexto mucho más amplio que desbordaba de forma abrumadora aquellas disputas insulares pues en él se ponían en liza visiones contrapuestas a la hora de articular territorialmente el recién inaugurado Estado democrático español.

[25] Así, siguiendo a Báez García (2018), que sitúa a la UCD como el partido de la transición en Canarias, se puede observar cómo tras el desmembramiento de aquella formación los antiguos *ucedistas* de la provincia occidental, principalmente, continuaron en la vida política isleña creando agrupaciones independientes como ATI (Tenerife), API (La Palma) o AGI (Gomera). Mientras, los afiliados de la provincia de Las Palmas mayoritariamente permanecieron junto a Adolfo Suárez en el CDS. Finalmente, tras las elecciones municipales de 1983 las agrupaciones independientes se unieron bajo el liderazgo de ATI que pasa a adoptar la voluntad de construir una opción política regional «por Canarias, desde Tenerife, en una España en progreso» (Báez García 2018, p. 398)

2.4 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN LAS CANARIAS U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO

a. La no cristalización de una identidad nacional canaria en la mayoría de la población isleña a lo largo de la historia.

En el ámbito de las islas Canarias nunca se ha dado una reivindicación nacional de importante calado que fuese respaldada por una mayoría de la población del archipiélago. Sí que se puede hablar de manifestaciones nacionalistas de cierto impacto en el archipiélago o en comunidades canarias instaladas en Latinoamérica, pero en todo caso estas manifestaciones deben tratarse como fenómenos aislados y en general con una muy escasa influencia a la hora de moldear tanto la conciencia como la identidad política de la población en las islas.

De esta forma se debe subrayar que, al no haberse consolidado una identidad nacional canaria, es la propia identidad nacional española la que se ha constituido como única herramienta al alcance de los canarios con el fin de subsistir y entenderse éstos como parte de una comunidad con sentido y destino común, una vez consolidada a nivel global la nueva era nacional. La identidad nacional española ha significado hasta la fecha el principal medio a través del cual los habitantes de Canarias han interpretado el nuevo mundo surgido tras la consolidación del nacionalismo. Haciendo uso de una metáfora, aquella identidad constituye las gafas a través de las cuales la mayor parte de la población canaria ha podido observar la nueva realidad nacional. Si la identidad nacional española ha sido aceptada con ciertas interpretaciones y matices propios derivados de las realidades singulares presentes en Canarias, es una cosa que a priori parece lógica y a la cual se intentará dar respuesta en el presente apartado.

En todo caso sólo aquella minoría, compuesta por individuos o colectivos que abrazaron una verdadera identidad nacional canaria, ha constituido una alternativa real a la identidad nacional española imperante. Identidad nacional española que en última instancia e interpretando las palabras de Ortega y Gasset (1922, p. 33) constituiría un

sucedáneo de la originaria identidad castellana[26], factor que debe tenerse muy presente y que ayudará a comprender algún fenómeno expuesto en este apartado relativo a Canarias.

Junto a esta minoría en Canarias como en el resto del Estado, la gran amenaza a la identidad nacional española clásica estuvo representada por el pensamiento de izquierdas, que como ya se ha señalado, desde hacía tiempo venía predicando una regeneración de aquella identidad nacional a través de una radicalización democrática y de otros enunciados clásicos vinculados con los movimientos de izquierda como podría ser el federalista. En Canarias esta corriente tuvo figuras notables de alcance incluso estatal, como fueron Nicolás Estévanez, en el contexto de la Primera República, o Juan Negrín en el de la Segunda.

b. Las diversas manifestaciones de un nacionalismo canario.

Las primeras manifestaciones de un nacionalismo canario tendrán lugar a principios del siglo XX generando un escaso impacto en el archipiélago. En general todas las manifestaciones nacionalistas acaecidas desde entonces nunca gozarán de un importante apoyo popular que pudiera sacarlas del ostracismo social e institucional en el que se encontraban. En este estudio se tratarán brevemente dos momentos históricos de aquel siglo donde el nacionalismo canario, si bien no disfrutó de aquel apoyo de masas, sí que contó con elementos lo suficientemente activos como para obtener cierta relevancia y notoriedad dentro y fuera de las islas.

---

[26] Así, Ortega y Gasset en su obra *España Invertebrada* sentenciaba: "…. Para mí esto no ofrece duda: cuando una sociedad se consume víctima del particularismo, puede afirmarse que el primero en mostrarse particularista fue precisamente el Poder Central. Y esto es lo que ha pasado en España. Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho…"

Por su parte, Anthony D. Smith, en su influyente obra *The Ethnic Origins of the Nations*, señala a la *ethnie* castellana como la protagonista en el proceso de transformación de un Estado étnico a un Estado nacional y la consiguiente expansión territorial que conllevó. La *ethnie* castellana, debido a su histórica predominancia y al domino político-cultural, en gran medida ha dictado las formas y contenido de las instituciones sociales y de la vida política de toda la población dentro de los límites del territorio estatal. También matiza el autor que ello lo hizo sin destruir las tradiciones y mitos de las minorías étnicas incorporadas (Smith 1986, p. 139)

De entrada, se deben destacar dos características fundamentales presentes en cada uno de los momentos a estudio que en parte delatan las particularidades de aquel fenómeno nacionalista y de paso consolidan parte de lo hasta ahora expuesto por el actual apartado.

- En ambos momentos históricos, las manifestaciones nacionalistas encuentran su germen en movimientos ideológicos estrechamente ligados a una izquierda radical y libertaria.

- Las expresiones nacionalistas se desarrollarán fuera de los ámbitos de las élites económicas y de poder, así como de los elementos burgueses. De una forma invariable permanecerán alejadas de aquellos centros de poder hasta nuestros días.

El primer punto hace referencia a unos movimientos iniciados en su origen con una base ideológica comprometida con los postulados de la izquierda radical y libertaria y que finalmente, tras un proceso de «digestión» determinados componentes desembocarían en la promulgación y defensa de una nación canaria como principal fuente doctrinaria de inspiración y de actuación. Sucedió con la figura de Secundino Delgado (Hernández 2008, p. 22), sucedió también con el movimiento *Canarias Libre* impregnado de la influencia ideológica del Partido Comunista (Garí 1992, p. 94) y finalmente con la gran mayoría de manifestaciones nacionalistas que tuvieron lugar durante el fin de la dictadura franquista y comienzo de la *transición española* como fue el caso de *Unión del Pueblo Canario*.

Este patrón, a primera vista, denotaba una clamorosa ausencia de cimientos necesarios para que de una forma espontánea y natural pudiera consolidarse un movimiento nacional sólido en las islas. Se recurría pues al «atajo» de las ideologías de extrema izquierda para supuestamente llegar a un punto, el de una identidad nacional con un apoyo social suficiente, que exigía una considerable transversalidad de la población canaria imposible de conseguir, primero, por la propia radicalidad y estancamiento del que se partía y en segundo lugar, porque la mayor parte de la potencial población canaria que pudiera abrazar postulados de izquierda se encontraba muy concentrada en los dos grandes núcleos urbanos del archipiélago ubicados en Tenerife y Gran Canaria. Al margen de esa clase obrera urbana, el grueso de la población seguía estando

fuertemente desestructurada y para la gran mayoría entablar semejante compromiso ideológico de entrada solía quedar muy lejos de su bagaje formativo e intelectual o simplemente no se contemplaba como una opción capaz de transformar la realidad cotidiana que padecían (opciones como la emigración seguían presentándose como más factibles y asumibles).

Todas las manifestaciones nacionalistas que ponen en el centro a la nación canaria bebieron en sus orígenes de movimientos de izquierdas radicales y libertarios, con lo que se plantea una exaltación y compromiso con la nación canaria a través de un proceso desnaturalizado. Movimientos libertarios que, por ejemplo, defendían la independencia del archipiélago en base a su lucha y compromiso en contra de la colonización y por ello su reivindicación respondía más a una supuesta moralidad progresista aceptada ya en el orden internacional tras el Congreso de Berlín, que a una iniciativa propia respaldada por amplios sectores que llegaran por sí mismos a una conclusión racional de que la mejor forma de gobernarse las islas era mediante la adopción de la plena soberanía. En las islas no se daba el *caldo de cultivo* apropiado que se materializara en una semilla capaz de engendrar una identidad nacional propia. En todas las ocasiones se llega a la respuesta nacionalista a través de movimientos radicales de izquierda que una vez puestos en contexto con la realidad canaria avisaban de las graves injusticias padecidas por las islas. Detrás de aquella ausencia de un caldo de cultivo podrían apuntarse alguno de los factores ya tratados anteriormente: la concepción insular y no archipelágica de las islas en los orígenes de su articulación política, social, económica e institucional; la acomodación dentro de una espiral de luchas de poderes y disputas entre islas, como único medio de canalizar las frustraciones, ansiedades y aspiraciones de las élites y grupos de poder más importantes concentrados mayormente en las islas de Gran Canaria y Tenerife; así como la constante desestructuración de las clases más desfavorecidas.

El segundo punto concerniente al no involucramiento de las élites y burguesías isleñas en las manifestaciones nacionalistas, apunta a gran parte del contenido defendido por este estudio hasta ahora, materializado de una forma simplificada, en unas élites y elementos burgueses absolutamente absortos en una competencia interminable por alcanzar la supremacía dentro del archipiélago.

Tal y como Manuel de Paz sostiene:

> El nacionalismo canario no puede encontrar una respuesta favorable entre los elementos de la burguesía y clases dirigentes o dominantes de la sociedad isleña…porque, aquí lo que se cuestiona por todos los grupos dominantes, por la burguesía y, en definitiva, por el bloque de poder, no será nunca la vinculación con España, sino su grado de participación y de acaparación de cuotas de poder en el Archipiélago (1991, p. 124)

Las instituciones y el poder central de Madrid se habían convertido desde hacía tiempo en un elemento imprescindible dentro del engranaje que propiciaba las luchas de poder entre las islas realengas mayores, engranaje al que se habían adaptado y acomodado plácidamente las élites y clases burguesas isleñas que prácticamente basaban el sentido de su existencia en aquellas luchas de poder fratricidas. Los poderes e instituciones de la península nunca dejaron de ocupar una situación privilegiada, en primer lugar, como única fuente de recursos al alcance de los personalismos o conseguidores y después en su papel crucial a la hora de actuar como árbitro en el reparto de privilegios entre las dos islas. Se asignarían a Gran Canaria importantes cuotas a través de la estrecha vinculación de ésta con el poder central reflejada en posiciones de gran responsabilidad a nivel estatal ocupadas por personalidades de aquella isla. Posteriormente mediante la concesión de cuotas de autogobierno para las islas, sobre todo con el inicio de *la transición*, surge una fuente de poder de la cual se aprovecharía la burguesía tinerfeña.

Todo ello explica la imposibilidad que pudiera desarrollarse entre las clases acomodadas o burguesas de las islas una situación de frustración, ansiedad o anomia que pudieran ser la antesala, según la teoría de Greenfeld, del nacimiento de una identidad nacional. Además, para el caso que se experimentara alguna de estas sensaciones por algún grupo o estrato, tal y como estaba diseñado el engranaje que sostenía el *pleito insular*, aquellas automáticamente se procesaban a través de la dialéctica de las luchas de poder en las que se encontraban enfrascadas las dos islas, resultando ser inevitablemente la isla opositora la principal causante de todos los males. Bajo el esquema defendido por Greenfeld, en el que la chispa desencadenadora de una nueva identidad nacional normalmente reside en un estado de ansiedad o resentimiento

experimentado por determinados estratos de la sociedad o grupos de influencia, las islas Canarias a lo largo de su historia han tenido casi imposible alumbrar una chispa de semejante trascendencia. El esquema simplemente no encaja y nos encontramos como único candidato con una pequeña clase privilegiada al mando del archipiélago que además se encuentra dividida y enfrentada. Fruto de aquella división y enfrentamiento las frustraciones y resentimientos se acaban canalizando siempre contra el bando contrario, el cual reside dentro de un mismo espacio geográfico perfectamente acotado y del que bajo otras circunstancias podría emanar una hipotética identidad nacional como respuesta a aquella ansiedad o frustración. En cuanto al resto de estratos sociales de las islas que pudieran experimentar aquella sensación de ansiedad o resentimiento, nos encontramos con una gran mayoría de la población isleña, totalmente al margen de aquellas pequeñas clases privilegiadas, así como de sus disputas, que vive en un constante proceso de desestructuración que imposibilita de entrada el que puedan pensar o percibirse como un estrato, clase o grupo.

A continuación, el estudio se centrará en dos momentos históricos del pasado siglo XX en los que tuvieron lugar manifestaciones de un nacionalismo canario que, si bien obtuvieron una acogida minoritaria dentro de las islas, llegaron a disponer de un número nada desdeñable de elementos activos, así como fuertemente comprometidos con una identidad nacional canaria.

(1).- La primera manifestación importante de un nacionalismo canario se desarrollaría fuera de las islas y ello confirma lo limitado que era el escenario canario para que pudieran darse las condiciones necesarias que germinasen en una identidad nacional propia.

Las primeras expresiones de una identidad nacional canaria con cierta resonancia y consistencia surgen en territorio latinoamericano, en el seno de pequeñas asociaciones isleñas cuyos miembros, en la mayor parte de los casos, habían dejado Canarias en busca de mejores oportunidades. Como ya se ha expuesto, se observa en estas corrientes una importante influencia de la izquierda radical y libertaria. A estos elementos se añaden influjos de los movimientos revolucionarios e independentistas todavía latentes en aquella parte del planeta, destacando el caudal doctrinario que había inspirado los movimientos soberanistas en Cuba durante las décadas anteriores a su guerra por la

independencia, ya que aquella isla caribeña soportaba uno de los mayores contingentes de inmigrantes canarios. Estas primeras manifestaciones se personifican en la importante figura de Secundino Delgado (1867-1912), considerado para algunos como el padre del nacionalismo canario y que mantuvo durante gran parte de su accidentada vida un incansable activismo a favor de la causa nacional canaria desde varios ámbitos destacando tanto el intelectual como el de la política activa. Igualmente debe reseñarse en esta primera etapa la creación del *Partido Nacionalista Canario* en la Habana en el año 1924.

Esta primera expresión en la historia de una identidad nacional canaria ocurrida en las costas americanas podría dividirse a su vez en dos etapas. a) Una primera entre finales del siglo XIX y principios del XX, con la figura de Secundino Delgado como máximo protagonista. Esta primera expresión evolucionaría desde el independentismo canario propugnado abiertamente en la revista *El Guanche* publicada en Venezuela por Secundino, Guerra Zerpa y Brito Lorenzo, hasta la posterior reclamación de una autonomía en favor del archipiélago dentro de las estructuras del Estado español (Hernández 2014, p. 105; De Paz 1991). De esta forma Secundino Delgado a través del diario *Vacaguaré* llegó incluso a defender la autonomía de las islas como un instrumento útil que evitara el debilitamiento del españolismo en Canarias (Hernández 2014, p. 110). Las islas en su conjunto son consideradas una nación subyugada y como tal merecen una cierta soberanía, que no independencia, que las libere de la situación de colonización de la que han sido víctimas desde su integración en el Reino de Castilla.

Secundino Delgado puede enmarcase pues, dentro de un *autonomismo* de carácter minoritario que a principios del siglo XX reclamó la instauración de una autonomía a favor de las islas Canarias. De carácter residual y con una ausencia total de estructuración, este *autonomismo* se caracterizó por la marcada heterogeneidad que presentaban entre si sus proponentes, los cuales mayoritariamente difundían sus ideas a través de publicaciones y periódicos. Así, aparte de Secundino cabría citar a Pedro Pérez Díaz, Ricardo Ruiz Aguilar o Luis Felipe López Wangüemert, todos ellos defensores también de una autonomía para Canarias durante la primera década del siglo XX, aunque, a estos últimos sería más correcto situarlos dentro de la esfera de un nacionalismo español.

b) La segunda etapa, liderada por el *Partido Nacionalista Canario* fundado en Cuba, retomaba nuevamente la idea de la independencia del archipiélago (Garí 1992, p. 61). La trascendencia e influencia de estas primeras manifestaciones en la sociedad canaria fue mínima y ni siquiera las pretensiones autonomistas llegaron a cuajar de una forma generalizada en el seno de la clase política isleña.

(2).- La siguiente manifestación nacionalista de cierta relevancia tendrá lugar durante la dictadura franquista, iniciándose a finales de los años 50, y como importante novedad se desarrollará ahora en el seno de las islas. La máxima expresión de esta manifestación en sus orígenes recaerá en el movimiento *Canarias Libre*. Se puede estirar la vigencia temporal de esta segunda manifestación de un nacionalismo canario hasta los primeros años de la *transición española*, en donde comienza a consumirse poco a poco tras disfrutar de un efímero éxito. Así, si se trazara una línea cronológica que recogiera las diversas materializaciones de esta segunda etapa de cierta efervescencia nacionalista canaria, debieran mencionarse en el siguiente orden a Canarias Libres, la figura de Antonio Cubillo y el *MPAIAC* y la figura de Sagaseta y el partido político *Unión del Pueblo Canario*.

Nuevamente partiendo de doctrinas de extrema izquierda, en esta ocasión de células comunistas ya activas desde hacía un tiempo en las islas, se desemboca en movimientos nacionalistas de izquierda que ahora sí, de forma deliberada, propugnaban la independencia del pueblo canario. Dentro de las diversas manifestaciones que tendrán lugar durante esta etapa, se debe mencionar al grupo separatista *MPAIAC* el cual empleó ataques terroristas con el objetivo último de obtener la liberación de las islas. El nuevo contexto global surgido tras la Segunda Guerra Mundial, con fenómenos de gran relevancia como la descolonización, en parte arrojará a estos nuevos movimientos a defender un independentismo incondicional basándose para ello en una esencia étnica del pueblo canario nunca perdida, adquiriendo entonces el elemento indígena una relevancia política hasta ahora no dada por ningún sector de la sociedad isleña, ni tan siquiera en el ideario de Secundino Delgado y las primeras manifestaciones nacionalistas (Hernández 2014, p. 60).

La irrupción con fuerza del elemento indigenista dentro del nuevo cuerpo doctrinario que sostenía la identidad nacional canaria, sobre todo de la mano del líder

independentista Antonio Cubillo y posteriormente del MPAIAC, debiera interpretarse como una expresión concordante con las nuevas tendencias a nivel global que se habían impuesto tras las posguerras mundiales. Tales nuevas tendencias apuntaban al triunfo implícito de la fórmula del derecho a la autodeterminación de los pueblos, mediante la cual, se atribuía la propiedad de un territorio a aquellas comunidades que, sobre la base de su particularismo, evidenciaban una ocupación continua y prolongada en el tiempo del territorio en cuestión. Así, según Hernández Bravo de Laguna el MPAIAC sostenía la pervivencia del pueblo guanche entre los actuales canarios, adscribiéndose a una teoría de la integración y aculturación de ese pueblo (1992, p. 74).

Junto al elemento étnico estas nuevas manifestaciones reincidían en el carácter colonial del archipiélago como razones de peso que justificaban sus reclamaciones. Estas manifestaciones nacionalistas, al igual que las surgidas en la etapa anterior, no consiguieron su propósito de penetrar en amplios sectores de la sociedad canaria y todo ello a pesar de disponer de una mayor resonancia en las islas y también, por así decirlo, de navegar con el viento a favor al surgir en un contexto dictatorial de represión y coerción de libertades.

Sin embargo, varios factores apuntarían al estancamiento y posterior ostracismo de las expresiones nacionalistas desarrolladas durante la segunda parte del siglo XX. Dentro de los factores internos que debilitaron aquellas posiciones cabría destacar: el recurso a la violencia armada por algunos sectores; la exaltación continua del elemento indígena; la reclamación directa, sin pasar por etapa previa alguna, de la independencia del archipiélago como último fin a conseguir; y su único sustento en una radicalismo ideológico de izquierdas que imposibilitaba cualquier opción de transversalidad al no existir otras manifestaciones nacionalistas de peso fuera de aquel círculo doctrinal de tendencia excluyente.

En definitiva, pasar directamente *a la pantalla* del separatismo sin un previo «caldo de cultivo» que pudiera devenir en una potencial identidad nacional con suficiente respaldo social y todo ello en base a la supervivencia de una etnia que durante siglos había residido ininterrumpidamente en las islas, sumado a la explotación colonial a la que habían sido víctima los componentes de aquella etnia, todo ello resultaba en una

ecuación que condenaba a las expresiones nacionales surgidas en esta segunda etapa a un ostracismo.

Por una parte, el elemento indigenista introducido desde varios sectores nacionalistas a través de su exaltación desmesurada había desatado recelos entre gran parte de la población por su interpretación rediseñada, exagerada y excesiva carga maniquea. Con respecto a la justificación colonial, independientemente que los hechos alegados por los nacionalistas se ajustaran a las definiciones clásicas de la teoría colonialista, nuevamente se está en presencia de un discurso difícil de llegar a amplios sectores de la sociedad canaria. Más decisivo aún es su expresa referencia a una argumentación imposible de encontrar apoyo entre los sectores más poderosos y élites económicas tradicionales de las islas (como podrían ser las diversas piezas que articulaban el pleito insular), pues resultaba evidente que para el supuesto que se hubiera practicado una política colonial sistemática desde la península, que duda cabe que las élites isleñas habrían como mínimo actuado en calidad de cómplices o como brazos ejecutores de un colonialismo que por una parte les beneficiaba mientras que por otra explotaba y anulaba a sus conciudadanos.

Se volvía a perder la transversalidad como ya sucedía con el radicalismo ideológico y con ello la posibilidad de extender una idea sólida de nación entre amplios sectores de la sociedad canaria. Todo ello hizo, juntamente con el no menos importante error estratégico del recurso a las armas por parte del MPAIAC, que el nacionalismo canario y la posible germinación de una identidad nacional canaria en gran parte de la población quedara del todo desarbolada y desterrada tras la caída de la dictadura franquista y los primeros años de la transición democrática española. Destierro que se prolongaría hasta nuestros días en donde los movimientos o partidos que se comportan y actúan en función de un carácter nacional del archipiélago siguen ocupando espacios muy minoritarios entre la población isleña.

En la historia de Canarias no se ha producido hasta ahora la adopción de una identidad nacional canaria entre una mayoría de la población isleña. Por lo tanto, nunca ha habido, ni se ha estado cerca de un escenario canario en el que la población isleña estuviera polarizada entre los que desean una ruptura política con España y los que desean continuar con aquella relación de soberanía en el marco de un Estado plurinacional.

A pesar de ello el nacionalismo español ha mostrado gran interés y preocupación por el devenir del secesionismo que se dio en Canarias de una forma residual. Al contrario que el caso de Dinamarca con las Feroe, España nunca se ha mostrado condescendiente ni abierta ante un posible escenario de independencia de Canarias de España. Más bien en un sentido opuesto, la caracterización del nacionalismo español previamente mencionada juntamente con el contexto y fisionomía peculiar que presentan las islas Canarias le hacen actuar de manera especialmente hostil frente a planteamientos secesionistas que involucraran al archipiélago norteafricano o que no dejaran suficientemente clara su naturaleza española. Ello se ha materializado en algunas respuestas sobredimensionadas por parte de importantes instituciones españolas en contra de figuras representativas del independentismo canario que tenían un escaso o marginal eco político en el archipiélago si se atiende a variables objetivas como podrían ser los resultados electorales.

De esta forma, Secundino Delgado fue condenado injustamente a prisión pasando once meses en la *Cárcel Modelo* de Madrid. Posteriormente, cuando en 1905 es liberado de su indebido cautiverio recibirá una indemnización por parte del Gobierno de 12.500 pesetas (Hernández González 2014, p. 182). Otra figura significativa, Antonio Cubillo, fue víctima de un intento de asesinato en Argel por individuos pertenecientes al aparato policial español. A pesar de salir ileso sufrió importantes daños físicos que arrastraría el resto de su vida. Tras judicializarse el altercado ante los juzgados españoles, finalmente en octubre del 2003 la *Audiencia Nacional* dictaba una sentencia en la que daba la razón a Cubillo para percibir una indemnización de 150.203 €. El líder canario es la única víctima de terrorismo de estado reconocida en España (*La Vanguardia*, 2013)

2.5 LA INDEFINICIÓN POLÍTICA DE CANARIAS EN EL ESTATUTO DE AUTONOMÍA DE 1982

Las islas Canarias llegaron al decisivo momento histórico representado por la *transición* democrática española sin la consolidación de una identidad nacional propia. Como se ha mencionado, a pesar de algún destello electoral en los inicios de la *transición* protagonizado por la coalición UPC, las manifestaciones nacionalistas canarias poco a poco fueron agonizando hasta pronto desaparecer totalmente del mapa político de las islas. Otro importante factor ligado con el anterior, que define el paso de la sociedad canaria por la etapa de la *transición*, es la consolidación de la debilidad de la identidad nacional española en Canarias que comenzó a fraguarse durante los años de la dictadura Franquista.

El germen del fracaso en el asentamiento popular de la identidad nacional española para el caso de Canarias se localiza a lo largo del siglo XIX. En cuanto a los factores estructurales que apuntaban a aquella desafección, hay que reincidir en una mayoría de la población isleña desestructurada, inmersa en altas cuotas de analfabetismo y que a su vez se hallaba a miles de kilómetros de la península[27]. Por su parte las élites y grupos de poder, encargadas de actuar como puente y emisarios entre la península y el resto de la población de las islas, se encontraban enfrascadas en disputas infinitas a las que dedicaban gran parte de sus recursos. Por último, debe mencionarse el enfrentamiento y oposición constante que preside el mapa político español a lo largo del siglo XIX. Aquel enfrentamiento tiene como materialización más reconocible una fuerte escisión ideológica entre conservadores y liberales que a medida que vaya avanzando el siglo se traduciría en una identidad nacional española profundamente dividida (Muro y Quiroga 2005, p.15).

Ya en un plano más subjetivo, el hecho de que la identidad nacional española situara su legado imperial y el perfil de civilizador del ultramar como principales estandartes a la hora de competir en la carrera de dignidades desatada por la era nacional, también supondrá un importante factor de erosión de aquella identidad nacional en el seno de la

[27] "…Los bajos niveles educativos y de alfabetización generan un escenario de difusión de las nuevas ideas y de reflexión reducido a una minoría, conformada por los sectores burgueses, terratenientes, nobles o clericales. Los vehículos de comunicación son la prensa, la publicación de libros o las conferencias dictadas en las asociaciones y sociedades científicas o culturales, que tienen en esta franja social a sus únicos destinatarios…" (Galván González, Becerra Bolaños y Millares Cantero 2011, p. 155)

sociedad canaria. Ello se puede desprender de la emigración en masa hacia América vivida por la población canaria a mediados del siglo XIX. Una emigración que vino acompañada también de un fortalecimiento de los lazos afectivos con los territorios americanos allá donde se asentaron las colonias canarias más numerosas, territorios que en definitiva comenzaban a cuestionar con virulencia el estatus imperial de la nación española al igual que quedaba aún más patente la dualidad «España-Posesión Ultramarina», incluyéndose Canarias tradicionalmente de lado de los territorios americanos[28], entre otras cosas, por la propia acción de gobierno emanada de la península (Carballo, 2010, p. 99).

En la misma línea y ya en Canarias, el interés que empieza a suscitar el mundo indígena en la literatura de las islas durante el siglo XIX (Carballo 2010, p. 98) supone también un factor de gran peso. En medio de un clima de reivindicación de la cultura guanche, de exaltación de sus valores, así como de una gran producción de trabajos de investigación que trataban la problemática indígena (Galván González et al. 2011, p. 156 y 157; Garí 1992, p. 58), el talante imperial preconizado por el nacionalismo que venía de la península situaba a los canarios más como un producto de aquella historia gloriosa e ímpetu hegemónico que como parte de aquel, más como objetos que como sujetos. En cierto modo la dicotomía superada entre guanches y castellanos quedaba actualizada tres siglos después.

Finalmente, el Franquismo, y con él su exaltación de la naturaleza imperial y casi mística de la nación española, supondrá la consolidación del fracaso de la identidad nacional española como fenómeno de masas en las islas Canarias. Igualmente, el negacionismo institucional de las otras realidades nacionales de la península, instaurado durante la dictadura franquista, dejaba al descubierto la vieja premisa sostenida por Ortega (1922, p. 33) según la cual había sido el Poder Central el primero en mostrarse

[28] A modo de anécdota ilustrativa de tal afirmación, con la expansión del nacionalismo a través del Atlántico la idea nacional llegaría a la América colonial española a comienzos del siglo XIX. Según Eastwood (2006, p. 21) bajo este nuevo contexto, los criollos fueron explícitamente proclamados como miembros iguales de la nación española pero aun así seguían sufriendo una amplia discriminación por sus connacionales europeos. La distinción preexistente entre *peninsulares* y criollos fue remodelada en términos nacionales y pronto los criollos más radicales comenzarían a referirse a los españoles peninsulares como Godos (Eastwood 2006, p. 22). A este respecto, es llamativo observar cómo durante el siglo XX arraigó entre la sociedad canaria el termino de godo para referirse de una forma despectiva a españoles peninsulares.

particularista, de lo cual se derivaba que "…Castilla había hecho España y Castilla la había deshecho…".

Sin la opción de una identidad nacional canaria y con una población isleña que abrazaba la identidad nacional española casi por defecto y de forma titubeante, se dejaba vía libre a las atávicas luchas de poder entre élites isleñas. Con ello, el contexto volvía a ser idóneo para que el *pleito insular*, con unas estructuras de alianzas y lealtades tanto humanas como institucionales bien afianzadas desde hacía siglos, volviera a significarse como el principal elemento de articulación de la nueva estructura política e institucional canaria que habría de salir del proceso de transición democrática. Las élites tinerfeñas y grancanarias, que durante siglos se habían disputado la hegemonía dentro del archipiélago, ahora trasladaban sus juegos de poder a las dinámicas del nuevo Estado democrático surgido tras la dictadura (Quintana 2011, p. 590). Ya en la primera Junta de Canarias, constituida en las cañadas del Teide en el abril de 1978, tal y como defiende Hernández Bravo de Laguna quedó constancia la desarticulación social y falta de unidad histórica de las islas, adivinándose casi de inmediato que volverían a imponerse los grupos sociales dominantes de las islas centrales (1992, p. 83). Para García Rojas en aquella institución se reprodujeron "…las discrepancias internas de orden ideológico y de pervivencia del pleitismo insularista en UCD[29]…" (2006, p. 269).

Será a partir de la *transición* y de su posterior desarrollo orgánico, que se asistirá a una confluencia clara entre las masas y las élites canarias. Bien administrado, el pleito insular ahora saldría más reforzado si cabe, pues por vez primera dispondría del aval de una democracia moderna a través del respaldo electoral de amplios sectores de la población. Para ello, las élites isleñas se debían adaptar al nuevo sistema democrático y con ello ajustarse a los ejes ideológicos *derecha vs. izquierda* y *nacionalismo español vs. nacionalismo periférico* que comenzaría a dominar el nuevo espectro político del Estado. En aquel primitivo encaje, las élites representativas del pleito insular comienzan a reformular el sistema con tal de blindar su pervivencia. A medida que iban consiguiendo mayores adhesiones desde las masas, los arquitectos del pleito fueron

[29] El propio José Miguel Bravo de Laguna, importante figura de la UCD de Gran Canaria, en entrevista concedida en octubre de 1982 al *Diario de Las Palmas* (unos años después de los inicios de la Junta), ante la pregunta de si existía un verdadero sentimiento de región en Canarias respondía: "…Creo que hay un sentimiento de región tapado por los problemas de rivalidad entre Tenerife y Las Palmas. Fuera de aquí, los canarios poseen un sentimiento regional, se formulan unos planteamientos comunes…"

fijando poco a poco unas líneas rojas que en última instancia buscaban perpetuar los mecanismos del pleito como principal motor de desarrollo político, económico y social de las islas, ahora también en la recién inaugurada etapa democrática.

La máxima preocupación durante los orígenes de aquel encaje fue evitar que se rompiera el delicado equilibrio de poderes que daría sentido al pleito una vez más. Una de las principales amenazas la constituía la posibilidad que pudiera rebrotar un nacionalismo canario populista (reflejado, por ejemplo, en los éxitos electorales de UPC en importantes ciudades del archipiélago) que implantara una ideología de extrema izquierda contraria a los cánones económicos defendidos por las élites isleñas y que además situara al archipiélago en un abismo secesionista. Este último escenario era considerado por las élites un absoluto desastre, ya que como quedó patente con la crisis de la Junta Suprema de Canarias de principios del siglo XIX, desde hacía tiempo se tenía interiorizado en aquellos sectores que el progreso de las islas estaba atado inevitablemente a la existencia de un algún tipo de ligamen político sólido con alguno de los poderes continentales (Hernández 2005, p. 14).

Aparte, el escenario de una soberanía plena rompía los esquemas de una clase que se había visto favorecida y privilegiada actuando históricamente desde posiciones contemporizadoras con respecto a un suministrador de poderes supra-archipelágico y por tanto, mostrando una manifiesta incapacidad a la hora de emprender y tomar iniciativas propias desde las islas.

La otra gran amenaza la constituiría un nacionalismo español radical (reflejado, por ejemplo, en la intentona golpista protagonizada por Tejero en el año 1981) que amenazaba a las élites del pleito con la idea de tener que volver a recurrir a la figura de los personalismos o a los pactos y cesiones con poderes autoritarios, métodos impropios de una sociedad que supuestamente avanzaba con paso firme hacia la democracia y modernidad. La nueva era democrática, en la cual el escenario canario como entidad política quedaba definitivamente abierto con la concesión de una autonomía para el archipiélago, permitió reacomodarse a los dos bandos isleños en las mismas posiciones que habían sido la tendencia durante muchos años en las islas: las élites tinerfeñas intentaban alcanzar su hegemonía desde el propio archipiélago mientras que las élites

grancanarias luchaban por sobresalir en aquella pugna a través de la obtención de una influencia directa en Madrid.

Estas viejas posiciones situadas ahora en un contexto novedoso requerían el trazo de unas líneas rojas en aras de conservar la situación de dominio y privilegio de los actores vinculados al *pleito insular*, sobre todo atendiendo a la discusión acalorada que se vivía en otras Comunidades Autónomas como Cataluña y el País Vasco. Para ello las élites sostenedoras del pleito participan de una especie de pacto tácito que incluía los siguientes puntos: el convencimiento de la imposibilidad de que las islas pudieran progresar al margen de una vinculación política estrecha con algún poder continental occidental; el mostrar una actitud ambigua e indulgente en relación a las políticas colonizadoras que pudieran haberse practicado en un pasado sobre las islas; el elemento indigenista en cuanto a sus posibles derivadas políticas pasa a ser un tema tabú; la renuncia a cualquier tipo de manifestación o simbología que conllevara o sugiriera la representación de las islas y sus gentes como uno de los prototipos representativos de la naturaleza nacional española; la renuncia a reclamar una división política del archipiélago como ya se empezaba a oír desde algunos sectores divisionistas, especialmente desde la isla de Gran Canaria.

La consagración de los citados puntos dentro del engranaje del *pleito insular* y su implícita aceptación por unas masas que poco a poco se veían más involucradas en las luchas hegemónicas entre las dos grandes islas, acabó por desterrar del todo la posibilidad de que floreciera con éxito una identidad nacional canaria. De la misma forma, este pacto debilitaba al nacionalismo español, facilitando que en última instancia la mayor parte de la población isleña se decantara por una visión insularista como principal instrumento a la hora de seguir construyendo política e institucionalmente el archipiélago.

La capacidad movilizadora de masas que derivara de una identidad común con carga política, se encontraba restringida al ámbito de cada una de las islas. Junto al insularismo también se fue fraguando en la mayor parte de la población isleña una identificación y lealtad estatal hasta ahora nunca vistas, soldadas de forma unánime por todo el aparato institucional, de una forma directa y con enorme efectividad a través de las propias instituciones centrales del nuevo Estado democrático y de una forma no tan

evidente pero igualmente eficaz, a través de **1)** las más importantes instituciones de las islas que como partes integrantes del mosaico orgánico diseñado a partir de las disputas interinsulares, reconocen en el aparato estatal a un importante valedor por su carácter neutral y condescendiente en relación al fenómeno del pleito, así como de otras **2)** instituciones provenientes de la península que sin tener ningún ligamen con la dimensión política del Estado (en todo caso, si estarían muy cercanas al concepto de *nacionalismo banal* ideado por Michael Billig), florecerían a su sombra democrática. Entre estas cabría destacar la irrupción de los medios de comunicación privados, el éxito y posterior expansión internacional de determinados sectores empresariales españoles como el caso de la banca, las ligas deportivas profesionales y los triunfos internacionales de deportistas y combinados españoles o la celebración con gran éxito de acontecimientos con gran eco internacional como el Mundial de fútbol del año 1982 o las Olimpiadas de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla en el año 1992.

En este contexto de la transición democrática española de finales de los 70 y principios de los 80 del siglo XX, es cuándo acabará por asignarse formalmente una definición política para las islas Canarias. Sin apenas capacidad para articular una actuación conjunta, la sociedad canaria en general y con ella sus instituciones, adoptan a lo largo de todo el delicado proceso de la *transición española* el papel de meros espectadores[30].

El triunfo de la vía insularista alentada por un *pleito insular* latente durante el franquismo, impedía hacer frente al desafío con una visión común sólida en lo que hacía referencia al futuro político e institucional de Canarias. Desde el archipiélago se acataban las decisiones trascendentales que llegaban desde la península y una vez aquellas decisiones debían plasmarse en el singular contexto isleño, las estructuras del *pleito insular* daban paso a debates y disputas interminables que hacían que se perdiera la esencia de los momentos tan decisivos que se estaban viviendo para el futuro de Canarias.

El papel central adoptado por la UCD durante la *transición* en Canarias y su debate intenso entre las fracciones tinerfeñas y grancanarias dan fe de aquel hecho (Báez

[30] De esta forma, García Rojas defiende que en la estructura de los pactos de gobierno en Canarias ocurridos en el período 1979-1983, se da una preeminencia de los acuerdos nacionales (2018, p. 81). Según el autor, son pactos caracterizados por el predominio de los aspectos ideológicos y la preponderancia de las directrices de las organizaciones nacionales sobre las regionales y locales.

García 2018, p. 394). Tanta desunión acabaría debilitando la posición de las islas incluso en asuntos percibidos como de vital importancia en los cuales las diversas fuerzas insulares habían conseguido llegar a un cierto consenso, como así fue con el caso del malogrado acceso a la autonomía a través del artículo 151 de la Constitución (García Rojas 2018, p. 68; Carballo 2010, p. 75) o el pacto de las condiciones específicas para la entrada de las islas en la Comunidad Europea (Hernández Bravo de Laguna 1992, p. 87).

Nunca se llega a articular en las islas una única voz capaz de velar por los intereses del archipiélago en su conjunto. Las circunstancias propias de la historia y desarrollo político del archipiélago habían evitado sistemáticamente el alumbramiento, dentro de los sectores más formados, emprendedores y dinámicos, de una voluntad decidida por erigirse en estratos sociales cuya cohesión respondiera a unos intereses comunes nacidos de la realidad del archipiélago y que en última instancia permitiera percibir una eficacia en aquella fuerza proyectada desde dentro hacia fuera.

Fuera de aquellas élites y grupos de poder, a lo largo de la historia gran parte de la población canaria vivió en una continua espiral de desestructuración que según este trabajo tuvo una doble raíz: por una parte unas insalvables carencias educativas de carácter crónico, y por otra, una incesante movilidad humana padecida por estos sectores desde los inicios de la colonización reflejada sobre todo en las grandes olas migratorias hacia América a lo largo de diversos siglos, la emigración interna desde las islas menores y más áridas a las centrales, o más recientemente, de las zonas rurales a las zonas urbanas dentro del mismo ámbito insular.

Cuando desde estos sectores se hicieron esfuerzos por desarrollar una identidad política propia de las islas con capacidad de proyectar un destino común, se encontraban tan desestructuradas, que, agarrándose a corrientes doctrinales e ideológicas planteadas desde los grandes centros intelectuales del mundo, aquellos esfuerzos apenas obtenían resonancia en las islas. Esto respondía al hecho de que se proyectaba un discurso ideológico y conceptual ya de por sí complejo para los grupos isleños a los que estaban destinados, que además resultaba muy lejano, no tan sólo de la realidad que durante siglos se había moldeado en la sociedad isleña por las diversas dinámicas en juego, sino

que también de la propia realidad natural y fáctica del archipiélago reflejo de sus particulares condiciones geográficas y territoriales.

Aquellas clases, sumidas en la más absoluta desafección, no eran conscientes de la realidad de las islas, de las dinámicas que se habían venido consolidando durante siglos. Desde aquellos sectores no se supo calibrar cómo aquellos patrones, sobre todo los relativos al juego de poderes entre ínsulas, habían venido transformando el archipiélago y su aparato institucional de una forma constante y sólida. Frente a una estructura «pleitista» plenamente afianzada durante siglos en base a las luchas por una hegemonía interna, las renovadas clases populares que se sentían fuertes por el importante respaldo ideológico global recibido y que no eran sino las herederas directas de aquellos amplios sectores isleños desestructurados, competían con una enorme desventaja a la hora de situar sus visiones al frente del archipiélago y suplantar las concepciones y mecanismos instaurados por las élites isleñas.

Dentro del contexto global dominado por la era nacional que era el vigente durante los años de la *transición española*, las comunidades de individuos con voluntad de proyectar un destino político común sólo serían capaces de interiorizar el rol de un sujeto político activo para tal fin, cuando la mayor parte de sus miembros de una forma transversal e inclusiva abrazara una idéntica identidad nacional, definida ésta en la forma propuesta por Greenfeld. Frente a tal aseveración, para el caso concreto de Canarias se debe señalar que hasta ese momento no se había implantado una identidad nacional canaria o española que acabara siendo aceptada por la mayor parte de la población, y que, por ende, de ello se podría deducir el porqué del papel fundamentalmente pasivo y contemplativo que jugaron las islas tras la apertura del período democrático que trajo consigo la *transición española*.

Finalmente, el *Estatuto de Autonomía* para Canarias, aprobado el 10 de agosto de 1982, no recogía definición alguna que reflejara la concepción política que los habitantes tenían del archipiélago. De esta forma el primitivo Estatuto recurre al silencio a la hora de definir políticamente a las islas. Para García Rojas Canarias junto a Aragón, conformaban un grupo de Comunidades Autónomas que a la hora de escoger alguna de las definiciones, optaron por manifestar que poseían una identidad sin aludir a si eran una nacionalidad o una región (2018, p. 70).

Desde una vertiente externa a las islas, el proceso por el que se daba la oportunidad a la población canaria de definir políticamente al archipiélago se subsumía dentro de un contexto más amplio en el que el Estado del que formaban parte los isleños experimentaba un proceso de cambios traumáticos y estructurales (*la transición*). La identidad nacional española, a pesar de estar dividida y no ser mayoritaria en todos los territorios, consiguió marcar las pautas políticas para la totalidad de cuestiones sensibles durante aquel proceso de cambios, aunando a sus dos principales corrientes[31] bajo un mínimo denominador común representado por el carácter civil y colectivista de la identidad nacional unido a una angustiosa percepción común de un riesgo a sufrir una inminente desmembración del cuerpo nacional[32] y todo ello, a su vez, alimentado por un deseo unánime de reestablecer una posición relevante de España en la esfera global que fuera acorde con su historia. De esta forma la Constitución española, instrumento encargado de plasmar aquella nueva reorganización territorial del Estado, tenía a la nación española como el principio legitimador de todo su ordenamiento (Solozabal 1982, p. 63) a la par que reflejaba una obsesión de los constituyentes por la unidad, indivisibilidad e indisolubilidad de la nación (Solozabal 1982, p. 65).

Es en este escenario en el que el nacionalismo español, desde una posición de preeminencia, tratará de minimizar el auge de varias identidades nacionales periféricas, especialmente la catalana y la vasca. En ese contexto más amplio y alejado, el proceso de transición en Canarias se dibuja desorientado, ya que en las islas no había conseguido fraguar ni una identidad nacional española ni una canaria, con lo que no existía ninguna posibilidad de una actuación política conjunta y transversal de las islas en aras de luchar por unos intereses propios. Y es en ese vacío donde vuelven a reactivarse los engranajes del pleito insular que como tradicionalmente habían hecho, pactan con los poderes centrales de la península el mantenimiento de un *status quo*

[31] Los partidos políticos de Izquierda de ámbito estatal pronto abandonarían las posturas que habían adoptado al comienzo de la transición y se suman al modelo autonómico preconizado por la UCD, de tal forma que ya no se mencionaba en sus documentos y declaraciones el Estado federal, la soberanía política de cada nacionalidad, ni el derecho de autodeterminación de cada pueblo (Oñate 1998, p.228)

[32] Ruipérez en su obra *La Constitución del Estado de las Autonomías*, se refiere a un «centralismo tradicional» presente en la mayoría de miembros que engrosaban las listas de la UCD y AP durante el periodo de cortes constituyentes. Para el autor, este sector se opondría frontalmente a la adopción de un modelo federal en ocasiones por miedo irracional.

inmutable y predecible. Ello explica que las únicas concesiones particulares dadas por el Estado a Canarias durante todo este proceso vayan dirigidas a la consagración de unos resortes en beneficio del mantenimiento del reparto de las riquezas y poder de las islas entre las élites económicas *pleitistas*, prolongando, en definitiva, la dimensión economicista de las islas asignada históricamente por las élites locales.

La elección de una definición política del archipiélago para su consagración en su primer Estatuto de Autonomía, se encuentra encorsetada y condicionada de forma indirecta por la ideología dimanante del nacionalismo español que nuevamente, tras la caída del Franquismo, volvía a sentirse cuestionado y ahora, quizás con cierta razón, amenazado. El nacionalismo español, en función a su rasgo colectivista y a una percepción disfuncional desarrollada a causa de su continuo cuestionamiento a lo largo de su historia, asumía la convicción de tener que proceder evitando en todo momento el facilitar la colocación de las primeras piedras de una futura independencia de Cataluña y Euskadi. Detrás de la configuración territorial del Estado diseñada durante la *transición*, se escondía un choque frontal entre la identidad nacional española y las identidades nacionales de Cataluña y Euskadi materializado, entre otros capítulos, en una agria disputa conceptual que desembocaría en la consagración constitucional del término *nacionalidad,* junto a los de nación y región, para así satisfacer en parte las demandas de los representantes de aquellos territorios que reclamaban para sí un reconocimiento de su carácter nacional.

El resultado material sería que la Constitución española sólo dejaba a las Comunidades Autónomas dos opciones para definirse políticamente en sus estatutos, o bien *región* o bien *nacionalidad*. En el fondo se perseguía, de una forma más o menos evidente, el diluir y neutralizar la personalidad política de aquellos territorios que habían manifestado una clara dimensión nacional, de tal forma que el nuevo sistema ideado concedía en última instancia las mismas potestades de carácter político e institucional a aquellos territorios con una identidad nacional consolidada (*nacionalidades históricas*) que a otros territorios que, no sólo no habían manifestado aspiraciones autonomistas previamente, sino que ni tan siquiera eran capaces de definir con claridad las fronteras físicas del futuro ente autonómico (Comunidad de Madrid o Castilla-La Mancha[33]).

[33] Tal y como se puede leer en la web oficial del Gobierno de Castilla-La Mancha en su apartado de Historia: "… Cuando el 16 de agosto de 1982 se publicó el Estatuto de Autonomía de Castilla-La Mancha

Se entrevé una idea consistente en evitar que, a corto o medio plazo, Cataluña y País Vasco a través de ciertas asimetrías pudieran desarrollar nuevos particularismos en los campos político e institucional que se añadieran a las consabidas particularidades históricas, culturales y lingüísticas y que por el peso de tanta particularidad acabasen constituyéndose en llamativas realidades políticas diferenciadas. De gran importancia y jugando a favor de los representantes de la identidad nacional española, el contexto específico que rodeó los primeros años de la *transición* coartaba la posibilidad de llevar a efecto verdaderas modificaciones de fondo en relación con la estructura territorial del Estado. Así, la mayoría de elementos que configuraban el ejército y demás cuerpos de seguridad, se presentaban muy irascibles frente a cualquier reorganización territorial que quebrara la indisoluble unidad de la nación española (Oñate 1998, p. 225).

En la consagración constitucional de aquella alternativa conceptual (*región* o *nacionalidad*) presentada a las futuras Comunidades Autónomas, Canarias no había tenido ningún rol ni capacidad de influencia. La definición política pues le tendría que venir asignada a Canarias por defecto. Nunca existió un diálogo abierto y exclusivo entre el Estado y las islas encaminado a estudiar con detalle cual podría ser la terminología que mejor expresara un hipotético encaje político diseñado según las necesidades, intereses, geografía o historia del archipiélago.

Es la vertiente interna del archipiélago la que nos ayuda a entender el porqué de a pesar de contar con la opción de poder elegir entre dos conceptos, la primera versión del Estatuto de Autonomía para Canarias finalmente no recogerá ninguno de los dos, condenando al archipiélago a una indefinición política.

Esta indefinición es fruto del pacto tácito ya mencionado que se estaba entretejiendo entre las diversas fuerzas que participaban del *pleito insular*. La ausencia de identidades colectivas políticas entre la población canaria de gran alcance cohesionador y transversalidad, dejaban un hueco que rápidamente fue cubierto por las estructuras de poder favorecedoras del histórico *pleito insular*. Se constataba así, como el grueso de la

---

no se cerraba ningún proceso; la autonomía no venía a colmar ninguna demanda histórica, sino que era un instrumento de futuro, un acelerador histórico…"
https://www.castillalamancha.es/clm/historia/siglosdehistoria (consultada el 25/08/2020)

población empezaba a delegar en las fuerzas del pleito la construcción política e institucional de la nueva era democrática de las islas. La UCD, fiel reflejo de la confrontación fratricida entre las élites isleñas, actuó durante todo el proceso de elaboración del Estatuto de Autonomía con absoluta libertad para implantar sus posiciones (Quintana 2011, p. 592), sirviéndose de las amplias mayorías que había obtenido en las elecciones previas celebradas en el archipiélago.

Limitada por las opciones establecidas por la Constitución, la versión final del Estatuto canario que sería aprobada no contendría ninguna definición política del archipiélago, no introduciéndose ni la opción patrocinada por la UCD canaria de *archipiélago* ni la opción de *nacionalidad* preferida por muchas de las formaciones políticas de índole socialista, comunista y nacionalista. Descartando el término de *nacionalidad* se evitaba espolear al nacionalismo canario populista a la vez que se eliminaba cualquier tentación futura por invocar el principio de la nacionalidad según la teorización de Mancini[34], cosa que como ya se ha sostenido era una de las preocupaciones históricas de las élites canarias; mientras que desechando el concepto de *región* se hacía hincapié en el *hecho diferencial canario* y en la vigencia de este[35]. Las élites canarias integradas en la UCD honraban así la dura confrontación[36] vivida en las últimas décadas de la dictadura entre aquellas y el gobierno Franquista con motivo de la reivindicación, alimentada por la sociedad civil isleña, del reconocimiento del *hecho diferencial canario* (Quintana 2011, p. 567).

---

[34] Pasquale Stanislao Mancini (1817-1888) desarrolló teóricamente el *Principio de la Nacionalidad* mediante el cual situaba a las naciones como verdaderos sujetos del Derecho Internacional y no a los Estados. En última instancia, de aquel principio se desprendía que cada nación debía ser libre para organizarse en un Estado independiente. De entre su obra destaca la conferencia dada en enero de 1851 *Della nazionalità come fondamento del diritto delle genti*, de la que dimana el dogma de la independencia de las naciones.

[35] En una entrevista al *Eco de Canarias* el 9 de noviembre de 1980, el diputado nacional y presidente de la UCD canaria, Fernando Bergasa, defendía la idoneidad del término *archipiélago* para la definición estatutaria de Canarias en base a los siguientes argumentos: "…el término más idóneo e integrador es el de Archipiélago, que no tiene ninguna similitud con los recogidos en otros estatutos y marca mejor el hecho diferente de Canarias…"

[36] De acuerdo con Quintana, a finales de los años 50 del siglo XX se desarrolló una creciente toma de conciencia regionalista en torno a las singularidades isleñas (2011, p. 566). Básicamente se articulaba aquella conciencia sobre las problemáticas económicas y fiscales que azotaban a Canarias debido a una falta de sensibilidad para con las singularidades isleñas por parte del régimen franquista. Para Quintana, la consolidación entre los poderes canarios de la idea del *hecho diferencial canario* supuso llevar las relaciones canarias-Estado al plano del conflicto jurídico y político, constituyendo según el autor, un importante factor de erosión del Régimen (2011, p. 567).

En todo caso atendiendo a las encuestas de la época, a la preferencia de gran parte de partidos políticos canarios (entre ellos el PSOE) y a los buenos resultados obtenidos por partidos nacionalistas durante los años inmediatamente anteriores, pareciera lógico pensar que la definición política que acabaría asignándose el archipiélago sería la de *nacionalidad*. Esto no acabó siendo así y otras regiones que en 1977 expresaban claramente menores aspiraciones autonomistas en comparación a Canarias, acabaron autodefiniéndose como *nacionalidad* en sus Estatutos como fueron los casos de Andalucía, Galicia y Valencia. Consultar a este respecto la tabla de la página 121, tabla copiada de la obra *Transición y Cambio en España 1975-1996* de Álvaro Soto, publicada en el 2005 por Alianza Editorial.

A modo de anécdota por sobrepasar la acotación temporal fijada en la investigación, finalmente, en el año 1997 la clase política canaria decidió que era el momento de designar políticamente a las islas como *nacionalidad* pues se había constatado con el paso del tiempo, y en base a la experiencia de aquellas Comunidades Autónomas que se habían designado de aquella forma, que aquel término se había vaciado de contenido político para el caso particular de la democracia española. Ya a principios de los 80, Solozabal escribía que la nacionalidad era concebida más que como sinónimo de nación como región cualificada (1982, p. 67)**.** Es a partir de esta reforma del año 1997 que la norma institucional básica de Canarias pasa a designar a las islas como una *nacionalidad*. Algo más discutible sería el afirmar que esta definición de *nacionalidad* era la concepción política del archipiélago que tenía el grueso de la población isleña. En base a ello cabe recordar el fenómeno de delegación protagonizado por la sociedad civil canaria, debiéndose apuntar que ni el Estatuto de Autonomía originario ni su posterior reforma fueron refrendados mediante votación popular por los habitantes de las islas. Igualmente discutible sería afirmar que la mayor parte de la población isleña era consciente del sentido político asignado por el constituyente español al término *nacionalidad*[37].

[37] En referencia al vaciamiento del contenido al que se alude conjugado con una cierta intencionalidad política también en torno al término de *nacionalidad,* cabe aludir como muestra a la evolución histórica de la definición dada por el *Diccionario de la Lengua Española* de la RAE. Así, de la 19ª edición publicada en 1970 hasta que se publicó la 22ª en 2001, la definición permaneció inalterable:
"…. **Nacionalidad**: Condición y carácter peculiar de los pueblos e individuos de una nación. **II** 2. Estado propio de la persona nacida o naturalizada en una nación …"
Sin embargo, en la 22ª edición publicada en 2001 se añadieron dos nuevas acepciones:
"…. **Nacionalidad**: Condición y carácter peculiar de los pueblos e individuos de una nación. **II** 2. Estado propio de la persona nacida o naturalizada en una nación **II** 3. Esp. Comunidad autónoma a la que, en su

Actitudes hacia el centralismo, la autonomía, el federalismo y la independencia en diferentes regiones en 1977, 1978 y 1979 (en porcentajes).

	Total			País Vasco y Navarra			Cataluña		
	1977	1978	1979	1977	1978	1979	1977	1978	1979
Centralismo	42	29	33	16	18	14	23,5	19	22
Autonomía	42	**49**	41	**48,5**	45	25	**52**	**44**	**41**
Federalismo	9	14	11	16	17	22	17	25	16
Independencia	3	5	7	14	15	**32**	5	11	15
NS, NC	5	3	8	5	5	7	2	2	7
	Galicia			País Valenciano			Andalucía		
	1977	1978	1979	1977	1978	1979	1977	1978	1979
Centralismo	35	34	44	34	19	39	**55**	35	30
Autonomía	**41**	**49**	40	**48,5**	**65**	**41**	37	**41**	**46**
Federalismo	7	10	7	10	8	5	3	15	8
Independencia	3	3	3	2	2	4	0,5	2	2
NS, NC	14	4	6	5	6	11	4	7	14
	Madrid			Canarias			Todas las demás regiones		
Centralismo	43,5	30	34	31	28	19	**58**	34	**43**
Autonomía	44	**54**	**50**	**58**	**63**	**51**	32	**45**	41
Federalismo	8	9	7	5	4	2	4	11	6
Independencia	2	4	5	4	1	6	1	3	3
NS, NC	2,5	3	4	3	4	22	5	7	6

Fuente: Fundación FOESSA: *Informe sociológico sobre el cambio político en España 1975-1981*, vol. 1, Madrid, Euramérica, 1981, p. 514. En **negrita**, la actitud mayoritaria

Estatuto, se le reconoce una especial identidad histórica y cultural **II** 4. Esp. Denominación oficial de algunas comunidades autónomas españolas…"

3. FEROE Y DINAMARCA

A continuación, se pasará a examinar el estudio de caso representado por las islas Feroe. Al igual que sucedía con el estudio de caso de las islas Canarias también para las Feroe resulta del todo imprescindible el estudio en primer lugar de una identidad nacional surgida previamente en la Europa continental, esto es, la identidad nacional danesa. Aunque las islas Feroe durante mucho tiempo estuvieron bajo el dominio político de Noruega, desde el hito histórico representado por la *Unión de Kalmar* en el que las tres monarquías nórdicas se fusionaron bajo un mismo monarca a finales del siglo XIV, las islas cada vez más fueron siendo absorbidas por la órbita política de Dinamarca. Finalmente, esta absorción quedó absolutamente consumada en 1814 con el *Tratado de Kiel* a través del cual Dinamarca quedaba en posesión de las islas Feroe mientras que Noruega por su parte resultaba encuadrada en una unión con Suecia.

Será también durante aquellos primeros años convulsos del siglo XIX, que el nacionalismo danés comenzará a tomar forma. Se estudiará pues su gestación, desarrollo, así como el papel que pudiera haber jugado esta identidad a la hora de plasmarse el estatus político y la expresión escogida por la población feroesa para definir políticamente al archipiélago. Se tratará igualmente de identificar las principales características de aquella identidad y de analizar cómo estas configuran y moldean la percepción que se tiene de la propia nación danesa por los portadores de tal identidad. Asimismo, interesa analizar cómo se ha proyectado la identidad nacional danesa en la cultura política del Estado, especialmente en el momento en que se intensifican las exigencias desde las islas en favor de unas mayores cuotas de autogobierno y se plantea un posible escenario de ruptura entre Dinamarca y el archipiélago feroés.

Más adelante, se dedicarán unos apartados al fenómeno del nacionalismo dentro de las islas Feroe. Interesa estudiar la acogida y recepción de la identidad nacional danesa en el archipiélago, así como el posible surgimiento dentro de las islas de identidades alternativas o competidoras con aquella. Igualmente es de gran interés, una vez realizado un detallado esbozo de aquellas identidades, estudiar detenidamente la posible

interacción, relación de fuerzas y coexistencia que pudiera haber existido entre la identidad nacional danesa y las desarrolladas en las islas, poniendo el foco a su vez en el posible reflejo de estas interrelaciones en el proceso histórico que condujo a la elaboración de una ley de autogobierno en favor del archipiélago en 1948 (*Lov om Færöernes Hjemmestyre*), texto legal acordado entre representantes de Dinamarca y las Feroe mediante el cual se consagraba una autonomía política en favor de las islas. Siguiendo el esquema metodológico propuesto, se prestará especial atención dentro de aquel proceso de negociación a la definición política de las Feroe que finalmente quedó oficializada en el texto de la norma institucional básica promulgada para el archipiélago.

3.1 LA IDENTIDAD NACIONAL DANESA

En este apartado se llevará a cabo un estudio de la identidad nacional surgida en Dinamarca a mediados del siglo XIX, identidad que desde entonces moldea y nutre a la nación danesa hasta nuestros días y consecuentemente al Estado nación danés. Como ya se realizó para el caso de la nación española, lo que más interesa en este apartado es hacer un análisis de los principales rasgos y características presentes en aquella identidad.

a. Aparición y factores que la impulsaron.

Se puede encontrar cierto consenso en situar el nacimiento de la nación danesa a mediados del siglo XIX. De una forma más concreta, son varios los autores que datan el nacimiento de aquella nación en los años 1848/1849, binomio en el que se produjo el derrocamiento de la monarquía absolutista que hasta aquel momento regía sobre el Estado y, sobre todo, momento histórico que vino marcado por la promulgación de la primera constitución democrática de la historia de Dinamarca.

Brincker señala que 1848 es un año transcendental para el desarrollo nacional de Dinamarca ya que acontece un cambio decisivo en el nacionalismo danés, al pasar de ser un fenómeno elitista a convertirse en un fenómeno de masas (2003, p. 419). De una forma más significativa, en el Parlamento que aprobó en 1849 la Constitución Danesa, Nicolai Frederik Severin Grundtvig (figura capital en la construcción nacional danesa como se verá más adelante) llegó a proclamar: *"The age of the estates is over, now it is time for the age of the people"* (Grundtvig 1949, citado en Korsgaard 2015, p. 196)

Conviene no obstante situar en un contexto histórico más amplio los hechos que desembocaron en la Constitución de 1849, con tal de poder identificar algunas de las causas más importantes que empujaron a una mayoría de daneses a percibirse como una comunidad nacional.

De entrada, dos dinámicas históricas se nos muestran fundamentales para el período de la historia que interesa. Por una parte, hay que destacar la presencia de una monarquía absolutista al frente del reino danés desde el año 1660. La otra dinámica de gran relevancia sería las continuas pérdidas territoriales que experimentaría el reino de Dinamarca desde los años que precedieron la proclamación de la monarquía absolutista hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya existía una identidad nacional danesa generalizada entre la población.

Así, la Dinamarca de mediados del siglo XVIII ya había experimentado una serie de alteraciones importantes en relación a su territorio el cual había quedado diezmado sobre todo a consecuencia de su continua rivalidad bélica con el reino de Suecia. Durante varios siglos ambas coronas se habían venido disputando la hegemonía en el mar báltico. Finalmente, Dinamarca, tras una serie de derrotas, había perdido a manos de los suecos sus territorios más orientales (Scania, Halland…) A pesar de ello, a finales del siglo XVIII la monarquía danesa todavía gobernaba sobre un reino con importantes y extensos territorios. Formaban parte de Dinamarca, aparte de los territorios que hoy en día quedarían englobados dentro de la actual Dinamarca, las islas de Islandia, Groenlandia y Feroe juntamente con Noruega y los ducados con mayoría étnica alemana de Holstein y Schleswig.

Sin embargo, a principios del siglo XIX se consumaría una nueva derrota humillante para la corona de Dinamarca con una gran repercusión geopolítica para la zona y que a su vez significaría un gran revés para los cimientos internos del Reino. La alianza de Dinamarca con las tropas napoleónicas y su consiguiente derrota significaron una dramática desmembración producida por la pérdida de Noruega, que además pasaba ahora a formar parte de su eterna enemiga Suecia. De esta forma Dinamarca pasaría de ser un Estado medio dentro de la diversidad de entidades políticas europeas, sólo por detrás de las grandes potencias como Francia y Gran Bretaña, a convertirse tras sucesivas «amputaciones» en un pequeño Estado homogéneo que quedaría bastante relegado en cuanto a su peso geopolítico y capacidad de influencia aparte, de la humillación y convulsión experimentadas internamente. Sin duda, estos dos hechos tendrán una gran importancia para poder entender el porqué y el cuándo del nacimiento de la nación danesa.

No obstante, llegados a este punto conviene llevar a cabo una matización relacionada con el verdadero talante de la monarquía absolutista que precedió, gobernando durante casi dos siglos, el nacimiento de la nación danesa. Así, para muchos autores, entre ellos Hilson (2006, p. 193), Ostergard (2004, p. 28), Bjorn (2000, p. 125) o Horstbøll & Ostergard (1990, p. 179) nos encontramos con una monarquía que, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XVIII, muestra un absolutismo poco corriente presentándose dotada de un carácter abierto y liberal, comprometida a su vez con la tarea de servir al pueblo. De acuerdo con Horstbøll & Ostergard, la ideología que florecería bajo el régimen absolutista se caracterizaría por las palabras *libertad* y *justicia* y el monarca era visto como garante de las dos y no como un enemigo (1990, p. 179). Un paso más allá, Damsholt llega a sostener, que a finales del siglo XVIII el absolutismo danés era interpretado dentro de un marco *republicano* con el pueblo actuando como verdadero soberano (2015, p. 154). Se trata pues de una monarquía que se muestra empeñada en abrazarse a las corrientes ilustradas que por aquel entonces comenzaban a circular por Europa.

Prueba de ello fueron las numerosas reformas impulsadas por la monarquía con el propósito de modernización, así como de materializar mejoras que pudieran repercutir positivamente en sus súbditos. Precisamente, una de aquellas reformas impulsadas a finales del XVIII, referida a la reorganización de las tierras, supuso un importante punto de inflexión para el estrato compuesto por los campesinos y pequeños agricultores, el cual se vio fuertemente empoderado y fortalecido, pasando desde entonces a ocupar una posición crucial dentro de la sociedad.

Esta reforma para algunos autores sería una de las principales causas que explicarían el fuerte protagonismo e influencia que sería capaz de ejercer este estrato durante las décadas anteriores y posteriores al nacimiento de la nación danesa.

De esta forma el carácter ilustrado de la monarquía absolutista presente en la Dinamarca de los siglos XVIII y XIX, de una forma indirecta conllevaría al fortalecimiento y preponderancia de una clase social constituida por el campesinado junto con pequeños y medianos granjeros, que ya por aquel entonces era la más numerosa, pero que tras las reformas aplicadas, comenzaría a desarrollar una fuerte conciencia de clase a la vez que

se da cuenta del importante peso específico que empieza a tener dentro de la sociedad danesa.

Por otra parte, fuera de las fronteras de la propia Dinamarca, dos factores deben ser destacados por dejar una gran huella en la Dinamarca de finales del XVIII y comienzos del siglo XIX.

En primer lugar, se debe remarcar la gran influencia que tendrán las corrientes revolucionarias que acontecen en la Europa de aquella época. Así, Dinamarca no estará al margen sino todo lo contrario de las dinámicas políticas y revolucionarias que venían adheridas a la expansión de las guerras napoleónicas por gran parte del continente europeo.

En segundo lugar y de gran importancia para el caso específico de Dinamarca, se debe destacar el nacimiento de una conciencia nacional alemana que pronto comienza a generalizarse entre todas las *polities* con un elemento cultural germánico mayoritario. Conciencia nacional que poco a poco se irá fraguando y desarrollando hasta finalmente consagrarse en el nacimiento de la nación alemana, materializado política y geográficamente mediante la unificación política de diversos entes autónomos con sustrato germano bajo el liderazgo de Prusia.

Según la profesora Greenfeld, el nacionalismo alemán comenzó a germinarse con la invasión francesa que produjo la derrota de Prusia en el año 1806 (1999, p. 165). Es a partir de entonces y en un espacio de tiempo muy reducido, que la sociedad alemana pasa a redefinirse como una nación, convirtiéndose aquella en el nuevo centro de lealtad política. La trayectoria nacional alemana hasta su culminación en la unificación política es entendida como un factor imprescindible para explicar el nacimiento de la identidad nacional danesa, así como la definición y carácter de ésta última. Tal es el caso que muchos autores señalan que para poder entender con mejor detalle el fenómeno nacionalista danés es necesario su observación en relación con el desarrollo de la identidad nacional alemana y su proyecto político de unificación de las diversas entidades germanas (Brincker, 2003, p. 417).

Igualmente tiene gran importancia el fenómeno nacional alemán en relación al conflicto que se desató a mediados del siglo XIX entre la corona danesa y los ducados de Holstein y Schleswig, territorios que se encontraban incluidos dentro del reino de Dinamarca pero que disponían de una mayoría étnica alemana aparte de constituirse como frontera física de la potencial nación de los alemanes.

Finalmente será a mediados del siglo XIX (binomio 1848/1849) cuando se da el escenario propicio para que comience a vislumbrarse una nación danesa y por tanto una mayoría de la población del Reino de Dinamarca empiece a identificarse como miembros de una comunidad nacional. No puede hablarse aquí de un único desencadenante, sino más bien de una serie de acontecimientos que llevaron al resultado de una autoconciencia nacional para una comunidad de individuos. Siguiendo el esquema teórico de Greenfeld se puede señalar como impulsores de la idea de una nación danesa, a las clases liberales danesas y más concretamente aquellas que residían en Copenhague.

En las décadas anteriores al momento del despertar nacional, estas clases liberales experimentaban una gran frustración al percibir que eran bloqueadas socialmente por una pequeña élite germana que dominaba las posiciones de poder y prestigio dentro del reino de Dinamarca, todo ello con la condescendencia del propio monarca (Ostergad 2015, p. 111 & p. 115; Engelhardt 2007, p. 212). Estas tensiones se vieron a su vez incrementadas por el aumento relativo de la presencia de germano hablantes en el Estado tras la pérdida de Noruega (Hall & Jensen, 2014, p. 476). El monarca absolutista como autoridad indiscutible, era percibido como cómplice imprescindible que asociado con una élite germanizada colocaba en una posición de frustración y anomia a una clase media danesa cada vez mayor y con mayores aspiraciones, al frente de la cual se situaban los liberales.

A estas clases liberales, que seguían incapaces de acceder a mayores cuotas de poder como era su deseo, se les unió la población campesina y de pequeños y medianos granjeros (Hilson, 2006, p. 197) que como ya se ha mencionado, constituían el estrato social más numeroso, a la par que dejaban ya entrever un renovado vigor político que se había venido fraguando desde las reformas agrarias implementadas a su favor por la monarquía.

En concordancia con el contenido de la teoría de Greenfeld, para el caso de Dinamarca se puede observar como una situación de aflicción y de anomia, experimentada por un determinado grupo social que es consciente de su potencial, pero al mismo tiempo de las dificultades y obstáculos para lograr desarrollarlo, constituye en última instancia el motor transformador capaz de concebir a la realidad nacional como única salida posible. No debe olvidarse que esto tiene lugar en un contexto en el cual la monarquía absolutista danesa, a diferencia de otros casos, presentaba desde el último cuarto del siglo XVIII un talante aperturista y de esfuerzos ilustrados como así lo prueban las numerosas reformas promovidas en aquel sentido.

Al mismo tiempo los campesinos junto con los pequeños y medianos agricultores también comenzaron a identificarse como miembros de una potencial nación danesa. Prueba de ello es como en la arena política los *Nacionales Liberares Daneses* comenzaron a aliarse con el *Partido Amigo de los Campesinos* en la década de 1840 (Hall & Jensen, 2014, p. 478) Los hechos desencadenantes ocurrieron casi al mismo tiempo y ello provocó la confluencia de ambos estratos de la sociedad bajo una nueva identidad nacional[38] que los igualaba debido a que la nueva identidad elevaba a la cualidad de élite política a cada habitante por su condición de danés, independientemente de otras identidades que se sometían ahora a la nacional, descansando a su vez en ellos la soberanía de la refundada *polity*.

Uno de los factores desencadenantes más importantes dentro del trayecto hacia la identidad nacional protagonizado por los liberales, lo constituyó la muerte del rey Christian VIII de Dinamarca y la enorme decepción que había supuesto para los liberales esta figura, ya que éstos esperaban que terminara aprobando para Dinamarca una Constitución tan liberal y avanzada como en la que su día había refrendado como rey para los noruegos, concretamente en el año 1814. En el recorrido andado por las clases campesinas y de agricultores, el principal desencadenante vendría a estar representado por la rebelión que estalló en los ducados de Holstein y Schleswig una vez una representación de éstos se había trasladado a Copenhague para pedir al rey Frederic

[38] El proceso de «despertar nacional» en Dinamarca es explicado de forma más breve por Horstbøll & Ostergard (1990, p. 179) en los siguientes términos: "…in the 1830s and 1840s the primary agents of political change were a small group of burghers, officials and intellectuals, who began to call themselves national liberals after 1842 in order to distinguish themselves from their counterparts in Holstein. They did this in order to acquire a social base which could justify their assumption of power…"

VII el reconocimiento de los ducados como un Estado conjunto previa su admisión a la *Confederación Alemana*.

En esta encrucijada histórica para Dinamarca, los intereses de la clase campesina, leal al monarca danés al que le debían el poder que habían alcanzado debido a las reformas impulsadas por la corona y al que veían también como un protector frente a las clases aristocráticas, se unieron con los de una clase media guiada por los liberales. Esta última clase se encontraba sedienta por ocupar posiciones relevantes y de calado social en el marco de una nueva entidad política que no estuviera bajo el dominio absoluto de un monarca todopoderoso y de una élite germánica que actuaba de tapón en la escala social. Aquellos intereses comunes condujeron en última instancia a la adopción de una identidad nacional por la gran mayoría de daneses y con ello se asistió al inicio del alumbramiento de una nación danesa.

En última instancia los sectores del campesinado abrazaron también la nueva identidad nacional con el fin de que aquellas clases que no eran leales a la monarquía, sino que más bien buscaban socavar su poder, se sintieran también interpeladas ante el desafío planteado por la comunidad alemana a las posesiones de la Corona en la cuestión de Holstein y Schleswig.

Al expresarse ya en términos nacionales las agitadas comunidades alemanas de Holstein y Schleswig, la opción que se le presentaba ahora a la clase campesina de abrazar una identidad nacional (opción reservada fundamentalmente a la clase política, esto es la aristocracia, tal y como defiende Ostergard (2000, p. 3)) aparecía como la más óptima, pues mediante aquella transformación las clases medias y liberales, al incluirse también como miembros de la nueva nación, sentirían el deber moral de involucrarse en un conflicto bélico en el que estaban inmersos sus connacionales. De una forma más gráfica Ostergard explica cómo se produjo este hecho:

> The peasant armies went to war singing the verses of Grundtvig and other national songs. This was how the peasants learned to be Danish, an abstraction that until then had never meant much to them (2000, p. 11)

b. Principales elementos que contribuyeron a la caracterización de la identidad nacional danesa.

Cuatro son los principales elementos que según este estudio condicionaron de una forma fundamental el talante de la identidad nacional danesa surgida a mediados del siglo XIX ayudando a definir y perfilar los rasgos característicos de la misma.

Se trataría de elementos de una variada gama que superpuestos y entrelazados fueron configurando un tipo particular de identidad nacional que, entre otras cosas, convirtió a un Estado encogido y amenazado de desaparecer en el siglo XIX, en el actual Estado nación moderno que presume de erigirse en un referente a nivel mundial en aspectos relacionados con la gobernanza y sostenibilidad.

Aparecen así, un elemento de carácter personal, un segundo elemento de naturaleza externa, un elemento relacionado con la estructura de clases y en último lugar, un elemento tradicional, casi intrínseco a la propia sociedad danesa. Estos cuatro elementos serían: la figura del pastor N. F. S. Grundtvig, la aparición a las puertas de Dinamarca de una importante identidad nacional alemana con unos rasgos ideológicos bien definidos junto con un marcado proyecto político de gran trascendencia para Europa, las importantes cuotas de protagonismo y autoconciencia alcanzadas por la clase campesina danesa durante todo el siglo XIX y por último, el carácter asociacionista de la sociedad danesa en general como una cualidad tradicional y característica de la misma.

<u>La figura imprescindible de Grundtvig:</u>

La figura de N. F. S. Grundtvig (1783-1872) tiene una gran importancia para el nacimiento de la identidad nacional danesa, así como para la consolidación de unos rasgos propios que acabarían convirtiéndose en la esencia de aquella (Korsgaard 2015, p. 192; Ostergard 2015, p. 110).

La longeva vida de Grundtvig transcurre por alguno de los episodios más importantes en la historia pre-nacional y nacional de Dinamarca. Se trata de una figura en principio enmarcada dentro del ámbito teológico, ya que era un pastor de la Iglesia Danesa, pero que durante su dilatada vida acabará siendo influyente en prácticamente todos los ámbitos de la vida pública danesa, desde la cultura y la educación hasta la propia práctica política, pues llegó a ser miembro de las dos Cámaras del Parlamento Danés (Dyce, 2010, p. 454).

Es a principios del siglo XIX, tras la humillación sufrida por los daneses con la pérdida definitiva de Noruega, que Grundtvig emprende una importante labor de investigación y promulgación de la historia, costumbres y lengua de Dinamarca. Tal ingente labor pronto comenzaría a materializarse dentro del campesinado en la forma de una potente semilla que, más adelante, daría sus frutos oportunamente para cuando los estratos campesinos unieran su destino al de las clases medias y liberales, durante el capítulo de la transición nacional danesa y para cuando se vieran confrontados por un nacionalismo alemán desatado. La abrumadora figura de Grundtvig, su doctrina junto a los proyectos por él defendidos, ya constituían una realidad bien enraizada entre la clase compuesta por los campesinos y pequeños/medianos granjeros, en el momento en que, tras los turbulentos acontecimientos de la década de 1840, la primera Constitución democrática de la historia de Dinamarca marcara el surgimiento de la nación danesa.

Todos los autores estudiados señalan de forma unánime la importancia capital de la figura de Grundtvig en la conformación y moldeamiento de la identidad nacional danesa. Igualmente conviene destacar la importancia que tuvo el tándem *Grundtvig/Campesinado Danés*, pues sin este binomio, las ideas, el pensamiento y adoctrinamiento del primero no hubiesen enraizado con tanta fuerza.

Así, el hecho de afianzarse dentro del sector social sobre el que pivotó gran parte de la historia de la Dinamarca del siglo XIX, significó que el pensamiento de Grundtvig estaba «condenado» a inspirar a la nueva identidad nacional, terminando por ser catapultado más allá incluso de las propias fronteras de Dinamarca. Al mismo tiempo, sin la aportación de Grundtvig puede llegar a imaginarse una clase campesina con un gran protagonismo dentro de la sociedad danesa, pero quizás descabezada y sin una hoja de ruta o dirección cierta. Grundtvig supo de esta forma canalizar y ordenar en un

cuerpo doctrinal asumible y atractivo entre las clases más populares, aquellos valores, intereses y costumbres que tradicionalmente se habían venido asociando con la figura del campesino danés. Según Ostergard:

> At the level of ideological discourse Grundtvig succeeded in transforming the traditional amorphous peasants' feelings of community and solidarity into symbols and words with a relevance for a modern industrialized imagined community (1992, p. 23)

Aquella confluencia decisiva entre las ideas de Grundtvig y la autoconciencia de clase del campesinado danés, tuvo en el surgimiento de las *Folkehøjskole* (escuelas superiores populares*)* su punto culminante. Grundtvig ideó este tipo de escuela en contraposición al sistema de instituciones académicas existente, que según él estaba alejado de la realidad del hombre corriente y al servicio de una minoría privilegiada. Se basaba esta escuela en la libre voluntad de aprendizaje y en una necesidad por comprender la vida que rodeaba a los propios alumnos que pasaban a ser los protagonistas. Pensadas para alumnos con cierta experiencia y formación, no se aceptaban estudiantes menores de 18 años. En definitiva, esta nueva escuela proporcionaría educación, pero también competencia y aptitud para hacer frente a la vida real y poder desenvolverse en una vida civil de acuerdo con su contexto presente. Grundtvig combinaba así su visión humanista con una apuesta por los valores propios de la Ilustración que traspasaban fronteras.

En última instancia la Folkehøjskole se convirtió en el instrumento más eficaz a la hora de diseminar por el reino danés las ideas de Grundtvig y con ellas ir perfilándose las características propias de la identidad nacional danesa. También jugaron un papel importante ayudando a consolidar el talante crítico y emprendedor de la clase campesina. Prueba del enorme éxito e influencia inspirada por el tipo de educación promovido por las Folkehøjskole, es el gran reconocimiento a nivel mundial que la historia ha asignado a la figura de Grundtvig y su legado dentro del campo educativo. Igualmente, la persistencia hoy en día de este tipo de escuelas, mayormente en los países escandinavos y Alemania, también nos habla de una fórmula exitosa que se ha convertido en atemporal.

La irrupción del nacionalismo alemán:

El desarrollo al otro lado de la frontera de Dinamarca de un nacionalismo de gran envergadura por el territorio y población que aunaban, marcará sin duda el nacimiento y desarrollo de la identidad nacional danesa. Incluso dentro de los propios límites del reino danés, aquel nacionalismo alemán se dejará sentir con fuerza en los ducados de Holstein y Schleswig.

Efectivamente, el nacionalismo alemán era ya una realidad de masas a principios del siglo XIX y parte de las aspiraciones de aquel nacionalismo, comenzaban a vislumbrarse dentro del reino danés a raíz de las turbulencias políticas y sociales que parecían enquistarse en los territorios de Holstein y Schleswig a mediados del citado siglo.

De esta forma, las ideas de los principales autores germanos que inspiraban a aquella identidad nacional también llegaban a los intelectuales daneses, que en algunos casos como Grundtvig, respondían con aportaciones propias hilvanadas desde una perspectiva puramente danesa, que cimentada sobre la base de la historia y tradición de una *polity* existente desde siglos atrás, era capaz de ofrecer una visión diferenciada, y a menudo contrapuesta, a las posiciones ideológicas que acabarían marcando la identidad nacional alemana. Cabe destacar por ejemplo como el pensamiento de Grundtvig encontró gran inspiración en los filósofos románticos alemanes, como es el caso de Herder. Así, según Brincker la lectura de aquel filósofo inspiraría a Grundtvig a dar gran importancia a la lengua danesa (2003, p. 414). Pero mientras para Grundtvig, la lengua danesa junto con la historia y la mitología suponían medios para despertar la conciencia nacional e inspirar a los daneses para que trabajasen por el bienestar de su país, detrás de la importancia capital asignada a la lengua alemana por autores como Arndt o Fichte, contemporáneos con el pastor danés, se proyectaban concepciones tales como el constituir aquella la más importante prueba de la nacionalidad alemana, la pureza de la raza alemana o la necesidad de construir una poderosa y gloriosa Alemania (Yahil, 1991, p. 475).

Autores como Kaspersen señalan que la identidad nacional danesa surgió como una respuesta al nacionalismo alemán (2001, p. 127). De esta forma, aquel autor argumenta que la autoconciencia de ser danés y como tal de formar parte del pueblo danés, se desarrolló durante el siglo XIX como una respuesta a la amenaza representada por una Alemania con ansias expansivas. Otros autores como Bjorn señalan que el conflicto de Dinamarca con una Alemania que emergía de la maraña representada por el mapa político de centro Europa, contribuyó de una forma decisiva a dar la forma final de la identidad danesa (2000, p. 123).

En todo caso, independientemente de las dos posiciones, resulta claro sostener la importancia capital del nacionalismo alemán para la identidad nacional danesa y como el primero, de una forma directa o indirecta, ha influido en la manera particular que han tenido los daneses de concebirse como comunidad nacional. Así frente al carácter antiliberal que empapaba a gran parte del nacionalismo alemán a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en Dinamarca se fue asentando un pensamiento nacional de corte liberal en parte como reacción y oposición a la ideología que subyacía del primero, como así lo demuestra el rechazo de Grundtvig a las ideas de Fichte referidas a la superioridad de la cultura y lengua germanas (Böss 2015, p. 88)

El protagonismo de la clase campesina:

El campesinado suponía la clase más numerosa dentro del Estado danés en los albores del surgimiento de la nación danesa. Constituía el estrato social más populoso y a su vez el estrato sobre el que más se inclinaba el apoyo social a la monarquía. Así, a finales del siglo XVIII el campesinado constituía el 85 por ciento de la población en el reino danés. El punto de inflexión que acaba por transformar a esta clase en una protagonista absoluta del proceso de transición nacional, vendría a estar representado por las reformas promovidas por la monarquía absolutista a finales del siglo XVIII.

Será a raíz de las reformas de carácter agrario, que la clase campesina comenzará a obtener poder y un mayor peso específico dentro de la sociedad danesa (Korsgaard 2015, p. 315), poder y posición social que le llevarán en última instancia a desarrollar una autoconciencia como una clase capaz de liderar movimientos y transformaciones

importantes para el conjunto de la sociedad a lo largo de unas décadas decisivas para el futuro del reino de Dinamarca (Ostergard, 1992, p. 15; Ostergard 2015, p. 112). De esta forma esta clase social comienza a percibirse como la espina dorsal del Estado danés. De hecho, mientras que la clase media, y dentro de ella los liberales, se constituiría como un grupo social imprescindible en la lucha por democratizar Dinamarca y por tanto *nacionalizarla* concibiendo la igualación de todos los daneses como el medio más eficaz para alcanzar las cuotas de poder y posiciones de privilegio ansiadas desde hacía tiempo, el contingente del campesinado se constituiría como el instrumento imprescindible en la definición del talante y rasgos de la nueva identidad nacional danesa. Como ya se ha declarado, será este contingente la principal vía de expresión del pensamiento de Grundtvig, así como el encargado de materializar su obra en la realidad práctica.

Debe remarcarse a su vez el papel fundamental jugado por el campesinado tras el desastre de 1864, año en el que finalmente Dinamarca perdería la soberanía sobre los ducados alemanes de Holstein y Schleswig arrebatados tras una segunda guerra contra la poderosa Prusia. En el nuevo escenario que se abría tras aquellas pérdidas, el campesinado sería la clase que más defendería y se aferraría al slogan que se hizo popular en Dinamarca donde, como reacción inmediata a aquella catástrofe, se pedía recuperar dentro, aquello que se había perdido fuera (Brincker 2003, p. 424). El campesinado entonces se puso al frente del Estado nación en un momento crítico en que algunos vaticinaban muy poco futuro al Estado danés, llegando incluso desde algunos sectores a defenderse su anexión al nuevo estado germánico[39].

<u>El asociacionismo:</u>

El tradicional carácter asociacionista de la sociedad danesa, también constituirá un elemento fundamental para la configuración de la idiosincrasia final de la comunidad

[39] El el año 2010 la reina danesa Margarita II hizo posible que se revelaran nuevos documentos históricos a petición del autor Tom Buk-Swienty por los que saldría a la luz que el monarca danés Cristián IX había ofrecido Dinamarca a los alemanes tras la derrota de 1864. Según el documento, Cristián IX secretamente ofreció a Guillermo I de Prusia que Dinamarca se convirtiera en parte de la Confederación Alemana, pero Alemania rechazaría la oferta.
Noticia publica en el diario *Politiken*, el 18/08/2010 y editada por Julian Isherwood. Accedido a la noticia online el 19/11/2020 https://politiken.dk/newsinenglish/art4985386/Denmark-offered-itself-to-Germany

nacional danesa. Tal fenómeno asociativo de la sociedad danesa se puede observar a lo largo de los años anteriores al estallido de la identidad nacional. Ejemplo de este carácter propio de la sociedad danesa son las *Sociedades Patrióticas* que tuvieron mucho eco durante la etapa del Estado conglomerado danés, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVIII (Engelhardt, 2007, p. 209). Este asociacionismo evidencia la presencia de una importante semilla democrática en el seno de aquellas sociedades, ya que sus participantes son considerados como miembros iguales con todos sus derechos.

Las asociaciones pues, se nos presentan como una especie de escuela de democracia que no sólo promueve los ideales de igualdad entre sus miembros, sino que también de una forma más específica, favorece una participación igualitaria de todos sus miembros. Así Kaspersen resalta la estructura democrática y funcionamiento de las asociaciones como un hecho imprescindible para poder entender la democracia danesa (2001, p. 128). En el fondo, según aquel autor, lo que sobresale es el aspecto educacional de formar parte de una asociación en donde cada miembro de alguna manera debía entrar en contacto y participar de procedimientos democráticos.

Igualmente, este asociacionismo favorece la conciencia de sus miembros, al igual de los que están fuera, de estar participando en una organización al margen de los poderes formales. Por tanto, se presentan también como organizaciones alternativas con vida propia que desafían el poder convencional de las instituciones y gobernantes oficiales. Este hecho apunta claramente a una sociedad más dinámica capaz de desenvolverse por sí misma sin necesidad de seguir los dictados provenientes de centros de poder lejanos y desconocedores de la realidad del día a día. Sólo bajo esta premisa se puede entender, por ejemplo, el enorme éxito asociativo que se deja entrever tras los fenómenos liderados por la figura de Grundtvig después de la derrota sufrida por Dinamarca en 1864. De acuerdo con Korsgaard a partir de esta fecha y en base al pensamiento educativo del pastor, se producirá un desarrollo de la sociedad civil en la forma de escuelas libres, iglesias libres y organizaciones libres (2015, p. 319). Para Korsgaard, de todo ello se desprendía una premisa que sostenía que la libertad no podía ser garantizada por el Estado, más bien debía ser asegurada por el pueblo.

Una de las principales materializaciones de este carácter asociacionista que verá sus frutos en los primeros años de vida de la nación danesa a finales del siglo XIX será el movimiento cooperativista, que tendrá una gran importancia dentro del estrato campesino y que cabe destacar supondrá una herramienta imprescindible y de gran eficacia para poder llevar a cabo la transición del mundo rural a la nueva economía capitalista de mercado y competitiva a nivel internacional. Es de gran importancia también este carácter asociacionista para el nacimiento y consolidación de movimientos alternativos a la Iglesia oficial que además desarrollarán unos sistemas educativos alternativos a aquellos fomentados por el Estado.

Estos sistemas alternativos tendrán una gran importancia para la formación de estratos de la sociedad que sin estas escuelas seguramente no serían formados y si lo fueran, lo harían de una forma que chocaría con los intereses y valores de aquellas clases tan particulares como la de los campesinos y granjeros. Por último, este carácter asociacionista tendrá también una gran importancia en el futuro movimiento obrero que pasará a tener un gran protagonismo a principios del siglo XX y que será un actor fundamental en la conformación de la ideología socialdemócrata que pasará a dominar y a influenciar enormemente a la Dinamarca del siglo XX.

c. El desastre de 1864: La consolidación de la clase campesina y del legado de Grundtvig al frente de la era nacional de Dinamarca.

La primera victoria de Dinamarca frente a Prusia en 1848, no se trató de una victoria sólida y consolidada, sino que más bien supuso una paz frágil que conllevaba el mantenimiento del *statu quo* anterior al enfrentamiento, y en la que los intereses estratégicos y geopolíticos de las grandes potencias europeas tuvieron mucho que ver (Brincker 2003, p. 421; Yahil 1991, p. 458). La situación de aparente normalidad y calma tensa no se pudo aguantar más hasta que finalmente en 1864 volvió a estallar un enfrentamiento abierto provocado nuevamente por las tensiones con los ducados alemanes. Dinamarca salió derrotada de esta última contienda y ello produciría la última de las amputaciones que había venido sufriendo en su territorio, ya que los ducados de Holstein y Schlewig pasaron a formar parte de Alemania.

Tras el desastre de 1864 Dinamarca, ya inmersa dentro de la etapa nacional, comienza una nueva andadura marcada sobre todo por las tiranteces entre los liberales y la clase campesina. En última instancia será el campesinado junto a los pequeños/medianos granjeros los que acabarán imponiéndose. Para Ostergard la nueva élite gobernante surgida de la revolución pacífica democrática, compuesta por una pequeña burguesía y oficiales del Estado entrenados al estilo alemán, había perdido toda fe en la supervivencia del Estado danés tras la debacle de 1864 y la aparición de una poderosa Alemania unificada al otro lado de la frontera (1992, p. 4).

Es en este momento cuando las clases campesinas y de pequeños agricultores tomarán las riendas de la nueva nación. Durante las últimas décadas y bajo el manto ideológico tejido por Grundtvig, esta clase había ido desarrollando una conciencia propia de clase junto con la idea de concebirse a sí mismos como la espina dorsal de la sociedad danesa. Se proclamó entonces una estrategia consistente en ganar internamente aquello que se había perdido fuera, reflejada en la famosa expresión, *ha habido pérdidas externas, pero ahora habrá ganancias internas*. De acuerdo con Dyce (2010, p. 460) la estrategia derivaría en parte de una frase formulada en aquel sentido y atribuida al agricultor *Mylius Dalgas*. Como prueba, una vez más, de la constante retroalimentación experimentada dentro del tándem Grundtvig/clase campesina y agricultores, tras la dolorosa derrota sufrida en 1864, la frase será utilizada como lema por el *Danskeren* que era la publicación periódica del propio Grundtvig. Prosigue Dyce en apuntar que aquella frase acabaría teniendo un importante significado moral y cultural, en el sentido en que consiguió proyectarse la idea de que la pérdida de territorios por parte de Dinamarca podría tener una derivada positiva en cuanto al fortalecimiento de la moral y cultura del pueblo.

De esta forma, es tras la derrota de 1864 cuando las Folkehøjskole fundadas por Grundtvig encuentran un punto de inflexión en cuanto a su despegue, pasando a ocupar a partir de entonces un rol fundamental dentro de la nueva sociedad danesa. Como muestra de la importante expansión experimentada por estas escuelas, hay que señalar que mientras en 1860 había diez Folkehøjskole, en la década inmediatamente posterior a la guerra de 1864 su número ya se había incrementado hasta las sesenta (Yahil, 1991, p. 454). Pero este fenómeno no se limitó tan sólo a esta institución educativa ideada por

Grundtvig, sino que todo su pensamiento y aquello que acabaría por definirse como *Grundtvigianismo*, pasó a tener un gran impacto en la sociedad danesa tras la derrota de 1864 ocupando a partir de aquellos hechos históricos un papel decisivo en la construcción y desarrollo de la identidad nacional de Dinamarca (Hall & Korsgaard 2015, p. 12; Korsgaard 2015, p. 318).

d. Características y rasgos definidores de la identidad nacional danesa.

De acuerdo con el contenido teórico y tipología de nacionalismos propuesta por la profesora Greenfeld, en primer lugar, habría que destacar el carácter individualista del nacionalismo danés. Asimismo, siguiendo los preceptos de la profesora, inevitablemente partiendo de aquel carácter individualista, la identidad nacional danesa también presentará un talante marcadamente civil. Así, la preeminencia dada a cierto contenido étnico por autores tan importantes para la construcción nacional danesa como Grundtvig, obedecería más a un mecanismo de reacción frente al proceso de germanización del que había sido objeto la sociedad danesa durante el siglo XVIII (Dyce 2010, p. 459) y de una forma más patente, una contestación frente a la agresividad y ansias expansivas del nacionalismo étnico alemán durante el siglo XIX (Böss 2015, p. 83; Yahil 1991, p. 464).

Este contenido individualista ahonda pues en una aspiración democrática de aquella identidad nacional. Por lo tanto, para el caso danés al igual que sucedía en Inglaterra, nacionalismo y democracia pasan a constituirse como un dúo inseparable.

Detrás de este carácter individualista se apuntan varios hechos, como el carácter asociacionista que tradicionalmente había mostrado la sociedad danesa o la figura del campesino idealizada en un contexto más amplio escandinavo como el hombre libre e independiente a partir del cual se construirá la nación danesa. La propia Greenfeld sostiene que el nacionalismo de tipo individualista es más probable que surja si durante su periodo de formación el nacionalismo atrae y sirve los intereses de amplios sectores de la sociedad como es el caso danés (2006, p. 77). Pero de la mano de estos elementos

de índole estructural y mayor abstracción, la figura de Grundtvig vuelve a jugar un papel decisivo también en este aspecto.

Partiendo del cuerpo doctrinal elaborado por Grundtvig y a través de las diversas organizaciones ideadas por aquel para poner en práctica su pensamiento, el contenido individualista comenzará a *institucionalizarse* en el seno de una sociedad danesa que desde hacía poco había abrazado el estatus de nación. Gran parte del ideario del pastor descansaba sobre aquellos valores liberales e individualistas. Las propias escuelas fundadas por aquel, las Folkehøjskole, estaban asentadas sobre aquellas ideas las cuales Grundtvig había conocido precisamente durante sus viajes a Inglaterra entre los años 1829 y 1831. Según varios autores, estas visitas habían inspirado de una forma decisiva el pensamiento político del pastor (Korsgaard 2015, p. 193; Vind 2015, p. 254; Brincker, 2003, p. 415; Yahil, 1991, p. 464).

Pero para el caso particular de Dinamarca, el individualismo que vendría a caracterizar a la nueva identidad nacional se encontraba en estrecha relación con el papel primordial asignado a la educación. El responsable de esta conjunción será el propio Grundtvig quien veía a la educación como el instrumento imprescindible para alcanzar el estatus nacional en Dinamarca. De esta forma, Grundtvig supo identificar como un objetivo valioso a perseguir por la sociedad danesa aquella derivación del proceso nacional que tendía hacia una igualdad de todos los miembros de una determinada nación y en su búsqueda personal de tal objetivo, sitúa a la educación, cultural y vocacional, como el medio indispensable para alcanzar tal fin:

> For Grundtvig it is education, cultural and vocational, that will make all individuals – of whatever class or rank – the equal of their fellow beings and facilitate the transition from absolute government to the people's government (Pedersen 2015, p. 417)

Para el caso específico de la identidad nacional danesa, las nociones de individuo y comunidad se encuentran perfectamente entrelazadas y la importancia del individuo y de la libertad adherida a éste (libertad espiritual: libertad de fe, de expresión y de conciencia), se potencian en la medida que aquel individualismo en última instancia beneficiará al bien común de la comunidad. Se trata pues de un viaje de ida y vuelta: la

comunidad asegura aspectos como la realización, libertad espiritual y dignidad del individuo y es a través de este individualismo institucionalizado que la comunidad se asegura a su vez que los individuos que conforman la nación se interesen por el bien común que repercutirá en toda la comunidad. Tal y como sostiene Pedersen todo aquello que es capaz de afianzar una estructura de dignidad para el individuo es más importante que la propia persona (2015, p. 418).

Otro de los factores definitorios de la identidad nacional danesa, es el importante peso que tendría la sociedad civil más allá de los gobiernos e instituciones. Posiblemente fruto de la tradición asociacionista y del legado de la figura central del campesino/granjero libre e independiente, se nos presenta una nación conformada por individuos dinámicos los cuales proyectan una autonomía propia y una potencial iniciativa política más allá de autoridades superiores y convencionales. Así, tal y como sostiene Kaspersen, el asociacionismo en Dinamarca se encuentra muy conectado a la idea de proyecto nacional (2001, p. 128). De esta forma, el caso danés apunta a un asociacionismo con un calado real y efectivo en el seno de la sociedad civil, capaz de complementar la gobernanza de democracias liberales representativas. Para Kaspersen la estructura democrática compleja derivada de la substancial presencia del asociacionismo en Dinamarca, al menos desde mediados del siglo XIX, ha venido actuando como medio para desarrollar un Estado del bienestar fuertemente descentralizado, pero, aun así, basado en algunos principios universales (2001, p. 126).

Nuevamente en este punto se hace necesario mencionar la figura de Grundtvig. A partir de sus ideas sobre la educación popular, los seguidores de aquel, comenzaron a proyectar una sorprendente autoconciencia en donde el concepto de pueblo quedaba ligado cada vez más a la sociedad civil. De esta forma, a medida que el movimiento avanzaba, más que nunca lo «popular» comenzaba a percibirse como contrapunto al Estado. La noción de popular había pasado a convertirse casi en sinónimo de aquello que se encontraba fuera del Estado (Korsgaard 2015, p. 321).

Por tanto, una vez más, a través de la difusión del pensamiento de Grundtvig y de su materialización en organizaciones concretas, factores que habían caracterizado tradicionalmente a la sociedad danesa pasaban a *institucionalizarse* en el nuevo marco nacional que regía ahora sobre los daneses. Así, en función de estas concepciones

defendidas por los autores Kaspersen y Korsgaard, en relación a la tradición asociacionista y los movimientos populares que siguieron a Grundtvig, se puede entender, por ejemplo, como los campesinos daneses se decantaron por un modelo de cooperativa el cual acabó siendo un éxito a finales del siglo XIX (Hjermitslev 2015, p. 372; Korsgaard 2015, p. 323). De una forma más concreta Brincker (2003, p. 415) asegura que "*the cooperatives were inspired by Grundtvig's ideal of the independent peasant"*

También la capacidad de adaptación a nuevos escenarios constituye otra de las características de la identidad nacional danesa. Se trata pues de un nacionalismo dinámico, no hierático, en el que la aparición de nuevos escenarios no rompe los esquemas, ni descoloca excesivamente a los miembros de la identidad nacional, sino que aquella identidad es capaz de adaptarse o de sobrellevar la nueva situación sin que se produzca un trauma o una crisis importante en su seno. De esta forma los intereses de los diversos miembros de la identidad nacional son capaces de moldearse, están más acostumbrados a la negociación, al diálogo y búsqueda de consenso[40] como única herramienta viable para hacer frente a desafíos o escenarios alternativos (Bjorn, 2000, p. 129). Esta característica resulta trascendental para comprender la actitud de los daneses una vez consumada la derrota de 1864 y producirse así la última de las amputaciones (los ducados de Holstein y Schleswig) del que otrora suponía un auténtico imperio hegemónico dentro de la región del atlántico norte.

Bajo el lema extendido por toda Dinamarca de *recuperar dentro, aquello que se había perdido fuera* la nueva nación supo reinventarse y revertir un clima de frustración y humillación, consiguiendo la cohesión de sus miembros en torno a unos objetivos introspectivos que en última instancia buscaban un fortalecimiento de los valores que habían sido señalados como propios de la identidad nacional danesa.

Brincker se refiere a una derrota externa transformada en una victoria interna por medio de esfuerzos tales como cultivar la tierra o apoyar la educación pública (2003, p. 424).

[40] Se pueden localizar «rastros» de esta cultura del consenso incluso en episodios históricos anteriores al siglo que vio el despertar nacional de Dinamarca: "…. After 1784 the state ceased to have this theoretical perspective and the freedom of civil society now came to be located in the general public spirit…. this notion of the general public spirit…. referred purely to a general pubic which created public opinion in the utopian, consensus-seeking sense of enlightened philosophy…." Horstbøll & Ostergard (1990, p. 159)

En última instancia aquellos esfuerzos vuelven a remarcar el carácter individualista del nacionalismo danés, pues en definitiva apuntaban a una reafirmación de la libertad, realización y dignidad de las personas, sobre todo de aquellos que habitaban las zonas rurales que no debe olvidarse, constituían el contingente más numeroso y a la vez más necesitado de educación. Así, tras la derrota de 1864 y la pérdida de los ducados, los individuos se convierten en el principal recurso sobre el que se erigirá el cambio de rumbó en el que se verá envuelto la nación danesa. El mismo autor insiste en referirse a la derrota danesa como una derrota gloriosa que acabó siendo transformada en un refuerzo moral (2003, p. 424).

Por su parte Dyce defiende que el lema se convirtió en uno con fuerte carga moral y cultural, según el cual la pérdida territorial de Dinamarca podría haber traído consigo un buen resultado en términos de un fortalecimiento moral y cultural del pueblo (2010, p. 460).

Un factor que merece destacarse y que está ligado con el anterior, es la importancia que tiene la práctica continua del debate como herramienta enraizada en la sociedad e instituciones danesas desde, al menos, finales del siglo XVIII cuando ya podían apreciarse tales rasgos en la forma de gobernar de la monarquía absolutista (Damsholt 2015, p. 154). Por tanto, esta herramienta se encuentra presente en la sociedad danesa incluso antes de la instauración de la democracia y del surgimiento de la nación. Para Damsholt la visión política del propio Grundtvig quedaría inscrita en una *amplía tradición danesa* de interpretación de la democracia, que se centraba más en aspectos relacionados con el debate y la responsabilidad, que en la democracia entendida como un sistema formal de votación y representación (2015, p. 165). Grundtvig favorece el debate abierto como prerrequisito para definir el bien común.

El autor Ostergard nos habla de la existencia de una forma particular de populismo o ideología popular (*folkelighed*) que remarcaba la importancia del consenso entre la gente (2004, p. 38). Por su parte Bjorn sitúa esta cualidad detrás de la escena política de la Dinamarca del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX en donde se aceptaba ampliamente una forma particular «de hacer» danesa relacionada con el funcionamiento de la sociedad (2000, p. 129). En última instancia según el autor, aquella sociedad estaría marcada por un espíritu democrático y una voluntad dominante desde todos los

sectores por la búsqueda de soluciones a los problemas a través del compromiso y el consenso.

Por tanto, no se trata aquí de los intereses particulares de una autoridad suprema a los que los miembros de aquella nación deben supeditarse y trabajar al unísono para su consecución al precio que sea, pues la autoridad suprema constituye en última instancia la esencia de la nación. Al contrario, acostumbrados a lidiar con una multiplicidad de intereses, tantos como miembros componen la nación y que a su vez engrosarán la comitiva participante de la propia negociación y diálogo encaminados a determinar el bien común, el continuo debate se constituye como un elemento imprescindible a la hora de entender la nación danesa. Igualmente, de aquel talante negociador y dialogante se desprende una identidad nacional más flexible y permeable.

Todos los factores mencionados, apuntan en general a un compromiso democrático y a un talante eminentemente liberal de la identidad nacional danesa. A modo de conclusión cabe señalarse que surge en Dinamarca, como reflejo directo de aquella identidad nacional, una cultura política cuya máxima caracterización vendría dada por la fijación de un bien común para la comunidad a través de un continuo debate del que participan sus miembros como individuos libres, realizados e independientes y que, como tales, la comunidad se garantiza que siempre tenderán hacia un bien común.

3.2 LAS ISLAS FEROE COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR

a. Introducción[41].

Las islas Feroe son un conjunto de dieciocho islas situadas en el Atlántico Norte a medio camino entre Islandia y Escocia. Se trata de un conjunto de islas montañosas, relativamente cercanas unas a otras y con una extensión muy reducida, ocupando el conjunto de las islas una superficie terrestre total de 1.399 kilómetros cuadrados. Su población siempre ha sido también muy escasa e históricamente se ha concentrado la mayor parte de ella en la capital Tórshavn. En abril del 2017 las islas alcanzaron el hito histórico de sobrepasar los 50.000 habitantes, una cifra perseguida como objetivo por las autoridades desde los primeros años del siglo XXI.

Fuentes escritas datadas en el año 825 nos hablan de la presencia de monjes irlandeses en las Islas Feroe y que estos habrían estado habitando aquellas islas durante al menos cien años. Estas fuentes no mencionan que a la llegada de estos monjes a las islas existiera una población indígena (Adler-Nissen 2014, p. 56; Stummann Hansen 2003, p. 62). Finalmente, en el siglo IX comienzan a llegar a las Feroe contingentes nórdicos que son los que finalmente acabaran asentándose conformando sociedades organizadas. Este contingente, erigido en germen de la actual población feroesa, lo conformaban emigrantes procedentes de Noruega que llegaron a las islas bien por la necesidad de buscar nuevas tierras o bien por que escapaban de la tiranía del primer rey de Noruega, Harald I. Las fuentes también nos hablan como los monjes irlandeses, que como se ha dicho fueron los primeros en asentarse en aquellas latitudes, fueron ahuyentados por los continuos saqueos de los vikingos.

El nombre de islas Feroe (*Føroyar*) deriva del Nórdico antiguo y significa «islas de las ovejas», nombre que le fue asignado durante la época de los colonos vikingos. La lengua propia de los feroeses deriva de la lengua hablada por los primeros colonos nórdicos y ha sobrevivido a siglos de coexistencia con la lengua danesa.

[41] **Anexo 2**: Mapa de las islas Feroe y evolución histórica de su número de habitantes.

Durante la mayor parte de su historia las islas Feroe han estado bajo el dominio de una entidad política continental. Primero estuvieron ligadas políticamente al Reino de Noruega y posteriormente, cuando a finales del siglo XIV las monarquías noruega y danesa se unieron para formar la *monarquía dual*, las Feroe poco a poco se fueron desplazando hacia la órbita política, cultural y social de Copenhague pues eran los daneses los que tenían un mayor peso y poder dentro de la unión. Es a principios del siglo XIX, como consecuencia de la derrota de Dinamarca en las guerras napoleónicas y tras la cesión de Noruega a Suecia, que las islas Feroe quedan finalmente desligadas de forma total de Noruega, permaneciendo junto a Islandia y Groenlandia bajo la soberanía del monarca danés.

En la actualidad y de acuerdo con el contenido de la página web[42] del gobierno de las islas Feroe en su apartado referente al estatus constitucional (*Constitutional status* en su versión en inglés), las islas Feroe se definen como una nación autónoma dentro del Reino de Dinamarca.

b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político.

A continuación, se tratarán los principales factores dentro del contexto de las Feroe que a priori se entiende pueden haber afectado de una manera u otra una posible articulación del archipiélago sobre un ente de naturaleza política.

Para el caso de las islas Feroe conviene destacar que hay dos características dentro de los factores meramente naturales que podrían entenderse reforzarían la tendencia hacía una articulación política del archipiélago. Uno sería un territorio aún más reducido (se trata del conjunto de islas con la extensión de territorio terrestre más pequeño dentro de los examinados por el estudio) que entre otras cosas permite un volumen de población menor y el otro lo representaría la escasa distancia que existe entre la mayoría de islas

[42] Página web visitada en fecha 10/08/2020:
https://www.government.fo/en/foreign-relations/constitutional-status/

que componen el archipiélago. De hecho, en la actualidad varias de las islas se encuentran comunicadas entre sí a través de puentes o túneles.

No obstante, para el caso de las islas Feroe aparecen otros factores, sobre todo, aquellos derivados de la infinita gama de relaciones acaecidas y entretejidas entre sus pobladores, que presentan dinámicas y argumentos aún más sólidos que en principio pareciera que reforzarían la tendencia común de los ANFA en este archipiélago. Para tratar estos factores se empleará una división que distinguirá por una parte entre aquellos factores dimanantes de las relaciones entre sus habitantes con independencia de la isla que se habitara, mientras que por otra, se aludirá a los factores derivados de las relaciones entre las diversas islas del archipiélago.

Dentro del primer grupo se tratará a continuación el factor cultural. Este factor cultural se entiende que ha cooperado activamente en reforzar una tendencia en favor de un ente de naturaleza política que englobara a las islas, llevando a cabo una labor de homogeneización entre sus pobladores a la vez que se iba forjando una visión singularísima a la hora de concebir el mundo y su realidad desde las propias islas. Merecen aquí una mención especial y mayor detenimiento tanto la lengua feroesa como la arraigada tradición de las baladas y de la narración oral.

Los primeros pobladores de las islas Feroe fueron emigrantes procedentes de Noruega llegados durante el siglo IX, que con el paso del tiempo se fueron asentando como sociedades organizadas en el marco del territorio isleño. Durante mucho tiempo la lengua hablada en las islas era bastante cercana a los dialectos presentes en el oeste de Noruega, sin embargo, a medida que las islas con el tiempo empezaron a distanciarse de la órbita de Bergen (puerto muy importante perteneciente al Reino de Noruega), la lengua de las islas al mismo tiempo de una forma gradual se fue separando también, desarrollando de esta forma una construcción lingüística independiente (Nauerby 1996, p. 30).

Aunque ha coexistido durante muchos siglos con la lengua danesa, lo cierto es que durante todo este tiempo la lengua feroesa ha mantenido el estatus de ser la lengua de lo privado y la intimidad, la que era hablada por las familias en sus casas, mientras que el danés durante mucho tiempo gozó con el privilegio de ser la lengua exclusiva en

ámbitos tales como la religión y la política. A pesar de ello, la lengua de las Feroe ha conseguido sobrevivir a muchos siglos de coexistencia con el danés. En todo caso para el apartado que aquí interesa, conviene resaltar que la lengua de las islas se trataba de una lengua común a todos los habitantes con independencia de la isla que habitaran y además cabe remarcar que nos encontramos con una lengua originaria de las islas, tan sólo hablada en ellas.

Otro ingrediente fundamental dentro del elemento cultural tejido a lo largo de las generaciones por los isleños, es una fuerte tradición de narrativa oral de los sucesos del pasado junto con otras manifestaciones verbales en forma, por ejemplo, de baladas, desarrolladas y mantenidas en el seno del ámbito privado de los hogares feroeses. En última instancia esta tradición suponía mantener vivo el pasado de las islas al mismo tiempo que consolidaba una forma particular de narrativa, y por tanto de comunicación, surgida de la sociedad feroesa y dirigida sin intermediarios a aquella misma sociedad.

El término en feroés de esta tradición narrativa es *Kvoldsetur* y su plasmación tenía lugar en eventos diarios en donde todos participaban contando historias y escuchándolas. De acuerdo con Wylie (1987, p. 42) el pasado local de esta forma pasaba a ser universalmente accesible a la vez que su recuerdo era institucionalizado de una forma activa y colectiva.

Esta costumbre fuertemente arraigada en las islas constituyó durante mucho tiempo una de sus tradiciones más peculiares. Así, especialmente en las tardes de invierno, después de las jornadas de trabajo diurno, la familia y trabajadores contratados se reunían en las cocinas de las casas cuando ya amenazaba en oscurecerse el día prosiguiendo con aquellas labores que sí se podían llevar a cabo dentro de la casa como eran cardar o tejer. Es en estas reuniones donde se contaban historias ambientadas en las islas y protagonizadas por sus vecinos, muchas veces mezclando realidad con ficción y leyenda. Las fuentes de aquellas historias residían o habían residido en las islas, concretamente en el seno de las generaciones y generaciones que se iban transmitiendo aquellos relatos. En base a ello se fue construyendo alrededor del núcleo local y familiar de la sociedad feroesa un relato histórico propio que, añadiendo ciertas dosis de mitología y leyenda, fue contribuyendo a ubicar en un presente común y honorario con el pasado a múltiples generaciones de isleños.

Más genuino aún de las islas Feroe es el subgénero *Tættir* que adopta la forma de baladas con un fuerte contenido satírico. La temática de estas composiciones comprendía personajes identificables y cobraba autenticidad al desarrollarse en enclaves geográficos conocidos e incluir nombres de lugares de las islas. De acuerdo con Galvin desde al menos tres siglos, los habitantes de las Feroe han creado, cantado y bailado estas obras satíricas para cubrir necesidades sociales (1989, p. 42).

De esta forma uniendo los dos componentes tratados del factor cultural se puede concluir que la lengua feroesa fue no sólo un instrumento de comunicación que como ya se ha visto contribuyó a la cohesión de los habitantes de las diferentes islas y a fortalecer una singularidad cultural común a todas ellas, sino que también se erigió como el medio encargado de preservar una cultura secular reflejada a través de una extensa tradición oral de baladas y leyendas (Debes 1995, p. 67)

Este factor cultural, en donde la lengua y la tradición narrativa se funden, constituiría una importante semilla para el potencial desarrollo de futuras identidades colectivas que pudieran encajar en esquemas políticos y sociales que acabarían por imponerse en un futuro todavía por vislumbrar.

Otro de los factores que se encuadra dentro de aquellos que dimanan de las dinámicas históricas de la sociedad feroesa, sería la uniformidad reflejada en la estructura jerárquica y social de la población feroesa durante gran parte de la historia, al menos hasta finales del siglo XIX como ya se argumentará más adelante.

Este hecho de la igualdad como sello distintivo de la estructura social de las Feroe obedece sin duda a varias razones de entre las que pudiera enumerarse el aislamiento y las complicadas condiciones de vida aparejadas a aquellas tierras y que sin duda disuaden nuevos asentamientos ya fueran individuales o colectivos.

No obstante, una de las razones que más interesa a esta investigación, ligada con fenómenos de índole socioeconómica, estaría directamente relacionada con el establecimiento de un monopolio operado durante varios siglos como sistema para regir las relaciones comerciales internas y externas de las Feroe.

De esta forma, ya a finales del siglo XIII, el rey había comenzado a supervisar el comercio de las Feroe mediante el otorgamiento de privilegios comerciales a mercaderes a los que interesaba tener satisfechos. Es en el año 1620 cuando los vínculos comerciales con el continente se mueven de Bergen a Copenhague y a los feroeses se les prohíbe comerciar en otros lugares (Wylie 1987, p. 26). Finalmente, en el año 1709 el comercio de las Feroe pasó a ser un monopolio real, el cual perduraría hasta la introducción de un sistema de libre comercio en las islas en el año 1856 (Wylie 1987, p. 39). Esté hecho ayudó enormemente a prolongar en el tiempo la sencilla estructura social de las islas, evitando entre otras cosas la excesiva concentración de riquezas en manos de algunos habitantes y con ello las posibles desigualdades económicas que pudieran surgir entre unos y otros[43].

Conscientes de esta posible amenaza, durante la etapa en la que rigió el monopolio real hubo una oposición generalizada desde la propia población feroesa a que se liberalizara el sector y se levantara el sistema monopolista, destacándose en esta posición contraria los pequeños granjeros tal y como señala Wylie (1987, p. 85). En definitiva, aquella ausencia de libertad comercial de una forma indirecta conllevó el mantenimiento durante un largo período de tiempo de una población aparejada en términos económicos y en última instancia en términos de poder e influencia. Igualmente, de forma indirecta se evitaba una importante fuente de agitaciones sociales y del posible desarrollo de amplios sectores de la sociedad desestructurados que en última instancia pudieran tensionar la «paz social» de las islas.

A aquella igualdad y cohesión social propia de las Feroe, ayudaba también una estructura de clases bastante peculiar. De esta forma según Wåhlin (1989, p. 29) no se dio en las islas Feroe una nobleza feudal, y los funcionarios de alto rango que residían en la capital Tórshavn, eran tan pocos que no se les podía considerar como una clase. Así, prosigue Wåhlin, hasta finales del siglo XIX la espina dorsal de la sociedad feroesa la conformaba un tipo de campesino poseedor de granjas medianas. Wylie confirma este hecho declarando que al contrario que en Dinamarca, las Feroe no disponían de nobleza ni de clase media (1987, p. 22). Para este autor, los feroeses continuaron siendo durante

[43] El *Logmdur* (figura institucional de gran relevancia en las Feroe) Hans Debes advertía mediante un escrito de 1766 que la instauración del libre comercio en última instancia significaría para las islas el dar la oportunidad a unos pocos hombres ricos de desangrar al pueblo y por tanto destruir la igualdad tan atrayente de aquellas islas (Wylie 1987, p. 62)

largo tiempo campesinos libres cuyo estilo de vida apenas se vio alterado hasta el siglo XIX.

También conviene reseñar que el elemento danés siempre fue minoritario[44] dentro del conjunto poblacional de las islas, con lo que siguiendo a Debes este elemento danés era demasiado pequeño como para producir una influencia cultural significativa (1995, p. 64).

Por último y no menos importante a la hora de robustecer aquella estabilidad de la estructura social isleña, conviene destacar como las islas Feroe no han sido un territorio tradicionalmente castigado por olas migratorias. Normalmente los isleños han emigrado a la Dinamarca continental pero más bien se ha tratado de episodios esporádicos. Así, por ejemplo, durante el período de 1801-1901 en el que se vivió un proceso de emigración a gran escala desde los países nórdicos y las islas Shetland, las islas Feroe no sólo quedaron al margen de aquel fenómeno, sino que su población casi se triplicó (Debes 1995, p. 73). Todo lo anteriormente enunciado dibuja una sociedad feroesa coherente en su origen y asentada sobre una curva constante, expresión de un orden social estable y sostenible alejado de sobresaltos traumáticos. Ello ha afectado a los núcleos sociales más básicos e inmediatos como la familia o el entorno local de pueblos y vecindades, los cuales como consecuencia se presentan de cara al isleño como instituciones estables y referentes válidos para describir y guiar su realidad particular.

Otro factor de gran importancia que refuerza la tendencia hacia una articulación política común para el archipiélago, lo constituye el hecho indiscutible de erigirse históricamente Tórshavn en el núcleo poblacional más importante de las islas; lugar de asentamiento de las principales instituciones políticas, comerciales, sociales e incluso militares del archipiélago. Su rol hegemónico como principal población de las islas no ha sido cuestionado en ningún momento de la historia y debido a este factor, puede definirse este archipiélago como el más *centralista* de entre todos los que son objeto de examen en la tesis.

[44] De acuerdo con Galvin (1989, p. 116) los daneses tradicionalmente suponían un muy pequeño porcentaje de la población (sacerdotes y administradores en su mayoría) y raras veces aprendían la lengua feroesa.

El último de los factores dimanantes de las relaciones entretejidas entre los habitantes de las Feroe con independencia de la isla que se habitara, se refiere a la vivencia, por parte de aquella sociedad en su conjunto, de un acontecimiento histórico de gran magnitud. Este acontecimiento en particular, por su gran trascendencia e impacto tendrá una repercusión muy profunda en los habitantes de las islas en todas las vertientes llegando por supuesto a salpicar tanto la política como la social. Tal y como describe Sølvará (2016) a lo largo de su estudio, las islas Feroe durante las dos grandes contiendas mundiales se vieron directamente afectadas e involucradas de una forma involuntaria por el hecho de estar ubicadas dentro del *tablero estratégico* comprendido por el Atlántico Norte, en donde dos de las grandes potencias enfrentadas, Alemania y Gran Bretaña, pugnaban por ejercer su dominio.

De esta forma las Feroe, tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Segunda, vivieron en sus propias carnes los estragos del conflicto abierto entre las grandes potencias. Mientras en la Primera Guerra Mundial las islas se vieron aisladas de las rutas comerciales y por consiguiente sufrieron la escasez de provisiones y productos básicos para su población, durante la Segunda Guerra Mundial se vieron cortadas directamente de una Dinamarca ocupada por los Nazis, completándose tal desconexión con la subsiguiente ocupación temporal de las Feroe por el ejército británico[45].

Durante estos dos hitos históricos de gran impacto, seguidos con cierta continuidad relativa en el tiempo, parece evidente que los feroeses de una forma consciente o subconsciente experimentaron de una forma comunal las consecuencias directas de unas singularidades padecidas por todos y cada uno de los habitantes de las islas, quedando al mismo tiempo en evidencia la contraposición y fragilidad del ente insular propio frente a una realidad continental más alejada que nunca.

A continuación, se tratarán los factores derivados de las relaciones entre las diversas islas del archipiélago. Dentro de estos factores hay uno que sobresale y que en principio

[45] Con el nombre de *Operación Valentine* las tropas británicas llevaron a cabo la ocupación de las Feroe en un esfuerzo por anticiparse a una posible invasión alemana de las islas. La ocupación duró hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, prolongándose desde 1940 a 1945, y de acuerdo con West las relaciones entre las fuerzas británicas y la población feroesa fueron excelentes (1972, p. 178).

En este período la bandera feroesa es reconocida oficialmente como la bandera de las Islas Feroe por el gobierno de Gran Bretaña. Se trató de una medida que perseguía ayudar a las autoridades a distinguir los barcos pesqueros feroeses de otras embarcaciones hostiles.

parece incuestionable su contribución a reforzar una materialización del archipiélago en la forma de un ente políticamente estructurado.

Nos referimos a una articulación institucional de carácter ancestral que rige para las Feroe en su conjunto desde los primeros tiempos del asentamiento nórdico. Esta articulación la protagonizaba la institución denominada *Løgting*, la cual se encontraba ubicada en Tórshavn y desempeñaba las funciones de parlamento o corte suprema. Con una denominación previa diferente, esta institución es de una gran antigüedad y algunos autores la sitúan cronológicamente a finales del siglo X:

> Probably well before the late tenth century, the Faroes formed a political unit whose principal parliament or high court met a Tórshavn (Wylie, 1987, p. 9)

De acuerdo con Wåhlin la institución común del *Løgting* representaba a todo el pueblo feroés (1989, p. 26). Establecida como asamblea de gobierno por los asentamientos vikingos que se fueron consolidando en las islas, a pesar de que durante la mayor parte de la era medieval y post medieval las islas cayeron bajo el dominio noruego y danés, en líneas generales se puede afirmar que el *Løgting* siguió conservando su estatus (Stummann Hansen 2003, p. 33).

En este sentido conviene destacar como esta institución milenaria ha resistido los envites tanto de noruegos como de daneses, los cuales en diferentes épocas históricas perpetraron ataques contra aquella institución. Así, de acuerdo con Stummann Hansen (2003, p. 63) en 1277 el Rey Noruego impuso su ley en las Feroe de esta forma despojando la capacidad legislativa de las manos del *Løgting*. Más reciente fue la disolución del *Løgting* llevada a cabo por Dinamarca en 1816, en los años inmediatamente posteriores a la derrota de Dinamarca en las guerras napoleónicas que supusieron la pérdida de Noruega y un terrible shock para la sociedad danesa. De esta forma es no sólo la propia institución en sí, sino también su enorme resiliencia mostrada a lo largo del tiempo frente acometidas procedentes del exterior, lo que se concibe como un factor de indudable importancia.

A pesar de los cambios experimentados y de sus modificaciones en relación con sus funciones, sin duda se trata de un elemento de gran importancia para los habitantes de las Feroe desde un punto de vista político. Es una institución que a lo largo de los siglos ha evidenciado una personalidad política propia aparejada al archipiélago feroés y se ha erigido en un orgullo que alimenta la autoestima del perfil político de sus habitantes debido a una originaria naturaleza democrática anclada en un pasado milenario muy distante para la mayor parte de las democracias modernas surgidas a lo largo del siglo XX. Igualmente conviene destacar como junto con el *Løgting* durante mucho tiempo también coexistieron los denominados como *parlamentos de primavera* con una lógica territorial, pues cada uno quedaba claramente demarcado a una isla o grupo de islas diferentes. Las islas pues a su vez estuvieron divididas en seis unidades locales, denominadas *syssel* (Wåhlin 1989, p. 26), cuyo órgano de expresión eran los antedichos parlamentos, hasta que finalmente con el paso del tiempo el declive de estos distritos concebidos como unidad legal y social se acabó consumando con la abolición de los *parlamentos de primavera* en 1896 (Wylie 1987, p. 125). Con todo, merece la pena remarcarse como las islas Feroe ya en la época antigua presentaban un entramado institucional de inspiración casi contemporánea en donde se combinaba el elemento insular con un elemento regional superior.

También dentro del tejido institucional que ligaba a las diferentes islas debe mencionarse la figura del *Bailiff*, descrito por Debes (1995, p. 66) como el representante de la Corona o del señor feudal en las islas. Generalmente este cargo lo desempeñaba un danés, sin embargo, únicamente residía en las islas desde finales de la primavera hasta comienzos del otoño y entonces durante su ausencia era designado temporalmente para el cargo un feroés.

Debe señalarse también que eclesiásticamente las Feroe constituían un obispado separado (Wylie 1987, 18).

Finalmente, dentro de este segundo grupo de factores también hay que señalar uno ligado con otro acontecimiento histórico de enorme magnitud. Se trata de un factor surgido a raíz del referéndum que se llevó a cabo en las islas en el año 1946 para dilucidar si continuaba o no la unión política de las Feroe con Dinamarca. El referéndum fue ganado por poco margen por aquellos partidarios de romper la unión

política como así quedó reflejado en cada una de las islas donde el resultado fue bastante ajustado. Sin embargo, los resultados también arrojaron una fuerte voz disidente ya que en Suðuroy, la isla más al sur del archipiélago, un 72 % de la población votó a favor de mantener el *statu quo* y permanecer en Dinamarca. Así, en una carta dirigida al *Løgting*, ciudadanos de aquella isla se declaraban contrarios a reconocer los resultados del referéndum y sus consecuencias. Este incidente dio origen al apodo de *Pequeña Dinamarca* con el que se conoció durante mucho tiempo a la isla de Suðuroy (Nauerby 1996, p. 59) a la par que sembraba importantes dudas sobre el futuro de la unidad política de las islas ante un hipotético escenario de ruptura con Dinamarca.

3.3 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL DANESA EN LAS ISLAS FEROE

No podemos hablar de una recepción propiamente dicha de la identidad nacional danesa en las islas Feroe. En un sentido estricto lo que se produce es una recepción de los valores, ideas y movimientos ligados con el nacionalismo danés por una élite ilustrada feroesa durante el siglo XIX, especialmente a finales de dicha centuria cuando la identidad nacional danesa ya se encontraba plenamente consolidada. De esta forma, aquella élite ilustrada actuó como intermediaria necesaria entre aquellas ideas novedosas provenientes del continente y su posterior adaptación a las circunstancias específicas de las islas. En este acometido juegan un papel fundamental dos grupos diferenciados dentro de esa élite feroesa. Por una parte, sobresalen aquellos ilustrados feroeses interesados en el estudio, recuperación y salvaguarda de la lengua propia de las islas. Acompañados por estudiosos de origen danés, llevan a cabo un importante trabajo de estudio, compilación e impulso de la lengua de las Feroe. Por otra parte, en el último cuarto del siglo XIX cobra protagonismo un grupo de estudiantes isleños que residiendo en Copenhague se ven impregnados de las ideas nacionales y liberales que desde mediados de siglo sacudían con intensidad la capital danesa.

El propio desarrollo y posterior consolidación del movimiento nacionalista danés, conllevó en última instancia el consiguiente surgimiento de una identidad nacional propia en el seno de la sociedad feroesa, abrazada ya en su vertiente cultural por una mayoría de feroeses durante la primera década del siglo XX.

La identidad nacional danesa junto con el conjunto de ideas y valores, figuras públicas, movimientos políticos y culturales que la habían precedido y posteriormente acompañado, tuvieron un impacto brutal en el devenir político de las islas Feroe, de tal forma que es difícil concebir la existencia de una nación feroesa sin un primer desarrollo, éxito y posterior materialización en Estado nación del nacionalismo danés.

Dos argumentos de peso ayudan a reafirmar la anterior consideración. En primer lugar, la identidad nacional danesa y los rasgos propios que desarrolló a partir de su contexto particular, ofrecían los recursos y medios adecuados para que la idea del nacionalismo pudiera germinar legítimamente en el seno de la población feroesa tanto a ojos de la

propia población isleña como a ojos de aquellos que miraban desde el exterior, concretamente desde el contexto regional más amplio representado por *Escandinavia*. En segundo lugar, el talante del nacionalismo danés en general nunca concibió el surgimiento de una identidad nacional feroesa como un fenómeno extraño, contra natura o como una amenaza que se debiera combatir.

A continuación, se argumentará esta idea central del capítulo profundizando más detenidamente en algunas líneas causales que conectan directamente el nacimiento de una identidad nacional feroesa con la previa existencia de un movimiento nacionalista danés materializado en la forma de identidad nacional mayoritaria desde mediados del siglo XIX.

En primer lugar, debe hacerse referencia a un contexto más amplio, en el cual quedaban englobados tanto Dinamarca como las islas Feroe. Nos referimos a un contexto regional singular en el cual se encuadraría el nacimiento y desarrollo del nacionalismo danés y como consecuencia de formar parte del reino de Dinamarca, también se incluiría de una forma subsidiaria una potencial identidad nacional propia de las islas Feroe.

Tal y como quedó explicado a principios de este apartado, el nacionalismo danés surge dentro de un contexto regional y temporal en el que la presencia de la vecina Alemania como un actor nacional cada vez más poderoso y desafiante constituye el factor más trascendental. Aquel vecino incómodo y amenazante, dotado además con la fuerza de las ideas por el prestigio y alcance de alguno de sus intelectuales, en parte empujó a los daneses a buscar su propia esencia precisamente a través de aquellos medios propuestos por intelectuales alemanes, de tal forma que la búsqueda de un pasado ancestral y la exaltación de la lengua danesa se constituyeron en objetivos perseguidos por parte de la sociedad danesa y sus ilustrados de principios del siglo XIX, sobresaliendo en esta tarea el liderazgo incuestionable de Grundtvig.

De esta forma, el *Romanticismo* propugnado desde Alemania acabaría impregnando al nacionalismo danés en sus orígenes, no sólo por la cercanía e influencia de los intelectuales alemanes, también debido a que los daneses y su incipiente movimiento nacionalista vivieron en primera persona los efectos de llevar a la práctica el ideario dimanante del *Romanticismo*. Dinamarca pues, experimentó en sus propias carnes los

avatares de un nacionalismo alemán que había elevado a la lengua como instrumento principal de legitimación en la consecución del proyecto último de una Alemania unificada, poniendo bajo una amenaza tangible los límites del reino de Dinamarca cuando estalla el conflicto sobre *Schleswig-Holstein* (Nauerby 1996, p. 46).

Bajo este contexto turbulento, la identidad nacional danesa de igual forma acabará asumiendo la lengua como uno de los principales elementos legitimadores en la conformación de toda identidad nacional con lo que las islas Feroe, que habían conservado su propia legua durante siglos, ahora se presentarán ante la comunidad danesa y, en un contexto más amplio, ante la comunidad escandinava y alemana como un pueblo legitimado para acceder al estadio nacional.

Siguiendo el planteamiento teórico de Nauerby (1996, p. 16) acerca de esta cuestión, es necesariamente el contexto más amplio dentro del que se queda encuadrado, el que determina cuales son las diferencias que marcan la diferencia y así de esta manera, que componente cultural es capaz de servir como referencia a la hora de crearse las fronteras. Para el caso de Alemania y la Escandinavia del siglo XIX es la lengua el componente cultural que adquiere aquella facultad. En el mismo sentido Wylie sostiene que se puede datar el comienzo de la historia moderna de las Feroe después de 1844 con la aplicación para las Feroe de la noción nacional-romántica que situaba a la lengua como la característica primaria distinguible de un pueblo al cual debía concedérsele el derecho a la autodeterminación política (1987, p. 91).

La magnitud de este elemento lingüístico se vio amplificada para el caso de las islas Feroe, ya que durante todo el siglo XIX se vivió un resurgimiento e interés por la lengua feroesa ocasionado en gran parte por la vertiente puramente cultural y académica del *Romanticismo* que había impulsado una curiosidad intelectual por lo local en toda Europa. Dentro de este movimiento se lleva a cabo también una recopilación de elementos culturales ligados con la lengua feroesa como podrían ser fábulas, cuentos o baladas. Wåhlin (1989, p. 21) defiende que esta recopilación viene inspirada por Dinamarca y Noruega. En la misma línea Sølvara sostiene que el trabajo de preservación y desarrollo de la cultura y lengua feroesa, que posteriormente se convertirían en el foco central del movimiento nacional de las islas, había ya comenzado

en el siglo XVIII y principios del XIX, en parte inspirado y protagonizado por algunos intelectuales de fuera de las islas, especialmente daneses (2006, p. 12).

Entre otras cosas, este resurgimiento espoleó a intelectuales de las Feroe y de la propia Dinamarca[46] a lanzarse a producir una expresión escrita del feroés ya que esta lengua tan sólo se había conservado en su expresión hablada. Esta búsqueda e investigación conllevó finalmente la creación de una estructura escrita para el idioma feroés en 1846 (Sølvara 2016, p. 13; Nauerby 1996, p. 45; Wylie 1987, p. 139) lo que supuso que ahora sí las islas se encontraran perfectamente «equipadas» para convertirse en una verdadera nación. De esta forma el *Romanticismo* en su vertiente cultural a través de su impregnación en la mayoría de corrientes, ya fueran artísticas como académicas, también contribuyó de una forma indirecta al triunfo en las islas del ideal nacional aunque ello no hubiera sido el propósito de los estudiosos que se embarcaron en semejante esfuerzo. Pero una vez más se debe remarcar el papel fundamental jugado por Dinamarca y sus ideales nacionales efervescentes en lo concerniente al alcance y repercusión última de este ámbito puramente cultural/académico que había girado en torno a la recuperación, impulso y organización escrita de la lengua feroesa. De esta forma Wylie afirma:

> The creation of written Faroese integrated Faroese and Danish culture, by bringing Faroese intellectual life into the Danish orbit; for leading Faroese came to adopt the liberal Danish view that language exemplified nationality (1987, p. 103)

No sólo desde Dinamarca se ponía de una forma tácita en el «disparadero» nacional a las islas Feroe señalando al elemento lingüístico como uno de los rasgos imprescindibles y legitimadores de la nueva identidad nacional danesa y por ende de cualquier otra, sino que ante la escasez de recursos políticos e intelectuales presentes en

[46] Un ejemplo sería el caso del estudioso *Svend Grundtvig*, uno de los hijos de N.F.S. Grundtvig. Según Galvin (1989, p. 56), su labor hizo mucho por la incentivación de la recopilación de baladas, así como por la restauración de la lengua vernácula de las islas.

También en otros campos el papel de autores daneses fue fundamental, como es el caso de *Niels Andersen* y su obra *Færøerne 1600-1709* publicada en 1895 y que situó a la historiografía feroesa sobre unos cimientos más firmes (Wylie 1987, p. 140)

las islas Feroe (Wylie 1987, p. 89), fueron importante figuras públicas de Dinamarca las que en un primer momento aludieron al supuesto carácter nacional de las islas Feroe.

Este hecho se concretó de una forma significativa en los propios debates vividos dentro del parlamento danés inmediatamente después de haberse aprobado la primera constitución democrática de la historia de Dinamarca. La nueva constitución de 1849 no concretaba cual era el estatus político de las islas Feroe, y ni tan sólo las llegaba a mencionar con lo que formalmente las Feroe pasaban a ser una parte integral de Dinamarca. De esta forma casi por sorpresa los feroeses se vieron incluidos, sin haber sido consultados directamente, dentro del nuevo entramado constitucional de la recién inaugurada nación danesa (Wåhlin 1989, p. 27).

Es en este contexto donde una nueva estructura de instituciones oficiales tomará el control sobre los acontecimientos políticos y sociales que se iban sucediendo. De entre estas instituciones la más importante era el *Rigsdag*[47], donde según Wylie estaban bien representadas personalidades notables con una visión liberal con respecto a las islas Feroe, incluyéndose Barfod y N.F.S. Grundtvig (1987, p. 104).

En estos primeros debates hay que destacar que no intervinieron feroeses ya que todavía no se había regulado la representación de aquellos dentro del órgano legislativo y por lo tanto dentro de los defensores de los intereses de las islas se debían situar daneses. Dentro de aquellos intervinientes preocupados por la realidad de las Feroe destaca la figura excepcional, en lo que concierne a la identidad nacional danesa, de N.F.S. Grundtvig. El religioso danés defendió el carácter nacional de las islas aparte de apostar decididamente por la restitución de las instituciones propias de los feroeses (el *Løgting*) como primer paso para futuros desarrollos de índole política en las islas. Según Wylie (1987, p. 108) Grundtvig veía al pueblo feroés como un campesinado noble, cuyo desarrollo cívico debía depender de la preservación de una nacionalidad lo más distinta posible a la danesa.

[47] El *Rigsdag* fue el primer Parlamento danés incorporado en la Constitución danesa de 1849. En 1953 una nueva Constitución danesa fue aprobada con el resultado de que quedó erigida una nueva asamblea legislativa en este caso de corte unicameral que pasó a denominarse *Folketing*.

En relación al punto aquí sugerido, de una forma más concisa Nauerby apunta a este primitivo reconocimiento nacional de las Feroe desde el continente, cuando se refiere a la polémica surgida entre los feroeses en torno a 1850 derivada de la aplicación en las islas de la *Education Act*:

> The language revival and the nationalist support for the Faroese cause were at this time almost exclusively a phenomenon restricted to Denmark. In the Faroes there was little attention being paid to such rumblings and no popular support whatsoever (1996, p. 48)

Otro factor contrastado que permite apuntar hacia la importancia del nacionalismo danés en la futura conformación de una identidad nacional feroesa, lo representa el papel decisivo que ejerció el ambiente político, social y cultural de los primeros años de la nación danesa sobre algunos jóvenes feroeses que realizaban sus estudios en Copenhague. Esta convivencia dentro de un ambiente nacional y liberal acabaría desembocando en la primera manifestación nacionalista de la historia que ponía a la nación feroesa en el foco de atención (Nauerby 1996, p. 49). Así, el contacto de aquellos jóvenes estudiantes, erigidos como clase o élite ilustrada de las islas, con los movimientos e ideas presentes en la Dinamarca continental influyó de una forma fundamental para que estos se reunieran y en base a aquellas ideas y su transposición a la realidad común a todos ellos empezará a dibujarse el futuro de un movimiento nacionalista feroés. En estas reuniones, el trabajo previo de preservación de la lengua feroesa se vio complementado al aplicarse ahora la lengua de las islas a nuevos usos. Así, con motivo de la primera de las reuniones ocurrida en 1876 en la capital danesa alguno de los estudiantes compuso para la ocasión canciones y poesías en su lengua madre (Wylie 1987, p. 142).

De esta forma, autores como Stummann Hansen (2003, p. 35), Nauerby (1996, p. 49) o Debes (1995, p. 72), sitúan el origen del movimiento nacionalista de las Feroe en estas reuniones que, de una forma cíclica, se fueron celebrando desde 1876 entre estudiantes feroeses residentes en Copenhague. Las reuniones pronto se convirtieron en costumbre y en 1881 desembocaron en la creación de la *Sociedad de las Feroe en Copenhague*. Además, autores como Debes (1995, p. 75), Joensen (1989, p. 18) o Wylie (1987, p. 144), señalan la trascendencia de estas reuniones como modelo e inspiración directa de

la primera manifestación nacionalista ocurrida en las propias islas Feroe, conocida como la *Reunión de Navidad* (por celebrarse el 26 de diciembre de 1888), y que viene a simbolizar el punto crítico que marca el nacimiento del movimiento nacionalista dentro de las islas. Como resultado de la reunión, a principios de 1889 se constituyó la *Føringafelag* (Unión Feroesa) con el doble objetivo de dignificar la lengua feroesa y trabajar por la unidad, progreso y autosuficiencia del pueblo de las Feroe (West 1972, p. 116).

Un último factor que delata la intervención del nacionalismo danés como pieza clave y accidental para el posterior surgimiento de una identidad nacional feroesa es el rol que tuvieron también las Folkehøjskole danesas en diseminar activamente entre los isleños los ideales nacionales. Como ya se ha visto el surgimiento de estas escuelas, bajo los dictados de Grundtvig, supusieron un importante medio para la propagación y consolidación de la doctrina nacionalista defendida por aquel a lo largo de todo el territorio danés. En este sentido incluso antes de su instauración en las Feroe ya podían percibirse los efectos de aquellas en las islas pues como sostiene Nauerby (1996, p. 36), en la segunda mitad del siglo XIX los feroeses viajaron más allá de sus fronteras con una asiduidad hasta ahora nunca vista y muchos de ellos asistieron a las Folkehøjskole en Dinamarca. En estas, el orgullo nacional o el respeto por la población común eran elementos fundamentales.

Finalmente, el establecimiento de la primera Folkehøjskole en las Feroe en 1899, significó un fortalecimiento considerable del movimiento nacionalista feroés allanando el camino hacia una posible transformación en movimiento político (Debes 1995, p. 70). West igualmente se refiere a la gran influencia ejercida sobre el movimiento nacionalista feroés por los ideales propagados por las Folkehøjskole danesas (1972, p. 117). El mismo autor oportunamente señala como algunos miembros destacados de la *Føringafelag* habían asistido a Folkehøjskole en Dinamarca y como dos de ellos fueron los fundadores de su versión feroesa en 1899 (West 1972, p. 117).

En definitiva, tal y como estable West la influencia danesa se erigió en un poderoso elemento cultural que moldeó el movimiento nacional feroés (1972, p. 117). Se puede concluir que en las islas Feroe no se produce una recepción de la identidad nacional danesa en sí misma, sino que lo que se produce es la recepción de los valores, ideas y

corrientes vinculadas con aquella identidad nacional, mientras que la posterior transposición de estos al contexto singular de las Feroe desencadenó el surgimiento de un movimiento nacionalista feroés de alcance popular que sin duda determinará desde su nacimiento el futuro desarrollo político del archipiélago. En palabras de Wylie:

> *The Faroese were less divided at first and less unanimous later, for the question of nationhood itself became a primary focus for debate and a ground for internal political differentiation. The reason for this contrast was that the Danish National-Cultural ideology of the 1840s was domesticated and politicized in somewhat different social setting* (1987, p. 180)

Por último, si bien el nacionalismo danés junto con las ideas, principios y figuras aparejadas a aquel se convirtieron en una extraordinaria fuente de inspiración para el movimiento nacionalista de las Feroe, también debe destacarse la lucha política de Islandia en su demanda de mayores cuotas de autogobierno frente a los daneses ocurrida a lo largo del siglo XIX. El caso islandés y la consecución de una amplia autonomía en 1874 a favor de aquella isla, se significó en un caso práctico que rápidamente se convertiría en guía y ejemplo para los miembros del incipiente movimiento nacionalista feroés (Sølvara 2016, p. 7 y 13; Debes 1995, p. 77; West 1972, p. 115)

3.4 SURGIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE UN MOVIMIENTO NACIONALISTA FEROÉS

Como se ha señalado, las primeras manifestaciones de un nacionalismo feroés tienen lugar lejos de las islas, concretamente en la ciudad de Copenhague. Será a partir del último cuarto del siglo XIX que el nacionalismo feroés comienza a ganar terreno en las propias islas hasta que finalmente en los últimos años de aquel siglo, tiene lugar en Tórshavn la primera manifestación nacionalista de gran relevancia con la denominada *Reunión de Navidad*. Desde entonces aquella reunión será considerada como un hito fundacional dentro del discurso de la identidad nacional feroesa.

Dos factores parecen estar detrás del desarrollo originario de una identidad nacional propia para las islas Feroe que irían en consonancia con la cronología de hechos históricos de gran magnitud vividos en las islas. El punto de partida señalado por algunos autores como Debes (1995) o Wylie (1987) sería la supresión del monopolio comercial que hasta entonces regía para las Feroe. Es de este hecho del que se derivan los dos factores que se consideran decisivos para la irrupción de un sentimiento de índole nacionalista entre muchos feroeses.

En primer lugar, la abolición del monopolio comercial en el año 1856 conllevó de inmediato para las islas un desarrollo extraordinario de una industria pesquera que se convertirá con el paso del tiempo en el verdadero motor económico de las islas y principal promotor de un progreso extraordinario como nunca se había visto en aquellas. Se trata de un sector, el pesquero, que acabó afectando de una forma trascendental a todos los estamentos de las islas. Además de conllevar un desarrollo económico con gran impacto en las cuentas de las islas, supuso también una transformación dramática de los hasta ahora blindados estamentos sociales feroeses y desde un punto de vista más profundo de una concepción tradicional, inmutada durante siglos, de concebir la realidad. De esta forma surgieron nuevas clases sociales y otras se hicieron más grandes.

La apertura comercial abrió las puertas de una modernidad que significó una revolución para las islas que cambiaría la fisionomía económica, social y política de aquellas para

siempre. Es en este nuevo y repentino escenario en que las formas de vida tradicionales se percibían en riesgo y los viejos valores entraban en decadencia, que el recurso a la idea nacional se presentó para los isleños como una herramienta de gran conveniencia. Los ideales nacionalistas que desde hacía tiempo latían en la Dinamarca continental sin que hasta ahora hubiesen tenido ningún atractivo para los feroeses, ahora sí que se presentaban como un medio atrayente de gran utilidad, que además se encontraba fácilmente al alcance de muchos isleños. Tal y como argumenta Wylie (1987, p. 138) en este nuevo contexto surgía la necesidad de establecer una forma de auto identificación consonante no sólo con la vida moderna sino también con las expresiones tradicionales de *feroesidad*. El mismo autor señala (1987, p. 139) que los cambios dramáticos de las condiciones socioeconómicas experimentados en las islas en la década de 1890 constituyen el factor más importante en promover la domesticación de un sentido de nacionalidad (domesticación de la ideología nacional romántica propia de la Copenhague de 1840).

De una forma más amplia Debes alude a otros factores, también derivados de la supresión del monopolio comercial, como instigadores de una desintegración paulatina de la antigua estructura social de las islas (1995, p. 73). Se refiere este autor a un boom demográfico que hizo que la población feroesa se triplicara durante el siglo XIX, al cultivo de tierra virgen, a las nuevas posibilidades de emprendimiento privados surgidas tras la abolición del monopolio, al rápido crecimiento de las poblaciones donde se ubicaban las actividades económicas, la revolución acarreada por la pesca de altura en aguas lejanas…. Según Debes en medio de aquella desintegración del viejo orden y del riesgo planteado a la cultura tradicional debido a todos aquellos cambios ocurridos en un período tan corto de tiempo, también aparecieron nuevos factores integradores (1995, p. 73). Estos factores respondían principalmente a una fuerte demanda de mano de obra promovida por la nueva economía de base que ocasionó un importante incremento en el grado de movilidad geográfica y social de la población isleña. Debes concluye que estás circunstancias facilitaron la transición de un patriotismo local concreto a un nacionalismo abstracto.

El segundo factor fundamental para entender el rápido enraizamiento del ideal nacional en las Feroe ocurrido a finales del siglo XIX tiene que ver también con los estragos producidos en el orden social de las islas tras la liberalización de su comercio. Así a la

sombra de aquella liberalización y posterior despegue económico, surge una élite comercial e intelectual autóctona (Joensen 1989, p. 18; Wåhlin 1989, p. 21; Wylie 1987, p. 198) que acabaría asumiendo el papel de catalizador, normalmente presente en todo nacionalismo de acuerdo con la teoría general de Greenfeld (*The Awakening of Muslim Democracy*, 2015 [38:20]), permitiendo y facilitando aquella élite la propagación del movimiento nacionalista entre el conjunto de la población feroesa.

Como ya se ha establecido, la *Reunión de Navidad* ocurrida el 26 de diciembre de 1888 constituye la primera manifestación nacionalista de extraordinario impacto que tuvo lugar en suelo feroés. La reunión había estado anunciada como una discusión pública en donde tratar las formas de defender la lengua autóctona y las costumbres feroesas (Wylie 1987, 143; West 1972, p. 115) en concordancia con lo explicado en el párrafo anterior. La convocatoria de esta reunión fue firmada por las figuras más prominentes de la sociedad feroesa que encarnaban una nueva élite comercial e intelectual surgida a raíz del despegue comercial y económico vivido en las islas desde mediados de siglo. En la reunión se llevaron a cabo discursos de un marcado tono nacional y se cantaron canciones patrióticas.

La reunión concluyó con la adopción unánime de una serie de resoluciones de entre las que destacaban: la necesidad de que la enseñanza de religión fuera dada en feroés; el feroés debía convertirse en la lengua de instrucción en las escuelas tan pronto como fuera posible; la historia propia de las Feroe debía ser reforzada en las clases de historia y por último se reclamaba la necesidad de que se estableciera una *Folkehøjskole* en las islas. Para Debes, los intervinientes de la *Reunión de Navidad* también fueron unánimes en señalar como la nacionalidad de los feroeses se manifestaba primero y sobre todo en su lengua (1995, p. 75).

Una segunda reunión tuvo lugar el 6 de enero de 1889 con el propósito de fundar un club denominado *Føringafelag* (Unión Feroesa) siguiendo el modelo del club de Copenhague. Los objetivos establecidos por el club fueron honorar a la lengua feroesa y *"... get Faroese to unite and go forward in all respects, so that they rescue themselves..."* (Wylie 1987, p. 144)

Si la *Reunión de Navidad* se considera como el punto de partida del movimiento nacionalista feroés en suelo isleño, el surgimiento de los partidos políticos puramente feroeses debe considerarse como el momento histórico en el que se cristaliza la consolidación de una identidad nacional propia para las islas Feroe en su vertiente cultural. Los partidos políticos feroeses surgidos en la primera década del siglo XX preconizarán la idea de que las islas Feroe disponían de una naturaleza nacional en base a una cultura feroesa propia.

Los dos primeros partidos políticos surgidos, el *Unionista* y el *Autonomista*, y los que posteriormente irían apareciendo en las islas (*Socialdemócrata, Republicano*…) comparten dos características básicas que denotan una originaria vocación nacional circunscrita al archipiélago. En primer lugar, ninguno de los partidos políticos surgidos en las Feroe discute el carácter nacional de las islas, al menos concebido este desde una vertiente cultural. En segundo lugar, ningún partido político feroés con el tiempo ha acabado integrándose en algún partido político danés, manteniendo por tanto una autonomía absoluta. Todos los partidos políticos feroeses han sido únicamente feroeses (Wylie 1987, p. 161). Siguiendo esta afirmación Wylie sostiene que en 1906 los feroeses adquirieron una característica esencial de toda nacionalidad: una cultura política local que a su vez casaba con una literaria recientemente establecida (1987, p. 161).

No obstante, partiendo del punto de encuentro por el que se reconocía la nación en su vertiente cultural, los dos primeros partidos políticos originarios de las islas, el *Unionista* y el *Autonomista*, presentarán divergencias extraordinarias en relación al lugar que debía ocupar Dinamarca en la sociedad feroesa (Wylie 1987, p. 138). El surgimiento de estos partidos se produce inmediatamente después de las elecciones al *Folketing* danés de 1906 cuando las opiniones unionistas y autonomistas acaban institucionalizándose formalmente a través de formaciones políticas, abogando el Partido Unionista por unas relaciones lo más cercanas posibles con Dinamarca mientras que el Autonomista defendiendo mayores cuotas de responsabilidad política en manos de los feroeses como una lógica consecuencia del movimiento nacionalista (Adler-Nissen 2014, p. 59; Debes 1995, p. 78). Las opiniones encontradas en torno a la necesidad o no de desarrollar la vertiente política de la nación en construcción, generaron pues una fuerte fractura interna dentro de la sociedad feroesa además de

suponer un importante freno para el desarrollo de una verdadera conciencia nacional de alcance popular circunscrita al archipiélago:

> The Faroese national movement was totally divided when it came to take the social and political consequences of national identity in a deeper meaning of the word than just linguistic and cultural community (Wåhlin 1989, p. 30)

Estas visiones enfrentadas constituirán el eje central sobre el que se iría desarrollando políticamente la *polity* feroesa a lo largo del siglo XX.

3.5 LA DENOMINACIÓN DE LAS ISLAS FEROE COMO *FOLKESAMFUND* EN SU LEY DE AUTOGOBIERNO

a. La raíz económica de la discordia y los «fantasmas» secesionistas del Partido Unionista.

Como se acaba de mencionar el escenario político de las islas Feroe presentaba en la primera década del siglo XX extraordinarias novedades. De entrada, hay que destacar que los habitantes de las Feroe se habían embarcado en un proceso de construcción nacional legitimado y fundamentado sobre un elemento cultural genuinamente feroés. Esta nueva realidad moldeará a partir de entonces el desarrollo político de las islas de una forma trascendental. Los dos partidos políticos surgidos como consecuencia de aquel despertar nacional (el Partido Unionista y el Autonomista) reflejarán fielmente el profundo desacuerdo dentro de la sociedad feroesa sobre algunas de las cuestiones más candentes que se desataron y que amenazaban con torpedear aquel proceso de construcción.

La aparición de dos partidos políticos dominadores y antagónicos es un claro reflejo del cisma que se vivió en el nacionalismo feroés en la primera década del siglo XX. Esta división del nacionalismo giraría en torno a la posición que debía ocupar Dinamarca en el desarrollo político e institucional de las islas. Parecía que para unos una especie de *nación cultural* que salvaguardara la cultura ancestral y manifestaciones de aquella índole propias de las islas era suficiente, mientras que los otros abogaban abiertamente por la completa culminación del proceso de construcción nacional que, irremediablemente, debiera incluir una decidida activación y desarrollo de la vertiente política de la nación.

Ahora bien, se tratarán a continuación dos factores considerados fundamentales y totalmente esclarecedores que ayudarán a señalar las verdaderas razones detrás de aquella división y las consecuencias derivadas a raíz de éstas en el posterior desarrollo político e institucional de las islas hasta la aprobación de su norma institucional básica

(*Lov om Færöernes Hjemmestyre*) en 1948 por la cual se les otorgaba la autonomía política.

De esta forma, para la mayor parte de los autores estudiados el verdadero origen de la escisión interna del nacionalismo feroés obedecía a cuestiones puramente económicas y por tanto pragmáticas. Por lo tanto, el elemento de confrontación no era tanto la posición política de Dinamarca dentro de un hipotético escenario nacional de las islas sino el grado de sufrimiento y margen de desarrollo de la economía isleña en función de una mayor o menor integración dentro del Reino de Dinamarca.

Según Wylie el Partido Unionista aceptaba los avances en el campo de la cultura feroesa experimentados en las décadas previas, pero no obstante condicionaba el alcanzar mayores cuotas de progreso para la economía feroesa al mantenimiento de una estrecha asociación con Dinamarca (1987, p. 157). En la misma línea Nauerby sostiene que la ruptura nacionalista producida en 1906 con la escisión del Partido Unionista realmente tenía más que ver con la distribución económica que con el sentimiento nacional (1996, p. 64). Por su parte Wåhlin defiende que el movimiento nacional feroés se encontraba totalmente divido cuando llegó el momento de atenerse a las consecuencias políticas y sociales inevitables en toda conversión nacional (1989, p. 30). En este sentido Wåhlin prosigue señalando la popularidad de ciertos temas financieros, como aquellos referidos a los impuestos, durante las elecciones celebradas en aquellos primeros años de confrontación. Finalmente, y ahondando en esta idea de una forma más general, Debes afirma que en las postrimerías del siglo XIX los conservadores feroeses eran perfectamente conscientes de su identidad nacional; ellos no se consideraban a sí mismos como daneses, pero a su vez, se mostraban temerosos de las consecuencias políticas y económicas del nuevo movimiento político (1995, p. 77). Por tanto, el núcleo de la discordia entre nacionalistas feroeses tenía su origen en argumentos economicistas sobre los cuales el grado de integración dentro del Reino de Dinamarca se erigía como la variable independiente fundamental.

De este factor a su vez se derivaría un segundo factor que acabaría por ahondar aún más aquella escisión del nacionalismo feroés. Se trataría de un ensanchamiento más extremo de aquella división debido a la continua percepción por parte de los líderes Unionistas de un riesgo inminente de separación de las islas de Dinamarca como consecuencia

lógica y derivada de los planteamientos que estaban siendo defendidos por el Partido Autonomista. La percepción de aquella amenaza como algo cierto y tangible situaba a las islas desde una perspectiva Unionista al filo del abismo más absoluto ya que de acuerdo con el discurso de esta formación este hecho representaría un enorme desastre económico para las Feroe. Cabe significar para mejor comprensión de esta actitud de los Unionistas que al frente de este partido en su gran mayoría se encontraban comerciantes en todos los rangos de edades (Wylie 1987, p. 159).

Este ensanchamiento producido dentro del nacionalismo feroés obedecía por tanto exclusivamente a dinámicas puramente internas de las islas, situándose Dinamarca en una posición de «convidada de piedra» y por tanto al margen de aquella dinámica envenenada. Este es sin duda un rasgo característico del nacionalismo feroés que de una forma indirecta obedece también a una actitud flexible y abierta mostrada por Dinamarca con respecto al encaje político de las islas dentro del Reino danés desde que irrumpieron las manifestaciones nacionalistas en las Feroe. Así Alfredsson alude (2001, p. 46) a las frecuentes declaraciones desde Dinamarca aceptando un derecho de los feroeses a la identidad propia y a una posible independencia. Major se refiere a una estrategia histórica de Dinamarca que apuntaba a un derecho de las entidades que componían el Reino a decidir ellas mismas acerca de su futuro (2019, p. 237). Por su parte Dosenrode señala como tanto el parlamento como el gobierno danés han aceptado el derecho del pueblo feroés a optar por la secesión desde finales de la Segunda Guerra Mundial (2011, p. 109).

A parte de las características propias del nacionalismo feroés, algunas de ellas compartidas con otras visiones nacionales presentes en Escandinavia como el individualismo asociado a la realización de la persona y el ideal de igualdad (Wylie 1989, p. 11), el nacionalismo feroés presentará una característica estructural básica consistente en una división profunda de sus elementos en función básicamente de la exposición del grado de asociación de las islas con Dinamarca a variables economicistas. Tal característica estructural impedía que se produjera una evolución por la cual una nación inconclusa, al concebirse sólo desde su vertiente cultural, pudiera erigirse en plenitud en una nación que, ante todo, se expresara colectivamente en términos políticos.

Dosenrode sentencia (2011, p. 109) que el obstáculo más grande que ha existido, ya fuera para alcanzar la independencia o algún tipo de asociación con Dinamarca, ha sido el desacuerdo interno feroés sobre la cuestión con una población isleña dividida a partes iguales. Esta característica estructural determinará las primeras décadas del recorrido hacia lo nacional de las islas incluso, cuando desde la mayoría de autores leídos se niega sistemáticamente que existieran originariamente planteamientos secesionistas dentro del Partido Autonomista (Sølvara 2016, p. 44 y 5; Dosenrode 2011, p. 111; Wylie 1987, p. 157; West 1972, p. 124).

El propio Sølvara (2016, p. 134) sostiene que las acusaciones separatistas dirigidas contra el Partido Autonomista se originaron dentro de la política feroesa y asimismo, prosigue señalando (2016, p. 51) que la continua reincidencia en aquellas acusaciones hizo declarar a Jóannes Patursson (1866-1946), líder del Partido Autonomista, que tal insistencia podría finalmente crear separatistas allá donde no los había. La tesis defendida por Sølvara sentencia que este discurso político consistente en la «machacona» acusación de separatismo y alta traición con la que se coloreaba al Partido Autonomista desde las Feroe, terminó siendo a la larga una de las fuerzas más decisivas que influyeron en la posterior radicalización del Partido Autonomista, abocándole al ideario secesionista (2016, p. 127).

En cualquier caso, la realidad es que hasta mediados de la década de los 30 del siglo XX, la política de las islas Feroe estuvo dominada por el Partido Unionista, disfrutando el Partido Autonomista de muy pequeños intervalos de supremacía (Nauerby 1996, p. 58). En cuanto a la idea del separatismo político en las Feroe, de acuerdo con Wylie (1987, p. 185) hasta la Primera Guerra Mundial se trató de un movimiento evidentemente minoritario. Para Nauerby no fue hasta la Segunda Guerra Mundial que la idea secesionista comenzó a prosperar con fuerza (1996, p. 64). Ya fuera por las insistentes acusaciones de esconder un fin secesionista lanzadas por el Partido Unionista como por el propio desarrollo ideológico interno experimentado dentro del Partido Autonomista, lo cierto es que la idea de la secesión en la década de los 40 del siglo XX enraizó dentro del partido experimentando a su vez un notable incremento entre la población feroesa.

El punto de inflexión tomado por la mayoría de autores como desencadenante último de este cambio en la perspectiva política de una parte importante de la población feroesa, lo representa la ocupación británica de las islas durante la Segunda Guerra Mundial entre 1940 y 1945. De acuerdo con Nauerby (1996, p. 59) durante la guerra la idea de la autonomía prosperó enormemente. Aisladas de la Dinamarca continental, durante la ocupación británica las islas se convirtieron en una autonomía de facto. Pero fue el boom económico experimentado por aquellas (Nauerby 1996, p. 59; Debes 1995, p. 78), al convertirse en las proveedoras principales de pescado para el mercado británico, lo que en última instancia impulsó la agitación nacionalista y el creciente apoyo por el movimiento autonomista en base a un considerable refuerzo de la autoestima de los isleños (Dosenrode 2011, p. 120) y al alumbramiento de un sentimiento de que las islas podían arreglárselas sin Dinamarca (Adler-Nissen 2014, p.59). En todo caso, quedaba claro para todas las partes que tras la Segunda Guerra Mundial la relación política entre las Feroe y Dinamarca no podía continuar en el mismo punto de antes de la contienda global (Dosenrode 2011, p. 120; Nauerby 1996, p. 59; Debes 1995, p. 78; Wylie 1987, p. 171; West 1972, p. 185).

Para el presente estudio este punto de inflexión representado por las especiales circunstancias experimentadas por los feroeses durante la Segunda Guerra Mundial no debiera quedar aislado, debiendo incluirse también junto con las particulares vivencias de la Primera Guerra Mundial en un fenómeno más amplio que acabaría afectando el devenir político de las islas en tanto que desencadenaría entre una amplia mayoría de feroeses una conciencia nacional que ahora sobrepasaba la mera vertiente cultural. En febrero de 1917, dos años y medio después del inicio de la Primera Guerra Mundial, las líneas de transporte hacia las Feroe quedaron afectadas por los submarinos de guerra alemanes, así como por la exigencia de los británicos de hacer recalar en sus puertos toda embarcación navegando el océano atlántico norte como medida para combatir el contrabando, provocando todo ello una escasez de suministros en las islas (Sølvara 2016, p. 59).

Por tanto, para este estudio los efectos indirectos que las dos guerras mundiales tuvieron sobre los habitantes de las Feroe a la larga significaron un importante contrapeso al enfrentamiento y división política interna que se vivía en las islas desde los albores de su movimiento nacionalista. Tras la Segunda Guerra Mundial el largo proceso de

construcción nacional había llegado a su fin y el archipiélago era percibido por una mayoría de isleños como una nación. En definitiva, la intensa experiencia vivida durante las dos guerras mundiales, en donde las islas habían quedado atrapadas dentro del tablero estratégico de las potencias enfrentadas, sacó a la luz de una forma clarividente y descarada la *dinámica política externa* del archipiélago feroés presente en todo ANFA.

b. El referéndum de 1946 y la aprobación de la Ley de Autogobierno.

Ante el consenso mayoritario, con la excepción del Partido Unionista (West 1972, p. 186), de que la relación de las Feroe con Dinamarca debía ser revisada de una forma substancial, finalmente se acabaría llegando a la celebración de un referéndum como fórmula política seleccionada para desencallar la falta de acuerdo entre los partidarios de una profundización en el autogobierno de las islas y los partidarios de no llevar a cabo cambio alguno. En estos momentos históricos, la «voz cantante» dentro del espectro político autonomista la llevaba el Partido del Pueblo, nacido en 1939 fruto de una escisión del Partido Autonomista en base a postular un ideario más conservador y liberal que el anterior. El Partido del Pueblo era el único que abiertamente abogaba en estos momentos por la independencia mientras que el Partido Autonomista y el Socialdemócrata defendían mayores cuotas de autogobierno.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el Partido del Pueblo se encontraba tan sólo a un asiento de obtener la mayoría absoluta en el *Løgting* y todos los partidos, salvo el *Unionista*, defendían ahora para las islas unas mayores cuotas de autonomía junto con un reconocimiento nacional que superara el estatus de municipio otorgado por la constitución danesa (Nauerby 1996, p. 59). El nuevo gobierno danés surgido tras la finalización de la guerra emprendió negociaciones con una delegación de las Feroe con el fin de encontrar una solución. El resultado de estas negociaciones fue una limitada propuesta de autonomía que apenas resultaba aceptable para la delegación feroesa. De acuerdo con Dosenrode (2011, p. 118) el primer ministro danés de entonces tenía una forma categórica de abordar la problemática: o las islas seguían perteneciendo al Reino o por el contrario debían ser independientes. De este modo, el *Løgting* decidió bajo el

permiso de Dinamarca convocar un referéndum en el que el electorado isleño pudiera elegir entre la propuesta del gobierno danés y la independencia de las islas.

De acuerdo con Wylie el referéndum significó un intento danés por cortar el «nudo gordiano» de la política feroesa (1987, p. 226). El Partido del Pueblo y el Partido Socialdemócrata se opusieron a la celebración del referéndum. El Partido Unionista defendía la celebración de un referéndum porque pensaba que los feroeses no votarían por la independencia. El gobierno danés igualmente apostaba por la celebración del referéndum ya que tenía las mismas sensaciones que el Partido Unionista pero también lo hacía con la esperanza de que quizás pudiera emerger una expresión clara de la voluntad del pueblo.

Finalmente, el 14 de septiembre de 1946 se celebró en las Feroe un referéndum sobre la independencia de las islas[48]. El resultado final concedió una ligera mayoría a los partidarios de la secesión de Dinamarca. Según Debes (1995, p. 79) aparentemente las Feroe se habían movido desde la idea nacional al principio nacional. La reacción instantánea del primer ministro danés fue validar el resultado y señalar que la consecuencia debiera ser la secesión de las islas (West 1972, p. 188). No obstante, mirado más de cerca, el referéndum había producido un resultado enormemente confuso (Wylie 1987, p. 171). West se refiere al resultado del referéndum como *"...a masterpiece of inconclusiveness..."* (West 1972, p. 188). De los votantes, un 48.7 % escogió la completa independencia, un 47.1 % eligió básicamente mantener la relación actual que se tenía con Dinamarca y el resto simplemente escribió *no* en sus papeletas (medida promovida por el Partido del Pueblo como protesta a la pregunta formulada en el referéndum). Además, la participación fue tan sólo de dos tercios del electorado con derecho a voto (Wylie 1987, p. 227).

Cuando el *Løgting* declaró la independencia por una ajustada mayoría, a continuación, el gobierno danés procedió a disolver el *Løgting*, según Wylie (1987, p. 171) más por la situación de desconcierto creada que por malicia. Se convocaron nuevas elecciones para noviembre, resultando una mayoría en el parlamento feroés en favor de las formaciones que se habían opuesto a la secesión de las islas. Posteriormente, se retomaron

[48] Para una mayor información acerca del referéndum consultar el **Anexo 5**

negociaciones con el gobierno danés y el resultado de éstas fue el pacto alcanzado por el que se acordó la concesión de una autonomía en favor de las Feroe y la elaboración de una ley de autogobierno como norma institucional básica que consagraba aquel régimen. La ley de autogobierno en favor del archipiélago fue aprobada por ambos parlamentos en 1948.

Mediante este acuerdo los feroeses reconocieron al monarca danés como jefe de Estado y pasarían a elegir dos miembros del Parlamento danés. Dinamarca se haría responsable de la defensa de las Feroe, así como de las relaciones internacionales, de tal forma que el gobierno feroés no podía negociar independientemente con estados extranjeros o con organizaciones internacionales como la Unión Europea (en aquel momento Mercado Común) o la OTAN.

La Corte Suprema danesa se convertiría en la corte de apelación de la justicia feroesa. Bajo los términos de la ley de autogobierno, el *Løgting* fue empoderado de tal forma que asumió el control exclusivo sobre una serie de áreas de gobierno. Otras áreas quedarían bajo control compartido hasta el momento en que el *Løgting* acabara asumiéndolas. El *Løgting* de una forma inmediata asumió control sobre impuestos, regulación del comercio, la pesca en las aguas territoriales… Finalmente la lengua feroesa es reconocida en plenitud de derechos e instaurada como la lengua vehicular en el ámbito de la escuela sin perjuicio de que la lengua danesa debía ser enseñada a todos los alumnos.

De acuerdo con Adler-Nissen la ley de autogobierno consistía en un acuerdo constitucional flexible que permitía juegos de soberanía más allá de los esquemas clásicos (2014, p. 60). Así, de una forma gradual con el paso del tiempo nuevos campos de responsabilidad han sido transferidos como competencia exclusiva a el gobierno feroés. Para Adler-Nissen (2014, p. 60) ello ha sido posible debido a que la ley de autogobierno se asentó originariamente sobre el concepto líquido de «negociación» recogido en su sección novena:

> After negotiations it shall be decided in which cases and to what extent it is possible, within fields of common interests, to leave to

> the Faroese Home Government the detailed regulations for special Faroese affairs and the administration of the fields in question

La misma autora prosigue señalando que la ley de autogobierno acepta un continuo diálogo sobre soberanía de tal forma que permite continuos cambios dentro de la división de competencias entre el estado danés y el gobierno de las Feroe, conduciendo a lo que define la autora en inglés como una *ever looser union*.

En cuanto a la definición política de las islas Feroe que consagraba la norma institucional básica, la versión en lengua danesa de la ley de autogobierno opta por un concepto abierto y líquido frente a la opción más categórica establecida por la versión en lengua feroesa que se refiere a las islas como una nación autónoma (*sjálvstýrandi tjóð*[49]). De esta forma, podría afirmarse que la definición política de las islas plasmada en la versión danesa es acorde con el alma flexible de la propia ley según autores como Adler-Nissen.

La ley de autogobierno de 1948 en su versión danesa define a las islas Feroe como un *folkesamfund* autónomo dentro del Reino de Dinamarca. Para Wylie (1987, p. 172) la norma definía en detalle la actual nacionalidad ambigua de las Feroe dentro del Reino Danés y es que el término danés *folkesamfund* no admitía para nada una traducción fácil. Wylie señala (1987, p. 227) que podía hacer alusión a una sociedad «étnica», «minoritaria», «popular», «folk» e incluso «nacional».

Para Nauerby, un visionado más detenido del vocabulario empleado en la norma institucional básica, muestra que no existe un acuerdo claro acerca del estatus nacional de las islas Feroe (1996, p. 61). El confuso estatus nacional de las islas Feroe quedaría expresado notablemente en la frase: "un *folkesamfund* autónomo dentro del Reino de Dinamarca". Según Nauerby la expresión *folkesamfund* es una palabra rara en danés que se traduciría aproximadamente al inglés como *people community*. El autor sentencia

[49] Versión de la Ley de Autogobierno a favor de las islas Feroe en lengua feroesa consultada online en fecha 13 de agosto del 2020:

https://logir.fo/Kunngerd/11-af-31-03-1948-af-Lov-om-Faeroernes-Hjemmestyre

Para la traducción de los conceptos que más interesaban a la investigación se contó con la ayuda de Hans Andrias Sølvará, profesor de Historia de la Universidad de las islas Feroe y de Bárður Larsen, profesor de Derecho de la misma universidad.

que en el contexto específico de la ley de autogobierno tal expresión indicaría que las islas Feroe no son ni reconocidas como un estado soberano ni consideradas como una minoría nacional y en base a ello, el redactado de la norma institucional básica definiría el estatus nacional de las Feroe en cierto modo como a medio camino entre estos dos polos.

Tanto Wylie (1987, p. 172) como Nauerby (1996, p. 61) remarcan los términos ambiguos con los que la ley de autogobierno en su versión danesa aludía al carácter nacional de las islas Feroe.

Frente a ello es importante recordar y recalcar la opción asumida por el texto de la versión en lengua feroesa de consagrar abiertamente la condición de nación de las islas, así como la consiguiente permisividad desde las instituciones danesas demostrada en el histórico respeto hacia aquel redactado y en la ausencia de reclamaciones y controversias que pudieran haber surgido a raíz de tal disparidad conceptual.

Debe destacarse también como dentro de la Constitución de Dinamarca no aparece mención alguna ni a la ley de autogobierno ni tampoco al estatus o definición política de las islas Feroe. La Constitución de Dinamarca rige desde 1953 y desde entonces no ha sido incluida ninguna cláusula que haga referencia al estatus especial de las islas dentro del Reino ni que aporte una definición política de aquel territorio particular del mismo.

Lo más importante para el presente estudio es retener el consenso de mínimos al que llegaron los representantes de Dinamarca y las Feroe mediante el cual se reconocía al pueblo feroés dotado de un sustrato nacional, reconociéndose tal hecho en la norma institucional básica de las islas, más allá de la utilización de una terminología abierta a la hora de definirlas políticamente en su versión danesa y, por tanto, versión estatal. En tal sentido el preámbulo de la ley de autogobierno puede llegar a ser suficientemente esclarecedor; y es que contrariamente a la tradición del legislador danés (Jensen 2003, p. 173) la norma se encuentra precedida de un preámbulo, aludiéndose precisamente en esta parte introductoria, tanto en su versión danesa como feroesa, al carácter nacional de las islas cuando se establece:

> In recognition of the special position which the Faroe Islands occupy within the realm in national, historical and geographical respects

En este sentido Wylie considera el preámbulo de la norma institucional básica de las Feroe como su pasaje más significativo a pesar de ser seguramente el más general (1987, p. 172).

4. PORTUGAL, AZORES Y CABO VERDE

En el presente capítulo se expondrán los estudios de caso relativos a los archipiélagos de las Azores y Cabo Verde. En ambos casos será fundamental el previo estudio del nacionalismo portugués. Una primera parte se dedicará pues a un análisis general de los orígenes y formación de una identidad nacional propia para Portugal. De gran interés será la caracterización que muestra aquella identidad nacional en los diversos momentos de la historia en que los dos archipiélagos a examen plantean un cuestionamiento de la relación de soberanía con el Estado ibérico. Como en todos los casos tratados en la tesis, es de gran importancia mesurar el reflejo de aquella identidad nacional en la cultura política del Estado portugués, así como tratar de averiguar la evolución en el tiempo de aquel reflejo tomando como referencia las situaciones de crisis de legitimidad que irrumpen, en especial aquellas que tuvieran algún tipo de relación con los archipiélagos de las Azores y Cabo Verde.

A continuación, el primer estudio de caso a analizar sería el de las islas Azores. Se analizará la recepción de la identidad nacional portuguesa en aquel archipiélago y el posible desarrollo de identidades colectivas endémicas de naturaleza política que pudieran haber puesto en riesgo la supremacía de la identidad nacional portuguesa en la conciencia política del archipiélago. Finalmente se tratará con mayor detenimiento el proceso político que acabaría desembocando, en interés de una mayoría de azorianos, en la conformación, a mediados de los años 70 del siglo XX, de un régimen autonómico en Portugal limitado a las consideradas históricamente como *islas adyacentes* (Azores y Madeira). La implantación de aquel régimen permitió la oficialización por primera vez en la historia de una definición política del archipiélago emanada del mismo y que convendrá examinar en base a las variables anteriormente identificadas.

El principal hecho posibilitador de aquel proceso fue el derrumbamiento del *Estado Novo* portugués en 1974 y la profunda crisis institucional y vacío de poder que produjo. Este hito histórico también será de gran relevancia para el caso de Cabo Verde, aunque con distintas variables intervinientes. El caso del archipiélago norteafricano será tratado a continuación siguiendo el mismo esquema y puntos de interés que se han enunciado para las Azores.

4.1 LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA

Portugal destaca como un ente político reconocible, contrastado a lo largo del tiempo, con una longevidad resaltable en cuanto a aquel carácter político y a la vez en cuanto a la fijación de unas fronteras físicas sobre las que se han ido sucediendo diversas modalidades de entidades bajo la única denominación de Portugal. Atendiendo a este rasgo de persistencia en el tiempo, para el caso de Portugal es inevitable que características propias que han ido perfilando las dinámicas políticas más importantes a lo largo de su dilata historia se integren con fuerza en el cuerpo nacional en el momento histórico en que surgiera un nacionalismo portugués.

Para este estudio, tres son los factores que históricamente han venido determinando de una forma trascendental el devenir político de Portugal independientemente de la morfología política que adoptara. Estos factores además tienen en común que derivan de un componente geográfico muy particular.

- El primero de los factores se refiere a una realidad vulnerable y frágil representada por un territorio constreñido, de escasa población y recursos limitados, situado además en los márgenes de una península que a su vez quedaba emplazada en la periferia sur del continente europeo. Este primer factor combina un componente geográfico muy marcado con una serie de dinámicas económicas desfavorables a lo largo de la historia y a la vez con decisiones políticas poco acertadas que en última instancia dibujaban sobre Portugal una imagen recurrente de entidad política inviable.

- El segundo factor apunta a la histórica coexistencia de la entidad política portuguesa dentro de un mismo espacio geográfico, bastante acotado como lo es la península ibérica, con un ente político más grande y poderoso que en varias ocasiones ha representado una amenaza real para la independencia política de Portugal.

- Por último, el tercer factor nos habla del océano, no como la frontera oeste de la unidad política portuguesa, sino como una «puerta» abierta hacia nuevas oportunidades. La explotación oceánica y su interrelación con los factores anteriores siempre ha supuesto para Portugal un importante activo para, entre otras cosas, superar las limitaciones de índole territorial, humano, económico o de recursos naturales que inevitablemente le deparaba su condición de pequeña unidad política en los márgenes de Europa.

Una vez surgida y consolidada la nación portuguesa estos tres factores seguirán entrando en juego, pero ahora su interrelación y despliegue se efectuará dentro del sistema cultural instaurado por la nueva realidad nacional. No es de extrañar que a raíz de la consolidación de la nación portuguesa y del nacionalismo a escala planetaria, estos tres factores de alguna forma u otra pasen a moldear e influenciar gran parte del discurso de la identidad nacional portuguesa. Ello sucede como consecuencia de que el nacionalismo en general tiene como una de sus principales vocaciones la constante reafirmación de unas fronteras físicas, consideradas naturales e inamovibles, para cada uno de sus sujetos (las naciones) y, por tanto, teniendo en cuenta que los tres factores mencionados se encuentran íntimamente ligados con la geografía singular que ha venido comprendiendo el territorio portugués a lo largo de los siglos, se puede entrever la importancia que jugarán tales factores una vez iniciada la era nacional portuguesa.

Cómo influirán específicamente estos tres factores en el desarrollo de una identidad nacional portuguesa será tratado más adelante, pero conviene repasar brevemente de antemano la importancia capital que han tenido estos tres factores en la historia pre nacional portuguesa.

a. Un territorio vulnerable y limitado, la tensa coexistencia con España y la exploración oceánica como factores determinantes de la Portugal pre nacional.

Portugal desde sus orígenes se ha visto condicionada por su asentamiento sobre un territorio muy limitado. Dentro de la península ibérica ocupa la parte más hacia el oeste (ocupando un 15 % del total peninsular), y se configura como una franja estrecha de

norte a sur bañada en la mayor parte de su territorio por las aguas del océano Atlántico. Teniendo en cuenta los numerosos episodios de tensión o simplemente de desinterés mutuo que han presidido las relaciones entre Portugal y su único vecino peninsular España, podría decirse que Portugal en numerosas ocasiones ha vivido de forma aislada, casi como si se tratara de una isla atlántica.

Portugal históricamente ha constituido una población eminentemente rural, destacando únicamente como centros urbanos importantes Lisboa y Oporto. También debe mencionarse las numerosas ocasiones en que concurrirán intereses encontrados entre estas dos urbes portuguesas.

Otra realidad con la que históricamente han tenido que lidiar los portugueses ha sido la escasez de recursos naturales en un territorio físico ya de por si limitado en cuanto a las dimensiones y heterogeneidad. Esto explica como Portugal durante muchos siglos se ha tenido que proveer de alimentos o materias primas básicas llegadas desde otras potencias europeas. En última instancia ello también se reflejaba en un reducido margen en cuanto a las posibilidades de desarrollo mercantil limitándose su competitividad comercial a la explotación de unos pocos cultivos como es el caso del vino o el propio comercio de esclavos.

La emigración también ha supuesto una constante en la historia de la unidad política portuguesa que normalmente ha acabado por acentuar las deficiencias estructurales internas del desarrollo económico portugués. Así, destacar como en épocas de superpoblación, sobre todo en el norte del país, al tratarse de un territorio tan limitado y de escasos recursos, ya durante el siglo XVII la emigración portuguesa se convertía en sí misma en una alternativa al desarrollo económico (es decir significó una alternativa a una revolución agrícola interna), aunque esta emigración no alcanzaría su punto álgido hasta los siglos XIX y XX (Birmingham 2005, p. 61). Todo ello significó que en muchas ocasiones se produjera un abandono de las tierras a cultivar y una escasez de la mano de obra a causa de aquellas olas migratorias.

Arenas por su parte señala otros factores vinculados con decisiones políticas concretas que también acabarían por mermar el desarrollo económico de la entidad portuguesa de una forma significativa (2003, p. 3). Así, el autor se refiere a la expulsión de los judíos

como un importante punto de inflexión que contribuyó al declive de Portugal, ya que, con la expulsión en 1496 de este grupo humano, se perdía un componente fundamental vital y material dentro de los sectores comerciales y financieros. Igualmente, Arenas también se refiere al importante rol jugado por la *Inquisición* en el estancamiento económico y cultural experimentados por Portugal pues aquella institución es considerada directamente responsable de la represión y obstrucción de innovaciones tecnológicas y de la producción cultural (2003, p. 3). La interrelación de estos elementos geográficos, políticos y socioeconómicos, se había traducido en un continuo retraso en el desarrollo económico portugués y en una falta de medios e incapacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias, como, por ejemplo, en el momento de estallar la revolución industrial y es que tradicionalmente la economía portuguesa se encontraba tan ligada a Gran Bretaña que aquel ligamen impedía la ampliación de una base industrial (Birmingham 2005, p. 70).

De esta forma sostiene Arenas que la posesión portuguesa de los bastos y ricos territorios de Brasil, funcionó durante mucho tiempo como un mecanismo compensatorio real e imaginario en relación con los limitados recursos económicos y territoriales de Portugal (2003, p. 5). El propio Birmingham, dentro de las conclusiones que obtiene de su estudio sobre la historia de Portugal, sentencia de una forma tajante, refiriéndose al factor pre nacional aquí aludido como el principal factor desencadenante de toda una serie de hitos que acabarían por marcar la historia del Portugal moderno, cuyo nacimiento sitúa el autor en el año 1640:

> La prolongada búsqueda de viabilidad económica había conducido a la construcción de dos imperios, uno en América y otro en África, a tres intentos fallidos de industrialización a finales de los siglos XVII, XVIII y XIX, y a una serie de tratados de amistad con Gran Bretaña (2005, p. 209)

En cuanto a la situación de coexistencia política de Portugal con su vecina España, este factor también ha estado presente prácticamente desde el nacimiento de Portugal como ente político reconocible posteriormente transformado en nación. Desde su consolidación como reino cristiano peninsular tras el proceso de reconquista llevado a cabo desde el norte del actual Portugal hasta el Algarve, ya en esos momentos se

comenzaron a sentir las tensiones entre Portugal y España. Sostiene Birmingham (2005, p. 21) que la conquista del Algarve supondría para los portugueses un grave enfrentamiento con Castilla y que aquel conflicto pasaría a significarse como "…el centro de la política extranjera de Portugal durante los siguientes setecientos años…"
En relación con este episodio histórico, Arenas afirma que las guerras con Castilla en el siglo XIV contribuyeron a forjar un vínculo común entre los habitantes de Portugal que giraba en torno a una identidad portuguesa entendida como oposición a la castellana (2003, p. 2).

Este segundo factor tiene una relación directa con el primero, pues la amenaza representada por un vecino más grande y poderoso ya desde los primeros momentos de consolidación de ambos reinos, ha servido desde entonces como un continuo recordatorio de las limitaciones y vulnerabilidad a las que ha de hacer frente Portugal. Al quedar patentes las mismas en un escenario tan particular y cerrado como era la península ibérica, un escenario además reducido y aislado dentro del mapa físico europeo, la lógica que se derivaba de proyectar aquella fragilidad y vulnerabilidad ibérica a una escala global, confirmaba aún más la certeza de unas limitaciones inherentes a Portugal, como así acabaría ocurriendo cuando la unidad política portuguesa finalmente comenzara su expansión de ultramar.

Siendo conscientes de la clara desventaja de Portugal con relación a un vecino cada vez más poderoso, las élites portuguesas pronto comenzaron a moverse dentro del plano de las relaciones internacionales en búsqueda de una alianza estable la cual pudiera hacerse valer en un futuro contra Castilla. Este socio acabaría siendo Inglaterra, debido a una serie de factores geopolíticos que parecían condenar a entenderse a ambos países. Así, en 1386 Juan I firmó con los ingleses la «alianza perpetua» que se convertiría en la base de la diplomacia portuguesa hasta bien entrado el siglo XX (Birmingham 2005, p. 24). De esta forma este factor pre nacional, presenta ya de entrada una importante consecuencia política para el devenir del ente político portugués, que desde entonces se verá ligado por una alianza estratégica con los ingleses que en determinados momentos de la historia adoptará la forma de una relación de cuasi sumisión de Portugal frente a los dictados ingleses.

La convivencia pacífica entre portugueses y españoles ha sido seriamente dañada en momentos puntuales de la historia. Carvalho habla de varios episodios históricos en los que España había declarado la guerra a su vecino, invadido el país o intentado someter Portugal a sus designios políticos (2012, p. 43). Entre otros, Carvalho menciona la batalla de Aljubarrota en 1385, la declaración de guerra de 1704 con motivo de la guerra de sucesión española o la guerra de las naranjas en 1801.

Este factor pre nacional alcanzaría su momento álgido cuando ambos reinos quedaron unificados bajo la autoridad de los Habsburgo entre 1580 y 1640. No obstante, dentro de esta unificación con el resto de reinos ibéricos, eran los castellanos los que disponían de la supremacía política. Esta unión finalmente se acabó disolviendo y trajo consigo una cruenta guerra entre españoles y portugueses que duró cerca de treinta años y que con el paso del tiempo acabaría reforzando en los portugueses la imagen de una España en la que desconfiar, con ansias expansionistas y como consecuencia de ello, una Portugal vulnerable en la permanente necesidad de alianzas externas que consiguieran nivelar sus fuerzas e influencia con las de su vecino ibérico.

Para Birmingham los siglos de guerra con Castilla habían creado una profunda brecha entre los portugueses y sus vecinos (2005, p. 38). Pero según el mismo autor, no fue un sentimiento nacionalista entre los portugueses «la chispa» desencadenante del levantamiento contra la unificación bajo los Habsburgo, sino que fue la crisis económica del siglo XVII lo que realmente propició una opinión generalizada en contra de la unión con España (Birmingham 2005, p. 38).

Como se observa, el factor relativo a la convivencia ibérica y la relación de inferioridad de Portugal dentro del contexto peninsular, entró en juego casi de inmediato con la consolidación de los reinos cristianos tras la reconquista. Con la irrupción del nacionalismo y de las primeras entidades nacionales en la península, este factor siguió teniendo un peso decisivo en el comportamiento e ideario político de Portugal. No obstante, también se ha de remarcar que es seguramente con el advenimiento de la ideología nacionalista en la península durante el siglo XIX, cuando se ha estado más cerca de configurarse una unidad política efectiva entre los dos países, más allá de uniones dinásticas ajenas a la mayoría de la voluntad popular.

El último de los factores pre nacionales a tratar podría decirse que ha supuesto históricamente un factor corrector de los dos anteriores. Así, la «explotación» de los océanos por Portugal a través de la exploración y descubrimiento, del comercio y de la construcción imperial, ha permitido que una entidad política que a priori podría arrastrar alguna de las debilidades antes mencionadas, haya podido establecer un imperio de ultramar en varias ocasiones, beneficiándose indudablemente de aquel carácter imperial, ya que de pronto los territorios de Portugal se multiplicaban al igual que las opciones de comercio y riqueza, de materias primas y de masa poblacional.

El océano y su exploración por los portugueses ha supuesto un factor trascendental que cambiaría para siempre el destino de aquella unidad política ubicada en los márgenes del continente europeo. Portugal de esta forma llegaría a disponer de territorios en todos los continentes con excepción de Oceanía, de tal forma que ampliaría sus horizontes de una forma abismal. De acuerdo con Arenas (2003, p. 5) y a modo de síntesis, el proceso de expansión marítima-colonial y de construcción imperial portugués tuvo lugar esencialmente en tres grandes escenarios históricos y geopolíticos: el siglo dieciséis (Asia y el océano Índico), los siglos diecisiete y dieciocho (Brasil) y finalmente los siglos diecinueve y veinte (África).

En efecto, con la aparición de este tercer factor se neutralizaban los dos factores anteriores ya que las posibilidades de riqueza y poder que propiciaban los nuevos territorios eran inmensas. Así, por ejemplo, el descubrimiento de una ruta directa desde Europa a Asia por Vasco de Gama en 1498, significó que durante cien años Portugal monopolizara virtualmente la ruta marítima hacia Asia (Birmingham 2005, p. 31). Otro ejemplo nos habla de la importancia del oro brasileño descubierto a finales del siglo XVII, lo que produjo que el imperio portugués se convirtiera en uno de los grandes productores de oro del mundo (Birmingham 2005, p. 72). Paralelamente, este factor suponía que Portugal ganaba peso dentro de la escena internacional, situándolo quizás por encima de la posición que en unos términos más realistas le correspondería.
En definitiva, el bagaje imperial, y sus importantes posesiones de ultramar, convertía a Portugal en un socio atractivo con el que buscar pactos y así, este hecho podría explicar las continuas alianzas selladas entre portugueses e ingleses a lo largo de la historia no solamente de índole comercial, sino también en el ámbito de la seguridad y defensa,

alianzas que perfectamente podrían haber supuesto la supervivencia histórica de Portugal como una entidad políticamente independiente.

No obstante lo dicho, este último factor nos vuelve a remitir al primero de los factores pre nacionales tratados, como si de un «círculo vicioso» se tratase. Quizás porque no se daban las condiciones estructurales en Portugal para una administración solvente y defensa contundente de tan vastos territorios o quizás porque tanta riqueza sobrevenida de golpe no pudo ser gestionada con mesura por los que hasta entonces habían vivido en circunstancias tan desfavorables y de vulnerabilidad, lo cierto es que la hegemonía de Portugal como poder mundial no duraría mucho tiempo.

Para Arenas el colapso de Portugal en la batalla de *El-Ksar-el-Kebir* en 1578, la consiguiente anexión de Portugal a España entre 1580 y 1640 y las continuas amenazas de ingleses y holandeses al dominio portugués sobre las rutas del océano Índico, revelaban una intrínseca fragilidad de Portugal en la escena global (2003, p. 3). Para el autor, ya en el siglo dieciséis, las capacidades portuguesas se encontraban bajo presión dada su población tan pequeña y sus limitados recursos naturales. Meneses sostiene que el apogeo portugués durante los siglos XV y XVI genera sin embrago una paradoja que conduce a factores de inestabilidad y tal vez al germen de una decadencia (2007, p. 196). Prosigue el autor afirmando que mientras en Europa los imperios eran apenas complementos y la metrópolis la esencia, para el caso de Portugal la metrópoli era como un complemento del papel esencial que tenía el imperio.

Por otra parte, cabría mencionar como las enormes ganancias del imperio, en muchas ocasiones, supusieron paradójicamente un importante lastre a la hora de emprender reformas que consiguieran remediar las deficiencias estructurales que durante mucho tiempo azotaban a la economía de Portugal. Así Birmingham (2005, p. 67) nos habla del episodio de cuando unos campesinos de Sao Paulo descubrieron oro por casualidad en 1697. Birmingham sentencia que durante los treinta años que siguieron, Portugal obtuvo tantas ganancias con el comercio del oro que se permitió el lujo de abandonar temporalmente la búsqueda de innovaciones en la producción. Prosigue el autor señalando que, debido a este caudal de riquezas generado por el oro, el antiguo problema portugués de la balanza de pagos se solventó durante casi dos generaciones y no volvería a presentarse una crisis de gran magnitud hasta 1760 (2005, p. 73).

En este último punto puede apreciarse la interconexión continua entre aquellos factores que, según este estudio, influyeron de una forma más notable el devenir político de Portugal antes de entrar en la era nacional.
En todo caso la relación de Portugal con los mares y océanos se convierte en una variable crucial a la que atender cuando se aborda no sólo la historia de la nación portuguesa sino la historia de Portugal en general:

> A influência do mar é determinante no suceder histórico da Nação. Todas as épocas da história do Portugal, do nascimento, ao apogeu, à decadência e às tentativas de regeneração, dependeram da influência do mar, melhor dizendo da conquista ou da perda de predomínio no mar (Meneses 2007, p. 195)

b. El surgimiento de la nación portuguesa y las características del nacionalismo portugués.

La configuración de una nación portuguesa se irá fraguando poco a poco durante las primeras décadas del siglo XIX, en un escenario casi paralelo con la aparición de la nación española. A grandes rasgos, durante todo el siglo XIX se puede observar una clara simetría entre la trayectoria política portuguesa y la española. De esta forma, al igual que sucedió en España, será durante los años de embestida napoleónica sobre suelo portugués, en las primeras décadas del siglo XIX, que el ideal nacionalista comenzó a establecerse con arraigo entre influyentes sectores de la sociedad portuguesa. Nuevamente al igual que sucediera con España y la constitución de 1812, la promulgación de la constitución portuguesa de 1822 constituirá la mejor prueba de que la ideología nacionalista había penetrado con fuerza entres aquellos estratos destacados de la sociedad portuguesa que ahora se afanaban por llevar a la práctica aquel ideario, lo cual quedaba reflejado en el espíritu del texto constitucional de 1822 surgido de unas cortes con clara vocación democrática. La antesala directa a la configuración de aquel texto primigenio para la historia nacional y constitucional de Portugal lo representaría la revolución y alzamiento de 1820.

En este sentido será necesario hacer un breve relato de los hechos que llevaron a aquellas élites portuguesas a escoger la vía nacional de una forma decidida. Para ello, debemos remontarnos nuevamente a la ocupación de Portugal por las tropas napoleónicas a principios del siglo XIX. Sería en 1807 cuando el ejército imperial francés entraría en Portugal con la intención de ocuparlo. Como sucedió en el caso español, también en Portugal muchos liberales dieron la bienvenida a las tropas francesas con las expectativas de que su llegada significaría importantes avances hacia la instauración de un sistema liberal (Varela 2012, p. 110). Sin embargo, de acuerdo con Birmingham los franceses mostrarían muy poco interés en impulsar el programa de reformas económicas y sociales (2005, p. 113).

La invasión de Portugal por las tropas napoleónicas en todo caso tuvo dos grandes consecuencias en lo que respecta a la administración política del país. En primer lugar, la invasión supuso el traslado de la corte portuguesa a Brasil en el año 1807, de tal forma que el rey portugués, acompañado de una corte de unos 15.000 hombres, huía de la amenaza francesa y fijaba su residencia en la colonia más importante de Portugal con el fin de que el imperio quedara a salvo de las agresiones externas. La segunda consecuencia también es muy importante y tendrá una gran trascendencia para el futuro levantamiento nacional de los portugueses. Esta segunda consecuencia se derivaría de la intervención inglesa efectuada para socorrer a los portugueses ante la ofensiva francesa. Así, las escaramuzas bélicas entre franceses e ingleses supusieron varios años de cruentas batallas en suelo ajeno portugués. Finalmente, Francia invadiría Portugal durante las dos primeras décadas del siglo XIX hasta tres veces con igual número de fracasos, ya que en todas las ocasiones fueron repelidos por las tropas británicas. Las sucesivas invasiones y enfrentamientos empobrecieron gravemente a Portugal y acabaron finalmente con el malogro de las intenciones francesas y el posterior establecimiento de una autoridad militar británica al mando de la cual se situó el *vizconde Beresford*.

Paralelamente es importante también mencionar que la monarquía en el exilio se vio obligada a firmar un acuerdo con los ingleses a cambio de su ayuda militar, mediante el cual se concedían importantes ventajas a los británicos en lo que se refería al acceso comercial a Brasil.

Es sobre este telón de fondo, donde de pronto se dan las condiciones necesarias para que se produjera aquel levantamiento nacional. El país había quedado del todo abatido, arrasado por las continuas batallas y al mismo tiempo había quedado «descabezado» políticamente tras la huida del monarca y su corte a Brasil. Mientras tanto, los ingleses habían sabido aprovecharse de la situación de debilidad portuguesa, obteniendo unas condiciones muy ventajosas para la potenciación, aún más si cabía, de su comercio transoceánico y además ostentando el control político directo de Portugal por medio de sus cuerpos militares. Tal y como lo define Varela, Portugal se había convertido *de facto* en un protectorado británico y en una colonia de Brasil (2012, p. 110). Pereira se refiere a una situación de doble dependencia a la que habían quedado sometidos la regencia, así como los militares y las autoridades administrativas portuguesas (2013, p. 48).

Bajo este panorama las ideas de signo liberal y nacional que habían penetrado en Portugal previamente, conocieron el momento propicio para que pudieran ser utilizadas como herramientas eficaces en la transformación de una realidad que frustraba y agraviaba a determinados estratos significativos de la sociedad portuguesa.

Así, cuando la revolución portuguesa estalló en 1820 en Oporto y posteriormente ésta se extendió a Lisboa, Birmingham relata como al frente de la misma se situaron soldados portugueses inmersos en un estado de frustración (2005, p. 117). Langa se refiere también a un sentimiento de frustración entre los portugueses cuando Brasil fue elevado a la categoría de reino en 1815, lo que en última instancia se tradujo en una sensación generalizada entre los portugueses que retrataba a Portugal como colonia de Brasil (1990, p. 11). Esteve por su parte afirma que el prolongado control por los militares británicos "…de la mayoría de los resortes del poder acabó por convertirse en una experiencia traumática…" (2017, p. 275). Finalmente, y en la misma línea, Rivero relaciona directamente aquellos sentimientos que estaba experimentando la mayoría de la población portuguesa con una respuesta revolucionaría que adoptaría ahora, al menos desde determinadas élites de la población, un esquema *nacional* (2010, p. 9).

Cabe por tanto matizar el hecho de que aunque el descontento y sensación de agravio era generalizado entre todas las capas de la población portuguesa (como por ejemplo

aconteció en los ámbitos rurales ante las fuertes levas ejecutadas por *Beresford* en 1817) y todas se mostraban predispuestas a posibles agitaciones que rompieran con el signo de los tiempos en Portugal, sólo unas pocas élites, de una forma consciente y voluntaria, estaban protagonizando un levantamiento de índole nacionalista con el objetivo último de construir una nación portuguesa en la que todos y cada uno de sus habitantes fueran elevados a la condición de élite política, pasando a su vez a residir en ellos la soberanía del ente político.

Aquella pequeña élite en relación con el conjunto de la población[50], principal culpable del desencadenamiento de la revolución de 1820, llevaría a cabo un verdadero proceso de ruptura que acabaría por fijar los cimientos sobre los que se erigiría la nación portuguesa, todo ello debido en gran parte a la sobrerrepresentación de estas élites en las nuevas instituciones surgidas del proceso rupturista, como era el caso de las *Cortes* y de la posterior *Constitución* emanada de los trabajos y debates efectuados en aquellas. Otros sectores más numerosos de la sociedad portuguesa se conformaban con volver a la situación anterior a la ocupación napoleónica y de los avatares que aquella trajo consigo.

En definitiva, el alzamiento de 1820 y posterior aprobación de la Constitución de 1822 son dos momentos históricos, que en concordancia con el esquema teórico de Greenfeld, pueden ser considerados como los referentes cronológicos más importantes que apuntan al surgimiento de la nación portuguesa.

De entre las prerrogativas abanderadas por los líderes revolucionarios que apuntaban en esta dirección se encontraba la exigencia de que la familia real regresara de Brasil pero ahora existía la opinión que la nación era soberana, que el monarca debía ser elegido al trono y que su veto tan sólo debiera retrasar legislación, pero nunca suprimirla (Birmingham 2005, p. 118). Pereira en su exposición también sitúa el surgimiento de la nación portuguesa dentro del mismo marco temporal aquí propuesto (2013, p. 49). Pereira relata que *Beresford* regresaba de Rio de un viaje en el que había buscado reforzar su poder ante el monarca portugués, cuando le sorprendió en altamar el

[50] Birmingham describe como mucho de los jóvenes dinámicos y ambiciosos que huían del estancamiento rural preferían destinaciones internacionales como Brasil y Estados Unidos antes que permanecer en Portugal, aunque fuera en sus dos ciudades más dinámicas (2005, p. 116).

comienzo de la Revolución de 1820. Esto significaría el final de su etapa portuguesa. Entonces la autora prosigue el relato:

> By then a reverse situation had come about: the Regents informed the King of their recognition of the Cortes, without waiting for his authorization. A new power had appeared on the political scene: the Nation (Pereira 2013, p. 49)

En igual sentido, Campos alude los acalorados debates que tuvieron lugar en la asamblea constituyente portuguesa de 1821 alrededor de las posibles referencias históricas del constitucionalismo portugués que pudieran apuntalar la nueva etapa política (2016, p. 62). En medio de aquel debate, el diputado *Inácio da Costa Brandao* defendía la absoluta novedad del nuevo escenario portugués como algo difícilmente encajable a cualquier experiencia constitucional y política previa vivida por los portugueses. De esta forma el diputado llegó a declarar:

> Let us speak frankly and plainly as befits the Representatives of a free Nation […]; let us say that we are going to make a new Constitution, because our ancient Constitution, made at a time when the rights of man and of Nations were unknown or disdained, is insufficient to secure for us the dignity, and contentment to which we have a right. Da Costa Brandao (1821 citado en Campos 2016, p. 62)

La nación portuguesa aparecía así en las primeras décadas del siglo XIX bajo la inspiración, en última instancia, de las corrientes de pensamiento que habían rodeado los acontecimientos históricos de la *Revolución Francesa* unas décadas antes.

El portugués será por tanto un nacionalismo surgido indirectamente bajo la influencia del nacionalismo francés. El nacionalismo francés a su vez, inspirará al portugués de una forma directa y de una forma indirecta. Seguramente será la forma indirecta la que intervendrá de una forma más decisiva en el surgimiento y conformación de aquel nacionalismo portugués, pero en todo caso, no se puede menospreciar la influencia

directa que ejercieron alguno de los grandes pensadores que suministraron el ideario de la Revolución Francesa sobre los sectores intelectuales portugueses.

De esta forma Rivero sostiene como la Revolución Francesa llegó a tener un impacto perdurable sobre la política doméstica portuguesa, señalando como la clase intelectual portuguesa se encontraba fuertemente influenciada por la ilustración francesa, así como por las ideas políticas de Rousseau (2010, p. 14). Ligando este último punto con el cuerpo teórico de Greenfeld, en el cual se señala la obra de Rousseau *El contrato social* como la expresión por antonomasia de la visión nacionalista francesa en las vísperas de la gran revolución (Greenfeld 1992, p. 173), se puede constatar aquella inspiración directa a través de la cual la forma dominante de concebir la nación en Francia acabaría por tener una gran aceptación entre las élites intelectuales portuguesas. Estas élites, como se verá más adelante, tendrán un papel fundamental en la configuración y caracterización de un nacionalismo portugués que, con el transcurrir del siglo XIX, acabará siendo abrazado de una forma más amplia y popular superándose así los originarios lindares elitistas.

La forma indirecta a través de la cual el nacionalismo francés penetró en Portugal, se refiere al modelo inspirador protagonizado por los acontecimientos que se estaban produciendo desde los albores del siglo XIX en la vecina España, íntimamente ligados aquellos con la aparición de una nación española y el consecuente desarrollo del primer nacionalismo en suelo ibérico. De esta forma el nacionalismo español se convertirá en la fuente directa de la que beberán los primeros nacionalistas portugueses. Aquella inspiración se materializaría de una forma evidente en la elevación de la Constitución española de 1812 como el modelo a seguir por los nacionalistas portugueses de 1822.

Birmingham señala que la Constitución democrática de Cádiz se acabaría convirtiendo en el artículo de fe de los rupturistas portugueses durante los años de la revolución (2005, p. 120). Son varios los autores que aluden al rol inspirador de la *Constitución de Cádiz* sobre el primer constitucionalismo democrático portugués (Varela 2012, p. 112; Rivero 2010, p. 11; Langa 1990, p. 7 y 14). El propio Varela en concordancia con el argumento aquí propuesto, afirma que la Constitución portuguesa de 1822 "…estaba marcadamente influida por la española de 1812 y, por tanto, indirectamente, por la francesa de 1791…" (2012, p. 112). Finalmente, el mismo autor acaba sentenciando que

como en la *Constitución de Cádiz* y en la francesa de 1791, la Constitución portuguesa de 1822 se asentaba sobre dos grandes principios básicos: el de la soberanía nacional y el de división de poderes.

El nacionalismo portugués se erige por tanto en las primeras décadas del siglo XIX como un nacionalismo cívico y de carácter colectivista de acuerdo con la tipología de nacionalismos expuesta por Greenfeld. La principal causa que explica aquella caracterización se encuentra en la influencia que ejerce el pensamiento político e ilustrado francés espoleado al calor de la Revolución Francesa y que llegará a Portugal de una forma directa a través de la atracción que ejerce aquel pensamiento sobre determinadas élites intelectuales portuguesas. De una forma indirecta se materializará por medio de la enorme influencia ejercida sobre Portugal por la revolución española, por el cariz liberal y nacional que adopta la misma y por todo el proceso constituyente que acabaría desembocando en la aprobación de la *Constitución de Cádiz* de 1812 y de una forma más general y abstracta, en la erección de una identidad nacional española.

Estos dos rasgos del nacionalismo portugués pueden percibirse a lo largo del proceso de desarrollo y consolidación de la nación portuguesa durante el siglo XIX y de una forma más exagerada, si cabe, durante gran parte del siglo XX en el que Portugal estuvo gobernado ininterrumpidamente por un régimen autoritario durante más de 40 años. Así, para el caso portugués se cumple la premisa avisada por Greenfeld mediante la cual los nacionalismos colectivistas tienden a aceptar con mayor facilidad gobiernos de corte autoritario y personalista, pues al concebirse la nación como un órgano supremo con una voluntad e intereses propios y preferentes de los de los individuos que la componían, se tiende a una elevación de aquellas personas o élites que se presentan como capaces de descifrar e interpretar los intereses y última voluntad de la nación.

En la línea de este razonamiento teórico, Esteve comenta como durante el último cuarto del siglo XIX no sólo la derecha portuguesa tendía a manifestarse en un lenguaje autoritario, sino que también desde sectores del liberalismo constitucional se defendían abiertamente políticas de corte autoritaria que iban en contra del sistema de partidos (2017, p. 284). El autor menciona como en aquella época destacados grupos de intelectuales, políticos y militares concebían el *cesarismo* como la única vía posible para dar fin a la crisis nacional.

En cualquier caso, como se ha señalado previamente, el siglo XX vio como Portugal llevó esta tendencia hasta sus últimas consecuencias, reproduciéndose así, una experiencia autoritaria seguida de otra. De esta forma en las primeras décadas del siglo XX se suceden regímenes autoritarios tanto de signo monárquico con el gobierno de Joao Franco, como de signo republicano con los respectivos gobiernos liderados por Pimenta de Castro, Sidónio Pais o Gomes de Costa (Esteve 2017, p. 285). Por último, la larga dictadura de Salazar, que se prolongó hasta los años 70 del siglo XX, no haría más que confirmar la propensión autoritaria que se desprendía de la forma originaria de concebir la nación abrazada por los portugueses.

Igualmente, y de gran importancia para el contenido de esta investigación, este rasgo del nacionalismo portugués muestra una tendencia histórica a materializarse en una fuerte concepción centralista a la hora de planificar la organización política y administrativa del ente nacional. Este hecho quedó patente en la forma en que se organizó el modelo de administración colonial:

> The colonial administration model, followed by the Portuguese governments of the Constitutional Monarchy and the First Republic, was always one that preferred centralisation over decentralisation. The idea that the empire was an intrinsic part of the organic body of the nation was reflected in the centralising legislative and executive powers that governed Portugal (Carvalho 2012, p. 71)

En cuanto el carácter cívico del nacionalismo portugués, igualmente este rasgo será llevado a su máximo extremo (casi hasta una caricaturización) durante el siglo XX, concretamente durante la dictadura de *Salazar* y en los años en que el gobierno autoritario acogería y adaptaría a sus propios intereses la ideología del *lusotropicalismo*[51] con el fin de legitimar la línea dura e inflexible adscrita a la política colonialista, la cual era defendida a ultranza por el gobierno de Salazar.

[51] La ideología del régimen *salazarista* en un momento dado, comenzó a utilizar en su favor el concepto de *Lusotropicalismo* desarrollado por el sociólogo brasileño *Gilberto Freire*, promoviendo de esta forma una imagen en la que la relación entre Portugal y sus territorios de ultramar se veía distinta a la de otros

c. La fuerte correlación entre el primer factor pre nacional y el tercer factor pre nacional como principal rasgo originario del nacionalismo portugués.

Con la irrupción de la nación portuguesa y consecuentemente de un nacionalismo portugués, el primer factor pre nacional (vulnerabilidad y limitación) y el tercer factor pre nacional (exploración oceánica) acabarán por interrelacionarse de una forma substancial. Esto es así, debido a que el primer factor pasa a adquirir en este momento dentro del esquema nacional una importancia capital. De acuerdo con el esquema teórico de Greenfeld, con el advenimiento del nacionalismo la dignidad nacional ahora se convierte en un elemento de suma importancia y prioridad para las poblaciones integradas en aquel contexto, ya que ahora se aludiría directamente a la dignidad de cada uno de los individuos que conformarían una determinada nación y es por ello que los entes nacionales, por lógica, acabarían invirtiendo fuertemente y dedicando gran cantidad de recursos a este ámbito.

Hay que recordar que la propia Greenfeld se refiere a una carrera de dignidades desatada por la nueva era nacional (2004, p. 42). En base a ello, este primer factor pre nacional se presenta como un factor preocupante, cual sombra que acecha, percibido como un potencial hándicap para el prestigio nacional portugués. En consecuencia, todo aquello relacionado con el primer factor pone en alerta a las élites de aquel país. Partiendo de la importancia fundamental asumida ahora por el primer factor pre nacional, su interdependencia y simbiosis será total desde entonces con el tercer factor pre nacional, referido a la exploración y explotación oceánica, en base principalmente a tres causas que tienen su origen en los años inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento de la nación portuguesa:

- Por el hecho de haber surgido la nación portuguesa en un momento histórico coincidente con la pérdida traumática de Brasil. Ambos hitos tienen lugar

imperios europeos. Así, en lugar de imponer valores europeos, Portugal transmitía valores cristianos de igualdad entre las diferentes razas y disponían por tanto los portugueses de una propensión a mezclarse con las poblaciones indígenas, surgiendo como resultado una auténtica civilización lusotropical y multicultural (Leonard citado en Dores Cruz 2007, p. 413).

durante la década de los años 20 del siglo XIX con lo que se puede hablar de un paralelismo que ocasionó una gran conmoción y desconcierto entre la sociedad portuguesa. No debe olvidarse que hasta entonces Brasil había significado la principal fuente de riqueza para Portugal, actuando además como un mecanismo compensatorio frente a las limitaciones territoriales y económicas del Portugal ibérico.

- La segunda de las causas que explican la fuerte correlación que se dará entre el primer factor pre nacional y el tercer factor pre nacional, apunta al contexto histórico específico vivido en suelo portugués durante las dos décadas que precedieron la aparición de la nación portuguesa. Se refiere este punto a la humillación constante de la que fueron objeto los portugueses durante aquellas dos décadas y como aquella fuente de ansiedad y desconcierto tenía su origen siempre en el exterior, ya fuera en potencias extranjeras enemigas, en aliados históricos o incluso en territorios lejanos integrados dentro del mismo cuerpo político que los portugueses. Esta segunda causa subraya la procedencia externa de la humillación y agresión que experimentó Portugal en los convulsos años antesala de su revolución nacional.

- La tercera de las causas se refiere a la capitalización del desarrollo de la identidad nacional, durante las primeras décadas de la nación portuguesa, por una pequeña élite con una idiosincrasia entrelazada por múltiples aristas con origen en lo externo y foráneo. Una pequeña élite que se mostraba por tanto con una vocación internacional. Al ser protagonizado ese despertar nacional por una minoría dominada por perfiles tales como ilustrados, militares, élites políticas y diplomáticas, funcionarios, aristócratas, comerciantes y burguesía mercantil (Carvalho 2012, p. 44; Varela 2012, p. 115; Birmingham 2005, p. 117; Fernandes *et al.* 2003, p. 5), grupos que estaban en continuo contacto y eran permeables a las realidades, ideas, «modus operandi» que venían de fuera de los límites portugueses, el nacionalismo portugués desde su inicio se caracterizará por una sobredimensión de todo aquello referente a la posición y estatus que pudiera poseer la nueva nación a escala global y la imagen de la misma vis a vis con el resto de naciones.

Las clases populares habían quedado al margen de este primigenio proceso de construcción nacional y ahora todo el peso residía sobre aquellas élites que dejarían su impronta como grupo en la caracterización de la nueva identidad nacional. Se trataba de grupos acostumbrados al contacto con ideas de fuera, conocedores y conscientes de las realidades externas. También destacan miembros de cuerpos que, simplemente como los militares o diplomáticos, han nacido de por sí ya imbricados en aquella maraña de dinámicas, relaciones e intereses internacionales y que tienen su razón de ser dentro de un entramado dominado por las relaciones internacionales y la gestión en el exterior de la entidad política en cuestión.

De este punto se desprende un rasgo muy importante del nacionalismo portugués, referido a una sobredimensión y sobre preocupación por el lugar que ocupa la nación portuguesa dentro de la clasificación global de dignidades y prestigios nacionales, así como por la posición e imagen de la misma vis a vis otras naciones[52]. Este rasgo originario del nacionalismo portugués tendrá como consecuencia a su vez, una identidad nacional que estará muy condicionada durante gran parte de su historia para llevar a cabo de una forma comprometida y verdadera una reflexión introspectiva.

Todo ello conduce en última instancia a una clara conexión entre el primer factor pre nacional y el tercer factor pre nacional, entendido este último como la respuesta más fácilmente disponible y a la vez eficaz que encuentran los portugueses para avanzar y recuperar posiciones dentro de la escala global de naciones y así contrapesar el lastre intrínseco que arrastraba Portugal a causa del primer factor pre nacional.

[52] El exhaustivo estudio de Marques, *The Sound of Silence*, acerca de la abolición de la esclavitud en Portugal durante el siglo XIX nos muestra como en las argumentaciones a favor o en contra, ya entraban en juego las percepciones externas de Portugal, así como la imagen de la misma vis a vis otras naciones. El autor nos habla como en un principio la actitud tolerante hacia las políticas esclavistas de Portugal respondía en parte a un miedo al colapso financiero y la pérdida de las colonias o a la propia salvaguarda del honor nacional frente a las injerencias extranjeras (existían continuas presiones de los ingleses para que Portugal abandonara el comercio esclavista). El autor señala como durante la década de los 40 la idea del honor nacional fue invertida de tal forma que pasó a entenderse que la defensa de la dignidad nacional requería una oposición frontal al comercio de esclavos. La convicción de que el decoro nacional exigía la efectiva supresión de aquel comercio pasó a generalizarse entre las élites portuguesas a partir de 1840. Según el autor, a partir de entonces, esta idea pasaría a convertirse en el principal motor de la acción portuguesa en contra del comercio de esclavos (Marques 2006, p. 252)

Se trata del recurso más «a mano» de que disponen los nacionalistas portugueses para de una forma pragmática y realista superar el varapalo ocasionado por la pérdida de Brasil y al mismo tiempo, dentro del nuevo lenguaje impuesto tras el acceso al estadio nacional al menos por unas determinadas élites, constituía la mejor de las garantías para recuperar a la nación de la humillación sufrida por poderes extranjeros.

Ambos factores quedan reactivados tras el advenimiento nacional. El tercer factor referido a la exploración y explotación oceánica, se reinterpreta ahora desde una concepción puramente nacional como un rasgo intrínseco e inseparable de la nación portuguesa, al que se aferran las élites y grupos de poder portugueses para superar, más allá de las humillaciones sufridas durante las primeras décadas del siglo XIX provenientes del exterior, la vulnerabilidad, fragilidad y limitaciones asociadas históricamente a la unidad política portuguesa. Se recurre pues a la exploración oceánica como principal factor que habrá de guiar los designios políticos de Portugal.
Este factor, a medida que se vaya desarrollando al nacionalismo portugués durante el siglo XIX, se irá rediseñando en la forma más abstracta de un destino imperial inseparable de Portugal. Así, Carvalho sostiene que durante el siglo XIX el Imperio era más un mito que una realidad y que su *raison d'être* se basaba en el prestigio político y en aspiraciones megalomaníacas (2012, p. 65).

d. La consolidación del nacionalismo portugués como un fenómeno de masas en el último cuarto del siglo XIX.

Las décadas posteriores al nacimiento de la nación portuguesa se verán caracterizadas por las continuas luchas internas que acaecen en Portugal. Nos encontramos con un episodio muy convulso de la historia portuguesa en el que el país queda sumido en una gran inestabilidad política y social ocasionada en gran parte por un escenario de guerra civil continua. Esta brecha interna será el fruto de una confrontación ideológica a la que se le añadía una enconada disputa de poder entre dos candidatos reales que reclamaban para si el trono de Portugal. La fractura puramente ideológica tiene lugar a raíz de la

Revolución de 1820 desatándose desde entonces una lucha entre los bandos liberales y antiliberales.

El conflicto dinástico se origina a raíz de la muerte del rey Juan VI en 1826. De inmediato, se desencadenaron las hostilidades entre dos de sus hijos que aspiraban a ocupar el trono, Don Carlos y Don Miguel. Esta lucha de poder pronto se vio envuelta por un manto ideológico, en parte como consecuencia natural del terremoto político que había sacudido a la sociedad portuguesa desde 1820. A grandes rasgos, los liberales apoyarían la candidatura de Don Pedro mientras que su hermano Don Miguel se alinearía con los sectores anti liberales. En definitiva, se trataba de una agria disputa por el poder de Portugal, en el que cada uno de los bandos asumió como suya una ideología, mientras que la ideología contraria era considerada como el principal enemigo.

Se está en presencia de una lucha por el poder en el que los dos bandos legitiman sus posiciones mediante el *apadrinamiento* de dos corrientes ideológicas contrapuestas y enfrentadas. Ideológicamente esta disputa se centró pues en los aspectos clásicos relacionados con la irrupción del liberalismo, que de una forma real amenazaban los últimos días del antiguo régimen y más concretamente apuntaban a la extinción de las formas de gobierno absolutistas. De esta forma ambos bandos asumen, al menos implícitamente, la idea de nación, aunque con interpretaciones dispares, sobre todo en lo referente a la forma de plasmar en la práctica aquella realidad. El término nación entendido en sus mínimos como la elevación de cada uno de los habitantes del ente a la cualidad de élite política, se acabará consolidando entre las principales élites y grupos de poder que estuvieron enfrentados durante la primera mitad del siglo XIX portugués.

Igualmente, durante la primera mitad del siglo XIX los propios liberales portugueses también estuvieron enfrentados en dos sectores bien definidos. Por una parte, se situaban los *Cartistas*, que eran más moderados y defendían la Carta Constitucional de 1826 otorgada por Don Pedro siguiendo el modelo de la carta de Luis XVIII en Francia, y frente a ellos se situaban los herederos del *Vintismo*, de corte más progresista y que defendían la *Constitución de 1822* (Langa 1990, p. 22).

Esta situación de permanente inestabilidad y de continuo enfrentamiento entre fracciones que se consideraban legítimas representantes de una misma nación, sumió a

Portugal en una era de profunda crisis. La oposición y disputa entre liberales y absolutistas por una parte y posteriormente entre *Cartistas* y *Vintistas*, como lucha fratricida dentro de las filas liberales, dividieron al país de una forma traumática, el cual se encontraba ya a mediados del siglo XIX exhausto por una confrontación interminable que había arrastrado a Portugal a una sucesión periódica de cambios de gobierno, pronunciamientos militares y revueltas civiles que alejaban al nuevo ente nacional de una estabilidad política y social.

Portugal desde un punto de vista político había entrado en barrena, se encontraba en una situación límite que pronto desencadenaría la reacción de algunas élites que trataron de recuperar el país. Esta rehabilitación se encaró mediante el recurso cada vez más visible representado por los «instrumentos nacionalistas», pues con el avance de aquella ideología en la propia Portugal y resto de Europa, aquellos instrumentos, ahora fácilmente al alcance, comenzaban a percibirse como eficaces transmisores de gran aceptación con la potencialidad de alcanzar un gran impacto popular.

A continuación, tras los agitados tiempos revolucionarios y la época de guerras internas, la historia del siglo XIX portugués entra en una etapa de cierto sosiego. Esta época se extendería desde 1851 hasta 1890 y normalmente se califica como un período de *Regeneración*, vinculándose esta época a conceptos tales como la reconciliación nacional, regeneración de paz y progreso (Braga de Costa 2010, p. 2). La presente investigación sostiene que es durante este periodo cuando se lleva a cabo la consolidación de la identidad nacional portuguesa debido a su materialización como fenómeno de masas. Este transvase en fenómeno de masas iría precedido por nuevos avatares y dificultades que provocarían una reacción decidida de determinadas élites portuguesas, ciñéndose ahora a un esquema nacionalista.

Braga de Costa esboza algunas de aquellas dificultades que motivaron una movilización entre determinadas élites nacionalistas. Así, la autora comenta como los ecos de la destrucción de la Europa vigente desde el Congreso de Viena (1815) y con ella la desmembración de los delicados equilibrios de poder tejidos entre las grandes potencias, habían comenzado a llegar a Portugal en los años 60 del siglo XIX, con lo que las fronteras portuguesas parecían más frágiles y su futuro más incierto para una nación

pequeña que había estado debilitada por tantos años de enfrentamiento interno (Braga da Costa 2010, p. 19).

Chato por su parte habla de una realidad política multiforme y confusa generada por la *Regeneraçao* en Portugal (2017, p. 209). Según el autor, los gobiernos se habían convertido en herramientas frágiles, con muy poca utilidad y garantía en su servicio al aparato estatal y la corona. Los partidos se presentaban cada vez más subordinados a los intereses de sus fracciones más radicales y a los de una opinión pública cada vez más influyente, provocando una relajación en los procesos de control social y la generalización de un ambiente de subversión contra los valores tradicionales de la monarquía constitucional y de la religión católica, reflejándose esta cultura subversiva en desórdenes públicos, movilizaciones populares y acciones anticlericales (Chato 2017, p. 210)

Birmingham desde un plano economicista, también subraya el año 1870 como un momento crítico para la historia de Portugal, debido a la fuerte recesión económica que sufrió Europa y que acabaría afectando gravemente la relativa prosperidad que había alcanzado Portugal al reducirse el precio del vino (2005, p. 138). Para el autor, este momento constituiría un punto de inflexión que derivaría en unas renovadas ambiciones imperiales entre los grupos de poder y élites portuguesas.

La *Regeneración* se presenta pues como una época en que domina un sentimiento de decadencia que prevalece en determinadas élites y grupos de poder. Como se percibe que se ha llegado a una situación de decadencia se intenta regenerar. Para el caso portugués, este período del regeneracionismo en su vertiente puramente nacionalista estaría monopolizado por dos fenómenos que rediseñarán para siempre la composición de aquella identidad nacional. Ambos fenómenos se presentan a su vez como una de las principales causas que conllevaron que el nacionalismo portugués pasara a convertirse en un fenómeno de masas en las últimas décadas del siglo XIX.

El *primer fenómeno* se refiere a la tácita ratificación de un consenso histórico, durante esta época, que afectaría al sustrato básico de la identidad nacional portuguesa. Se llega pues a un consenso transversal entre la amplia variedad de élites y grupos de poder portugueses (desde comerciantes a intelectuales pasando por políticos con

independencia de la ideología de los partidos) por el cual se instauraba como algo inseparable a aquel ente supremo con máxima autoridad y voluntad propia que era la nación, una vocación, misión y destino históricos orientados en base a los rasgos que tradicionalmente se atribuían a la Portugal de la *Edad de Oro* (descubridora, aventurera, atlántica, pionera, civilizadora, imperial…).

Así, Polanah describe como en la segunda mitad del siglo XIX, los políticos nacionalistas en Portugal se embarcaron en una tarea de recuperación cultural de aquel período de expansión (2011, p. 42). Neves confirma la amplitud de este consenso de una forma implícita, cuando alega que desde finales del siglo XIX hasta 1974, la mayoría de proyectos políticos de regeneración en Portugal situaban la idea imperial como componente central (2006, p. 2). El autor continúa su argumento señalando que, tanto para republicanos como para fascistas, el *Imperio* era una forma de recuperar la gloria perdida por la nación (2006, p. 2).

En el mismo sentido Jiménez Redondo afirma que cuando las ideas de un iberismo (unión política de todas las entidades política peninsulares) penetraron en la península en la segunda mitad del siglo XIX, para el caso particular portugués aquel iberismo fue rápidamente superado por el mito imperial. Jiménez Redondo prosigue afirmando que aquel mito imperial acabó convirtiéndose en el núcleo central de un nacionalismo identitario que pensaba que la misión histórica de la nación debía venir nuevamente por la expansión ultramarina (2017, p. 161). Marques por su parte relata como la situación de desatención hacia las colonias africanas se alteraría a mediados de la década de los 50 del siglo XIX (2006, p. 235). El autor se basa en un cambio muy visible en la actitud del Parlamento. Según él, se trató de un cambio que iba más allá de la oratoria y de la velocidad con la que se aprobaba nueva legislación concerniente a las colonias, pues se acompañó de una mayor voluntad por invertir dinero en las mismas.

Desde un punto de vista estrictamente pragmático y realista, la idea imperial representaba la propia supervivencia del ente político portugués independientemente de la forma de gobierno u organización política que adoptara. Desde un punto de vista nacional, ya inmersa la unidad política portuguesa dentro de un contexto nacionalista más generalizado y consolidado, la idea imperial significaba alcanzar una posición digna dentro del escalafón global de las naciones y para ello era necesario aludir a un

pasado, a un pedigrí imperial que legitimara las presentes ambiciones imperiales, por tanto, con la memoria fijada en un recuerdo muy vivo de la Portugal de los siglos XV y XVI en los que su reino ocupó una posición de predominancia mundial.

Dos hechos históricos de especial significado, ocurridos en las últimas décadas del siglo XIX, apuntan también a aquel consenso transversal dentro del nacionalismo portugués. Por un lado, las conmemoraciones de personajes y hechos históricos que tuvieron lugar por primera vez durante esos años y por otro, la fuerte controversia y posterior trauma nacional originados a raíz del choque frontal de Portugal con su tradicional aliado inglés durante la cuestión del *Ultimátum*[53] en el año 1890.

El *segundo fenómeno* lo constituye la celebración por primera vez de una serie de conmemoraciones de carácter popular en las que se pretendía resaltar personajes y hechos históricos relevantes de la historia de Portugal, muchos de ellos relacionados con el legado imperial y atlántico de la nación. Este segundo fenómeno no lo constituye tan sólo la celebración de las conmemoraciones en sí, sino que es también de especial interés *quienes* se encontraban detrás de la promoción y organización de semejantes eventos.

A pesar de que las conmemoraciones fueron abrazadas de una manera transversal por los diferentes partidos y las diversas corrientes ideológicas, al frente de las mismas se situaron un grupo de intelectuales republicanos.

Este grupo de intelectuales, denominados *generación de 1870*, percibía a la clase dirigente de la época como un instrumento al servicio de la perpetuación de un tipo corrupto de liberalismo, el mismo tipo que en su día fuera defendido por los *Cartistas*. Se reproducían así los viejos enfrentamientos entre una rama más radical del liberalismo, representada por sectores republicanos regeneracionistas y una corriente

[53] Esta crisis estalló cuando los intereses en África de portugueses y británicos chocaron de una forma frontal. Los portugueses anhelaban desde la segunda mitad del siglo XIX hacer realidad su *Mapa color de rosa* que uniera de costa a costa sus colonias de Angola y Mozambique. Sin embargo, tras *la Conferencia de Berlín*, Portugal quedó a su suerte debido a la oposición visceral de los británicos pues el *Mapa color de rosa* hacía impracticable el ambicioso proyecto de Cecil Rhodes de unir El Cairo con El Cabo.
El conflicto desembocó en la emisión del *Ultimátum* por los británicos en 1890 que conllevó el subsiguiente reconocimiento de la preponderancia británica al verse los portugueses obligados a renunciar a los territorios en disputa situados entre Angola y Mozambique.

liberal «apoltronada» en el poder, más conservadora y asentada sobre la figura del monarca.

Alguno de los miembros más ilustres de la generación de 1870 fueron Eça de Queirós, Antero de Quental, Oliveira Martins y Teófilo Braga. Este último es considerado como el padre fundador de la *Primera República Portuguesa* y fue el que finalmente tomó la iniciativa de llevar sus ideas a la práctica decidiendo organizar en 1880 el Tricentenario de Camões, el legendario poeta portugués del siglo XVI autor de la obra épica *Os Lusíadas* (1572) en la que se cantaban las glorias del imperio portugués y sus viajes de descubrimiento. Según Birmingham con esta iniciativa los republicanos conseguían su primer éxito político, pero no en el campo de la reforma social sino en el del nacionalismo intelectual (2005, p. 158).

Aunque con cierta heterogeneidad dentro del mundo republicano, todos sus componentes coincidían en su dura crítica a la forma en que las élites de la *Regeneración* gobernaban el país. Según Carvalho el trabajo ideológico de esta generación puso los cimientos para la emergencia de un nacionalismo republicano de oposición en el último cuarto del siglo XIX (2012, p. 75). Mientras, para João en la base del ascenso político de los republicanos se encontraba una corriente nacionalista de finales del siglo (1991, p. 239). La nueva forma de concebir a la nación abanderada por los republicanos también alcanzaría una difusión extraordinaria más allá de las élites y grupos de poder, pues la obra de la *Generación de 1870* fue leída a millares y reeditada en numerosas ocasiones (Carvalho 2012, p. 76).

En cierto modo la Generación de 1870 reproducía alguno de los trazos singulares que, desde los primeros impulsos en aras de concebir una nación portuguesa, habían caracterizado a las élites nacionalistas del país. De esta forma, tal y como sostiene Carvalho (2012, p. 77) su ideología nacionalista republicana derivaba de la *Revolución Francesa* y gran parte de su ideario provenía de los pensadores más influyentes de Francia. Antero Quental y Oliveira Martins, por ejemplo, defendían un modelo ideal de república basado en la república clásica de Rousseau. Igualmente, ambos autores defendían, como remedio para superar el centralismo del Estado portugués, un municipalismo en la línea que proponía Proudhon (Carvalho 2012, p. 92).

Otro trazo singular que se repetía entre los miembros de la *Generación de 1870* era una implícita proyección hacia el plano internacional, como así se desprende de los cargos y ocupaciones que ostentaban a parte de las inquietudes y proyectos que llevaron a efecto. Eça de Queirós llegó a ser cónsul portugués en Inglaterra y Francia. Antero de Quental, aparte de un pudiente tipógrafo, fue el fundador de la rama portuguesa de la *Asociación Internacional de Trabajadores*, así como del *Partido Socialista Portugués*. Oliveira Martins por su parte fue un académico, un administrador público, miembro de la cámara baja de las Cortes y se convirtió en 1892 en ministro del gobierno progresista de Dias Ferreiro. Finalmente, Teófilo Braga fue profesor de literatura moderna en la Universidad de Lisboa y como se ha dicho, miembro fundador del *Partido Republicano Portugués* en 1876 (Carvalho 2012, p. 77)

Se transluce pues, por la conjunción que se da entre el éxito popular y gran asistencia que atesoran algunas de estas conmemoraciones como la del *Tricentenario de Camões* (Carvalho 2012, p. 105) y el papel preponderante desde un plano ideológico de la *Generación de 1870*, la deriva republicana que comenzaba a vislumbrarse en la identidad nacional portuguesa en las vísperas de confirmarse esta identidad como un fenómeno de masas en la última década del siglo XIX. En estos momentos donde la idea de regeneración vuelve a sonar con fuerza, cabe destacar el papel decisivo de una generación de intelectuales con un claro perfil republicano que, tomando una posición de liderazgo y asumiendo, a la vez que potenciando, el consenso transversal antes referido al primer fenómeno, imponen una agenda política de corte nacional entre la población portuguesa.

Consiguen que su discurso prevaleciera, ya que encuentran un canal para que aquel pudiera plasmarse de una forma práctica o positiva entre la mayoría de la población portuguesa y en especial las clases populares, más allá de los escritos y textos teóricos que producían. Un canal muy efectivo y de gran resonancia materializado en la idea de la celebración de una serie de conmemoraciones de personajes ilustres de la historia de Portugal, que contribuye de una forma decisiva a que la identidad nacional portuguesa penetrara en un mayor número de población y que lo hiciera además ahora con un claro matiz republicano.

Según Carvalho sobre la base de las conmemoraciones republicanas se encontraba la génesis de una nueva religión cívica en la que la *veneración* de los héroes de la nación constituía una pieza clave; la legitimidad del poder, por lo tanto, tan sólo podría emerger del pueblo (2012, p. 105). De acuerdo con João los republicanos habían hecho la propaganda de las conmemoraciones de los centenarios inspirados por el positivismo francés (2017, p. 101). Para la autora, en Portugal los republicanos tuvieron un papel esencial en la reinvención de las tradiciones y en el intento de crear una religión cívica susceptible de sustituir el sistema de valores y creencias del antiguo régimen.

Finalmente, el *Ultimátum* lanzado en 1890 por los británicos contra los intereses portugueses en África se convertirá en un hito de gran impacto histórico que acabará marcando para siempre el futuro de la identidad nacional portuguesa. En primer lugar, la humillación sufrida por Portugal ponía en evidencia de una manera muy cruda la posición de subordinación y debilidad de la nación portuguesa en relación con otras potencias hegemónicas europeas. Ello se traducirá en última instancia, en una respuesta homogénea por parte de las élites portuguesas consistente en una reafirmación del consenso transversal antes mencionado referido al sustrato básico del nacionalismo portugués como expresión de una misión y destino históricos fundamentados en los valores de la *Edad de Oro*.

De acuerdo con Arenas el *Ultimátum* de 1890 significó un golpe que produjo una conmoción duradera sobre la conciencia nacional portuguesa y en última instancia acabó convirtiéndose en una poderosa fuerza motivadora a través de la cual Portugal renovó y reforzó su compromiso imperial durante la *Primera República Portuguesa* y durante el periodo dictatorial que abarcaría gran parte del siglo XX (2003, p. 5). Según Polanah tras la crisis del *Ultimátum,* el culto hacia la era de los descubrimientos de Portugal adquirió una mayor transversalidad ideológica y partidista, atrayendo cada vez más la atención popular (2011, p. 43).

En segundo lugar, la gran conmoción producida sobre la población y la opinión pública no hace sino confirmar que el nacionalismo portugués ya es un fenómeno de masas perfectamente asentado entre la gran mayoría de la población portuguesa. Al igual que el *desastre del 98* para España, el *Ultimátum* de 1890 visibilizará una respuesta común y

enérgica en clave nacionalista entre amplios sectores de la sociedad portuguesa. Así, la reacción de Portugal ante el *Ultimátum* alcanzaba un punto hasta ahora nunca visto de histeria nacionalista y humillación (Carvalho 2012, p. 132). Esteve habla de unos efectos catastróficos para Portugal, ya que por aquella época el proyecto imperial - con un apoyo político y social generalizado – era parte irrenunciable del nacionalismo portugués (2017, p. 283). Por su parte Fernandes *et al.* (2003, p. 7) habla de una ola de patriotismo entre la sociedad portuguesa como reacción a la crisis del *Ultimátum*.

En tercer y último lugar, el conflicto y sus derivadas acaba posicionando al *Partido Republicano* como el próximo partido hegemónico entre los portugueses, a la par que se atisbaba el comienzo del fin de la era monárquica (Esteve 2017, p. 283). Varios son los autores que coinciden en subrayar la gran capitalización que hizo en su favor de esta crisis el *Partido Republicano* (Carvalho 2012, p. 132; Fernandes *et al.* 2003, p. 7). Así, la forma de gobierno estatal poco a poco se irá consolidando como la republicana y el nacionalismo portugués seguía así retroalimentándose de su originaria influencia francesa a través del afianzamiento de unos valores que bebían sobre todo del republicanismo e ilustración franceses. De hecho, siguiendo el contenido teórico de Greenfeld, el giro republicano que adoptará el nacionalismo portugués en las últimas décadas del siglo XIX se encuadraría dentro de la tercera etapa señalada por la autora en la formación de los nacionalismos específicos, etapa a la que denomina psicológica (1992, p. 16).

Obedece pues este giro, a un resentimiento focalizado contra determinadas instituciones históricas a las que se contraponía por defecto con fuerza la ideología republicana explotada por los intelectuales portugueses durante el último cuarto del siglo XIX. Así, siguiendo los relatos históricos/teóricos expuestos por aquellos, el clero y la monarquía eran retratados como los principales causantes del estado de decadencia que experimentaba en aquellos momentos Portugal.

Antero de Quental en una de sus influyentes conferencias, señalaba que las tres causas que explicaban la decadencia de Portugal eran las conquistas, *Trento* y el absolutismo. Según el autor, las conquistas portuguesas fueron utilizadas por los cada vez más fanáticos jesuitas como una herramienta para expandir el catolicismo y así enriquecer y centralizar el poder de la monarquía católica (Carvalho 2012, p. 89). En un plano más

general, Antero de Quental señaló a la Inquisición, así como al absolutismo religioso y monárquico como las causas primordiales que explicaban el declive de la Península Ibérica (Arenas 2003, p. 13).

Teófilo Braga por su parte escribe como la aristocracia absolutista *Cartista* había arruinado el país con la ayuda de los jesuitas (Carvalho 2012, p. 101). Aún más, el decisivo episodio histórico en el que Portugal perdió su independencia a favor de España también apuntaba ahora, bajo un contexto nacionalista y cada vez más republicano, a un claro resentimiento hacia la institución monárquica en general y sus "bailes" sucesorios en particular. La monarquía, a través de sus códigos y funcionamientos internos alejados de la mayoría mundana amén de las tretas palaciegas, había conducido en última instancia a la usurpación de la independencia y sometimiento de los portugueses durante más de 50 años y todo ello con el apoyo de la iglesia. Se alude al papel conspirador en contra de la autonomía portuguesa que atribuían a los jesuitas algunos autores como Teófilo Braga (Carvalho 2012, p. 101).

Finalmente, el papel del gobierno monárquico durante la crisis del *Ultimátum,* cediendo ante los planteamientos ingleses tal y como se ha comentado, vino a reforzar, en medio de un gran fervor patriótico, aquel componente antimonárquico que se venía cocinando a «fuego lento» por las élites nacionalistas republicanas desde hacía unas décadas. Como resultado, será bajo el manto teórico e influencia de masas de los intelectuales republicanos que acontece la tercera y última etapa en el desarrollo del nacionalismo portugués y que tendrá como importante consecuencia una *transvaluation of values* o reevaluación de los valores del originario nacionalismo que había sido importado, en este caso el español.

En un momento histórico en el que se plantea abiertamente la idea de una unión ibérica entre España y Portugal, idea patrocinada incluso por influyentes intelectuales portugueses (Esteve 2017, p. 286; Jiménez Redondo 2017, p. 159; Carvalho 2012, p. 93), el nacionalismo portugués centra su resentimiento en dos instituciones históricas de enorme peso todavía para la nación española (la Iglesia y la Monarquía) a las que acusa de contribuir de una manera fundamental a la decadencia portuguesa de entonces. Se establecían pues las bases para la posterior consolidación de un nacionalismo

íntimamente ligado a valores republicanos y en donde la Iglesia y su dogma poco a poco irían perdiendo peso.

e. El nacionalismo portugués durante el Estado Novo.

El longevo régimen de Salazar, denominado *Estado Novo,* vino a confirmar definitivamente en la primera mitad del siglo XX el carácter colectivista del nacionalismo portugués. El régimen autoritario del *Estado Novo* se prolongaría de una forma ininterrumpida durante 41 años (1933-1974) y abarcaría una primera etapa extensa liderada por su ideólogo Antonio de Oliveira Salazar y una segunda más breve, desde 1968 hasta 1974, al frente de la cual se situó Marcelo Caetano en sustitución de un Salazar caído enfermo.

Durante el régimen de Salazar se llevan a un extremo los rasgos ligados al nacionalismo portugués. De entre aquellos, el rasgo colectivista en sí, venía a confirmar la propensión mostrada desde principios del siglo XX por la clase política portuguesa a desarrollar regímenes de corte autoritario, así como a elevar líderes capaces de interpretar los designios del ente supra humano colectivo en que se encarnaba la nación.

Para Sidaway & Power (2005, p. 532) el régimen se caracterizaba primeramente por la predominancia de Salazar. Cairo por su parte, cataloga el régimen como un buen ejemplo de una dictadura corporativista organizada en torno a Salazar (2006, p. 369). Igualmente, el componente cívico será «estirado» hasta unos límites casi caricaturescos, sobre todo a raíz de la adopción por el régimen de la ideología del *lusotropicalismo* como base legitimadora de una política colonial que quedaba en entredicho cuando era comparada con la actitud mostrada sobre aquel aspecto por las potencias occidentales.

Por otra parte, el sustrato básico del nacionalismo portugués como expresión de una misión y destino históricos sustentados sobre los valores tradicionalmente relacionados con la época dorada portuguesa, fue abrazado por el *Estado Novo* con gran determinación, constituyendo el principal bastión sobre el cual se legitimarían gran parte de las políticas impulsadas por el régimen autoritario. En este orden de ideas,

según João durante el régimen se lleva a cabo de una forma sistemática una defensa y sacralización de la herencia colonial y del *Imperio* como algo intrínseco de la identidad nacional portuguesa (2017, p. 104).

Este anterior punto iría más ligado que nunca con el primero de los factores pre nacionales que había acompañado históricamente a las diversas entidades políticas portuguesas y así, el régimen se mostraba más preocupado que cualquiera de sus antecesores en negar insistentemente que Portugal era un país pequeño, con población y recursos naturales limitados, ubicado en las periferias de Europa. Finalmente, el fuerte contenido católico que impregnaba los fundamentos del régimen, en parte pudiera responder a una reacción desaforada frente al profundo anticlericalismo que había conseguido afianzarse entre los sectores progresistas de Portugal desde la segunda mitad del siglo XIX (Chato 2017, p. 208).

No obstante, la era de Salazar desde un punto de vista nacionalista, se caracterizaría a grandes rasgos por un dilema que amenazaba con enturbiar la proyección política exterior de Portugal. El dilema surgía tras la Segunda Guerra Mundial cuando la opción de explotar al máximo el perfil nacional relativo al legado imperial, conquistador, civilizador y atlántico, entendida como única fórmula ideal en aras de recuperar la gloria nacional perdida[54], significaba al mismo tiempo la opción de exponerse al riesgo de un progresivo desprestigio de la nación portuguesa de cara a la comunidad internacional. El dilema colocaba en contraposición una nueva realidad internacional, acaecida tras la Segunda Guerra Mundial, marcada por las oleadas de descolonización que se sucedían también entre los países africanos.

Nuevamente estaba en juego, como pasara durante el siglo XIX con la ilegalización de la esclavitud, la honra y el orgullo nacional de Portugal de cara a la comunidad internacional. El dilema se planteaba pues entre utilizar la vía colonizadora e imperial, considerada como la vía natural de los portugueses que haría resaltar la dignidad de los mismos dentro de la comunidad de naciones pero a su vez arriesgando el verse

[54] En la versión de Sánchez Cervelló (1997, p. 13) el colonialismo del régimen de Salazar se basaba en una teoría oficializada mediante la cual Portugal históricamente había conseguido escapar de la fuerza centrípeta de Castilla gracias a su expansión de ultramar. Según este autor, se había conseguido convencer a la inmensa mayoría de la sociedad portuguesa de que en caso de que se perdiese el ultramar, Portugal sería engullida por España.

mancillada su honra y prestigio nacional ante una comunidad internacional que comenzaba a estigmatizar las ambiciones imperiales o por el contrario, cerrar definitivamente de *motu proprio* la vía imperial y colonizadora, frustrando así cualquier retorno a un pasado glorioso y la posible elevación de la dignidad nacional a los estándares merecidos en virtud de su legado histórico, pero con ello eludiendo el escarnio público de la comunidad internacional.

Se apostó finalmente durante toda la vigencia del *Estado Novo* por la primera opción, con lo que la efectiva colonización de los territorios africanos pasó a convertirse en un objetivo primordial e irrenunciable a lo largo de toda la vida del régimen. Quizás en un contexto de cierto aislamiento y grandes diferencias políticas con el resto de países occidentales (muchos de ellos más preocupados por la política de dos bloques enfrentados que comenzaba a dominar la escena mundial) la proyección exterior del país había dejado de inquietar a la clase política portuguesa. O por otra parte, quizás el complejo favorecido por el primer factor pre nacional había alcanzado el grado de obsesión enfermiza[55] entre los ideólogos del régimen, angustiados por el lugar que ocupaba el país dentro del orden geopolítico. Más bien habría que inclinarse por este último punto, pues como recoge Cairo (2006, p. 391) un importante asunto dentro de la propaganda del *Estado Novo* fue la relevancia del *Imperio* para la grandeza de la nación portuguesa. De ello se desprendía abiertamente la idea de que, sin imperio, Portugal tan sólo sería un pequeño país europeo mientras que con imperio, Portugal sería un gran país del mundo.

En todo caso, tal y como sostiene Neves desde finales del siglo XIX hasta el derrocamiento del *Estado Novo* en 1974, la nostalgia imperial se había erigido en

[55] Dicha obsesión quedaba del todo reflejada en el mapa que fue creado para la *Exposición Colonial* de 1934 titulado «Portugal no es un país pequeño». En dicho mapa los territorios coloniales portugueses se superponían sobre un mapa de Europa, de tal forma que el mapa expandía la visión de aquello que se entendía por nación portuguesa (Dores Cruz 2007, p. 410).

Cairo señala que la principal intención del mapa era mostrar que el área conjunta de las colonias portuguesas ocupaba un área equivalente al de los principales países europeos juntos (2006, p. 379). Para Sidaway & Power el mapa quería mostrar de una forma simple que Portugal era ya tan grande como aquellas potencias imperiales y tan grande como cualquier potencia europea continental (2005, p. 536).

Rogers por su parte se refiere al libro de texto *História de Portugal* escrito por Luis Reina y publicado en Oporto en 1965 (1979, p. 353). El libro contenía un mapa global en donde se dibujaban en negro los territorios que pertenecían a Portugal. Las siguientes afirmaciones formaban parte del texto que acompañaba el mapa: "… Como puede verse, Portugal no es un país pequeño. Todo lo contrario, es una gran nación formada por varios territorios diseminados por el Mundo…"

principal motor político entre las élites dirigentes portuguesas, señalando el autor que tanto para republicanos como para fascistas el *Imperio* era la vía escogida para recuperar la gloria pérdida de la nación (2006, p. 2).

Básicamente se puede aseverar que en realidad no se da un dilema, ya que desde el principio el régimen de Salazar se vuelca hacia aquella labor mesiánica y conquistadora, heredera del legado histórico portugués. No obstante, a medida que pasan los años, esta opción se hace cada vez más insostenible debido a las cada vez más enérgicas demandas internacionales, llegando incluso Salazar a rechazar presiones desde la ONU para que negociara la independencia de sus colonias (Dores Cruz 2007, p. 399). El Salazarismo se escudó en la idea de la nación pluri-continental y multirracial para negar el derecho de la autodeterminación de los pueblos colonizados además de recurrir a otras estratagemas con el fin de evitar las presiones de descolonización que llegaban de la ONU (João 2017, p. 104; Cairo 2006, p. 372).

De esta forma, en 1951 una revisión de la Constitución supuso un cambio conceptual e ideológico en relación con los territorios coloniales ante las presiones externas por la descolonización (Cusack 2005, p. 604). La Constitución portuguesa clarificó que estos territorios eran componentes intrínsecos del territorio nacional y pasaron a designarse como «provincias de ultramar» perdiendo la anterior denominación de colonias (Dores Cruz 2007, p. 411) en un intento del régimen, según Sidaway & Power (2005, p. 539), por enmascarar la realidad explotadora del imperio portugués.

Finalmente acabará siendo a raíz de este resquicio producido por las guerras coloniales, que el régimen del *Estado Novo* terminará sucumbiendo. Efectivamente, el levantamiento de los militares contra el *Estado Novo* tiene como principal chispa desencadenante[56] la situación insostenible de guerra sin sentido en la que se encontraban enfrascados el ejército portugués bajo unas pobres condiciones con los distintos movimientos de liberación africanos (Wick 2006, p. 46; Sidaway & Power 2005, p. 532).

[56] Así disponía el primer párrafo del Programa del Movimiento de las Fuerzas Armadas Portuguesas, que fue el movimiento responsable del golpe militar conocido como Revolución de los Claveles: *"...Considerando que, al fin de trece años de lucha en tierras de Ultramar, el sistema político vigente no consiguió definir, concreta y objetivamente una política ultramarina que conduzca a la paz entre los portugueses de todas las razas y credos…"* extracto sacado en su traducción al castellano de la obra "La Revolución de los Claveles en Portugal" (Sánchez Cervelló 1997, p. 61)

La nueva realidad impuesta en Portugal tras el triunfo de la revolución de 1974 y la entrada de Portugal dentro de un contexto democrático con perspectivas realistas de mayor integración en la comunidad internacional, obligaba a reinterpretar alguno de los rasgos clásicos del nacionalismo portugués y en especial su sustrato básico el cual debía ahora desprenderse de sus matices imperiales y conquistadores, para centrarse en unos matices más amables y acordes con los nuevos tiempos como serían el carácter pionero, aventurero, descubridor (Polanah 2011, p. 57) o el destino indisolublemente atlántico.

Sin duda dentro del nuevo contexto, el horizonte europeísta jugaría un papel fundamental. Así, el historiador Harsgor (1980, p. 159) llegaría a sentenciar que a principios de los años 80 la palabra clave en Portugal era Europa, "…entendida como la mejor medicina para superar la resaca post colonial que todavía de una forma insidiosa e inconsciente afecta la salud espiritual de la nación…"

Incluso pasadas varias décadas desde que se produjera la transición a la democracia en Portugal, todavía se percibía rastro del tradicional sustrato básico de la identidad nacional portuguesa, así como de los esfuerzos por llevar a efecto una reinterpretación y actualización del mismo. A este respecto, Dores Cruz señala como en la exposición universal celebrada en Lisboa en 1998, el tema escogido para la exposición apuntaba a la continuidad del pasado colonial cuando enfatizaba los Océanos y los *Descubrimientos*, de esta forma proclamando todavía las glorias del expansionismo (2007, p. 417). La autora concluye opinando, que con la *Edad de Oro* de los descubrimientos todavía en el centro de la nueva narrativa, las realidades históricas del colonialismo y de la historia colonial habían quedado como una referencia incómoda e incompleta (2007, p. 417).

4.2 LAS ISLAS AZORES COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR

a. Introducción[57].

Las islas Azores son un grupo de nueve islas situadas en medio del océano atlántico entre Norteamérica y Europa. Mas concretamente, se sitúan a unos 1.400 kilómetros al oeste de Lisboa. Son islas de origen volcánico que se encuentran dispersas dentro de un área geográfica considerable pero totalmente aisladas de cualquier otro territorio continental o insular.

Existen noticias de la existencia de las islas por navegantes europeos desde el siglo XIV. Aunque el redescubrimiento de las islas por navegantes portugueses, no es del todo claro, relatos históricos apuntan a que las primeras islas en ser descubiertas fueron Santa Maria y São Miguel por el navegante Diego de Silves alrededor del año 1427. Un aspecto importante dentro de la historia de las islas, es que éstas no se encontraban habitadas por seres humanos en el momento del descubrimiento y posterior colonización europea.

La colonización «oficial» del archipiélago comenzaría en la isla de Santa Maria en donde se asentarían sobre todo colonos llegados de la Portugal continental, en especial de las provincias del Algarve y Alentejo. En los siguientes siglos se sumarían colonos de otras partes de Europa, sobre todo provenientes del norte de Francia y Flandes.

Históricamente los azorianos han sido una población que ha emigrado en busca de nuevas oportunidades. La inmensa mayoría de aquella corriente migratoria se dirigió al continente americano, destacando la enorme cantidad de azorianos que se desplazarían hasta los Estados Unidos a lo largo del siglo XX, siendo los destinos más habituales Rhode Island, Massachussets y California. Este fenómeno de emigración masiva durante el siglo XX se significará en un rasgo fundamental de la historia reciente de las islas con importantes repercusiones más allá del ámbito social.

[57] **Anexo 3**: Mapa de las Azores y evolución histórica de su número de habitantes.

Por su parte el desarrollo político e institucional de las islas se ha caracterizado en gran parte por las rivalidades y luchas de poder entre las tres islas más importantes: Faial, São Miguel y Terceira.

El archipiélago de las Azores siempre ha pertenecido a Portugal y por lo general son islas que se han mostrado muy leales a aquel país ibérico. No obstante, las islas vivirán episodios de gran agitación política y social desde finales del siglo XIX que acabarían desembocando en manifestaciones que de alguna manera y con distintas intensidades cuestionarían las relaciones de soberanía con Portugal.

b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político.

Conviene destacar como factor bien afianzado a lo largo de la historia política y administrativa de las Azores, la gran importancia que desde sus orígenes tuvo el municipio como principal centro de poder político de las islas. Esta realidad bien enraizada hasta finales del siglo XIX sin duda tuvo un efecto irrefutable a la hora de poder construirse una visión de archipiélago o de una región única que englobara a las distintas islas.

De esta forma el municipio se presenta desde sus orígenes como un centro de poder incuestionable, fuera del alcance y órbita de control de la monarquía portuguesa y que, como consecuencia, va generando unas importantes redes políticas, económicas y sociales que se materializarán en la preponderancia de unas determinadas oligarquías municipales que irán moldeando el desarrollo político e institucional de las Azores según sus intereses. Esta importante oligarquía municipal, desde los albores de la colonización del archipiélago, se irá concentrando básicamente en tres núcleos poblacionales que pronto se convertirán en los principales focos de poder de las Azores: Ponta Delgada en la isla de São Miguel, Horta en la isla de Faial y Angra en la de Terceira.

Se trata de las poblaciones históricamente con mayor preminencia dentro de las Azores, las cuales tendrán una posición de clara dominación sobre el resto de comunidades y

poblaciones del archipiélago. Así, de acuerdo con Ourique un primer período de la historia política administrativa de las Azores, que iría desde su colonización hasta el año 1895, estaría caracterizado por la presencia de gobiernos locales fuertemente descentralizados política y administrativamente (2003, p. 221).

Por su parte, Rodrigues nos habla de la fuerza de los localismos municipales materializada en la resistencia de las élites locales, y en particular de la nobleza de Ponta Delgada, Angra y Horta, a las estrategias de la monarquía durante el último cuarto del siglo XVIII (2008, p. 20). Prosigue el autor señalando que esta tendencia, que impedía la construcción de una concepción regional a escala archipelágica, se acabaría consagrando tras el advenimiento del régimen liberal con la división de las Azores en tres distritos sobre la base de aquellas tres poblaciones que actuaban como polos de poder diferenciados.

Rogers también se hace eco de la antigüedad y del carácter primordial que ocupa la municipalidad en las Azores, de tal forma que el municipio en el pasado se erigía como la fuerza en movimiento detrás de toda la organización social de las Azores y como el agente central en la vida de los antiguos habitantes (1979, p. 68). Finalmente, Costa señala como entre el final del siglo XV y mediados del siglo XVIII la indiferencia de ciertos Capitanes, así como la imposibilidad de la Corona por orquestar dinámicas para las islas, permitió a una clase dirigente tomar el control sobre la administración política de las islas mediante la protección de sus intereses particulares y la transmisión de estos a sus descendientes (2008, p. 242). Costa acaba sentenciando que al final el verdadero centro político de poder se encontraba primero en los municipios y ocasionalmente en los Capitanes (2008, p. 242).

Es a partir de esta base sobre la que se irá tejiendo el entramado político administrativo de las islas, bajo el predominio de un poder municipal que tenía como único apego su ámbito insular y que se revelaba frente a cualquier intento de la autoridad central en Lisboa que pudiera significar una alteración de su poder.

En relación a las posibles causas que explicarían esta realidad consagrada de las Azores, los autores estudiados proponen una diversidad de ellas, que independientemente del

peso relativo que pudieran tener unas sobre otras, serán todas asumidas como relevantes para el contenido de esta investigación.

Por una parte, aparecen autores que relacionan esta fuerte presencia del poder municipal sobre todo con factores geográficos. Abrunhosa señala que la dispersión en nueve islas, aisladas entre sí y distantes del continente, potenció la autonomía de los espacios sociales locales y de las jurisdicciones municipales (2008, p. 130). Costa sostiene que debido a que el archipiélago es geográficamente disperso y los Donatarios y los Capitanes a menudo estaban ausentes o eran negligentes, la actividad municipal pasó a jugar un importante rol en la vida política de los ciudadanos (2008, p. 239). La misma autora señala también las grandes dificultades que tenía la Corona para el control efectivo de las islas, que en última instancia se encontraban dominadas por una red de poderes municipales que era fortalecida como consecuencia de la distancia e incipiente burocracia del Reino (2008, p. 241).

Un segundo grupo de autores se refiere a un factor más general y abstracto que sin ser relacionado directamente por ninguno de ellos como causa que pudiera explicar aquel fenómeno, esta investigación sí que entiende que constituye una causa a tener en cuenta y que en parte acabaría explicando la elevación del municipio como principal centro político de las Azores.

A grandes rasgos, se alude a una ocupación y poblamiento originario del archipiélago subsumidos a los intereses de la corona portuguesa (comerciales, navales, estratégicos, económicos…) y por tanto sin ningún propósito que fuera más allá de los beneficios y servicios que el archipiélago pudiera reportar a la corte instalada en la Portugal continental. En este sentido, para Enes el poblamiento de las islas ha estado desde el inicio subordinado a los objetivos de la navegación y de la organización comercial (2013, p. 17). Según el autor los poblamientos originarios eran bases navales que a lo largo del siglo XVI se transformaron también en centros comerciales. La planificación de la población activa y de las estructuras urbanas, industriales y agrícolas obedecían, según el autor, a estas dos finalidades (2013, p. 17).

Apuntando a la misma dirección, Costa sentencia (2008, p. 229) que, desde el sistema de *Donatario* hasta el sistema de *Capitanía*, desde el sistema de *Provincia* hasta el

sistema de la autonomía regional pasando previamente por el *Distrito*, las Azores a lo largo de su historia han estado continuamente reconfiguradas en base a diversas estrategias políticas exógenas. Amaral recoge la esencia de esta idea cuando refiriéndose a las diversas islas pertenecientes a Estados que son miembros de la Unión Europea (entre ellas Azores, Canarias y las Feroe) afirma:

> Traditionally, the value of islands was measured, not by what they were or by their peoples, but by the services they were able to render to their respective metropolises. That is why theirs was a necessarily artificial development, for it was directed towards others, instead of self-oriented. Governed from afar, they were perceived in utilitarian fashion (Amaral 2014, p. 37)

Aquel desarrollo artificial de las Azores unido a la geografía dispersa de las islas y a su lejanía de la Portugal continental, poco a poco condujo a la preminencia municipal en la vida política, económica y social de sus habitantes, preeminencia que con el paso del tiempo y debido a circunstancia y dinámicas exógenas, se acabó materializando en una realidad política y administrativa dominada por tres núcleos urbanos y los avatares en su rivalidad por ejercer una supremacía dentro del ámbito archipelágico.

Así, mientras que desde muy temprano la supremacía económica y poblacional del archipiélago perteneció a la isla de São Miguel, con el importante núcleo poblacional de Ponta Delgada, es la isla de Terceira, con su ciudad Angra, la que durante mucho tiempo ocupó el espacio político central de las Azores a raíz, en parte, del importante papel originario que jugó en el apoyo de la navegación y comercio transcontinental. Angra, se convirtió pues en la receptora de la maquinaria administrativa delegada de la Corte en las islas (Abrunhosa 2008, p. 131). Durante los primeros siglos del archipiélago bajo el mandato portugués, Angra jugaría un papel central en cuanto acaparadora de los diferentes poderes e instituciones de las islas. Cuando se creó una Diócesis única para las Azores a comienzos de la década de 1530 Angra se convirtió en sede de la misma y también, cuando las islas fueron organizadas como una única Capitanía General se estableció Angra como residencia del Capitán General.

En su estudio sobre la historia de las Azores, Costa (2008) hace un recorrido por alguna de aquellas causas exógenas, normalmente arbitrarias, que vendrían a explicar en parte, y en ocasiones en mucho, las diversas etapas de preponderancia de las ciudades. La autora nos habla como los vientos y las corrientes del océano impedían una navegación junto a la costa y por ello las Azores desde su descubrimiento se convirtieron en una parada obligatoria. Remarca Costa que especialmente indicada para estas paradas, era la isla de Terceira debido a su excelente configuración natural y es que la bahía de Angra constituía un magnífico enclave que ofrecía las mejores condiciones para el alto en el camino de los navegantes (2008, p. 259).

También se menciona la prosperidad del sector agrícola como un factor que explicaba el vigor comercial de Angra y que contribuyó a aquella preminencia (Costa 2008, p. 301). Posteriormente, durante el siglo XVII el centro de influencia del archipiélago se trasladó de la isla de Terceira a la isla de Faial, según la autora, debido al mejor cobijo que proporcionaba el puerto de Horta a los grandes barcos oceánicos y a su vez porque aquel puerto se convirtió en el centro neurálgico del transporte del vino de la isla de Pico hacia Brasil y las colonias inglesas de norte américa (Costa 2008, p. 263) ante el declive del comercio portugués con Asia.

Igualmente se debe señalar como uno de los factores que reflejaron el auge regional de Horta, el hecho de que tras la independencia de los Estados Unidos en 1776 y debido al remarcable desarrollo que estaba experimentado la isla de Faial gracias a la influencia comercial del puerto de Horta, esta población se convirtió en la sede del consulado americano, uno de los primeros consulados creados por los Estados Unidos tras su independencia (Costa 2008, p. 263). Como resultado, el puerto de Horta adquiría un carácter eminentemente cosmopolita con la expansión de la navegación a vapor y la llegada de barcos balleneros americanos que comenzarían a cazar en aguas de las Azores. Rogers apunta al traspaso de la hegemonía archipelágica de la isla de Faial a la de São Miguel ocurrido durante el último cuarto del siglo XIX (1979, p. 130). Alude el autor a una serie de plagas que afectaron de una forma mortífera a los naranjos de Faial y a los vinos de Pico. Exceptuando la estación carbonera, a partir de entonces la actividad comercial de Faial entró en declive y ya en 1891 Ponta Delgada se había convertido en el puerto número uno de las Azores y consecuentemente el consulado americano se trasladó de Horta a Ponta Delgada.

A grandes rasgos, desde el comienzo de la colonización de las Azores el principal activo que las islas podían proveer para el servicio y beneficio de la Corte portuguesa, lo constituía el significarse como importantes puntos geoestratégicos para la navegación y capacidad comercial del reino, simbolizándose aquel activo en la importancia capital que adquirieron los puertos de las Azores. Pero detrás de cada puerto que iría sobresaliendo en distintos períodos, se encontraba un municipio/ciudad, que espoleado por la principalidad que pronto adquiriría aquella institución en las islas, rápidamente pasaba a erigirse en una importante área de influencia regional, difícil de controlar desde la autoridad central y que con el tiempo fue gestando unos intereses propios y particulares al margen del archipiélago y resto de islas.

De este relato se desprende la volatilidad hegemónica de las ciudades y como el municipio pasó a convertirse en la chispa que encendía el motor de desarrollo de todo el archipiélago, un desarrollo que a la larga se proyectaría desde las tres poblaciones dominadoras pero que encontraba un techo en los respectivos ámbitos insulares, pues fuera de aquellos, colisionaban unos con otros y por tanto se hacía imposible un desarrollo político administrativo común. La autonomía y fuerza originaría del municipio, juntamente con variables exógenas y el carácter instrumental del archipiélago, habían propiciado un desarrollo desigual en el cual el peso político administrativo de las islas acabó repartiéndose entre tres núcleos poblacionales que principalmente velaban por sus propios intereses, viviendo durante gran parte de la historia de espaladas unos a otros como así señala Amaral (2011, p. 216).

Reflejo de aquella primacía del municipio son dos casos bien ilustrativos relacionados con dos importantes capítulos de la historia política de Portugal. Por una parte, la instauración en el archipiélago de la Capitanía General en 1766 a raíz de las reformas impulsadas en Portugal por el Marqués de Pombal, y que supusieron también una importante fuerza centrípeta en el ámbito cerrado del archipiélago. La Capitanía General fijó su sede en Angra y al frente de la misma se situaba un Capitán General con jurisdicción suprema en los planos judicial, militar y fiscal. Sin embargo, São Miguel, la isla mayor del archipiélago, había experimentado un rápido desarrollo que había conducido a un creciente cuestionamiento de la supremacía de Terceira, sobre todo tras la instauración de la Capitanía General (Costa 2008, p. 247; João 1991, p. 217).

Según Rogers, los líderes de Faial igualmente objetaban el ser gobernados por Terceira. Aparentemente, algunas islas consideraban la Capitanía General no tanto como una institución *panazoriana* sino como un símbolo de la supremacía de Terceira (Rogers 1979, p. 82).

Esta situación de desconfianza y rechazo a la preponderancia de la isla de Terceira se irá arrastrando durante las siguientes décadas hasta que, con el triunfo de la revolución liberal y nacional (segundo capítulo importante de la historia política portuguesa), aquellas continuas presiones en aras de una reorganización administrativa de las islas acabaron desembocando en la instauración en 1836 del sistema de distritos, que vino a significar una división administrativa del archipiélago en tres partes en función de los tres polos de poder tradicionales.

Las Azores quedaban divididas así en tres distritos: Angra (Terceira, São Jorge y Graciosa), Ponta Delgada (São Miguel y Santa Maria) y Horta (Faial, Pico, Flores y Corvo).

Según este planeamiento administrativo cada distrito de las Azores era regido por un Gobernador y una *Junta Geral;* ambos eran totalmente independientes respecto de los otros distritos y estaban sometidos únicamente a la jurisdicción del gobierno nacional en Lisboa (Costa 2008, p. 248). Finalmente, la división en tres distritos consagraba una realidad patente en el archipiélago desde hacía mucho tiempo. Tal y como afirma Reis Leite (1987) citado en Abrunhosa (2008, p. 134): "… existían tres polos de poder separados – Ponta Delgada, Horta y Angra – donde dominaban unas élites celosas de sus prerrogativas de cuasi autogobierno, situación que quedará definitivamente asentada con la división administrativa en tres distritos llevada a cabo por Passos Manuel en 1836…".

En la misma línea, Rodrigues sostiene que tras la revolución liberal pronto se constataría que el archipiélago no constituía una unidad que le permitiese construir y desarrollar un proyecto político específico en base a una cultura y un discurso regionalista consistentes (2008, p. 21). Sentencia Rodrigues que frente a una identidad

regional y una *conciencia azoriana* se manifestaba aún la vitalidad de las autonomías locales.

Frente a esta realidad relativa al dominio local y municipal como un factor que pudiera haber erosionado la tendencia intrínseca del archipiélago a articularse sobre un ente común de naturaleza política, se citarán a continuación algunos elementos que se consideran han ejercido un efecto contrario, pudiendo haber contribuido a fortalecer aquella tendencia presente en todo ANFA.

(1).- El primero de estos elementos a citar, sería el carácter eminentemente portugués que tendrían las islas Azores desde su primigenia ocupación humana a mediados del siglo XV. Esta esencia portuguesa se conservará de forma ininterrumpida hasta nuestros días en cada una de las islas del archipiélago. En consecuencia, los diversos componentes políticos, sociales, étnicos (salvo minúsculas comunidades flamencas y francesas) y culturales se mantendrían a lo largo de la historia invariablemente portugueses y con una fuente originaria ubicada en la Portugal continental, con independencia de las posteriores y lógicas variaciones que pudieran experimentar en su transposición a un escenario tan particular como el de Azores.

Amaral define a las islas atlánticas como plenamente portuguesas y alude al planteamiento ofrecido por el intelectual azoriano Vitorino Nemésio (1901-1978), quien alegaba que las islas eran una versión más pura y mejorada de Portugal pues la forma humana presente en aquellas había sido estampada por Portugal cuando este país era una potencia mundial en movimiento (2011, p. 204). Rogers, refiriéndose a la realidad política de las Azores en los años 70 del siglo pasado destaca que, aunque había poca unidad azoriana entre las islas, existía la unidad conferida por el hecho de ser portugués (1979, p. 101).

(2).- El segundo de los elementos se refiere a la intensa religiosidad en torno al catolicismo tradicionalmente presente en las Azores. Es un punto común a todas las islas que conviene destacar, más si cabe teniendo en cuenta que en la Portugal continental el componente religioso poco a poco irá perdiendo peso social durante el siglo XX.

En este sentido, Costa señala el rol central que ha jugado la iglesia católica en la sociedad de las Azores. Para esta autora el aislamiento del archipiélago, así como la amenaza continua de terremotos y volcanes reforzó la fe del pueblo azoriano, provocando a su vez la conservación en las islas de determinadas prácticas religiosas que desaparecerían de la Portugal continental (Costa 2008, p. 348).

João señala como a pesar del duro golpe que sufrió la Iglesia durante el siglo XIX debido a la aparición de la legislación liberal, en las Azores la influencia de aquella institución se mantendría particularmente fuerte a todos los niveles (1991, p. 180). La autora además, añade como la estructura de la sociedad azoriana, caracterizada durante mucho tiempo por las grandes desigualdades sociales y la pobreza de la mayoría de la población, consolidaron la preponderancia del clero y la Iglesia en la sociedad insular (1991, p. 180).

Por su parte, tanto Amaral (2011, p. 213) como Leal (2000, p. 240) citan en sus respectivos trabajos al etnógrafo Luís da Silva Ribeiro (1882-1955), el cual relaciona el vulcanismo con lo que él califica como extrema religiosidad del pueblo de las islas.

(3).- En último lugar, se menciona un elemento propio y común a todas las islas Azores que subyacería de la estrecha relación de aquellas con Norteamérica. Más concretamente este elemento es fruto de la intensa relación de las islas con los Estados Unidos durante gran parte del siglo XX. Ya se mencionó que tras la independencia de los Estados Unidos uno de los primeros consulados que este país abrió, fue el de las Azores situado en un principio en la ciudad de Horta. Por tanto, la huella estadounidense ya se dejaba sentir en el archipiélago en el siglo XIX, sobre todo en la isla de Faial, teniendo gran parte de culpa el extraordinario protagonismo y proactividad de la familia Dabney originaria de Boston.

No obstante, es durante el siglo XX en el que esta relación alcanzará una mayor intensidad debido a la emigración masiva protagonizada por habitantes de las Azores hacia territorio norteamericano. También contribuyó a esa estrechez de relaciones el desembarco directo que tendrá EEUU en las Azores a través del aprovechamiento de enclaves militares de gran interés para la potencia mundial, primero en Ponta Delgada

durante la Primera Guerra Mundial y posteriormente en la isla de Santa Maria y en Lajes (isla de Terceira).

Todo ello, partiendo de esa doble dirección, propició un contacto directo y constante de los azorianos con la cultura y valores estadounidenses. Rápidamente las influencias americanas comenzaron a penetrar en amplios sectores de la sociedad isleña. Durante la segunda mitad del siglo XX ya se habían afianzado muchas simpatías proamericanas y la población de Azores de forma autónoma escogía incondicionalmente el bloque americano dentro del escenario global dibujado por la guerra fría. Aquel intenso contacto con la nueva gran potencia mundial, se materializó de una forma común para todas las islas también en un plano ideológico; se hizo fuerte entre la mayoría de la población isleña (ayudado también por la religiosidad de las islas) una convicción ideológica que se expresaba fundamentalmente en una profunda aversión a los postulados defendidos por las izquierdas radicales, en especial aquellos de índole comunista.

4.3 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA EN LAS ISLAS AZORES

Para el caso de las Azores, no debe hablarse propiamente de una recepción de la identidad nacional portuguesa, sino que las propias Azores adquirieron un protagonismo destacado durante las intensas décadas en las que vio la luz una identidad nacional para Portugal, contribuyendo el archipiélago de una forma activa a la asunción de aquella auto percepción política de los portugueses que había llegado para quedarse, al menos durante los siguientes dos siglos.

Las islas Azores constituyeron un escenario clave en el que tienen lugar alguno de los acontecimientos más importantes vividos por la *polity* portuguesa en los momentos inmediatamente posteriores a adquirir la condición de nación. Por ello, se entiende que no es correcto hablar de una recepción, puesto que las islas desde los primeros lances de la revolución liberal y nacional, desempeñan un papel activo y de compromiso con la nueva causa, actuando como uno de los polos emisores de la realidad nacional emergente. Como establece João, las Azores habían desempeñado un papel esencial en la implantación del régimen liberal y fueron, durante escasos años, la sede del gobierno de Portugal (1991, p. 221). Para la autora, una experiencia tan rica marcaría decisivamente el discurso político de las élites locales azorianas (1991, p. 221).

El espacio físico de las islas se presenta como una de las piezas del tablero en el que se desarrolla el complejo y dramático proceso de alumbramiento de la nación portuguesa. La enconada disputa fratricida entre los seguidores de Miguel y Pedro que marcará los primeros años de la era nacional portuguesa, vivió un importante capítulo en suelo isleño, significándose alguna de las Azores como un bastión en favor de la causa liberal, que, a su vez, en su momento se había erigido como germen imprescindible del levantamiento nacional.

En 1828 Miguel, opositor a la causa liberal, se proclamó a sí mismo como el rey Miguel I de Portugal, para lo cual contó con el reconocimiento de la Santa Sede. Sin embargo, de inmediato el capitán general de las Azores se posicionó abiertamente del lado de Pedro, a la par que se ofrecía a las islas como lugar de refugio y reunión para los

liberales. De acuerdo con Rogers (1979, p. 77) las Azores, que nunca reconocieron a Miguel como rey, de esta forma se veían involucradas en el conflicto. La resistencia liberal fue un éxito en Angra (Terceira) y condujo a la formación de un gobierno interino que posteriormente se convertiría en la *Junta Provisoria* que moldearía el futuro de Portugal (Costa 2008, p. 246). En 1832, el movimiento liberal en Terceira se fortalecería con la llegada del rey Pedro, el cual asumió el gobierno y proclamó Angra como la capital del reino. Finalmente, desde el archipiélago Pedro se equipó y partió para la Portugal continental con el fin de lograr imponer su supremacía. En 1834 conseguía derrotar a Miguel y con él a la causa absolutista (Rogers 1979, p. 78).

La recepción de aquella nueva identidad nacional aconteció entre las élites isleñas de una forma instantánea, no produciéndose ningún tipo de procesamiento entre la fuente originaria y las clases dirigentes o élites de las Azores. De esta forma, aquellos sectores isleños, participan conjuntamente desde un principio con sus conciudadanos del continente en la implantación de aquella novedosa concepción de Portugal en la que se igualaba a los súbditos portugueses en cuanto que todos accedían por igual a la condición de élite política, descansando en ellos además la soberanía del reconsiderado cuerpo político portugués.

No sólo las Azores se constituyeron como un escenario activo y comprometido durante el surgimiento de la identidad nacional portuguesa, sino que además la propia historia y mística del archipiélago pronto se significaron como un importante acicate que facilitaría la fusión inquebrantable de las islas con aquel incipiente nacionalismo portugués.

Las islas rápidamente se convirtieron en un auténtico «semillero» de orgullosos patriotas portugueses, en tanto que la historia de las Azores encapsulaba alguno de los hitos más notables y referenciales en el ensalce de la dignidad del pueblo portugués antes del advenimiento de la era nacional; hitos que se correspondían a su vez con algunos de los factores determinantes de la era pre nacional portuguesa. Así, la importancia capital que estos factores determinantes pasarían a jugar en la futura conformación y caracterización de la recién inaugurada nación portuguesa, aseguraba a las Azores una posición de privilegio dentro del nuevo imaginario colectivo nacional

portugués, debido al gran poder de inspiración y evocación de aquellos capítulos de la historia isleña.

En síntesis, según Meneses en la historia de Portugal las Azores han desempeñado varios papeles decisivos: un papel emblemático en defensa de la soberanía, un papel determinante en favor de la expansión y un papel de reacción en contra de la idea de decadencia (2007, p. 198).

En primer lugar, las Azores eran representadas como símbolo de la resistencia heroica de los portugueses en contra de la tradicional ambición expansiva de su vecino ibérico. Esta idea derivaba de los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en la isla de Terceira cuando Felipe II, rey de España, se encontraba en camino de construir su gran imperio global y buscaba la anexión completa de Portugal, impedida hasta ese momento por la rebelión protagonizada por la isla más importante de las Azores. Así, mientras las fuerzas españolas ya habían subyugado a la Portugal continental a principios del año 1581, las Azores ofrecerían resistencia durante dos años más (Costa 2008, p. 260).

De entre las escaramuzas militares vividas en territorio archipelágico, la batalla de Salga (1581) que tuvo lugar en Terceira y por la cual se infringiría una severa e inesperada derrota a los castellanos, pasaría a ser encumbrada como un hito de gran resonancia para la historia de las islas, y para la historia de Portugal en general. Aquella resistencia contra los castellanos, protagonizada por las capas populares de la sociedad de Terceira, fue representada como la resistencia de todos los azorianos, sinónimo de una determinación por seguir siendo portugueses e independientes (João 1991, p. 221).

En segundo lugar, aquella percepción del ligamen inseparable entre las Azores y la identidad nacional portuguesa, se fundamentaba también en la relación directa de las islas con uno de los factores determinantes de la Portugal pre nacional, en concreto con aquel referido al carácter pionero y de explorador oceánico. Las islas Azores se convirtieron desde su descubrimiento y posterior colonización por los portugueses, en un enclave geoestratégico de suma importancia que reforzaba enormemente la vertiente atlántica, navegante y descubridora de la Portugal pre nacional.

Ya a principios del siglo XVI, las Azores pasarían a desempeñar un papel clave en el apoyo a la navegación en el Atlántico, convirtiéndose en un importante punto de referencia geográfico y un puerto de escala esencial para las travesías de retorno desde Oriente, África y las Américas (Rodrigues 2011, p. 15). Ubicadas en el medio del océano Atlántico, las islas aumentarían significativamente su importancia dentro del contexto portugués cuando comenzó a languidecer la influencia y relaciones comerciales de Portugal con Asia, pasando Brasil entonces a erigirse en el principal activo colonial de la corona portuguesa.

Dos dinámicas presentes a finales del siglo XIX corroboran a su vez aquella inmediata y firme adopción de la identidad nacional portuguesa entre las élites isleñas. Por una parte, convine destacar el papel relevante de algunos personajes ilustres de las Azores en la reconfiguración decisiva que experimenta el nacionalismo portugués durante el último cuarto del siglo XIX, reconfiguración que, hay que recordar, se debió en gran parte a la fuerte penetración en la sociedad lusa de los postulados republicanos. Dos figuras capitales de la generación de 1870 como Antero de Quental y Teófilo Braga eran azorianos mientras que Manuel de Arriaga, primer presidente electo de la Primera República portuguesa, era también natural de las Azores. Igualmente señalar que el propio Teófilo Braga presidió la Primera República en dos ocasiones.

Por otra parte, se debe destacar como una clara dinámica que dejaba entrever el *portuguesismo* instalado dentro de la conciencia nacional de las Azores, las continuas manifestaciones de patriotismo hacia la madre patria portuguesa, expresadas públicamente por muchos de los representantes del primer movimiento autonomista azoriano acaecido a finales del siglo XIX. Tales manifestaciones no dejaban dudas del afianzamiento inequívoco de la identidad nacional portuguesa en territorio isleño, más allá de los matices y variantes que pudiera adoptar aquella identidad en un territorio tan particular y alejado como el de las Azores.

De esta forma, en el caso de la visita real efectuada en 1901 por el rey Don Carlos a las Azores en plena vorágine del movimiento autonomista, destaca Cordeiro como prestando atención al contenido de los discursos oficiales, queda claro que tal acontecimiento histórico se desarrolló en un clima de armonía, patriotismo y lealtad (2001, p. 10). Cordeiro sostiene que los responsables políticos y administrativos locales

no se cansaron de apelar a la historia, destacando el papel del pueblo azoriano en la defensa de la independencia nacional y los principios de la libertad (2001, p. 10).

Para Cordeiro en el discurso autonomista, la cuestión de la identidad azoriana se aborda sobre todo desde una perspectiva de afirmación del patriotismo de los azorianos (1992, p. 278). Según el autor, pocos diputados azorianos habían pasado por la Cámara sin que, con orgullo, se hubieran referido a las pruebas de patriotismo dadas por el pueblo isleño. Por su parte, Costa apunta a que el patriotismo portugués sería al final la nota dominante dentro del movimiento por la autonomía en las islas (2008, p. 252).
Por último, Amaral recoge sucintamente esta idea, en el siguiente párrafo en el que alude a una de las corrientes de pensamiento que había dado lugar a la aparición de una identidad específica insular en las Azores y en Madeira:

> Theirs was not a difference, or identity, that the islanders sought to affirm against Portugal – the fatherland. On the contrary, a recurrent theme in the Azorean and Madeiran political discourse is the permanent and vehement affirmation of the Portuguese nationalism of the islanders, who never failed to come to the succour of the fatherland (Amaral 2011, p. 215)

4.4 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN LAS ISLAS AZORES U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO

Tal y como se ha venido explicando, en las islas Azores la identidad nacional portuguesa surgida durante la primera mitad del siglo XIX, de inmediato se posicionó en el archipiélago como la identidad de dimensión política dominante, ampliamente abrazada por las élites y clases dirigentes de la sociedad isleña.
Bajo este nuevo «prisma» nacional las islas entrarán en la segunda mitad del siglo XIX, unas décadas que comportarán importantes cambios para la sociedad portuguesa y que conllevarán sacudidas y convulsiones dentro de la evolución y desarrollo del nacionalismo portugués.

Será la propia interiorización del nacionalismo portugués por los azorianos, la que en última instancia desencadenaría el florecimiento en el seno de la sociedad isleña de los movimientos autonomistas surgidos con vigor a finales del siglo XIX y en la segunda década del siglo XX. Los autonomistas no estaban guiados ni inspirados por una identidad específica de las islas cuya dimensión política chocara con los postulados básicos de la identidad nacional portuguesa, a lo sumo se trataba de una identidad insular o regional a través de la cual sus líderes buscaban conseguir un encaje más justo del archipiélago dentro de la estructura más amplia representada por el Estado portugués. En este sentido, Enes viene a afirmar que el movimiento autonomista en la Azores no debe identificarse como una opción separatista, sino como un rechazo a identificar la muerte del imperio portugués con la muerte del Estado portugués (2013, p. 21).

No obstante lo dicho, es de gran interés para el contenido de esta investigación y de este epígrafe en particular los derroteros que tomó una parte del autonomismo de las Azores durante la década de los 70 del siglo XX, específicamente durante los trascendentales años que vieron la caída del régimen del *Estado Novo* en Portugal y dieron paso a un estado de incerteza política y social bajo el manto predominante ahora de las ideologías y fuerzas situadas a la izquierda del espectro político.

Es durante este periodo de gran agitación de la historia reciente portuguesa, cuando surge en las Azores una corriente separatista que busca abiertamente la secesión de las islas de la Portugal continental. Con anterioridad ya se habían dejado sentir estas ideas en las Azores, pero en la práctica totalidad de los casos se visualizaba el fin de la relación de soberanía entre Portugal y las islas unido indispensablemente a la consagración de una nueva relación política por determinar, que situara al archipiélago bajo el amparo de una potencia mundial, preferiblemente Inglaterra o los Estados Unidos. Así, de acuerdo con Abrunhosa en la última década del siglo XIX el sentimiento imperante entre los independentistas isleños era que el único remedio posible para las Azores frente el abandono y la explotación por parte de Lisboa, sería la protección de Inglaterra[58] o de los Estados Unidos (2008, p. 144). João también señala como durante el primer movimiento autonomista, la mayoría de opiniones se inclinaban por una anexión o un protectorado de una potencia marítima frente a la opción independentista (1991, p. 237). Según la autora, en general se consideraba al archipiélago demasiado pequeño, pobre y débil en la escena internacional como para poder aspirar a una plena independencia (1991, p. 237).

Igualmente, durante el segundo movimiento autonomista, que tendrá lugar tras la primera Guerra Mundial y que vivirá sus momentos más álgidos en 1921 y 1925, adquiere mucha fuerza la idea de la separación de las islas de Portugal bajo la tutela de los Estados Unidos. Según Leal la consolidación de aquella idea en parte era el resultado de la euforia desarrollista que se había instalado en São Miguel tras la presencia estadounidense en la isla durante la Primer Guerra Mundial y los efectos positivos que aquella presencia había tenido para la sociedad isleña en general (2000, p. 233). En la misma línea, Costa afirma que la instalación y funcionamiento de la base naval americana avivaría los sueños de algunos defensores de la autonomía de las Azores, los cuales propondrían que el archipiélago se convirtiera en un protectorado de los Estados Unidos (2008, p. 266).

[58] No sólo se barajaba desde determinados sectores una posible alianza política con Inglaterra, sino que también existía una gran admiración por el Estado británico y la forma en que éste administraba sus posesiones de ultramar. El gran ideólogo del primer movimiento autonomista de las Azores, Aristides Moreira da Motta, afirmaba como a partir de la libre administración de la colonia por la colonia (*self-government*), las colonias inglesas se habían enriquecido, prosperado, habían visto aumentar la población y gozaban de todos los beneficios de la civilización moderna (João 1991, p. 269).

Rogers por su parte, comenta el caso particular de los habitantes de Terceira y describe como aquellos, frente a la idea de una unión ibérica que había alcanzado gran resonancia y simpatías durante la década de los 60 del siglo XIX, no se mostraron nada atraídos e incluso, según el autor, expresaron su preferencia por convertirse en americanos (1979, p. 82).

Según varios de los autores estudiados, el radicalismo secesionista alcanzaría una popularidad considerable en las Azores durante la década de los 70 del siglo XX. El nacimiento del separatismo organizado tanto en las Azores como en Madeira data del verano de 1975. En las Azores surge el Frente de Libertação Açoriana (FLA) y aunque las acciones de esta organización separatista fueron en cierto modo pacíficas, de acuerdo con Gallagher, en este archipiélago el separatismo político era visto como una amenaza, especialmente en São Miguel donde el FLA presumía de contar con numerosos simpatizantes (1979, p. 355). El autor señala también el apoyo activo que recibieron en 1975 los separatistas azorianos desde círculos empresariales norteamericanos llegando incluso a tener acceso a Strom Thurmond (influyente senador de las filas conservadoras), así como cierta receptividad por parte de los elementos más conservadores del Congreso (Ferreira 2010, p. 142; Gallagher 1979, p. 355).

Por su parte, Amaral sostiene que el movimiento separatista surgido en las Azores, alimentándose de unos sentimientos locales de aversión al comunismo y con el fuerte apoyo de la diáspora isleña en USA y Canadá, llegó a constituirse en una amenaza formidable para la integridad del Estado portugués (2011, p. 207).

Detrás de la radicalización y deriva secesionista de parte del movimiento autonomista azoriano, se escondía la fuerte consolidación en el seno de la mayoría de la población isleña de una identidad política propia de firmes convicciones y aversiones. La esencia de esta identidad específica de los azorianos chocaba frontalmente con gran parte de los postulados ideológicos[59] que venían de la Portugal continental tras la caída del régimen

[59] Durante la vigencia de la Junta Regional de las Azores en 1975, algunos de sus miembros como Jácome Correia o Pacheco de Almeida llegaron a afirmar que el FLA había nacido como consecuencia de la violencia practicada en las islas por el Partido Comunista y otros de ideología semejante (Tavares 2013, p. 111)

En entrevista realizada en enero del 2012 por la autora Berta Tavares al que fuera presidente de la Junta Regional, el general Altino de Magalhães, este responde de la siguiente manera ante la pregunta de qué

de Salazar y Caetano. Se trataba pues, de una identidad colectiva de contenido puramente ideológico pero que, afianzada entre la sociedad isleña, llegó a convertirse en un verdadero motor de cambio capaz de incidir en la percepción de la realidad política, con la suficiente transversalidad y capacidad movilizadora como para institucionalizar en las islas un bloque compacto de oposición a la Portugal continental que quizás estuvo cerca de derivar en el alumbramiento de una identidad nacional propia para la población de las Azores.

Mientras que los azarianos a través del instrumento representado por la identidad nacional portuguesa ya habían accedido a la era nacional y a partir de aquel momento habían pasado a concebirse como miembros de una comunidad de iguales, la ebullición de aquella fuerte identidad de carácter político con gran arraigo en el conjunto de la población azoriana, produjo una segura distorsión (al menos temporal) en la concepción nacional de los isleños al conllevar un serio cuestionamiento sobre quiénes eran los miembros que realmente integraban la comunidad de iguales, objeto central de lealtad y base de la solidaridad política que predicaba el nacionalismo. Ello pudiera haber tenido consecuencias de carácter ontológico, pues el reducir el ámbito exclusivo sobre el que se proyecta la soberanía, de los iguales portugueses a los iguales azorianos, hubiese desencadenado un replanteamiento del esquema nacional de los isleños en el sentido que hubiesen pasado a concebirse los azorianos, por sí mismos, como una realidad nacional diferenciada de la portuguesa.

Quizás hubiera ocurrido con Portugal y las Azores, algo parecido a lo que sucedió con Corea, Yemen o el conflicto entre China y Taiwán, todos ellos casos en los que acabarían surgiendo dos realidades nacionales distintas a partir de una única *polity* en la que previamente a la división existía un alto grado de homogenización en lo referente a los elementos lingüísticos, religiosos, étnicos y culturales.

Mota Amaral, primer presidente de las Azores como región autónoma y figura clave dentro del espectro autonomista durante el período de transición democrática, con el tiempo reconocería como, dadas las circunstancias que se estaban viviendo en la

---

hubiera pasado si el comunismo se hubiese apoderado de Portugal: "…Não iam ficar no todo nacional comunista…. Lá nos Açores não faziam cerimônia, mesmo gente com responsabilidade que dizia: «somos portugueses, mas se vem aí o comunismo, não somos» …." (Tavares 2013, p. 201)

Portugal continental con una revolución marcada por tintes marxistas, la reforma agraria y la descolonización africana, adoptó entonces la noción de que el país estaba perdido y que había que salvar por lo menos a las Azores (Ferreira 2010, p. 143)

A este respecto Mendes citado en Ferreira (2010, p. 164) argumenta que la autonomía de las Azores fue posible, además de por el empuje y reivindicaciones de las élites locales, debido a una combinación de factores político-estratégicos que pasaban por una aproximación del gobierno de Lisboa al bloque occidental y una retirada del apoyo americano a sectores independentistas del archipiélago. Para el autor, si Lisboa se hubiese alineado finalmente con el sector soviético muy probablemente las Azores se hubieran embarcado en un proceso de independencia con el apoyo de los Estados Unidos.

La posesión de fuertes convicciones ideológicas y políticas a nivel grupal, se significaba de esta forma como un elemento más con capacidad suficiente para erigirse en un potente instrumento al servicio del nacionalismo y con ello del trazado de nuevas fronteras nacionales. En consonancia con el contenido de la teoría expuesta por Greenfeld, el hecho de que las islas Azores compartieran con Portugal elementos tan importantes como el étnico, lingüístico, religioso o trascendentales hechos históricos, no aseguraría el mantenimiento de la unidad nacional entre los dos territorios para el hipotético caso de que las desavenencias y tensiones ideológicas entre ambos hubiesen llegado a un punto de no retorno durante la década de los 70 del siglo XX.

> There are important exceptions to every relationship in terms of which nationalism has ever been interpreted – whether with common territory or common language, statehood or shared traditions, history or race. None of these relationships have proved inevitable. But for the definition proved above, it follows not only that such exceptions are to be expected, but that nationalism does not have to be related to any of these factors…. in other words, nationalism is not necessarily a form of particularism. It is a political ideology (or a class of political ideologies deriving from the same basic principle) and as such it does not have to be identified with any particular community (Greenfeld 1992, p. 7)

En cuanto a las causas más concretas que propiciaron la aparición de aquella identidad política propia de las Azores, se pueden encontrar en el conservadurismo tradicional de las islas, alimentado entre otros factores por la gran religiosidad de los isleños y la estructura de grandes propietarios que históricamente había dominado el archipiélago (Gallagher 1979, p. 354; Rogers 1979, p. 100). A ello debe añadirse un enérgico posicionamiento generalizado en contra de planteamientos comunistas o de extrema izquierda, fruto esta animadversión ideológica de unas intensas relaciones de las islas con Norteamérica (sobre todo a causa de la emigración masiva hacia Estados Unidos) durante el siglo XX que acabarían propiciando la transmisión exitosa de muchos de los valores americanos a la población azoriana (Costa 2008, p. 333; Williams & Fonseca 1999, p. 73; Gallagher 1979, p. 354; Rogers 1979, p. 325 y 328).

4.5 LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LAS AZORES COMO REGIÓN AUTÓNOMA EN SU ESTATUTO POLÍTICO-ADMINISTRATIVO

La consecución definitiva de un estatuto político-administrativo propio para las islas Azores, se vio precedida de una intensa lucha desde las islas en favor de la autonomía. Entendidas las islas como una parte inequívoca de Portugal y portadoras a su vez de una identidad nacional portuguesa, el término de región autónoma (región que para aquel entonces buscaba cierto grado de autonomía) finalmente consagrado, ya desde un principio de las luchas autonomistas se adivina como un concepto tácito, pacífico y de consenso máximo incluso entre las partes enfrentadas durante las campañas por la autonomía.

b. El primer movimiento autonomista de las Azores.

Es en la última década del siglo XIX cuando acontece en las islas el primer movimiento en pro de una autonomía para las Azores. Leal sitúa al primer movimiento autonomista a partir de la década de 1890 y lo describe como uno de los hechos políticos más grandes de la historia azoriana (2000, p. 231). Por su parte, Abrunhosa también sitúa el estallido del movimiento en la década de 1890 y se refiere a éste, más como el ímpetu de un estado de ánimo en pugna por una autonomía debido al abandono y explotación por parte de Lisboa, que como una construcción teórica y doctrinal elaboradas a partir de un regionalismo (2008, p. 136). En todo caso, la última década del siglo XIX tuvo unas consecuencias políticas de gran calado para la realidad de las islas y, sobre todo, para la apreciación que los isleños comenzaban a tener del territorio que habitaban. El primer movimiento autonomista acabaría convirtiéndose en el germen de una futura percepción colectiva que llevaría a concebir al archipiélago en su conjunto como un sujeto político determinado.

Las raíces de este movimiento autonomista se encuentran, de acuerdo con el contenido de esta tesis y en correlación con el trabajo teórico de Greenfeld, en dos fenómenos de gran importancia y trascendencia ocurridos durante la Portugal del siglo XIX. Por una parte, es del todo imprescindible señalar la adopción de una identidad nacional por parte de las principales élites isleñas y por otra, se debe remarcar la gran repercusión que tendrá sobre el autonomismo surgido en las islas el período de *Regeneración* que arranca en la Portugal continental durante la segunda mitad del siglo XIX.

En cuanto al primer punto, el afianzamiento en el archipiélago de la identidad nacional portuguesa y con ella, la interiorización y asimilación de alguno de los principios políticos estrechamente vinculados con la idea de nación (sobre todo los principios de igualdad, libertad y soberanía popular), conllevará que muchos azorianos de peso y con cierta influencia en la sociedad, empiecen a mirar con ojos críticos su actual relación de soberanía con Lisboa en base a la repetida percepción y constatación de un trato desigual entre los portugueses continentales y los portugueses insulares.

Amaral apunta al hecho de que una de las principales líneas de pensamiento dentro de la tradición azoriana, relaciona de una forma directa el desarrollo de una identidad insular con el propio standard de vida de los isleños cuando este era comparado con el standard de vida de los portugueses continentales (2011, p. 214). Según Amaral una noción identitaria surgiría en las Azores durante la segunda mitad del siglo XIX, proveyendo a los azorianos con una conciencia activa de las dificultades y dureza de la vida isleña particularmente cuando ésta era comparada con la vida de aquellos que residían en la Portugal continental (2011, p. 214). Para el autor se trataba de una identidad anclada en un profundo resentimiento de los isleños vis-à-vis sus compatriotas continentales.

De acuerdo con Cordeiro citado en Costa (2008, p. 249), durante la segunda mitad del siglo XIX, las voces críticas de la población azoriana crecieron en número, afirmando que la estrategia nacional seguida por el Estado no sólo era incapaz de responder a las necesidades específicas del archipiélago, sino que iban en contra de los propios intereses isleños. Incluso el principal ideólogo del primer movimiento autonomista, Aristides Moreira da Motta (1855-1942), sitúa como corolario de la instauración de un régimen autonómico la conquista de la igualdad de los ciudadanos azorianos en relación a los portugueses del continente. Para Aristides Moreira da Motta, sólo la autonomía,

posibilitando la adaptación de las leyes a las realidades particulares de la vida insular, permitiría la conquista de la igualdad de los ciudadanos azorianos con respecto a sus compatriotas continentales, sobre todo en términos de calidad de vida (Cordeiro 1992, p. 277).

En cuanto al segundo punto concerniente al periodo de *Regeneración* vivido en la Portugal de la segunda mitad del siglo XIX, es precisamente la ausencia de sus efectos en tierras azorianas, lo que, en última instancia para algunos autores, contribuye de una forma decisiva a la aparición del primer movimiento autonomista en las islas (Enes 2013, p. 21; Costa 2008, p. 249; Cordeiro 1992, p. 265). Cordeiro se muestra bastante tajante en esta aseveración y sostiene que factores como la propuesta de establecimiento de un monopolio del alcohol en favor del gobierno o el intento de supresión del curso diferenciado de la moneda en las islas u otras medidas que suponían un agravamiento de las cargas fiscales de los azorianos, representaban tan sólo factores menores a los que el autor denomina de orden coyuntural y que según aquél, por si mismos no se bastaban para explicar la magnitud del proceso reivindicativo azoriano de la década de 1890. Para Cordeiro (1992, p. 265) las causas más profundas que explicaban aquel proceso debían buscarse en el advenimiento de la *Regeneración*. De esta forma, amplias capas de la población isleña empezaron a considerar que el esfuerzo desarrollista entrante en el continente era verdaderamente insignificante para el caso de las Azores, al mismo tiempo que se comenzaba a tener una percepción entre las élites azorianas de que se trataba de limitar alguna de las ventajas con las que contaban las islas (Cordeiro 1992, p. 265).

Los dos fenómenos tratados se encuentran estrechamente interrelacionados y posiblemente el uno sin el otro se hubiesen encontrado inconclusos como para llegar a producir un resultado tan impactante sobre el conjunto de la sociedad azoriana como lo fue el primer movimiento autonomista. En todo caso, la adopción de una perspectiva nacional entre las élites políticas, económicas y culturales isleñas, se considera como el paso colectivo imprescindible y en cierto modo predestinado a una movilización autonomista u otra de igual signo, ante la inoperancia del período de *Regeneración* en suelo azoriano que, en última instancia, también generaba una percepción de desigualdad entre azorianos y continentales al menos en lo que concernía a los esfuerzos y recursos dedicados en cada territorio; movilización que tendrá lugar sobre la base de

unos sólidos principios de igualdad, libertad y soberanía del pueblo, asumidos ahora por las élites azorianas a través de la identidad nacional portuguesa.

Como se ha establecido, el movimiento autonomista no era el producto de la irrupción de una identidad nacional azoriana. Sin embargo, la fuerte inspiración que supusieron para su gestación la exaltación e identificación con algunos principios políticos íntimamente ligados con la realidad de las naciones y, por tanto, con la reivindicación de la mayoría de nacionalismos, hizo que en ocasiones aquel movimiento se expresara a través de manifestaciones genuinamente nacionalistas como lo fue la creación de un himno popular a la autonomía de las Azores. Tal obra fue interpretada en público por primera vez el 3 de febrero de 1894 por la filarmónica *Rabo de Peixe*. En la letra del himno, escrita por António Tavares Torres, pueden observarse algunos rasgos comunes a todo himno de naturaleza nacional como la exaltación de determinadas virtudes del pueblo objeto de la composición (en este caso la honradez y causa noble de los azorianos), los anhelos de libertad de los miembros de aquella comunidad, las arengas a la lucha por la consecución de una causa justa y que es de merecimiento o una alusión a la huella ancestral del pueblo[60].

El primer movimiento autonomista presenta en las Azores un claro protagonismo de unas élites que lideran un movimiento de alcance cohesionador con respecto a los diversos grupos de poder que controlaban las islas en los planos político, económico y cultural, sobre todo para el caso de São Miguel y en menor medida Terceira. De acuerdo con Abrunhosa los principales dinamizadores del proceso autonomista eran representantes de una pequeña burguesía letrada (2008, p. 137). Leal también se refiere al descontento de ciertos sectores de la burguesía *micaelense* (de São Miguel) como principal detonante del proceso (2000, p. 231). João de una forma más concreta, apunta a la oligarquía local de Ponta Delgada en asociación con algunos cuadros funcionariales y miembros de profesiones liberales (1991, p. 254).

Entre los nombres más importantes dentro de aquel estrato, destacaban Aristides Moreira da Motta y Gil Mont'Alverne Sequeira (1859-1931), figuras importantes que según Abrunhosa, supieron atraer hacia la causa autonomista a la aristocracia

[60] Para consultar la letra entera del Himno ir al **Anexo 6**

terrateniente más resentida con las políticas de Lisboa (2008, p. 137). Por su parte, Costa añade otro importante grupo que tuvo su cuota de protagonismo durante los años de agitación autonomista. La autora señala como, aparte de intelectuales, políticos y otras élites, los periódicos locales también se erigieron en un importante vehículo para la promoción del ideario autonomista (Costa 2008, p. 251). Este hecho quedaba constatado con la aparición de una serie de diarios con nombres muy elocuentes como fue el caso de *A República Federal* fundado en 1880 o *Autonomia dos Açores* creado en 1892 (Costa 2008, p. 251). En Angra (Terceira) no hubo el mismo nivel de movilización que en Ponta Delgada en torno al proyecto autonómico, pero aún así, se mostraron receptivos a los ideales autonomistas personalidades relacionadas con el partido progresista (João 1991, p. 260)

Inmersos en aquel movimiento aparecen pues políticos e importantes propietarios, pero también figuras de la cultura, el mundo intelectual y el periodismo que consiguen que el movimiento no se quede anclado entre aquellas élites tradicionales ligadas al poder político y económico, sino que también conecte con la mayoría de la población isleña. Se trata por tanto de un movimiento surgido desde una heterogeneidad de élites y grupos de poder e influencia, pero que finalmente acabará llegando al ciudadano medio isleño. Para Costa, en general la población local siguió de cerca el debate, al menos porque se trataban asuntos que afectaban a su vida diaria como los impuestos o el empleo público (2008, p. 251). Otros autores señalan como el movimiento creó una ola de entusiasmo entre la población que con vigor abrazaría la causa autonomista (Tavares *et al.* 2013, p. 16). No obstante, a pesar de que las masas populares tenían conciencia de la existencia de agitaciones políticas en clave autonomista, estos sectores no tuvieron ningún protagonismo y la lucha autonomista estuvo dominada por un pragmatismo político liderado por intelectuales y terratenientes (Abrunhosa 2008, p. 147). En base a lo dicho, se deriva a su vez el carácter esencialmente urbano del primer movimiento autonomista.

Otro de los principales rasgos del primer movimiento autonomista azoriano, lo constituyó la ausencia de una acción conjunta entre las islas en pro de la consecución de unos objetivos comunes.

Este primer movimiento, a pesar de alcanzar un alto grado de cohesión entre sectores de poder y clases dirigentes, presenta un importante hándicap si se analiza desde una perspectiva archipelágica como es el empeño de esta investigación. El movimiento se encuentra muy centrado en la isla de São Miguel y tiene un menor peso en el resto de islas con la excepción de Terceira (Costa 2008, p. 250). Según Leal los autonomistas de São Miguel, a pesar de que intentaban extender sus reivindicaciones a las islas de Terceira y Faial, debían hacer frente a las reservas o indiferencia de los círculos políticos e intelectuales de aquellas dos islas (2000, p. 233). Para Abrunhosa el primer movimiento autonomista azoriano se vio limitado por una incapacidad de llegar por igual a todas las islas (2008, p. 146). Faltó una conciencia compartida de solidaridad vertical con el pasado y legado común isleño, aparte de una solidaridad horizontal *inter* e *intra* islas.

Igualmente es importante reseñar como, en general, la perspectiva autonomista era una perspectiva distrital, por tanto, de corto alcance, sin una proyección sobre el conjunto del territorio azoriano e íntimamente relacionada con el empoderamiento de determinados centros urbanos. Como defiende Abrunhosa (2008, p. 149) la conciencia autonomista era distrital y no azoriana. Para João, al final, cada unidad territorial reivindicaba para si más poderes y autonomía local lo que demostraba las dificultades por concertar los intereses de las diferentes islas (1991, p. 243). A este respecto, el caso de Terceira vendría a constituir una excepción y, quizás en un intento por recuperar su tradicional posición de centro político y administrativo del archipiélago, desde Angra se apostó por una visión *panazoriana* que guiara al movimiento autonomista. De hecho, el proyecto de autonomía presentado por la *Comisión Autonómica de Angra* es el único que propone la creación de un órgano provincial, o Congreso, que representaría a la colectividad azoriana. En todo caso, tal y como sentencia João, en el siglo XIX no existe una visión de archipiélago como unidad regional, sino que las Azores son entendidas por los propios líderes autonomistas como un sumatorio de islas que se articulan en tres grupos (1991, p. 277).

Uno de los principales hitos dentro del movimiento autonomista fue la presentación por parte de Aristides Moreira da Motta, en marzo de 1892, de un proyecto legislativo que defendía una nueva administración para los distritos de las Azores. Moreira da Motta, que en esos momentos era diputado por Ponta Delgada, envió el proyecto a la Mesa de

la Cámara de los Diputados y en el documento presentaba las concesiones que debieran ser atribuidas a las Juntas Generales de los Distritos en la organización de sus servicios públicos.

También debe destacarse como un hecho importante, la creación de la *Comisión Autonómica* en Ponta Delgada en febrero de 1893 que, entre otras cosas, designó una *Comisión de Propaganda de la Autonomía Administrativa* de las islas. Finalmente, la arrolladora victoria del candidato autonomista Gil Mont'Alverne Sequeira en las elecciones portuguesas de la primavera de 1894, se convertirá en uno de los momentos álgidos dentro del proceso de movilización y presión en aras de una autonomía azoriana. Semejante éxito electoral anunciaba la necesidad de una reacción proactiva por parte de los poderes centrales en Lisboa, implicando a su vez el reconocimiento de la existencia de una cuestión autonómica en un Estado fuertemente unitario en cuanto a su organización territorial y a su vez temeroso ante cualquier amenaza que pudiera debilitar la unidad nacional.

Las reivindicaciones autonomistas del primer movimiento desembocarían en la promulgación en Lisboa del *Decreto de 2 de Marzo de 1895*, el cual concedía por primera vez la posibilidad de que los distritos azorianos requirieran la aplicación de un régimen de autonomía administrativa, basado en la existencia de las Juntas Generales que tenían competencias a nivel consultivo y deliberativo. Se trata de una autonomía voluntaria a la cual se accedería para el caso de cada distrito, mediante una votación popular y por tanto, serían los resultados en las votaciones los que acabarían por dirimir si era aplicable o no la autonomía para cada caso. El distrito de Ponta Delgada accedió a esta autonomía en 1896, el distrito de Angra do Heroísmo lo hizo en 1898 y el distrito de Horta nunca llegaría a requerir su aplicación alegando dificultades financieras.

Estos logros del movimiento autonomista no se consiguieron fácilmente y se vieron precedidos de numerosos obstáculos. Aparte de la falta de cohesión interna entre las diversas concepciones autonomistas o la disputa entre distritos por el liderazgo del movimiento, la Portugal continental no facilitó una plasmación de aquellos anhelos autonómicos en sus máximas aspiraciones (Amaral 2011, p. 216; Cordeiro 1992, p. 276 João 1991, p. 259). Algunos autores señalan como las reivindicaciones autonomistas no eran comprendidas desde Lisboa, o como en ocasiones eran demonizadas o

representadas de una forma alarmista al vincularse las prerrogativas de aquel movimiento al objetivo último más oscuro de la secesión de las islas cuando en realidad la independencia era alentada por una pequeña minoría, pero cuyo eco en el continente adquiría unas proporciones inusitadas (Cordeiro 2001, p. 14-15).

Sin duda, en parte estas actitudes desde el continente respondían al temor del nacionalismo portugués frente a cualquier posibilidad, por mínima que fuera, que pudiera cuestionar el *statu quo* referente a la soberanía absoluta y primera de Lisboa respecto a las islas. La identidad nacional portuguesa reaccionaba con agitación y ansiedad frente a cualquier potencial amenaza que pudiera poner en entredicho el talante imperial y oceánico que, pese a todo, ya había empezado a cuestionarse en la primera mitad del siglo XIX tras la pérdida de Brasil.

El primer movimiento autonomista tiene como principal logro la adopción del mencionado *Decreto de 2 de marzo de 1895*, dictado por el gobierno central y que fue asumido a través de sendas votaciones por dos de los distritos de las Azores. No obstante, la importancia de aquella conquista pronto quedaría en parte diluida debido a la intervención del gobierno central que, a través de una ley aprobada por el rey Carlos en 1901, ajustaba aquella legislación a una perspectiva más centralista (Costa 2008, p. 251) o según Cordeiro (2001, p. 16), directamente venía a restringir el régimen descentralizador. Amaral también sostiene que con el tiempo este régimen de autonomía administrativa insular fue del todo vaciado (2011, p. 216).

Por último, a pesar de la falta de unidad de acción ya mencionada debe apuntarse como uno de los logros de este primer movimiento el hecho de colocarse tímidamente los primeros cimientos para una futura acción conjunta de las islas. Así, con el fin de superar las diferencias mostradas entre islas, se organizó un intercambio entre las dos islas con mayor protagonismo durante el primer movimiento que ha venido a designarse como *Hermandad de Islas* (Tavares *et al.* 2013, p. 17) y que se materializó en el viaje de una nutrida comitiva representante de São Miguel a la isla de Terceira durante el junio de 1894, más una posterior visita de delegados de Terceira a São Miguel durante el mayo de 1895.

c. El segundo movimiento autonomista de las Azores.

El segundo movimiento autonomista se desarrollará en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial y tendrá sus puntos álgidos en los años 1921 y 1925 (Abrunhosa 2008, p. 151; Leal 2000, p 233). La coyuntura política en el continente era propicia y el desgaste del primer régimen republicano portugués, con una continua sucesión de nuevos gobiernos, unido a la persistencia de problemas estructurales en la economía de las islas (sobre todo en São Miguel), hicieron florecer una sensación de descuido e impotencia entre los azorianos. Según Abrunhosa, fueron las elecciones legislativas de 1921, las que, debido a su importancia y alto grado de movilización, proyectaron las nuevas reivindicaciones en favor de la autonomía a una dimensión de segunda campaña autonomista (2008, p. 151). Años después, en 1925, el movimiento autonomista recibió un nuevo impulso bajo la sombra de otra cita electoral convocada para el noviembre y que exhibió como uno de los hitos en favor de la causa, la presentación de una propuesta legislativa para la fundación de un partido regionalista de las islas (Abrunhosa 2008, p. 152; Costa 2008, p. 252). En este segundo impulso volvió a tener protagonismo la figura de Aristides Moreira da Motta, arropado nuevamente por una burguesía letrada y terrateniente.

Un importante giro dentro de este segundo movimiento, sería el mayor peso del elemento secesionista dentro del debate autonomista y de las propuestas que, abiertamente, preconizaban el fin de la relación de soberanía con Portugal y la búsqueda de nuevas fórmulas de encaje político bajo el cobijo de los Estados Unidos (Tavares *et al.* 2013, p. 20; Costa 2008, p. 252).

Leal sostiene que el movimiento autonomista en esta segunda etapa, también debía ser visto como el resultado de la euforia desarrollista experimentada en São Miguel tras la presencia americana en esta isla durante la primera guerra mundial (2000, p. 233). Los grandes beneficios que produjo en la isla la instalación de una base naval americana en 1917, fueron percibidos como prueba fehaciente de la existencia de vías alternativas para la política y economía de las Azores, más allá de la sempiterna situación de dependencia político-administrativa de las islas con respecto a Portugal. Es en este

contexto en el que ganan fuerza las formulaciones que propugnaban una escisión bajo la tutela americana (Leal 2000, p. 233).

Es importante remarcar que este segundo movimiento autonomista vuelve a estar muy focalizado en la isla de São Miguel. Nuevamente se plantea un escenario dividido a nivel regional, en donde las élites y grupos de poder de Terceira y Faial se muestran muy recelosas del liderazgo de São Miguel. El mayor grado de radicalidad de alguna de las propuestas surgidas desde São Miguel durante este segundo movimiento, sin duda no ayudaron a aminorar la distancia y reservas del resto de islas con respecto a las tesis *micaelenses*.

Bajo este contexto de desunión arrastrado desde el primer movimiento autonomista, surgiría durante la década de los 20 del siglo XX una generación cultural que, siendo consciente de que el elemento político por sí sólo no unía a los azorianos, se lanzó a un debate público en búsqueda de la esencia común y particular de lo azoriano, que pudiera erigirse en última instancia en identidad cohesionadora de los habitantes del archipiélago. Este movimiento cultural consiguió tener una dimensión regional y participaron de él intelectuales de varias islas. De acuerdo con Abrunhosa, sería la vertiente etno-cultural la gran validadora de una identidad azoriana, poniendo al descubierto la singularidad de las tierras y gentes de las Azores (2008, p. 153).

Dentro de este movimiento cultural en torno a la identidad azoriana, que contaba cada vez con más adeptos, Abrunhosa (2008, p. 153) destaca el liderazgo asumido por el diario *Correio dos Açores*, fundado en 1920 por Francisco Luís Tavares y José Bruno Carreira. De entre las figuras que sobresalieron debe mencionarse también la de Luís da Silva Ribeiro, intelectual polifacético originario de Terceira, que no se cansaba de apelar a la creación de un verdadero espíritu azoriano que integrase las realidades de cada isla (Abrunhosa 2008, p. 154). Desde un plano más material, Ribeiro también defendía la creación de un *Congreso Azoriano* como espacio ideal para que los azorianos pudieran mirarse a sí mismos. Por su parte, Leal defiende la figura capital de Luís da Silva Ribeiro como uno de los principales partícipes de una reflexión novedosa sobre la identidad azoriana, surgida en parte de los recelos que existían en otras islas contra el liderazgo y tesis micaelenses dominantes también durante el segundo

movimiento y, que como se ha indicado, incluían propuestas rupturistas en su relación con Portugal (2000, p. 233).

Considerado el etnólogo por excelencia de las Azores (Leal 2000, p. 233), el planteamiento intelectual de Luís da Silva Ribeiro, núcleo de una conferencia escrita en 1919 bajo el título *Os Açores de Portugal*, defiende una esencia pura de lo portugués como principal elemento singularizador del sustrato azoriano. El objetivo del ensayo era contraponer la visión de las islas proyectada por los intelectuales micaelenses del primer y segundo movimiento autonomista marcada por las tentaciones separatistas, con una visión que situara a las islas bajo un prisma más *portuguesista* (Leal 2000, p. 234).
Desde un plano etnológico, Luís da Silva Ribeiro considera que las singularidades de las Azores son debidas al asentamiento primigenio en suelo isleño de un tipo específico de portugués, el portugués del siglo XV, que según Ribeiro representaba la máxima expresión histórica de aquel pueblo. El portugués del *Cuatrocientos* encarnaba la época dorada de los descubrimientos y de las exploraciones oceánicas, además de reflejar un alto grado de creatividad como jamás se ha visto en la historia portuguesa. Por tanto, el duro aislamiento de los azorianos ha servido para mantener intacta la esencia de aquel tipo específico de portugués que, sin embargo, se ha ido perdiendo en la Portugal continental. Igualmente, esta visión positiva del aislamiento, alude a la impermutabilidad del tipo originario como antídoto contra la decadencia de la cultura portuguesa acaecida con posterioridad a la época de los descubrimientos (Leal 2000, p. 236). Se trata de un aislamiento que ha mantenido pura la esencia del portugués más glorioso que ha existido en la historia.

El segundo movimiento autonomista en su vertiente política, acaba de una forma drástica con el golpe de estado del 29 de mayo de 1926 que puso fin a la *Primera República* a la vez que despejaba el camino para la futura implantación del régimen del *Estado Novo*. Mientras, las secuelas del movimiento cultural se prolongarían en el tiempo, aunque con irregular intensidad, pero con la aportación de nuevas instituciones y de figuras tan significativas como la de Vitorino Nemésio, importante autor e intelectual cuya figura trascendió más allá de las islas, y que introdujo en 1932 el concepto de *Açorianidade* convirtiéndose en un elemento que enriqueció el debate identitario isleño. Dentro de este concepto ideado por Nemésio, la concepción cuatrocentista de Luís da Silva Ribeiro es complementada con un interés inusitado por

el conjunto de particularidades de la psicología insular, entendidas como el resultado directo de la presencia insalvable y abrumadora del elemento geográfico de las islas, elevado ahora a principal variable.

Como afirma Carlos Cordeiro en el documental realizado y producido por Filipe Tavares, *A viagem autonómica* (2013), el segundo movimiento no se limita tan solo a unas reivindicaciones político-administrativas, sino que está sustentado a su vez por otro movimiento regionalista identitario donde los hombres de cultura desempeñan un papel fundamental para justificar y legitimar la autonomía, y todo ello dentro de una perspectiva de unidad y solidaridad entre las islas.

d. La aprobación del estatuto político-administrativo de las Azores tras la revolución del 25 de abril.

El recién inaugurado régimen del *Estado Novo* no promocionará intentos por descentralizar la administración de las islas. Costa señala que cuando Salazar asumió el control político de Portugal en 1928, la legislación que afectaba a las islas pasó a ser más represiva (2008, p. 253). Para Amaral los logros descentralizadores alcanzados por las Azores a finales del siglo XIX serán vaciados posteriormente, sobre todo durante el régimen autoritario de Salazar y Caetano (2011, p. 216). Además, la organización política vinculada al régimen, la *União Nacional*, lentamente fue tomando el control de las islas a través de la introducción de mecanismos de vigilancia que reprimían aquellas ideas consideradas políticamente subversivas o revolucionarias (Costa 2008, p. 253). Estas medidas acabaron dando sus resultados y el debate sobre el autonomismo desapareció del mapa isleño.

Durante este período, el orden político-administrativo de las Azores seguía basado en la división en tres distritos, en contra de lo propugnado por el movimiento cultural que, como se ha visto, defendía la proyección de un *azorianismo*, fermento de la futura región (Abrunhosa 2008, p. 157). A la fuerte influencia que ejercieron durante la década de los 30 los nombres mencionados de Luís da Silva Ribeiro y Vitorino Nemésio, se les unió la labor llevada a cabo por las casas regionales de las Azores en Lisboa, a través de

una vivificación y uniformización de los nuevos relatos insulares (Abrunhosa 2008, p.157). Bajo este impulso se celebró en el año 1938 el *Primer Congreso Azoriano* en Lisboa, el cual desató gran euforia entre la clase intelectual isleña. Paradójicamente, este Primer Congreso también vino a reflejar la eficacia de la política de control del régimen pues de las 200 presentaciones que se hicieron, tan sólo dos trataron sobre asuntos meramente políticos (Costa 2008, p. 253).

El régimen dictatorial, introduciría en 1940 un estatuto de los distritos autónomos de las islas adyacentes, incluyendo esta designación tanto a las Azores como a Madeira. Por primera vez el concepto de autonomía era formalizado, aunque de acuerdo a los modismos del fascismo (Costa 2008, p. 253). Para Abrunhosa, esta actuación del régimen respondía al hecho de que Portugal no era inmune a la globalización ni a las señales de entropía del Estado soberano (2008, p. 159).

Otro importante evento cultural llevado a cabo en las Azores durante el régimen del *Estado Novo*, fueron las *Semanas de Estudios de las Azores*, celebradas durante los años 60 en el *Instituto Açoriano do Cultura*, institución fundada en Angra en 1955 y que se definía como un organismo de cultura supra-distrital y panazoriano (Abrunhosa 2008, p. 161). En las *Semanas de Estudios de las Azores* el debate volvió a centrarse en las Azores como un todo y en parte, sus comunicaciones continuaban el legado iniciado por Luís da Silva Ribeiro en cuanto a privilegiar la discusión de los factores de unidad y diferencia del archipiélago (Leal 2000, p. 243). Más aún, de acuerdo con Enes (2013, p. 23) la transición de la autonomía distrital a la autonomía regional se dio a través de las estructuras para la planificación regional – *A Comissão do Planeamento Regional dos Açores* – creadas en 1969 como resultado de un proceso desencadenado por las aludidas *Semanas de Estudios de las Azores*. Abrunhosa afirma que la aparición del *Instituto Açoriano do Cultura* y las estructuras de planeamiento regional que transcendían los límites de los distritos, apuntaban con nitidez a un progreso de la conciencia regional durante los años sesenta (2008, p. 161).

El estallido de la revolución del 25 de abril de 1974 y con ello, la caída del régimen de Salazar y Caetano, precipitaron acontecimientos de gran trascendencia para el futuro político de las islas. Posteriormente a la toma de control por los militares imbuidos de las ideologías de izquierda se estableció en las Azores un clima de recelo hacia el nuevo

régimen, en gran parte debido a la oposición encontrada que desataban las ideologías promovidas por los nuevos dirigentes en Lisboa entre amplios sectores de la sociedad isleña, no pudiendo olvidarse a este respecto el influyente peso del contingente de inmigrantes azorianos que residían en Norteamérica. Abrunhosa subraya como la lucha colectiva de los azorianos de los tres distritos en el verano de 1975 en contra del enemigo común de la libertad representado por ideólogos de extrema izquierda, estrechó la conciencia entre los isleños (2008, p. 163).

Bajo un contexto de amplias reivindicaciones autonomistas y de un choque casi frontal entre Lisboa y sus islas adyacentes, en agosto de 1975 se creó la *Junta Regional de las Azores*. La relación entre la Junta Regional, cuyos miembros tenían una convicción profundamente autonomista, y un gobierno central que daba muestras de una visión centralizadora[61] no fue fácil (Tavares 2013, p. 102).

Posteriormente en octubre se estableció una comisión encargada de elaborar un anteproyecto del estatuto de autonomía. La comisión diseñó un plan de trabajo donde se incluía el estudio del derecho autonómico comparado, sobre todo en lo que se refería a territorios o regiones insulares[62], debatiendo a su vez acerca de los principios y las modalidades posibles de autonomía insular (Abrunhosa 2008, p. 163). También la comisión expuso su trabajo a una discusión pública en la región, interviniendo mucha gente de forma activa y en ocasiones de forma decisiva. Finalmente, el proyecto fue presentado por la Junta Regional al gobierno portugués en enero de 1976.

Es finalmente cuando se abre el período democrático tras la transición, cuando las islas por fin consiguen una autonomía política y administrativa plena a través de la aprobación de un estatuto político-administrativo propio. Será el 26 de junio de 1980

[61] João Bosco Mota Amaral, primer presidente de las Azores como región autónoma y figura muy involucrada políticamente en los momentos que precedieron la Constitución portuguesa de 1976 y el Estatuto Político-Administrativo azoriano, se refiere a dos obstáculos a los que tenía que hacer frente la autonomía política administrativa pretendida en las Azores: la fuerte mentalidad centralista que existía en Lisboa unido a un trauma por el fin del imperio. Entrevista en el *Correio dos Açores* (8 de septiembre de 2020)

[62] De acuerdo con Berta Tavares (2013, p. 128) el grupo de trabajo analizó los estatutos de Sicilia, Cerdeña y las islas Feroe, así como la organización política que regía en territorios como la isla de Man, Bahamas, Bermudas, Barbados, la Polinesia Francesa o Córcega.

cuando definitivamente se aprobaría por unanimidad el *Estatuto Político-Administrativo de la Región Autónoma de las Azores* en la Asamblea de la República Portuguesa.

Previamente había sido la Constitución de la República Portuguesa, aprobada el 2 de abril de 1976, la que introdujo por primera vez el concepto de *región autónoma* para designar a los archipiélagos de las Azores y Madeira. En su artículo 6.2 disponía que los archipiélagos de las Azores y Madeira constituyen regiones autónomas dotadas de estatutos político-administrativos propios. Este punto es importante remarcarlo ya que los trabajos preparativos de estudio y examen encaminados a la elaboración de una norma institucional básica para la autonomía, se desarrollarían desde las islas con la asumida convicción de que la propuesta de estatuto para las Azores únicamente sería aceptada por Lisboa bajo una condición: el estatuto debía estar sujeto a las normas de la Constitución portuguesa (Tavares *et al.* 2013, p. 33).

La Constitución también reconocía en el artículo 227.1 las históricas aspiraciones de las poblaciones insulares en pro del establecimiento de una autonomía para las islas, evocándose así el vigor y empuje de las movilizaciones populares a lo largo de casi un siglo.

El estatus de región autónoma en favor de las Azores según Amaral respondía a una presión irresistible de las respectivas poblaciones insulares, tanto de las Azores como de Madeira (2011, p. 207). Tras la pérdida de las colonias africanas, incluyendo los archipiélagos atlánticos de Santo Tomé y Príncipe y Cabo Verde, Amaral sostiene que Portugal no podía permitirse la pérdida de las Azores y Madeira y con ello perder toda su dimensión atlántica de golpe. De esta forma, la autonomía política se presentaba como la única alternativa capaz de asegurar la integridad de Portugal (Amaral 2011, p. 207).

A este respecto la Junta Regional y con ella su presidente, que era el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas en Azores, durante el período de apogeo de los independentistas en 1975, se valió de las presiones que éstos ejercían en el acometido de la Junta Regional, utilizándolas de una forma calculada contra el gobierno central para así facilitar la principal tarea de la Junta: la conquista de un estatuto de autonomía político

(Tavares 2013, p. 104). La función utilitaria del secesionismo era asumida pues por el propio gobernador militar y presidente de la Junta Regional (Tavares 2013, p. 121)

El Estado portugués durante este periodo de transición política, se veía en la obligación de abrir la tan temida vía de la descentralización dentro del ámbito del considerado como cuerpo nacional originario (la Portugal continental más las islas adyacentes). Se trata de evitar la aparición de un escenario mucho más dramático desde el punto de vista de la conciencia nacional portuguesa, representado no tan sólo por la escisión de parte del cuerpo nacional originario, sino más grave aún, por la pérdida del único legado material vivo de la epopeya portuguesa referida a la edad de oro de los descubrimientos, el imperio, la supremacía comercial y marítima, epopeya que seguía ocupando una posición central y unánime dentro del esquema nacional portugués.

En todo caso, el texto constitucional advertía que la autonomía regional político-administrativa no afectaría a la integridad de la soberanía del Estado y debía ser llevada a cabo en el marco de la actual constitución, de acuerdo con el artículo 227.3. Igualmente, la constitución portuguesa de 1976 prohibía expresamente la formación de partidos políticos de índole o ámbito regional (artículo 311.2), precepto que se entiende como una expresión del nacionalismo portugués en busca de una protección desesperada y, quizás por eso, desmesurada, frente a posibles evoluciones y derivadas del ideario autonomista en las islas. Se pretendía salvaguardar así la integridad nacional de posibles amenazas originadas precisamente desde los símbolos materiales de su congénita vertiente atlántica.

Se buscaba así limitar al máximo la acción y desarrollo político de las islas sobre un restringido marco autonómico que ya de por sí incomodaba a amplios sectores del nacionalismo portugués.

La desconfianza e inseguridad respecto a un hipotético escenario de pérdida de la dimensión oceánica y todo lo que aquello significaría para la idiosincrasia nacional portuguesa, se puede rastrear hasta nuestros días en el contenido de la versión actual de la Constitución portuguesa después de su última revisión en 2005, en donde su artículo 51.4 sigue prohibiendo expresamente la formación de partidos políticos de orden regional:

> 51.4 Não podem constituir-se partidos que, pela sua designação ou pelos seus objetivos programáticos, tenham índole ou âmbito regional.

Este artículo se entiende hace alusión indirecta a las Azores y Madeira y responde de una forma retroactiva a la agitación política de los años setenta vivida en las islas y de una forma más concreta, a la aparición de organizaciones políticas isleñas que, en aquellos años, de una forma abierta expresaban su deseo de acabar con la unidad nacional portuguesa.

En el estatuto político-administrativo de las Azores las islas aparecen designadas como una *región autónoma*, cosa que no resulta sorpresiva, pues se entiende que debido a la adopción incondicional de la identidad nacional portuguesa por la mayoría de azorianos, se descartaba por todas las partes de una forma tácita, cualquier designación política de las islas que pudiera contravenir o proyectar dudas sobre las históricas expresiones de indivisibilidad nacional atribuidas al tándem Azores/Portugal.

Es revelador el hecho de que durante el período más frágil de la unión entre las islas y la Portugal continental, cuando el independentismo llegó a tener cierta preponderancia en el debate público insular, este debate estuvo dominado por aspectos tales como la expresión de una soberanía popular y la posible convocatoria de un referéndum o por otros más pragmáticos referidos a la viabilidad económica[63] y auto sostenibilidad del archipiélago, no estando nunca presente en la discusión pública la afirmación o expresión de una supuesta naturaleza nacional propia de la población azoriana que en base a ello colocara a las islas en una relación de soberanía más laxa con Portugal o a las puertas de la forma estatal.

Igualmente conviene destacar como, una vez asumida desde Lisboa la autonomía de los archipiélagos como el menor de los males para Portugal, resulta evidente que todo el proceso de transición política y en particular, el de descentralización en favor de los

[63] Berta Tavares afirma como en los meses de agosto y octubre de 1975 se revelan estudios económicos sobre las Azores en círculos muy restringidos (2013, p. 114). Uno fue elaborado por una empresa norteamericana a petición del gobierno portugués, otro se basó en datos recopilados por la Junta Regional y se centraba en la relación financiera entre el Estado y la región y un tercero, que, según fuentes norteamericanas, se encontraba bajo custodia del *Banco Português do Atlântico*.

territorios atlánticos, fue en su totalidad supervisado y dirigido a través de las directrices dictadas desde la Portugal continental como así quedaba claro en el redactado de la nueva Constitución portuguesa y los epígrafes intencionados que dedicaba a las recién inauguradas regiones autónomas.

Parece evidente también, el gran peso jugado por el movimiento cultural azoriano del siglo XX en la fijación definitiva de aquella concepción. Los protagonistas de aquella generación cultural se esmeraron en poner el énfasis en la dimensión regional de las islas como principal antídoto para superar el legado distrital que históricamente arrastraban las islas y que impedía una actuación conjunta de las élites isleñas, como había quedado patente durante el primer y segundo movimiento autonomista.

4.6 LAS ISLAS DE CABO VERDE COMO INTEGRANTES DE UN ECOSISTEMA POLÍTICO SINGULAR

a. Introducción[64].

El archipiélago de Cabo Verde se encuentra en la costa occidental de África, bañado por las aguas del océano atlántico, a unos 500 kilómetros de aquella costa a la altura de los actuales Estados de Senegal y Mauritania. Junto con los archipiélagos de Canarias, Madeira y Azores forma parte de la región fitogeográfica de la *Macaronesia*.

Cabo Verde lo componen diez islas volcánicas que cubren una superficie total de unos 4.000 metros cuadrados. El archipiélago se encuentra dividido en dos grupos de acuerdo con la disposición espacial de las islas. Al norte, el grupo de Barlovento formado por las islas de Santo Antão, São Vicente, Santa Luzia, São Nicolau, Sal y Boa Vista y al sur, el grupo de Sotavento compuesto por las islas de Santiago, Fogo, Brava y Maio. Cuando los portugueses descubrieron el archipiélago en 1456 las islas se encontraban deshabitadas. La isla de Santiago sería la primera en colonizarse y en 1462 los portugueses fundaron en aquella isla la ciudad de Ribeira Grande (hoy en día Cidade Velha), que pasó a ser el primer asentamiento estable europeo en los trópicos.

Una de las principales características del archipiélago, que tradicionalmente se ha constituido en una importante barrera para su progreso, son las inclemencias de un clima caracterizado por continuos períodos de sequías debido a la prolongada ausencia de lluvias. Se trata de un factor fundamental, presente desde los primeros días de la colonización europea, que ayuda a explicar muchas de las dinámicas sociales, políticas y económicas que han venido moldeando a la sociedad isleña a lo largo de la historia. De esta forma, ante la escasez de otros recursos por explotar, pronto la valía y apreciación del archipiélago pasaron a definirse por su situación geoestratégica como umbral de la costa occidental de la África subsahariana y como puente entre aquel continente y América.

[64] **Anexo 4**: Mapa de Cabo Verde y evolución histórica de su número de habitantes.

Ante aquellas circunstancias, el comercio de esclavos provenientes de la costa africana se convirtió en piedra angular de la economía caboverdiana durante los primeros siglos hasta que desde la segunda mitad del siglo XIX fue perdiendo fuerza debido a la progresiva persecución desde el ámbito internacional y posterior abolición definitiva de aquel comercio.

Durante muchos años el archipiélago se significó como un centro neurálgico del comercio de esclavos, concretamente se convirtió en la escala de la ruta hacia la América española (Green 2009, p. 106), por la cual contingentes de esclavos apresados en la África occidental eran enviados para su venta al continente americano, quedándose también una minoría en las islas para su empleo a nivel local. Esta fuente de rendimientos, incluyéndose también el tráfico ilegal, llegaría a dominar gran parte de la economía de las islas y su penetración fue tal y con gran intensidad durante tanto tiempo, que la población caboverdiana, en cuanto a su estratificación social y componente racial, se vio afectada por aquel comercio de una forma trascendental. Una de las consecuencias más importantes es el proceso de africanización del que fue objeto la población en general. Debido a la mezcla constante entre el contingente europeo y el africano casi desde el inicio de la colonización, la población isleña con el paso del tiempo se fue homogeneizando en torno a un mestizaje que también daría paso a expresiones culturales propias de carácter híbrido, como sería la aparición de la lengua hablada del *crioulo*. Tal y como señala Brooks:

> African music, rhythms, dances, songs, folktales, aphorisms, heuristics sayings, and religious beliefs were incorporated in the ongoing syncretism of African and Portuguese heritage (2010, p. 37)

Las continuas y extremas sequías a lo largo de la historia, en parte explican otro de los rasgos definitorios presentes en el desarrollo histórico del archipiélago. La escasez y hambrunas provocadas por aquellos episodios han desatado numerosas olas migratorias que sacudieron la estructura de la sociedad isleña en diferentes períodos. Se puede hablar pues, de una diáspora caboverdiana extendida por diversas partes del mundo. Aparte de la diáspora, los períodos de sequía y las hambrunas que venían ligadas con aquellas, también son causa, en gran parte, del fenómeno del trabajo forzoso del que

fueron víctimas numerosos caboverdianos que se vieron obligados a abandonar las islas temporalmente como mano de obra a explotar en otras colonias africanas de Portugal.

Por último, otra dinámica particular de las islas que nos ayuda a entender mejor la realidad caboverdiana es el protagonismo y papel singular que han jugado tradicionalmente los caboverdianos en la África continental. Su presencia, actividad y cierta influencia en el continente ha sido constante, desde las primeras décadas tras la colonización en que el origen caboverdiano era común entre muchos de los *lançados*[65] que actuaban como agentes comerciales que intermediaban entre los indígenas y los comerciantes de Portugal y de Cabo Verde, hasta las últimas décadas previas a la irrupción de los movimientos de descolonización, en donde muchos isleños ostentaban cargos dentro del aparato colonial desplegado en otros dominios portugueses de ultramar. Esta tendencia asignaba al caboverdiano una imagen ambivalente a los ojos de sus vecinos continentales. Los caboverdianos de hecho, siempre fueron considerados por los portugueses como una población asimilada que no precisaba de políticas de asimilación, en contra de la percepción que se tenía de muchas comunidades africanas del continente que eran consideradas tribales (Rodrigues 2002, p. 94). Los isleños fueron incentivados a pensar que tenían mayores similitudes culturales con los portugueses y que tenían poco que ganar asociándose o identificándose con el africano. Eran considerados por lo portugueses, al menos, como ciudadanos de segunda clase dentro de su mundo colonial lo que entre cosas comportaría un mayor acceso de los caboverdianos a la educación estatal en comparación con el resto de colonias africanas de Portugal (Lobban 1995, p. 60).

En consecuencia, los isleños solían estar mejor formados que el resto de pueblos de la África portuguesa y eso se acabaría reflejando en el rol de agentes coloniales que fueron ocupando muchos de ellos en otros dominios portugueses. Esta posición histórica de los caboverdianos ayuda también a entender mejor aquel trasvase cultural de ida y vuelta, ya que no era sólo la población negra, en su mayoría esclava, que recalaba en las islas la

[65] Los *lançados* constituían una clase de comerciantes, que hacían de intermediarios entre las poblaciones indígenas de la costa occidental africana y los empresarios foráneos. Normalmente de origen portugués o caboverdiano, los *lançados* vivían insertos en aquellas sociedades indígenas durante largas temporadas, asimilando las costumbres, valores y códigos locales, pero nunca dejando de ser considerados como diferentes por los indígenas. De acuerdo con Rego (2015, p. 35), los *lançados* violaron la ley colonial al entremezclarse con los nativos africanos, dando lugar a una versión caboverdiana del sistema colonial en donde la línea que separaba al colonizador del colonizado se hacía cada vez más borrosa.

que produjo una africanización de éstas, sino que muchos de aquellos caboverdianos que habían residido durante muchos años en la África continental, cuando regresaban a las islas con sus familias y dependientes también contribuyeron a aquella africanización y mestizaje.

b. Factores que han afectado la tendencia intrínseca del archipiélago hacia una articulación en forma de cuerpo político.

Las islas que constituyen el archipiélago de Cabo Verde presentan en conjunto una realidad histórica bastante peculiar en relación a sus vecinos de la costa continental africana. No sólo la realidad insular, sino la realidad étnico-social que se fue configurando a lo largo de los siglos, con una población mestiza que acabó erigiéndose como elemento poblacional mayoritario, hacen de las islas un lugar único dentro de su contexto geográfico. Pero aun así, es complicado detectar a lo largo de los siglos, desde su colonización por los portugueses a mediados del siglo XV, elementos de cualquier índole que de una manera clara hubiesen contribuido a reforzar la tendencia intrínseca hacia la erección de un cuerpo político archipelágico.

Como factores que han reforzado esa tendencia, se puede remarcar en primer lugar el papel dominante e indiscutible de la ciudad de Praia como principal foco de poder económico, político y social del archipiélago. Sede de las principales instituciones del ente archipelágico, la ciudad se localiza en el sur de la isla de Santiago. Desde que arrebató el poder político a Ribeira Grande, primera capital del archipiélago también situada en Santiago, ninguna otra población de las islas ha podido hacer sombra a aquella hegemonía. Incluso cuando fue establecida en 1778 la provincia única de Cabo Verde y Guinea, siguiendo una nueva organización imperial portuguesa, la ciudad de Praia se convirtió en el lugar de residencia del Gobernador. Igualmente, Praia se consolida a los ojos de los habitantes que residían en el resto de islas como referente archipelágico del poder político e institucional con alcance incluso en la costa continental. Sólo la ciudad de Mindelo[66], en la isla de São Vicente, consigue arrebatar

[66] Se puede hablar de una rivalidad entre Praia y Mindelo (ciudad situada en la isla norteña de São Vicente) que, al menos, se remontaría al siglo XIX cuando ambas poblaciones se disputaron el convertirse en capital del archipiélago tras la caída de Ribeira Grande (Rodrigues 2002, p. 251). Finalmente, sería

parte de aquella preponderancia adquiriendo una posición central dentro de la esfera intelectual y cultural del archipiélago en determinados periodos de la historia.

Otro factor que se entiende ha contribuido a la consolidación de aquella tendencia sería el importante papel ejercido por la Iglesia católica desde los inicios de la colonización europea. Ello responde sobre todo a la singularidad del catolicismo caboverdiano dentro de su contexto geográfico más próximo. Para Madeira, la Iglesia católica se constituye como la primera institución en importancia dentro del archipiélago y a diferencia de sus vecinos africanos, los caboverdianos siempre han sido cristianos lo cual ha condicionado la forma en que se ven a sí mismos y el mundo que les rodea (2016, p. 99). Pero la importancia de la Iglesia católica va más allá y Rego (2015, p. 33) por su parte, señala el rol fundamental que tuvo aquella en el diseño de la sociedad de las islas, así como el importante peso que tuvo en la educación de generaciones y generaciones de caboverdianos durante siglos (Rego 2015, p. 86). De una forma más específica Green se refiere al papel central que jugó el catolicismo en la legitimación moral del comercio de esclavos y por ende, la importancia capital que adquirió en la estructuración social que acabaría desarrollándose sobre la base de la nueva sociedad criolla (2009, p. 119).

El desarrollo de una lengua propia de Cabo Verde también podría considerarse como un factor que ha reforzado aquella tendencia intrínseca de todo ANFA hacia la formación de un cuerpo político archipelágico. Se trata de una lengua que surge de la mezcla del portugués de los colonizadores europeos con distintas lenguas africanas que hablaban los esclavos que continuamente llegan a las islas desde la costa oeste del continente. El *crioulo cabo verdiano,* como es designado, con el paso del tiempo se fue generalizando e introduciendo en los diversos estratos de las islas, convirtiéndose en una lengua que acabaría afianzándose conviviendo desde entonces con el portugués. En una jerarquización reforzada por el sistema colonial, el portugués ocupaba una posición de privilegio como lengua relacionada con la oficialidad, el poder y el gobierno, mientras que el crioulo fue quedando recluido a los espacios de intimidad del individuo como el ámbito familiar o las relaciones informales (Rego 2015, p. 59).

Praia la que se convertiría en capital de las islas. Según Rodrigues, los habitantes de Mindelo atribuyeron la decisión final a la presión ejercida por representantes de Praia en Lisboa, los cuales no querían ni perder sus antiguos privilegios ni dejar de obtener los beneficios que le reportaba la isla de São Vicente (2002, p. 253).

Finalmente, otro elemento que pudiera haber contribuido al reforzamiento de aquella tendencia, serían las extremas condiciones climáticas a las que tradicionalmente se han debido enfrentar sus habitantes. Este aspecto viene referido sobre todo a la escasez de lluvias que desencadenaba prolongados periodos de sequía, produciendo enormes estragos entre la población isleña con independencia de la isla que se habitara. Si en ocasiones la sequía se cebaba especialmente con alguna de ellas, era inevitable que la situación traumática por la que pasaban los habitantes de la isla en cuestión, acabara repercutiendo de alguna manera a otras islas del archipiélago. Esta acumulación de largos periodos de sequías acabó generando una serie de dinámicas internas propias que ayudaron a apuntalar la singularidad y comunalidad de las poblaciones isleñas con respecto a la metrópolis y a sus vecinos de la costa oeste africana. La principal consecuencia material de estas sequías lo representaban las terribles hambrunas que a posteriori se ensañaban con la población local, sobre todo con aquellos más vulnerables, que para el caso de Cabo Verde durante gran parte de su historia suponía el grueso de la población.

Dos son las derivadas de este fenómeno natural que se conciben como factores en posición de reforzar la tendencia que apunta a la posible unidad política del archipiélago. Una de las derivadas obedece al nacimiento de una diáspora caboverdiana que abandonaba las islas por razones de supervivencia. Las continuas olas migratorias de las islas se convirtieron en una característica estructural de la población isleña. Se trata de un elemento esencial en la historia de las islas con un fuerte impacto en todos los planos, desde el económico, al político y social. A lo largo de la historia, los destinos preferentes han sido Estados Unidos, Europa y la propia costa africana, debiendo destacarse como uno de los episodios más traumáticos de la era post esclavista, la institucionalización de una emigración forzosa de los habitantes isleños para su utilización como mano de obra en otras colonias africanas, especialmente en las plantaciones de Santo Tomé y Príncipe (Carreira, 1982).

La otra derivada la encontramos en la tesis planteada por Rodrigues que fija su atención en los episodios de escasez y hambre generalizada que solían acompañar a las sequías. De acuerdo con Rodrigues los periodos de aislamiento que vivían las islas de Cabo Verde durante las importantes hambrunas deben ser considerados como un factor decisivo que operó en favor de la conformación y consolidación de una idiosincrasia

propia del pueblo caboverdiano (2002, p. 53). Estos períodos de aislamiento de la metrópoli y de la costa africana, facilitaron, por ejemplo, un proceso de transmisión de lenguaje en el que el crioulo era la principal lengua transmitida a otras islas sin que existiera mucha interferencia por parte del portugués. Para Rodrigues, estos periodos de aislamiento fueron cruciales para el desarrollo de una identidad forjada en relación con un lugar o territorio de la isla, en donde el caboverdiano aprendía que significaba el vivir y sobrevivir en suelo isleño (2002, p. 53 y 54).

En cuanto aquellos factores que han minado aquella tendencia intrínseca a todo ANFA, hay uno que sobresale y que con el tiempo acabó convirtiéndose en una realidad difícil de conciliar. Tal es la magnitud de aquel factor, que siguió condicionando extraordinariamente el desarrollo político e institucional de las islas años después de que estas hubiesen alcanzado la independencia y se hubieran convertido en un Estado soberano.

Se trata de una disyuntiva contrapuesta, escenificada de forma expresa a lo largo del siglo XX por diferentes élites y grupos influyentes isleños, entre la potenciación de una identidad cultural mestiza o una más africana. La tensión entre estas dos tendencias quedaba reflejada a su vez en la propia composición de los elementos insulares del archipiélago, al considerarse popularmente unas islas más africanas o europeas que otras. Así, la isla de Santiago, la más importante y de mayor peso político e institucional desde los tiempos de la colonización, presentaba tradicionalmente una tendencia más africanista que el resto, en gran parte, debido a la extraordinaria importancia en número que tuvo desde siempre la población africana en esta isla en relación con el resto, así como a la gran trascendencia social que comenzaron a tener desde el siglo XVII el estrato surgido de la fusión de la población negra con los originarios colonos blancos.

Conviene apuntar a este respecto, que las islas no sólo se convirtieron en un enclave estratégico para la exportación de esclavos, sino que también muchos de ellos eran empleados como mano de obra local y, en este sentido, la mayoría de esclavos comprados para trabajar en el archipiélago eran confinados en las plantaciones de Santiago y Fogo (Brooks 2010, p. 35) lo cual explica en buena parte el importante peso demográfico que el contingente africano acabaría teniendo en Santiago. Más aun cuando éstos y sus descendientes con el paso del tiempo irán progresando en la escala social.

Rego señala como en la segunda mitad del siglo XVII se produjo un importante aumento de la participación de negros y mulatos en posiciones administrativas, remarcando la autora, como a finales del siglo XVII la administración de Santiago se encontraba casi exclusivamente en manos de criollos, la mayor parte de ellos hijos ilegítimos de los honorables blancos del siglo anterior (Rego 2015, p. 27). La misma autora establece que incluso hoy en día la población de Santiago es considerada más negra y africana que la del resto de islas, precisamente por la mayor concentración de esclavos que residieron en ella (Rego 2015, p. 31).

Rodrigues también se refiere en su estudio a Santiago como presuntamente la más africana de todas las islas del archipiélago (2002, p. 98). Para esta autora las principales fricciones y rivalidades dentro del archipiélago son las que se dan entre Santiago y São Vicente (2002, p. 246). Según la autora esta rivalidad se expresa como si estuviera en juego el valor de una etnia con respecto a otra. El grupo de islas al norte (Barlovento) con São Vicente al frente, asume unos atributos más civilizados en contraste con el grupo de islas encabezado por Santiago, ubicadas al sur del archipiélago (Sotavento), que son consideradas menos europeizadas y civilizadas desde la perspectiva de Barlovento. Rodrigues sostiene que estas dos perspectivas reflejan como el proceso de criollización ha estado basado en asimetrías, en donde la imagen de África es concebida en oposición a la de Europa (2002, p. 247).

Esta disyuntiva ha quedado también retratada en debates más específicos y recientes como el que implicaba la estandarización del crioulo como lengua común y propia de todos los caboverdianos. A la hora de escoger cual sería la versión del crioulo más apropiada, muchos consideraron el crioulo hablado en Santiago como una variante más africana y más primitiva (Rego 2015, p. 57). En contraposición, es creído que el crioulo hablado en São Vicente es más suave que la versión hablada en otras islas, aludiendo a que es una versión más cercana al portugués.

Durante los agitados tiempos de la descolonización del archipiélago, tendría lugar una vez más una escenificación de aquella dualidad encontrada. Así, frente a los planes de una independencia conjunta del archipiélago con la Guinea portuguesa continental, entendida por muchos como un medio de llevar a cabo una africanización forzosa del archipiélago, se alzaron numerosas voces en contra que, tras materializarse en la forma

de agrupaciones políticas como el UDCV, llegaron a disponer de un importante respaldo, sobre todo, entre las élites locales y clase intelectual de Mindelo, ciudad de São Vicente considerada una de las islas menos africanizadas (Rodrigues 2002, p. 126).

Será precisamente en la isla de São Vicente, donde a principios del siglo XX surgirá un movimiento regionalista impulsado por una élite literaria, que toma como base la identidad mestiza de la población caboverdiana. Frente a esta posición que exaltaba el mestizaje del habitante de las islas y su papel fundamental como mediador entre el ente colonizador europeo y África, el movimiento de reivindicación nacionalista surgido en los años 60, tiene como base una identidad más africanista, que busca en el continente africano la esencia del habitante caboverdiano que le ha sido extirpada tras los siglos de colonización. Este escenario interno de confrontación y disparidad identitaria suponía un grave perjuicio para una concepción unitaria del archipiélago. El hecho de que aquellas posiciones enfrentadas se asentaran sobre una base popular o de grupos influyentes enmarcados en el ámbito de una sola isla o conjunto de islas, conllevaba un riesgo para aquellas posiciones que visualizaban un único destino político e institucional para el conjunto de islas que conformaban el archipiélago.

De esta forma, el hecho que la isla que mayor peso político, económico, social e institucional y por tanto la isla más dominante en la historia del archipiélago, hubiera adquirido con el paso del tiempo una tendencia africanista en un grado superior al resto de islas del archipiélago, sin duda plantea un escenario de tensión dentro del ente archipelágico. Aquella tendencia africanista, en su origen de alcance cultural, acabaría materializándose durante mediados del siglo XX en una decidida ideología política que tenía entre una de sus más importantes prioridades recuperar las raíces africanas; una vuelta al continente como una de las principales causas que justificaba la lucha por la descolonización de Portugal. Esta visión chocaba frontalmente con una perspectiva más europeísta, postulada desde sectores influyentes de otras islas, especialmente São Vicente, en donde se tendía a acentuar la ascendencia europea de los caboverdianos sin negar la africanidad, resaltándose por tanto la realidad mestiza de los mismos.

4.7 LA RECEPCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL PORTUGUESA EN CABO VERDE

La revolución nacional que acontece en la Portugal continental e islas adyacentes durante el primer cuarto del siglo XIX, tiene un eco insignificante en las islas de Cabo Verde. La principal causa de la falta de resonancia responde fundamentalmente a la peculiar estructuración social de las islas conjurada con el hecho trascendental de que la explotación del comercio de la esclavitud seguía suponiendo la más importante fuente de beneficios para las élites del archipiélago. El periodo de despertar nacional que acontecía en la Portugal continental e islas adyacentes para Cabo Verde significó un período caracterizado por una resistencia de las pequeñas élites isleñas por mantener como fuera el «status quo» hasta entonces imperante en el archipiélago.

Tal y como señala Carreira, la población de las islas a comienzos del siglo XIX se encontraba dividida básicamente en tres estratos sociales con unas clases muy altas (blancos y unos poquísimos mulatos) que ostentaban las mayores extensiones de tierra, controlaban el sistema económico y poseían todos los privilegios sociales (1982, p. 23). A continuación, aparecía una clase intermedia constituida por pequeños propietarios, oficiales de no alta graduación, pequeños comerciantes, aparceros de los grandes propietarios y profesionales cualificados. De acuerdo con Rego esta clase intermedia era más numerosa en el grupo de islas de Barlovento siendo muy reducido su número en las islas de Santiago, Fogo y Brava (2001, p. 81). En último lugar, existía una clase conformada por esclavos, los cuales no tenían reconocidos derechos sino tan sólo obligaciones.

Según Carreira, será con el inicio del siglo XIX que la clase intermedia comenzará a incrementarse en tamaño en la medida en que la sociedad progresaba. Pero esta última tendencia no debe distraer de la realidad descrita por el autor, en la que la estructura de la sociedad caboverdiana se encontraba fuertemente caracterizada por una situación de control y explotación de la primera de las clases respecto a la conformada por los esclavos, junto con la existencia de una clase intermedia que venía creciendo con fuerza, pero que en última instancia era dependiente de la primera clase al poseer ésta la mayor parte de recursos y controlar la economía.

Se trata de una sociedad desestructurada y violentada en la que dos estratos de la misma comparten intereses en la explotación de un tercer estrato. Según Brooks las relaciones de parentesco, juntamente con la capacidad ilimitada de influencia y control de los recursos ejercida por los *morgados*[67] y otros blancos, obligaban a los pardos (mulatos nacidos en Cabo Verde) a identificar sus intereses con los de aquellos de las clases dominantes a la vez que se alejaban y dejaban de identificarse con los esclavos o negros libres (2010, p. 35).

En marzo de 1821, siete meses después de los sucesos de Oporto que habían ocasionado un despertar nacional en Portugal, las consecuencias de aquel levantamiento se dejaron sentir en Cabo Verde. Detrás de las manifestaciones que se iniciaron en la isla de Boa Vista se encontraban miembros de las élites insulares vinculadas, entre otros, al comercio de esclavos, movidos únicamente por la búsqueda del beneficio propio (Brooks 2010, p. 100 y 105). Las protestas se dirigían contra el Gobernador de las islas, António Pusich, al que se acusaba de ejercer en aquellas un «gobierno despótico» (Brooks 2010, p. 105). La movilización sin precedentes experimentada en Boa Vista acabó contagiando a los habitantes de otras islas. La agitación social llegó a su culmen en la ciudad de Praia, el primero de mayo de 1821, cuando una masa de personas acompañada de soldados de la guarnición consiguió que el gobernador Pusich finalmente fuera depuesto. El gobernador huyó y fue sustituido por una Junta provisional que administraría las islas durante los siguientes veinte meses.

Teniendo en cuenta las circunstancias presentes en la sociedad caboverdiana contemporánea a los años del surgimiento de una identidad nacional portuguesa, resulta evidente convenir en lo poco realista que suponía el que los ideales inherentes al nacionalismo tuvieran algún tipo de atracción para las élites y grupos de influencia caboverdianos. La revolución nacional experimentada por Portugal traía consigo nuevas concepciones que entraban en colisión con el entramado político y social al servicio de una pequeña élite isleña, la cual, precisamente basaba su situación de privilegio en la desigualdad y falta de libertad de uno de los estratos que conformaban la población de

[67] Élite circunscrita a la población blanca de las islas que procedía de aquellos primeros colonos que se asentaron en el siglo XV en las islas de Santiago y Fogo y que recibieron concesiones en forma de tierras (*Morgadios*) por parte de la Corona portuguesa. Los varones al frente de estas familias propietarias eran conocidos de forma colectiva como Morgados, refiriéndose al primer hijo varón o al mayor de ellos heredero en exclusiva del legado material y de bienes (Brooks 2010, p. 33)

las islas. En este sentido, Brooks señala como en los casi dos años de existencia de la Junta de Cabo Verde (de mayo 1821 hasta enero 1823), ésta tomó muy pocas iniciativas, actuando sobre todo con la intención de mantener el «status quo» en nombre de los *morgados* y otros propietarios isleños (2010, p. 107). Algunos miembros de aquella pequeña élite isleña, incluso aprovecharon la coyuntura de las disputas fratricidas desencadenadas en el Reino portugués tras la revolución nacional, para al alinearse con alguno de los bandos enfrentados poder obtener réditos y tratos de favor, como, por ejemplo, exclusividades en la importación de determinados productos (Brooks 2010, p. 112). Supusieron pues, aquellos decisivos años para la conformación de la nación portuguesa, un escenario de oportunidades para que miembros de la pequeña élite caboverdiana pudieran consolidar su situación de privilegio o asumir más poder frente a otros elementos de la misma.

Desde el plano portugués también nos encontramos con una seria de factores que explican la nula penetración de la idea nacional en el archipiélago tras los trascendentales episodios vividos durante el primer cuarto de siglo en el reino ibérico. En primer lugar, estaría la propia consideración que se tenía desde la Portugal continental a Cabo Verde. A diferencia de Azores y Madeira que eran consideradas como partes integrantes del Reino portugués, Cabo Verde no disfrutaba de esta consideración, entendiéndose este archipiélago como una posesión del Reino con un valor puramente material y estratégico, cuya única razón de ser era servir en beneficio de los intereses de Portugal. Ello se traducía en un menosprecio a los habitantes blancos nacidos en las islas (Brooks 2010, p. 33) y, en consecuencia, un menoscabo general a la propia realidad y estructura social isleña, de tal forma que cuando finalmente se conforman las Cortes portuguesas como resultado del levantamiento nacional y a las islas de Cabo Verde se le adjudican dos diputados, se excluyó que pudieran acceder a tal posición a los *morgados* y otros blancos nacidos en el archipiélago. De esta manera, las élites y grupos de influencia de la Portugal continental e islas adyacentes, tan sólo contemplaban una ínfima parte de las élites caboverdianas, que, en ocasiones, debido a su falta de arraigo y desconexión con la realidad isleña no eran representativas de las sociedades locales.

El nulo reconocimiento de las élites de la metrópoli a importantes sectores de la sociedad de Cabo Verde podría considerarse también como un obstáculo más en contra

de la difusión efectiva entre las islas de la nueva concepción nacional en que se había investido el núcleo de la entidad imperial. Presumiblemente esta situación no mejoraría con el paso del tiempo, pues la realidad social que se iría asentando en Cabo Verde desafiaba la tendencia homogeneizadora mostrada por muchos nacionalismos, entre ellos el portugués (Rodrigues 2002, p. 65). Según esta autora, una historia de criollización en términos culturales, lingüísticos y biológicos como la que representaba Cabo Verde, no casaba con las concepciones de nación en términos puristas que se desarrollarían durante el siglo XIX. Esto es, el nacionalismo portugués, construido en base a una homogeneidad cultural e histórica hacía de lugares como Cabo Verde territorios incómodos y ambiguos (Rodrigues 2002, p. 65).

El segundo factor proveniente de Portugal se refiere al periodo traumático e inestable en que se vio inmerso el Reino portugués inmediatamente después de su levantamiento nacional ocurrido a comienzos de la década de los 20 del siglo XIX. Esta situación propició que en las décadas venideras Portugal experimentara continuas crisis políticas y económicas entrando en una época de inestabilidad crónica. Ello hizo distraer la atención de la metrópoli de los asuntos coloniales, especialmente de aquellas provincias tan poco provechosas y productivas como la de Cabo Verde y Guinea (Brooks 2010, p. 99). No obstante, tal dejadez y menosprecio no supone un estallido de indignación desde las islas por las élites o grupos dominantes. Al contrario, tal situación es aprovechada por miembros de aquellos sectores para potenciar el comercio ilícito en su favor. Según Brooks, durante aquellos años Cabo Verde pasó a convertirse en el «campo base» del comercio ilícito para el África occidental (2010, p. 99).

Las décadas decisivas que vieron el nacimiento y consagración de la nación de Portugal no tuvieron ninguna repercusión directa sobre las islas de Cabo Verde y se puede aseverar que aquella revolución nacional, llena de episodios traumáticos para la metrópoli, no dejó ninguna huella en el Cabo Verde del siglo XIX. Aquellos años supusieron una lucha enconada de las pequeñas élites isleñas por mantenerse en una posición privilegiada frente a una sociedad isleña que comenzaba a experimentar unos cambios dramáticos estructurales que acabarían siendo definitivos. Ejemplo de ello es la firme oposición de las élites caboverdianas, concretamente de los grandes propietarios rurales, a la ley portuguesa que en 1836 prohibía el comercio de esclavos trasatlántico (Carreira 1982, p. 106). Igualmente, otros elementos de las pequeñas élites isleñas

aprovecharon el desconcierto en la metrópoli y la desconexión de aquella con respecto a las dinámicas histórico-sociales del archipiélago, para consolidar o aumentar su poder en relación con otros miembros de las élites insulares.

La estructura y composición de la sociedad isleña, todavía bastante rígida y diseñada en función de la preeminencia del comercio de esclavos dentro del sistema económico, imposibilitaba entre los grupos dominantes y élites isleñas una aceptación de la imagen representada por el nacionalismo de una comunidad de iguales e inclusiva. La enorme complejidad de los componentes sociales insertos en el archipiélago, donde el elemento racial se combinaba con grupos de poder delimitados a uno o dos espacios geográficos, todo ello complementado con alianzas antinaturales en función de intereses comunes, dibujaban una estructura general de la sociedad líquida y cambiante, con un equilibrio extremadamente frágil, lo que explica un comportamiento de las élites isleñas centrado en no desajustar ninguna de las piezas que conformaban el enrevesado puzle social del archipiélago y que hasta ese momento les había situado en una posición de privilegio incontestable.

Igualmente, la desconexión y falta de interlocución entre los grupos de poder e influencia de la Portugal continental en relación a importantes sectores que ostentaban el dominio real dentro de Cabo Verde, reducía enormemente las posibilidades de éxito de la transmisión del nuevo ideal nacional.

4.8 EL DESARROLLO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL EN EL ARCHIPIÉLAGO U OTRA IDENTIDAD COLECTIVA DE SIMILAR IMPACTO POLÍTICO

a. El surgimiento de identidades colectivas propias entre las élites caboverdianas desde los inicios del siglo XX.

Las islas de Cabo Verde no vieron hasta la consolidación de su propio Estado, a finales del siglo XX, ninguna identidad nacional común asentada sobre una mayoría de su población. No obstante, el siglo XX supone un periodo de gran interés por la diversidad de manifestaciones identitarias colectivas que se irán sucediendo en el seno de las islas, aunque eso sí, siempre delimitadas aquellas identidades a un pequeño porcentaje de la población conformado por élites o grupos influyentes (artistas, intelectuales, profesionales…) Se trata de identidades muy delimitadas a un espectro muy concreto de la población pero que no obstante dejan entrever los cambios que se estaban produciendo en la sociedad caboverdiana y como estos cambios arrojaban visiones críticas que cuestionaban la posición del archipiélago dentro del entramado político, institucional e identitario portugués.

Las nuevas identidades que surgen en el seno de aquellos grupos de influencia sin duda tendrán una expresión política pero dado que no se consiguieron extender sobre una mayoría significativa de la población, no se puede hablar de ningún tipo de expresión política de carácter popular ya fuera nacional o de cualquier otra índole.

El contexto de las islas que facilitó la aparición de estas propuestas identitarias obedece a una restructuración profunda de la sociedad caboverdiana como consecuencia de la abolición, ya efectiva, de la esclavitud y el progresivo declive del régimen de los *morgados*. Estos hechos acaecidos entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, supusieron una mayor homogenización de la sociedad isleña desde un punto de vista racial y del sistema de clases. Tal y como establece Carreira, a finales de la segunda década del siglo XX prácticamente se había producido la muerte social de la altiva burguesía isleña y el hueco dejado pasó a ser ocupado por una clase intermedia, constituyendo los europeos un grupo cada vez más reducido (1982, p. 31).

La creación de instituciones educativas y el impacto que estas tuvieron sobre los isleños, también constituyó un importante factor para el impulso de aquel pensamiento crítico (Madeira 2014, p. 153), como sería el caso de la apertura en 1917 en la ciudad de Mindelo de la primera escuela secundaria patrocinada por el Estado.

El primer embrión de una identidad colectiva caboverdiana surgiría a comienzos del siglo XX y estaría impulsado por miembros de una élite literaria criolla. De acuerdo con Rego, en los inicios de aquel siglo surgieron escritos satíricos que desafiaban el sistema colonial junto con trabajos que buscaban retratar la singularidad de la identidad caboverdiana (2001, p. 173). La mayor parte de las obras en esta época se escribieron en portugués, pero algunos autores comenzaron a experimentar con el uso del crioulo. Junto a esta desafiante intromisión del crioulo en el mundo de las letras, surgió también una afirmación de negritud y africanidad que podía entenderse como una provocación al sistema colonial portugués. De hecho, según Rego el crioulo de por sí, era relacionado con la raza negra y por tanto la valorización del uso del crioulo en la literatura era percibido como un acto de subversión (2001, p. 174). En este sentido, el poeta y folclorista Pedro Cardoso fue considerado uno de los primeros revolucionarios por utilizar el pseudónimo *Afro* desde 1906.

En cuanto a la expresión política de esta primera manifestación identitaria, debiera encuadrarse en el marco de un movimiento a lo sumo regionalista. Tal y como sostiene Rego, la mayor parte de las reclamaciones giraban en torno a demandas de mejora en las condiciones de vida y laborales y un mayor grado de autonomía para la colonia (2001, p. 175). Rodrigues por su parte, señala la no utilización de un «tono» nacionalista en aquellas primeras manifestaciones (2002, p. 61). De esta forma, miembros de esta élite intelectual criolla a menudo abogaban abiertamente en favor de un régimen republicano para Portugal, como es el caso del propio Pedro Cardoso, con la expectativa de que la instauración de una República pudiera alterar de una forma significativa el proyecto colonial portugués y conceder así una mayor libertad para el archipiélago (Rego 2001, p. 175).

Aun así, con la llegada del régimen republicano a Portugal las expectativas de esta clase intelectual no fueron cumplidas y continuaron los alegatos en favor de mejoras para las

islas. Entre la élite educada isleña se generalizaron demandas a favor de la igualdad de derechos, así como el poder obtener un trato equivalente al que recibían las Azores y Madeira (Rodrigues 2002, p. 61). Eugénio Tavares, otro de los exponentes de este movimiento literario criollo que escribió tanto en portugués como en crioulo, en un texto de 1914 sobre el cuarto aniversario de la República, se muestra muy crítico acerca de la implementación de los valores republicanos para el caso concreto del archipiélago caboverdiano. En el siguiente párrafo se observa como Eugénio Tavares, dando muestras de una interiorización del ideal nacionalista y su adhesión a la nación portuguesa, se revela frente al desarrollo político de la República y la ausencia de un impacto de los valores republicanos en suelo isleño, definiendo a los caboverdianos como miembros de segunda clase del pueblo portugués:

> The rights conquered four years ago belong entirely to the Portuguese people, in all its ethnic variation and in all the lands where there is a trembling Portuguese flag symbol of our nationality. If the colonized are Portuguese only in terms of duties and not of rights, then it is because the spirit of our laws has suffered other influences that cannot be justified under any circumstances (Tavares en Rodrigues 2002, p. 61)

Unas décadas después surgirá otro importante movimiento literario en las islas con una importante derivada político-identitaria. Esta expresión colectiva de carácter intelectual eclosionará al amparo de la revista *Claridade*. Esta revista nace en la ciudad de Mindelo (isla de São Vicente) en el año 1936 y fue producto de un movimiento por la emancipación cultural, social y política del archipiélago. Alguno de sus autores más representativos fueron Baltasar Lopes, Manuel Lopes, Texeira de Souza o Gabriel Mariano.

En un plano puramente literario, la revista se erige como un auténtico referente de contemporaneidad estética y lingüística, concediendo por primera vez en la historia literaria de las islas un verdadero protagonismo a la lengua que mayoritariamente era hablada entre los caboverdianos y ello sin complejos. Desde el plano político e ideológico los autores se esfuerzan por sacudirse todo rastro del canon portugués y poder reflejar una conciencia colectiva de las islas, remarcando aquellos elementos

culturales propios que habían caído en el ostracismo por la acción colonial. *Claridade*, se convierte pues en la precursora de una literatura propia de las islas. Para Rego, la aparición de aquella publicación suponía la consolidación de una tendencia de una escritura orientada socialmente hacia una temática esencialmente local, en la que ganaban protagonismo asuntos como las duras sequías, la negligencia colonial, las hambrunas o la desigualdad entre negros y blancos (2001, p. 176).

Según Lobban, detrás de este movimiento se encontraba una fuerte apuesta de intelectuales caboverdianos por la autoexpresión literaria en las islas y por una identidad propia caboverdiana de marcado contenido criollo (1995, p. 42). Para este autor los principales propósitos de la revista eran explorar las fuentes de la cultura criolla, el desarrollo de una literatura original caboverdiana, así como la búsqueda de una expresión cultural más libre (1995, p. 78).

En todo caso, a pesar de que las obras trataban sobre el conjunto de Cabo Verde, en gran medida reflejaban las experiencias de aquellos intelectuales que residían en Mindelo, dejándose entrever una perspectiva propia del grupo de islas de Barlovento (Rodrigues 2002, p. 87).

Para Gomes dos Anjos, el movimiento en torno a la revista *Claridade* así como sus antecesores de principios de siglo, se constituyen como una reivindicación regionalista instituida por una élite literaria caboverdiana sobre la base de una identidad mestiza del pueblo de Cabo Verde en la que se resaltaba el papel fundamental de éste como mediador entre la metrópoli europea y África (2003, p. 595). Gomes dos Anjos rebaja la expresión política de aquellos movimientos intelectuales de cariz identitario que tuvieron lugar en Mindelo durante la primera mitad del siglo XX (2003, p. 590). Para el autor existía una problemática en estos autores derivada de su afán por no definir al pueblo caboverdiano ni como portugués ni como africano. El primer contraste, Cabo Verde versus África, distinguía a la élite caboverdiana como dotada para lidiar con los códigos occidentales, mientras que la oposición Cabo Verde versus Portugal, creaba las condiciones para el surgimiento de reivindicaciones regionalistas fundamentadas en el proyecto de inserción en la administración colonial (Gomes dos Anjos 2003, p. 590).

En la misma línea, Madeira alude a la vertiente regionalista del movimiento en tanto que nunca deja de buscar y evidenciar elementos culturales europeos en la formación del hombre caboverdiano, reivindicando en determinados momentos el regionalismo del archipiélago (2014, p. 154). Ello se puede comprobar en la siguiente cita de uno de sus máximo exponentes, Baltasar Lopes:

> Sejamos, pois, intransigentemente regionalistas e seremos inteligentemente portugueses (Baltasar Lopes da Silva en Madeira 2014, p. 154)

Independientemente de que los autores del movimiento *Claridade* puedan ser definidos como nacionalistas caboverdianos, como hace Rego (2001, p. 177), o regionalistas como alegan Gomes dos Anjos o Madeira, quizás, lo más importante sea remarcar que desde este movimiento importantes figuras se opusieron frontalmente a la independencia de las islas como solución política (Rodrigues 2002, p. 86), generándose así una disonancia con futuras generaciones que abrazarían el ideario nacionalista bajo el contexto de los procesos de descolonización que se estaban viviendo en el continente africano. De acuerdo con Rodrigues esta clase intelectual durante el proceso de descolonización del archipiélago defendería un estatus especial para las islas sin recurrir a una independencia de Portugal, lo cual haría que se convirtiera en un blanco político fácil entre aquellos que defendían la emancipación nacional (2002, p. 103).

Será a mediados del siglo XX, concretamente en los años 60, cuando irrumpe la primera generación de activistas políticos isleños considerada unánimemente nacionalista. Los protagonistas de esta primera expresión nacionalista, de una forma expresa abogarán por una soberanía nacional para el archipiélago. La igualdad dentro de una soberanía compartida que conllevaba la idea nacionalista es interpretada por esta generación como una independencia colectiva frente a una dominación externa (Demulling 2015, p. 9).

Sus miembros, por lo general, provienen de un sector muy concreto de la sociedad isleña conformado por profesionales que mayoritariamente han venido desarrollando su carrera laboral en otras colonias portuguesas de África. Para Rego, el germen de este movimiento se encuentra en la necesidad que forzó a los estudiantes caboverdianos más privilegiados a viajar a Portugal con el fin de poder acceder a estudios universitarios

(2015, p. 45). En estos viajes los estudiantes de las islas pudieron mezclarse con jóvenes estudiantes de las otras colonias de Portugal, generándose un intercambio de ideas y experiencias que desencadenaría la asunción de un marco teórico común en contra del colonialismo ejercido por Portugal. En este contexto, la *Casa dos Estudantes do Império* ubicada en Lisboa, jugaría un papel trascendental como punto de encuentro de ideas y personalidades que acabarían por convertirse en protagonistas de la historia política de sus respectivos territorios. Más concretamente, la *Casa dos Estudantes do Império* se convirtió en un centro de fomento de ideas acerca de la independencia política de las respectivas colonias portuguesas (Rego 2015, p 45)

Para esta tesis, detrás de la aparición de los primeros nacionalistas caboverdianos se encuentra un proceso de experimentación grupal de un *status-inconsistency* en la forma enunciada por Greenfeld en su teoría. Así, un grupo influyente de la sociedad isleña adopta pues la respuesta nacionalista y la visión global novedosa que conlleva como solución para resolver la situación de *anomia* que le aflige intensamente.

Con un mejor acceso a medios de educación y formación, aquel grupo de caboverdianos se configuraba como un segmento de la población colonial portuguesa privilegiada en aquellos términos en relación a otros pueblos colonizados. Se trata de una población que había sido cultivada por los portugueses y que con el paso del tiempo había crecido en aptitudes y capacidades hasta situarse en una posición paralela a la de los propios portugueses y *asimilados* residentes en África. Sin embargo, las posibilidades de progreso y promoción de los isleños eran radicalmente atajadas por el aparato colonial portugués.

Este grupo de caboverdianos ocupaba los escalones más bajos dentro del servicio colonial africano (Chilcote 1968, p. 373) y por lo general estaban mal pagados (Rodrigues 2002, p. 94). De esta forma, tal y como afirma Lobban, a pesar de que muchos caboverdianos cualificados ocupaban posiciones dentro de la administración pública de otras colonias, la realidad era que la posición política y económica de los caboverdianos estaba más cerca de los *indígenas* africanos (la escala más baja dentro del sistema colonial portugués) en términos de políticas discriminatorias, derechos civiles limitados y desigualdad de oportunidades (1995, p. 69). Contrariados por esta

situación de inconsistencia en su estatus, aquel grupo abrazó el ideal nacionalista para hacer frente al problema que estaban experimentando.

b. La figura capital de Amílcar Cabral en el primer nacionalismo caboverdiano.

De entre los protagonistas de aquella primera manifestación inequívocamente nacionalista, sobresale la figura de Amílcar Cabral (1924-1973). Se trata de una personalidad clave que acabará teniendo una gran influencia e importancia en los procesos de descolonización de Cabo Verde y de Guinea. Sin su figura es imposible entender la historia reciente de Cabo Verde, destacando como a pesar de su prematura muerte en 1973 su enorme influencia e inspiración se mantuvieron inalterables durante todo el proceso de descolonización y posterior conformación del nuevo Estado archipelágico.

Tiene el personaje una importante vertiente en el ejercicio práctico de la política, sobre el terreno, la cual queda reflejada en su activa participación en la creación del *Partido Africano para la Independencia de Cabo Verde y Guinea* (PAIGC) y en su posterior función dentro del partido como secretario general. No obstante, Amílcar Cabral a la vez presenta una interesante vertiente como ideólogo[68] de la causa que está dirigiendo. Sus discursos y escritos de cuidada elaboración y profundidad intelectual encuadran su obra como imprescindible dentro del mundo de las ideas, al menos en el apartado reservado a los procesos de descolonización africana de la segunda mitad del siglo XX. Su obra será leída y estudiada más allá del ámbito de Cabo Verde y Guinea inspirando a personas de todo el mundo.

En términos de la concepción del nacionalismo propuesta por Greenfeld, Amílcar Cabral representa como nadie la llegada de los ideales nacionalistas a las islas de Cabo Verde y ello queda reflejado tanto en las acciones y decisiones que tomó Cabral desde su vertiente de líder político en primera fila de la lucha por la descolonización, como en los numeroso escritos y discursos articulados que se conservan de él. En este sentido, tal

[68] El diario británico *The Guardian,* en noticia publicada el 22 de enero de 1973 en la que se hace eco del asesinato de Amílcar Cabral, designa al líder caboverdiano como el Che Guevara africano (el titular literal es *Africa's Guevara killed*) refiriéndose a su figura como uno de los pensadores revolucionarios más influyentes de los últimos tiempos.

y como sostiene Rego, Amílcar Cabral a lo largo de su obra escrita defendió su causa en contra del colonialismo, pero al mismo tiempo argumentaba detalladamente la necesidad de crear en las islas una nueva cultura nacional, una que estuviera dirigida hacia una mayor igualdad, independencia y progreso (2015, p. 46).

En sus discursos se detectan constantemente elementos inalienables al concepto de nación como serían la soberanía popular, la inclusividad de la nación o la igualdad que aquella comportaría para todos sus miembros. Así, en un discurso dado en octubre de 1972 ante las Naciones Unidas, el líder africano declaraba:

> What fills us with pride is our ever-increasing national consciousness, our unity…. which has been forged in war, the harmonious development and coexistence of the various cultures and ethnic groups…. It is also the clearest proof of the sovereignty enjoyed by the people of Guinea and Cape Verde, who are free and sovereign in the greatest part of our national territory (Cabral 1973, p. 25)

Sobre la misma fecha, pero en esta ocasión en el marco de una reunión informal celebrada en Nueva York ante representantes de asociaciones afroamericanas, Cabral hacia especial hincapié en la estrecha relación existente entre nacionalismo e igualdad:

> We have to create for ourselves the instruments of the state inside our country, in the conditions of our history, in order to orientate all to a life of justice, work for progress and equality. Equality of chance for all people is the problem (Cabral 1973, p. 89)

Tal y como establece Demulling (2015) el caso de Amílcar Cabral es un caso, en cierto modo, común dentro del contexto específico africano en donde coinciden varios líderes nacionalistas destacados que a través de sus reflexiones y actos vienen a convalidar la propuesta teórica acerca del nacionalismo ideada por Greenfeld:

> The prominent African nationalist figures expressed an understanding of nationalism that corresponds to Greenfeld's

> characterization. They were acutely aware that creating a sense of shared national identity often began after independence: the newly minted independent states were not automatically independent nations; their emergence and development was historical contingent and consciously motivated. Many of the first independence leaders, therefore, were nationalists without nations. These leaders were often political theorists, poets, and writers, debating what their nation should look like (Demulling 2015, p. 231)

c. De un nacionalismo minoritario al surgimiento de un Estado independiente.

El movimiento nacionalista con origen en una minoría caboverdiana ocupada en cargos intermedios dentro de la infraestructura colonial portuguesa, con el paso de los años vería cumplidas sus aspiraciones políticas tras el proceso de total descolonización que acabaría experimentándose en las islas de Cabo Verde y Guinea. La expresión política de aquel movimiento la encarnaba el PAIGC, que se convertiría en el núcleo isleño sobre el cual pivotaría el proceso de descolonización y la posterior construcción estatal, todo ello, a pesar de que en sus inicios la base del partido estuviera compuesta por tan sólo unos cincuenta miembros (Lobban 1995, p. 89) y que incluso, al momento de estallar la Revolución de los Claveles, tanto la cúpula del mismo como el Movimiento de las Fuerzas Armadas portugués fueran perfectamente conscientes de su debilidad en las islas (Sánchez Cervelló 1998, p. 98; Lobban 1995, p. 102)

Aunque en sus inicios el partido apostaba por una resolución pacífica del conflicto, la intransigencia del gobierno colonial portugués abocó a los nacionalistas al recurso de la lucha armada. Poco a poco fue adquiriendo la fuerza de un movimiento de liberación nacional de gran envergadura, desarrollando una contienda militar contra Portugal en la forma de guerrilla que se focalizó, sobre todo, en las áreas rurales de la actual Guinea-Bisáu. La guerra por la independencia se desarrollaría de 1963 a 1974 y todas las acciones armadas tuvieron lugar en suelo guineano no produciéndose ningún tipo de escaramuza en Cabo Verde. A este respecto, las islas tampoco experimentaron una

intensa movilización política para unirse al PAIGC militarmente (Rodrigues 2002, p. 91; Duarte & Curto 1984, p. 59)

Para entender los grandes logros del movimiento nacionalista surgido en la década de los 60 en Cabo Verde sin ningún tipo de respaldo popular dentro de las islas, es necesario referirse a una serie de factores externos. Por una parte, cabría mencionar las dinámicas globales y la transposición de éstas al contexto regional africano, mientras que, por otra parte, son de suma importancia dinámicas internas de Portugal que sin duda supusieron un impulso más que decisivo para el éxito final del PAIGC, el cual pudo desplegar así su agenda descolonizadora y nacionalista en las islas.

Desde una perspectiva global, el periodo de entreguerras había traído consigo una reordenación mundial con una nueva lista de valores a aplicar en el marco de la política internacional y de las relaciones entre los pueblos y naciones que habitaban el planeta. Tal y como establece Wick, desde el final de la Primera Guerra Mundial y el surgimiento de la nueva diplomacia abanderada por el presidente americano Woodrow Wilson hasta el proletariado internacionalista propuesto por los rusos bolcheviques, el concepto de autodeterminación de los pueblos se había convertido en un axioma de la política internacional (2006, p. 47). Paralelamente, con la desaparición de los grandes imperios la nación pasaba a erigirse, aparentemente de forma natural, en el modelo por antonomasia de articulación de las *polities* legitimado por la comunidad internacional para poder participar en el nuevo escenario global en construcción. Estos hechos se tradujeron, tras la Segunda Guerra Mundial, en una oleada de movimientos en favor de la descolonización protagonizados por líderes nacionalistas locales que aludían al principio de autodeterminación como instrumento legitimador del reconocimiento de una soberanía nacional en favor de la comunidad que representaban. Mediante esta fórmula se buscaba un doble objetivo: por una parte, la liberación de la comunidad y territorio del dominio foráneo y por otra parte, el reconocimiento por parte de la comunidad internacional a la nueva comunidad política investida del ideario nacional lo que implicaba a su vez el derecho a participar como miembro de aquella.

Paralelamente, a medida que se iban sucediendo estos movimientos, la comunidad internacional empezó a reprochar el colonialismo de una forma más enérgica (Rego 2015, p. 59). En el continente africano esta dinámica alcanzaría un enorme ímpetu

cuando Francia e Inglaterra comenzaron a negociar programas de transición con sus respectivos territorios africanos, allanándose el camino para que otras colonias alcanzaran la independencia (Rego 2001, p. 179). De esta forma, hasta 17 colonias europeas situadas en África consiguieron su independencia durante los años 60. Ante una presión internacional cada vez más intensa, el gobierno de Portugal, en un intento por «enmascarar» su imagen colonialista, en 1951 cambió la designación de sus colonias, entre ellas Cabo Verde, denominándolas a partir de entonces *provincias de ultramar*.

Dentro del contexto de descolonización puramente africano, surge una ideología aglutinadora que pone al servicio de un destino común de hermandad y solidaridad continental las experiencias traumáticas similares que han experimentado las colonias africanas. Estos pueblos presentan intensos puntos en común referentes, por ejemplo, a la lacra de la esclavitud o el desarraigo forzoso del africano para servir como mano de obra en otras latitudes. Con su densa red ideológica y de experiencias libertadoras, el *panafricanismo* se convierte en un elemento trascendental al servicio del PAIGC que en parte explica la estrategia, formulada desde los inicios del partido, de construir una *polity* común para las naciones de Cabo Verde y Guinea-Bisáu tras la independencia.

Por último, el movimiento nacionalista de las islas liderado por el PAIGC, se vio reforzado e impulsado por ideologías de extrema izquierda con gran peso a escala global. Tal y como sostiene Lobban (1995, p. 44) es indudable que la gran división ideológica que posicionó al mundo en dos partes enfrentadas durante el siglo XX, concedió a aquellos nacionalismos de la «descolonización» una mayor fuerza y legitimidad, aparte de otros propósitos como la causa internacionalista o la lucha global contra el imperialismo y el capitalismo entendidos como males de la humanidad. En la búsqueda de su independencia, los africanos observaron como aquellos que se oponían más seriamente al colonialismo que les estaba oprimiendo eran las naciones socialistas, y según Lobban, en base a la lógica de que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo" hubo una afiliación generalizada entre los libertadores africanos a las ideologías que legitimaban a aquellas naciones «amigas» (1995, p. 44). Esta postura ideológica del partido nacionalista de las islas resultó ser fundamental y le valió decisivos aliados tanto en el extranjero como, sobre todo, en la propia Portugal durante los periodos convulsos que rodearon el estallido de la Revolución de los Claveles.

En cuanto a las dinámicas internas de Portugal, se debe mencionar que el régimen autoritario portugués se encontraba internamente muy erosionado y que las guerras por mantener las colonias en África acabarían por hundir el régimen de Caetano (Wick 2006, p. 46; Sidaway & Power 2005, p. 532). Las guerras coloniales se constituyen como el detonante definitivo que produce el derrumbe de un régimen que hacía tiempo estaba languideciendo. Este hecho acabó significándose como una gran ventaja en favor de los libertadores africanos que luchaban una guerra contra un Estado desgastado y en permanente cuestionamiento, con varios frentes abiertos más allá de las propias guerras coloniales en África.

De una forma más abstracta y teórica, desde la Portugal continental, también el propio Partido Comunista Portugués se había constituido en su momento en importante fuente de inspiración para el nacionalismo radical que se estaba fraguando entre los intelectuales de la África portuguesa (Lobban 1995, p. 43)

Pero el factor portugués que influyó de una forma más decisiva en el éxito del partido de Cabral, sería la irrupción dentro de las filas del ejército portugués del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) como principal impulsor y protagonista de la Revolución de los Claveles que diera fin al régimen de Caetano. En este sentido se debe remarcar la ayuda y complicidad que recibió el partido independentista caboverdiano del MFA cuando finalmente el proceso de descolonización de las islas estaba ya en marcha. El PAIGC compartía una ideología muy cercana con el núcleo de militares que se habían hecho con el poder de Portugal tras la caída del gobierno de Caetano. Estos militares allanaron con gran eficacia el camino en las islas para que el partido de Cabral pronto pudiera obtener un gran respaldo de la mayoría de la población (Sánchez Cervelló 1998, p. 99 y 139).

La caída del régimen colonial precipitó los acontecimientos en toda la África portuguesa. En las islas de Cabo Verde, tras un gobierno de transición, el 5 de julio de 1975 se proclamó la independencia de las islas. Un mismo partido, el PAIGC pasó entonces a estar gobernando dos Estados: Guinea-Bisáu y Cabo Verde. El PAIGC incluso encaminó sus pasos hacia la creación de una federación binacional cuando las asambleas nacionales de los países constituyeron un Consejo de la Unión que tenía

como misión la elaboración de un proyecto de Constitución para regir la asociación de los dos Estados.

El caso de Cabo Verde representa un movimiento nacionalista nacido sin apenas respaldo popular y desprovisto del mismo durante gran parte de su trayectoria, pero que con el tiempo finalmente verá desplegar con éxito su agenda político-social entre la población isleña. El primer ministro del primer gobierno de la República de Cabo Verde y también combatiente contra las tropas portuguesas en suelo guineano, Pedro Pires, en respuesta dada a un cuestionario[69] planteado en el contexto de la actual investigación acerca de si existía una conciencia nacional caboverdiana entre una mayoría de la población isleña en los prolegómenos de la declaración de independencia de las islas, alude al concepto de *cabo-verdianidade.* Se refiere este concepto a un sentimiento de pertenencia común bastante fuerte entre la sociedad isleña, ya sea los que habitaban las islas como la diáspora. Para Pedro Pires sobre aquel sentimiento común se iniciaría una toma de conciencia de la identidad nacional de los caboverdianos. El exdirigente declara que aquel proceso se fortaleció durante la lucha libertadora y se consolidó especialmente con la independencia nacional.

La proclamación de un Estado soberano, independiente ya de su entidad colonizadora, acabó significándose como punto de partida elevado a hito fundacional que daría paso a la consolidación de una identidad nacional mayoritaria en las islas.

d. Una identidad multi-subjetivizada frente al proyecto de unión política con Guinea-Bisáu.

Uno de los puntos más controvertidos durante el proceso de descolonización y los años posteriores a la proclamación de independencia, lo constituyó el proyecto de unión política entre Cabo Verde y Guinea-Bisáu. Es un asunto de gran polémica que acabaría por enfrentar a varios sectores y grupos influyentes, evitando que pudiera conformarse un frente común desde las islas en un momento tan decisivo para la historia del archipiélago. Se pretende abordar este complejo asunto desde una perspectiva

[69] Para consultar el cuestionario completo dirigirse al **Anexo 7**.

puramente identitaria entendida como la más pertinente para poder comprender el alcance de tal problemática.

El PAIGC concebía el proyecto de unión política entre Cabo Verde y Guinea-Bisáu como algo natural que obedecía a la estrecha relación histórica que se había fraguado entre ambos territorios, al ser administrados por la metrópoli como una única provincia desde hacía tiempo. Más importante aún para el cuerpo doctrinal del partido, el origen guineano y de otros pueblos de la costa africana de la inmensa mayoría de esclavos que recalaron en el archipiélago, evocaba una herencia cultural y racial común que hermanaba a ambos pueblos en el dolor y trauma objetos del colonialismo y en un origen ancestral compartido que era necesario rescatar y dignificar.

Para Rodrigues, cuando el nacionalismo propio del Estado Novo fue extendido a las colonias, la imposición de una identidad portuguesa fomentó en Cabo Verde una polarización política de las identidades (2002, p. 90). Según la autora, en un clima de resistencia política y militar frente al estado colonial, la reafirmación de la cultura y lengua criolla se vinculaba también a una continuidad histórica con Guinea-Bisáu y por tanto se consideraban del tipo africano. Este lazo con Guinea-Bisáu se convirtió en central para el PAIGC (Rodrigues 2002, p. 90)

Mas allá de la política explícita durante el Estado Novo, tradicionalmente los caboverdianos fueron alentados por Portugal a pensar que tenían mayores similitudes culturales con los portugueses y que tenían poco que ganar asociándose con los africanos (Rodrigues 2002, p. 97; Lobban 1995, p. 60; Chilcote 1968, p. 373). Sobre esta imposición subjetiva de la identidad caboverdiana, la exaltación «africanista» por parte de los nacionalistas de los años 60 puede ser interpretada como una reacción de rebeldía frente a los códigos portugueses de asimilación o tal vez, como el aprovechamiento de una ventana de oportunidades abierta en el contexto regional a raíz de los múltiples procesos de descolonización que se estaban sucediendo en África y que se inspiraban en un panafricanismo.

Amílcar Cabral era un firme defensor de la unión política de ambos territorios. El líder combatiente entendía que el colonialismo creaba entre los entes colonizados un sentimiento de pertenencia que iba más allá de otras identidades locales, pero sin

eliminar éstas. Cabral sugería que, en vez de remarcar las contradicciones locales, la visión global y unitaria de los dos territorios favorecería el entendimiento del sistema colonial que les gobernaba (Wick 2006, p. 50).

No obstante, algunos autores apuntan a que el propio Amílcar Cabral impulsaría esta unión política entre Cabo Verde y Guinea-Bisáu por causas más pragmáticas y funcionalistas. Con una formación superior en el campo de las agro-ciencias, se alude a que Cabral era consciente de la escasez de alimentos y la pobreza general del mundo rural de las islas y como a su entender los dos territorios se complementaban y necesitaban tanto geográfica como económicamente (Rodrigues 2002, p. 100; Rego 2001, p. 181)

El propio Pedro Pires, respondiendo al cuestionario[70] propuesto por la tesis, en lo relativo a la unión política de ambos territorios se apresura en resaltar sobre todo la dimensión geopolítica que aquella unión comportaba. Se deja entrever en su respuesta la nostalgia por un proyecto frustrado que hubiese otorgado gran peso político en la región a un Estado federal que dispondría de una localización geoestratégica clave por las islas y una riqueza natural procedente del territorio continental.

Dentro del archipiélago, tal y como se ha comentado, surgieron voces en contra de esta unión política. Las élites y clase intelectual con centro neurálgico en Mindelo rechazaban frontalmente la unión con Guinea-Bisáu y expresaban no sentirse representados por el partido de Cabral. En el núcleo de aquella oposición resonaba con fuerza el esbozo de una identidad criolla promovida por aquella clase intelectual en función del papel histórico del caboverdiano como mediador entre europeos y africanos, de tal forma que, ante la pretendida unión política, interpretaban que de una manera forzada y antinatural se buscaba africanizar al pueblo caboverdiano, en la línea señalada por Gomes de Anjos[71].

---

[70] Para consultar el cuestionario completo dirigirse al **Anexo 7**.

[71] "…. Cabo Verde não se incorporou à Guiné-Bissau, mantendo esse símbolo da africanidade (de fato a unidade não foi proposta com relação a um país real mas sim com a africanidade que esse país simbolizava), como uma alteridade irredutível ao mesmo tempo em que próxima, numa serie de laços institucionais e clientelísticos entre as elites dos dois países…." (Gomes de Anjos 2003, p. 601)

Pero aquella oposición no se focalizó exclusivamente en la isla de São Vicente, sino que se extendió por gran parte del archipiélago y entre los diferentes estratos, integrándose dentro de aquella postura escéptica incluso miembros de la pequeña burguesía nacionalista (Rodrigues 2002, p. 101; Duarte & Curto 1984, p. 59) o elementos revolucionarios situados ideológicamente en el espectro de la extrema izquierda.

Por último, la pretendida unión entre los dos territorios, también será objeto de desconfianza y escepticismo por parte de los propios guineanos, en gran medida debido a una identificación que se fue fraguando de los caboverdianos como un grupo singular perfectamente diferenciado, con mayor afinidad con los colonizadores portugueses que con los africanos colonizados (Rodrigues 2002, p. 129; Rego 2001, p. 181; Carreira 1982, p. 57). La realidad era que, dentro de la administración colonial de Guinea-Bisáu, los caboverdianos formaron una clase propia de mercaderes y burócratas que se entremezclaron con los colonos portugueses (Rodrigues 2002, p. 94). Los guineanos eran considerados por los portugueses como un pueblo tribal, todavía por asimilar, mientras que los caboverdianos eran considerados asimilados y por tanto, a los ojos de los guineanos, eran portugueses o como los portugueses (Rodrigues 2002, p. 94). Desde la perspectiva de muchos guineanos los caboverdianos representaban una pieza más dentro del engranaje del aparato colonial portugués y esto sin duda, levantaba suspicacias y desconfianzas ante una independencia proyectada sobre la base de una unión política con el archipiélago.

El proyecto de unión política entre ambos territorios y la controversia que generó a su vez en los mismos, delataba una profunda crisis de identidad en el sentir común de los caboverdianos a las puertas de la consecución de la autodeterminación política. Se evidenciaba una disparidad de identidades atribuidas al pueblo caboverdiano en función del ojo que mirase. Desde Portugal tradicionalmente se había tratado de impulsar de una forma decidida y consciente una identidad caboverdiana más cercana a la cultura europea, mientras que desde la África continental se había generado un gran recelo, al identificarse al caboverdiano como un agente colonial al servicio de los intereses de Portugal. En definitiva, la pretendida unión política con Guinea-Bisáu sacó a la luz de una forma cruda el cariz vacilante y *subjetivización* múltiple de la identidad caboverdiana a lo largo del siglo XX. Una vez lograda la independencia de las islas, dos importantes retos quedaban pendientes. Por un lado, la construcción de una identidad

nacional con una penetración exitosa a nivel popular y por otra parte, el trabajar en una definición de la identidad caboverdiana en la que se sintieran cómodos una mayoría de la población, especialmente los sectores tradicionalmente enfrentados dentro del archipiélago en relación a este aspecto.

Tal y como se puede vislumbrar de los pensamientos difundidos por Amílcar Cabral en sus últimos años de vida, así como del texto en que se declaraba la independencia y de las primeras leyes políticas de las islas, el nacimiento de la República de Cabo Verde en 1975 tuvo lugar sin el sustento de una identidad nacional de alcance popular y con la exaltación y viva afirmación de una identidad cultural eminentemente africana.

4.9 LA DEFINICIÓN DE LAS ISLAS COMO REPÚBLICA EN LA *PROCLAMAÇAO DA INDEPENDENCIA* Y EN LA *LEI SOBRE A ORGANIZAÇAO POLÍTICA DO ESTADO* DEL 5 DE JULIO DE 1975

El 5 de julio de 1975 la Asamblea Nacional de Cabo Verde proclamó la independencia de las islas en la forma de una república. La pugna por la independencia encabezada por el PAIGC, desarrollada ahora en términos de lucha armada en suelo guineano, encontró un impulso definitivo con la caída del régimen de Caetano y los acontecimientos que se vivieron en Portugal tras la Revolución de los Claveles del abril de 1974. No sólo el vacío de poder y desconcierto que reinaba en la metrópolis jugó a favor de las milicias del PAIGC sino que el núcleo del ejército portugués que se hizo con las riendas de Portugal tras la Revolución, acabaría respaldando[72] activamente la consolidación del PAIGC en Cabo Verde en base a unas coincidencias ideológicas enmarcadas en el espectro de una izquierda revolucionaria (Alves Furtado 2016, p. 865) y en base a una legitimación y reconocimiento de alcance internacional ganado por Amílcar Cabral y los suyos en el campo de batalla guineano.

Una vez destronado Caetano del gobierno de Portugal, el Movimiento de las Fuerzas Armadas se hizo con el poder y pasó a dirigir la etapa de transición. El MFA constituía una facción dentro del ejército portugués, conformada en su mayoría por oficiales de baja graduación que habían participado en las guerras coloniales de África y que compartían una ideología de izquierdas. Entre los cometidos fundamentales que se habían marcado, se encontraba la resolución política de los conflictos armados en la África colonial. Según Sánchez Cervelló (1998, p. 139) el proceso de descolonización portugués presenta como trazos comunes, una fuerza conductora que sería el MFA y una meta final consistente en la concesión del control del ultramar a las guerrillas marxistas, concebidas como aliadas naturales debido a su estrecha conexión con las ideologías de izquierda que entonces gobernaban en Lisboa (1974-1975).

[72] El diario británico *The Times* se hace eco de la independencia de las islas en su ejemplar de fecha 5 de julio de 1975 *(*Another Lisbon colony gains independence). En el interior de la noticia, que ocupa un redactado breve, se hace una alusión expresa al fuerte apoyo que había recibido el PAIGC del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA).

Esta premisa benefició extraordinariamente al PAIGC ya que su coincidencia ideológica con el MFA le situaba como la formación política con mayores opciones para liderar el proceso de descolonización de Cabo Verde. De esta forma, cuando el mapa político de las islas comenzaba ya a aclararse, el MFA apostó de una forma decidida por potenciar la imagen del PAIGC. Se puso a trabajar para ello de una forma activa, entre otros medios, formando a los miembros del partido, concediéndole al PAIGC un protagonismo absoluto en los medios de comunicación social que eran controlados por el mismo MFA o directamente represaliando a dirigentes opositores (Sánchez Cervelló 1998, p. 99 y 105).

La oposición a la preeminencia que ya mostraba en las islas el PAIGC pronto comenzaría a articularse en forma de partidos políticos. Entre aquellos destacan la Unión de los Pueblos de las Islas de Cabo Verde (UPICV) y la Unión Democrática Caboverdiana (UDCV). El UPICV surgió en el año 1959 entre elementos de la diáspora caboverdiana y su rivalidad con el PAIGC se escenificó a través del sistema de alianzas con potencias extranjeras. Mientras el UPICV defendía un mayor acercamiento a la República Popular de China, el PAIGC tendía a buscar apoyo significativo de la Unión Soviética y de los países de la Europa del este. La UDCV por su parte se constituyó en Mindelo y era partidaria de una federación política que integrara a las islas con Portugal. Este partido era contrario a la unión de Cabo Verde con Guinea-Bisáu lo mismo que el UPICV, con lo que los dos partidos entraron en una oposición abierta contra el PAIGC y el MFA (Sánchez Cervelló 1998, p. 98).

Finalmente, en Asamblea de oficiales celebrada en noviembre de 1974 se reconoció al PAIGC como único y legítimo representante del territorio. Esto desembocó en un liderazgo en solitario del partido de Amílcar Cabral durante aquellos trascendentales momentos para la historia de las islas. Ello supuso que, en las elecciones del 30 de junio de 1975, convocadas para la constitución de la Asamblea Nacional Popular, tan sólo se permitiera la concurrencia del PAIGC (Sánchez Cervelló 1998, p. 106)

Con un panorama despejado sin ningún tipo de oposición, se dejaba vía libre para que el PAIGC pudiera desplegar en el territorio isleño su ambicioso programa político y social que llevaba implícita la construcción de una cultura nacional. En este sentido el ideario y filosofía de Amílcar Cabral se erigió en principal fuente de inspiración durante todo el

proceso de descolonización. El asesinato de Amílcar Cabral se produjo en enero de 1973 pero, a pesar de ello, su figura y obra fue omnipresente en el camino hacia la independencia y posterior construcción estatal de las islas.

De entre las ideas de Amílcar Cabral, interesa remarcar su obsesión por la creación de una cultura nacional como necesario elemento cohesionador y como pieza fundamental para la futura conformación de un Estado de forma exitosa. Cabral entiende la cultura nacional como los cimientos del edificio estatal. El líder Cabral es consciente de la no existencia de una identidad nacional común, ni de un nacionalismo mayoritario en las islas (Cabral 1973, p. 77), y es por eso que insiste tanto en la idea de que es la propia lucha contra los portugueses la que está forjando una identidad nacional entre los isleños y guineanos. Así, sobre la base de una nación todavía por construir, el PAIGC como partido único comienza un período de construcción estatal una vez declarada la independencia de las islas.

La *Proclamación de Independencia* y la *Ley sobre la Organización Política del Estado* de 1975 se constituyen también como una proclamación solemne de la preeminencia y liderazgo del PAIGC, así como una constante exaltación de la figura de Amílcar Cabral. En uno de sus pasajes, el texto de la *Proclamación de Independencia* establecía:

> Assim se funda e se constrói o Partido Africano da Independência da Guiné e Cabo Verde, motor histórico da renovação mental, social e ideológica, segundo linhas da acção construtiva e da pedagogia política do nosso imortal guia, Amílcar Cabral

En estos textos de especial significancia para la historia política de las islas, aparecen reflejadas las principales ideas de Cabral como la lucha antiimperialista, la hermandad y solidaridad entre los pueblos africanos, la unidad política entre las islas y Guinea-Bisáu (dos cuerpos y un solo corazón), la soberanía popular….

Sobre la base de una conciencia nacional aún por implementar de una forma popular, el partido se exponía como fiel representante de la soberanía popular de los caboverdianos. Los líderes del partido se situaban de una forma consciente como fuerza vehicular y generadora de una conciencia nacional popular en las islas. A este respecto, Cabral ya

en sus escritos lamenta la no existencia de una burguesía nacionalista que hubiese actuado como catalizadora de las demandas nacionales en las islas y Guinea-Bisáu (Cabral 1973, p. 77).

Tanto en la *Proclamación de Independencia* como en la *Ley de Organización Política del Estado,* las islas de Cabo Verde son designadas en la mayoría de ocasiones como una república que, de hecho, es la forma en que acabaría denominándose oficialmente el archipiélago. Esta definición política no obedece a ninguna forma en que Portugal se hubiera referido previamente a las islas ni tampoco se basa en ningún texto o documento ya fuera literario, académico o de ficción, que hubiera designado de aquella manera a las mismas. La designación de las islas como república no fue objeto de ningún debate abierto entre los miembros del partido o entre la propia población de las islas o al menos entre sus grupos de influencia. Tal y como establece Pedro Pires en respuesta al cuestionario[73] planteado por la actual tesis, aquella designación emergía simplemente de la ciencia política vigente por aquel entonces. Pedro Pires señala también la fuente de inspiración que representaron la lucha de otros pueblos colonizados en África y Asia, así como la inspiración que proporcionaron las enseñanzas y principios de los Estados republicanos en general, incluido el *Estado de derecho* europeo.

La designación del archipiélago de Cabo Verde como una república puede interpretarse también como uno de los efectos naturales que se desprenden de un ideario sólido y trabajado durante años, obra de un pensador de eminente prestigio como era Amílcar Cabral, cuya figura como ideólogo llegó a traspasar las fronteras del continente africano. En su vertiente de pensador de talla intelectual, Amílcar Cabral se identificaba tanto con valores europeos como africanos, recordando alguno de los patrones de comportamiento de la *négritude*[74] entre los africanos francoparlantes (Chilcote 1968, p. 388). Ello no es casual, pues Cabo Verde y Guinea-Bisáu se encontraban encuadradas geográficamente entre colonias de dominio francés (Senegal, Guinea Conakry y Malí) y sus respectivos procesos de emancipación inspiraron sin duda los deseos libertarios de

[73] Para consultar el cuestionario completo dirigirse al **Anexo 7**.

[74] De acuerdo con la *Stanford Encyclopedia of Philosophy,* el concepto de Négritude surgió como la expresión de una revuelta en contra de la situación histórica del colonialismo y racismo francés. La forma particular de la revuelta es producto del encuentro en París, a finales de la segunda década del siglo XX, de tres estudiantes negros procedentes de diferentes colonias francesas: Aimé Césaire de Martinica, Léon Gontran Damas de la Guayana Francesa y Léopold Sédar Senghor de Senegal. Accedido online a la *Stanford Encyclopedia of Philosophy* el 28/04/2010: https://plato.stanford.edu/entries/negritude/

los nacionalistas caboverdianos de la década de los 60, especialmente la independencia de Guinea Conakry en 1958 (Lobban 1995, p. 88). Debe recordarse además que fue bajo la protección de Sékou Touré, primer presidente de Guinea Conakry tras su independencia, que Amílcar Cabral estableció un cuartel general clandestino del partido en la capital de aquel país.

Es lógico pensar que el modelo de republicanismo secular propio de Francia había tenido mucha influencia en toda la región geográfica que envolvía al archipiélago. Según el teórico del nacionalismo Anthony D. Smith, la retórica de figuras como Sékou Touré o Léopold Senghor (primer presidente de Senegal) y los slogans y objetivos de los movimientos políticos de las colonias francesas se encontraban imbuidos de los ideales jacobinos y *roussenianos* de libertad, democracia, igualdad, contrato social y ciudadanía, apuntando así a un *nacionalismo republicano* (2008, p. 157). Tal y como afirma Anthony D. Smith y en directa relación con la visión expresada repetidamente por Cabral, mediante la cual el líder del PAIGC vinculaba el fin de las divisiones étnicas fomentadas por los colonizadores a la obtención de la independencia:

> Above all, the need to ground the nation-to-be in the ex-colonial territory and overcome deep ethnic divisions in the new states made secular republican nationalism the only viable and realistic basis for the new African nations, and the civic-republican nation the only inclusive and legitimate type of modern political community (Smith 2008, p. 157)

Por su parte, la definición del archipiélago como una república a «secas», sin el acompañamiento de ningún apelativo en la forma de *popular* o *democrática* como si había ocurrido en otros países descolonizados, también puede considerarse como una consecuencia de la ideología y estrategia general marcadas por Amílcar Cabral a la acción del partido. A pesar de que el PAIGC se situaba en el espectro de la izquierda revolucionaria y que Amílcar Cabral inequívocamente había estado influido por la dialéctica de Hegel, el materialismo histórico de Marx y las nociones de imperialismo de Lenin, en este asunto parece haber primado la cautela y recelos de Cabral con respecto a la política de dos grandes bloques enfrentados. Según Chilcote, el líder revolucionario evitó de una forma visible cualquier involucramiento o afiliación en la

Guerra Fría y ello, consecuentemente, habría acabado reflejándose en la designación oficial de las islas una vez alcanzada su independencia (1968, p. 386). A este respecto, Pedro Pires en respuesta al cuestionario[75] de la tesis, declara que la adjetivación *revolucionaria* se consideró inoportuna o de poco interés.

Más allá del debate doctrinal e inspiracional que hubiera precedido tal designación, el principal factor que explica la denominación política asignada oficialmente al archipiélago de Cabo Verde tras su descolonización, lo constituye el liderazgo en solitario del PAIGC durante los años anteriores y posteriores a la proclamación de independencia de las islas. Sobre la base de una sociedad isleña con una cohesión exigua, poco movilizada políticamente y absolutamente desestructurada, el vacío de poder político, social y hasta moral que siguió a la caída del régimen en Portugal (Rodrigues 2002, p. 103) se presentaba como una magnífica oportunidad para ser ocupado por las pequeñas élites y grupos de influencia isleños. En esta carrera por ocupar aquel vacío, el partido liderado por Amílcar Cabral contaba con la más importante de las ventajas y era su coincidencia ideológica con el núcleo de militares revolucionarios que en aquellos momentos se encontraban al mando del proceso de transición política que estaba viviendo Portugal. Aparte de aquella coincidencia ideológica, es justo añadir que el impulso revolucionario del PAIGC sobre el terreno y sus importantes logros en la lucha armada en el interior de Guinea, también le habían proporcionado suficiente legitimidad como para erigirse en interlocutor del MFA portugués, así como de otros movimientos de liberación africanos y de otras partes del mundo.

El PAIGC, con la colaboración indispensable del MFA, consiguió alzarse como única visión disponible para el futuro político de Cabo Verde y el resto de perspectivas y visiones simplemente fueron eliminadas o condenadas al ostracismo[76]. De esta forma, la independencia de las islas en forma de república y su futura unión política con Guinea-

[75] Para consultar el cuestionario completo dirigirse al **Anexo 7**.

[76] De acuerdo con Alves (2016, p. 864), básicamente, en estos momentos existían tres proyectos políticos para el archipiélago, asociados a grosso modo con tres ideologías: El PAIGC, situado en el espectro ideológico del socialismo, defendía la construcción de un Estado binacional junto con la República de Guinea-Bisáu. El UPICV, también situado en el espectro de la izquierda política e ideológica, se oponía frontalmente al proyecto de unión política con Guinea-Bisáu. Por último, la UDCV con una ideología de centro, centro-derecha, defendía un Cabo Verde integrado en Portugal en la misma forma que los archipiélagos de Azores y Madeira

Bisáu, se convirtieron ahora en la única opción al alcance para la población caboverdiana. Quedaban absolutamente desamparadas, opciones como una unión federal con Portugal o la opción de una autonomía en la forma de Azores y Madeira defendida, entre otros, por algunos miembros del MFA, así como por el propio António de Spínola[77].

[77] Primer presidente de la República de Portugal tras la Revolución de los Claveles acaecida el 25 de abril de 1974. En el asunto específico de la descolonización de Cabo Verde, Spínola defendía el mantenimiento de las islas bajo la soberanía de Portugal y esperaba que el futuro político del archipiélago africano pudiera ser modelado siguiendo el ejemplo de Azores y Madeira (Sánchez Cervelló 1998, p. 98; Lobban 1995, p. 102)

5. APORTACIONES AL OBJETO DE ESTUDIO PRODUCTOS DEL TRABAJO COMPARATIVO

5.1 DINÁMICAS DE ESPECIAL INTERÉS EN LA RELACIÓN DE LOS ANFA CON EL NACIONALISMO

El análisis de los casos de estudio arroja una serie de dinámicas comunes a todos los archipiélagos que dejan entrever una caracterización propia y singular de la relación de este tipo de archipiélago con el fenómeno nacionalista. El reconocimiento y comprensión de estas dinámicas constituyen una base fundamental para la presente investigación sobre la cual poder trazar un retrato más completo y veraz de la problemática tratada y por ello, sobre la cual poder proponer a posteriori conclusiones más sólidas.

a. El nacionalismo en los ANFA como un fenómeno a rebufo del surgimiento de los nacionalismos continentales.

La primera dinámica apunta a la irrupción de la ideología nacionalista en todos los archipiélagos examinados con cierto retardo respecto a la previa penetración de aquella en la parte continental del Estado en el que se integraban. En cada uno de los casos examinados el nacionalismo junto con sus expresiones populares surge primero en los territorios continentales.

Es en el continente donde se encuentran los grandes centros de poder y de decisión estatales. Las grandes urbes continentales se presentan como los epicentros en la recepción, discusión y propagación de nuevas concepciones e ideas, ocupando un papel fundamental los centros de educación superior como universidades, así como los periódicos, revistas, publicaciones y editoriales de gran tirada.

En cambio, los archipiélagos examinados, durante el siglo XIX que es el período en que la idea nacional penetra en los territorios continentales, se encuentran sumidos en una

situación de abandono, con una mayoría de la población dedicada casi exclusivamente a una agricultura y pesca de subsistencia, con unas diferencias insalvables entre los grupos de poder locales y el resto de la población llana, en definitiva se trata de sociedades poco dinámicas donde además la recepción de nuevas ideas quedaba restringida a un pequeño sector de su población. Un ejemplo ilustrativo de ello sería el estado de la educación superior en estos archipiélagos. Prácticamente no existe en estos archipiélagos este tipo de educación y la que existe está limitada a sectores muy reducidos de la población isleña. Además, al localizarse estas instituciones normalmente en una sola isla se impedía un impacto de alcance archipelágico perjudicándose a los habitantes de las restantes ínsulas, en especial las más alejadas. Como consecuencia de ello, los feroeses que quieren continuar formándose en un nivel superior se ven obligados a asistir a las instituciones situadas en territorio continental como por ejemplo la Universidad de Copenhague o las *Folkehøjskole*. Los azorianos y canarios con mayores recursos se ven también obligados a desplazarse a la península ibérica al igual que los caboverdianos que, por lo general, irán a Lisboa para proseguir sus estudios de nivel superior.

El aislamiento y distanciamiento geográfico de estas islas queda patente a su vez durante el proceso de expansión y aceleración en la propagación del fenómeno nacionalista vivido en Europa a raíz del estallido de la Revolución Francesa y las subsiguientes ofensivas napoleónicas que le siguieron (Hearn 2006, p. 15). Desde los archipiélagos estudiados aquellos acontecimientos se viven desde una lejanía y las noticias de los desarrollos llegan con retraso y cuentagotas. Más evidente, ninguna tropa francesa ni ningún alto dirigente galo llegó a pisar suelo isleño durante los años del Imperio napoleónico (1804-1812) que supusieron que España fuera ocupada, Dinamarca se convirtiera en un Estado aliado de Francia y Portugal fuera invadida.

Igualmente, durante la investigación ha quedado constancia de la importancia capital que las entidades políticas contiguas juegan en el alumbramiento y moldeamiento de identidades nacionales. El fenómeno nacionalista desde que asume un alcance planetario y de inmediato se atisba la imposibilidad de una supuesta nación global, cosa que no era descartable según Greenfeld (1992, p. 7), muestra como uno de sus principales efectos una cuantiosa reproducción de identidades nacionales y una incesante interacción entre ellas, generalmente entre las que comparten fronteras físicas

e inevitablemente entre las que coexisten en un mismo territorio. Los «vecinos» al otro lado de las fronteras inspiran e influyen en el alumbramiento de las identidades nacionales como es el caso de Alemania con Dinamarca, Francia con España o la propia España con Portugal. Este es un hecho que subyace del estudio del nacionalismo de Greenfeld y de otros casos tratados en la presente investigación. Ello suponía el dejar huérfanos a los archipiélagos examinados de un factor de gran incidencia en el alumbramiento de muchas identidades nacionales. Como consecuencia de ello, la penetración de la idea nacional y del nacionalismo en los archipiélagos estudiados quedaba restringida, por lo general, a la vía representada por el Estado continental del que formaban parte.

b. La apariencia nacional de los ANFA.

En segundo lugar, los ANFA de cara al exterior presentan una fisonomía nacional debido a lo evidente de un elemento territorial propio, no discutido e inmutable en el tiempo junto con una caracterización como entidad histórica derivada del anterior hecho.

Esta marcada territorialidad en favor de estos archipiélagos no es un asunto baladí pues las disputas entre idearios e imaginarios fronterizos enfrentados, continúa siendo en la actualidad uno de los principales puntos de erosión que fractura la convivencia global, erigiéndose en fuente primordial de tensiones e inestabilidad tanto en el ámbito internacional como en el doméstico. La realidad física de aquellos archipiélagos les hace inmune frente aquel foco de tensiones, a la vez que de una forma implícita se les reconoce como poseedores de un elemento vital e imprescindible para toda aquella comunidad política que aspire a formar parte del *club* de las naciones y Estados, esto es, un territorio propio, reconocible e incuestionable.

Penrose al centrarse en la distinción entre los caracteres del territorio en las sociedades pre modernas y en las sociedades modernas dominadas por el Estado nación se cree añade argumentos a favor de esta idea (2002, p. 283). Según la autora, en la época pre moderna no todos los territorios se organizaban como Estados y los que sí lo hacían

normalmente comprendían territorios discontinuos o quedaban definidos de una forma imprecisa por fronteras fluidas. Frente a ello en la era moderna los Estados nación requerían de una delineación territorial precisa y duradera y en ellos el territorio adquiría una nueva importancia al establecer los límites del poder legítimo. De esta forma, al constituirse el territorio, en tanto que elemento preciso y duradero, en criterio indispensable para la existencia y desarrollo de los Estados modernos, significándose a su vez como un criterio extraordinariamente complicado de cumplir sin controversia, la evidente realidad territorial de los ANFA los alejaba de cualquier controversia a la par que ayudaba a proyectar frente a terceros una imagen estatal y por ende nacional de los mismos.

Desde una mirada geográfica, Penrose sostiene que no hay duda de que el nacionalismo es un fenómeno profundamente territorial (2002, p. 294).

Esta importancia del elemento territorial dentro de las sociedades modernas y en especial dentro del sustrato nacional ha sido señalada por otros académicos de gran influencia:

En este sentido, Anthony D. Smith apunta a la importancia del territorio en el proceso de formación de las naciones (1986, p. 144). Para el autor, históricamente la nación y el nacionalismo eran conceptos y formaciones occidentales. Los primeros pasos, las primeras trayectorias hacia la condición de nación fueron también occidentales. Es por ello, que se debe esperar una enorme influencia de aquel modelo occidental de nación en las posteriores formaciones y trayectorias. Entre aquellas características presentes en la realidad política y social de occidente que acabarán difundiéndose a otras partes del mundo, Smith enumera la territorialidad:

> This peculiarly "territorial" form of nation-formation and nationalism, because of its earlier appearance and inclusion in the first successful modern societies (England and France), seemed to provide a blueprint for the transformation of the geo-political and social map of the world in the image of the first "nations-states" (1986, p. 144)

En otra obra acerca del fenómeno nacionalista *Containing Nationalism,* Hechter (2000) enumeraba las características distintivas de las naciones. Se señalaban la territorialidad, una amplia población, y el tener un sentido de comunidad dotada de una historia colectiva. Estas tres características, salvo aquella relativa a la población, se presentan como rasgos propios e indisolubles de los archipiélagos que han sido examinados. En todo caso, Hechter parece dar mayor peso al elemento de la territorialidad, pues para el autor en última instancia se erigiría como la característica básica que permitiría diferenciar una nación de un grupo étnico (2000, p. 14).

La disposición geográfica, territorial y espacial de los ANFA lleva implícita la apropiación no controvertida en favor de estos de dos elementos íntimamente relacionados con la naturaleza de las naciones: un territorio propio fácilmente reconocible y un recorrido común de sus habitantes por la historia desarrollado sobre la base de una singularísima evolución geológica del espacio compartido.

Pero no sólo los elementos naturales presentes en los ANFA contribuyen a aquella apariencia nacional. Partiendo del concepto de *nacionalismo banal* propuesto por Billig (1995) se muestra una tendencia global del fenómeno nacionalista que ha contribuido también a crear una apariencia nacional de los archipiélagos estudiados. Para Billig aquel concepto se introduce para cubrir los hábitos ideológicos que permitían a las naciones asentadas de occidente reproducirse (1995, p. 6).

Dentro de un contexto nacional algunos ámbitos de lo mundano pasan a desempeñar una función homogeneizadora y de interiorización colectiva de los valores más abstractos de la identidad nacional a través de manifestaciones materiales fácilmente asimilables que muchas veces pasan inadvertidas. Aquellos ámbitos de lo mundano pasan a convertirse también en una de las expresiones más visibles de la identidad nacional, así como del particularismo y homogeneidad que aquella se afana en proyectar al exterior.

En línea con los autores que resaltan la importancia de lo cotidiano como un ámbito casi imperceptible, pero de gran eficacia para la reproducción y sostenimiento de toda identidad nacional (Tamir 2019; Billig 1995), para el caso de los ANFA algunos aspectos de la cotidianidad de sus habitantes, por su naturaleza exótica y exclusiva, eran

fácilmente perceptibles desde el exterior como productos previsiblemente derivados de una identidad nacional. Mirados desde fuera aquellos aspectos, algunos plenamente identificables desde tiempo atrás con su respectivo archipiélago, se presentaban con un semblante genuinamente nacional. Estando aquellos hábitos interiorizados en las sociedades insulares como parte del natural modo de vida isleño, su presencia en algunos casos podía preceder en siglos el advenimiento de la ideología nacionalista. El nacionalismo entonces conllevó un cambio de perspectiva por el cual la banalidad de la esfera doméstica pasó a convertirse en una expresión de baja intensidad de lo nacional pero cuya continua repetición en el tiempo convertía aquella expresión en un elemento imprescindible para toda identidad nacional que como tal aspiraba eternizarse.

> According to Eric Storm, the nationalization of the domestic sphere that began in the fin de siècle was prompted by the rise of a new cultural trend driven by a small national elite eager to spread the national message. It had a profound impact on a wide range of areas, like domestic architecture, decorative arts, gardening, and cooking. This process, Storm asserts, became more evident during the early decades of the twentieth century when national activists appropriated all kinds of local or social habits for their nationalist project (Tamir 2019, p. 75)

En relación a los archipiélagos a examen, antes que la posible labor de algún nacionalista fueron las especiales condiciones de estos archipiélagos, como lugares que propiciaban un intenso aislamiento y favorecían la conservación en un alto grado de pureza de todo lo allí contenido, los que transmitían al exterior una apariencia nacional de ciertos aspectos de sus esferas domésticas. Cuando el nacionalismo se afianzaba ya globalmente y con ello sus hábitos reproductores, los isleños disponían sin saberlo de aquellos elementos de lo cotidiano que en otras latitudes empezaban a utilizarse y, en algunos casos, a diseñarse intencionalmente como instrumentos de enorme efectividad que sobre la base de una idiosincrasia nacional ubicua propiciaban una cohesión y apego popular hacia la *polity*.

Se enumeran a continuación algunos ejemplos de estas manifestaciones restringidas a los límites archipelágicos que han formado parte de sus modos de vida populares desde

siglos atrás: en el mundo de la arquitectura el balcón típico canario o las pintorescas construcciones azorianas los *impérios do Espírito Santo* (pequeños templos devocionales a menudo pintados con colores muy vivos). La misma devoción al *Espíritu Santo* tan peculiar de las Azores podría concebirse como una expresión subcultural dentro del catolicismo que ha moldeado históricamente la vida cotidiana de los azorianos a la par que les ha dado visibilidad de cara al exterior en base a la conservación de una manifestación única de fervor popular.

En el caso de la cocina, algunos ejemplos serían la *cachupa* en Cabo Verde, el *gofio* en Canarias o en las Feroe el ancestral proceso de fermentación de la carne y el pescado para su posterior consumo denominado *ræst.* Esta técnica culinaria es llevada a cabo en un tipo particular de caseta, los *hjallur*, que se encuentran diseminadas por toda la geografía archipelágica contribuyendo a la particularidad del paisaje feroés.

En el mundo de la flora los canarios desde hace siglos han vivido rodeados de palmerales conformados por su palmera autóctona (*Phoenix canariensis*) o por pinares poblados por el característico pino canario. En el ámbito de la música popular los feroeses han mantenido hasta nuestros días la tradición de las baladas sin instrumentos como un género que se ha ido pasando de generación en generación desde el siglo XIII mientras que, por su parte, los azorianos desde siglos atrás amenizaban sus festividades con un instrumento único de las islas, la *viola da terra*. Por último, podría señalarse en el ámbito de las formas populares de vestir el caso del tejido *Pánu di Téra* con gran presencia en la historia de Cabo Verde.

c. La persistencia de manifestaciones nacionalistas propias.

Mientras el paradigma nacionalista siga siendo el dominante, hay muchas posibilidades de que continúen existiendo en aquellos archipiélagos catalogados como ANFA manifestaciones de índole nacionalista que conciban al archipiélago como única nación de los isleños, ya sea en forma de expresiones públicas espontáneas o través de organizaciones o colectivos estables que engloben desde amplios sectores de la sociedad hasta pequeños reductos de la misma.

La presente investigación ininterrumpidamente se ha ido topando con manifestaciones nacionalistas propias de cada uno de los archipiélagos, las cuales se extenderían en el tiempo desde los últimos años del siglo XIX hasta los momentos históricos tomados como acotación temporal de la tesis en los que se produciría de una forma oficial la designación política para cada uno de los archipiélagos.

Para este grupo de archipiélagos escogido, el situarse en el originario enclave geográfico y político de ebullición de la visión nacional representado por el Atlántico, reafirma aún más si cabe aquella aseveración dotándose los mismos de un sólido bagaje respecto al contacto con fenómenos íntimamente ligados al paradigma nacionalista que podrían retrotraerse hasta las primeras décadas del siglo XIX.

Como mínimo, la lejanía y aislamiento de aquellos archipiélagos juntamente con la dimensión histórica que aglutina a sus poblaciones en un hilo temporal continuo, parecen incrementar de una forma notoria las probabilidades de que se den perspectivas nacionalistas de alcance archipelágico en el seno de los mismos. Como entidad histórica sujeta durante largo tiempo a episodios de ocupación, explotación, imposición y abandono infringidos por los Estados en los que han estado integrados desde hacía siglos, una exposición objetiva y detallada de la historia insular parece que pudiera justificar holgadamente una concepción nacionalista del archipiélago, más aún cuando el paradigma nacionalista ha puesto el concepto humano de dignidad al alcance de todo individuo independientemente de su condición social, introduciendo con ello una dimensión popular, transversal y retroactiva de aquel concepto.

Del mismo modo, el gran distanciamiento[78] con respecto a los centros de poder y decisión inevitablemente levantará suspicacias acerca de la idoneidad de las medidas tomadas desde el ente continental y que se destinan a los archipiélagos. Podría cuestionarse si las medidas habrían sido ideadas con el último propósito de servir mejor los intereses del archipiélago, así como preguntarse si se han adoptado con los debidos

[78] A este respecto Royle afirma lo siguiente: "… If an island is an offshore part of a larger political unit it is inevitable that it will not be at centre stage when decisions are taken. Its needs for, say, infrastructural investment to help a small population will have to compete against expenditure needs of greater populations elsewhere…" (2001, p. 107)

niveles de conocimiento de la realidad insular y un mínimo de empatía hacía lo extraño y singular.

Las peculiaridades archipelágicas normalmente perceptibles por sus poblaciones como no entendidas y atendidas desde los centros de poder continentales alejados en mil kilómetros, un legado histórico de gobierno desde el continente cuanto menos controvertido e indiferente para con los intereses reales del archipiélago, todo ello junto con una visión peyorativa de las formas de gobierno a distancia concebidas desde hace tiempo como prácticas contrarias al desarrollo natural de los tiempos, implican la pervivencia en estos archipiélagos de individuos y colectivos que entienden que lo mejor para el progreso y beneficio de sus conciudadanos insulares sería el patrocinio de una perspectiva mediante la cual el archipiélago y sus gentes pasen a constituirse en objeto central de la lealtad colectiva así como base de la solidaridad política.

d. Los archipiélagos como uniones desnaturalizadas durante gran parte de la historia.

Este punto se refiere a la existencia de una gran paradoja en el trasfondo histórico de los ANFA, producto de una pertenencia dilatada en el tiempo de estos archipiélagos a entes continentales que en su momento fueron protagonistas de rivalidades imperiales en el marco atlántico.

En el contexto de aquella competencia imperial los ANFA atlánticos jugarían un papel fundamental como importantes posesiones geoestratégicas al servicio del ente imperial. Se constituían en importantes activos con capacidad de desnivelar en cierta medida los equilibrios de poder en favor de los imperios que los controlaban. Este era el principal recurso de gran valor que aquellos archipiélagos podían ofrecer. Su casi único interés como puntos geoestratégicos[79] hacía que aquellos archipiélagos constituidos por varias

[79] Tal y como manifiesta Russell-Wood en relación al contexto de decadencia económica y fuerte emigración que padecería Cabo Verde a finales del siglo XVII: "…Its saving grace was the archipelago's location on multiple long- and short – distance oceanic routes involving networks of trade between the Iberian Peninsula, the African Mainland, Brazil, and ports in the Caribbean and on the west coast of India, and as a launching point for commercial ventures and expeditions into the African interior…" (2009, p. 85)

islas fueran concebidos por los entes imperiales que los poseían como unidades indisolubles. Así, un posible desgaje insular del ente archipelágico en favor de una potencia rival haría que aquella posesión perdiera su esencia, pues básicamente se desvanecía el poder que confería el explotar en exclusiva las ventajas de aquel enclave geográfico de enorme interés estratégico.

Aquella intensa rivalidad imperial de la que fue testigo durante siglos el océano Atlántico nunca produjo una desmembración o desglose interno en los ANFA a estudio, ni tan siquiera de forma temporal. Nunca se dio la práctica del repartimiento de islas de un mismo archipiélago entre distintas potencias imperiales. Las islas Malvinas, que entrarían dentro del tipo ANFA y se ubican también en el Atlántico, son una prueba ilustrativa de aquella tendencia constante en el tiempo hacia los ANFA. Siendo aquel un archipiélago que a lo largo de la historia su soberanía ha sido reclamada hasta por cuatro Estados continentales (algunos de ellos imperios atlánticos como España e Inglaterra), en las sucesivas transmisiones de soberanía que experimentó tras las respectivas ocupaciones y retiradas de las potencias, siempre se consideró de una forma implícita el traspaso del ente archipelágico en su conjunto. Igualmente, en las diversas negociaciones entabladas a razón de las disputas por su soberanía, una posible solución que contemplara el reparto de islas entre las partes en conflicto nunca fue una opción.

La enorme empresa que supondría la conquista por las armas de todo el conjunto archipelágico, los amplios recursos y logística que se precisarían para la colonización y administración de aquel (muy difícilmente compensables a posteriori debido a la general escasez de recursos de las islas), todo ello, junto con el escenario improbable de dos o más potencias imperiales conviviendo en un mismo archipiélago aislado en el océano, caracterizado además por la fragilidad, limitación y reducido tamaño de sus territorios, son factores que de una manera tácita hacían que sus singulares características naturales condenaran a estos archipiélagos a una relación casi de por vida con un mismo ente imperial.

En el marco del océano Atlántico se debe destacar el papel fundamental jugado históricamente por Inglaterra en la conformación y consolidación de la realidad apenas mencionada. Esta realidad en última instancia comportaba un respeto implícito a las fronteras naturales impuestas por el océano que rodeaban el espacio ocupado por los

distintos ANFA. Ello en gran parte es el fruto de una tácita maniobra de los ingleses, constante durante un prolongado periodo de tiempo, por la cual se pretendía tener el dominio de los archipiélagos atlánticos lejos del alcance de sus grandes potencias rivales, en los primeros siglos España, Francia y Holanda a los que más adelante se sumarían Alemania o los Estados Unidos.

Inglaterra, más tarde Gran Bretaña, de una forma sistemática se ha esforzado por que los archipiélagos atlánticos con gran valor geoestratégico permanecieran bajo el dominio de potencias aliadas o de potencias con un menor peso político y militar que no significaran una competencia real para los ingleses como era el caso de España desde el siglo XIX.

La estrategia se complementaba con una actitud de Inglaterra en relación los archipiélagos atlánticos que evidenciaba una perspectiva por la cual se consideraba más provechoso acometer una colonización en términos económicos y mercantiles sobre una o varias islas del archipiélago que intentar un sometimiento militar de todo el ente archipelágico. Lo más pragmático era beneficiarse en parte de la situación estratégica de alguna de las islas que formaban parte de los archipiélagos las cuales quedaban así integradas dentro de la órbita de influencia británica por intereses económicos, mercantiles o navieros o simplemente impedir por cualquier medio que las potencias rivales ejercieran algún tipo de influencia y control sobre los ANFA. Tal y como sostiene Soares (2011, p. 133) en cuanto a la percepción inglesa de Cabo Verde durante las últimas décadas del siglo XVI, "…But conquering Cape Verde was more of a burden than anything else..."

La historia insular atlántica está llena de ejemplos que muestran el mantenimiento constante de aquel patrón por los ingleses.

Las Azores durante la segunda mitad del siglo XIX vieron reforzada su posición en el marco de la vieja alianza entre Inglaterra y Portugal. A finales del siglo XIX los ingleses se mostraron recelosos ante el auge y crecimiento de otras potencias (Francia, Alemania, USA y Japón) que podían poner en entredicho la superioridad naval de los ingleses, así como amenazar la supremacía de estos en las rutas marítimas del *Imperio Británico* (Costa 2008, p. 264). Dentro de este contexto, según Costa las Azores pasaron

a tener entonces un «rol negativo», esto es, los ingleses no tenían la intención de utilizar las Azores como una base de una forma inmediata pero tampoco estaban dispuestos a que fueran utilizadas por otros países (2008, p. 265). Para la autora, a finales del siglo XIX Inglaterra era quien determinaba los asuntos geoestratégicos relacionados con las Azores, como es el caso de la red de cables subacuáticos que construyeron los ingleses con Horta como uno de los puntos de conexión más importantes.

En el caso de Canarias, los ingleses a partir del último cuarto del siglo XIX hicieron de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria una base de operaciones para el desarrollo de una importante actividad mercantil y naviera aparte de convertirse en sede de una vibrante comunidad británica y germen de la futura industria turística de la isla. Aprovechándose del desarrollo y crecimiento del puerto de la ciudad, los británicos dominaron el comercio y gran parte de la economía de la isla dejando también su huella e influencia dentro de aquellos sectores en la isla vecina de Tenerife, destacando aquí el enclave del Puerto de la Cruz.

Otro caso semejante sería el de la ciudad de Mindelo en la isla caboverdiana de San Vicente que a finales del siglo XIX se vio fuertemente influenciada por los ingleses tras convertirse en un importante puerto de escala de los barcos de vapor británicos que hacían la ruta transoceánica además de una estratégica estación de carbón. Pero a lo largo de la historia se suceden muestras que confirman la clara voluntad de los ingleses de que Cabo Verde continuara siendo una posesión portuguesa (Soares, 2011). Tal y como establece la siguiente afirmación referida a la mitad del siglo XVII:

> One of the primary aspects that should be mentioned concerning the British presence on the Cabo Verde archipelago is their naval domination. In order to rule land, they took control of the sea. Several times, the British used war vessels to prevent attacks on the Cape Verde islands by their major competitors, especially the Dutch (Soares 2011, p. 134)

Para el caso de las Feroe, la muestra más evidente es la ocupación británica de las islas entre 1940 y 1945 como reacción a la rendición de la Dinamarca continental frente a la

ofensiva de los alemanes en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. La ocupación constituía un esfuerzo por anticiparse a una posible invasión alemana de las Feroe.

Pero mucho antes de este hecho, en el histórico *Tratado de Kiel* firmado en 1814 y que supuso la separación de Noruega de Dinamarca tras la derrota de esta última en las *guerras napoleónicas*, se puede observar como las maniobras inglesas en pro de sus intereses acabarían afectando al destino político de las Feroe. El tratado fijó que las islas Feroe no pasaran a formar parte de la nueva entidad política que surgiría a raíz de la cesión de Noruega a Suecia, sino que quedaran integradas dentro de la mancillada Dinamarca. A este respecto Sølvará (2003) citado en Jákupsstovu (2012, p. 416) sostiene que este resultado es el producto de la fuerte influencia que tuvieron los participantes británicos en las negociaciones del tratado y es que Gran Bretaña prefería una debilitada Dinamarca ejerciendo la autoridad en el Atlántico norte antes que una poderosa Suecia. De la misma opinión se muestra Gad (1979) citado en Wylie (1987, p. 89) que piensa que las preocupaciones británicas por su flanco norte acabaron por inclinar la balanza en favor de que una frágil Dinamarca poseyera el archipiélago feroés.

Frente a ello, se debe remarcar que la cohesión y solidaridad interna entre los diversos territorios insulares es un elemento extraño en la historia de pertenencia de estos archipiélagos a los entes continentales. Tradicionalmente en ninguno de ellos se ha fraguado una cultura conducente a una colaboración y cohesión interinsular enraizada. Desde su temprana incorporación a las *polities* europeas, la administración y gobierno de estos archipiélagos se llevó a cabo desde el continente teniendo como premisa básica la obtención del mayor beneficio posible en la explotación de cada una de las islas concebidas éstas como activos independientes unos de otros. Del mismo modo, los centros de poder continuamente procuraban a través de medidas y leyes, muchas de ellas *ad hoc*, que en las diferentes islas se diera el escenario propicio para que pudieran conseguirse los mayores réditos con la menor inversión posible, constituyéndose las poblaciones isleñas como una variable más en la búsqueda de la realización de aquel fin. A este respecto tal y como afirma Royle (2001, p. 227) "…. islanders are often themselves of little regard in the playing out of political games involving external powers…"

Amaral apunta a esta dinámica histórica cuando refiriéndose a las diversas islas que pertenecen a los Estados que son miembros de la Unión Europea, entre ellas Azores, Canarias y Feroe, afirma:

> Traditionally, the value of islands was measured, not by what they were or by their peoples, but by the services they were able to render to their respective metropolises. That is why theirs was a necessarily artificial development, for it was directed towards others, instead of self-oriented. Governed from afar, they were perceived in utilitarian fashion (2014, p. 37)

Las formas originarias de administrar los archipiélagos también se erigen en un importante trasfondo histórico que ha jugado a favor de obstaculizar la solidaridad y comunión entre islas del mismo cuerpo archipelágico. Dentro de un mismo archipiélago, la forma de administración y gobierno variaba en función de la isla que fuera, así en Canarias desde su colonización surgió una distinción entre las islas de *Realengo*, que pertenecían a la Corona y las de *Señorío* que eran de titularidad de un Señor. En el caso de Cabo Verde contrasta la instauración del régimen de los *Morgadios* en las islas de Santiago y Fogo en contraposición con el resto de islas, que fueron retenidas por la Corona teniendo los miembros de ésta la prerrogativa de transferir las islas entre los diversos miembros de la nobleza (Brooks 2010, p. 33). Igual de contraproducente para la instauración de una cultura de hermandad y complicidad entre las diversas islas que conformaban los archipiélagos a examen, tradicionalmente los poderes centrales han mostrado un mayor interés en algunas islas frente a otras, como es el caso de Terceira en el archipiélago de Azores (Costa 2008, p. 235), Gran Canaria y Tenerife frente al resto de islas canarias o el caso de la isla central de Streymoy dentro del contexto de las Feroe.

La consecución de una cohesión archipelágica ya fuera en términos políticos, sociales o de desarrollo no representaba una política a seguir ni una aspiración a materializar en ninguno de los casos estudiados para ninguno de los periodos tratados de la historia convivencial entre los archipiélagos y los entes continentales europeos. Lo cierto es que ni tan sólo se contemplaba aquella posibilidad. Mas bien las políticas y medidas puntuales en aquel sentido, iban encaminadas a tratar de reforzar los lazos de

solidaridad y lealtad de los súbditos isleños para con las instituciones de la *polity* continental, especialmente cuando aquellos lazos eran percibidos en riesgo.

Tal tendencia queda perfectamente ilustrada a través de las visitas realizadas por los monarcas continentales a varios de los archipiélagos a examen, no por casualidad, pocos años después de sufrir el otrora poder imperial una fuerte conmoción en su honor, quedando inmersa su conciencia nacional en una especie de crisis existencial. De ello dan fe la visita del rey de Portugal, Carlos I, a las Azores en 1901, una década después de la grave sacudida experimentada por el nacionalismo portugués con motivo del *ultimátum de 1890*; la visita a las islas Canarias en 1906 por el soberano de España, Alfonso XII, pocos años después del mazazo para la conciencia nacional española que produjo el *desastre del 98*; y la visita de Christian IX, rey de Dinamarca, a las Feroe en el año 1874, una década después de la humillación y subsiguientes convulsiones nacionales que trajo la derrota de 1864 al reino danés. En todos los casos se trató de la primera visita oficial en la historia de un monarca a sus dominios archipelágicos en el Atlántico.

Se trata pues de medidas para reforzar la cohesión del archipiélago con el resto del Estado, pero no para cohesionar a los habitantes de las diferentes islas. Disposiciones concebidas para mitigar el posible debilitamiento de la unión entre territorios distantes y el núcleo soberano continental, haciéndose visible, al menos por unos días, que aquellos territorios no ocupan una posición secundaria dentro de las preocupaciones de los mandatarios en el continente, sino que están muy presentes en los pensamientos de los más altos representantes del Estado.

A lo largo de la historia estos archipiélagos no han sido *educados* por los entes continentales hacia el fomento de una cultura de la comunión y cohesión interna entre las diversas islas que integraban cada uno de aquellos. Durante gran parte de la historia las políticas tramadas en el continente han conllevado una instrumentalización de los archipiélagos en beneficio del poder central independientemente que aquella práctica conllevara muchas veces una desconfianza y desunión entre islas del mismo cuerpo archipelágico. A este respecto, en ocasiones los propios poderes estatales han

maniobrado para provocar divisiones y rivalidades dentro de los archipiélagos porque se entendían beneficiosas para sus intereses[80].

La gran paradoja planteada situaba a los archipiélagos tratados desde una perspectiva histórica con la apariencia de uniones desnaturalizadas en función de una sistemática desatención hacia políticas u otras medidas dirigidas a promover cierta articulación interna.

El propio estudio en las escuelas isleñas de la historia común del archipiélago era algo impensable. Durante mucho tiempo la educación en estos archipiélagos estuvo reservada a unas minorías privilegiadas, constituyendo esta absoluta falta de atención a la historia archipelágica casi el menor de los males. La progresiva implantación de una educación de masas que integraba cada vez más sectores de la sociedad isleña y su posterior consolidación durante la primera mitad del siglo XX, por lo general, no revirtió aquella tendencia histórica, entre otras cosas, porque coincidió en la mayoría de archipiélagos examinados con periodos de gobierno autoritarito donde la identidad nacional continental y su obsesión homogeneizadora se dejaban notar con gran intensidad. Como consecuencia de ello la materia de historia presente en las escuelas se centraba en la exaltación de un pasado imperial glorioso. En el caso de Cabo Verde, por ejemplo, el legado del comercio de esclavos fue omitido en los colegios isleños durante la época del *Estado Novo*:

> The elementary school system and the two high schools taught that the empire and the nation were inseparable…. Similarly, the history about the archipelago, its ties to the slave trade and to the rest of Africa were no taught. As a result, for many Cape Verdeans who

[80] Amaral se refiere a las interferencias del gobierno central portugués en asuntos internos azorianos más con un afán de encizañar que de ayudar: "…the Azorean districts were abolished and the archipelago merged as a single Autonomous Region. Up to that time, the islands had lived pretty much back to back, often being played by the central government one against the other..." (Amaral 2011, p. 216)

En relación a Canarias, se transcriben unas declaraciones al *Eco de Canarias*, recogidas en su edición del 23 de septiembre de 1979, en las que el concejal Edmundo Rodríguez, en el contexto de una reunión de hermanamiento entre concejales de UCD de las corporaciones de Santa Cruz y Las Palmas, se expresaba al diario en los siguientes términos: "…El centralismo de Madrid- añadió- se ha valido de esa ruptura entre las dos provincias (canarias), fomentándola porque le era beneficiosa para muchos asuntos…"

> could not afford to travel within the archipelago, knowledge about the living conditions in others islands was often diffused or based on oral traditions and at times on stereotypes (Rodrigues 2002, p. 65)

Aunque la posición de las Feroe tradicionalmente dentro del ámbito de la educación y alcance popular de esta es sustancialmente diferente a la del resto de archipiélagos analizados, puede deducirse que el archipiélago nórdico fue objeto también de una omisión sistemática en lo que concierne al conocimiento y transmisión de su propia historia en las escuelas de las islas. Así, en la *Reunión de Navidad* celebrada en 1888, concebida esta como hito fundacional del nacionalismo feroés, de entre las seis grandes resoluciones acordadas por sus participantes de forma unánime, una hacía alusión a que la historia propia de las Feroe debía recibir un especial énfasis en las clases de historia (Wylie 1987, p. 144).

Finalmente debe reseñarse que sólo en el caso de las islas Feroe esta apariencia de unión desarticulada parece superarse debido en parte a que entre las poblaciones que ya habitaban las islas antes de que la administración y gobierno del archipiélago pasara a manos de poderes continentales, existía una cierta organización política común. Daba buena prueba de ello la ancestral institución del *Løgting* que regía para todos los habitantes del archipiélago desempeñando las funciones de parlamento o corte suprema, según algunos autores desde finales del siglo X (Wylie 1987, p.9). En el fondo de esta cuestión se presenta como algo crucial las originarias motivaciones de los primeros pobladores de las Feroe que llegaron a las costas del archipiélago empujados por un anhelo compartido fruto de padecer en sus respectivos lugares de origen idénticos agravios. Los primeros pobladores traían consigo una conciencia grupal que se materializaba en un deseo común de libertad frente a la supremacía y tiranía del rey noruego *Harald I* y así, de acuerdo con Stummann Hansen, pronto los ocupantes de aquellas islas comenzarían a considerarse a sí mismos como feroeses (2003, p. 63).

El otro caso de estudio en donde las islas se encontraban habitadas antes de su incorporación a un ente continental europeo son el archipiélago canario. No obstante, para el supuesto de las Canarias no existe ningún rastro de algún tipo de organización o unión política previa entre los habitantes y territorios del archipiélago ni tan sólo entre

dos islas. En ningún caso tampoco se puede hablar de una conciencia grupal entre los habitantes de todas las islas, quizás debido a que la originaria ocupación de las islas no fue el fruto de un impulso o voluntad grupal comandado por aquellos primeros ocupantes. Este hecho explica en parte como la paradoja y los efectos derivados de ésta sí que persistieron en el tiempo en el caso canario.

e. Ventana de oportunidades.

De acuerdo con el análisis efectuado de los cuatro casos de estudio, se puede afirmar que resulta muy complicado que pueda desarrollarse en el seno de aquellos archipiélagos una conciencia nacional propia de alcance popular a través del esquema teórico propuesto por Greenfeld. La autora, al igual que otros influyentes autores como Hroch o Hechter, concede una posición central a las élites y sectores de la sociedad con capacidad de influencia, en tanto que adoptan el imprescindible rol de motor impulsor y propagador[81] (*driving force*) de la idea nacional al resto de la sociedad (Greenfeld *The Awakening of Muslim Democracy*, 2015; Demulling 2015, p. 19 y 20; Hechter 2000; Hroch 1993). Sin embargo, dentro de estos archipiélagos es muy difícil encontrar grupos cohesionados de los que pueda derivarse una visión política compartida que englobara la realidad archipelágica. Se ha observado que es frecuente la atomización de intereses, lealtades e identidades entre los grupos de influencia y élites de un mismo archipiélago.

[81] Greenfeld afirma (*The Awakening of Muslim Democracy*, 2015): "…Everywhere nationalism first reach small elite groups who are later able to influence the rest of the native populations with variable degrees of success…" (38:20). De esta forma según su esquema teórico la chispa que produce la visión nacional siempre descansa en un grupo influyente, normalmente una élite, que recurre a aquella ideología en aras de superar un malestar grupal a la hora de relacionarse con el concepto de dignidad. Así alude a la aristocracia inglesa del siglo XVI, la nobleza francesa del siglo XVIII, los intelectuales alemanes del siglo XIX, e incluso fuera de los trabajos de Greenfeld, por ejemplo, para el caso de Dinamarca el mundo académico reconoce de forma unánime el papel imprescindible del campesinado danés. Se trataba de grupos cuya representación y alcance territorial se correspondía simétricamente con lo que a posteriori pasaría a ser el propio territorio comprendido por la futura nación.

Siguiendo este razonamiento Greenfeld, en un artículo escrito conjuntamente con Jonathan Eastwood, establece la siguiente afirmación: "…. Much of the globe became national only in the twentieth, and…. the hypothesis that its true importation into each society rested upon a given stratum's experience of status inconsistency is a live one likely to yield fruitful further research…." (Greenfeld y Eastwood 2007, p. 267)

Varios son los factores que explican esta realidad recurrente. En un plano histórico-institucional gran parte de la explicación obedece a lo anteriormente comentado en el punto **5.1.d**. Así, el tradicional descuido en el hecho de trabajar una cultura tendente a la cohesión y comunión entre islas reforzaba una percepción del archipiélago entendido como una suma de intereses independientes resultante en parte de un distanciamiento, no sólo físico, sino también empático y emocional, entre las islas y sus grupos de influencia.

Pero incluso en el hipotético caso de que sí que se hubiese trabajado en una cultura de la cohesión interinsular, no debiera minusvalorarse nunca la posición sustantiva que juega la isla propia para sus habitantes dentro de la ecuación archipelágica. El componente isla se constituye en una pieza trascendental dentro del rompecabezas, al menos geográfico-territorial e histórico, representado por el archipiélago de turno. Gran parte de la problemática del asunto tratado en la tesis se debe a que cada isla del archipiélago, tomada individualmente, representa por sí misma una variable dependiente integrada dentro de un elemento mayor del que se percibe una natural aspiración hacia la comunidad. Estos archipiélagos designados ANFA, podrían describirse pues como una agrupación de variables dependientes que en base a ello muestra una potencial heterogeneidad dentro de una entidad histórica y territorial acotada. Cada isla dentro de un archipiélago puede interpretarse como un mundo y debido a una singular interacción con factores históricos, demográficos, étnicos o culturales (variables independientes) podría llegar a presentarse como una realidad diferente y extraña a la de otras islas del archipiélago.

De la misma forma que Royle (2001, p. 107) afirmaba para una isla que se integraba en una unidad política más grande que su lejanía de los centros de poder evitaba que tuviera un papel protagonista cuando las decisiones fueran adoptadas, un fenómeno muy similar tendría lugar también en el seno de los ANFA. En estos archipiélagos el papel de isla *desempoderada* a que se refiere Royle podría ser cubierto por aquellas islas del archipiélago más alejadas de las islas que concentran mayores cuotas de poder y capacidad de decisión o por aquellas que se encuentran menos habitadas. De ello se desprende que las poblaciones de estas islas pudieran alumbrar sentimientos de recelo o desapego frente a las islas más poderosas del archipiélago. Algunos casos que podrían

ilustrar esta dinámica interna serían El Hierro en las islas Canarias, Corvo en las Azores o en las Feroe el caso de la isla de Suðuroy.

Dado este entramado que presentan los archipiélagos a examen, es normal la existencia de cierto grado de variabilidad en relación con los intereses, lealtades, tendencias y concepciones expresadas por las diferentes élites y grupos influyentes presentes en el archipiélago, pues es de esperar que algunos de éstos estén anclados primero a su realidad particular isleña por encima de la archipelágica.

Tal y como se ha visto en la presente investigación, no es extraño que afloren dentro de un mismo archipiélago intereses contrapuestos o que compitan entre sí como consecuencia en gran medida de la presencia y peso relevante del factor isla y ello con independencia de que exista en el archipiélago un alto grado de homogeneidad en términos históricos, étnicos y culturales.

Igualmente, en estos archipiélagos la diáspora o contingentes emigrados a otros territorios del Estado o destinaciones internacionales, a menudo se convierten a través de sus asociaciones y representantes en una voz de gran peso, independiente de las que emanan del archipiélago y con unas inquietudes e intereses propios.

La tendencia aquí comentada se presentaría de una forma especialmente descarnada ante la posibilidad del alumbramiento de una nación en el seno de alguno de los archipiélagos a examen. La propia apertura de un escenario hacia la conversión nacional del ANFA trae consigo normalmente una escisión entre las élites y grupos de influencia isleños. Es decir, si se consiguieran lidiar los obstáculos previamente comentados y un sector de relevancia o influyente del archipiélago llegara a la determinación que la adopción de una concepción nacional que englobara al archipiélago sería la mejor respuesta a sus inquietudes, todavía se deberá salvar un último e importante escollo que probablemente se materializaría en unas élites y grupos influyentes del mismo archipiélago radicalmente opuestas a aquella determinación.

La sombra alargada del *principio de nacionalidad,* tal y como lo concibió Mancini, por sí mismo se erigiría en un elemento de fuerte carga disuasoria que inevitablemente conllevaría un drástico rechazo de la idea nacional entre determinados sectores de las

élites y grupos de influencia del archipiélago. La amenaza de la adopción de una forma estatal para el archipiélago, concebida esta forma como destino final en la evolución natural de las naciones, estaría muy presente como mínimo entre aquellos sectores isleños de los poderosos e influyentes que hubieran entretejido unas relaciones más densas o de dependencia con el Estado continental, así como entre aquellos que considerarían que factores como la fragmentación, dependencia, pequeñez o aislamiento del archipiélago[82] exigían que éste, dentro de un contexto global que le era hostil[83], siempre estuviera bajo el cobijo de un Estado continental. Esta última visión en gran parte fue generalizada al encontrarse históricamente anclados estos archipiélagos dentro de las estructuras occidentales de poder que durante largo tiempo priorizaron tamaño, poderío, así como poder militar y tecnológico (Deloughrey 2001, p. 38).

Con la consecución de una conciencia nacional popular, automáticamente surge la percepción de que aquel ente nacional se sitúa ahora en el umbral que da paso a la transformación en un Estado soberano. Para el caso de los archipiélagos a examen aquella percepción se hace más evidente debido a la *apariencia nacional* tratada en el apartado **5.1.b** y del carácter no controvertido en aquellos archipiélagos de uno de los elementos cruciales de los Estados modernos como sería el territorio y su delimitación física.

Ante la generalizada idea de una *desembocadura estatal* para toda nación, sectores de las élites y grupos de poder isleños ven como un riesgo incontrolable el alumbramiento de una realidad nacional que se correspondiera con el archipiélago, pues ello significaría el pasar a estar muy cerca de la forma de Estado, quedando el archipiélago a su entender, a un paso de la soledad y desamparo más absolutos; bajo un hipotético contexto nacional consolidado temen que forzar aquella desembocadura estatal podría ser una tentación para los elementos más radicalizados de la sociedad, para élites

[82] La siguiente afirmación de Rego referida a la realidad caboverdiana ante una supuesta conversión estatal podría ser perfectamente extrapolable, con algunos matices, al resto de archipiélagos tratados en la tesis: "...the massive emigration of islanders and the marked economic dependence of Cape Verde on many other peoples and nations make the imagining of a sovereign community of loyal citizens especially challenging..." (Rego 2015, p. 18)

[83] En consonancia con esta histórica percepción Royle declara: "…the more usual insular position regarding politics, especially for small islands, is one of powerlessness, dependency and insignificance. The problem of scale, isolation, periphery, etc., normally handicap small islands in the political arena as they do in every aspect of human life..." (2001, p. 223)

competidoras dentro del archipelágico que buscaran un cambio en el equilibrio de poderes interno o incluso para potencias extranjeras que persiguiesen agitar el equilibrio internacional en su beneficio.

Todo esto se ve reflejado históricamente en el contexto de graves crisis de legitimidad en las que se cuestionaba tanto la pertenencia como la idoneidad de la relación entre los estados continentales y los archipiélagos a examen, en donde sectores influyentes de la sociedad isleña buscaban como principal solución una unión estratégica y estable con un Estado continental antes de la opción de una independencia política en «soledad»:

- En Canarias tras la ocupación napoleónica, ante el vacío de poder y subsiguiente incertidumbre de los acontecimientos, miembros de las élites tinerfeñas que controlaban la *Junta Suprema de Canarias* analizaron varios escenarios para el futuro del archipiélago, entre ellos la integración en Estados Unidos o Brasil o la opción de la independencia bajo un protectorado británico.

- El proceso de independencia de Cabo Verde conllevaría, de acuerdo con los máximos dirigentes que pilotaron la sociedad caboverdiana en aquellos decisivos días, una unión política con el ente continental de Guinea-Bisáu en parte, al entenderse que los dos territorios se complementaban y por tanto saldrían ganando de aquella unión. Ello se desprende del cuestionario[84] rellenado para la presente tesis por el que fuera primer ministro del primer gobierno de Cabo Verde, Pedro Pires.

- En las islas Azores durante el segundo movimiento autonomista, ante el pronunciado desgaste del primer régimen republicano portugués, comienzan a surgir voces dentro del movimiento que abiertamente preconizaban el fin de la relación de soberanía con Portugal y la búsqueda de nuevas fórmulas de encaje político bajo el amparo político de los Estados Unidos

- Desde principios del siglo XX, el nacionalismo feroés quedó dividido entre aquellos que preconizaban mayores cuotas de soberanía, contemplando incluso

[84] Para consultar el cuestionario completo dirigirse al **Anexo 7**.

> la independencia, y aquellos que no concebían a las islas fuera del dominio de Dinamarca. El Partido Unionista de las Feroe, que prácticamente se erigió como partido mayoritario de las islas durante las tres primeras décadas del siglo XX, defendía que un mayor progreso económico de las islas dependía del mantenimiento de una estrecha asociación con Dinamarca (Wylie 1987, p. 158)
>
> Por otra parte, el historiador Sølvará se refiere a un episodio concreto de la historia acaecido en 1923 en el marco de unas relaciones substancialmente deterioradas entre Dinamarca y los autonomistas feroeses (2016, p. 98). En aquel contexto Jóannes Patursson, el histórico líder de la causa autonomista en las islas, expresó su opinión en contra de lo que él consideraba una política de mano dura de Dinamarca para con las islas, llegando a mencionar la posibilidad de una reunificación de las islas con Noruega.

A las anteriores complicaciones referidas a la dificultad de encontrar en los ANFA élites o grupos de influencia con un alto grado de cohesión y a una disuasoria perspectiva de la forma nacional como antesala que irremediablemente conduciría a un diminuto Estado soberano aislado en la inmensidad oceánica, se debe añadir otro importante condicionante que regía por igual en todos los ANFA examinados. Se trataba de la condición necesaria de que en un hipotético proceso de construcción nacional que comprendiera el ámbito archipelágico, la transversalidad del proceso integrara a las élites y grupos de poder locales que históricamente habían desempeñado un papel predominante dentro de las esferas de poder del archipiélago, en especial la económica y política. Esto es, la implantación con éxito de una identidad nacional de alcance popular en uno de estos archipiélagos estaba supeditada a que aquellos estratos (o al menos una parte significativa) refrendaran la nueva realidad nacional.

Son varios siglos ininterrumpidos en que estas élites locales habían tenido la hegemonía y control dentro del archipiélago, constituido este último como un lugar limitado, hermético y con alteraciones estructurales muy lentas en el tiempo. En el decurso de este prolongado periodo se fue desplegando una estructura que acabaría englobando todos los ámbitos de la sociedad isleña y que sería conformada por medio de un sistema penetrante de alianzas y redes que en gran parte se había consolidado y configurado «a

fuego lento» en torno a aquellos grupos de poder locales. Esta estructura presentaba también como andamiajes claves la interrelación continua entre los estratos sociales del archipiélago y la evolución de ésta junto con una vertiente más exógena que aludía a una tácita complicidad y, en cierta medida, lealtad de aquellos grupos de poder autóctonos con el Estado continental del que formaban parte.

Para que una conciencia nacional popular se implantara con éxito en estos archipiélagos era imprescindible que al menos una parte significativa de aquel espectro social abrazara y refrendara la nueva identidad nacional circunscrita exclusivamente al archipiélago. Había, por tanto, pocas posibilidades de que en estos archipiélagos arraigara una conciencia nacional propia de alcance popular si el Estado continental en el que se integraban negaba o se oponía a la consolidación de una identidad nacional archipelágica o si el núcleo originario del movimiento nacionalista isleño tenía como principales valores o intereses unos que colisionaban con los que tradicionalmente habían defendido los históricos grupos de poder locales de las esferas política y económica.

Estas dificultades concuerdan con el hecho de que, para todos los casos de estudio tratados, el surgimiento de las primeras expresiones nacionalistas o de las que tendrán un mayor recorrido a posteriori, suceden fuera de los archipiélagos. Estas expresiones nacen en comunidades isleñas desplazadas en territorios continentales en donde los obstáculos antes descritos se minimizaban hasta casi desaparecer. De esta forma, aparecen en el seno de las colonias isleñas manifestaciones de un nacionalismo estrictamente archipelágico: en la ciudad de Copenhague entre los jóvenes estudiantes feroeses, en Cuba y Venezuela entre las colonias de canarios emigrados y en Guinea-Bisáu entre un grupo de caboverdianos de alta formación que desarrollaban sus carreras profesionales fuera de las islas. En el caso de las Azores cabría mencionar la creación del FLA en Londres, así como el intenso activismo y respaldo entre algunos sectores de las comunidades de emigrados azorianos en Norteamérica en favor del separatismo isleño durante la década de los 70 del siglo XX. Al estar inmersos en contextos continentales, variables como la pluralidad de islas e intereses, la intensa dispersión geográfica de la población, la necesidad de contar con el beneplácito de las tradicionales élites locales o la cruda realidad archipelágica en cuanto a la fragilidad, pequeñez y aislamiento de su territorio, se distorsionaban o simplemente dejaban de existir.

La forma más común en la que los archipiélagos a examen han accedido al estadio nacional con el consiguiente enraizamiento de una conciencia nacional entre la mayoría de los habitantes, sería a través de *ventanas de oportunidades*[85] surgidas dentro de un específico contexto regional. Estas ventanas representan una oportunidad única para aquellos sectores que conciben al archipiélago en términos nacionales, incluso cuando estos constituyen una minoría dentro de la población de las islas. Estas ventanas de oportunidades, en función de la interrelación de diferentes variables, podrían catapultar aquellas visiones nacionalistas hacia una dimensión popular.

Un requisito imprescindible para que opere esta vía de asunción de la condición de nación, es que la mayor parte de la población de aquel archipiélago se identifique y reconozca con el contexto regional que entra en juego. Esto no siempre está garantizado para los ANFA, pues muchas veces al ser la colonización de estos archipiélagos el fruto de una extraordinaria expansión imperialista, sus habitantes se encuentran con que tienen una mayor afinidad e identificación con regiones del planeta situadas a miles de kilómetros que con la región en la que se encuentran encuadrados geográficamente. En el marco de la actual investigación, el caso de las islas Canarias es el más significativo a este respecto[86] sin obviar también lo incómodo que resultaba para algunos grupos influyentes caboverdianos su identificación con el contexto regional africano.

También será de gran trascendencia la posición de los líderes nacionalistas isleños dentro de las élites y grupos dominantes del respectivo archipiélago. Ello en buena parte definirá la capacidad de los líderes nacionalistas de servirse de aquella posibilidad abierta.

---

[85] Por ventana de oportunidades se entiende la acepción dada al termino en inglés (window of opportunity) por el diccionario online Lexico, producido por Oxford University Press, consultado en fecha 16/09/2020: Window of opportunity: A favourable opportunity for doing something that must be seized immediately

[86] La lucha del líder Antonio Cubillo y el MPAIAC por la independencia de Canarias, aprovechando la ventana de oportunidad que se le abría a los soberanistas canarios en el continente africano a raíz de las oleadas de descolonización y la inspiración panafricanista, da buena cuenta de este hecho. Y es que mientras en el campo diplomático Cubillo consiguió importantes éxitos como el apoyo de la OUA (Organización para la Unidad Africana), logrando que la cuestión canaria tuviera cierta relevancia internacional, en cambio en las islas el impacto de aquella lucha fue mínimo y la sociedad canaria por lo general dio la espalda a los postulados defendidos por Cubillo y los suyos, en buena parte, de entrada por la falta de identificación de la sociedad canaria con el contexto regional africano.

Es importante destacar también como estas ventanas de oportunidades podrían conducir no sólo a un proceso de formación nacional, sino que también podrían arrojar un proceso de formación estatal como así lo atestigua el propio recorrido hacia la independencia en Cabo Verde y las cuasi materializaciones en aquella forma estatal representadas por los casos de la ocupación británica de las Feroe seguida del referéndum secesionista en las islas de 1946 y el convulso verano de 1975 en las Azores donde a los independentistas azorianos se les abrió una ventana de oportunidad en el marco de la lucha de bloques de la Guerra Fría trasladada aquella a las propias aguas del Atlántico.

En el contexto de los archipiélagos examinados, el aislamiento y ausencia de fronteras físicas compartidas con otras *polities*, impide que entre en acción en aquellos uno de los factores más decisivos en el alumbramiento y posterior desarrollo de identidades nacionales, como así ha quedado constancia en el presente estudio con los casos de Alemania y Dinamarca, Francia y España o la propia España y su influencia en el nacionalismo portugués. Este factor indudablemente podría haber supuesto un importante elemento trasformador en la forma de concebirse políticamente los archipiélagos, bien distorsionando la recepción de la identidad nacional del Estado continental o bien desencadenando el nacimiento de una nación por iniciativa propia de los isleños o la transfiguración de la misma. No obstante, ello no es del todo cierto y los efectos relativos al contagio y permanente interacción, característicos de la expansión global del nacionalismo, se dejan sentir también en los archipiélagos a examen a través de su filiación a un determinado contexto regional y consecuente asimilación a expresiones nacionalistas singulares de la región.

En este escenario planteado, las tendencias, concepciones y reformulaciones del fenómeno nacionalista puestas en común dentro de un particular contexto regional del planeta, debido al consenso tácito que representan entre una variedad de sociedades, naciones o estados, pueden llegar a suponer un refrendo y legitimación de gran magnitud en favor de las visiones nacionalistas o soberanistas dentro de las islas y ello con independencia de que aquellas visiones representen una minoría. Las singulares expresiones del nacionalismo asentadas sobre contextos más amplios al de una sólo nación o Estado nación, se constituyen en una importante fuente de inspiración y materialización de la idea nacional en suelo isleño.

Otra forma en la que estos contextos pueden provocar una conversión nacional de alcance popular en los ANFA sería la relativa a procesos de descomposición o graves trastornos en el orden regional. En el marco de estos escenarios convulsos los ANFA pueden ser utilizados como instrumentos de desestabilización, haciéndose valer alguna de las partes enfrentadas de la apariencia nacional de aquellos en su propio beneficio o como un ataque, más o menos directo, contra intereses que se perciben como potencialmente dañinos. Dentro de este tipo de ventana de oportunidad propiciada en un determinado contexto regional, los ANFA podrían acceder al estadio nacional «apadrinados» por varias unidades políticas o tan sólo por una si esta fuera una de las potencias regionales. En una lógica diferente a la propia de la era imperial, la traslucible naturaleza nacional y, por ende, condición estatal de los ANFA se convierte ahora en una variable latente con capacidad de alterar, corregir o restaurar los equilibrios de poder regionales.

Al menos dentro de los casos estudiados, la «apertura» de una ventana de oportunidad representa la principal vía para la materialización de una realidad nacional que comprendiera los límites del archipiélago.

Para el caso de las islas Feroe, una primera ventana de oportunidad se abre a los nacionalistas feroeses incluso antes de que éstos fueran nacionalistas. Ocurre cuando la lengua vernácula pasa a adquirir un protagonismo esencial dentro de la ecuación nacionalista con motivo del conflicto territorial desatado entre Dinamarca y Alemania durante los años 40 del siglo XIX. El trasfondo de aquel conflicto lo representaba la disputa por los ducados de Schleswig y Holstein[87]. Previamente una de las reacciones que se habían experimentado en Dinamarca ante la irrupción del vecino germano en la forma ahora de gigante nacional, fue el interés que se generó por la lengua danesa y su posterior elevación como uno de los elementos fundamentales e indisociables del nacionalismo danés, especialmente tras el estallido del citado conflicto territorial. De acuerdo con Nauerby las disputas con el vecino del sur habían establecido unos

[87] El prestigioso historiador Eric Hobsbawm en su obra *Nations and Nationalism since 1780,* se refiere a la importancia de este conflicto territorial y su repercusión en relación al componente lingüístico mediante la siguiente afirmación: "...if only because language had begun since the 1840s to play a significant role in international territorial conflicts -very notably so in the matter of Schleswig-Holstein, disputed between Danes and Germans…" (Hobsbawm 1992, p. 98)

cimientos seguros para la doctrina nacionalista en Dinamarca con un claro reconocimiento de la lengua como criterio por excelencia de la nacionalidad (1996, p. 46). Bajo este intenso panorama las islas Feroe, al igual que Islandia, al comunicarse sus habitantes en una lengua original desde siglos atrás, de una forma natural pasaban a estar legitimadas para reclamar su condición nacional y así lo animaban importantes personalidades desde la Dinamarca continental como el propio Grundtvig.

En la antesala de una conversión nacional que peligraba por la agría confrontación entre los que defendían una nación a «medias» fundamentada sobre un genuino elemento cultural y aquellos que defendían llevar hasta el final el proceso de construcción nacional, las islas volvieron a estar afectadas durante la primera mitad del siglo XX por una segunda ventana de oportunidades. El sueño hecho realidad de aquellos que preconizaban activar la vertiente política de la nación, por el que a través de la ocupación británica las Feroe temporalmente se convirtieron *de facto* en un ente político autónomo que además pudo presumir de un importante crecimiento económico, supuso una casi inmejorable ventana de oportunidad a favor de aquellos que acabó conllevando la culminación completa del proceso de construcción nacional refrendado, ahora sí, por una mayoría de la población isleña.

El caso de las islas de Cabo Verde estaría representado por los procesos de descolonización e irrupción del panafricanismo acontecidos en el continente africano desde los años 50 de la década del siglo XX. La autodeterminación proclamada por los países situados en la costa occidental africana, justo delante del archipiélago, tuvieron una gran influencia en los primeros nacionalistas caboverdianos, los cuales suponían una minoría dentro de la población isleña. La cada vez más intensa presión internacional en contra de la política imperial de Portugal aparejada al desgaste y descrédito, tanto interno como externo, que empezaba acumular aquel régimen, supusieron un importante factor a la hora de ensanchar aquella ventana de oportunidad en favor de los nacionalistas de Cabo Verde, que ya en los 60 se habían visto abocados a tomar las armas y plantear un conflicto bélico a Portugal. Todo acabaría por «cuadrar» para la guerrilla nacionalista cuando tras la *Revolución de los Claveles*, sectores del ejército portugués de marcada ideología de izquierdas toman las riendas de Portugal y deciden ceder en exclusiva, por afinidad ideológica y por el gran respaldo regional con el que contaban, a los revolucionarios caboverdianos el control del proceso de descolonización de las islas.

5.2 LA ERA NACIONAL COMO INSTIGADORA DE UNA CONCEPCIÓN POLÍTICA PROPIA

Con la irrupción y consolidación global del fenómeno nacionalista, puede afirmarse que los archipiélagos atlánticos a examen, insertos dentro de la categoría ANFA, pasan a desarrollar una concepción política de sí mismos por primera vez como parte de una dinámica generalizada entre ellos. Esto es, bajo la nueva era nacional estos archipiélagos, caracterizados por esta tesis por su tendencia intrínseca hacia la formación de un cuerpo político archipelágico, no sólo desarrollan una concepción política propia, sino que acaban refrendando aquella tendencia al constituirse por iniciativa propia en entes políticos consagrados legal e institucionalmente. Una vez inmersos en un contexto regido por el paradigma nacionalista se produce un descarte generalizado de continuar en la misma situación que hasta el momento imperaba, donde internamente no existía una concepción propia ni se daba un debate acerca de la naturaleza política del archipiélago ya que por defecto desde las islas se aceptaba la imagen instrumental y de naturaleza apolítica que proyectaba el Estado al que pertenecían sobre el cuerpo archipelágico.

A medida que se va introduciendo el lenguaje del nacionalismo en los diferentes archipiélagos, los mismos se irían abriendo a un debate conceptual y de auto conciencia política donde el nacionalismo y las dinámicas ligadas a este no pasarían inadvertidos sino todo lo contrario. Las concepciones que ahora estarían por surgir en el seno de los mismos, hipotéticamente podrían abarcar un rango que iría desde continuar en una situación de dependencia y delegación cognitiva, un escenario en el que la concepción política provendría del Estado continental en el que están integrados, hasta el otro extremo consistente en acabar concibiéndose a sí mismo como un Estado soberano e independiente, totalmente desligado políticamente del ente continental. Será entre estos dos extremos donde la mayoría de archipiélagos que se han estudiado acabarían situándose.

a. El sustrato etnocultural como fundamento principal sobre el que girará la concepción política

Será a partir de la segunda mitad del siglo XIX que las ideas de nación y nacionalismo comienzan a introducirse en los archipiélagos analizados. Estas ideas penetrarán en la geografía insular a través de las élites isleñas y determinados estratos de aquellas sociedades como pequeños burgueses, intelectuales, literatos o profesionales. Para cada caso estudiado la principal fuente de importación de aquel fenómeno fue el Estado continental al que venían perteneciendo durante los últimos siglos. No obstante, fuera del ámbito de aquella «relación umbilical» otros movimientos inspirados en el ideal nacionalista también supusieron una gran influencia al constituirse en importantes ejemplos prácticos de la reivindicación y ejercicio de los principios inherentes a aquel ideal, como así ocurrió con el nacionalismo cubano y el catalanismo para el caso de Canarias o los movimientos nacionalistas de Islandia y Noruega para el caso de las Feroe.

Pronto alguno de los principios e ideas que venían adheridos al fenómeno nacional (igualdad, soberanía popular, libertad, dignidad colectiva) resultaron ser muy atrayentes para determinados sectores de las sociedades isleñas. Estos principios pasan a percibirse como una herramienta que podría revertir alguno de los males crónicos que padecían estos archipiélagos como el abandono, aislamiento, mala administración o fragilidad. Igualmente se perciben como una oportunidad de progreso y de poder igualarse con sus conciudadanos del continente.

Pero la reivindicación y futura aplicación de estos principios, o alguno de estos principios, específicamente sobre un ente archipelágico, de una forma indirecta fomentaba una representación previa del conjunto de habitantes de los archipiélagos en términos orgánicos y particularistas. Ello respondía al hecho de que la unidad política *nación*, fuente de inspiración y principal agente colectivo de los principios atrayentes en los archipiélagos, acabaría consolidando su legitimación a nivel global a través de la instauración de un nuevo orden basado en la coexistencia de comunidades políticas fundamentadas en la particularidad de sus poblaciones.

Es a través de estos procesos donde se irá germinando una concepción política del archipiélago entre las poblaciones insulares que componen los casos de estudio tratados.

Debido a que estas concepciones comienzan a materializarse a raíz y sobre la base de una nueva realidad adaptada al fenómeno nacionalista, ello conllevará dos importantes consecuencias que repercutirán por igual a cada uno de los archipiélagos a examen.

La primera consecuencia comporta el desarrollo de una concepción política del archipiélago en base a los rasgos distintivos y únicos de su componente humano.

Nuevamente debe advertirse del enorme poder reformulador que la irrupción del nacionalismo ha ejercido en nuestra forma de concebir la realidad. La forma en que son percibidas la sociedad y la política en la modernidad son un producto del nuevo sistema cultural que se impone tras la exitosa propagación global de las ideas de nación y nacionalismo. El fenómeno nacionalista impregnará pues la forma de concebirse políticamente los archipiélagos examinados que, como medios políticos singulares que integran un cúmulo de sociedades marcadamente territorializadas, no pudieron ser ajenos a aquel fenómeno ni a la trascendental significación de éste como fundamento cultural de la sociedad y política moderna (Demulling 2015, p. 24).

En este sentido, según la perspectiva propuesta por la presente investigación mediante la cual los ANFA tenderían a la conformación de un ente político archipelágico, la geografía combinada con la territorialidad y espacialidad de los mismos se constituían en fuente originaria de aquella tendencia. Tales rasgos singulares se definirían como la esencia de una convivencia *impuesta* por la naturaleza bajo un mismo espacio oceánico y apuntarían, de una forma continuada en el tiempo, a una necesidad de recubrir aquella realidad aislada, minúscula y fragmentada bajo un manto organizativo común que actuara como motor de sinergias entre las islas y habitantes del archipiélago.

En base a lo expuesto, en estos archipiélagos existía la posibilidad de que la terna representada por geografía, territorio y espacio, esto es, las características naturales del ente archipelágico, se erigieran en principal elemento de encuentro, movilización y preocupación común a los habitantes. Aquella terna tendría entonces opciones de

constituirse en núcleo básico sobre el que giraría una posible articulación política del archipiélago y una conciencia colectiva de sus habitantes.

Sin embrago, la irrupción e impacto brutal de la era de las naciones y el nacionalismo desactivaría aquella opción y tras la alteración experimentada a nivel global por el fenómeno nacionalista a raíz del surgimiento del nacionalismo francés, el cual daba paso a la preeminencia de una versión *particularista*[88] del nacionalismo (Greenfeld 2016, p. 28; Demulling 2015, p. 23; Singer 1996; Cobban 1994, p. 249; Greenfeld 1992, p. 14), serían los rasgos únicos y distintivos del conjunto de habitantes los que pasarían a percibirse como principal fundamento y legitimación de las comunidades políticas, incluyéndose también los archipiélagos a examen en tanto que se convierten en sociedades que se movilizan para la aplicación en su favor de alguno de los principios políticos estrechamente vinculados con el nacionalismo. Así, una *polity* frecuentemente será identificada con un pueblo o población particular (Williams 2013, p. 28).

Los primeros isleños en exigir para sus archipiélagos los efectos de aquellos principios políticos en auge, lo hacían teniendo como principal referencia en mente el hecho de que estos principios únicamente regían dentro del ámbito de las poblaciones organizadas políticamente, entre los miembros de las comunidades que se definían en términos nacionales a la vez que eran enérgicamente demandados entre aquellas otras que luchaban por convertirse en una nación. Paralelamente, ambas comunidades, tanto las nacionales como las aspirantes, se esforzaban por resaltar los aspectos culturales que eran iguales y particulares entre sus miembros y como consecuencia de ello, el sistema de naciones, de una forma general, se percibía constituido por comunidades políticas que proyectaban una homogeneidad interna y una particularidad externa fácilmente

---

[88] "… In a world divided into particular communities, national identity tends to be associated and confounded with a community's sense of uniqueness and the qualities contributing to it. These qualities (social, political, cultural in the narrow sense or ethnic) therefore acquire a great significance in the formation of every specific nationalism. The association between the nationality of a community and its uniqueness represents the next and last transformation in the meaning of the nation…" (Greenfeld 1994, p. 166)

Por su parte, Singer sitúa el nacimiento de la primera nación moderna durante la Revolución Francesa. Aunque para el autor en un principio la nación fue concebida en términos contractuales, igualmente señala como en unos pocos años la nación francesa pasó a concebirse también desde un punto de vista cultural. Como tal, la nación era concebida en términos particularistas: "…the conception is particularist in that each nation is unique and can be neither generalized nor imitated…" (Singer 1996, p. 311)

constatable y ello con independencia del tipo de nacionalismo o forma de gobierno que rigiera en cada una de ellas.

Así, de una forma indirecta se legitimaba e, incluso, presuponía el despliegue de los principios y fenómenos íntimamente ligados a las ideas de nación y nacionalismo en aquellas poblaciones homogéneas que mostraban un alto grado de particularismo. Esto se debía a que esta *particularidad* era la cualidad común más fácilmente perceptible que compartían, a la vez que realzaban y explotaban, tanto las naciones más antiguas consolidadas en la historia como aquellas comunidades embarcadas en movimientos nacionalistas esforzadas en alumbrar una nueva nación.

Según la presente investigación, estos archipiélagos pasan a concebirse políticamente en base a las peculiaridades y rasgos propios de su componente humano, no jugando papel alguno las características naturales en aquel proceso de concepción.

La concepción política asociada al archipiélago para todos los casos de estudio tratados, es una concepción que empieza a esbozarse a raíz de una previa observación de posibles rasgos únicos compartidos por una mayoría de habitantes del archipiélago, constituyéndose esta caracterización del contingente humano como un elemento independiente y autónomo, como el elemento sustancial. El ente archipelágico y sus circunstancias naturales se convierten en meros sustentadores de aquel elemento cultural preeminente. Ello es una consecuencia directa de la consolidación de la era de las naciones en donde, entre otras cosas, se generaliza una proyección externa de las comunidades políticas basada en su apariencia particularista, así como tendencias relativas a procesos de introspección colectiva junto con una búsqueda y exaltación del componente popular. La concepción política que se acabaría instaurando en cada uno de los archipiélagos se desarrollaría a partir de la imagen que se entendía mejor ilustraba el encaje del archipiélago dentro del Estado continental en base a una novedosa auto percepción política de la población isleña concebida bajo parámetros íntimamente conectados con el nacionalismo y con su consolidación global.

Se trata pues de una concepción política conformada a través de una exclusiva fijación en los caracteres y rasgos únicos del componente humano. Como consecuencia de ello, el elemento etnocultural y su dimensión histórica adquieren una importancia capital en

el momento en que cada uno de estos archipiélagos se adentra en el proceso de discernir cual es la concepción política que mejor le define. Otros elementos que a priori se entiende que pudieran tener un peso importante en aquel proceso, como las aludidas circunstancias naturales o las propias dinámicas políticas endémicas apenas intervienen en aquel proceso.

Pero este elemento etnocultural ya de por sí presenta una especial trascendencia en los ANFA. Más allá de las corrientes románticas que se popularizan durante el siglo XIX y se lanzan a una búsqueda e idealización de las raíces ancestrales de las comunidades humanas, el poblamiento de pequeñas islas remotas históricamente ha despertado un gran interés y curiosidad, no sólo entre los locales, sino también entre foráneos. El misterio que envuelve el primer asentamiento, la adaptación y subsistencia a un escenario tan hostil como el representado por unas diminutas islas envueltas por la inmensidad oceánica, de una forma atrayente remite a las preguntas existenciales más básicas empujando, a su vez, a un deseo incesante de conocimiento y averiguación. En última instancia, la epopeya imaginada de los primeros antepasados isleños, en tanto que un único fenómeno que por sí mismo es germen del «todo» referido a la realidad archipelágica y por lo tanto supuestamente asumible tarde o temprano, continuamente alimenta entre las poblaciones insulares una fascinación por descifrar los enigmas vitales originarios y con ello poder aspirar a obtener cierto orden y sentido existencial. Este elemento, debe acentuarse, tiene una importancia superlativa para aquellas poblaciones insulares y aunque se reconozca que su interés tenga una naturaleza connatural dentro aquellos archipiélagos, el fuerte empuje del paradigma nacionalista lo acabaría recubriendo con una dimensión marcadamente política en todos los casos examinados.

Aparte de esta dinámica singular en los ANFA, el propio contexto nacionalista global facilitaba y, en ocasiones, empujaba a representar al conjunto de habitantes de los respectivos archipiélagos como comunidades de individuos dotadas de una idiosincrasia propia. Entre otras vías merecen destacarse la vertiente cultural y académica vinculada al *Romanticismo* o las reacciones en los archipiélagos, a veces con una dimensión popular, ante el propio particularismo promovido por el nacionalismo del Estado continental. Y es que los Estados nación continentales durante el siglo XIX se comportaban como máquinas homogeneizadoras que tendían a un fortalecimiento de los

elementos comunes a sus miembros a la par que a una desatención de los elementos más extraños y particulares[89]. Las reacciones desde las islas ante este proceder continental a menudo se constituían en motor reivindicativo de aquellas expresiones que más acentuaban un particularismo vinculado al archipiélago, en tanto que el particularismo propugnado por el nacionalismo continental normalmente desentonaba en aquellos territorios tan distantes y peculiares de la nación

En los inicios de aquel proceso histórico todos los archipiélagos examinados se articulaban como algo parecido a meras unidades administrativas dentro de un ente político mayor. Desde la perspectiva global que predicaba el nacionalismo en su versión particularista, el resaltar la especificidad del elemento etnocultural de sus poblaciones ponía a estos archipiélagos a la altura y estatus de comunidades políticas nacionales con un importante poder político global por contar con una ingente superficie territorial o con una población de cientos de millones de habitantes.

La era del nacionalismo, su divulgación y propagación global invitaba a las poblaciones de estos archipiélagos a cuestionar su encaje, e incluso su integración, en una comunidad nacional dada, en base a los rasgos únicos y distintivos (nacionalismo particularista) de aquella población isleña que pocas veces emanaban de factores geográficos, territoriales, espaciales o histórico-políticos, derivándose en su gran mayoría de factores como la lengua, cultura, religión, etnia o idiosincrasia propia de sus habitantes.

La mayoría de manifestaciones observadas en cada uno de los ANFA atlánticos por las que se demandaba la aplicación de los principios políticos inherentes al nacionalismo tienen como una de sus principales fundamentaciones la existencia de una identidad particular adherida a los habitantes del archipiélago. También se aluden constricciones derivadas de sus circunstancias naturales pero muchas veces no se les concede tanta importancia o simplemente su importancia parece darse por hecho.

[89] Según Nauerby "…Generally speaking, nation-building taking place within the confines of a pre-existing state formation has been preoccupied with cultural homogenisation within state borders…" (1996, p. 3)

El líder del primer movimiento autonomista de las Azores, Aristides Moreira da Motta, aparte de fundamentar sus reivindicaciones en un elemento natural que describe como una realidad viva e indestructible, también se esfuerza por dibujar una idiosincrasia singular del azoriano que pudiera servir como sustento de la reclamación autonomista. Moreira da Motta se refiere a una homogeneidad de hábitos materiales y valores fundamentales tan diferentes de los de la metrópolis que en el fondo comportan una identidad propia del pueblo azoriano. Esta identidad se constituye así en uno de los fundamentos del régimen autonómico (Cordeiro 1992, p. 277).

Esta tendencia se percibe con mayor claridad durante el segundo movimiento autonomista a través de Luis da Silva Riveiro, considerado una de sus figuras más importantes. Ribeiro no se cansaba de apelar a la creación de un verdadero espíritu azoriano que integrase las realidades de cada isla (Abrunhosa 2008, p. 154). Esta ambición figurativa la combinaba con otras propuestas más materiales como fue su deseo de crear un Congreso Azoriano como espacio ideal para que los azorianos pudieran mirarse a sí mismos.

En el marco del segundo movimiento autonomista destacan las aportaciones de Ribeiro en el retrato de una identidad particular del azoriano. Desde un plano etnológico, Ribeiro considera que las singularidades de las Azores son debidas al asentamiento primigenio en suelo isleño de un tipo específico de portugués, el portugués del siglo XV, que según Ribeiro representaba la máxima expresión histórica de aquel pueblo. El portugués del *Cuatrocientos* encarnaba la época dorada de los descubrimientos y de las exploraciones oceánicas, además de reflejar un alto grado de creatividad como jamás se ha visto en la historia portuguesa. Por tanto, el duro aislamiento de los azorianos ha servido para mantener intacta la esencia de aquel tipo específico de portugués[90] que, sin embargo, se ha ido perdiendo en la Portugal continental. Se trata de un aislamiento que ha mantenido pura la esencia del portugués más glorioso que ha existido en la historia.

En el caso de Cabo Verde todas las reivindicaciones acaecidas durante el siglo XX con cierta dimensión política en favor de una mejora en las condiciones generales del

[90] El gran intelectual portugués nacido en las Azores, Vitorino Nemésio, coincidía con esta idea al escribir en 1929 que las Azores "…were, indeed, a refined Portugal, since the human form they present was imprinted onto them by Portugal when this country was a world power in action…" (Amaral 2011, p. 204)

archipiélago, van acompañas por una representación de la identidad particular del pueblo caboverdiano.

El grupo de autores de la primera década del siglo XX que trataban de subvertir el orden colonial portugués imperante, lo hacían, en parte, resaltando la singularidad de la identidad caboverdiana mediante una afirmación de negritud y africanidad. Los escritos adheridos a esta primera manifestación colectiva de cierta naturaleza contestaria, según Rego venían acompañados de trabajos que trataban de retratar una cultura caboverdiana propia (2001, p. 173).

Posteriormente el movimiento asociado a la revista *Claridade* pretendía reflejar una conciencia colectiva de las islas, remarcando para ello los elementos culturales propios abandonados a causa de la política colonial. Según Lobban detrás del movimiento que giraba en torno a la publicación se encontraba una fuerte apuesta de intelectuales caboverdianos por la autoexpresión literaria en las islas y por una identidad propia caboverdiana de marcado contenido criollo (1995, p. 42).

En relación a las islas Feroe son muy elocuentes las manifestaciones de Grundtvig, figura capital en la conformación del nacionalismo danés, mediante las cuales se refería a los feroeses como un tipo de campesinado noble cuyo desarrollo cívico debiera depender de preservar una nacionalidad lo más distinta posible de la danesa (Wylie 1987, p. 108). Eran palabras pronunciadas por Grundtvig con el fin de justificar cierta autonomía en favor de las Feroe justamente en los decisivos años fundacionales de la nación de Dinamarca.

Del mismo modo, el hecho de que el nacionalismo feroés en sus orígenes se fundamentara primordialmente sobre la lengua feroesa es también bastante significativo. Conviene recordar que para el caso de las Feroe la lengua propia de las islas no era tan sólo un instrumento de comunicación, sino que, dada la importante tradición oral de baladas y leyendas enraizada profundamente en la sociedad feroesa desde la antigüedad, se erigía también en preservadora de una cultura antigua (Debes 1995, p. 67). Implícitamente esta identidad cultural de origen ancestral de los feroeses se convertía también en fundamento de las iniciales reivindicaciones autonomistas de la sociedad isleña.

Finalmente, en Canarias el recurso al elemento étnico indígena es constante tanto entre nacionalistas como entre autonomistas y regionalistas. En relación con el nacionalismo canario es durante la segunda manifestación de aquella corriente, ocurrida durante los años 60 del siglo XX, cuando el componente indígena de la identidad canaria adquiere un mayor peso justificativo en relación con unas reivindicaciones autodeterministas frente a España. No obstante, la primera manifestación de un nacionalismo canario de principios del siglo XX también recurre a la figura del indígena como medio de justificación de sus demandas, aunque no lo hace de una forma tan directa. Dan muestra de ello los nombres de algunas publicaciones que se significaron como órganos oficiales de aquel primer movimiento: *El Guanche*, *Vacaguaré*, *El Guanche* (segunda época). El propio Secundino Delgado, máximo exponente de aquella primera manifestación, a menudo se refiere a la raza canaria como una que es singular y diferenciada de la de la península, surgida de la fusión de los españoles con los guanches. Más explícitamente el líder nacionalista en un artículo en que reclama abiertamente una autonomía para Canarias manifestaba que, quizás por la herencia moral de los guanches, todo canario sentía una repulsión instintiva ante la idea de ser dominado por otra raza (Hernández 2014, p. 108).

En cuanto al movimiento regionalista resulta muy ilustrativo observar las causas que alegaron acerca de la naturaleza regional o no de Canarias dos de las figuras más prominentes que reflexionaron sobre este asunto en la primera década del siglo XX en las islas. Ambos autores defienden visiones contrapuestas en relación con la naturaleza regional del archipiélago canario, pero no obstante parecen compartir la visión de que el principal fundamento de aquella naturaleza debería venir del particularismo de la sociedad canaria. Pedro Pérez Díaz, jurista palmero cuya obra acabará siendo fundamental en la primera *Ley de Cabildos*, escribe en agosto de 1906 que no había motivo para pensar que el regionalismo tuviera una base sólida en el archipiélago y que no existiría hasta que el pueblo canario fuera acentuando su propia individualidad "…y con gruesos caracteres señalando su modo especial de ser y de vivir los elementos comunes o los genuinos y propios que con la sociedad española peninsular actualmente tiene…" (Pérez Díaz 2017, p. 33). Frente a ello, Manuel de Ossuna, autor en 1904 de la obra *Regionalismo en las Islas Canarias. Estudio histórico, jurídico y psicológico* máxima expresión escrita del impacto de aquella corriente por las islas, defendía la

identidad regional de Canarias llegando a declarar que el regionalismo en Canarias es una manifestación biológica que tiene sus precedentes en la tradición guanche (Ossuna citado en Peraza 1945, p. 127).

De esta forma, tras la consolidación global del nacionalismo el encaje entre los archipiélagos a examen y los Estados continentales a los que pertenecen es revisado y actualizado a través de aquellos nuevos códigos impuestos por la ideología hegemónica del nacionalismo.

En ninguno de los archipiélagos estudiados, durante los procesos deliberativos que condujeron a la selección de una definición que plasmara la concepción política de los mismos, ni tan sólo surgen como propuestas a discutir definiciones acompañadas de adjetivaciones geográficas, territoriales o espaciales como serían las formas de región atlántica, federación archipelágica, unión insular, república insular, república archipelágica[91].

[91] Un caso encontrado con una adjetivación basada en circunstancias naturales se enmarcaría en el contexto previo a la aprobación del Estatuto de Autonomía canario. En entrevista en el *Diario de Las Palmas* de fecha 26 de agosto de 1981, Fernando Ortiz Wiot, exalcalde de Las Palmas de Gran Canaria y en esos momentos presidente del *Partido del País Canario*, se mostraba abiertamente en contra de los términos de nacionalidad o nación como forma de definir Canarias y defendía la forma de *federación insular*.

En cuanto al término de *archipiélago* propuesto por la UCD canaria en el proceso de elaboración del Estatuto de Autonomía de Canarias se trataba de un término vacío de contenido político. Se propugnaba aquel término más como una alternativa que se alejaba ostensiblemente de los dos términos que proponía la Constitución Española, que como una sugerencia que realmente se creyeran sus proponentes.

Posteriormente, en la década de los 90, cuando las islas Azores y las Canarias se exponen a una entidad supranacional como es la Unión Europea y a un encaje específico dentro de su cuerpo legislativo, en este caso ambos archipiélagos optaron por una definición ideada en base a las particularidades de sus características naturales y se hacen denominar conjuntamente *región ultraperiférica*. Ello tuvo lugar con la incorporación del artículo 299.2 en el *Tratado de Ámsterdam*, que entraría en vigor en mayo de 1999. A este respecto Carballo afirma que tal "…. terminología es el fruto del esfuerzo eurocomunitario en su especial atención sobre aquellos territorios apremiados por la combinación de factores específicos debido a su peculiar orografía, fragmentación, lejanía, así como la imposibilidad estructural de acceder a las economías de escala…" (2000, p. 133)

b. El mínimo denominador común: un ente unitario y autónomo.

La segunda consecuencia se refiere a una concepción política de mínimos, generalizada entre los casos estudiados, mediante la cual el archipiélago pasa a concebirse como una entidad unitaria con aspiraciones de obtener autonomía política con respecto al ente continental en el que se encontraban integrados políticamente.

Para todos los casos la concepción unitaria se desprendía de una forma casi natural de la concurrencia de dos factores:

1. Por el hecho de haber permanecido cada archipiélago durante siglos bajo la autoridad y gobierno de un mismo ente político continental, el cual históricamente había considerado al archipiélago en su conjunto como una unidad de administración o parte de una mayor.

2. Por la preeminencia global de una versión particularista del nacionalismo que fomentaba una identificación de las *polities* con pueblos o poblaciones particulares, disponiendo los archipiélagos, en este sentido, de un alto grado de homogeneidad etnocultural favorecida, entre otras cosas, por un intenso aislamiento geográfico o por su, ya aludida, única pertenencia a un mismo ente continental a lo largo de los siglos inmediatamente anteriores al inicio del proceso que aquí se trata de explicar.

Aparte se da la conjunción entre las islas examinadas de concebir al archipiélago como un ente que requiere dotarse de una autonomía política que conllevara a la inversa una disminución de la acción de gobierno y administración ejercidos sobre el mismo desde los centros de poder ubicados en tierra continental, en todos los casos, a más de mil kilómetros de distancia. Los principios consustanciales a las ideas de nación y nacionalismo, especialmente los de igualdad, libertad y soberanía popular, están detrás de las ansias de autonomía que se empiezan propagar ente los ANFA a medida que avanzaba en ellos el proceso de penetración del fenómeno nacional.

Tal conexión quedaba reflejada en la posición asumida por los autonomistas feroeses en el marco de una dicotomía interna planteada a comienzos del siglo XX entre estos y los sectores unionistas del archipiélago:

> While some wished for a greater degree of autonomy and equality between Danish and Faroese, others saw the preservation of the Faroe's constitutional position and the use of Danish as conditions ensuring the continued progress of the Faroese (Nauerby 1996, p. 56)

La transposición y asunción de estos principios en los archipiélagos se producen de una forma directa, bien mediante la inmersión del grueso de la población del archipiélago dentro de la identidad nacional del ente continental del que forman parte, bien a través de la reformulación/readaptación de aquella identidad nacional con origen continental o bien mediante el alumbramiento de un nacionalismo propio de alcance popular en el propio archipiélago. Indirectamente surgen numerosos ejemplos inspiradores de levantamientos y revoluciones nacionales que, si bien no llegan al grueso de la población del archipiélago, sus ideales y principios alcanzan el ámbito de influencia de determinadas élites y estratos influyentes.

Dentro de los archipiélagos estudiados es el principio de igualdad ligado a los conceptos de nación y nacionalismo el que tiene una mayor trascendencia y actúa como principal acicate en la demanda de cuotas de autonomía política en favor del archipiélago. Se aludía con ello al significado original de nación por el cual las personas que constituían la misma eran concebidos como fundamentalmente iguales. A partir de aquí, en el marco de los ANFA analizados la igualdad dentro de una soberanía compartida pasa a interpretarse principalmente de dos maneras:

- Por un lado, el principio de igualdad se entiende fundamentalmente como un principio corrector de las enormes desigualdades que padecían los habitantes del archipiélago en relación con sus connacionales del continente. Se identificaba por tanto una profunda desigualdad entre los miembros de una misma nación, hecho que iba en contra de la lógica más esencial instaurada con el nacionalismo.

Aquellos estratos isleños identificaban una profunda desigualdad originaria en todo planteamiento político e institucional aplicable a la comunidad nacional en general: tal planteamiento sí tenía en cuenta y se preocupaba por la realidad que afectaba a sus miembros en el continente, pero no hacía lo mismo con la realidad singular a la que debían hacer frente sus miembros en las islas atlánticas. Se señalaba como resultado de la aplicación de esas políticas, una desigualdad entre los habitantes continentales y los isleños en perjuicio de éstos últimos, que quedaba reflejada en términos de calidad de vida, de eficacia de las políticas proyectadas o, de una forma más general, en términos de desarrollo y capacidad de realización político social. Se trataba pues de la denuncia de una doble desigualdad: una primera desigualdad en el punto de partida y una segunda, consecuencia de la primera, que era la que se hacía más evidente al materializarse en una gran diferencia en las condiciones de vida y estatus entre miembros de una misma comunidad nacional.

Se pueden apreciar muestras de esta primera interpretación en las manifestaciones de alguno de los representantes más significativos del primer autonomismo en las Azores y Canarias como serían Aristides Moreira da Motta en el caso azoriano o Luis Felipe Wangüemert y Pedro Pérez Díaz para el caso canario (Pérez Díaz 2017; Cordeiro 1992, p. 227; Paz Sánchez 1991)

En idéntico sentido, Jóannes Patursson el primer líder autonomista en la historia de las Feroe, en 1887 criticaba la posición del archipiélago dentro del Reino danés:

> In his critique, he suggested that the full incorporation of the Faroe Islands into the Danish state should be seen not as a dependency, but as an integral part of Denmark (Boulter 2006, p. 167)

- En segundo lugar, la otra forma de interpretarse es como una independencia colectiva frente a una dominación externa (Demulling 2015, p. 9). Sobre la creencia instaurada por los ideales nacionales de que toda persona es libre e

igual en dignidad humana, las comunidades concebidas como nacionales a menudo desarrollaban aquella proyección colectiva de la idea de igualdad para hacer frente a una dominación externa, en tanto que esta dominación suponía un menoscabo a la dignidad de cada uno de los miembros de la nación. Los casos de esta forma de interpretarse la igualdad se suceden en cada uno de los archipiélagos examinados, reflejados a través de expresiones colectivas de carácter secesionista que abiertamente buscaban la ruptura política con el Estado continental.

Ambas formas de interpretación se han podido detectar en cada uno de los archipiélagos examinados. A menudo ambas interpretaciones han coexistido en un mismo archipiélago de forma pacífica, pero, no obstante, también se han observado episodios históricos de extraordinaria tensión donde las dos interpretaciones originaban un choque frontal en el seno de la sociedad de un mismo archipiélago.

c. Factores que inducen una variabilidad en las concepciones políticas de los ANFA.

Con la consolidación global del paradigma nacionalista comienzan a surgir y consagrarse unas concepciones políticas propias dentro de los archipiélagos analizados. Bajo este contexto al amparo de un sistema cultural establecido por la era nacional, la concepción política de los ANFA queda muy vinculada al Estado continental del que han formado parte desde hace siglos. Así, el desarrollo de estas concepciones políticas es el producto de una interacción entre dos dinámicas estrechamente relacionadas con los Estados continentales:

Por una parte, una dinámica externa referida al influjo que ejerce la identidad nacional del Estado en que se integran los archipiélagos. Esta identidad nacional ejerce una influencia directa o indirecta sobre la forma de concebirse políticamente el archipiélago.

Por otra parte, interviene también una dinámica interna por la cual la población isleña perfila la concepción política propia del archipiélago a través del contraste de su

elemento etnocultural con el elemento etnocultural del Estado continental en el que se integran.

De esta forma la diversidad de concepciones políticas que se observa entre los diferentes ANFA es consecuencia en gran parte de la variabilidad en la naturaleza y caracteres de las identidades nacionales de los Estados continentales y de la relatividad que se desprende de contrastar los elementos etnoculturales de los archipiélagos con aquellos de sus respectivos Estados continentales.

En primer lugar, la identidad nacional del Estado continental ejerce una influencia en la concepción política propia del archipiélago según el grado de éxito en la introducción de aquella identidad nacional entre una mayoría de la población isleña. En este punto es de suma importancia la fortaleza, unidad y grado de desarrollo de la identidad nacional continental pues, una identidad nacional débil o desunida tendrá menos posibilidades de penetrar con éxito en el territorio archipelágico independientemente de las variables y condicionantes insulares que ya de por si pudieran complicar o facilitar el proceso. Una introducción con un éxito nulo dejará una puerta abierta para que en aquel archipiélago pueda desarrollarse una identidad nacional propia, e incluso la opción de concebirse como un Estado soberano independiente. Igualmente, una nula introducción priva a los ciudadanos del archipiélago del más importante elemento generador de solidaridad[92] e inclusión entre los propios ciudadanos isleños y entre éstos y sus conciudadanos continentales pudiendo reflejar tal situación la concepción política dimanante.

Una introducción exitosa marcará sobremanera el futuro de aquella población isleña cuya concepción se habrá de construir, a priori de una forma más limitada, sobre la base de una identidad nacional de origen exógeno. No obstante, ello no garantiza una unión política de por vida entre el ente continental y el archipelágico pues existen casos de una escisión interna en entidades con una identidad nacional uniforme (Corea, Alemania o China/Taiwán) y en ellos la clara delineación geográfica del ente o entes políticos implicados pudiera haber facilitado los procesos de ruptura, variable geográfica que

[92] Al respecto de esta afirmación, el teórico David Miller manifiesta: "...to the extent that we aspire to form a democracy in which all citizens are at some level involved in discussion of public issues, we must look to the conditions under which citizens can respect one another's good faith in searching for grounds of agreement. Among large aggregates of people, only a common nationality can provide the sense of solidarity that makes this possible..." (1995, p. 98)

también estaría presente en el supuesto hipotético que un proceso de semejante naturaleza afectara a un ANFA.

También son importantes los elementos que la identidad nacional continental establece como fundamentales para su esencia y razón de ser. En este sentido, si aquel elemento existiera ya con fuerza en las islas o por contra se reprodujera una versión insular endémica, se estará propiciando en el primer caso una fuerte identificación de la población del archipiélago con la identidad nacional continental, mientras que en el segundo caso se fomenta el desarrollo de una identidad nacional particular para el archipiélago. El caso de las islas Feroe es un reflejo de esta última opción, pues al señalar el nacionalismo danés a la lengua danesa como uno de los elementos constitutivos y esenciales de la nación, de una forma implícita aquel nacionalismo legitimaba la naturaleza nacional de las Feroe al contar estas islas con una lengua propia con siglos de antigüedad. Por otra parte, en el caso de Portugal y España, al situar ambas identidades nacionales el legado imperial y misión global civilizadora como elementos esenciales de su caracterización como naciones, se corría el riesgo de que los archipiélagos pasasen a entenderse más como un objeto de aquel pedigrí y grandeza que como sujetos, sobre todo si el elemento etnocultural del archipiélago y su dimensión histórica diferían de aquel del Estado continental. Este último caso podría provocar el desarrollo de una identidad nacional diferente para aquellos archipiélagos.

Cuando aquel elemento fundamental para la esencia de la nación es radicalmente contrario a alguno de los rasgos distintivos o cohesionadores de la población del archipiélago, se puede estar promoviendo una drástica escisión entre los dos entes. Ejemplos de ello podrían ser los supuestos en que una determinada religión o ideología política se asocia estrechamente con la nación continental o directamente pasa a confundirse con la propia identidad nacional de aquella. En el caso de que aquel elemento esencial para la conciencia nacional en el continente se oponga de una forma excluyente a la religión o a una ideología política mayoritarias entre la población isleña, ello posiblemente provocará que en el archipiélago se desarrolle una concepción política propia sobre la base de aquel elemento rechazado.

Otro elemento destacable que podría influir en aquella concepción archipelágica sería el grado de permisibilidad de coexistencia de la identidad nacional del ente continental con

otras identidades nacionales u otras identidades de alcance popular que le pudieran restar protagonismo en el ente archipelágico. Es importante el grado de exclusividad al que aspira llegar la identidad nacional como principal elemento cohesionador dentro de su área de influencia no sólo frente a otras identidades nacionales sino también frente a otras identidades colectivas. La identidad nacional continental podría mostrarse con un talante abierto y flexible que permitiera no sólo una convivencia pacífica con otras identidades nacionales u otras identidades con un importante alcance popular, sino que también se presentara muy receptiva ante las formas de concepción política que se proyectaran desde el archipiélago por muy *sui géneris* que estas fueran. La misma identidad nacional continental podría presentarse incluso como un instrumento que favoreciera el desarrollo de una identidad nacional endémica al territorio del archipiélago. Frente a ello identidades nacionales acaparadoras y rígidas fomentan actitudes beligerantes frente a cualquier identidad colectiva propia que se desarrolle en el seno del archipiélago. Este último tipo de identidad nacional continental puede provocar que, ante la negativa y persecución, se descarten en el archipiélago concepciones políticas basadas en aquellas identidades colectivas o el efecto contrario de producir una mayoritaria reacción en contra frente a las negativas y amenazas que desemboquen en el desarrollo de una identidad nacional basada en aquellas identidades de dimensión popular.

También el carácter propio de la identidad nacional del Estado continental ejercerá una influencia en la forma de concebirse políticamente los archipiélagos cuando aquel debe lidiar con las demandas de autonomía provenientes de los ANFA. Este punto es de gran trascendencia para el grupo de archipiélagos tratados, en tanto que el océano atlántico se había convertido desde hacía siglo en un escenario de marcada rivalidad imperial del que no eran ajenos ni los ANFA ni los Estados continentales que aquí se han analizado.

En este punto, jugó un papel fundamental el cómo el legado y pérdida imperial han moldeado la identidad nacional del Estado continental. En el desenvolvimiento dentro de la nueva realidad de auto conciencia que se empieza a vislumbrar en los archipiélagos a examen desde principios del siglo XX y que viene acompañado de aspiraciones autonomistas, tendrá una posición central la forma en que el Estado continental en cuestión ha digerido y asimilado la pérdida de su aureola imperial. Esto se debe a que todos los archipiélagos tratados acabarán convirtiéndose durante el siglo

XX en remanentes de lo que en su día fueron vastas entidades imperiales, que para los casos de Portugal, España y Dinamarca llegarían a integrar territorios situados en al menos tres continentes.

Esos procesos puestos a la palestra por los archipiélagos, activaban sobre la conciencia nacional del Estado vectores muy sensibles asociados a un pasado glorioso desvanecido, que de una manera u otra podrían haber afectado, o incluso determinado, la naturaleza de su identidad nacional y que ahora se reactivaban ganando protagonismo en el momento de encarar las demandas procedentes del archipiélago.

Para los casos de Portugal y España aquel desplome imperial conllevará un trauma colectivo que, entre otras cosas, se proyectará en una frontal oposición ante cualquier forma de autonomía demandada por sus posesiones, pues aquella autonomía se percibía como los prolegómenos de un proceso encubierto encaminado a la escisión y por tanto como un potencial elemento desestabilizador de una vertiente imperial ya de por sí maltrecha. Las peticiones de autonomía se identificaban con las sucesivas rupturas y amputaciones, padecidas por ambas naciones desde el primer cuarto del siglo XIX, que de una forma antinatural habían apartado a las dos naciones de su destino imperial escrito. Como resultado de ello, las propuestas de autonomía serán rechazadas u obstaculizadas y se hará todo lo posible desde los centros de poder ibéricos por conservar los territorios colonizados, remanentes de lo que en su día fueron vastos entes imperiales cuya evocación seguía levantando admiración.

Dinamarca por su parte se había convertido en un imperio en declive desde el final de la era napoleónica (Major 2019, p. 235). No obstante, en este caso el desvanecimiento imperial no supone un trauma tan profundo. Al contrario, el golpe definitivo que supuso la pérdida en 1864 de los territorios de Schleswig y Holstein se erige en punto de inflexión en cuanto que aquel acontecimiento se interpreta como un revulsivo popular que podría tener una derivada conducente a un fortalecimiento de la moral y cultura del pueblo. Es el propio carácter de una identidad nacional ya extendida por toda Dinamarca la que consagra una actitud colectiva que pedía recuperar dentro aquello que se había perdido fuera y que será de gran utilidad para superar el encogimiento del legado imperial actuando a su vez como fuerza transformadora en favor de la nación danesa (Brincker 2003, p. 424).

Ello contribuye a que las demandas de autonomía de las Feroe, por lo general, no sean percibidas desde Dinamarca como una amenaza. De hecho, tras los resultados arrojados por el referéndum de independencia celebrado en las islas en 1946, en el que los partidarios de la secesión obtuvieron una estrechísima victoria, varias personalidades importantes de Dinamarca se muestran dispuestas a reconocer la independencia de las islas, entre ellas el que era primer ministro danés, Knud Kristensen (West 1972, p. 188).

Se entiende que a este respecto la tipología propuesta por Greenfeld, que distingue entre un tipo de nacionalismo individualista y otro colectivista, se ha mostrado como una importante base ideológica que en gran manera habría orientado las posturas adoptadas posteriormente por los Estados nación estudiados. Tal y como establece Greenfeld (1992, p. 420) la propia naturaleza de la nación inglesa en base a los cimientos cívico-individualistas de su nacionalismo hacían de la separación algo concebible, posible y legítimo (refiriéndose a la ruptura entre Inglaterra y sus colonias norteamericanas). La idea inglesa de nación se fundamentaba sobre los valores de razón, igualdad y libertad individual (Greenfeld 1992, p 420). Ello implicaba que las colonias inglesas y regiones de ultramar gozasen de cierta autonomía en su administración y gobierno otorgándoseles una mayor libertad para decidir su propio camino en el mundo (Burnard 2009, p. 126). Esta tendencia también se puede entrever en Dinamarca, que se sustentaba sobre un nacionalismo mucho más cercano al individualista de Inglaterra que al colectivista de origen francés. La concesión por Dinamarca de una autonomía limitada a Islandia en 1874, seguida de una más amplia en 1904, dan prueba de ello.

Frente a ello, las naciones que se habían desarrollado sobre la base de un nacionalismo colectivista, como era el caso de Portugal y España, se mostraban mucho más reacias a la concesión de autonomía a sus territorios. Esto era una implicación de concebir a la comunidad como un supra individuo en sí mismo, con su propio derecho (que era moralmente superior al de los individuos humanos) y con una voluntad, intereses y propósitos propios que tenían prioridad y eran independientes de los deseos y aspiraciones de sus miembros humanos (Greenfeld 2004, p. 47).

En estos casos, se entendía que la colectividad concebida como un órgano superior implícitamente conllevaba un único canal directo de gobierno y administración como

vía natural en la que debían expresarse de una manera clara y sin interferencias la voluntad, intereses y propósitos de aquel ente colectivo preeminente que era la nación. A este respecto cabría destacar la inspiración y admiración que manifiestan Secundino Delgado y Aristides Moreira de Mota, padres del nacionalismo canario y autonomismo azoriano respectivamente, a la forma que tenía Inglaterra de gobernar sus regiones de ultramar (Hernández 2003, p. 61; João 1991, p. 269)

Los archipiélagos a examen ahondan en su proceso de desarrollo de una concepción política propia a partir de un progreso evolutivo que, por lo general, siempre encuentra como etapa de aquel progreso unas casi naturales aspiraciones autonomistas. El rechazo abrupto de estas aspiraciones por parte del Estado continental en el que se integran, suele comportar un estancamiento de aquel progreso y ello se resiente en la concepción política del archipiélago que desde entonces quedará a la expectativa de la concesión o no de una autonomía, pues la resolución positiva de esta etapa en favor de los archipiélagos pasa a entenderse de una forma generalizada, a medida que se va consolidando globalmente el nacionalismo y con él sus principios inherentes, como un factor innegociable.

Frente a las múltiples formas en que esta dimensión externa puede afectar al proceso de llegar a concebir políticamente un ANFA por sus habitantes, se entiende que es una dimensión preponderantemente endógena la que tiene un mayor peso a la hora de concretarse una concepción política propia del archipiélago. Ello obedece a la lógica de constituirse ante todo en un proceso interno de valoración colectiva. Sólo perderá su mayor peso e influjo, cuando las interferencias e influencia que se ejercen a través de la dimensión externa se radicalizan de una forma insoportable para una parte importante de la población del archipiélago o acaban condicionando estructuralmente el desarrollo político de éste.

El factor último que dibuja la opción más probable para la plasmación de una concepción política del archipiélago será la variable que se cuece internamente en aquel referida a la acción de exponer el elemento etnocultural archipelágico con su dimensión histórica al del Estado continental. Esto se lleva a cabo a través de un proceso de ajuste y distinción entre aquellos elementos. Ello pone de relieve la importancia, como ya se ha destacado, del componente etnocultural, resultado de una asociación mutuamente

fortalecida entre 1) el triunfo global de la versión particularista del nacionalismo, 2) la especial fascinación que tradicionalmente han despertado el origen y desarrollo de los poblamientos en archipiélagos remotos y 3) la impronta del movimiento intelectual del *Romanticismo* durante el siglo XIX que a menudo se expresó en un interés por revivir lenguas, culturas y arte folclórico y en donde no era extraño que literatura, etnografía e historia aparecieran entrelazadas en un mismo discurso. Esta operación de contraste planteada en relación únicamente con la población del Estado continental tiene como resultado una concepción política que es fruto de una visión relativista, negando una más absoluta que resultaría de poner como base de aquella concepción sus especificidades geográficas, territoriales y espaciales que sí que son únicas con respecto a una inmensa mayoría de poblaciones del planeta. El peso prevalente del componente etnocultural dentro de la dinámica interna, suponía que no sólo las decisivas circunstancias naturales fueran descartadas en el proceso de concebir una concepción política propia del archipiélago, sino que otros factores que podrían tener gran trascendencia, como la realidad político-institucional histórica del archipiélago y sus posibles dinámicas o vicios estructurales, fueran igualmente minimizados en detrimento de un mayor peso del componente cultural.

d. La cultura política del Estado continental en la plasmación de una designación oficial para los ANFA.

La designación oficial del archipiélago supone la consagración por escrito de aquella concepción política previamente compartida por una mayoría de habitantes del archipiélago. Esta designación comporta la culminación de un proceso que normalmente ha conllevado un periodo de cierta agitación, trastocando la normalidad y rutina imperantes dentro del complejo aparato institucional sobre el que se articulan los Estados continentales tratados.

En general las designaciones políticas plasmadas en las respectivas normas institucionales básicas de los archipiélagos, representan una «vuelta de tuerca» más de las concepciones políticas que las preceden pues se sometían ahora al filtro explícito del aparato institucional del Estado continental que normalmente distorsionará aquellas

concepciones por medio de manifestaciones y expresiones derivadas de su cultura política propia. Para estos casos la cultura política de cada Estado continental se encuentra especialmente nutrida y perfilada por los rasgos característicos de su nacionalismo, pues los procesos de concesión de autonomía repercutían directamente a la integración y forma de articularse el cuerpo nacional y por tanto a su soberanía nacional. Además, para el caso concreto de los archipiélagos examinados, estos procesos evocaban la desaparición de un importante legado imperial y con ello se actualizaba una tendencia con reminiscencias a un empequeñecimiento de la nación en cuanto a su peso e influencia política global, tendencia que habría tenido necesariamente algún impacto específico sobre la dignidad de la comunidad nacional.

Para el caso de las Feroe aflora el esfuerzo pactista, la negociación y la flexibilidad como caracteres especialmente conectados con la cultura política danesa. Pero antes de todo esto, es conveniente remarcar que Dinamarca no se opone a las demandas autonomistas de las Feroe ni tampoco a la celebración de un referéndum en 1946 que permitiera decidir acerca del futuro político de las islas a los propios habitantes de las mismas. De hecho, han sido frecuentes las declaraciones danesas aceptando un derecho de los feroeses a la identidad propia y a una posible independencia (Major 2019, p. 237; Alfredsson 2001, p. 46). En gran parte es quizás esta actitud abierta y transigente desde Dinamarca la que indirectamente acaba fracturando a la sociedad feroesa durante la primera mitad del siglo XX. El sector isleño no independentista se instaló en una actitud a la defensiva al percibir posturas condescendientes desde la Dinamarca continental hacía planteamientos cada vez más autonomistas. Aquel sector comenzó entonces a vislumbrar la opción rupturista como algo realmente plausible y que por tanto exigía una enérgica movilización en contra.

La designación política del archipiélago se acaba consagrando oficialmente en la ley de autogobierno (1948) que fue una consecuencia directa del referéndum por la independencia que Dinamarca permitió que se celebrara en las islas Feroe.

El referéndum arrojó como resultado una polarización de la población feroesa entre quienes ansiaban la independencia del archipiélago y aquellos que defendían el seguir unidos políticamente a Dinamarca. La designación por plasmar tendría que navegar entre aquella polarización, debiéndose tener cuidado de que la opción elegida no

supusiera otorgar mayores argumentos a favor de la causa defendida por alguna de las partes enfrentadas. La fórmula elegida presenta una extraordinaria flexibilidad y resultó ser capaz de lidiar con la espinosa designación de *nación* que, si bien era la concepción política del archipiélago mayoritaria entre los feroeses, también podría conllevar importantes consecuencias de naturaleza política no deseadas para una mayoría de aquellos, concretamente una implícita invitación a constituirse el archipiélago en un Estado soberano de acuerdo con la práctica internacional asentada durante el último siglo. Se establece pues una designación política del archipiélago dual, permitiéndose la designación de *nación autónoma* en la ley de autogobierno redactada en lengua feroesa, mientras que la designación de *comunidad autónoma* era la que se incluía en la versión de la ley de autogobierno escrita en danés.

El supuesto de la designación oficial de las islas Canarias tiene como telón de fondo la transición política española que acontece tras la desaparición del régimen franquista. La transición había traído consigo el reflote de un problema histórico para España representado por una consolidación nacional de las sociedades vascas y catalanas, ya una realidad tras el franquismo. En ese contexto Canarias llegaba a ese decisivo momento histórico con unas aspiraciones autonomistas legitimadas en parte sobre la base de unas demandas históricas que, aunque intermitentes, se habían expresado a través de una heterogeneidad de vías de una forma recurrente a lo largo del siglo XX, desde los primeros años del mismo e incluyéndose periodos durante la dictadura franquista.

La designación o en este caso no designación de las Canarias, obedece a una arraigada expresión de la cultura política española por la cual se produce una denegación sistemática del carácter nacional de toda comunidad asentada dentro de sus límites estatales que no fuera la española. De esta cultura política se derivaría la estrategia respaldada por una amplia mayoría del nacionalismo español denominada *café para todos* con la que se pretendía diluir las identidades nacionales de Cataluña y Euskadi en un marco de competencias políticas estrictamente fijadas por la Constitución que, con el tiempo, acabaría igualando la dimensión política real de Cataluña y Euskadi con la de otros territorios de la península ibérica que históricamente no habían mostrado ni tan solo deseos autonomistas. Las designaciones políticas que se deban como única

alternativa (*nacionalidad* y *región*) a elegir por todos los territorios del Estado, evitaban la amenazadora para el nacionalismo español designación de *nación*.

La parquedad en la doble alternativa propuesta por el constituyente español pronto fue desbordada por la enorme complejidad política que se dibujaba en las islas Canarias tras la muerte del dictador con un reflorecimiento del *pleito insular* y su política de confrontación entre las élites archipelágicas, el auge de partidos canaristas de corte nacionalista y autodeterministas y todo ello unido al histórico fracaso de los nacionalismos español y canario en su implantación entre una mayoría de habitantes de las islas. Como resultado, en Canarias fue especialmente complicado alcanzar un consenso para la selección de alguna de las opciones ofrecidas y finalmente el no acuerdo conducirá a que el archipiélago no será designado políticamente en su estatuto de autonomía de 1982.

La designación política de las Azores viene marcada por la inseguridad e incertidumbre presentes durante un periodo de gran inestabilidad en la historia de Portugal abierto tras la revolución de abril de 1974. Por aquel entonces todavía prevalecía en la conciencia popular portuguesa un núcleo de la esencia nacional que giraba en torno al legado de gran potencia imperial y oceánica, habiendo quedado incrustado en la cultura política del Estado más allá de que aquel precepto se hubiera llevado a extremos insostenibles durante el *Estado Novo*.

La constitución portuguesa de 1976 de marcada ideología de izquierdas es la principal fuente legal y política que guiará el proceso de designación política de las Azores que culminaría con su plasmación en el estatuto político-administrativo. Al gobierno portugués no le queda otra opción mas que el conceder una autonomía a las islas con una fuerte cobertura legal, en forma de estatuto autonómico, en base a unas reivindicaciones históricas que, tras la caída del régimen totalitario, se habían fortalecido entre una mayoría de la población isleña a las que debían añadirse unas cada vez más intensas posiciones independentistas en determinados sectores insulares. Se concede la autonomía política casi a regañadientes y el archipiélago de las Azores en su primer estatuto de 1980 es definido como una región autónoma, tal y como lo había anunciado previamente la constitución portuguesa de 1976 en su artículo 6.2.

Pero el miedo a perder la dimensión atlántica de un plumazo aún estaba presente y como contrapeso a esta concesión de autonomía, el Estado portugués se blinda legislativa y políticamente ante posibles evoluciones y «desvaríos» que pudieran volver a amenazar la integridad nacional y la posesión de los remanentes materiales de la epopeya imperial y oceánica.

De esta forma, el texto constitucional de 1976 dejaba claro que la autonomía regional político-administrativa no afectaría a la integridad de la soberanía del Estado y debía ser llevada a cabo en el marco de la actual constitución, de acuerdo con el artículo 227.3. En idéntico sentido, el artículo 2.1 del estatuto político-administrativo de las Azores transcribía, con ánimo repetitivo y por ello casi de advertencia, con las mismas letras la anterior idea referidas a la inviolable soberanía del Estado y preeminencia del texto constitucional. Finalmente, a pesar de su marcado carácter progresista, la constitución portuguesa prohibía expresamente la formación de partidos políticos de índole o ámbito regional (artículo 311.2) con la probable intención de limitar al máximo la acción y desarrollo políticos de las islas sobre un restringido marco autonómico que ya de por sí incomodaba a amplios sectores del nacionalismo portugués.

En la designación oficial que acaban adoptando las islas de Cabo Verde interviene de una forma indirecta la obstinación de una Portugal que, bajo la forma de un Estado totalitario aislado de las democracias occidentales, se había replegado bajo los preceptos que se constituían en núcleo básico de la identidad nacional portuguesa. El *Estado Novo* se había propuesto llevar a su máxima expresión aquellos rasgos distintivos que históricamente se habían asociado con la nación portuguesa. Así, a pesar del rechazo de gran parte de la comunidad internacional, Portugal no renunció a su histórico estatus como poseedor y explotador de colonias de ultramar hasta los últimos días del régimen, siendo gran parte de la razón que explicaría la caída del mismo la sinrazón que había llevado a un Estado limitado como Portugal a lidiar simultáneamente con varias guerras de descolonización en el continente africano. Con la caída del régimen, caía también como un dominó el régimen colonial y los territorios hasta ahora portugueses que en parte ya habían visto justificada su independencia al tener que recurrir a las armas, adoptarían la forma política de república que era la imperante entre los territorios descolonizados a mediados del siglo XX.

El término república probablemente no representaba la concepción política que una mayoría de caboverdianos tenían del archipiélago, pero la terquedad e intransigencia del régimen del *Estado Novo* habían favorecido la apertura de una ventana de oportunidades de considerables dimensiones en favor de los nacionalistas independentistas caboverdianos que acabaría marcando la futura designación oficial del archipiélago.

6. CONCLUSIONES

I.- La era del nacionalismo ha comportado el desarrollo por primera vez de una concepción política del archipiélago entre las poblaciones de las islas atlánticas analizadas. Ha sido durante aquella era que estos archipiélagos pasaron a ser considerados como sujetos políticos por sus propios habitantes. En todos los casos que se han examinado el archipiélago, entendido como ente común que englobaba al conjunto de islas, acabó erigiéndose en el principal poder político a nivel regional con autoridad sobre la diversidad de poblaciones, territorios y espacios integrados en cada uno de los cuerpos archipelágicos.

II.- La concepción unitaria de estos archipiélagos que rige hoy en día también en términos políticos puede afirmarse que es el resultado de una contingencia histórica, más específicamente de la contingencia por la cual la era de los imperios precedió a la era de las naciones y no al revés.

III.- Más allá de aquella contingencia histórica, la determinante existencia de un cúmulo de elementos naturales singulares, presente de forma muy semejante en cada de uno de los archipiélagos, se erige en factor decisivo que posibilita aquella contingencia común a todos ellos, así como que el resultado unitario que la primera era conllevó se mantuviera, e incluso se intensificara, durante el posterior periodo dominado por las naciones y el nacionalismo. El análisis de los hechos señala al conjunto de circunstancias geográficas, territoriales y espaciales de estos archipiélagos como el factor capital tanto en la era imperialista como en la nacionalista para la conformación de una visión unitaria del archipiélago en términos de gobierno y administración, asumida esta visión primero desde el exterior y más adelante en el seno de aquellos.

IV.- En la era de los imperios las circunstancias naturales de estos archipiélagos provocaron la consolidación de aquella visión de una manera indirecta a través del comportamiento y asunciones compartidas por los principales imperios atlánticos que, prácticamente, tan sólo valoraban la condición de estos archipiélagos como puntos geográficos de vital importancia geoestratégica. En la consolidación de aquella visión la participación de Inglaterra se entiende fundamental. A este respecto se ha señalado el

papel determinante ejercido por Inglaterra mediante un patrón de comportamiento mantenido de forma más o menos constante a lo largo del tiempo. La fidelidad histórica a aquel patrón quedaba reflejada en una primera época, cuando Inglaterra se esforzaba por adquirir una mayor influencia en un Atlántico que por entonces estaba controlado por Portugal y España, así como en las posteriores estrategias, a medio y largo plazo, encaminadas a mantener una posición preeminente, una vez los británicos ya se habían erigido en el poder dominante de aquel océano a raíz de la adquisición de una gran cantidad de territorio por el *Tratado de París* de 1763 (Burnard 2009, p. 112).
El periodo de grandes rivalidades imperiales en el Atlántico había arrojado un mismo resultado para todos los archipiélagos tratados en la tesis que, en gran parte, obedecía a unas singulares circunstancias naturales comunes en todos ellos. Se había consolidado una percepción que, asumida desde el exterior, concebía a cada archipiélago como una unidad de administración bajo el amparo y autoridad de un único ente imperial.

V.- Sobre la base de una concepción unitaria del archipiélago, heredada de la era imperial, las circunstancias naturales de los archipiélagos tratados vuelven a erigirse como el trasfondo común a todos ellos que desencadena durante la era del nacionalismo una renovada visión unitaria del archipiélago pero que se proyectaba ahora desde el seno de aquel hacia fuera y que presentaba como novedad una importante carga ideológica.

VI.- La irrupción del nacionalismo conlleva una exigencia y clamor entre algunas élites y grupos de influencia de los archipiélagos tratados en favor de la aplicación en sus territorios insulares, de algunos de los principios políticos que venían aparejados con las ideas de nación y nacionalismo que estaban siendo objeto de una extraordinaria difusión planetaria. Estos principios tenían una gran atracción para aquellas élites insulares pues se presentaban como instrumentos potencialmente correctores del subdesarrollo crónico y falta de progreso soportados tradicionalmente por aquellos archipiélagos. A través de las nuevas lentes que proporcionaba el nacionalismo algunos miembros de las élites y grupos influyentes insulares comenzaron a percibir aquellos padecimientos isleños, en gran parte, como el resultado de una histórica desidia y falta de empatía de los Estados continentales con la realidad constreñida y dificultosa que las singulares circunstancias naturales generaban en el ámbito archipelágico.

VII.- La llegada del nacionalismo permitió que determinados grupos de habitantes destacados de los archipiélagos adquirieran *conciencia* (1) de que las consecuencias y efectos negativos derivados de su realidad singular a través de la acción política podían revertirse o mitigarse y así intentar equiparase a la forma de vida y nivel de desarrollo de sus conciudadanos continentales que se tomaban como referencia *(principio de igualdad)* y (2) de que los nuevos tiempos les atribuían la máxima legitimación posible para la promoción activa y desempeño de aquella acción política en tanto que fueran capaces de actuar como portavoces y representantes legítimos de una amplia mayoría de sus conciudadanos insulares *(soberanía popular)*.

VIII.- Fruto de la asimilación de aquellos principios políticos bajo un contexto nacionalista cada vez más global, son las expresiones autonomistas que empiezan a proliferar en los ANFA analizados desde el último cuarto del siglo XIX. La irrupción de estas demandas de autonomía política y, por ende, de libertad en favor de los archipiélagos, son en gran parte consecuencia directa de la consolidación planetaria del ente político nacional y del ideario nacionalista y de la estrecha conexión que ambos establecieron entre determinados principios (igualdad, libertad, soberanía popular…) y las comunidades políticas que florecían y empezaban ya a multiplicarse bajo su inspiración.

IX.- El nacionalismo pone al alcance de estos archipiélagos los instrumentos ideológicos junto a los ejemplos prácticos que hacen posible la conversión de aquellos en sujetos políticos determinados. Pero el nuevo sistema político-cultural instaurado a raíz de la hegemonía del nacionalismo empuja a procesar aquella conversión a través de una fundamentación en la homogeneidad de unos rasgos distintivos únicos presentes en el conjunto poblacional que habitaba el ente archipelágico en cuestión. La pretendida homogeneidad *etnocultural* que parecía exigir la nueva época nacional era ya una realidad en estos archipiélagos. Aquella homogeneidad insular era el resultado de la combinación de unos factores naturales singulares con alguna de las dinámicas propias de la anterior era imperial por las cuales cada uno de estos archipiélagos había permanecido ligado en su conjunto a un único ente imperial de forma exclusiva durante siglos. Por su parte, la demanda generalizada de un alto grado de homogeneidad etnocultural había surgido en gran medida a raíz de un explosivo desarrollo planetario del nacionalismo, cimentado a su vez, sobre una abrumadora realidad continental que

desbordaba cualquier posibilidad de una sistemática demarcación de las comunidades políticas basada en fronteras físicas naturales.

X.- Con la irrupción del nacionalismo los impulsos y estímulos aunadores de las circunstancias naturales presentes en los ANFA se fueron desvaneciendo en favor de unas circunstancias etnoculturales que pasaron a constituirse en principales determinantes de la unidad política del archipiélago. En base a una versión *continentalcentrista* del nacionalismo los decisivos elementos naturales dejaron de significarse como articuladores de un lugar habitado del planeta fácilmente identificable, para convertirse en meros sostenedores de poblaciones particulares.

XI.- El nacionalismo conllevó una paradoja en los ANFA tratados pues al erigirse el elemento etnocultural en principal fundamento para la constitución de una *polity* que comprendiera el archipiélago en sí, las circunstancias naturales pasaron a ocupar a lo sumo un papel secundario en la concepción política de los mismos. La concepción política resultante estaba condenada a no reflejar con fidelidad el alto grado de acaparamiento que aquellos elementos naturales comportaban para el desarrollo en sociedad de las poblaciones isleñas. Entendiendo el territorio de un lugar también como un espacio de organización sociopolítica, el nacionalismo promovió en los ANFA paradójicamente una organización sociopolítica no fundamentada de forma prioritaria en elementos tales como su territorio, el espacio comprendido por este o su ubicación geográfica, y ello precisamente cuando el hablar de un ANFA es referirse a uno de los lugares del mundo que muestran una mayor particularidad y rareza en lo concerniente a su componente territorial y demás elementos físicos relacionados. Este hecho repercutió negativamente en la posible modulación de una estructura política común del archipiélago articulada sobre unas circunstancias naturales determinantes y excepcionales, así como en la consecución de una conciencia política entre una mayoría de sus habitantes, a través de la cual los elementos naturales de que se compone el ente archipelágico pasaran a constituirse en una de las causas y objetos principales de toda acción política.

XII.- La concepción política asumida por los ANFA no se presentaba pues como la más óptima para facilitar el desarrollo de una rápida concienciación popular entre la sociedad isleña que se tradujera en una respuesta sólida, adaptativa y unánime que

pudiera hacer frente a los desafíos más urgentes que, ya en los últimos años del siglo XX, amenazaban no sólo con trastocar el desarrollo en sociedad de aquellas poblaciones sino, a medio y largo plazo, la propia subsistencia de aquellas. Desafíos como la emergencia climática, el desarrollo sostenible, la globalización o la explotación de aguas y fondos marinos oceánicos no han hecho sino confirmar su premura y especial incidencia respecto a estos archipiélagos durante las primeras décadas del siglo XXI.

XIII.- Los condicionantes derivados de un contexto marcado por el ideal nacionalista también condujeron a que en los procesos experimentados por los ANFA que conllevarían desde mediados del siglo XX la determinación de una concepción política de alcance popular, tampoco figuraran como fundamentación preeminente de esta última las dinámicas políticas y sociales de carácter *endémico* surgidas y consolidadas a lo largo de la historia en el ámbito insular o que irrumpían en aquel de una forma intermitente al poseer una naturaleza cíclica.

XIV.- Nuevamente, la concepción política asumida por los ANFA no se suponía como la más idónea para corregir los vicios y daños estructurales que tradicionalmente habían afectado a la esfera política del archipiélago y que amenazaban con lastrar o, incluso, «hacer descarrilar» la potencial conversión y futuro desarrollo del ente geográfico como entidad política determinada.

XV.- La concepción política de estos archipiélagos supuso la culminación de un proceso que para cada caso analizado comenzaba con una respuesta concreta a un tipo específico de nacionalismo de origen continental. Se trata de una respuesta concreta a un nacionalismo determinado y al particularismo proclamado por aquel, tendiéndose a preconcebir tal particularismo como un rasgo presente de forma homogénea dentro de la comunidad política a la que decía representar tal identidad nacional.

XVI.- El nacionalismo e identidad nacional del Estado continental al que pertenecían los ANFA sería el condicionante primigenio de la concepción política que finalmente adoptarían las respectivas poblaciones archipelágicas. Del mismo modo, la plasmación de aquella concepción política en una norma institucional básica tuvo que lidiar con las interferencias emanadas de la *cultura política* del Estado continental, influenciada, en gran parte para este ámbito concreto, por el reflejo en la propia identidad nacional de la

forma en que cada uno de los Estados continentales examinados había «digerido» su progresivo declive imperial experimentado a lo largo del siglo XIX. En este proceso la identidad nacional del Estado continental muestra también una vertiente más institucional en la forma de una influencia indirecta sobre el cuerpo legislativo del Estado, perceptible aquella vertiente en contenidos concretos de normas de gran relevancia como serían las propias Constituciones.
Paralelamente, la concepción política del archipiélago dependió en gran medida del grado y capacidad objetiva de encaje de su realidad (muy especialmente la etnocultural) dentro del particularismo que proclamaba y, en ocasiones, exaltaba el nacionalismo e identidad nacional del Estado continental.

XVII.- Dentro de la ecuación particularista elementos como el territorio o la geografía ocupaban un papel secundario en base a ser percibidos como elementos líquidos, abiertos y subordinados a otros considerados esenciales y de mayor importancia. Esto se acentuaba en Estados continentales como Portugal, España y Dinamarca donde hasta hace relativamente poco el elemento territorial se entendía como inacabado y en permanente construcción. Es por ello que características como la territorial o la geográfica ni tan sólo formaron parte del diálogo identitario que se entabló entre los ANFA y los Estados continentales a los que pertenecían, durante los procesos que condujeron dentro de los ámbitos insulares a una concepción política del archipiélago.

XVIII.- Para todos los archipiélagos se llegó a una concepción política que en el ámbito insular empezaría a forjarse en función de una determinada realidad externa. Se trata por tanto de una concepción política cuya construcción se inicia y sustenta en función de una realidad relativa. Ello significa que la concepción política de un ANFA podría haber sido cualitativamente diferente si el arranque del proceso de concebir popularmente se hubiera llevado a cabo teniendo como referente a contrastar cualquier otra realidad estatal distinta de la que finalmente se tomó. Siguiendo este razonamiento no sería absurdo llegar a inferirse, por ejemplo, que si las Feroe nunca se hubieran separado políticamente de Noruega como así sucedió tras el *Tratado de Kiel* de 1814, habría habido muchas posibilidades de que finalmente se desarrollara en aquel archipiélago una identidad regional. De aquí se desprende en gran medida la disparidad de concepciones políticas que fueron adoptadas finalmente por los ANFA examinados y sobre la que se sustenta el hilo metodológico de la investigación.

XIX.- Pero la irrupción del sistema de naciones y el nacionalismo no se limitó al establecimiento de un diálogo dual. La plena inmersión dentro de la era de las naciones y el nacionalismo por parte de los ANFA supondrá la exposición de estos a una variedad de interpretaciones acerca de la naturaleza política del archipiélago y su encuadre dentro del esquema nacional. Esta variedad estaría en función del contacto de las sociedades isleñas con diferentes realidades y las relaciones de estas con el fenómeno nacionalista, ocupando un lugar preeminente la identidad nacional del Estado continental del que forman parte, las manifestaciones más generales de aquel fenómeno provenientes de contextos regionales o las más particulares que, dentro de estos últimos, dimanaran de varias entidades políticas o de aquellas que ostentaran la condición de potencia regional.

Aquellas interpretaciones de la naturaleza política de los ANFA sobre la base de un escenario nacionalista ya global acabaron por constituirse también en importantes condicionantes e interferencias que, con intensidad variable, influyeron los procesos desarrollados dentro de las islas conducentes a la adopción popular de una concepción política para el archipiélago. Esta dinámica sin duda contribuyó a la diversidad de concepciones políticas adoptadas por los archipiélagos y tuvo un claro reflejo en las entre sí desiguales definiciones oficiales que acabaron consagrando los ANFA analizados en sus primeras normas institucionales básicas.

XX.- Las concepciones políticas de los ANFA examinados que finalmente se consolidaron fueron pues el resultado de un complejo proceso de interacción entre:

- El juego de reflejos y contrastes establecido entre la población archipelágica y la población del Estado continental en relación a sus respectivos elementos *etnoculturales*.

- La caracterización de la identidad nacional del Estado continental y como importantes puntos de interés, la reacción/respuesta de esta frente al *juego de reflejos y contraste* así como frente a las aspiraciones de autonomía política que acabarían surgiendo en todos los archipiélagos. Dentro de esta caracterización son igualmente importantes tanto el contenido (los caracteres de la identidad nacional en función de cómo conciben a la nación sus miembros) como el

continente, referido a aspectos como la unidad interna, la etapa de desarrollo en que se encuentra, el grado de cuestionamiento interno o externo, la capacidad de ser exportada….Por último, debe reseñarse el papel fundamental jugado por la forma en que la nueva *polity* acabaría asimilando su ocaso imperial en un proceso traumático de dimensión popular que transcurriría, para todos los casos examinados, casi en paralelo con su proceso de conversión nacional.

- La posible apertura dentro de un contexto regional más amplio de una ventana de oportunidades en favor de determinados sectores isleños, así como la capacidad transformadora de aquella.

XXI.- La prolongada dependencia del exterior consolidada durante siglos se observa reproducida también en el momento de encarar un proceso de concebir políticamente al archipiélago dentro del ámbito insular. En el contexto de un dominio ya global del nacionalismo la formulación de una concepción política de los ANFA acordada en el seno de aquellos quedó al arbitrio de (1) un juego de reflejos y contrastes entre la población del archipiélago y sus conciudadanos en el continente, de (2) los procesos particulares de gestación y posterior desarrollo adscritos a la identidad nacional del Estado continental en el que se integran así como de su singular caracterización y de (3) la posible apertura de una ventana de oportunidades que, supeditada a la concurrencia de unas condiciones y variables favorables, pudiera haber sido de provecho para determinados elementos insulares con voluntad de infringir un cambio sustancial sobre la concepción política asentada o sobre la concepción que hasta ese momento se estaba afianzando entre una mayoría de la población insular.

XXII.- El proceso interno de alumbramiento de una concepción política para los ANFA en ninguno de los casos examinados estuvo condicionado ampliamente por las realidades internas y peculiares de cada archipiélago, sino que estos procesos quedaron condicionados en su mayoría a la intervención de factores externos al archipiélago. En base a lo observado durante la investigación, estos factores coincidían en derivar de unos mismos patrones generales (todos estrechamente relacionados en algún modo con el paradigma nacionalista) que afectaban por igual a cada archipiélago pero que en el momento de aplicarse a la realidad arrojaban una disparidad evidente de resultados en base a la relatividad que comportaban y a la potencial variabilidad que algunos factores

mostraban por sí solos como así lo hacía la identidad nacional de los diferentes Estados continentales tratados. A este respecto, la identidad nacional del Estado continental convertida en variable fundamental durante el alumbramiento de una concepción política dentro de los ANFA, es de esperar que, mientras continúe la hegemonía global del paradigma nacionalista, siga interfiriendo el posterior desarrollo de los archipiélagos como entidades dotadas ahora de plena legitimidad política e institucional, al ser la variable que es plenamente externa a los ANFA así como por su continua influencia en la esfera ideológica del Estado.

XXIII.- Por otra parte, el contexto nacionalista sobre el que se establecieron las concepciones políticas referidas a cada uno de los archipiélagos, no garantizaba ni una permanencia de las mismas a lo largo del tiempo ni tampoco el que se mantuviera indefinidamente la concepción unitaria en términos políticos instaurada en cada uno de aquellos. La era del nacionalismo no permite que se trate de un tema zanjado. Algunas de las variables examinadas siguen vivas y perfectamente activas y en base a la perdurabilidad de manifestaciones nacionalistas en aquellos archipiélagos o de otras visiones contrapuestas a la concepción instaurada, la apertura de una ventana de oportunidades siempre conllevará un potencial riesgo de revisión de la concepción política hasta entonces establecida. Por otra parte, el hecho de que las concepciones finalmente atribuidas habían dependido de la concurrencia de una variedad de factores externos, esto es, factores que se escapaban del control de aquellos archipiélagos y cuya desaparición o mutación también se escapaba del mismo, genera incertidumbres acerca de la durabilidad de las concepciones consagradas. Igualmente, el contexto global nacionalista hacía factible una posible ruptura de la concepción unitaria del archipiélago. Al haberse situado el elemento etnocultural como principal fundamento de la unión política de estos, un ligero desvanecimiento de la apariencia de homogeneidad etnocultural entre las diversas islas que integran el archipiélago, podría suponer un riesgo de quebrantamiento del ente político archipelágico.

XXIV.- Otra paradoja que conllevó la era de las naciones y el nacionalismo para los ANFA se refiere a los diversos impedimentos estructurales, observados durante la tesis, que hacían muy complicado el alumbramiento de una identidad nacional circunscrita al archipiélago cuya posible consolidación se debiera principalmente a la acción y empeño de sus respectivas poblaciones insulares. En general, puede afirmarse que existían

grandes dificultades para el desarrollo y consolidación de una identidad nacional propia en este tipo de archipiélago.

A pesar de que la era del nacionalismo propició la conversión de los ANFA en sujetos políticos determinados a ojos de sus propios habitantes, se daban varios obstáculos que dificultaban que estos archipiélagos pudieran disponer de una identidad nacional propia y, por tanto, pudieran beneficiarse de lo que para algunos autores constituye la concepción política que, estando en consonancia con los valores democráticos, presenta mayores cuotas de efectividad en la consecución de una cohesión social y solidaridad interna dentro de una *polity* (Tamir, 2019; *Yuval Noah Harari on "The Bright Side of Nationalism"*, 2019; Canovan, 1998; Miller, 1995; Nodia 1992). Era precisamente en estos entes archipelágicos, integrados desde hace siglos en el ámbito político cultural sobre el que se desarrollarían las democracias occidentales, donde, en base a una acentuada fragmentación territorial, una dispersión poblacional de gran magnitud y un desarrollo histórico social que había fomentado grandes desigualdades entre estratos a la par que una desestructuración de amplios sectores de la sociedad (con la excepción de las Feroe para este último punto), pareciera más necesario el poder valerse de una conciencia nacional propia que, como contrapeso a la constricciones aludidas, pudiera proporcionar un alto grado de solidaridad y unidad social entre sus habitantes.

XXV.- Así pues, no sólo resultaba muy complicada la consagración de una identidad nacional propia para los ANFA, sino que para el supuesto de que hubiera acontecido la activación de una conciencia nacional de dimensión popular lo más probable es que esta última fuera una causa directa de factores externos derivados de una ventana de oportunidades. En gran medida se acababa dependiendo de voluntades externas cuando no de intereses ajenos que no respondían a la realidad ni necesidades objetivas del archipiélago.

XXVI.- Finalmente, el surgimiento y consolidación de estos archipiélagos como entidades políticas reconocidas por sus propios habitantes tiene lugar en un periodo en el que la hegemonía del sistema de naciones e ideario nacionalista se encontraba plenamente consolidada a nivel global. Tal y como se ha visto, para todos los casos examinados el fenómeno novedoso de empezar los habitantes a concebir políticamente el ente archipelágico en que residían fue un producto directo de la irrupción y posterior consolidación del nacionalismo a escala planetaria. Por tanto, para poder entender el

desarrollo político posterior de estos archipiélagos se entiende imprescindible el análisis y estudio evolutivo de aquellas variables íntimamente ligadas al fenómeno nacionalista y su interacción, en el contexto particular de estos archipiélagos, con otras variables que sí que han sido tenidas más en cuenta tradicionalmente por el mundo académico y que normalmente derivan de disciplinas como la economía, sociología, demografía, historiografía o dentro del campo específico de la ciencia política de subdisciplinas como la acción colectiva y grupos de interés, teorías del poder, estructura social, comportamiento electoral o relaciones internacionales.

XXVII.- A lo largo de la tesis se han revelado como puntos fuertes de la teoría de Greenfeld que contribuyeron positivamente al desarrollo de la investigación los siguientes elementos integrantes de su trabajo teórico:

(1).- El *timing* propuesto por la autora para el surgimiento de las primeras naciones de la historia y la importancia vital concedida a estas en el posterior desarrollo y expansión del fenómeno nacionalista. El caso del nacionalismo francés y su relación con el surgimiento de un nacionalismo español, al igual que la interconexión entre el nacionalismo alemán y el posterior desarrollo y caracterización de una identidad nacional danesa, son casos ilustrativos que quedan reflejados en la investigación.

(2).- El especial foco de atención que la autora pone sobre el nacionalismo emanado de los Estados o como podría denominarse, sobre el *nacionalismo estatal*. No restringir el estudio del nacionalismo a fenómenos subestatales, periféricos o a aquellos casos vinculados con el secesionismo y situar como elemento capital de la teoría nacionalista las expresiones de aquel género emanadas de los grandes Estados contemporáneos, era uno de los rasgos de la teoría de Greenfeld a priori más atrayentes en el momento de encarar los trabajos de investigación. Los resultados obtenidos por estos se inclinan por confirmar la importancia decisiva de aquella forma de nacionalismo para el desarrollo político e institucional de los archipiélagos examinados y para ello la tesis se ha valido enormemente de aquel componente fundamental del esquema teórico de Greenfeld.

(3).- La posición preminente que ocupan en la teoría de Greenfeld alguno de los principios políticos que asocia íntimamente la autora a los conceptos de nación y

nacionalismo. Los principios de *igualdad* y *soberanía popular*, concebidos en base al pensamiento de Greenfeld como unos principios cuya extraordinaria generalización está ligada a la cualidad de «omnipresente» que llegan a alcanzar las ideas de nación y nacionalismo, se presentan como una variable de gran utilidad para examinar también unidades de gobierno distintas de las naciones y los Estados nación copartícipes del sistema global basado en la unidad nación.

(4).- La importancia en los archipiélagos estudiados de sus élites y grupos de influencia en todo el proceso conducente a una concepción política en el marco particular de la era de las naciones. Sobre la base de la trascendencia concedida por la autora a estos estratos en los procesos de alumbramiento nacional, ha resultado muy útil examinar para cada archipiélago los diferentes estratos sobresalientes y la relación de estos con el fenómeno nacionalista, ya fuera en su calidad de primeros destinarios de la identidad nacional proveniente del continente o como posibles precursores de una identidad nacional propia para el archipiélago.

(5).- Por último, ha sido muy importante el concepto de dignidad que Greenfeld desarrolla a partir de la nueva realidad global nacionalista. La autora sitúa ahora a la dignidad en el ámbito de las comunidades políticas y destaca como su expresión colectiva se convierte en un motor imprescindible que en buena parte explica la difusión planetaria con gran éxito del nacionalismo, así como, más específicamente, parte de los anhelos y frustraciones de las comunidades nacionales. Esta variable de la dignidad según el sentido que le concede Greenfeld ha sido de gran ayuda para entender la caracterización y comportamiento de alguna de las identidades nacionales que debían tratarse en la tesis.

XXVIII.- En relación a las posibles debilidades del trabajo teórico de Greenfeld que se han advertido tras el desarrollo de la tesis, éstas se relacionan sobre todo con la dificultad de transponer algunas de las afirmaciones básicas de su teoría al escenario particular representado por los archipiélagos ANFA.

En estos archipiélagos dentro de un hipotético proceso de construcción nacional se erige en factor determinante la atribución nacional externa, esto es, el carácter nacional conferido al archipiélago desde el exterior, especialmente cuando aquella adscripción es

defendida por al menos una parte significativa de los grupos de poder del Estado continental en que se integra el archipiélago en cuestión. Esto pasa a ser un punto decisivo para la materialización a escala popular de aquella conversión hacia lo nacional iniciada desde el archipiélago.

La diferencia evidente entre la población del archipiélago y la del Estado continental manifestada fundamentalmente a través de aquellos rasgos más visibles y expuestos de la población isleña que rompen la homogeneidad particularista sobre la que se asienta la nación hegemónica del Estado continental, se constituye en uno de los principales fundamentos que justifican una asignación de la cualidad nacional al archipiélago por parte de los grupos de poder del Estado continental. Igualmente, expresiones particulares del fenómeno nacionalista que apunten a una condición nacional del ANFA y que emanen de un contexto regional más amplio con el que se identificara una mayoría de la población del ANFA, también han supuesto un importante impulso e inspiración para la implantación de una identidad nacional de masas en aquellos. Esta dinámica dependiente del exterior se establece como principal componente causal que explica el desarrollo exitoso de una identidad nacional que se circunscribiera únicamente al cuerpo archipelágico por delante de la capacidad de influencia o transmisión que los primeros nacionalistas incrustados en grupos de influencia tuvieran sobre el resto de la población insular como así se desprendería de la teoría de Greenfeld.

Las peculiaridades del elemento natural que marcan a los ANFA, de una forma indirecta, en tanto que propician (1) un aislamiento de sus sociedades y con ello una extraordinaria capacidad para conservar los rasgos propios de estas, (2) una apariencia nacional desde una perspectiva externa en base a una población que se reproduce sobre un mismo territorio desde hace siglos, (3) obstáculos que dificultan la posibilidad de disponer de grupos influyentes fuertemente cohesionados o (4) una sensación de «vértigo» ante una hipotética realidad nacional archipelágica que pudiera ser el preámbulo natural de un escenario micro-estatal-oceánico, se constituyen en un factor primordial y determinante incluso dentro de este ámbito específico referido al alumbramiento de las naciones, dictando así una forma imperante para el acceso al estadio nacional de estas poblaciones insulares que se materializaría a través de una vía que se aparta sustancialmente de aquella defendida por la teoría de Greenfeld.

XXIX.- Los contextos regionales se presentan pues como un elemento a tener muy en cuenta dentro del estudio del fenómeno nacionalista asociado a los archipiélagos ANFA. La legitimidad desprendida de aquellos contextos es más fácil que adquiera una cualidad de no discutida a ojos de la población isleña al emerger de una fuente presuntamente neutral y no alineada. A la par se trata de una legitimidad reforzada al poder disponer del respaldo de una pluralidad de actores regionales que todavía lo es más cuando se contara con el apoyo de al menos una de las potencias regionales. Por lo general, un contexto regional más amplio que desborde la «relación umbilical» de archipiélago y Estado se sobreentiende como no partidista y por tanto ajeno a la dialéctica de intereses contrapuestos, en ocasiones difícil de evitar, que se da entre el ANFA y la *polity* continental que lo integra. Surgen aquí nuevas variables que pueden resultar de gran interés para futuras investigaciones como la cohesión que pudiera existir dentro de aquel contexto regional, la capacidad que tiene aquel contexto de emitir un mensaje o unas coordenadas claras referidas al fenómeno nacionalista, el grado e intensidad de la legitimidad que proporciona aquel contexto, el grado de hegemonía y legitimación de las diversas potencias regionales, la rivalidad entre potencias regionales y el posible rol que podría ocupar el ANFA dentro de aquella rivalidad o la capacidad del archipiélago de reconocerse e identificarse con aquel contexto regional o con algunas de las potencias regionales preferentemente sobre otras.

7. CONCLUSION

I.- The era of nationalism saw the development for the first time of a political conception of the archipelago among the populations of the Atlantic islands analysed. It was during this era that these archipelagos came to be considered as political subjects by their own inhabitants. In all the cases examined, the archipelago, understood as a common entity encompassing all the islands, ended up becoming the main political power at the regional level with authority over the variety of populations, territories and spaces integrated in each of the archipelagic bodies.

II.- The unitary conception of these archipelagos that prevails today also in political terms is mainly the result of a historical contingency, more specifically the contingency whereby the era of empires preceded the era of nations and not the other way around.

III.- Beyond this historical contingency, the determining existence of a cluster of singular natural elements, present in a similar way in each of the archipelagos, becomes a critical factor that makes that common contingency possible. That cluster of singular natural elements is equally responsible for the continuity, and even intensification, of the unitary perception of the archipelagos during the subsequent period dominated by nations and nationalism. The analysis of the facts points to the set of geographic, territorial and spatial circumstances of these archipelagos as the key factor during both the imperialist and nationalist era in shaping a unitary vision of the archipelago in terms of government and administration, a vision first assumed from the outside and later within the archipelago itself.

IV.- In the era of empires, the natural circumstances of these archipelagos instigated the consolidation of that unitary vision in an indirect way through the behaviours and assumptions shared by the main Atlantic empires that, practically speaking, only valued the condition of these archipelagos as geographic entities of vital geostrategic relevance. In the consolidation of that vision, the participation of England is regarded paramount. In this respect, the decisive role played by England has been evidenced through a

pattern of behaviour that has been maintained more or less constantly over time. Historical fidelity to that pattern was reflected in an early period, when England was striving to acquire greater influence in an Atlantic then controlled by Portugal and Spain, as well as in the later medium and long-term strategies aimed at maintaining a preeminent position once the British had established themselves as the dominant power in that ocean following the acquisition of a large amount of territory by the *Treaty of Paris* in 1763 (Burnard 2009, p. 112).

The period of intense imperial rivalries in the Atlantic had yielded the same result for all the archipelagos discussed in the thesis, which was largely due to the unique natural circumstances common to all of them. A perception had been consolidated that, assumed from the outside, conceived each archipelago as a unit of administration that must remain under the protection and authority of a single imperial entity.

V.- On the basis of a unitary conception of the archipelago inherited from the imperial era, the natural circumstances of the archipelagos are once again established as the common feature to all of them that triggers a renewed unitary vision of the archipelago during the era of nationalism. Now the unitary vision was projected outwards from within the archipelago and with a new and significant ideological charge.

VI.- The irruption of nationalism entails a demand and clamour among some elites and groups of influence in the archipelagos in favour of the application in their island territories of some of the political principles that came attached to the ideas of nation and nationalism. These political principles were being the object of an extraordinary planetary diffusion. These principles had a great attraction for those island elites since they were perceived as potentially corrective instruments of the chronic underdevelopment and lack of progress traditionally endured by those archipelagos. Through the new lenses provided by nationalism, some members of the island's elites and influential groups began to conceive those island afflictions, to a large extent, as the consequences of a historical neglect and lack of empathy from their continental states with regard to the constrained reality that the unique natural circumstances of the islands created in the archipelagic setting.

VII.- The advent of nationalism allowed certain groups of prominent inhabitants of the archipelagos to become aware (1) that the negative consequences and effects derived from their singular reality could be reversed or mitigated through political action thus being able to attain for the islands the way of life and level of development of their fellow citizens on the mainland that were seen as a benchmark (principle of equality) and (2) that the new times would provide them the greatest possible legitimacy for the active promotion and performance of that political action insofar as they were able to act as legitimate spokespersons and representatives of a large majority of their fellow islanders (popular sovereignty).

VIII.- The assimilation of those political principles under an increasingly global nationalist context yielded the autonomist claims that began to proliferate in the ANFAs analysed since the last quarter of the 19th century. The irruption of these demands for political autonomy and, thus, for freedom in favour of the archipelagos are largely a direct consequence of the global consolidation of the national political entity and the nationalist ideology, being a crucial factor the close connection that the both established between certain tenets (equality, freedom, popular sovereignty ...) and the political communities that flourished and were already multiplying under their inspiration.

IX.- Nationalism makes ideological instruments available to these archipelagos and equally provide them with practical examples that inspire them to convert into specific political subjects. But the new political-cultural system established as a result of the hegemony of nationalism pushed to process that conversion through a foundation in the homogeneity of some unique distinctive features present in the population group that inhabited the archipelagic entity in question. The supposed ethnocultural homogeneity that the new national era seemed to demand was already a reality in these archipelagos. That insular homogeneity was the result of the combination of some unique natural factors with some of the dynamics of the previous imperial era by which each of these archipelagos had remained linked as a whole to a single imperial entity in an exclusive way for centuries.

In turn, the generalized demand for a high degree of ethnocultural homogeneity had arisen largely as a result of an explosive global expansion of nationalism founded the latter on an overwhelming continental reality that exceeded any possibility of a systematic demarcation of political communities based on natural physical boundaries.

X.- With the advent of nationalism the ethnocultural traits became the main determinants of the political unity conformed by the archipelago. The natural circumstances associated with the ANFA progressively lost their uniting impulses and stimuli. On the basis of a *continentalcentric* version of nationalism, the decisive natural elements ceased to be seen as articulators of an easily identifiable inhabited place on the planet to become mere platforms of particular population groups.

XI.- Nationalism brought with it a paradox in the ANFAs discussed, for when the ethnocultural element was established as the main basis for the constitution of a *polity* comprising the archipelago itself, natural circumstances came to occupy at most a secondary role in the political conception of the ANFA. The resulting political conception was doomed to not faithfully reflect the high degree of *monopolisation* that those natural elements entailed for the development in society of the island populations. Understanding the territory of a place also as a space for socio-political organisation, nationalism paradoxically promoted in the ANFAs a socio-political organisation not based primarily on elements such as its territory, the space it encompasses or its geographical location, precisely when to speak of an ANFA is to refer to one of the places in the world that show the greatest particularity and rarity in terms of its territorial component and other related physical elements.

This had a negative impact on the possible modulation of a common political structure of the archipelago based on its exceptional and determining natural circumstances. This fact has also represented a big barrier for the achievement of a political awareness among a majority of its inhabitants through which their natural elements would become one of the main causes and objects in guiding most of the political action.

XII.- In general, the political conception assumed by the ANFA would not be among the most optimal to facilitate the development of a rapid popular awareness in the islanders that would translate into a solid, adaptive and unanimous response to the most urgent challenges that, already in the last decade of the 20th century, threatened not only to disrupt the development in society of those populations but, in the medium and long term, their very subsistence. Challenges such as the climate emergency, sustainable development, globalization or the exploitation of oceanic waters and sea beds have only confirmed their urgency and special impact on these archipelagos during the first decades of the 21st century.

XIII.- The endemic political and social dynamics that emerged and consolidated throughout the history in the different archipelagos also played a secondary role at most during the internal processes that led to a popular political conception in each of the archipelagos discussed.

XIV.- Again, the political conception assumed by the ANFA was not supposed to be the most suitable for correcting the structural vices and damage that had traditionally affected the political sphere of the archipelago. These vices and structural shortcomings threatened to undermine the path towards a potential conversion of the geographic entity as a *polity* and its future unfolding as such.

XV.- The political conception of these archipelagos was the culmination of a process that for each case analysed began with a concrete response to a specific type of nationalism with a mainland origin. It was a concrete response to a distinctive nationalism and the particularism proclaimed by it since there was a tendency to preconceive such particularism as a feature homogeneously present within the political community that the continental nationalism claimed to represent.

XVI.- The nationalism and national identity of the continental state to which the ANFA belonged would be the original conditioning factor of the political conception that the respective archipelagic populations would eventually adopt. Similarly, the

concretisation of that political conception into a basic institutional norm had to contend with the interferences emanating from the political culture of the continental state, influenced the latter, to a large extent in this particular area, by the reflection in the national identity itself of the way in which each of the continental states discussed had *digested* its progressive imperial decline over the course of the 19th century. In this process, the national identity of the continental state also shows a more institutional aspect in the form of an indirect influence on the legislative body of the state, perceptible in the specific content of highly relevant norms such as the Constitutions themselves.

At the same time, the political conception of the archipelago depended to a large extent on the degree and objective capacity to fit its reality (especially its ethnocultural reality) within the particularism that proclaimed and, at times, exalted the nationalism and national identity from the mainland.

XVII.- In the framework of this equation of the particularity, elements such as the territory or the geography occupied a secondary role since they were perceived as liquid and open elements subordinated to others deemed essential and of greater importance. This was accentuated in continental states such as Portugal, Spain and Denmark where until relatively recently the territorial element was understood as unfinished and under permanent construction. It is to a large extent for this reason that characteristics such as the territorial or the geographical were not part of the identity conversation that took place between the ANFA and the continental state during the processes that led within the insular areas to a popular political conception of the archipelago.

XVIII.- In all the cases examined the popular political conception would begin to be forged internally according to a particular external reality. It is therefore a political conception whose construction is initiated and sustained on the basis of a relative reality. This means that the political conception of an ANFA could have been qualitatively different if the commencement of the process of popularly conceiving it had been carried out taking as a contrasting reference any other state different from the one finally taken. Following this reasoning, it would not be absurd to infer, for example, that if the Faroes had never been politically separated from Norway as they did after the

Treaty of Kiel in 1814, there would have been many options that a regional identity would consolidate in that archipelago. This trend explains to a large extent the disparity of political conceptions that were finally adopted by the ANFAs discussed in the thesis.

XIX.- But the advent of a system of nations and the nationalist ideology that legitimated it was not limited to establish a dual dialogue between the ANFA and the continental state. The full immersion of the archipelago within the era of nations and nationalism would entail its exposition to a variety of interpretations about the political nature of the archipelago and its place within the whole national context. This variety would depend on the contact of island societies with different realities and how these contacts were affected by the particular relations of those external realities with the nationalist phenomenon. In this dynamic occupy a preeminent place: the national identity of the continental state, the more general manifestations of the nationalist phenomenon originated in regional contexts or the more particular ones that, within the latter, emanate from various political entities or from those that hold the status of regional power.

Those interpretations regarding the political nature of the ANFA within the context on an already global nationalist scenario ended up becoming important conditioning factors and interferences that, with varying intensity, influenced the processes developed within the islands leading to the popular adoption of a political conception for the archipelago. This dynamic undoubtedly contributed to the diversity of political conceptions adopted by the archipelagos and was clearly reflected in the very different official definitions that were eventually enshrined in the ANFAs discussed in their first basic institutional rules.

XX.- The political conceptions finally consolidated in the ANFAs discussed were the outcome of a complex interaction process between:

- The game of reflections and contrasts established between the archipelagic population and the mainland population in relation to their respective ethnocultural elements.

- The characterization of the national identity of the continental state. Of particular interest is the national identity reaction to the game of reflections and contrast as well as to the aspirations for political autonomy that would eventually emerge in all the archipelagos. In terms of this characterization is equally important the content (the national identity traits based on how its members conceive the nation) and the container, referring the latter to aspects such as the internal unity, the stage of development in which it is found, the degree of internal or external challenge, the ability to be exported ... Finally, it is also paramount the role played by the way in which the new *polity* would end up assimilating its imperial decline in a traumatic process of popular dimension that would take place, for all cases, almost in parallel with its national conversion process.

- The possible opening of a window of opportunity within a broader regional context which could act in favour of certain sectors of islanders, as well as its transformative capacity.

XXI.- The long-standing dependence on the outside world, consolidated through the centuries, is also reproduced when the population of the archipelagos undertake a process of conceiving politically the insular habitat where they live. In the context of an already global dominance of nationalism, the popular formulation of a political conception for the ANFA was left at the discretion of (1) a game of reflections and contrasts between the population of the archipelago and their fellow citizens on the mainland, (2) the particular processes of gestation, characterization and subsequent development experienced by the national identity of the continental state in which the archipelagos were integrated and (3) the possibility of emerging a window of opportunities that could act as a «game changer» favouring the interest of certain islanders sectors willing to infringe a substantial change on the established or likely to be established political conception of the archipelago.

XXII.- The internal process of giving birth a political conception for the ANFA in none of the cases discussed was largely led by the internal and peculiar realities of each archipelago. These processes were mostly conditioned by the intervention of external

factors to the archipelago. Based on the observations obtained during the research, these external factors coincided in deriving from the same general patterns (all closely related in some way to the nationalist paradigm) but when applied to the different archipelagic realities yielded a disparity of results. This disparity pointed to the relativity and variability that some factors showed by themselves, as did the national identity of the different continental states. In this regard, the national identity with origin in the mainland became a fundamental variable during the birth of a political conception within the ANFA. Insofar as the global hegemony of the nationalist paradigm continues, it is to be expected that the subsequent development of the archipelagos as political entities will be still conditioned by the national identity originated in the mainland due to its permanent influence in the ideological sphere of the state and for the fact of being the only variable that is fully external to the ANFA.

XXIII.- The nationalist context would not guarantee a long durability for the political conceptions assigned to the archipelagos nor the unitary conception in political terms that was achieved in each of the ANFAs studied. The era of nationalism does not allow it to be a settled issue. Some of the variables examined are still alive and very active and based on the alluded persistence of nationalist manifestations in those archipelagos and other visions opposed to the established conception, the opening of a window of opportunities will always entail a potential risk for the political conception established. On the other hand, the fact that the conceptions finally attributed had depended on the concurrence of a variety of external factors, i.e., factors that were beyond the control of those archipelagos and whose disappearance or mutation were also uncontrollable for the islanders, generates uncertainties regarding the maintenance of the political conceptions. Likewise, the global nationalist context could make possible a disintegration of the unitary conception of the archipelago. Since the ethnocultural element has been indirectly placed as the main foundation for the political union within the ANFA, a slight disruption of the ethnocultural homogeneity existing in the archipelago could entail an internal political division in a non-distant future.

XXIV.- The era of nations and nationalism announced another paradox that directly affected the ANFA. This paradox refers to the various structural impediments, observed

during the thesis, which made very complicated the possible emergence of a national identity circumscribed to the archipelago whose possible consolidation was mainly due to the action and commitment of their respective island populations. In general, it can be affirmed that there were great difficulties for the development and consolidation of a national identity in this type of archipelago.

Despite the fact that the era of nationalism propitiated the conversion of the ANFA into political subjects in the eyes of their own inhabitants, there were several obstacles that made it difficult for these archipelagos to have their own national identity and, therefore, to benefit from what for some authors constitutes the political conception that, being in line with democratic values, presents greater quotas of effectiveness in the achievement of social cohesion and internal solidarity within the polities (Tamir, 2019; *Yuval Noah Harari on "The Bright Side of Nationalism"*, 2019; Canovan, 1998; Miller, 1995; Nodia 1992). It was precisely in these archipelagic entities, integrated for centuries in the cultural political sphere on which western democracies would develop, where, based on a dramatic territorial fragmentation, a large-scale population scattering and a social historical development that had fostered great inequalities between strata as well as broad sectors of society unstructured (with the exception of the Faroes for this last point), seemed much more necessary to be able to dispose a tool like the popular national consciousness that could promote a high degree of solidarity and social unity among its inhabitants.

XXV.- Thus, not only was the achievement of a national identity of their own very complicated for the ANFA, but even if the activation of a national consciousness of popular dimension had taken place, it was most likely a direct cause of external factors derived from a window of opportunity. To a large extent, the culmination of the process of national conversion would depend on external wills and foreign interests that did not reflect the reality or objective needs of the archipelago.

XXVI.- Finally, the emergence and consolidation of these archipelagos as political entities recognized by their own inhabitants, takes place in a period in which the hegemony of the system of nations and nationalist ideology was fully consolidated at the global level. As it has been observed in all the cases examined, the novel

phenomenon represented by the islanders beginning to conceive politically the archipelagic entity where they resided was a direct product of the irruption and subsequent consolidation of nationalism on a planetary scale. Therefore, in order to understand the subsequent political development of these archipelagos, it is essential to analyse and study the evolution of those variables closely linked to the nationalist phenomenon and its interaction, in the particular context of these archipelagos, with other variables that have traditionally been taken into account by the academic world and that normally derive from disciplines such as economics, sociology, demography, historiography or within the specific field of political science from sub-disciplines such as collective action and interest groups, theories of power, social structure, electoral behaviour or international relations.

XXVII.- Throughout the thesis the following elements of Liah Greenfeld theoretical framework have been revealed as strengths and positively contributed to the development of the research:

• The timing proposed by the author for the emergence of the first nations in history and the decisive role which assigns to them in the subsequent development and global expansion of the nationalist phenomenon. Some well illustrative cases that have arisen during the thesis are the French nationalism and its relationship with the emergence of a Spanish nationalism as well as the interconnection between German nationalism and the subsequent development and characterization of a Danish national identity.

• The special focus that Greenfeld places on the nationalist expressions emanating from the states i.e., the importance given to state nationalism. One of the features of the theory of Greenfeld *a priori* more attractive before commencing the research was the identification of state nationalism as a capital element in the study of the nation and the nationalist ideology. Greenfeld does not restrict the study of nationalism to sub-state, peripheral phenomena or those cases related to secessionism. The results obtained by the thesis tend to confirm the decisive importance of that form of nationalism for the political and institutional development of the archipelagos discussed, and for this

purpose the thesis has made great use of that fundamental component of Greenfeld theoretical scheme.

• The preeminent position of some political tenets that the author intimately associates with the concepts of nation and nationalism. The principles of equality and popular sovereignty, conceived on the basis of Greenfeld thought as principles whose extraordinary generalization is linked to the ubiquity that the ideas of nation and nationalism achieved globally, are presented as highly useful variables to also examine a broad range of political realities beyond the national or state form.

• The importance in the archipelagos discussed of their elites and groups of influence during the whole process leading to a political conception within the era of nations. On the basis of the fundamental function granted by Greenfeld to these strata in the emerging of any nation, it has been very useful to examine for each archipelago the elite strata and its relationship with the nationalist phenomenon specifically regarding either its potential role as first recipients of the national identity coming from the mainland or as possible precursors of a national identity of their own for the archipelago.

• Finally, the concept of dignity that Greenfeld develops as something inherently attached to the new global nationalist reality has been very important. The author now places dignity in the sphere of political communities and highlights how its collective expression becomes an essential driving force that largely explains the successful planetary diffusion of nationalism, as well as, more specifically, part of the motivations, yearnings and frustrations which guide many national communities. This variable of dignity according to the meaning given to it by Greenfeld has been of great help in understanding the characterization and behaviour of some of the national identities examined in the thesis.

XXVIII.- In relation to the weaknesses of the theoretical work of Greenfeld that could have been noticed during the investigation, these are mainly related to the difficulty of

transposing some of the basic statements of her theory to the particular scenario represented by the archipelagos ANFA.

In the context of a hypothetical process of national construction which would involve these archipelagos, the external national attribution, that is, the national character conferred on the archipelago from outside, becomes a determining factor, especially when this attribution is defended by at least a significant part of the power groups of the continental state in which the archipelago in question is integrated. This external attribution becomes a decisive point for the materialization on a popular scale of that conversion towards the national form sparked within the archipelago.

The obvious difference between the population of the archipelago and that of the continental state, manifested fundamentally through those more visible and exposed features of the island population that break the particularistic homogeneity on which the hegemonic nation of the continental state is based, constitutes one of the main foundations that justify the assignment of a national quality to the archipelago by the power groups in the mainland. Likewise, particular expressions of the nationalist phenomenon that point to a national status for the ANFA and emanate from a broader regional context with which a majority of the ANFA population identify, have also been an important impetus and inspiration for the implantation of a mass national identity in the ANFA. This externally dependent dynamic is established as the main causal component explaining the successful development of a national identity attributed solely to the archipelagic body ahead of the capacity of influence and transmission that the first nationalists embedded in influential groups could have had over the rest of the island population, as the theory of Greenfeld would suggest.

The peculiarities of the natural element that determine the ANFA, in an indirect way, constitute a primordial and defining factor also within the specific ambit referred to the emergence of nations. These peculiarities dictate a predominant form for the access to the national stage of these island populations that would materialize through a path that substantially departs from that defended by the theory of Greenfeld.

This particular path to the national form has been promoted by the natural elements of the ANFA since they have historically produced (1) an intense isolation of the archipelagic societies and thus an extraordinary capacity to preserve their own characteristics, (2) a national appearance from an external perspective based on a population that has reproduced itself on the same territory for centuries, (3) obstacles that hinder the possibility of having strongly cohesive influential groups, or (4) a sense of "vertigo" in the face of a hypothetical archipelagic national reality that could be the natural preamble to a micro-oceanic-state.

XXIX.- Regional contexts are therefore an element to be taken into account in the study of the nationalist phenomenon associated with the ANFA archipelagos. The legitimacy derived from these contexts is more likely to acquire an uncontested quality in the eyes of the island population as it emerges from a presumably neutral and non-aligned source. At the same time, this legitimacy is reinforced by the support of a plurality of regional actors, and even more so if it is supported by at least one of the regional powers. In general, a broader regional context that goes beyond the "umbilical relationship" between archipelago and state is understood to be non-partisan and therefore alien to the sometimes difficult to avoid dialectic of conflicting interests that exists between the ANFA and the continental polity that integrates it.

New variables arise here that may be of great interest for future research, such as the cohesion that might exist within that regional context, the capacity of that context to send out a message or clear coordinates referring to the nationalist phenomenon, the degree and intensity of the legitimacy provided by that context, the degree of hegemony and legitimisation of the various regional powers, the rivalry between regional powers and the possible role that the ANFA could play within that rivalry, and the ability of the archipelago to recognise and identify itself with that regional context or with some of the regional powers in preference to others.

LEGISLACIÓN UTILIZADA

- Constitución Española de 1978 (BOE Núm. 311, de 29 de diciembre de 1978)
- Ley Orgánica 10/1982, de 10 de agosto, de Estatuto de Autonomía de Canarias (BOE Núm. 195, de 16 de agosto de 1982)
- Ley Orgánica 4/1996, de 30 de diciembre, de reforma de la Ley Orgánica 10/1982, de 10 de agosto, de Estatuto de Autonomía de Canarias (BOE Núm. 315, de 31 de diciembre de 1996)
- The Constitutional Act of Denmark (version del 5 de junio de 1953)
- Home Rule Act of the Faroe Islands – Act no. 137 of 23 March 1948
- Constituição da República Portuguesa. Texto originário da Constituição, aprovada em 2 de Abril de 1976
- Constituição da República Portuguesa. VII Revisão Constitucional (2005)
- Lei nº. 39/80 de 5 de Agosto. Estatuto Político-Administrativo da Região Autónoma dos Açores (Diário da República, I Série – Número 179)
- Texto da proclamação da independência de Cabo Verde (Nº 1 Boletim Oficial da República de Cabo Verde, 5 de julho de 1975)
- Lei Sobre a Organização Política do Estado (Nº 1 Boletim Oficial da República de Cabo Verde, 5 de julho de 1975)

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA MARCO TEÓRICO

- Anderson, Benedict. (1991). *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. London: Verso.

- Armstrong, John A. (1982). *Nations Before Nationalism*. Carolina: University of North Carolina Press.

- Billig, Michael. (1995). *Banal Nationalism*. London: Sage.

- Burnard, Trevor. (2009). The British Atlantic. En: Greene, Jack y Morgan, Philip (Eds.) *Atlantic History: A Critical Appraisal*. Oxford; Nueva York: Oxford University Press, pp. 111-136

- Canovan, Margaret. (1998). Crusaders, Sceptics and the nation. *Journal of Political Ideologies, 3 (3)*, 237-253.

- Cobban, Alfred. (1994). The Rise of the Nation-State System. En: Hutchinson, John y Smith, Anthony (Eds.) *Nationalism*. Oxford ; Nueva York : Oxford University Press, pp. 245-250.

- Deloughrey, Elizabeth. (2001). The litany of islands, the rosary of archipelagos: Caribbean and Pacific Archipelagraphy. *ARIEL, 32 (1)*, 21-51.

- Gellner, Ernest. (2008). *Nations and Nationalism*. Ithaca, New York: Cornell University Press.

- Greenfeld, Liah. (2016). *Advanced Introduction to Nationalism*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.

- Greenfeld, Liah. & Eastwood, J. (2007). National Identity. En: Boix, Carles & Stokes, Susan (Eds.) *The Oxford Handbook of Comparative Politics*. Oxford: Oxford University Press, pp. 256-273.

- Greenfeld, Liah. (2006). *Nationalism and the mind. Essays on modern culture*. Oxford: Oneworld Publications.

- Greenfeld, Liah. (2004). Is Modernity Possible without Nationalism? En: Michel Seymour (Ed.), *The Fate of the Nation State*. Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 38-50

- Greenfeld, Liah. (1999). *Nacionalisme i Modernitat*. Valencia: Editorial afers, Universitat de Valencia.

- Greenfeld, Liah. (1994). Types of European Nationalism. En: Hutchinson, J. & Smith A. (Eds.) *Nationalism*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press, pp. 165-171.

- Greenfeld, Liah. (1992). *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

- Harvard Divinity School, (2015). The Awakening of Muslim Democracy. [online video] Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=XBxF9nvNfjI> [Accedido 12/01/2018]

- Hearn, Jonathan. (2009). The Origins of Modern Nationalism in the North Atlantic Interaction Sphere. *Sociological Research Online, 14 (5)*, 147-160.

- Hearn, Jonathan. (2006). *Rethinking Nationalism. A critical introduction*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

- Hechter, Michael. (2000). *Containing Nationalism*. Nueva York: Oxford University Press.

- Hobsbawm, E.J. (1992). *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge, UK: Cambridge University Press

- Huntington, Samuel P. (1991). *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press

- Jacobs, Frank. (2012). One island, two countries. *New York Times*, 24 de abril [online]. https://opinionator.blogs.nytimes.com/2012/04/24/one-island-two-countries/ Accedido el 23/03/2020

- Kedourie, Elie. (1993). *Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.

- Miller, David. (1995). *On Nationality.* Oxford: Clarendon Press.

- Nodia, Ghia. (1992). Nationalism and Democracy. *Journal of Democracy, 3*, 3-22.

- Özkirimli, Umut. (2010). *Theories of Nationalism. A critical introduction*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

- Özkirimli, Umut. (2003). The nation as an artichoke? A critique of ethnosymbolist interpretations of nationalism. *Nations and Nationalism 9 (3)*, 339-355.

- Peckham, Robert S. (2003). The uncertain state of islands: national identity and the discourse of islands in nineteenth-century Britain and Greece. *Journal of Historical Geography, 29 (4)*, 499-515.

- Penrose, Jan. (2002). Nations, states and homelands: territory and territoriality in nationalist thought. *Nations and Nationalism 8 (3)*, 277-297.

- Royle, Stephen A. (2001). *A Geography of Islands. Small island insularity*. Londres y Nueva York: Routledge.

- Singer, Brian C. J. (1996). Cultural versus Contractual Nations: Rethinking Their Opposition. *History and Theory, 35 (3)*, 309-337

- Smith, Anthony D. (2008). *The Cultural Foundations of Nations. Hierarchy, Covenant and Republic*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishing.

- Smith, Anthony D. (1995). *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge: Polity.

- Smith, Anthony D. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishing.

- Tamir, Yael. (2019). *Why Nationalism.* Princeton and Oxford: Princeton University Press.

- Taylor, Charles. (1998). Nationalism and modernity. En: J. Hall (Ed.) *The State of the Nation: Ernest Gellner and the Theory of Nationalism* (pp. 191-218). Cambridge: Cambridge University Press.

- Williams, Stewart. (2013). Coherent Unity or Fracture and Flow? The Problematic Island Polity. En: Godfrey Baldacchino (Ed.) *The Political Economy of Divided Islands* (pp. 18-33). Nueva York: Palgrave Macmillan.

- *Yuval Noah Harari on "The Bright Side of Nationalism", at the Central European University* (19/05/2019) YouTube video agregado por Yuval Noah Harari [Online] disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=2jz7hsqsObU (Accedido el 20 de enero del 2021)

BIBLIOGRAFÍA CANARIAS Y ESPAÑA

- Álvarez Junco, José. (2013). Spanish National Identity in the Age of Nationalisms. En M. A. Centeno y A. E. Ferraro (Eds.) *State and Nation making in Latin America and Spain* (pp. 307-328). Nueva York: Cambridge University Press.

- Andrien, Kenneth J. (2009). The Spanish Atlantic System. En: Greene, Jack y Morgan, Philip (Eds.) *Atlantic History: A Critical Appraisal*. Oxford; Nueva York: Oxford University Press, pp. 55-79

- Arbelo García, Adolfo. (2004). La emigración tinerfeña a América durante el Antiguo Régimen: una reflexión sobre sus condicionantes socio-económicos. *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 17*, 83-126

- Báez García, Alberto Javier. (2018). Unión de Centro Democrático (UCD). El partido de la Transición en Canarias (1977-1982). En León Álvarez, Aarón (coordinador) *La Transición en Canarias* (pp. 385-401). Santa Cruz de Tenerife: LeCanarien ediciones.

- Baucells Mesa, Sergio. (2014). El "pleito de los naturales" y la asimilación guanche: de la identidad étnica a la identidad de clase. *Revista de Historia Canaria, 196*, 139-159

- Carballo Armas, Pedro. (2010). *Nacionalidad, nacionalismo y autonomía en Canarias.* Valencia: Tirant lo Blanch.

- Carballo Armas, Pedro. (2000). Asimetría y Constitución. Algunas reflexiones en torno al «hecho diferencial canario». *Cuadernos de Derecho Público, 11*, 111-139.

- De Paz-Sánchez, Manuel. (2007). Identidades lejanas. El proyecto nacional canario en América (1895-1933). *TZINTZUN. Revista de Estudios Históricos, 46,* 167-214.

- De Paz-Sánchez, Manuel. (1991). *Wangüemert y Cuba*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

- Díaz Hernández, Ramón. (2011). La pervivencia del régimen demográfico antiguo. En Millares Cantero, A *et al* (Eds.) *Historia Contemporánea de Canarias* (pp. 35-44). Las Palmas de Gran Canaria: Obra social de la Caja de Canarias.

- Eastwood, Jonathan. (2006). *The rise of nationalism in Venezuela*. Gainesville: University Press of Florida.

- Fox, E. Inman. (1997). *La invención de España: nacionalismo liberal e identidad nacional.* Madrid: Cátedra.

- Galván Fernández, Francisco. (1984-1986). Consideraciones sobre la expansión burguesa en Canarias (del S. XIX al XX). *Revista de Historia Canaria, 174*, 473-490.

- Galván González, Victoria; Becerra Bolaños, Antonio y Millares Cantero, Sergio. (2011). Las élites intelectuales bajo el atraso educativo y cultural. En Millares Cantero, A *et al* (Eds.) *Historia Contemporánea de Canarias* (pp. 149-170). Las Palmas de Gran Canaria: Obra social de la Caja de Canarias.

- García-Lázaro, Néstor. (2018). Coronas, estrellas y canes. El conflicto nacionalista en Canarias (1961-1983). En León Álvarez, Aarón (coordinador) *La Transición en Canarias* (pp. 297-315). Santa Cruz de Tenerife: LeCanarien ediciones.

- García-Lázaro, Néstor y López Trujillo, Zebensui. (2013). Canarias Libre: los orígenes del nacionalismo canario en el interior de las islas (1960-1965). *Cuadernos de Historia Contemporánea, 35*, 219-242.

- García Rojas, José Adrián. (2018). Un período clave de nuestra historia: evolución institucional y configuración del sistema canario de partidos (1969-1986). En León Álvarez, Aarón (coordinador) *La Transición en Canarias* (pp. 63-83). Santa Cruz de Tenerife: LeCanarien ediciones.

- García Rojas, José Adrián. (2006-2007). El régimen preautonómico de Canarias en perspectiva comparada. *Estudios canarios: Anuario del Instituto de Estudios Canarios, 50-51* (1), 251-270.

- Garí Hayek, Domingo. (1992). *Historia del Nacionalismo Canario*. La Laguna – Tenerife: Editorial Benchomo.

- González Zalacain, Roberto. (2006). Identidad y sociedad a fines de la edad media: el ejemplo de Tenerife. *Revista de Historia, 188*, 91-101.

- Guerra, Ricardo A. & León, Aarón. (2013). La Españolización de Canarias a través de la propaganda falangista (1936-1945). En: Ruiz Carnicer, Miguel Angel (coordinador) *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975).* Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, pp. 195-220

- Guimerá Peraza, Marcos. (1974). El pleito insular: el regionalismo, la división de la provincia y la autonomía canaria. *Anuario de Estudios Atlánticos, 20*, 423-540

- Heredero Gascueña, Victorio. (2006). De la Democracia Cristiana al Nacional-Catolicismo: Andrés de Arroyo y González de Chaves (1883-1968). *Revista de Historia, 188*, 103-131.

- Hernández Bravo de Laguna, Juan. (2004). El Nacionalismo y el Regionalismo canarios en torno al siglo XX. *Cuadernos del Ateneo, 18*, 13-24.

- Hernández Bravo de Laguna, Juan. (1992). *Franquismo y Transición Política*. Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

- Hernández González, Manuel. (2014). *Secundino Delgado: El hombre y el mito. Una biografía crítica*. Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

- Hernández González, Manuel. (2008). Martí y Canarias: Relaciones entre los Nacionalismos Canario y Cubano en la segunda mitad del siglo XIX. *Anuario de Estudios Atlánticos, 54-1*, 291-320.

- Hernández González, Manuel. (2005). *La Junta Suprema. Canarias y la emancipación americana*. Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea.

- Hernández González, Manuel. (2003). *Secundino González en Venezuela. "El Guanche" inédito*. La Laguna: Centro de la Cultura Popular Canaria.

- Hernández González, Manuel. (1998). El Nacionalismo Canario ante el 98. *Cuadernos del Ateneo, 4*, 6-9.

- Hernández López, N. (2016). El modelo de estado en el pensamiento político de Nicolás Estévanez. *XXI Coloquio de Historia Canario-Americana (2014)*, XXI-060. https://mdc.ulpgc.es/cdm/ref/collection/coloquios/id/2310 [accedido el 11/10/2019]

- Hernández Pérez, Laureano. (1855). *Apuntes acerca de las causas que han motivado las rivalidades entre las Islas Canarias*. Madrid: Imprenta de la Biblioteca Nueva.

- Jacobson, Stephen. (2006). Spain. The Iberian Mosaic. In T. Baycroft and M. Hewitson (Eds.), *What is a Nation? Europe 1789-1914* (pp. 210-227). New York: Oxford University Press.

- Laforet Hernández, Juan José. (2002). *Puertos francos, imagen y opinión periodística en dos fechas claves: 1852 y 1870.* XV Coloquio de historia canario-americano. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.

- Langa Laorga, María Alicia. (1990). *España y Portugal en el siglo XIX*. Torrejón de Ardoz, Madrid: Ediciones Akal

- Lobo Cabrera, Manuel. (1997). El Libro y la Lectura en Canarias en la Edad Moderna. *Studia Histórica. Historia Moderna, 16*, 155-176.

- Lobo Cabrera, Manuel. (1998). Formas de poder y economía canaria entre los siglos XV-XVII. *Investigaciones históricas: épocas moderna y contemporánea, 18*, 13-28.

- López-Alves, Fernando. (2013). Visions of the National: Natural Endowements, Futures, and the Evils of Men. En M. A. Centeno y A. E. Ferraro (Eds.) *State and Nation making in Latin America and Spain*. Nueva York: Cambridge University Press, pp. 282-306.

- Luis León, Angel Dámaso. (2018). El sistema electoral canario: origen y desarrollo de una polémica eterna. En León Álvarez, Aarón (coordinador) *La Transición en Canarias* (pp. 345-361). Santa Cruz de Tenerife: LeCanarien ediciones.

- Macías Hernández, Antonio. (1996). Panorama histórico de la economía Canaria (siglos XV-XX). *Cuadernos del Ateneo, 1*, 8-13.

- Macías Hernández, Antonio. (1992). *La emigración Canaria a América. Estado de la cuestión*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.

- Marco, José María. (2011). El Nacionalismo Español de Manuel Azaña. *FAES. Cuadernos de pensamiento político, Abril/Junio 2011*, 41-54.

- Millares Cantero, Agustín. (2011). Estructuras y prácticas políticas del Estado liberal. En Millares Cantero, A *et al* (Eds.) *Historia Contemporánea de Canarias* (pp. 103-147). Las Palmas de Gran Canaria: Obra social de la Caja de Canarias.

- Monteiro Quintana, María Luisa. (2018). Unión del Pueblo Canario (1979-1982): una aproximación a sus orígenes, gestión y descomposición. En León Álvarez, Aarón (coordinador) *La Transición en Canarias* (pp. 403-417). Santa Cruz de Tenerife: LeCanarien ediciones.

- Moreno Almendral, Raúl. (2014). Franquismo y Nacionalismo Español: una aproximación a sus aspectos fundamentales. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea, 12.*

- Muro, Diego y Quiroga, Alejandro. (2005). Spanish nationalism. Ethnic or civic? *Ethnicities, 5*, 9-29.

- Negrín Fajardo, Olegario. (2005). Las enseñanzas Primaria y Secundaria en la Historia de Canarias. *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 18*, 335-370.

- Noreña Salto, María Teresa. (1978). Federalismo y Centralismo: Fernando León y Castillo y el proyecto de Constitución Federal. *Revista de Historia Canaria, 171,* 111-122.

- Oñate Rubalcaba, Pablo. (1998). *Consenso e ideología en la transición política española*. Madrid: Centro de estudios políticos y constitucionales.

- Ortega y Gasset, José. (1999). *España Invertebrada. Bosquejos de algunos pensamientos históricos.* Cáceres: Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones.

- Otto y Pardo, Ignacio de. (1985). Sobre la naturaleza del estado de las autonomías y la relación entre Constitución y Estatutos. *Autonomies: revista catalana de dret public, nº 1*, 9-20.

- Peraza de Ayala, José. (1945). Un centenario memorable: Don Manuel de Ossuna y Van den Heede. *Revista de Historia, 70*, 121-129.

- Pérez Díaz, Pedro. (2017). *Autonomía insular y regional*. Isla de La Palma: Cartas Diferentes ediciones

- Pérez García, José Miguel (1996). De los Cabildos a la división provincial: propuestas para la organización político-administrativa de Canarias en las primeras décadas del siglo XX. *Boletín Millares Carlo, 15*, 21-30.

- Pérez Garzón, Juan. (1978). La cuestión Canaria a principios del siglo XX: Publicista e intereses económicos. *Anuario de Estudios Atlánticos, 24*, 229-251.

- Pro Ruiz, Juan. (2004). La crítica al estado liberal y la perspectiva latinoamericanicista: los ingredientes ideológicos del nacionalismo español (1890-1940) en Casáus, Marta y Pérez, Manuel (Eds.) *Redes Intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940* (pp. 329-354). Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.

- Quintana Andrés, Pedro. (2002). Reflejos de un conflicto eclesiástico: el traslado a Telde de la sede del Cabildo Catedral a comienzos del siglo XIX. *Anuario de Estudios Atlánticos, 48*, 223-264.

- Quintana Navarro, Francisco. (2011). La evolución política: el tardofranquismo, la recuperación de la democracia y la conquista del autogobierno. En Millares Cantero, A *et al* (Eds.) *Historia Contemporánea de Canarias* (pp. 563-612). Las Palmas de Gran Canaria: Obra social de la Caja de Canarias.

- Ruipérez, Javier. (2003). *La constitución del Estado de las Autonomías*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva S.L.

- Solozabal Echavarría, Juan José. (1982). Sobre el modelo de organización territorial del Estado según la Constitución de 1978. *Revista de Derecho Político, nº 13*, 53-74.

- Suárez Grimón, Vicente. (1996). La génesis de los Ayuntamientos modernos en Canarias. *Boletín Millares Carlo, 15*, 31-49.

NOTICIAS DE PRENSA ESCRITA

- Corredor, Carmen. (1981). 'Al frente del Partido del País Canario Ortiz Wiot, dispuesto a dar batalla', *Diario de Las Palmas*, 26 de agosto, p. 4.

- C. V., Olga. (1979). 'Canarias: nacionalidad en proceso de formación', *El Eco de Canarias*, 20 de junio, p. 28.

- *Diario de Las Palmas*. (1980). 'Los socialistas todavía no entran en la Junta', 17 de diciembre, p. 18.

- *El Eco de Canarias*. (1982). 'Rechazada la enmienda comunista a la totalidad', 27 de mayo, p. 17.

- *El Eco de Canarias*. (1980). 'Comité Regional de UCD', 9 de noviembre, p. 5.

- *El Eco de Canarias*. (1979). 'Hermanamiento entre las dos provincias', 23 de septiembre, p. 28.

- *La Vanguardia*. (2013). 'Eliminad a Cubillo', 5 de abril de 2013 [Online]. Disponible https://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20130405/54370925240/terrorismo-de-estado-guerra-sucia-atentados-mpaiac.html [accedido el 13/11/2020]

- García Jiménez, Luis. (1982). 'Bravo de Laguna: UCD sigue siendo el auténtico centro', *Diario de Las Palmas*, 9 de octubre, p. 8.

- Trujillo, Arturo. (1980). 'Proyecto de Estatuto de UCD', *Diario de Avisos*, 8 de abril, p. 4.

- Luengo Torrejón, Alejandro. (2019). "Tributo de Sangre", *La Provincia. Diario de Las Palmas*. 29 de marzo de 2019 https://www.laprovincia.es/canarias/2019/03/29/tributo-sangre-9342524.html [accedido el 06/04/2021]

BIBLIOGRAFÍA FEROE Y DINAMARCA

- Adler-Nissen, Rebecca. (2014). The Faroe Islands: Independence dreams, globalist separatism and the Europeanization of postcolonial home rule. *Cooperation and Conflict, 49,* 55-79.

- Alfredsson, Gudmundur. (2001). The Faroese People as a Subject of International Law. *Faroese Law Review, 1,* 46-57.

- Bjorn, Claus. (2000). Modern Denmark: A Synthesis of Converging Developments. *Scandinavian Journal of History, 25*, 119-130.

- Böss, Michael. (2015). Between Tradition and Modernity: Grundtvig and Cultural Nationalism. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 79-91.

- Boulter, Ryan. (2006). *The Islands of the Danish Realm: The Quest for Sovereignty in Iceland, Greenland and the Faroe Islands*. Masters thesis, Charlottetown PE, University of Prince Edward Island. Disponible en: https://islandscholar.ca/islandora/object/ir:21778 (accedido el 24/05/2020)

- Brincker, Benedikte. (2008). The role of classical music in the construction of nationalism: an analysis of Danish consensus nationalism and the reception of Carl Nielsen. *Nations and Nationalism*, *14*, 684-699.

- Brincker, Benedikte. (2003). A "Small Great National State": An Analysis of the Cultural and Political Factors that shaped Danish Nationalism 1760-1870. *Journal of Historical Sociology*, *16*, 407-429.

- Buckser, Andrew. (2015). Grundtvigianism as Practice and Experience. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 331-345.

- Dalsgaard, Matias Mol. (2015). Community and Individuality: Grundtvigian and Kierkkegaardian Protestantism in Denmark. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 300-312.

- Damsholt, Tine. (2015). "Hand of King and Voice of People": Grundtvig on Democracy and the Responsibility of the Self. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.), *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 151-168.

- Debes, Hans Jacob. (1995). The Formation of a Nation: the Faroe Islands. In Tägil, Sven (Ed.), *Ethnicity and Nation Building in the Nordic World* (pp. 63-84). London: Hurst & Company.

- Dosenrode, Soren. (2011). Devolution in the North Atlantic: The Case of the Faroe Islands. In: Requejo, Ferran & Nagel, Klaus-Jurgen (Eds.), *Federalism beyond Federations* (pp. 109-132). Surrey: Ashgate Publishing Limited.

- Dyce, John. (2010). N. F. S. Grundtvig: Charismatic Poet and Prophet, Pedagogical Pioneer, and Politician. *Studies in ethnicity and nationalism*, *10*, 453-466.

- Eichberg, Henning. (2015). The Popular Voicing of Sport: Comparative Aspects of Grundtvigian Movement Culture. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 346-361.

- Engelhardt, Juliane. (2007). Patriotism, nationalism and modernity: the patriotic societies in the Danish conglomerate state, 1769-1814, *Nations and Nationalism*, *13*, 205-223.

- Fukuyama, Francis. (2015). Nation Building and State Building. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S.*

Grundtvig and Danish National Identity. Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 29-50

- Galvin, Seán Carroll. (1989). *The many faces of satiric ballads in the Faroe Islands: Identity formation, national pride and charter for everyday life*. PhD thesis, Indiana University.

- Hall, John A., Jensen, Jason O. (2014). The decomposition of the Danish imperial monarchy. *Nation and Nationalism, 20*, 742-759.

- Hansen, Steffen Stummann. (2003). The Early Settlement of the Faroe Islands: The Creation of Cultural Identity. En: Barrett, James H. (Ed.), *Contact, Continuity and Collapse. The Norse Colonization of the North Atlantic* (pp. 33-72). Turnhout, Belgium: Brepols Publishers n. v.

- Hilson, Mary. (2006). Denmark, Norway and Sweden. Pan-Scandinavianism and Nationalism. In T. Baycroft and M. Hewitson (Eds.), *What is a Nation? Europe 1789-1914* (pp. 192-209). New York: Oxford University Press.

- Hjermitslev, Hans Henrik. (2015). Windmills, Butter and Bacon: The Circulation of Scientific Knowledge among Grundtvigians in the Decades around 1900. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 362-380.

- Horstbøll, H. & Ostergard, U. (1990). Reform and revolution. The French revolution and the case of Denmark. *Scandinavian Journal of History, 15* (1-2), 155-179.

- Jákupsstovu, Beinta & Berg, Regin. (2012). The Faroe Islands's Security Policy in a Process of Devolution. *Stjórnmal & stjórnsýsla, 2*, 413-430

- Jensen, Jason O. & Hall, John A. (2015). Why Denmark Did Not Become Switzerland. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 134-148.

- Jensen, Jørgen Albæk. (2003). The Position of Greenland and the Faroe Islands Within the Danish Realm. *European Public Law, 9* (2), 170-178.

- Joensen, Jóan Pauli. (1989). Socio-Economic Transformation and the Growth of Faroese National Identity. *North Atlantic Studies, 1*, 14-20.

- Kaspersen, Lars. (2004). How Denmark Became Democratic: The Impact of Warfare and Military Reforms. *Acta Sociologica, 47*(1), 71-89.

- Kaspersen, Lars & Ottesen Laila. (2001). Associationalism for 150 years and still alive and Licking: Some reflections on Danish civil society. *Critical Review of International Social and Political Philosophy, 4*, 105-130.

- Korsgaard, Ove. (2015). How Grundtvig Became a Nation Builder. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 192-209.

- Korsgaard, Ove. (2015). Grundtvig's Idea of a People's High School and Its Historical Influence. En: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 315-330.

- Larsen, Esben Lunde. (2015). An Ongoing Influence: The Political Application of Grundtvig's Ideas in the Debate on Danish Society, 2001-09. En: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 381-395.

- Major, Matthias. (2019). The Relations Between Denmark, Greenland and the Faroe Islands. A Model with Future to Challenge Secessionism? En: Alberto López-Basaguren y Leire Escajedo San-Epifanio (Eds.) *Claims for Secession and Federalism* (pp. 233-245). Cham, Suiza: Springer Nature Switzerland AG.

- Nauerby, Tom. (1996). *No Nation is an Island. Language, Culture and National Identity in the Faroe Islands*. Arhus: North Atlantic Publications Aarhus University Press.

- Ohrgaard, Per. (2015). Fichte and Grundtvig as Educators of the People. En: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 213-231.

- Ostergard, Uffe. (2015). The Nation as Event: The Dissolution of the Oldenburg Monarchy and Grundtvig's Nationalism. En: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 110-133.

- Ostergard, Uffe. (2004). The Danish Path to Modernity. *Thesis Eleven, 77*, 25-43.

- Ostergard, Uffe. (2002). The State of Denmark - Territory and Nation. *Comparare. Comparative European History Review*, 200-19.

- Ostergard, Uffe. (2000). Danish national identity: between multinational heritage and small state nationalism. In *Denmark's Policy Towards Europe After 1945*. Syddansk Universitetsforlag.

- Ostergard, Uffe. (1992). Peasants and Danes: The Danish National Identity and Political Culture. *Comparative Studies in Society and History, 34*(1), 3-27.

- Smith, Anthony D. (2015). Icons of Nationalism. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 51-78.

- Sølvará, Hans Andrias. (2016). *The Rise of Faroese Separatism*. Tórshavn: Faroe University Press.

- Sølvará, Hans Andrians. (2013). "The Use of referendums in the Faroe Islands". Conferencia dada por el Profesor Sølvará en la Universidad de las Feroe en junio del 2013. Disponible en:

  https://www.researchgate.net/publication/325206376_The_Use_of_referendums_in_the_Faroe_Islands (accedido el 25/03/2021)

- Thurston, Tina L. (1997). Historians, Prehistorians, and the Tyranny of the Historical Record: Danish State Formation through Documents and Archaeological Data. *Journal of Archaeological Method and Theory*, *4*, 239-262

- Torpe, Lars. (2003). Democracy and Associations in Denmark: Changing Relationships between Individuals and åAssociations? *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly, 32*, 329-343.

- Vind, Ole. (2015). "The Gordian Knot": Grundtvig and British Liberalism. In: Hall, John A., Korsgaard, Ove and Pedersen, Ove K. (eds.) *Building the Nation. N. F. S. Grundtvig and Danish National Identity.* Montreal & Kingston: McGill-Queen's University Press, pp. 254-266.

- Wåhlin, Vagn. (1989). Faroese History and Identity. National Historical Writing. *North Atlantic Studies, 1*, 21-32.

- West, John F. (1972). *Faroe, the emergence of a nation*. Greenwich, London: C. Hurst & Company.

- Wylie, Jonathan. (1989). The Christmas Meeting in Context: The Construction of Faroese Identity and the Structure of Scandinavian Culture. *North Atlantic Studies, 1*, 5-13.

- Wylie, Jonathan. (1987). *The Faroe Islands. Interpretations of History*. Lexington, Kentucky: The University Press of Kentucky.

- Wylie, Jonathan. (1982). The Sense of Time, the Social Construction of Reality, and the Foundations of Nationhood in Dominica and the Faroe Islands. *Comparative Studies in Society and History, 24,* 438-466.

BIBLIOGRAFÍA AZORES, CABO VERDE Y PORTUGAL

- Abrunhosa, Angelo. (2008). *Precedentes histórico-teóricos dos regionalismos dos Açores e da Galiza*. Santiago de Compostela: Universidade. Servizo de Publicacións e Intercambio Científico.

- Alves Furtado, Cláudio. (2016). Cabo Verde e as quatro décadas de independência: dissonâncias, múltiplos discursos, reverberações e lutas por imposições de sentido à sua história recente. *Estudos Ibero-Americanos, 42 (3)*, 855-887 [Consultado: 29 de abril de 2020]. ISSN: 0101-4064. Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=1346/134648568004

- Amaral, Carlos E. Pacheco. (2014). Insularity and Europe of the Islands. In: Laschi, Giuliana (Ed.), *The European Community and the World* (pp. 31-46). Brussels: PIE Peter Lang.

- Amaral, Carlos E. Pacheco. (2011). Decentralization and Asymmetries in Portugal. In: Requejo, Ferran & Nagel, Klaus-Jurgen (Eds.), *Federalism beyond Federations* (pp. 203-222). Surrey: Ashgate Publishing Limited.

- Arenas, Fernando. (2003). *Utopias of Otherness. Nationhood and Subjectivity in Portugal and Brazil*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- *A viagem autonómica*. (2013). [DVD documental] Realizado y producido por Filipe Tavares. Portugal: Ventoencanado

- Birmingham, David. (2005). *Historia de Portugal*. Madrid: Ediciones Akal, S. A.

- Braga da Costa Monteiro, Isilda. (2010). The military in the Chamber of Deputies 1851-1870. Corporative lines of action in defence of the army. *E-journal of Portuguese History, 8*, 1-22.

- Brooks, George E. (2010). *Western Africa and Cabo Verde, 1790s – 1830s*. Bloomington, Indiana: AuthorHouse.

- Cabral, Amílcar. (1974). *Return to the Source: Selected Speeches of Amílcar Cabral*. Nueva York: Monthly Review Press with Africa Information Service.

- Cairo, Heriberto. (2006). "Portugal is not a Small Country": Maps and Propaganda in the Salazar Regime. *Geopolitics, 11*, 367-395.

- Campos Matos, Sérgio. (2016). Tradition and Modernity in Portuguese Liberal Political Culture – on the Topic of the Constitution. *E-journal of Portuguese History, 14*, 51-68.

- Carreira, António. (1982). *The people of the Cape Verde Islands*. London: C. Hurst & Company.

- Carvalho, Susana Adelina S. G. S. (2012). *Nationalism and regime overthrow in early twentieth century Portugal*. PhD thesis, The London School of Economics and Political Science.

- Castro Leal, Ernesto. (2009). Parties and Political Identity: the Construction of the Party System of the Portuguese Republic (1910-1926). *E-journal of Portuguese History, 7*, 1-8.

- Chato Gonzalo, Ignacio. (2017). Miradas Cruzadas: diplomacia, iberismo e identidad nacional en la península ibérica (1850-1910). En C. Rina Simón (Ed.), *Procesos de Nacionalización e Identidades en la Península Ibérica* (pp. 191-215). Cáceres: Universidad de Extremadura.

- Chilcote, Ronald H. (1968). The Political Thought of Amílcar Cabral. *The Journal of Modern African Studies, 6 (3)*, 373-388.

- Cordeiro, Carlos. (2001). Nos bastidores da visita régia. Decadentismo e tensões autonomistas. *Insulana, 57*, 5-18.

- Cordeiro, Carlos. (1992). Autonomia e identidade nacional. Os Açores na Segunda Metade do Século XIX. *Revista de História das Ideias, 14*, 263-279.

- Correio dos Açores. (2020). "Se não tivéssemos o envolvimento popular a Autonomia dos Açores que ambicionávamos tinha fracassado", *Correio dos Açores*, 8 de septiembre [Online] disponible en http://correiodosacores.pt/NewsDetail/ArtMID/383/ArticleID/24180/%E2%80%9CSe-n227o-tiv233ssemos-o-envolvimento-popular-a-Autonomia-dos-A231ores-que-ambicion225vamos-tinha-fracassado%E2%80%9D (accedido el 10 de noviembre de 2020)

- Costa, António & Severiano, Nuno. (2004). From Atlantic past to European destiny. En W. Kaiser & J. Elvert (Eds.), *European Union Enlargement. A comparative history* (pp. 112-129). Oxford: Routledge.

- Costa, Susana Goulart. (2008). *Azores. Nine Islands, One History*. Berkeley: Institute of Governmental Studies Press.

- Cusack, Igor. (2005). Tiny transmitters of nationalist and colonial ideology: the postage stamps of Portugal and its Empire. *Nations and Nationalism, 11*, 591-612.

- Damião Rodrigues, José. (2011). The Flight of the Eagle: An Island Tribute to the Universal Iberian Monarchy at the End of the Sixteenth Century. *E-journal of Portuguese History, 9*, 1-34.

- Damião Rodrigues, José. (2008). Um arquipélago de geometria variável: representações dos Açores no período moderno (séculos XVI-XVIII). *Revista de História Regional, 13(1)*, 7-22.

- Demulling, Katrina. (2015). *We are one: the emergence and development of national consciousness in Tanzania*. PhD thesis, Boston University, Boston. Retrieved 10/12/2019 from https://hdl.handle.net/2144/16350

- Dores Cruz, M. (2007). "Portugal Gigante": Nationalism, Motherland and colonial encounters in Portuguese school textbooks. *Habitus, 5*, 395-422.

- Duarte, Dulce Amada. (1984). The Cultural Dimension in the Strategy for National Liberation: The Cultural Bases of the Unification between Cape Verde and Guinea-Bissau. *Latin American Perspectives, 11 (2)*, 55-66.

- Enes, José. (2013). O 25 de Abril e a Autonomia Regional dos Açores. *Boletim do Núcleo Cultural da Horta, 22*, 15-29. Retrieved 08/11/2018 from http://www.nch.pt/biblioteca-virtual/bol-nch22/bol-NCH22-15-29.pdf

- Esteve Martí, Javier. (2017). La contrarrevolución ibérica. De la implantación del liberalismo al Salazarismo y el Franquismo. En C. Rina Simón (Ed.), *Procesos de Nacionalización e Identidades en la Península Ibérica* (pp. 273-290). Cáceres: Universidad de Extremadura.

- Fernandes, Paulo Jorge; Baioa, Manuel & Ribeiro de Meneses, Filipe. (2003). The Political History of Nineteenth Century Portugal. *E-journal of Portuguese History, 1*, 1-7.

- Ferreira, Maria Filomena da Silva Sousa. (2010). *João Bosco Mota Amaral e o Regime Açoriano de Autonomia Política,* tesis de master em filosofia contemporânea no publicada, Ponta Delgada, Universidade dos Açores. [Accedido online 13/11/2020]

  https://repositorio.uac.pt/bitstream/10400.3/535/1/DissertMestradoMariaFilomenaFerreira2010.pdf

- Fonseca, Teresa. (2011). Crown magistrates in the popular anti-French revolts. The Ferragudo uprising of 1808. *E-journal of Portuguese History, 9*, 20-37.

- Gallagher, Tom. (1979). Portugal's Atlantic Territories: The Separatist Challenge. *The World Today, 35*, 353-359. Retrieved 02/11/2018 from https://www.jstor.org/stable/40395135

- García Cárcel, Ricardo. (1998). El nacionalismo portugués durante el reinado de Felipe II. La "Anatomía de España" de José de Teixeira. *Estudis: Revista de historia moderna, 24*, 109-126.

- Gomes dos Anjos, José Carlos. (2003). Elites Intelectuais e a Conformação da Identidade Nacional em Cabo Verde. *Estudos Afro-Asiáticos, 25 (3)*, 579-596.

- Green, Tobias. (2009). Building Creole Identity in the African Atlantic: Boundaries of Race and Religion in Seventeenth-Century Cabo Verde. *History in Africa, 36*, 103-125.

- Harsgor, Michael. (1980). Aftereffects of an "Exemplary Decolonization". *Journal of Contemporary History, 15*, 143-167.

- Idahosa, P.L.E. (2002). Going to the People: Amílcar Cabral's Materialist Theory and Practice of Culture and Ethnicity. Lusotopie, 9 (2), 29-58.

- Jiménez Redondo, Juan Carlos. (2017). Comunidad histórica y conflicto nacional en el espacio ibérico: el peso de la larga duración histórica. En C. Rina Simón (Ed.), *Procesos de Nacionalización e Identidades en la Península Ibérica* (pp. 153-172). Cáceres: Universidad de Extremadura.

- João, Maria Isabel. (2017). Comemoraçoes e identidade nacional: o caso Portugues. En C. Rina Simón (Ed.), *Procesos de Nacionalización e Identidades en la Península Ibérica* (pp. 95-112). Cáceres: Universidad de Extremadura.

- João, Maria Isabel. (1991). *Os Açores no século XIX. Economia, Sociedade e Movimentos Autonomistas*. Lisboa: Edições Cosmos.

- Langa Laorga, María Alicia. (1990). *España y Portugal en el siglo XIX*. Torrejón de Ardoz, Madrid: Ediciones Akal

- Leal, João. (2000). *Etnografias Portuguesas (1870-1970): Cultura Popular e Identidade Nacional*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.

- Lobban, Jr., Richard A. (1995). *Cape Verde. Crioulo Colony to Independent Nation*. Boulder, Colorado: Westview Press, Inc.

- Madeira, João Paulo. (2016). Cape Verde: Dimensions in Nation-Building. *Humania del Sur, 20*, 93-105.

- Madeira, João Paulo. (2014). A construção da nação em Cabo Verde: do Nativismo ao Nacionalismo. *Revista Desafios, 2*, 151-163.

- Marques, Joao Pedro. (2006). *The Sounds of Silence. Nineteenth-century Portugal and the Abolition of the Slave Trade*. New York & Oxford: Berghahn Books.

- Meneses, Avelino de Freitas. (2007-2008). Portugal é o mar. *Revista Arquipélago. História. 2ª serie, vol. XI-XII*, 193-204.

- Moutinho, Isabel. (2004). Re-imagining a National Identity in Portuguese Contemporary Narrative. *Mester, 33*, 19-38.

- Neves, José. (2009). The Role of Portugal on the Stage of Imperialism: Communism, Nationalism and Colonialism (1930-1960). *Nationalities Papers, 37*, 485-499.

- Neves, José. (2006). On Communism and the Nation- Notes from the History of the Colonial Question in the Portuguese Communist Party. *E-journal of Portuguese History, 4*, 1-11.

- Ourique, Arnaldo. (2003). O governo das ilhas portuguesas no final do século XX. *Arquipélago. História, 7*, 197-226.

- Palacios Cerezales, Diego. (2011). Embodying public opinion: from petitions to mass meetings in nineteenth-century Portugal. *E-journal of Portuguese History, 9*, 1-16.

- Pereira, Miriam Halpern. (2013). Crown, Empire and Nation (1807-1834). *E-journal of Portuguese History, 11*, 43-60.

- Polanah, Paulo S. (2011). "The Zenith of our National History!". National identity, colonial empire, and the promotion of the Portuguese Discoveries: Portugal 1930s. *E-journal of Portuguese History, 9*, 39-59.

- Rego, Márcia. (2015). *The dialogic nation of Cape Verde*. Lanham, Maryland: Lexington Books.

- Rego, Márcia. (2001). *Echoes from an Empire, Voices of the Nation: hierarchy, disorder, speech and textuality in Cape Verde*. Ann Arbor, Michigan: UMI Dissertation Services.

- Rivero, Ángel. (2010). *The Revolution of 1820 and the Advent of Liberalism in Portugal.* [Artículo académico no publicado]. Institute for the Study of the Americas, University of London. Retrieved 07/04/2018 from http://www.proyectos.cchs.csic.es/interjust/sites/proyectos.cchs.csic.es.interjust/files/The_Revolution_of_1820_and_the_Advent_of_Liberalism_in_Portugal_A_Rivero.doc.

- Rodrigues, Isabel Paim de Bruges. (2002). *Crafting Nation and Creolization in the Islands of Cape Verde*. Ann Arbor, Michigan: UMI Dissertation Services.

- Rodrigues, Mariana. (2010). El Sistema Constitucional de Portugal. *Revista de Derecho Constitucional Europeo, 14*, 117-135.

- Rogers, Francis M. (1979). *Atlantic Islanders of the Azores and Madeiras*. North Quincy, Massachusetts: The Christopher Publishing House.

- Russell-Wood, A. J. R. (2009). The Portuguese Atlantic, 1415-1808. En: Greene, Jack y Morgan, Philip (Eds.) *Atlantic History: A Critical Appraisal*. Oxford; Nueva York: Oxford University Press, pp. 81-109

- Sánchez Cervelló, Josep. (1998). *El último imperio occidental: la descolonización portuguesa (1974-1975)*. Mérida: UNED. Centro Regional de Extremadura.

- Sánchez Cervelló, Josep. (1997). *La Revolución de los Claveles en Portugal*. Madrid: Arco Libros S.L.

- Sidaway, James D & Power, Marcus. (2005). “The tears of Portugal”: empire, identity, “race”, and destiny in Portuguese geopolitical narratives. *Environment and Planning D: Society and Space, 23,* 527-554.

- Soares, Maria João. (2011). The British presence on the Cape Verdean archipelago. *African Economic History, 39*, 129-146

- Sobral, José Manuel. (2002). La formación de la identidad nacional portuguesa como proceso histórico. *Historia y Política: ideas, procesos y movimientos sociales, 7*, 55-82.

- Suárez de Vivero, Juan L. (1995). Atlantic archipelagic regions: self-government and ocean management in the Azores, Madeira and Canary Islands. *Ocean & Coastal Management, 27*, 47-71.

- Tavares, Berta. (2013). *A diplomacia Norte-Americana e as movimentações independentistas nos Açores em 1975: uma neutralidade atenta*, tesis de máster en Relaciones Internacionales no publicada, Ponta Delgada, Universidade dos Açores. http://hdl.handle.net/10400.3/2828 [accedido en 15/06/2020]

- Tavares, F., Costa, N. & Almeida, B. (2013). *Autonomy*. Ponta Delgada: Portas Amarelas.

- Tengarrinha, José. (1995). Contestación Rural y Revolución Liberal en Portugal. *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea, 15*, 373-402.

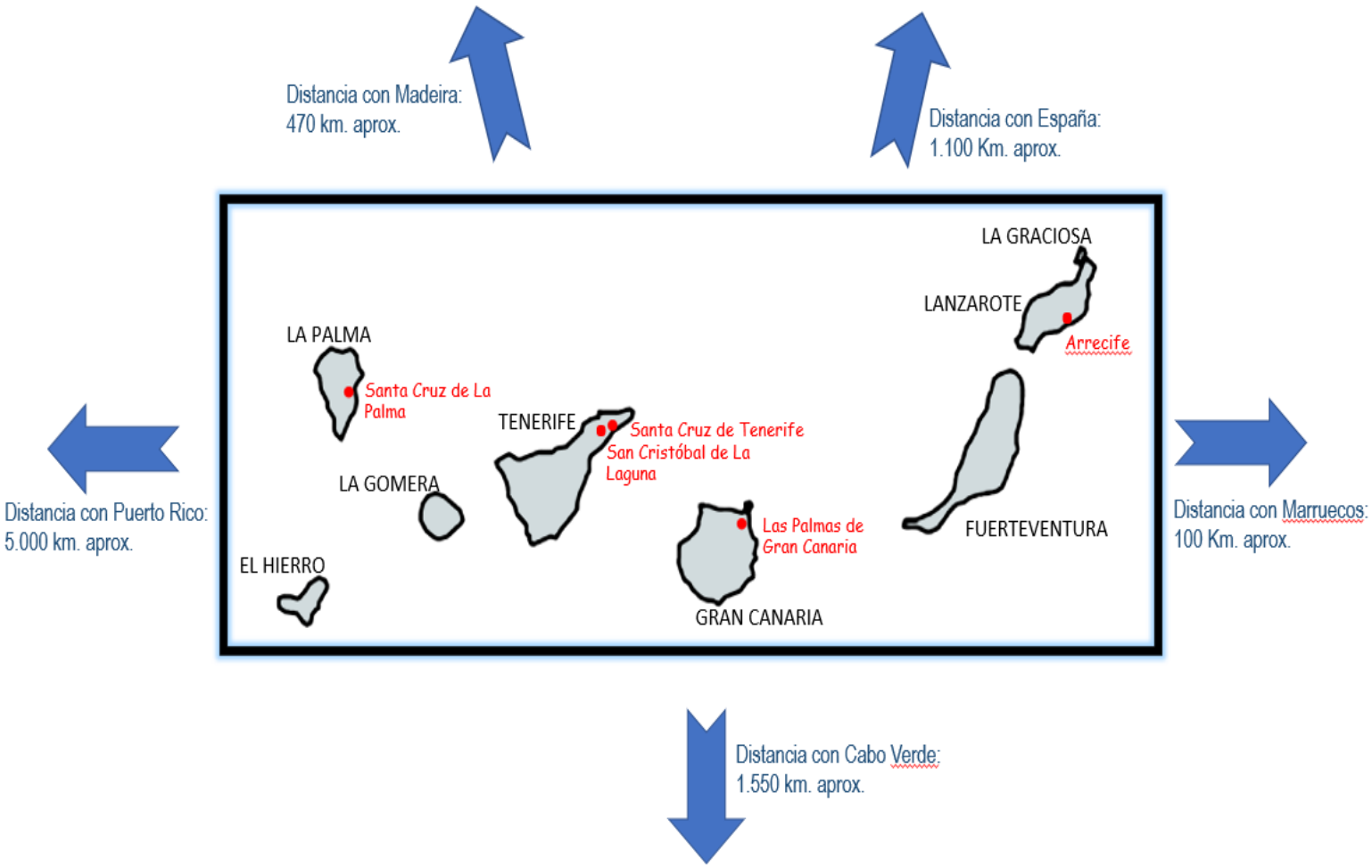
- Varela Suanzes-Carpegna, Joaquín. (2012). El primer constitucionalismo español y portugués (un estudio comparado). *Historia Constitucional, 13*, 99-117.

- Vieira, Alberto. (1992). *Portugal y las Islas del Atlántico*. Madrid: Editorial MAPFRE S.A.

- Wick, Alexis. (2006). Manifestations of nationhood in the writings of Amílcar Cabral. *African Identities, 4 (1)*, 45-70.

- Williams, Allan M. & Fonseca, Maria Lucinda. (1999). The Azores: Between Europe and North America. En Russell King & John Connell (Eds.), *Small Worlds, Global Lives: Islands and Migration* (pp. 55-76). Londres y Nueva York: Pinter.

Anexo 1: Mapa de Canarias y evolución en su número de habitantes



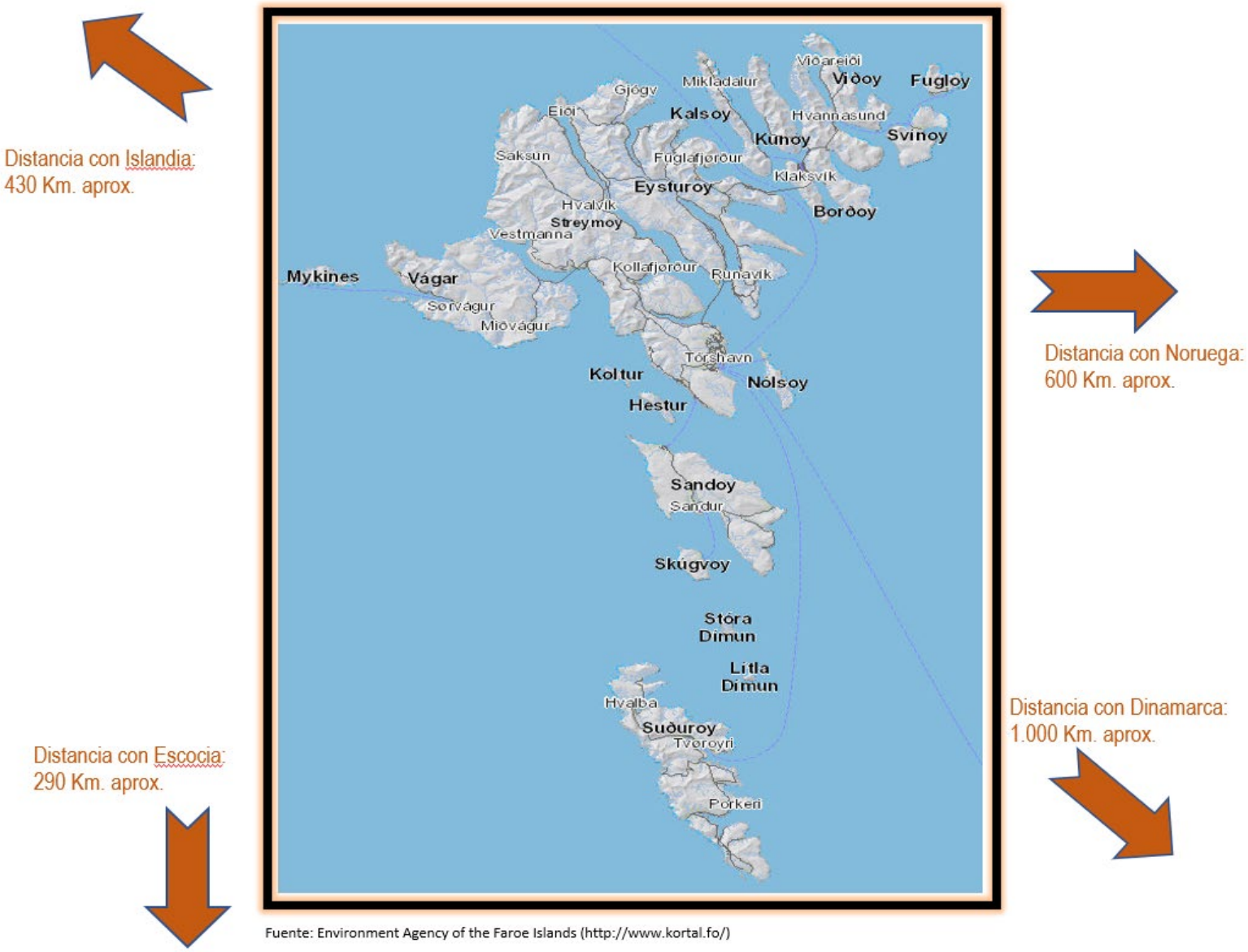
Fuente del mapa: Elaboración propia

Evolución histórica del número de habitantes del archipiélago y de sus tres islas más pobladas:

AÑO / ISLA	1787	1857	1900	1950	1981
La Palma	21.730	31.451	46.503	67.225	76.426
Tenerife	63.322	91.563	137.302	321.949	557.191
Gran Canaria	49.441	68.066	128.059	334.986	630.937
Total Canarias	168.928	234.046	364.408	807.773	1.367.646

Fuente: página web del Instituto Canario de Estadística. ISTAC (http://www.gobiernodecanarias.org/istac/)

Anexo 2: Mapa de las Feroe y evolución en su número de habitantes



Fuente: Environment Agency of the Faroe Islands (http://www.kortal.fo/)

Evolución histórica del número de habitantes del archipiélago y de su capital Tórshavn

AÑO	1801	1850	1901	1950	1980
Tórshavn	554	841	1.656	5.667	13.757
Total Feroe	5.265	8.137	15.230	31.781	43.609

Fuente: "The Faroe Islands. Interpretations of History" de Jonathan Wylie (1987, p. 114)

Anexo 3: Mapa de Azores y evolución en su número de habitantes

Fuente: www.turismoazores.es
Link: https://www.turismoazores.es/mapa-de-las-islas-azores/

Evolución histórica del número de habitantes del archipiélago y de sus tres islas más pobladas:

AÑO / ISLA	1776	1878	1950	1981
São Miguel	62.903	119.933	164.136	131.900
Terceira	29.117	45.034	60.608	53.600
Faial	12.027	24.963	23.944	15.500
Total Azores	142.895	259.834	317.277	243.500

Fuente: "Azores. Nine Islands, One History" de Susana Goulart Costa (2008, p. 18) y web del Serviço Regional de Estatística dos Açores (https://srea.azores.gov.pt/)

Anexo 4: Mapa de Cabo Verde y evolución en su número de habitantes

Fuente: www.lonelyplanet.com
Link: https://www.lonelyplanet.com/maps/africa/cape-verde/

Evolución histórica del número de habitantes del archipiélago y de sus cuatro islas más pobladas:

AÑO / ISLA	1720	1800	1900	1930	1970
Fogo	5.000	8.000	17.600	21.563	29.692
Santo Antão	3.000	12.000	29.900	23.973	47.200
São Tiago	12.000	26.000	64.900	63.154	128.782
São Vicente	0	100	8.800	14.639	34.500
Total Cabo Verde	23.130	56.050	147.424	146.299	270.999

Fuente: "Cape Verde. Crioulo Colony to Independent Nation" de Richard A. Lobban, Jr. (1995, p. 48 y 49)

Anexo 5. Referéndum sobre la independencia de las Feroe (14/09/1946)

Contexto Histórico: Tras la Segunda Guerra Mundial y la ocupación británica se llegó a la unánime conclusión de que la relación de soberanía de las islas Feroe con Dinamarca tenía que cambiar. El gobierno danés entonces puso sobre la mesa una propuesta la cual no contentó a ninguno de los partidos políticos feroeses. Para el Partido del Pueblo la propuesta se quedaba corta y reclamaba más poder político para las islas. Para el Partido Unionista se daban demasiadas competencias y poderes al *Løgting* y el Partido Socialdemócrata tampoco veía con buenos ojos la propuesta. Estos dos últimos partidos formaban el bloque unionista. Finalmente, los partidos unionistas se aliaron y pactaron dar un apoyo común a la propuesta del gobierno danés, pero uno de los miembros de los socialdemócratas acabó desligándose del acuerdo y mostrando unas opciones separatistas con lo que ahora los dos partidos no sumaban y no podían sacar adelante la propuesta del gobierno danés. La opción de un referéndum se empezaba a vislumbrar como la mejor forma de resolver el problema (Sølvará 2013, p. 15)

Pregunta formulada: El Partido del Pueblo intentó sin éxito establecer las preguntas del referéndum diseñadas de tal forma que forzaran al gobierno danés a unas nuevas negociaciones. Las preguntas fueron establecidas mediante un acuerdo entre el Partido Unionista y el Socialdemócrata. Finalmente se acordaron dos preguntas opuestas:

¿Desea que sea establecida la propuesta del gobierno? o *¿Desea la separación entre las Islas Feroe y Dinamarca?*

Se especificó explícitamente que sólo una marca (X) a una de las dos preguntas sería un voto válido y cualquier otra cosa sería considerado como un voto nulo.

En este escenario el Partido del Pueblo promulgó que sus votantes votaran poniendo un «NO» a la pregunta sobre la propuesta del gobierno. La intención del Partido del Pueblo era que la suma de los votos por la independencia más los inválidos de «No» constituyeran una mayoría y forzaran al gobierno danés a retomar las negociaciones para obtener un resultado más ajustado a sus pretensiones que se situaban a medio camino entre la propuesta del gobierno danés y la separación (Sølvará 2013, p. 17)

Resultado del referéndum sobre la independencia de las Feroe:

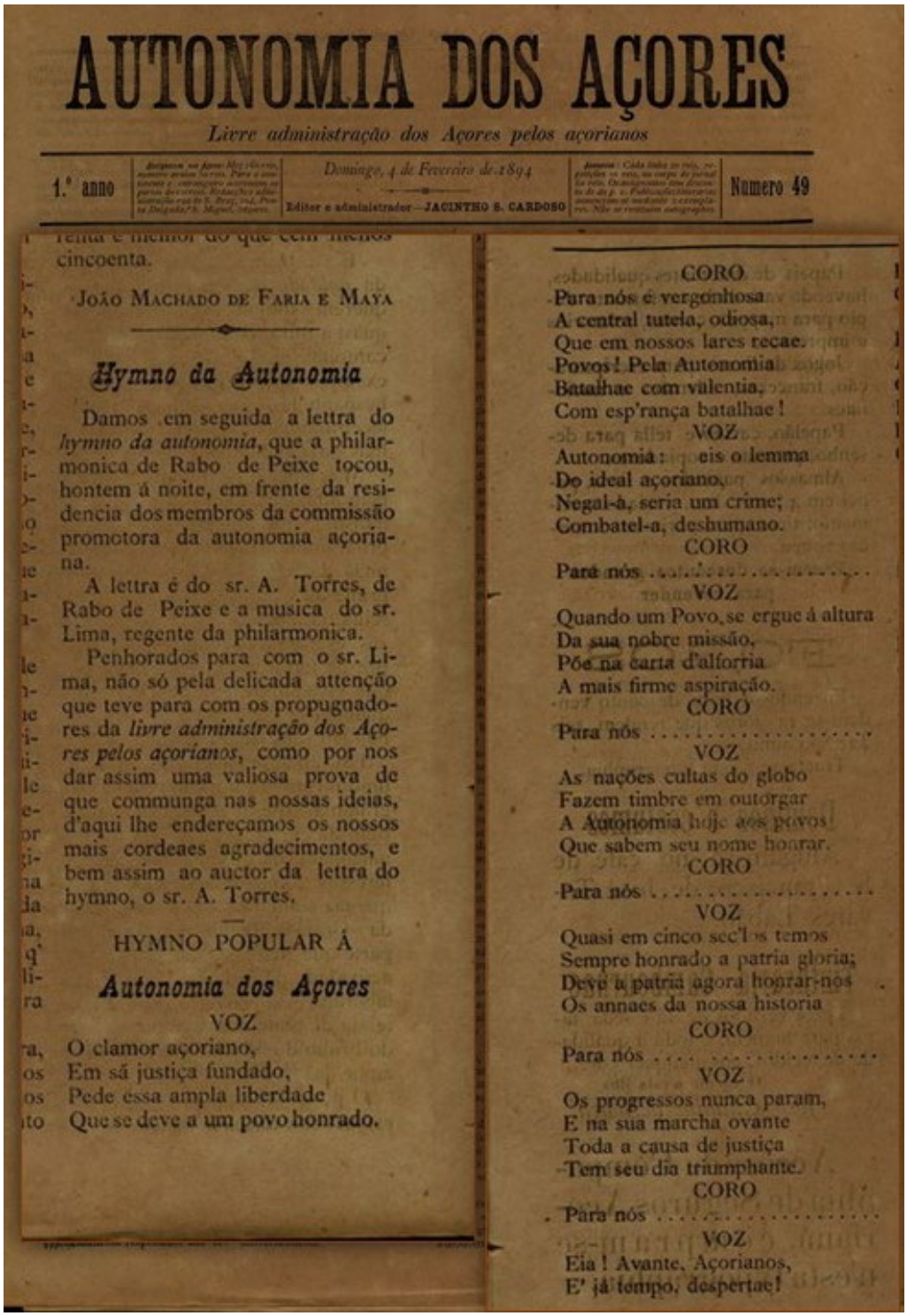
Fuente: "The Use of referendums in the Faroe Islands" de Hans Andrias Sølvará (2013, p. 17)

SÍ (% de votos válidos y número)	**NO** (% de votos válidos y número)	**Votos inválidos** (% participación y número)	**Participación** (% del electorado y número)	**Electorado**	**SÍ** (% del electorado)
50,7 % 5.660	49,3 % 5.499	4,1 % 481	67,5 % 11.640	17.216	32,9 %

Isla	**Independencia**		**Continuar la Unión**		**Voto nulo/blanco**	**Participación**
Norðoyar	956	(70,6 %)	398	(29,4 %)	64	63,9
Eysturoy	1.052	(43.3 %)	1.376	(56,7 %)	99	65,6
Norðurstreymoy	622	(53,4 %)	543	(46,6 %)	42	71,9
Vágar	614	(58,6 %)	434	(41,4 %)	38	73,1
Suðurstreymoy	1.308	(66,0 %)	674	(34,0 %)	145	64,0
Sandoy	465	(61,9 %)	286	(38,1 %)	32	74,4
Suðuroy	643	(26,5 %)	1.788	(73,5 %)	61	69,2

Fuente: Database and Search Engine for Direct Democracy (https://www.sudd.ch/index.php?lang=en)

Anexo 6: Himno popular a la autonomía de las Azores



AUTONOMIA DOS AÇORES

Livre administração dos Açores pelos açorianos

1.º anno | *Domingo, 4 de Fevereiro de 1894* | Editor e administrador — JACINTHO S. CARDOSO | Numero 49

cincoenta.

João Machado de Faria e Maya

Hymno da Autonomia

Damos em seguida a lettra do *hymno da autonomia*, que a philarmonica de Rabo de Peixe tocou, hontem á noite, em frente da residencia dos membros da commissão promotora da autonomia açoriana.

A lettra é do sr. A. Torres, de Rabo de Peixe e a musica do sr. Lima, regente da philarmonica.

Penhorados para com o sr. Lima, não só pela delicada attenção que teve para com os propugnadores da *livre administração dos Açores pelos açorianos*, como por nos dar assim uma valiosa prova de que communga nas nossas ideias, d'aqui lhe endereçamos os nossos mais cordeaes agradecimentos, e bem assim ao auctor da lettra do hymno, o sr. A. Torres.

HYMNO POPULAR Á

Autonomia dos Açores

VOZ

O clamor açoriano,
Em sã justiça fundado,
Pede essa ampla liberdade
Que se deve a um povo honrado.

CORO

Para nós é vergonhosa
A central tutela, odiosa,
Que em nossos lares recae.
Povos! Pela Autonomia
Batalhae com valentia,
Com esp'rança batalhae!

VOZ

Autonomia: eis o lemma
Do ideal açoriano,
Negal-a, seria um crime;
Combatel-a, deshumano.

CORO

Para nós . . . . . .

VOZ

Quando um Povo se ergue á altura
Da sua nobre missão,
Põe na carta d'alforria
A mais firme aspiração.

CORO

Para nós . . . . . .

VOZ

As nações cultas do globo
Fazem timbre em outorgar
A Autonomia hoje aos povos
Que sabem seu nome honrar.

CORO

Para nós . . . . . .

VOZ

Quasi em cinco sec'los temos
Sempre honrado a patria gloria;
Deve a patria agora honrar-nos
Os annaes da nossa historia

CORO

Para nós . . . . . .

VOZ

Os progressos nunca param,
E na sua marcha ovante
Toda a causa de justiça
Tem seu dia triumphante.

CORO

Para nós . . . . . .

VOZ

Eia! Avante, Açorianos,
E' já tempo, despertae!

Revista *Autonomia dos Açores.* (1894). Hymno da Autonomia, Autonomia dos Açores, 4 de febrero [online] disponible en: http://www.alra.pt/index.php/autonomia/autonomia2/214-3-de-fevereiro-de-1894 (accedido el 10 de enero de 2021)

Anexo 7: Cuestionario respondido por el Excmo. Sr. Pedro Pires, primer ministro del primer gobierno de la República de Cabo Verde

Primera pregunta: He leído que en un principio el PAIGC trató de llevar a cabo una resolución pacífica del conflicto con Portugal, pero ante la negativa de este último se acabó llegando al conflicto armado. En el hipotético caso de que Portugal sí hubiese aceptado negociar algún tipo de autonomía → ¿Cree su excelencia que hubiese habido opciones de que Cabo Verde se hubiera mantenido integrada en Portugal dentro de un régimen especial o diferenciado o era ya inevitable la ruptura política y la independencia?

As suas perguntas e reflexões podiam situar-se perfeitamente naquilo a que se pode considerar como uma visão pós-facto. Nas avaliações históricas, é essencial ver, antes de mais, o contexto social, político e cultural dos acontecimentos, isto é, considerar o tempo e o espaço social e político das ocorrências.

Acontece que os regimes políticos portugueses (ditatorial e colonial) instituídos, na metrópole e nas colónias, eram dois sistemas integrados e irreformáveis. Os destinos dos dois sistemas políticos (colonizador e colonizado) estavam umbilicalmente unidos. Eram interdependentes e inseparáveis. Em tais circunstancias, estavam forçados a existir e a desaparecer juntos. Caso desaparecesse um desapareceria o outro, seguidamente, como veio a acontecer. O regime instituído em Portugal perderia sentido e validade sem a sua extensão colonial. O império colonial português era, dos pontos de vista ideológico, económico, cultural e político, um todo indivisível. Assim, a liderança portuguesa no poder estava impedida e incapacitada de fazer qualquer mudança ou reforma política dos dois sistemas "siameses". Por essas razões não era praticável o surgimento de hipotéticas alternativas políticas reformistas. Prevalecia uma situação de bloqueio político e institucional que teria que ser "desbloqueada" pela violência exercida pelos colonizados insurretos. Esta era a via única de saída que existia.

O colonialismo português foi como foi, com os seus crimes de diversa natureza, tabus, preconceitos, discriminações raciais, opressão, exploração e humilhação dos colonizados. Não se pode, posteriormente, nem corrigi-lo nem absolvê-lo. A sua erradicação era uma necessidade histórica. Do meu ponto de vista, não é possível uma avaliação atual de alternativas que não existiam no momento histórico da luta libertação do colonialismo. Foi o que aconteceu com a libertação de Cabo Verde. Estamos a tratar da história da libertação da colónia de Cabo Verde e das colónias portuguesas africanas. A história faz-se com factos. Não se interpreta fielmente a história introduzindo supostas intenções de boa vontade de correção de rumos já consumados, num fenómeno histórico encerrado. O que está concluído fica fechado e não pode ser corrigido. Fazer o contrário seria tão-somente uma especulação intelectual sem consequências.

Segunda pregunta: ¿En los años anteriores a la Revolución de los Claveles y a la propia declaración de independencia de Cabo Verde, existía una conciencia nacional caboverdiana entre la mayoría de la población de las islas? ¿Había algunas islas donde aquella conciencia nacional fuera más fuerte o más débil? ¿Cuál serían las causas de que tuviera una mayor o menor aceptación en unas islas que en otras?

As sociedades humanas não são "*absolutamente*" homogéneas. São comunidades de homens e mulheres iguais e diferentes. As perceções que se tem da realidade sociopolítica variam de

pessoa para pessoa, de comunidade para comunidade, de localidade para localidade e da condição e vivência social de uns e de outros. Em relação à perceção pelos colonizados cabo-verdianos da sua condição de colonizado é provável que houvesse também perceções diferentes da sua condição de oprimidos, de explorados, de humilhados e de aproveitados hipocritamente para prestar colaboração supletiva ao colonialismo português. Certamente, a sociedade cabo-verdiana possuía e possui também uma relativa proporção de pluralidade de opinião.

Atravessa toda a sociedade cabo-verdiana um sentimento de pertença comum bastante forte. A isso chamamos cabo-verdianidade. A cabo-verdianidade une a todos nós, no país e na diáspora. Estamos identificados com ela. É o cimento da nossa união. A tomada de consciência da nossa identidade nacional começou por aí. Reforçou-se durante o nosso combate libertador e consolidou-se, especialmente, com a independência nacional. Acredito que hoje nenhum cabo-verdiano, que se preze, pensa em soluções políticas que excluíssem ou retrogradassem a nossa condição de Estado nacional soberano. Estamos orgulhosos e satisfeitos da nossa independência e da nossa soberania nacional.

A minha vivência como militante da causa emancipadora permitiu-me debater com muita gente a problemática da luta pela conquista da independência nacional. Havia perceções diversificadas: os convictos, os desconfiados, os medrosos e os dependentes. O fator que condicionava opção de muitos dos nossos compatriotas eram a novidade e a audácia da proposta, assim como, a ignorância política e histórica. Através de um amplo trabalho pedagógico e persuasivo feito por nós, a opção pela independência e pela conquista da soberania nacional ganhou a adesão de uma maioria convincente da vontade popular. Foi assim que se forjou a nossa ampla e sólida vontade nacional libertadora. Quanto à chamada "Revolução dos Cravos" em Portugal, ela é também uma consequência do nosso combate e da derrota do exército colonial pelas forças patrióticas africanas, especialmente, na Guiné-Bissau, onde eu combatia.

Tercera pregunta: Como politólogo me interesa mucho la designación política de las islas tras la proclamación de independencia. La designación política como República, ¿Fue una propuesta de Amílcar Cabral o era una derivada natural de su contenido doctrinal? ¿Tuvo un gran consenso o fue objeto de alguna discrepancia entre los líderes del PAIGC? ¿Se contemplaron otras designaciones como por ejemplo Federación Insular, República Popular, Estado Atlántico, República Democrática…? ¿Piensa su excelencia que en la elección de aquella designación influyeron el republicanismo portugués o el republicanismo secular francés presente en los movimientos de descolonización de países vecinos como Senegal o Guinea-Conakry?

A escolha da designação "República" foi da responsabilidade dos dirigentes em função na altura da sua proclamação. Decorria simplesmente da ciência política vigente. Quanto à sua natureza, inspiráramo-nos também na nossa experiência de luta e das lutas de outros povos colonizados africanos e asiáticos. Também, incluiu muito de ensinamentos e princípios dos estados republicanos no geral, incluindo os Estados de Direito europeus. Quisemos que representasse uma rutura com o Estado colonial que nos tinha oprimido e explorado. Por outro lado, considerávamos inconveniente e de pouco interesse a adjetivação "revolucionária" dos Estados, então, constituídos.

Vale a pena dar atenção ao erro que consistiu a transplantação plagiada e mecânica de instituições do Estado Nação europeu, centralizado, para as antigas colónias africanas, num

contexto social, político e cultural completamente diferente, ignorando a vivência, a pluralidade e a diversidade das nações africanas implicadas. Apoio a ideia que a construção dos Estados soberanos emergentes devia ter sido vista como um processo prolongado de adaptação, de transição controlada e de aperfeiçoamentos sucessivos. Perdeu-se muito tempo por causa dessa escolha simplista, plagiada e mal conseguida, por vezes, para dar satisfação a assessorias políticas paternalistas e a pressões políticas externas. Como resultado, os Estados soberanos africanos emergentes têm funcionado deficientemente e com resultados políticos, económicos e sociais bastante ineficientes. Encontram-se ainda em fase de adaptação progressiva, de correção e de aperfeiçoamento.

Cuarta pregunta: En un mundo de naciones y nacionalismo, ¿Era un sueño imposible de cumplir la unión política entre Cabo Verde y Guinea Bissau sin haber construido y fomentado previamente una identidad nacional común que comprendiera a las poblaciones de ambos territorios?

O certo é que a proposta "unitária" não foi bem apreendida por muita gente. Gerou resistências e adversários. Era audaciosa demais e tinha subjacente uma dimensão geopolítica que estava acima da compreensão mesquinha daqueles que pensavam pequeno e imediatista e de sociedades tradicionais em decadência. Prefiro introduzir na minha análise a ideia de "sociedades africanas plurais" em vez de sociedades homogéneas, perfeitamente integradas, no modelo ocidental.

Do ponto de vista estratégico, está a ver qual seria o peso negocial e político de um Estado federal, na África Ocidental, com uma dimensão que incluísse o território insular cabo-verdiano, a sua população e localização geoestratégica e o território continental guineense, a sua população e sua riqueza natural?

Porém, o que não deu certo significou que não foi possível a sua implementação pelas lideranças em função, por razões várias de ordem material, política e cultural. Em conclusão, a grandeza do projeto não sobreviveu ao assassinato do seu promotor visionário. Também, pode ser que estivesse a ameaçar interesses que ultrapassavam as nossas capacidades de resistência e de execução.

Praia, setembro de 2020.